VENGANZA
EN
LA VRBS
LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA
PARTE V
SERGIO ALEJO GÓMEZ

Después de los acontecimientos de Tarraco, la sombra de la amenaza sigue presente. ¿Conseguirá el primer hombre de Roma eludir el peligro? Aún quedan cabos sueltos, pero Tito Valerio Nerva y sus hombres desconocen que Sexto está vivo y que ha estado muy cerca de lograr su objetivo. El hombre que más desea la muerte del cónsul regresará a Roma para seguir conspirando contra él. Por su parte, Augusto hará lo propio, y junto a su flamante guardia personal, realizará una entrada triunfal en la Vrbs. Las amenazas se multiplicarán en la capital, y Valerio deberá esforzarse para proteger al hombre más poderoso del momento de todos sus letales enemigos. Sumérgete en las calles de la ciudad eterna para acompañar a nuestro protagonista en su carrera para intentar dar con Sexto y sus cómplices. Nuevos personajes aparecerán en escena para darle más emoción a esta saga que no deja de sorprender. Si pensabas que todo había terminado con El escudo del cónsul, con esta nueva entrega comprobarás que todavía queda mucho por descubrir.

VENGANZA EN LA VRBS

Sergio Alejo Gómez

Las crónicas de Tito Valerio Nerva
V

© 2023 Sergio Alejo Gómez
Diseño de cubierta: © German Creative

Editor digital: Ander Guaza

Todos los derechos reservados

Esta novela está dedicada a los fieles lectores de la saga de *Las crónicas de Tito Valerio Nerva*. Gracias por vuestro apoyo incondicional ya que sin vosotros todo esto no habría sido más que un sueño.

AGRADECIMIENTOS

Cómo siempre y antes de que entres en materia, que, seguro que es lo que estás deseando hacer, quiero permitirme el lujo de dedicar unas breves líneas de agradecimiento a todos los que han puesto su granito de arena a este proyecto para que vea la luz y pueda estar ahora entre tus manos o en su defecto en tu lector de libros digitales.

En primer lugar, y como es de justicia, quiero darle las gracias de todo corazón a la persona más especial de mi vida, y que ocupa una posición privilegiada e irremplazable, mi mujer Laia. No me cansaré de repetir que, sin ella, nada de esto podría ser posible. Como le decía su querida abuela: «*Es que vales un Imperio Romano*». Y nunca mejor dicho. Porque ratifico tal afirmación. Gracias «*ninín*» por tu paciencia, por tu apoyo, por tu consejo y por estar siempre a mi lado allá donde el destino me lleve.

En segundo lugar, quiero agradecer el enorme esfuerzo que han hecho dos personas que se han convertido en imprescindibles: el *magister* Ander y su ayudante, la gran Almudena, que le han dedicado muchas horas a la lectura, revisión y maquetación de esta quinta entrega de la saga. ¡Muchas gracias por la ayuda!

En tercer lugar, muchas gracias al gran fotógrafo Valentín Gómez, "Valischka", al que he vuelto a recurrir algún tiempo después, para que de nuevo sus fotografías formen parte de este gran proyecto, siendo parte fundamental de la portada de esta novela. Gratitud amigo por tu predisposición y por ponerme las cosas tan fáciles.

Y ya termino, que no quiero alargarme más en este punto, porque sé que estáis deseando empezar el libro. Pero no sin antes darte las gracias a ti, lector, que eres el verdadero y único receptor de esta obra.

¡Espero que sigas disfrutando de este apasionante viaje por los senderos de la historia!

¡Por Augusto, y por la República!

PREÁMBULO

Casa de Fabio, año 26 a. C., una semana y media después del atentado contra Augusto

Subía a buen ritmo la empinada cuesta que le conducía hasta la flamante *domus* de su amigo. El viaje se le había hecho largo y pesado, pero a la vez le había servido para reflexionar sobre lo acontecido las últimas semanas. Daba gracias a los dioses por haber sido rescatado del presidio y, además, por haberse hecho con los servicios de Numerio. Aquel hombre que se había cruzado en su camino, de una manera totalmente fortuita, y del que había desconfiado en un principio, le había salvado de cometer el mayor de los errores de su vida. Su ansia de venganza le había enturbiado el buen juicio que siempre había poseído. Su manera impulsiva de actuar por poco le cuesta su bien más preciado: la vida. Él no era de esa clase de hombres, y siempre había destacado por ser cauto y precavido, amigo de analizar con detalle sus actos antes de llevarlos a cabo. Nunca le habían ido las cosas tan mal como hasta aquel momento y, aunque jamás lo hubiera pensado, las prisas eran malas compañeras de viaje, ya que podían inducirle a uno a cometer errores. Había estado a punto de cometer varios las últimas semanas. Por fortuna, y contra todo pronóstico, seguía en el mundo de los vivos y parecía haber recuperado la cordura. Sabía que quedaba mucho por hacer todavía y, por ello, sus pasos le habían conducido de nuevo a la *Vrbs*. Si quería que todo mejorara, debía controlar sus impulsos y volver a ser el mismo de antes.

La travesía se había convertido en un largo periplo, similar al que debió vivir Odiseo cuando regresaba a su patria después de participar en la larga y cruenta guerra bajo las murallas inmensas e inexpugnables de la sagrada Ilión. Además, la nave se había visto afectada por un temporal de lluvia y truenos que había obligado al capitán a desviarse un poco de la ruta establecida. Aunque lo había pasado mal en cubierta, la pericia de los marineros, hombres curtidos en la navegación, había evitado que la embarcación se hubiera ido a pique. Quizás los dioses a los que se encomendó también jugaron un papel determinante manteniéndole con vida. Estaba convencido de que le quedaban muchas cosas por hacer aún en el mundo de los vivos y no quería marcharse antes de tiempo sin haber solventado algunos asuntos. En algún momento de la tempestad pensó que hubiera sido casi cómico escapar con vida de Tarraco para acabar siendo alimento

de los peces en el fondo del mar, rindiéndose al mismo Neptuno. Por suerte, su destino era distinto, y aquel no iba a ser su final. Tal vez le tenían preparado otro mejor, lo que le hacía sentirse como un títere en manos de esos poderes superiores que regían las vidas de los mortales.

Se le escapó una leve carcajada mientras iba caminando al pensar cuán cruel podía llegar a ser el *fatum*. Levantó la vista un poco más y vio que al final de la cuesta se levantaba la imponente mansión de su amigo. No había avisado de su llegada. Prefería sorprenderlo. Fabio era un buen hombre y estaba convencido de que se alegraría de verle. Además, las noticias que traía no eran tan malas, al fin y al cabo, así que estaba convencido de que le gustaría que le confirmara que Licinio y su familia ya estaban en la otra vida. Le podría relatar cómo se había encargado personalmente de aquel asunto. La identidad de los senadores que formaban parte de aquella conspiración continuaba estando a salvo y el *Princeps* seguía sin saber quiénes eran los que estaban detrás de la conjura. Al menos hasta el momento en el que él abandonó Hispania. La duda de la maldita misiva que el traidor había escrito y que Valerio había encontrado en la casa, planeaba continuamente en su cabeza y existía el riesgo de que contuviera información sensible. Eso no lo había podido averiguar, aunque tampoco había detectado indicio alguno de que sus enemigos tuvieran esa información. Pese a no poder tener la certeza, lo mejor era no pensar en esa cuestión, y más sabiendo que Numerio estaba encargándose de esa parte. Aún era pronto para recibir noticias, pero sabía que tan pronto como las tuviera, se las haría llegar. Confiaba en el buen hacer del asesino.

Sin darse cuenta se plantó a las puertas de la *domus* de su amigo. Golpeó suavemente la puerta y esperó un rato hasta que escuchó unos pasos que anunciaban la llegada de alguien. Al poco se abrió y emergió la figura de uno de los esclavos del senador, que preguntó:

—¿Qué desea?

—Vengo a ver a tu señor —respondió.

—El *dominus* no se halla en casa en estos momentos. Ha ido al Senado a la reunión matutina de la Curia —informó el esclavo que no le había reconocido al ir encapuchado y con una larga barba que indicaba que llevaba muchos días sin afeitarse—. Si lo desea puede pasar por la tarde, seguro que le encuentra, o ya mejor mañana a primera hora cuando reciba la visita de sus clientes.

—¿Y su esposa? ¿Está en casa? —preguntó de nuevo.

—Sí, *dominus*.

—¿Puedes decirle que Cayo Sexto Apuleyo desea hablar con ella? —le preguntó mientras se echaba hacia atrás la capucha y dejaba al

descubierto su rostro.

—Mis disculpas. No le había reconocido, amo Sexto —dijo el esclavo haciendo una reverencia al darse cuenta de quien se trataba.

—Tranquilo, muchacho. Mi aspecto no es que ayude demasiado.

—Creía que estaba en Paestum descansando…

—Lo estaba, pero he regresado a Roma por unos asuntos urgentes que tengo que tratar con tu señor —afirmó el hombre, que comprobó que Fabio había mantenido el engaño incluso entre sus esclavos.

—Pase, pase, por favor. Voy a anunciar su llegada a la *domina* —dijo a la vez que daba unas cuantas palmas y acudían dos esclavas más jóvenes incluso que él, hasta su posición—. ¡Servidle de inmediato algo de comer y beber al amo Sexto! ¡Regresa de un largo viaje y estará hambriento y sediento!

Las dos esclavas, a las que no recordaba haber visto anteriormente, obedecieron las indicaciones del muchacho y, a toda prisa, desaparecieron de su vista en dirección a la cocina. El esclavo, que debía haber ascendido en el escalafón, ya que hacía las veces de atriense, un cargo que normalmente desempeñaba alguno más anciano y de mayor categoría, le invitó a tomar asiento mientras él iba en busca de la esposa de su señor y propietario de la casa. Antes de que llegara ella, aparecieron las dos esclavas portando sendas bandejas, en las que había una jarra mediana de cerámica, acompañada de una copa y varias piezas de fruta fresca. Aceptó una jugosa manzana de buen grado, ya que el largo paseo que había dado por las calles de Roma le había abierto un poco el apetito. Además, durante aquellos últimos días de navegación había preferido no llenarse demasiado el estómago para prevenir mareos y malas digestiones, por recomendación del capitán. Al caminar durante un buen rato, había conseguido quitarse del cuerpo la sensación de tambaleo de la nave que le había traído remontando el Tíber desde el puerto de Ostia. Demasiada agua a sus espaldas las últimas jornadas. Pensó que ya ni se acordaría de andar.

Dio varios mordiscos a la suculenta manzana mientras una de las jóvenes le servía una copa de vino. Se sintió cómodo. Era como si regresara a casa, y es que, la sentía casi como si fuera suya. Las comodidades que le ofrecía aquella *domus* nada tenían que ver con el cuchitril en el que había estado alojado las últimas semanas en Tarraco, o con la incómoda cubierta de la nave que le había llevado de nuevo a la *Vrbs*. Además, sus anfitriones siempre le habían tratado bien, ofreciéndole una habitación muy cómoda y dándole acceso a todos los rincones de la propiedad, incluso a la gran biblioteca familiar de Fabio. Una joya de la tradición y cultura que estaba

deseando poder visitar de nuevo.

En esas estaba cuando apareció ella…

—¡Querido Sexto! ¡Me alegra mucho tenerte de nuevo en casa!

La mujer se acercó lentamente hasta su posición con los brazos extendidos y él, que se había puesto en pie con suficiente antelación y había dejado lo que tenía en las manos en una de las bandejas que aguantaba una de las esclavas, dio unos cuantos pasos al frente hasta su posición. La asió y la besó con calidez en sus mejillas y luego respondió:

—Querida Vibia… deja que te vea y que me recree en esa belleza de matrona romana que irradias. Estás tan hermosa como siempre, o incluso diría que más que la última ocasión en la que te vi.

Ella sonrió y le dijo:

—Veo que sigues siendo tan adulador como de costumbre.

—Mis palabras tan solo expresan lo que mis ojos ven. Ni más ni menos. ¿Cómo podría engañarte con una cosa tan delicada para una mujer? —continuó Sexto halagándola.

—No seas bobo —dijo ella haciendo un gesto con la mano y apartándose ligeramente de su invitado—. Te hacía aún en la villa familiar de Paestum. Fabio me dijo que estabas muy cómodo allí y que necesitabas un retiro para descansar y despejar tu mente de los problemas que te acompañaban.

—Cierto que es un lugar acogedor y muy bonito. Sobre todo, es tranquilo, pero tengo que reconocer que me aburría allí solo y echaba de menos el ajetreo de Roma —respondió él dándose cuenta de que ella tampoco sabía nada de los asuntos que le habían alejado de la ciudad.

—La verdad es que los que estamos acostumbrados a la vida urbana, solemos aburrirnos rápidamente de las villas. No es que haya mucho que hacer por allí. A mí me ocurre lo mismo, querido… Tan solo aguanto unos días en aquel oasis de calma, y por eso muchas veces le digo a Fabio que vaya él solo —expuso la mujer esbozando una sonrisa picarona—. Aquí al menos de vez en cuando se celebra algún banquete o algún espectáculo que nos permite salir de la rutina. También echo de menos cuando estoy allí, poder reunirme con las esposas de otros senadores. ¿Qué sería de mí si no pudiera quedar con ellas para criticar a las que no acuden a los encuentros? —añadió soltando una leve carcajada.

—Cómo sois las mujeres, querida Vibia. En ocasiones me planteo si sois vosotras las que dirigís realmente la República en lugar de vuestros esposos.

—Pues yo diría que algo de razón llevas con esa afirmación.

—Si te soy sincero, yo también prefiero más el bullicio de aquí a la tranquilidad del campo —reconoció Sexto.

—Por lo que veo, no has tenido tiempo de afeitarte esa barba que te hace parecer un mendigo.

Sexto se tocó la larga barba y sonrió:

—No me sienta tan mal, ¿no crees?

—Lo cierto es que un hombre de tu posición debería ser más cuidadoso con su aspecto físico —dijo ella haciendo una mueca que evidenciaba que no le gustaba nada cómo le quedaba—. Haré llamar a Cecilio, el *tonsor* que afeita y corta el cabello a mi esposo, para que arregle este despropósito —dijo la mujer mientras pasaba sus finos dedos por la larga barba canosa.

—Te lo agradezco, querida, pero no es necesario que te molestes. Tengo otros asuntos urgentes que atender y el afeitado puede esperar.

—¡Imposible! No voy a permitir que te vayas paseando por las calles de Roma con ese aspecto tan dejado —dijo alzando el tono de voz—. Además, imagino que querrás ver a Fabio lo antes posible y no quiero que te presentes ante él de esa guisa.

Conociéndola iba a ser imposible escabullirse, así que se resignó a obedecer las indicaciones de la esposa de su anfitrión. Era lo menos que podía hacer por ella y por la hospitalidad brindada.

—Fabio no llegará hasta media tarde. Me ha dicho que tenía asuntos que atender después de la reunión en la Cámara, así que tenemos tiempo suficiente para arreglarte y adecentarte.

Lo cierto era que, aunque el tema que tenía que tratar con su amigo era urgente, podría esperar un poco más. Aguardaría su llegada y le expondría con todo lujo de detalles lo que había acontecido en Tarraco. Y si lo hacía después de un buen afeitado, eso que ganaba.

—Adelante pues, Vibia. Seguiré tus indicaciones, ya que no hay nada más inteligente para un romano de bien que seguir los consejos de una matrona como tú.

Ella sonrió al sentirse importante. Era quizás su momento de gloria. Para una mujer de su estatus social aquello era algo poco habitual y de vez en cuando necesitaba sentirse importante ante los ojos de los varones. En una sociedad en la que las mujeres quedaban relegadas a un segundo plano, en la que poco podían hacer más que estar en casa y cuidar de sus hijos, aquel simple acto, por muy banal y absurdo que pudiera parecerle a él, significaba mucho para ella. La sonrisa que se dibujó en el rostro de Vibia lo decía todo. La mujer le ofreció su mano y él la tomó.

—Mientras esperamos la llegada del *tonsor*, te acompañaré hasta tu estancia para que puedas instalarte.

Aunque aquella mujer no estuviera al corriente de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pudo ver que era feliz. Sintió envidia sana. En cierto modo le habría gustado estar en la posición de Vibia en aquel preciso instante. Olvidarse por un rato de todo el peso que cargaba sobre sus hombros le habría venido muy bien. Las preocupaciones le habían hecho volverse descuidado con su aspecto físico y también le afectaban en el campo mental. Paradójicamente, aquellos últimos días le habían servido para aprender algunas cosas, o más bien, para recuperar la confianza que había perdido a causa de las malas experiencias que le había tocado vivir. Ahora, mientras caminaba hacia el interior de la casa, sujetado con firmeza por la mano de aquella ilusa esposa que no tenía ni la menor idea de los asuntos turbios en los que andaba metido su esposo, pensó que la inocencia era un bien muy preciado. Analizando la naturaleza del hombre, a medida que este iba creciendo e iba asumiendo responsabilidades, ya fueran de tipo familiar, militar, económicas o políticas, perdía poco a poco su estado natural y pasaba a ser corrompido por la sociedad de la que formaba parte. Quizás en otras circunstancias su vida habría sido muy distinta a la que le había tocado vivir. Pero ahora ya no podía hacer nada por cambiar las cosas, así que lo mejor era adaptarse lo mejor posible a las circunstancias actuales y tratar de solucionarlo todo cuanto antes para poder sentirse más tranquilo y recuperar su vida anterior.

CAPÍTULO I

Tarraco, unos días antes

El plan había sido bastante sencillo. Se hizo correr la voz de que el cónsul había sido atacado mientras se desplazaba en su litera, a plena luz del día, por varios asaltantes. De ellos se había podido capturar a uno, que, aunque en principio había sido herido, se estaba recuperando. La información se pasó en primera instancia al prefecto Lutacio, para que este a su vez la transmitiera a sus hombres. Estos se encargarían de irla propagando a los cuatro vientos y sería tan solo cuestión de tiempo que llegara a oídos de los compinches de Rutilio. Seguramente cuando supieran que continuaba con vida, valorarían la opción de intentar hacer algo al respecto. Tal vez asegurarse de que no hablara, o quizá todo lo contrario, un intento de rescate. Lo más probable era que se decantaran por la primera opción, ya que era la más sencilla de llevar a cabo dentro de la dificultad que comportaban ambas acciones. En cualquier caso, el engranaje ya se había puesto en marcha y ahora simplemente tocaba esperar a ver qué sucedía.

Para facilitar el acceso hasta el prisionero, Valerio había trazado un plan astuto. Si querían que aquellas ratas miserables salieran de sus madrigueras debían ponerles las cosas más fáciles. Mantener a la guardia de la ciudad al completo en la *domus* no era lo más lógico. Mientras la casa estuviera repleta de gente armada, aquellos miserables, no se acercarían. En conformidad con Augusto y con el prefecto, acordaron retirar al grueso de los hombres. Estos regresaron a sus ocupaciones habituales, que no eran pocas. Quedaron en disponibilidad y haciendo labores de vigilancia de la casa tan solo los *germani corpore custodes* y los legionarios de Valerio. Por razones obvias, los lictores fueron apartados de esas tareas. Tanto el *Princeps* como los oficiales pensaron que sería mejor prescindir de ellos a partir de aquel momento. Se explicaron los motivos a los afectados, que comprendieron a la perfección las sospechas que podían recaer sobre su lealtad. Con el antecedente reciente de la actuación de Rutilio, era normal que nadie confiara en ellos, así que el propio Augusto les entregó un documento oficial para que lo hicieran llegar al Senado. En este se informaba de que el cónsul prescindía de sus servicios momentáneamente, al menos hasta su regreso a Roma.

Redactó una misiva oficial para que la entregaran a la Cámara tan pronto como llegaran a su destino y los instó a que anunciaran ellos mismos el regreso del magistrado antes de lo previsto. Quería que

todo estuviera preparado para cuando llegara. Para eso era fundamental enviar a alguien que gozara de la confianza de los senadores. Les dijo que anunciaran su regreso haciéndoles saber que lo hacía, en primera instancia, por la finalización de la guerra en Hispania y, en segunda, para poder exponer los hechos acontecidos en Tarraco y tomar una decisión acorde a la gravedad de la situación. El mensaje que escondía aquel movimiento estratégico era claro. El cónsul quería que los insignes padres conscriptos le prepararan algún tipo de acto ceremonial por su triunfo contra cántabros y astures, a la vez que los informaba de que volvía para depurar responsabilidades. Quizás habría sido mejor no adelantar esas noticias y coger por sorpresa a sus rivales cuando arribara a la ciudad. Al menos eso fue lo que le propuso el *optio* a quien protegía, pero Augusto no era de esa clase de hombres. Detestaba a aquellos que atacaban por la espalda y que no venían de frente, así que decidió que haría las cosas a su modo. Si después ocurría algo, nadie podría reprocharle jamás que no le había advertido con tiempo suficiente. Valerio se resignó y no insistió más en el asunto, ya que, al fin y al cabo, no poseía experiencia de la que valerse en el campo político. El cónsul llevaba años librando ese tipo de batallas y seguro que, si había decidido actuar de aquella manera, sería por algo.

En cuanto a los dos lictores heridos, Cayo fue el que peor suerte corrió. La herida que *a priori* no revestía mucha gravedad, se complicó por una infección. Según Musa, la hoja del puñal había perforado más tejido del que en principio le había parecido y había afectado al riñón. Al no darse cuenta inicialmente, no aplicó el tratamiento adecuado para detenerla y cuando se dio cuenta, la fiebre era ya muy alta. El órgano estaba gravemente tocado y, en cuestión de tres días, el pobre hombre dio el paso a la otra vida. Todos se entristecieron mucho al recibir la fatal noticia, que llegó justo el día antes de que sus colegas de funciones partieran para Roma. El estado anímico de todos decayó, y más teniendo en cuenta lo rápido que había sucedido todo. Nadie culpó al *medicus*, que había hecho todo lo posible por salvarle la vida al funcionario. Augusto le recompensó generosamente de nuevo por el esfuerzo que había hecho y le dio instrucciones para que evitara a toda costa que Rutilio acompañara a Cayo en el viaje al inframundo. Le quería vivo para poder sonsacarle toda la información posible. El hecho de que hubiera nombrado a Cayo Sexto Apuleyo era algo muy grave y quería profundizar en ese asunto. Pero no todo iba a resultar tan sencillo, ya que el traidor también tuvo fiebres muy altas, y su recuperación se auguraba más lenta de lo que el cónsul hubiera deseado.

Ese contratiempo hizo que su viaje hacia Roma se demorara un poco más. Augusto no quería marcharse sin haber dejado cerrado aquel asunto y, como su objetivo era regresar a la capital para cortar el problema de raíz, quería hacerlo teniendo a su disposición toda la información posible. Esperaba que el prisionero le diera datos concretos. Aunque Sexto pudiera estar vivo, solo era uno de los implicados. En su momento él tampoco facilitó nombre alguno de sus compinches. Necesitaba, es más, le urgía, poder obtener algún otro nombre, al menos para que cuando llegara a Roma pudiera encontrarlo y darle su merecido. Estaba convencido de que si daba con un solo hombre seguidamente vendrían los demás. No estaba dispuesto a tener que preocuparse más por su vida. Las últimas semanas habían sido demasiado intensas y agotadoras. Entre el miedo constante a ser atacado de nuevo y la reaparición de la dolencia, su mundo se había trastocado severamente. Incluso el propio Musa le había desaconsejado emprender el largo viaje de regreso a Roma hasta que no se encontrara totalmente repuesto. El *medicus* había sido muy claro, y le había advertido de que su enfermedad requería algo muy importante que no iba a hallar en un largo viaje: tranquilidad y reposo. Aunque la respuesta que le había dado el magistrado había sido que para cumplir con esas pautas necesitaba algo de lo que no disponía en aquellos momentos: tiempo. Al menos Musa consiguió que el *Princeps* optara por hacer el trayecto por tierra y no por mar. Le desaconsejaba ir en barco, ya que la oscilación de la nave durante la travesía podría provocar efectos adversos para su salud. Al menos obedeció en ese aspecto y ordenó que se iniciaran los preparativos para el largo y tedioso desplazamiento que tendrían que cubrir. Lo haría acompañado de su esposa, su hija y el prometido de esta. Todos viajarían a Roma, y lo harían escoltados por Valerio y sus legionarios.

* * * * *

—¿A Roma dices?

—Sí querida, a Roma —le repitió mientras mantenía ambas manos entrelazadas con las suyas.

—Llevas tan solo unos días en la ciudad y ya tienes que volver a marcharte.

—Esa decisión no depende de mí.

—Comprendo —dijo Servilia separando sus manos de las de él.

La muchacha se levantó y se dirigió a la ventana de la pequeña habitación. Estaban a solas, mientras Aurelio estaba con sus padres y sus otros hermanos. Ambos habían acudido a visitar a la familia antes de su partida, que no tardaría mucho más en producirse.

—Entonces llévame contigo a Roma —dijo ella de repente dándose la vuelta recuperando la sonrisa que se había esfumado.

Él se quedó sin palabras. No se había planteado aquella posibilidad. Bueno, sí que se la había planteado en algún momento, pero no le había parecido adecuada a la situación que estaba viviendo. Al principio, no supo qué responderle. No era porque no quisiera hacerlo, sino más bien por otros motivos, entre ellos el peligro que suponía en sí su nuevo trabajo. Roma era una ciudad muy distinta a Tarraco, a juzgar por lo que había escuchado decir. Él no había estado allí nunca, pero no hacía falta ser muy avispado para darse cuenta de lo que se escondía en las calles de la capital. Además, no dependía de él tomar aquella decisión, ya que era Augusto quien tenía que dar la autorización en última instancia, e inicialmente contar con el beneplácito del padre de la muchacha, que estaba convencido que no la dejaría irse en calidad de mujer soltera. Por otra parte, sentía la necesidad de tenerla cerca de él, ya que Servilia le ofrecía algo que no había tenido desde hacía mucho: sosiego y tranquilidad.

—¿Acaso tu padre te ha dado permiso para que me acompañes? —fue lo primero que se le ocurrió decir.

—Todavía no… Pero, si eres tú quien se lo propone… Tal vez acceda.

—¿Crees que permitiría que su hija se fuera a Roma tras los pasos de un soldado con el que no está casada? ¿Un soldado que se tiene que encargar de la vigilancia del mismísimo *Princeps*? No lo veo muy claro —respondió Valerio.

—Hay una solución a todo ese dilema —le dijo ella con una sonrisa picarona.

Valerio se dio cuenta de lo que le estaba pidiendo la muchacha.

—¿Casarnos? ¿Eso es lo que me propones?

Ella asintió sin dejar de sonreír.

—Eso me haría muy feliz y dichoso, querida —le dijo sujetándole ambas manos—. Pero no es tan sencillo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no sé si será del agrado de tu padre —le sugirió el soldado.

—Mi padre verá con buenos ojos que me convierta en esposa de un oficial romano que trabaja para el cónsul de la República.

—¿Y qué me dices de Augusto? —interrogó Valerio.

—¿Qué tiene que ver él en nuestro matrimonio?

—Todo, Servilia… Las normas son muy claras en el tema matrimonial —expuso—. Los soldados no podemos casarnos hasta que concluya nuestro período de servicio.

—Pero tú no eres un simple soldado… Eres oficial, Valerio.

—Estoy por debajo de un oficial. Hasta que no consiga el rango de centurión, no podré casarme —dijo él.

Servilia se soltó y le dio la espalda.

—Ya veo… —dijo enojada—. Lo que pasa es que no quieres que nos casemos.

—Claro que quiero, querida. Pero debes entender que las normas son así, y que a los soldados no se nos permite tener cargas familiares hasta la licencia —explicó tratando de mostrarse convincente.

—¿Cargas? ¿Eso es lo que consideras que soy para ti?

—Ya me entiendes, Servilia —trató de justificarse el militar dándose cuenta de que quizás la palabra usada no había sido la más adecuada.

—Entiendo que no deseas que te acompañe, y tampoco ser mi esposo.

Valerio se acercó y colocándose frente a ella, le acarició la mejilla. Servilia bajó levemente la cabeza.

—Tan solo trato de decirte que no es sencillo lo que me propones. Y claro que querría que vinieras conmigo a Roma —dijo el soldado—. Todo el tiempo que he estado lejos de ti me he sentido vacío. Te he echado mucho de menos y la soledad en el frente de batalla es muy amarga.

Le levantó la cabeza haciendo una leve presión bajo la barbilla. Cuando las miradas de ambos se entrecruzaron, Valerio sonrió y con un rápido e instintivo movimiento buscó sus cálidos y tiernos labios. Al principio ella pareció no querer nada, pero casi de inmediato se dejó llevar por la pasión y la ternura. Se fundieron en un largo y apasionado beso que duró una eternidad, o al menos eso les pareció a ellos.

—Tienes toda la razón, hablaré con tu padre… —concluyó el soldado.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la muchacha, que se abrazó a su cuello con mucha fuerza y le dijo:

—Seguro que eres capaz de convencerle. Además, por lo que me has comentado, Augusto te tiene en buena consideración y eso significa que se dan las condiciones adecuadas para que te conceda esta petición si se la solicitas. Él es el *Princeps* y puede hacer lo que le venga en gana.

Visto así… Razón no le faltaba a la muchacha, que volvía a demostrarle que era muy capaz e inteligente. Y, en cualquier caso, jamás le había pedido ningún favor al cónsul. Pensó que le daría igual saltarse la regla en su caso. Podría hacer una excepción por mucho

que hubiera instaurado la norma. Le debía mucho por haberle salvado la vida en dos ocasiones, y esperaba que aquello fuera suficiente para que aceptara lo que le tenía que proponer. Pero antes de consultarle nada, debía hablar con el padre de Servilia, ya que era al *pater familias* a quien le correspondía tomar la decisión sobre cuál era el porvenir de su hija.

CAPÍTULO II

—¿Se puede pasar?

Se dio la vuelta de inmediato y dejó con sumo cuidado el rollo que estaba leyendo sobre la mesa. Allí estaba su anfitrión. Sonriente y con los brazos extendidos.

—Es tu casa y es tu biblioteca. Solo faltaría…

—A mis brazos, querido Sexto —dijo Fabio acercándose hasta él y estrechándolo con fuerza contra su pecho.

Por su efusividad cualquiera diría que hacía años que no se veían, cuando a lo sumo habían transcurrido unas pocas semanas desde su partida a Hispania.

—Es un placer verte de nuevo, Fabio.

—Vibia me ha dicho que habías llegado a mediodía. Ya la he regañado y le he dicho que debería haber mandado a uno de mis esclavos a avisarme.

—No le eches la culpa a ella. Es una buena esposa, y era consciente de que tenías asuntos muy importantes que atender después de la reunión de la Cámara, y no ha querido molestarte —dijo el invitado tratando de excusar a la mujer.

—Esos asuntos podrían haber esperado a mañana. De saber que estabas aquí, lo habría cancelado todo.

En casa de aquel hombre y, conversando con él, se sentía muy cómodo. Parecía que sus problemas se habían esfumado, aunque la realidad era otra.

—¿Qué leías, amigo?

—El *Edipo* de mi querido Sófocles —respondió Sexto.

—¿La versión en griego?

—No, la traducción. Es que el griego lo tengo un poco olvidado.

—Deberías refrescarlo. Sin duda el original gana mucho respecto a ese que estabas leyendo —sugirió Fabio.

—Lo tendré en cuenta…

—Me alegra mucho verte de nuevo por Roma.

—¿Recibiste la misiva que te envié? —preguntó Sexto cambiando de tema y volviendo a los temas que más les debían preocupar.

—Sí, la semana pasada.

—Ha ido más rápido de lo que imaginaba.

—Tal vez haya viajado en barco —dijo Fabio.

—Es posible. ¿Entonces?

Fabio se dio la vuelta y cerró la puerta. Acto seguido invitó a su contertulio a tomar asiento cómodamente.

—Son buenas noticias. Algo menos de lo que preocuparnos, entiendo.

—Fue relativamente sencillo acabar con Licinio y su familia —le dijo orgulloso mientras recordaba fugazmente cómo se había llevado a cabo el asesinato de la familia.

—¿Y qué hay de lo otro? ¿Lo conseguiste? —interrogó interesándose por el asunto de Augusto.

—Estuvimos cerca, pero al final tuvimos que cancelarlo. Demasiado arriesgado acercarse a él. Estaba muy bien vigilado —expuso—. Se ha rodeado de un nutrido grupo de legionarios de confianza. Los mismos que le salvaron el pellejo durante la campaña.

Fabio suspiró y se apoyó en el respaldo de aquella especie de butaca.

—Bueno, al menos Licinio no se fue de la boca.

—De la boca no…

Vio la sorpresa reflejada en el rostro de su anfitrión. Este se adelantó un poco, dando evidentes muestras de su estado de nerviosismo.

—¡Por Júpiter, Sexto! ¡Acaba lo que empiezas y no me expliques las cosas a medias!

—Si me lo permites lo haré… No creí que fuera necesario alarmarte más de lo necesario en la misiva.

—¿Alarmarme? Vamos, por todos los dioses, explícame qué es lo que ocurre.

—Verás, al asaltar la casa y acabar con los que había dentro, pensamos que habíamos evitado que la información llegara al *Princeps*.

—¿Pero? —interrogó impaciente por saber cómo continuaba el relato.

—Era de noche y tampoco creímos que el maldito prófugo hubiera redactado una carta dirigida al mismísimo Augusto.

Fabio se puso más nervioso al escuchar aquella breve explicación. Se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la biblioteca sin decir nada. Sexto se quedó mirándole un buen rato sin articular palabra tampoco, tratando de ponerse en el lugar de su amigo. No le había transmitido las noticias de la mejor manera posible. Había comenzado con esperanza y tranquilidad, para continuar con la parte menos positiva. No había sido la mejor manera de enfocarlo y por eso le dio tiempo a Fabio para que digiriera la información. No pasó mucho más hasta que este se detuvo en seco y volvió a peguntarle.

—¡Por todos los dioses, Sexto! ¡¿Vas a decirme lo que ponía en esa carta?! Porque algo me dice que podría suponer nuestra sentencia de muerte.

—No te lo puedo decir porque no la pude leer. Tan solo sé que debió ser importante, teniendo en cuenta la reacción del cónsul —explicó.

—¿Y tú cómo sabes cuál fue la reacción de Augusto?

—No la presencié, pero sí que lo hizo alguien que trabajaba para vosotros y que estaba cerca de él.

Fabio no salía de una sorpresa cuando se metía en otra. Sexto pudo ver de nuevo el asombro en su rostro y trató de pausar el ritmo en su exposición.

—¿Demasiada información tal vez?

—Es que no tenía conocimiento de que hubiera alguien tan cercano a Augusto que formara parte de nuestro selecto grupo —se sinceró el senador.

—Yo al principio también tuve mis sospechas cuando mi socio y yo lo capturamos husmeando cerca de casa de Licinio, la noche después de que nos encargáramos de mandarle a la otra vida, pero es evidente que sí que lo había.

En aquel momento Fabio cayó en la cuenta de que Sexto se había presentado solo en la *domus* y que no había ni rastro del hombre que le acompañó a Hispania. Aunque prefirió dejar esa pregunta para más tarde, ya que el tema más relevante era el de ese miembro de la conjura que había aparecido en escena sin que él estuviera al corriente.

—¿Te suena el nombre de Flaminino? —le preguntó de repente Sexto sacándolo de sus reflexiones internas.

—¿Flaminino dices?

—Nos dijo que ese hombre era su contacto en Roma. El que en teoría le pasaba las instrucciones y al que rendía cuentas. Pero ya te avanzo que a mí me dio la sensación de que el nombre que le dio no era el de verdad.

—No me suena ningún senador que se llame así. Aunque hay algunos caballeros que entraron más tarde en este asunto, cuando todo estaba ya en marcha, así que bien podría tratarse de uno de ellos —sugirió Fabio pensativo.

—Me extraña que alguien que no sea importante en esto se haya hecho con los servicios de uno de los lictores de Augusto.

—¿Has dicho uno de los lictores de su escolta? —interrumpió el senador.

—Sí, era uno de los lictores que acompañaban al cónsul. Se llamaba Rutilio.

—¿Se llamaba? ¿Acaso está muerto?

—Eso tampoco te lo puedo asegurar. Estábamos demasiado lejos

para poderlo ver con claridad.

Acto seguido le explicó brevemente cómo había ocurrido todo. Obviamente, no le relató que le dejaron solo en el momento de actuar contra el cónsul. Esa parte la modificó, guardándose parte de la verdad para sí. Se limitó a exponerle que justo antes de proceder con el plan, llegaron más guardias y se vieron obligados a cancelar el asalto, a causa de la inferioridad numérica clara en la que se hallaron. No le dijo que había sido su socio el que le había obligado a dar un paso atrás. No quiso reconocer que había sido él quien casi comete un nuevo error. Creyó que no sería necesario reconocer otro más y sumarlo a la larga lista que ya estaba comenzando a acumular. Lo mejor era hacerle creer que las cosas habían ido bien y que si habían intentado solventar el tema aprovechando aquella oportunidad, era porque había alguna posibilidad de éxito.

—Tú nos dijiste que era mejor no precipitarse y dejar que las aguas se calmaran —añadió acto seguido Fabio recriminándole sus propias palabras.

—Eso fue lo que os expuse en su momento. Lo reconozco… Pero la situación cambió drásticamente, Fabio. La huida de Licinio dio un giro brusco a los acontecimientos, y la redacción de esa misiva contribuyó a la hora de tener que improvisar.

—Entiendo… No sé si a los demás les convencerá lo que me estás explicando.

—No tenemos por qué contarles todo.

—¿Ocultarles más información? No creo que sea lo mejor —respondió Fabio—. Además, Augusto no tardará en reaccionar y debemos estar preparados. No queremos que nadie más actúe de la misma manera que Licinio.

No le faltaba razón. Había resultado muy complejo gestionar el asunto del senador prófugo, y no explicar todo se les podría tornar en contra llegado el momento. Todo el mundo sabía cómo era el *Princeps* y de qué manera actuaba con sus enemigos cuando suponían una amenaza contra él.

—Este asunto se nos está yendo de las manos —dijo de nuevo el senador interrumpiendo sus reflexiones.

—¿Por?

—Quizá te hayas precipitado al atentar de nuevo contra él.

—Ya te he explicado que era una magnífica oportunidad —añadió Sexto dándose cuenta de la duda que se dibujaba en el rostro de su amigo.

—Lo sé…, pero nos has expuesto a todos.

«Vaya, ¿con que esas tenemos?», pensó.

—Deberíamos informar a los demás de este asunto.

—Creo que lo más prudente sería esperar y asegurarnos antes —expuso tratando de alejar la duda de la mente del senador.

—¿De qué te quieres asegurar?

—Quizá Augusto no reaccione —le dijo sin mucha convicción.

Fabio hizo un ruido con la lengua mientras negaba con la cabeza.

—Eres un iluso si crees que no va a mover ficha… Dos atentados contra él en poco tiempo, y el último de ellos a plena luz del día…

No le había gustado aquel tono. Si hubiera venido de otro no habría dudado en atacarle verbalmente pero, tratándose de Fabio, optó por no ponerse a la defensiva. Comprendía que estuviera asustado por haber recibido toda esa información, así que cambió el sentido de la conversación para intentar tranquilizarle.

—Entiendo lo que me dices, amigo, pero no debes preocuparte. Mi socio se ha quedado en Tarraco con la misión de averiguar algo más de esa carta, cerciorarse de si Rutilio sigue con vida o no, y ya de paso, informarnos de cualquier indicio de movimiento por parte de Augusto.

—Te veo demasiado tranquilo, Sexto —respondió el anfitrión—. Estamos dejando demasiadas cosas al azar, y eso es precisamente lo que más miedo me da. ¿Te das cuenta de que si ese lictor continúa vivo, es muy probable que haya hablado de vosotros? —interrogó llevándose las manos al rostro y alzándolas luego como si estuviera invocando a alguna divinidad.

Razón no le faltaba al senador. Existía esa posibilidad, pero era más plausible que lo hubieran matado en el mismo lugar en el que tuvo lugar el asalto. Si iba armado, los legionarios habrían acabado con su vida rápidamente. Por desgracia no lo habían podido llegar a ver desde la distancia.

—¿Acaso ya no recuerdas lo que te hicieron a ti? —le recriminó de nuevo Fabio que estaba comenzando a alterarse un poco.

Claro que lo recordaba. Lo tenía grabado en su cabeza. Le habían causado mucho daño físico, pero también psicológico. Todo aquello le había dejado huella y le hizo entender aún más el hecho de que Fabio estuviera preocupado por el destino del hombre que había atacado a Augusto. Bueno, más que por su destino, por el hecho de que diera algún nombre que le sirviera al cónsul para poder llegar hasta los implicados en la conjura. Aunque sintió algo de alivio después de que le dijera que no conocía a nadie que se llamara Flaminino. Era un consuelo saber que en el caso de que hablara, no habría nexo alguno con cualquiera de los implicados.

—No lo sé. No lo veo nada claro, Sexto —dijo encogiéndose de

hombros el senador—. Aunque tu hombre sea bueno, no deja de estar solo en la ciudad, y según me has dicho, en una clara inferioridad numérica. Entonces, ¿cómo crees que va a conseguir información? No será fácil averiguar si ese tal Rutilio sigue vivo, o si ya ha muerto, y mucho menos saber algo sobre esa maldita misiva. No me gustaría saber que Licinio dejó escrito mi nombre en ella antes de morir.

—Aunque pienses lo contrario, Numerio ha demostrado con creces que es un hombre de recursos. Estoy convencido de que sabrá cómo hacerlo —dijo mostrándose confiado—. Y cuando lo averigüe, se pondrá en contacto con nosotros para darnos todos los detalles.

—Espero que estés en lo cierto, Sexto. Si no es así, no habrá rincón en el mundo en el que nos podamos esconder de la ira de Augusto.

CAPÍTULO III

—Tenemos la autorización de Musa para poder hablar con el prisionero.

—¿Lo vamos a hacer tú y yo? —interrogó Aurelio.

—El *Princeps* desea estar presente en el interrogatorio —afirmó Valerio—. Además, por deferencia ha mandado avisar al prefecto Lutacio. Ha colaborado con nosotros desde el principio y opina que es lo menos que podemos hacer.

—Comprendo… ¿Y crees que ese desgraciado nos dirá algo?

—No lo sé, *frater*. Al menos debemos intentar sonsacarle algo de información. Saber si conoce a Sexto, o al menos, que nos pueda confirmar que ese desgraciado sigue con vida —respondió el *optio*.

Los dos militares continuaron con su comida en silencio. Ambos estaban preocupados por ese asunto. La sombra de aquel traidor planeaba sobre la cabeza del cónsul, así que se habían tenido que esforzar mucho a la hora de planificar los turnos de guardia para no dejar solo a Augusto en ningún momento. Los últimos días habían transcurrido sin incidentes y eso le hacía estar intranquilo, ya que los guardias podían relajarse en exceso y eso no era positivo.

—¿Crees que está vivo?

—Hasta hace poco te habría dicho que no… Pero después de lo que escuchó Musa, existe la posibilidad —respondió Valerio.

—Todavía no entiendo cómo los guardias del presidio no se aseguraron bien.

—Eso es lo que está intentando averiguar el prefecto. Se ha encargado personalmente del interrogatorio de los hombres que estaban prestando servicio aquella noche —explicó a su subordinado.

—Espero que saque algo en claro…

—Yo también, amigo. No me gusta nada esta situación.

Ambos hombres continuaron comiendo en silencio durante un rato. Al cabo de poco, mientras bebía de un solo trago su copa de vino aguado, Aurelio se limpió la boca con la palma de la mano y le preguntó de nuevo a su superior:

—Entonces, ¿crees que lo intentarán de nuevo?

—No creo que sean tan estúpidos —respondió este.

—Yo tampoco, aunque estoy convencido de que nos están vigilando —añadió el legionario mientras hincaba el diente en un muslo de venado que olía muy bien.

—No hay duda de que esta conjura está más arraigada de lo que creíamos.

Sabía que el cónsul estaba más preocupado de lo que aparentaba y, tal vez, la prisa que tenía por llegar a Roma era para tratar de cortar de raíz aquella crisis que se cernía sobre su cabeza.

—Creo que nuestro amigo no era más que una pieza insignificante y por lo que parece prescindible en este tablero de juego —dijo haciendo alusión a Rutilio.

—Ya piensas y hablas como uno de ellos. ¿Te das cuenta?

—¿Como uno de quiénes? —le interrogó Valerio que no entendía bien lo que le decía su compañero.

—Como un político, amigo —respondió soltando una carcajada que resonó en toda la estancia.

Estaba escuchando eso demasiado en las últimas semanas y no le acababa de gustar. Él se consideraba un soldado y no un político. Además, sabía que no estaba preparado para sobrevivir en un entorno tan hostil como ese. Viendo a Augusto, se daba cuenta de que no lo pasaba demasiado bien. Y eso que era el primer hombre de Roma. Teniendo toda la seguridad que tenía, no podía irse a dormir tranquilo ninguna noche. No le envidiaba y tampoco deseaba ese tipo de vida.

—Jamás me metería en política, hermano.

—Nunca se sabe… Además, a mi padre le gustaría que su yerno tuviera un cargo importante en la República —dijo con malicia.

Valerio se quedó perplejo mirándole.

—¿Has hablado con Servilia? —le preguntó.

—Mi hermanita me lo cuenta todo —respondió guiñándole un ojo y sonriendo.

—Quiere que se lo pida a tu padre… Pero no es tan sencillo.

—¿Tú la quieres, Valerio? —le preguntó su amigo.

—Por encima de todas las cosas de este mundo. Que me fulmine un rayo de Júpiter de inmediato si te miento.

Aurelio miró hacia arriba como si esperara que ese rayo cayera. Luego volvió a soltar una carcajada y le dio un duro golpe en el hombro a Valerio.

—Entonces deberías hablar con mi padre. Es un buen hombre y seguro que se lo pensará.

—En el caso de que tu padre accediera, ¿qué pasaría con Augusto? Necesito que él me conceda una dispensa para poder casarme con tu hermana —expuso el *optio*.

—Hay algo más sencillo, *frater*.

—Te escucho…

—Después de tu dedicación a la custodia de su vida, y de haber evitado que le enviaran al inframundo, creo que te correspondería recibir alguna recompensa más elevada. ¿No crees? —le insinuó

Aurelio.

—No te entiendo.

—¿Un *optio* encargándose de dirigir la escolta del *Princeps*? ¿No crees que sería conveniente que al menos lo hiciera alguien que ostentara el rango de centurión? —le preguntó de nuevo haciéndole reflexionar.

—¿Sugieres que le pida al cónsul que me ascienda?

—Tú verás. Serías oficial y podrías casarte con mi hermana. Además, diriges a un buen número de hombres, y has logrado desbaratar de nuevo un intento de asesinato sobre su persona. Es lo menos que te mereces, y ya sabes que Augusto es un hombre generoso con los que le son leales. Es una oportunidad que no deberías dejar pasar.

—Todos hemos participado en esto, Aurelio. No es solo mérito mío —respondió Valerio.

—Lo sé, aunque nosotros nos hemos limitado a seguir tus órdenes, si mal no recuerdo.

—No lo sé… No es tan sencillo —añadió dejando el plato de madera sobre la modesta mesa en la que estaban comiendo—. Debería haber sido él quien me lo hubiera propuesto.

—Si le expones los motivos, tal vez acceda.

—Temo extralimitarme —dijo Valerio.

—¡Ay, amigo! ¡Si algo he aprendido en todos estos años, es que más vale por exceso que por defecto! —dijo dejando su plato y poniéndose en pie.

—¿A dónde vas ahora? —le preguntó al verle ir hasta la puerta.

—¡A hacerte centurión, hermano! Si tus principios te impiden pedírselo, alguien deberá hacerlo en tu lugar.

Acto seguido salió por la puerta cerrándola de golpe y dejando a Valerio inmóvil sin saber qué hacer o decir.

CAPÍTULO IV

Llevaba ya varios días merodeando la *domus* del cónsul. Oteaba desde la distancia, pero no se acercaba demasiado. Temía que alguno de los guardias germanos que estaban en la puerta, o de los legionarios que de vez en cuando hacían alguna ronda exterior, le reconociera. No es que ninguno de ellos le hubiera visto con claridad, pero no se podía fiar. Quizás alguno se hubiera fijado el día en el que se acercó hasta la puerta de la casa para solicitar hablar con Rutilio, alegando venir en representación de un hombre que le debía unas monedas. Si algo había aprendido en sus años sirviendo al *collegium*, era que nunca debes fiarte de nadie. La experiencia que uno iba adquiriendo con el paso del tiempo, era un tesoro preciado y, el instinto, algo que podía parecer más un cuento que una realidad, se convertía en un arma igual de poderosa, o más, que una espada o un puñal. En alguna ocasión, una sensación, una percepción, o simplemente un gesto o una palabra, eran suficientes evidencias para rechazar un trabajo. Aunque al principio uno no se fijaba en esas cosas, con el tiempo y con las vivencias, cosas hasta entonces insignificantes, pasaban a convertirse en la diferencia entre vivir y morir. Cuando la vida era una continua lucha, uno aprendía a dejarse guiar por un sexto sentido. Él lo había aprendido tiempo atrás y, agradecía haber estado atento para poder darse cuenta de ello. Si no lo hubiera hecho entonces, ahora no estaría frente a la puerta de la casa del cónsul, tratando de hallar una manera de obtener más información sobre el destino de Rutilio, y sobre el contenido de aquella maldita misiva que tantos problemas le estaba ocasionando a Cayo Sexto Apuleyo…

Roma, dos años y medio antes…

—¿Darle una paliza y ya está? Eso será muy sencillo —dijo Severino haciendo crujir los nudillos de sus dedos entrecruzándolos.

—No quiero que haya sangre —dijo Hermeo mirando a los cuatro matones—. ¿Ha quedado claro?

Todos asintieron mientras el judío sacaba una bolsa de cuero que contenía varias monedas y las contaba ante la mirada de los hombres.

—La mitad ahora y la otra mitad cuando concluya el trabajo. Siempre y cuando quede satisfecho con el resultado —añadió el contratante mientras le daba su parte a cada uno.

Hermeo era un comerciante de telas que llevaba establecido en

Roma desde hacía más de veinte años. Podría considerársele ciudadano romano si no fuera por el simple hecho de que él mismo no estaba interesado en serlo. Como todos los judíos era un hombre devoto a su único dios y no rendía culto a los demás dioses del amplio panteón. Siempre decía que no podía ser bueno repartir los actos divinos entre tantos seres supremos y que los que lo hacían no conocían la verdadera historia de su pueblo. Como todos los judíos, se pasaba gran parte del tiempo rezando a su dios y leyendo sus sagradas escrituras. De hecho, la comunidad judía en la *Vrbs* era numerosa, e incluso poseían algún centro religioso en el que se les permitía llevar a cabo sus liturgias. Los prohombres de Roma siempre se habían mostrado respetuosos con ellos, ya que eran grandes emprendedores y sus actividades contribuían en gran medida a la prosperidad económica de la ciudad y en general de los territorios de la República. Desde que Augusto derrotara a Antonio y se iniciara el período de la *Pax Romana*, las relaciones con el reino vasallo de Judea habían sido excelentes. Herodes, el rey de los judíos, que había sido firme partidario de Antonio durante los tiempos de conflicto entre los antiguos triunviros, llegó a ser llamado a Roma por el vencedor de la guerra civil. El monarca acudió temeroso de ser castigado por no haber elegido bien a quién apoyar, pero el nuevo amo y señor de la República le trató con respeto y cordialidad, ganándose de esa manera su eterna amistad y lealtad. Y eso ya era más de lo que el rey podía hallar entre los suyos, ya que su pueblo nunca lo llegó a aceptar del todo por no ser judío de nacimiento y por profesar demasiado afecto a todo lo que venía de Roma. Al menos eso era lo que siempre contaba Hermeo, que, siendo un hombre ya mayor, no tenía ningún reparo en compartir con los demás su manera de pensar. Le daba igual que sus palabras llegaran a oídos del mismísimo *Princeps*, y siempre se reía a carcajadas cuando alguien que no le conocía le alertaba sobre el riesgo de blasfemar contra lo que había construido el primer hombre de Roma.

—Los judíos siempre tan tacaños —dijo Melandro, un tipejo de origen griego al que conocía de algún otro trabajo anterior en el que habían coincidido.

Hermeo hizo ver que no le había escuchado, pero uno de sus hijos, el mayor, de nombre Isaías, que siempre le acompañaba, sujetó por el brazo al hombre que había faltado al respeto a su padre y le dijo:

—Desagradecido… Encima que mi padre te paga un adelanto, vas y le muestras ese desprecio en su propia casa.

Melandro, que era un hombre fornido y que había vivido situaciones mucho más complicadas que aquella, sonrió y escupió al

suelo justo antes de responder:

—Suelta mi brazo de inmediato si no quieres que te rebane el pescuezo de un tajo.

El muchacho, temeroso al observar la mirada de aquel matón, retiró la presa sin pensárselo demasiado. No era prudente desafiar a un hombre como ese, y Melandro, que era perro viejo, soltó un chasquido con su lengua mientras hacía un gesto con su dedo que dejaba clara su posición ante aquel acto. Se llevó acto seguido la mano a la empuñadura de su cuchillo que estaba oculto debajo de la *paenula* de lana que llevaba sobre su vestimenta. Numerio, que se había mantenido en silencio hasta aquel momento, observando la discusión sin intervenir, optó por dar un par de pasos y sujetar a su socio por la muñeca antes de que sacara el arma y cometiera alguna estupidez.

—No es el momento ni el lugar… —le advirtió en voz muy baja y al oído.

El sicario gruñó levemente y al poco soltó la empuñadura de su puñal e hizo un gesto para darle a entender que se había calmado.

Quizás Isaías jamás llegara a saberlo, pero su intervención le había salvado la vida con toda seguridad. No era bueno provocar a esa clase de hombres. La clase de hombres con los que solía trabajar parecían casi todos cortados por el mismo patrón. Había de todo un poco. Algunos eran simples desgraciados que no habían encontrado otra manera de ganarse la vida, como él. Otros estaban allí ya que no servían para ejercer ningún oficio, mientras que otros, los menos, pero los más cotizados por los que contrataban esa clase de servicios, provenían de las mismas legiones, habiendo sido, o bien soldados que habían sido licenciados al finalizar su período, o bien expulsados por mala conducta o por cometer algún acto que atentaba contra la férrea disciplina del ejército. La cuestión era que siempre había trabajo para ellos, y si uno era bueno en lo que hacía, su reputación crecía, labrándose de esa forma una fama que hacía que su precio fuera más elevado. Pero para llegar tan alto, lo esencial era no tener escrúpulos a la hora de hacer trabajos que harían vomitar hasta al más íntegro y resistente de los hombres. Así era Melandro. Un tipo que tenía fama por hacer cosas que nadie estaba dispuesto a hacer, y eso tenía un coste.

Por ello no comprendía que Hermeo pidiera un trabajo limpio y sin sangre, y hubiera decidido hacerse con los servicios de aquel asesino. Porque había niveles dentro de la escoria que circulaba por las calles de la Subura. Cualquiera podría hacer lo que el judío pedía, pero no era normal que aquel al que había tenido que refrenar acudiera allí para hacer esa clase de encargos. Y menos, como había quedado

demostrado, a cambio de tan pocas monedas. Era peligroso hacerse con los servicios de según quien y no pagarle lo que él creía que era justo.

—Al menos deberías pagarme el doble, viejo —volvió a decir Melandro mirando con odio a Hermeo y después a su hijo, que ya no osaba mantenerle la mirada.

—No tengo más que ofrecer. Además, no quiero que matéis a nadie, así que creo que el precio es suficiente para llevar a cabo lo que solicito.

—Cuando me dijeron que pagabas bien por un trabajo sencillo, no pensé que iba a perder el tiempo —alegó el asesino dándose la vuelta, presto a marcharse del recinto.

Los otros dos hombres, a los que había visto alguna vez por los tugurios de la Subura, pero que no conocía a nivel personal, hicieron lo propio y le siguieron. Numerio fue el único que se quedó allí, estático y mirando a los dos judíos que comenzaron a cruzar palabras entre ellos en su lengua. Cuando estaban ya cerca de la puerta de salida, el anciano les dijo en voz alta:

—¡Está bien! ¡Os pagaré el doble por el trabajo!

Los tres hombres se detuvieron, y Melandro, se dio la vuelta esbozando una sonrisa.

—Así me gusta viejo… Lo que os decía, a estos judíos hay que apretarlos un poco para que suelten las monedas —añadió dirigiéndose a los otros dos hombres que soltaron sendas carcajadas.

El hijo de Hermeo hizo ademán de dar un paso al frente y encararse de nuevo a los tres sicarios, pero Numerio, que ya se había percatado de lo impulsivo e imprudente que era el muchacho, se movió con presteza hasta ponerse a su lado y le susurró:

—Será mejor que no intervengas, joven. No te dará una segunda oportunidad…

Isaías le miró de reojo y pudo ver cómo aquellas palabras no eran una amenaza, sino una advertencia. Refrenó su impulso inicial quedándose quieto al lado de su padre.

—Y una cosa más, abuelo… Las monedas por adelantado, si no, tendrás que buscarte a otros para que se encarguen de resolver tus problemas.

* * * * *

—¿Estás con nosotros?

Los tres hombres le miraron esperando que les diera una respuesta. Lo que le proponían era descabellado. Él no trabajaba de esa manera. Existía un código que se debía respetar y aquellos hombres querían

saltárselo sin más. Los contratos se debían cumplir, por el bien de uno y por el del *collegium* al que representaban. Además, era impensable romper ese acuerdo a ojos de los dioses. Estos siempre estaban observando desde las alturas y la impiedad era algo muy grave que se podía llegar a castigar de una forma muy severa. Una cosa era desafiar a los mortales y otra muy distinta hacerlo con los seres superiores que regían los destinos de los hombres. Sintió algo en su interior que le alertaba. Una sensación que le advertía de que las cosas no iban a acabar bien. Aquellos tres desgraciados, en un afán de codicia desmesurada, querían asaltar la casa del anciano Hermeo para robarle todos sus bienes. Y claro, esa acción implicaba también deshacerse de todos los que allí moraban para que no pudieran delatarlos a las autoridades. Impulsados por Melandro, que les había estado hablando largo y tendido sobre la fama que tenían los judíos de tener riquezas ocultas en sus propias viviendas, habían acordado no llevar a cabo el trabajo para el que habían sido contratados y centrarse en esa nueva tarea.

—¿Y los dioses? ¿Y el *collegium*? —interrogó Numerio tratando de evitar que aquellos desgraciados llevaran a cabo su descabellado plan.

—A la mierda con ellos —respondió Melandro con el semblante más serio y lanzándole una dura mirada que le traspasó por completo.

Aquella no era la respuesta que quería escuchar el asesino. Estaban en una oscura callejuela de la Subura. Ya casi no había luz, por lo que la gente se había recogido a sus casas y apenas se veía un alma deambulando. Nadie pasaba por aquella zona si no era porque tuviera algo malo en mente, o porque transportara mercancías con su carro. Estaba prohibido hacerlo durante el día y, por ello, era al caer la noche cuando había mayor tráfico rodado por el interior de la ciudad. Pero aquella callejuela en la que se habían detenido estaba completamente vacía ya que al ser estrecha tampoco permitía el paso de transportes.

—¿Acaso temes que su ira caiga sobre nosotros? —interrogó Herenio, un poco dubitativo por lo que su socio había preguntado.

—Nadie sabe de lo que son capaces —respondió al observar que aquel tipejo parecía estarse cuestionando el tema de actuar o no—. Además, no me parece sensato incumplir el encargo por el que ya se nos ha pagado —añadió Numerio a la vez que se percataba de que los otros dos hombres estaban comenzando a rodearle.

—Vamos, amigo… ¿No quieres llenarte la bolsa con un buen puñado de monedas? Todos saben que los judíos tienen tendencia a acumular riquezas. Creo que es una oportunidad que nos brindan tus dioses. ¿Quién se va a enterar de nada? —preguntó Melandro en un

tono más cálido, pero poco fiable.

No había tiempo… De lo que dijera a continuación iba a depender el seguir respirando. Aunque, en el supuesto caso de que aceptara la oferta que le habían hecho, estaba convencido de que tan pronto como acabaran el trabajo en casa de Hermeo, le enviarían al reino de Plutón a él también. Había sido un estúpido al sacar a relucir a los dioses ante aquellos tipejos. Estaba claro que no les interesaban para nada, así como tampoco lo que llegara a oídos de los que dirigían el *collegium*.

—Será fácil acabar con un viejo y un crío… —añadió Leto, un sucio y apestoso galo que apenas hablaba decentemente el latín.

Pero no hubo tiempo para decir nada más. Su instinto fue quien le hizo apartarse justo en el instante en el que la hoja de Melandro buscaba sus costillas. Ni siquiera le había visto sacarla de debajo de la *paenula*, pero algo le había hecho reaccionar. Aquel aviso interno fue lo que le salvó de la estocada, y a su vez, le sirvió para golpear al griego con el puño en la mejilla una vez lo esquivó. Sin pensárselo dos veces, sacó su espada corta y atravesó a Leto con un rápido movimiento sin darle la oportunidad de esgrimir su arma. El galo tampoco tuvo tiempo ni de gritar, ya que el frío acero de la hoja le entró por el estómago, traspasándole las entrañas y acabando de inmediato con su mísera existencia. Lo que no pudo evitar en aquel momento fue el impacto del puño de Herenio, que, al estar un poco más alejado de él, pudo golpearle en el rostro aprovechando que tenía la empuñadura del *gladius* aún sujeta y la hoja en el interior del cuerpo de su socio. El puñetazo fue terrible y le desplazó varios pasos hacia atrás, obligándole a soltar el arma, que quedó calvada en el cuerpo del galo, mientras este se desplomaba lateralmente.

—¡Maldito hijo de Plutón! —escuchó que decía Melandro recuperando el equilibrio.

—¡Le ha matado! —gritó el otro alertando al griego.

—¡Pues vamos a enviarle con él!

Numerio se apoyó contra la pared de madera de una *insula*, y trató de reponerse del golpe que había recibido. Sabía que no tenía apenas tiempo para pensar, así que se preparó para recibir el ataque de sus dos rivales que ya portaban las armas a la vista. Él la había perdido, así que no le quedaba más opción que intentar recuperarla o arrebatársela a alguno de ellos. Arremetió con velocidad contra Herenio, que estaba más cerca, adelantándose al ataque de este. Le cogió desprevenido. Cargó con todo su cuerpo y le derribó golpeándole con el hombro en su vientre. Cayó sobre él y le propinó un fuerte puñetazo en la cara, devolviéndole así el que le había dado

antes. Con eso le dejó aturdido el tiempo suficiente como para levantarse y encararse a Melandro. Este, le había dado algo de ventaja y no le había atacado mientras estaba con el otro.

—¡Veamos de lo que eres capaz ahora, sucio traidor!

Acto seguido arremetió contra él portando su puñal. La primera acometida la pudo esquivar con relativa facilidad, aunque se trataba de un amago. Con un rápido movimiento, el griego bajó de súbito la hoja de su arma y le rasgó la piel del brazo izquierdo. No la había visto venir.

—¡¿Qué te parece eso, *mentula*?!

El dolor del acero rasgando piel y músculo fue terrible. Y a eso se le tenía que añadir el hecho de que le hubiese insultado comparándole con el miembro viril. «De esta no salgo vivo», se dijo a sí mismo mientras lamentaba no haber aceptado la propuesta de aquel desgraciado.

—¡Me lo voy a pasar muy bien contigo! ¡Me voy a tomar mi tiempo matándote! —soltó una sonora carcajada mientras hacía otro amago de intentar apuñalarle.

No disponía de mucho tiempo para pensar, así que se sacó la *paenula* y la enrolló sobre su antebrazo derecho tan rápido como pudo, para usarla al menos de protección contra la hoja del cuchillo que tan bien manejaba el griego. No sería suficiente, pero al menos serviría para amortiguar una estocada y, en el mejor de los casos, para poder atrapar su arma. Melandro se dio cuenta de ello y lanzó otro ataque que pudo esquivar dando un paso atrás. Se le acababan las opciones, así que decidió que contra un hombre tan hábil como ese, solo le quedaba una opción: contratacar y no dejarle tiempo para pensar. Se lanzó como un lobo hacia él y colocó su brazo protegido delante para detener el golpe que le asestó el sorprendido hombre que no se lo esperaba. Notó como la hoja traspasaba la lana de su prenda y tocaba la piel. El frío tacto del acero penetró en su carne otra vez, pero no le detuvo. Sabía que le quedaban pocas alternativas, así que hizo caso omiso del dolor. Asestó un tremendo rodillazo en los genitales a Melandro, que no pudo hacer nada por esquivarlo, ya que lo tenía casi encima. El golpe fue contundente y sirvió para que aquel tipo cayera al suelo, soltando su arma y llevándose ambas manos a la zona de su cuerpo afectada. El grito de dolor subsiguiente se escuchó al menos hasta el Quirinal. Con los dos hombres fuera de combate, Numerio sacó el *gladius* del cuerpo sin vida de Leto, que estaba unos pasos por detrás y se dispuso a terminar el trabajo.

No había otra opción. Debía acabar con esos dos de inmediato. Jamás había matado a sangre fría a nadie. Siempre lo había hecho en

una lucha justa, aunque aquella vez las cosas eran muy distintas. De nada serviría tener escrúpulos ni piedad cuando la supervivencia propia estaba en juego. Los dioses tampoco le castigarían por arrebatar esas tres vidas, ya que esos tres les habían faltado al respeto y se habían reído de su poder. Lo que iba a hacer era un acto de justicia divina, así que nadie le pediría cuentas. Se acercó hasta Herenio, que continuaba semiinconsciente en el suelo y le clavó la espada en la garganta con decisión. El desgraciado tan solo pudo emitir un leve quejido antes de que la vida se le escapara. Sin pensárselo, se colocó junto al miserable de Melandro, el instigador de todo aquello, y le sujetó por los cabellos echándole el mentón hacía atrás. Sin compasión le rebanó el gaznate sin darle ni la oportunidad de hablar. El matón trató de taponar la profunda herida de su cuello con ambas manos, olvidándose del dolor en los genitales. Pero ya estaba sentenciado, y tras agonizar unos instantes como si fuera un animal al que habían sacrificado a los dioses, fue a rendir cuentas al dios del inframundo.

—Ahora deberás responder por tus afrentas —dijo en voz alta mientras escupía al cadáver.

Acto seguido, como un acto natural y espontáneo, elevó las manos ensangrentadas al cielo tras dejar el puñal en el suelo y recitó una plegaria:

—Oh, Júpiter, padre de todos los dioses, ruego que con tu infinita clemencia perdones mis actos. Que estas tres almas podridas e impías sirvan para expiar mis pecados y que reciban su merecido por haber faltado a sus obligaciones para con vosotros, seres superiores.

Cuando concluyó, limpió la hoja de su espada en la túnica del propio Melandro y, tras observar a su alrededor y hacia las ventanas de las *insulae* más cercanas, se puso en marcha desapareciendo entre las sombras de la noche.

CAPÍTULO V

Por suerte para él fue el propio Augusto quien le convocó antes de que Aurelio cometiera alguna estupidez. Lo hizo dos días después de haber mantenido la conversación con su subordinado, que iba más dirigida a presionarle a él para que diera el paso de pedirle aquel ascenso al cónsul que otra cosa. Había estado pensando acerca del asunto, y no era una mala idea, ya que así obtendría una justa recompensa por sus servicios a la vez que contentaría a Servilia. Ser ascendido en el escalafón de mando le facilitaría mucho el trabajo de pedir la mano de la joven a un *pater familias* que vería con buenos ojos el enlace. Que su hija contrajera matrimonio con un oficial importante, con un buen *stipendium* y posibilidades de hacer carrera y acceder a alguna magistratura menor, aunque fuera en alguna colonia, era un buen negocio. Incluso mejor que entregársela a algún miembro de su *collegium*. Por ello acudió al encuentro pensando que no tenía nada que perder, pero sí mucho que ganar. A esas alturas, ya había mantenido largas conversaciones con el *Princeps*, y había tratado temas bastante más complejos y delicados que aquel. Aunque al llegar a la estancia en la que se tenía que llevar a cabo la reunión, se sorprendió al darse cuenta de que no iba a ser algo privado. Allí estaban, tanto Livia, como el prefecto Lutacio. Ambos estaban comiendo algo de fruta y bebiendo de sendas copas. Fue Augusto el que se incorporó al verle aparecer.

—¡Bienvenido, *optio*!

Valerio saludó como era habitual, y luego hizo un par de inclinaciones leves con la cabeza para hacer lo propio con los otros dos invitados a la sesión.

—Toma asiento donde prefieras —le dijo el cónsul—. Come algo de fruta fresca que me han traído esta mañana del campo y sírvete una copa de ese vino que es de lo mejorcito que produce esta rica tierra.

Valerio obedeció y tomó una jugosa manzana roja que tenía un brillo espectacular. Se sirvió una copa de vino mientras se daba cuenta de que no había ningún esclavo que cumpliera la tarea de asistir a los allí presentes. Eso solo podía significar una cosa, y era que en la reunión se iban a tratar temas lo suficientemente relevantes como para que no hubiera testigos que luego se pudieran ir de la lengua. No le sorprendió ver a la esposa del magistrado, ya que últimamente le acompañaba a todas horas. Sabía que era una mujer muy inteligente, y aunque en Roma no le era permitida la asistencia a las reuniones

oficiales, estaba convencido de que asesoraba a su esposo a la hora de tomar decisiones importantes. En cuanto al prefecto, algo de información importante tendría si había sido citado también. Pronto saldría de dudas.

—El prefecto Lutacio me informó ayer a última hora de la noche sobre los avances que había hecho en la investigación que nos concierne. Así que he decidido convocarle para que nos explique los detalles. Mejor presencialmente que mediante misiva… Ya sabemos lo que ocurre con estas —dijo sonriendo.

Valerio comprendió a la perfección el interés que tenía el cónsul por la discreción en el tema. Además, no había justificado la presencia de su esposa en ningún momento, lo cual recalcaba que para él era algo normal tenerla allí. Curioso descubrir cómo el hombre más poderoso de la República, predicaba unas cosas para el público, y hacía otras de puertas de su casa para adentro.

—Si eres tan amable, prefecto —le invitó a iniciar el relato Augusto.

—Llevo varios días indagando en el asunto que me mandó investigar, comandante —comenzó a decir justo antes de carraspear—. Y después de interrogar a los hombres que estaban de servicio la noche del asalto, he llegado a la conclusión de que todo sucedió tan rápido, y las evidencias de que el cadáver correspondía al prisionero era tan claras, que no hubo mala intención a la hora de redactar el correspondiente informe. Además, el rostro del prisionero estaba totalmente desfigurado por los golpes, así que nadie lo pudo reconocer por completo.

Augusto miró a Valerio y le preguntó al prefecto:

—¿Has podido encontrar el cuerpo para verificarlo?

—He ordenado que lo exhumaran…

—¿Y? —interrogó el cónsul impaciente.

—Se enterró en una fosa común a la que se arrojan los cuerpos de los presos, comandante.

—Pero, ¿lo habéis encontrado? —volvió a preguntar un poco más nervioso.

—Verá, señor… El problema es que allí también se sepultan los cadáveres de los mendigos y gente no identificada de toda la ciudad —hizo una breve pausa—. Ha sido imposible dar con los restos.

—¿Y ninguno de los hombres que enterró el cuerpo puede confirmar que se tratara de él? —preguntó con astucia Livia tratando de aportar algo a la conversación.

—Nadie fue testigo de la muerte del prisionero. Los que accedieron al presidio no dejaron a ningún testigo con vida. Hicieron muy bien su

trabajo, mi señora —explicó el prefecto.

Había algo en todo aquello que no encajaba. Valerio había estado atento a los datos aportados por Lutacio pero no acababa de comprender.

—¿Y si la intención de los que perpetraron el asalto era precisamente esa? —preguntó en voz alta de súbito el *optio*.

Los demás se quedaron mirándole, y fue el cónsul el primero en intervenir.

—Explícate…

—Verá, comandante. Es posible que la intención de los que acudieron allí no fuera matarle, sino rescatarle y que pareciera que la operación había sido un asesinato para que no hablara.

Augusto se llevó el dedo índice derecho al mentón y asintió.

—¿Y tan importante era para planear ese asalto? —interrogó Livia.

—Tal vez más de lo que pensábamos, querida —respondió el cónsul.

Todos se mantuvieron en silencio durante un buen rato, como si estuvieran analizando aquella teoría. Al final fue Valerio el que rompió el silencio que se había generado.

—Rutilio quizá pueda arrojar algo de luz.

—Insistiré a Musa para que fuerce su recuperación. Aunque me ha garantizado que está fuera de peligro, no ha dado su autorización para interrogarle alegando que la fiebre no desaparece —añadió el cónsul.

—Creo, esposo, que deberías ser menos tolerante con el *medicus* —dijo de repente Livia.

—¿A qué te refieres?

—La situación es lo suficientemente grave como para que lo menos importante sea el estado de salud de ese miserable que intentó acabar contigo. Cuanto más tiempo pase, peor para nuestros intereses, ya que ese hombre podrá inventarse una coartada. Hay que sorprenderle y no permitirle pensar. Si es necesario se le despierta a la fuerza y se le hace confesar usando los medios adecuados.

«Sin duda es una mujer a la que temer», pensó Valerio. «No me gustaría tenerla como enemiga, jamás». Esa mirada fría que se dibujó en la cara de la esposa del cónsul dejaba claro que era astuta y que, si hubiera nacido hombre y hubiera tenido poder, habría sido cruel y despiadada. Entendía que Augusto la quisiera tener tan cerca en momentos complicados.

—Tienes toda la razón, querida. Hay mucho en juego, así que no podemos permitirnos el lujo de perder más tiempo. Además, no quiero demorar mucho más el viaje a Roma. Hay asuntos importantes que requieren mi presencia en la *Vrbs*. Debemos aprovechar la ventaja que

tenemos. Gratitud por la información, prefecto Lutacio. Puedes retirarte —le dijo poniéndose en pie—. El *optio* Valerio y yo nos encargaremos de todo.

Lutacio se incorporó y depositó la copa de vino sobre la mesa. Hizo un saludo militar y una reverencia a Livia y abandonó la estancia.

—Buen oficial —añadió Augusto antes de darse la vuelta y dirigirse al jefe de su guardia.

Se acercó un poco hasta él y le puso la mano sobre el hombro.

—Antes de ponernos con el prisionero, deseo saber algo…

—¿Comandante? —inquirió el aludido.

—Quisiera saber de qué manera podría recompensarte por tus servicios, *optio* Valerio. Estos últimos días he estado un poco ocupado con algunos asuntos y no te he podido prestar toda la atención que debiera. Pero debes saber que soy un hombre de honor, y que sé recompensar a aquellos que cumplen con sus obligaciones.

Vaya, aquello sí que no se lo esperaba. Le sorprendió, pero rápidamente cayó en la cuenta de que era la oportunidad que estaba esperando. Los dioses le sonreían de nuevo y le ofrecían aquello que tanto había anhelado.

—Ya sabe que no soy ambicioso, comandante, y que me conformo con lo que los dioses me han dado…

—Lo sé. Pero hasta los hombres menos ambiciosos, como parece ser que es tu caso, tienen algún deseo —respondió Augusto.

—¿Se acuerda de Servilia?

—Por supuesto. Una joven muy bella, por cierto —dijo él sonriendo.

—Hemos estado hablando estos últimos días y creo que es un buen momento para pedirle la mano a su padre.

—Entonces tienes mi beneplácito, Valerio.

Fue Livia la que carraspeó ligeramente. El cónsul se dio media vuelta y mirando a su esposa se encogió de hombros antes de decir:

—¿Qué sucede querida?

—Creo que lo más justo y adecuado a la situación, por los méritos y la lealtad demostrada por el *optio* Valerio, sería recompensarle con un ascenso, y más teniendo en cuenta que tú fuiste quién creaste esa regla por la cual los legionarios no pueden contraer matrimonio en el transcurso de sus años de servicio.

—Estás en todo —añadió Augusto sonriendo.

Se acercó de nuevo hasta su oficial y le dijo:

—Mi esposa ha hablado, y yo, como cónsul de Roma y como comandante en jefe del ejército de Hispania, te ofrezco ese ascenso que tanto mereces. ¿Aceptas servir como centurión en mi cuerpo de

guardia personal?

* * * * *

«Otra maldita reunión», se dijo mientras aguardaba sentado la llegada del invitado. Habían pasado ya unos días desde su regreso a la capital y Fabio se había ido relajando. Ya no estaba enojado con él por no haber procedido según lo pactado. El hecho de que el Senado no recibiera noticia alguna de carácter oficial de lo acontecido en Tarraco, le había servido para serenarse. De todas maneras, había organizado un encuentro con varios de los senadores más importantes implicados en la conspiración. Entre ellos, cómo no, estaba Emilio, que se había erigido en el portavoz de aquella tropa de aristócratas y caballeros que deseaban ver la caída de Augusto. Había algo en ese hombre que no le gustaba. Le hizo sentir bastante incómodo la última vez que estuvo en Roma y, aunque su amigo no se lo hubiera confesado jamás, estaba convencido que era uno de los que querían deshacerse de él después del primer fracaso, No era de fiar. Era de esa clase de personas que mira siempre con cierto aire de desprecio y resultaba muy incómodo. Aunque él no era supersticioso, había escuchado a muchos decir que esa clase de personas eran peligrosas. Era la primera vez que trataba con alguien así, y había llegado a temer el mantenerle la mirada fija. Asustaba. Era como si estuviera maldito. Lo peor de todo no era eso, sino que lo que le atemorizaba más era saber que era muy sagaz e inteligente. Además, había sido él quien había urdido toda la trama para deshacerse de Licinio en su día. Y lo había hecho basándose en una mera sospecha. No aportó ninguna prueba que le permitiera certificar que aquel desgraciado iba a traicionar a la causa. Si acabó embarcándose en dirección a Hispania fue porque el azar, o más bien, la ambición de uno de los que debía asesinarle, le obligó. ¿Habría acabado haciéndolo de todas maneras? Posiblemente sí. Pero en aquel caso concreto, dejando las hipótesis de lado, lo había hecho empujado por la mala decisión que había tomado aquel aristócrata de mirada sucia.

Y ahora se hallaban allí aguardando su llegada.

—No me gusta nada ese tal Emilio —le dijo a su anfitrión que estaba en pie acabando de dar indicaciones a algunos de sus esclavos para que lo tuvieran todo preparado.

—¿Qué dices?

—Emilio… Tiene una mirada extraña que me incomoda —repitió sabiendo que ya le había escuchado la primera vez.

—Por todos los dioses, Sexto. Deja de decir sandeces.

—No son sandeces, Fabio. Solo digo que no me gusta ese tipo.

—¿Y qué quieres que haga yo al respecto? Está metido en esto con nosotros —le respondió el senador.

—No me gustó lo que hizo con Licinio.

—¿Qué tiene que ver ahora Licinio? —le preguntó un poco molesto por su insistencia.

—Es evidente que fue él quien insistió en la necesidad de eliminarle por una simple sospecha…

—Licinio no era de fiar. A la vista está que Emilio no se equivocaba.

—Quizá si no hubiéramos mandado a nadie para matarle, no se habría visto forzado a huir —le reprochó de manera suave Sexto.

—No me lo puedo creer —negó con la cabeza Fabio.

—Tan solo digo que deberíamos ir con cuidado con ese tipo.

—Suficientes problemas tenemos con los de fuera, como para tener que preocuparnos por los que forman parte de esto. Lo que me faltaba —dijo alzando los brazos al cielo.

—Tú mismo…

—¿Yo mismo? —respondió acercándose un poco más hasta él—. No soy yo el que se ha vuelto a equivocar, Sexto —añadió señalándole con el dedo índice.

Aquello le cogió por sorpresa. No esperaba que su amigo le fuera a decir esas palabras. Era un reproche. Le estaba acusando de haber cometido un error de nuevo.

—¿Así que es eso lo que piensas? —le preguntó.

Fabio soltó un suspiro y se llevó las manos a los ojos.

—Ruego que me disculpes… No era lo que quería decir —se excusó.

—Pero lo has dicho.

—Lo lamento mucho —volvió a pedirle disculpas.

—No hace falta que pidas perdón. En el fondo tienes razón y tengo que reconocer que me equivoqué de nuevo.

—Han sido unos días muy complicados para todos, amigo… Las noticias que trajiste de Hispania me pusieron muy nervioso y debes entender que mi lengua vaya a veces más rápido que mi mente.

Justo en ese instante, el esclavo atriense anunció la llegada del invitado. Ambos se pusieron en pie y se prepararon para recibirle.

—Te ruego que mantengas un tono cordial con Emilio. Soy consciente de que no te cae muy bien, pero por todos los dioses, procura que no se te note demasiado, Sexto —señaló Fabio.

—Tranquilo, no te haré pasar vergüenza si eso es lo que pides.

—Ya hablaremos de esto después si te parece.

—Como desees.

* * * * *

Tanto él como Fabio estuvieron relatando con detalle todo lo que había acontecido en Tarraco a su invitado, que escuchó sin interrumpir. Cuando terminaron, fue Fabio el primero en hablar.

—Es muy extraño que no hayan llegado noticias desde Hispania acerca de este suceso, y sin duda eso me lleva a pensar que por el momento estamos a salvo.

—No coincido con tu visión, amigo Fabio. Que no haya llegado nada hasta Roma, no significa que nuestro querido *Princeps* no esté en guardia —respondió Emilio haciendo gala de aquella mirada que erizaba el vello de cualquiera—. A estas alturas, deberías conocer ya al cónsul, y comprender que no sería demasiado lógico ponernos sobre aviso.

—Entiendo… Pero creo que dos atentados contra él en tan poco tiempo podrían hacer que más de uno se envalentonara, y estoy convencido de que eso no nos conviene —añadió de nuevo el anfitrión.

—En eso sí que coincido contigo, querido amigo. No sería el mejor momento para intentar algo de nuevo contra él —aclaró Emilio tratando de poner sentido común a la reunión—. Habrá reforzado su guardia y ahora sí que será imposible llegar hasta él. Lo debiste ver muy claro si optaste por intervenir —dijo Emilio dirigiéndose a Sexto.

—Sin duda. Habría sido un estúpido si no lo hubiera intentado.

—Si los dioses te hubieran favorecido, ahora estaríamos celebrando la muerte de un tirano. Es una lástima que las cosas no salieran según lo previsto. Pero en ocasiones los dioses son caprichosos, ¿no? —añadió el senador tratando de mostrarse cordial.

Se hizo un repentino silencio entre los asistentes a la reunión. Sexto mantuvo la mirada fija en Emilio, pese a que le incomodaba mucho. Se trataba de un duelo de resistencia en toda regla, y no estaba dispuesto a perderlo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Fabio para intentar romper aquel clima de tensión que se había generado.

—Lo importante es mantener la calma. De momento solo lo sabemos nosotros, así que rogaría un poco de discreción —señaló el aristócrata—. No queremos que la gente se asuste sin motivo y tampoco deseamos que a nadie se le ocurra acudir al cónsul y explicarle lo que planea sobre su cabeza. No queremos otro Licinio del que tener que ocuparnos.

«Querrás decir otro Licinio al que tener que asesinar porque tenías algo personal con él, ¿no?», pensó Sexto.

—¿Y qué hay de la misiva? ¿Qué pasará si constaban nuestros

nombres escritos en ella? —preguntó Fabio preocupado.

—Si los nombres hubieran figurado en esa carta, ahora mismo no estaríamos manteniendo esta cordial y agradable conversación —aclaró Emilio muy seguro de sus palabras—. Ya estaríamos haciendo cola en las puertas del reino de Plutón.

De nuevo volvía a demostrar que era un tipo inteligente y sobre todo sabía hacer gala de esa confianza que los demás no tenían. Por algo se había convertido en uno de los pilares de la conspiración y se creía en el derecho de hacer y deshacer a su gusto. Ese tipo de hombres eran los que de verdad suponían un peligro, ya que no eran de los que dejaban cosas al azar. Estaba cada vez más convencido de que Emilio lo orquestó bien para deshacerse del infeliz de Licinio. Pensó que, si la situación se mantenía en relativa calma como hasta entonces, se encargaría de averiguar algo más acerca de ese turbio asunto.

—Lo que más me preocupa es que el lictor pueda estar vivo todavía. Él sí que podría darles información a nuestros enemigos —dijo Emilio dirigiéndose de nuevo a Sexto.

—Ya te he dicho que mi hombre se ha quedado allí para asegurarse de que todo está correcto.

—¿El mismo que dejó escapar a Licinio? —interrogó con malicia.

—Su socio fue el que nos traicionó —respondió él poniéndose a la defensiva y sabiendo que estaba poniéndole a prueba—. Numerio ha demostrado su lealtad y ha compensado con creces aquel leve error que cometió.

—Demasiados errores para mi gusto…

—Para cometer errores, uno tiene que estar sobre el terreno, y no quedarse al margen y esperar que sean los demás los que se encarguen de hacer el trabajo sucio.

Acto seguido, Sexto se levantó y se acercó un poco más hasta Emilio. Justo entonces Fabio le sujetó por el antebrazo y llamó a la calma:

—Caballeros… Un poco de tranquilidad. No podemos volver atrás en el tiempo y cambiar las cosas, así que será mejor que aunemos esfuerzos para tratar de encarrilar esta situación, en lugar de pelearnos entre nosotros.

Sexto volvió a sentarse y trató de serenarse. Ese tipo le estaba desquiciando con los comentarios fuera de lugar que estaba haciendo. Parecía que el único responsable de que todas las cosas salieran mal fuera él.

—Al menos contamos con algo a nuestro favor. Augusto tiene miedo —señaló Fabio—. Hemos logrado preocuparle.

Emilio asintió, pero no dijo nada de inmediato. Dejó que pasará un incómodo silencio antes de hablar.

—Creo que deberíamos mantenernos alerta y no hacer nada más. Tal y como dijo Sexto la última vez que estuvimos reunidos con los demás, lo más prudente sería aguardar a que se presente una mejor oportunidad para actuar.

—Dejemos entonces que los acontecimientos se vayan sucediendo y tratemos de seguir actuando con normalidad —reafirmó Fabio.

—¿Qué les vais a decir a los demás? —inquirió Sexto.

—De momento nada… Cuanto menos sepan, mejor para nosotros, y por supuesto, también para ellos —respondió con rotundidad Emilio justo antes de ponerse en pie y dar por terminada la reunión.

La despedida fue rápida y bastante fría. Quedaron de acuerdo en mantener un contacto normal, y que, si alguno de ellos recibía alguna noticia procedente de Hispania, organizarían un nuevo encuentro para discutir la manera de proceder. Fue Fabio quien acompañó a su invitado hasta la puerta de su casa. Al cabo de poco ya estaba de regreso. Dio un sorbo a su copa de vino y se sentó frente a Sexto.

—¿Te ha dicho algo más sobre mí antes de irse? —preguntó a su amigo.

—Nada…

—Qué raro.

—No conviene que haya esta tensión cada vez que nos reunamos. Resulta muy agobiante tener que estar pendiente de qué dice uno y otro en todo momento —aclaró Fabio.

—Me he mantenido con la boca cerrada tal y como me has pedido. Ha sido él quien me ha provocado con sus constantes faltas de respeto. ¿Es que no te has dado cuenta? —trató de justificarse.

—No juegues con él, Sexto.

—Es él quien debería guardarse de mí —advirtió un poco molesto.

—Ya te he dicho que estamos todos en el mismo bando. Es un hombre influyente que conoce a mucha gente —dijo Fabio—. No me gustaría que se obsesionara contigo porque como amigo puede ser provechoso, pero como enemigo, puede ser implacable.

—¿Qué me va a hacer? ¿Lo mismo que a Licinio? ¿Convencer a los demás de que soy una amenaza para deshacerse de mí?

—¿Qué insinúas?

—Es evidente, Fabio. Nuestro querido Emilio fue el que sacó a relucir el nombre de Licinio cuando mantuvimos aquella conversación sobre los que eran menos de fiar. Le vino muy bien para marcarlo, así que creo que no es necesario que nos andemos con rodeos. Se lo quitó de encima porque le convenía.

—¿Otra vez con ese tema? Ya te he dicho antes que ves fantasmas donde no los hay. Pero como veo que insistes, ¿por qué crees que Emilio actuó de esa manera?

—Eso no lo sé aún… Pero no te preocupes que lo averiguaré.

CAPÍTULO VI

—Verá, quería pedirle permiso para casarme con su hija…

Se quedó mirando al hombre durante todo el rato que este se mantuvo en silencio. La situación se tornó algo incómoda. La actitud del padre de Servilia no era tan afable como las anteriores ocasiones en las que había estado en su casa. Era evidente que el tema que tenían entre manos era más serio, pero al menos esperaba que el hombre no se mostrara tan distante con él. No debía ser sencillo para un padre tener que lidiar con una decisión como aquella. Al menos se había dignado a recibirle. La mediación de Aurelio con su padre había facilitado el encuentro. Su compañero no había solicitado al final audiencia con Augusto para que le concediera el ascenso, tal y como le había advertido, pero sí que se había reunido con su padre para ponerle en antecedentes de lo que se avecinaba. Eso debería haber servido para hacer que todo fluyera, aunque parecía que no iba a ser así.

—Mi hijo ya me había adelantado que acudirías a mí con la petición.

Un largo silencio siguió a aquella breve locución. Al menos se había pronunciado, aunque sus palabras no habían dejado nada claro.

—Verá… El cónsul me ha concedido un ascenso a centurión de su guardia personal.

—Eso también me lo ha explicado Aurelio —respondió el hombre sin mostrar emoción alguna.

—La promoción me reportará beneficios económicos considerables, además de abrirme las puertas en la política cuando finalice mi servicio.

—Si es que lo finalizas… —añadió el padre de Servilia en un tono un poco desagradable.

Jamás pensó que se le haría tan difícil afrontar una situación como esa. No se había sentido tan humillado en toda su vida, y las pocas palabras que decía aquel hombre no hacían otra cosa que incomodarle. Sintió el impulso de darse media vuelta y abandonar, pero sabía que no era lo adecuado. No estaba dispuesto a permitir que aquel hombre le hiciera renunciar a lo único bueno que le había pasado en los últimos meses de su vida. Nadie le dijo que tuviera que ser sencillo, así que tomó aire y dio un paso al frente dispuesto a combatir por Servilia, de la misma manera que lo hacía por Roma.

—No he venido hasta aquí para suplicarle… Amo a Servilia, y no estoy dispuesto a renunciar a ella bajo ningún concepto. Soy

consciente de que esta es una familia marcada por unos valores tradicionales y que seguramente ya tenga acordado un matrimonio para ella. Pero la vida que le puedo ofrecer yo es mucho mejor que la que le esperaría aquí.

Aquellas palabras sinceras sirvieron para captar la atención del *pater familias*, que se irguió en su silla. Ese gesto apenas imperceptible, fue suficiente para insuflarle fuerzas renovadas a Valerio, que vio que había escogido las palabras adecuadas. Lo tenía donde quería, y ahora se trataba de atacar a las emociones.

—Los matrimonios convenidos carecen de una cosa que para mí es fundamental: el amor. Sin ese elemento básico, los esposos no serán nunca felices. ¿Y hay algo peor que no sentirse amado por la persona que tiene que compartir la vida contigo?

Aquella pregunta, además de ser sincera y emerger desde el fondo de su alma, iba dirigida a alguien que con toda seguridad se había casado por obligación. No era esa su intención, pero sin querer pareció haber acertado con su argumento. El padre de Servilia se puso en pie y se acercó un poco más hasta Valerio.

—Verás, muchacho… Entiendo perfectamente lo que me dices y sé que el amor es una fuerza muy poderosa. Pero debes comprender que las cosas no son tan sencillas como crees. No todo vale en el juego de las alianzas matrimoniales, y existen acuerdos previos que sirven para prosperar en todos los campos. Eres militar, y eso te aleja un poco de la realidad que se vive en las ciudades —explicó el hombre mostrándose más hablador y un poco más cordial—. Mi familia se juega mucho con este asunto. Mis hijas tienen un cometido que cumplir, y para que mi negocio siga su curso, es preciso que ellas se casen con miembros del *collegium*.

No era lo que esperaba escuchar. El hombre no daba su brazo a torcer, y era evidente que tenía las cosas muy claras. Ni usando el argumento del amor había logrado convencerle. Se le acababan las ideas y aquella euforia de sentirse vencedor comenzó a desvanecerse poco a poco.

—Para mí es todo un honor la propuesta que me has hecho, Valerio. Es cierto que tu posición económica y social ha mejorado mucho con tu ascenso, pero eso no beneficia en nada a mi familia. No quiero que mi hija vaya tras los pasos de un soldado. Esa clase de vida es dura para una chica tan frágil como ella. La vida que le ofreces es errante y sin un destino fijo, eso sin tener en cuenta lo arriesgado de tu profesión. No quiero verla sufrir si en algún momento caes herido en combate, o peor, si mueres sirviendo bajo los estandartes. ¿Qué será de ella entonces? Ruego que entiendas que te lo pido de todo

corazón… En la vida no todo es el amor. Hay muchas otras cosas por delante que se deben valorar.

Valerio negó con la cabeza al escuchar aquel argumento que cerraba cualquier posibilidad.

—Pero yo amo a su hija… Y ella me ama a mí —añadió tratando de expresar lo que su corazón sentía—. ¿No es eso suficiente?

—Para mí, no, Valerio. Lo siento.

El *pater familias* se dio media vuelta y abandonó la estancia dejando al centurión sin palabras ni oportunidad de réplica. Había tomado una decisión y nadie le iba a hacer cambiar de opinión.

* * * * *

—¿Esos han sido sus argumentos?

—He tratado de convencerle de todas las formas posibles, pero me ha dado la sensación de que ya había tomado una decisión hacía tiempo —se justificó Valerio.

Servilia agachó la cabeza y se llevó las manos a la cara, cubriéndola. Su hermana mayor y su madre, que estaban con ella, se acercaron y la abrazaron para tratar de consolarla.

—Mi niña. No llores… —le dijo su madre dándole un beso en el cuero cabelludo.

Fue entonces cuando el llanto hizo acto de presencia. Valerio se sintió muy mal. Impotente por no haber peleado más duro por el amor de aquella muchacha. Había combatido con enemigos mucho más duros que el padre de Servilia, y no se había amilanado. En cambio, aquel hombre mayor, sin haber esgrimido un arma, había conseguido derrotarle de una manera rápida y eficaz.

—Volveré a hablar con tu padre, Servilia. No voy a rendirme tan fácilmente.

La madre de la joven levantó la mirada hacia el militar y le dijo:

—Mi esposo no va a cambiar de opinión, Valerio. Es un hombre muy tozudo y si te ha dicho eso, es porque ya lo tiene decidido. Por muy injusto que os pueda parecer a ambos, debéis saber que lo hace por el bien de nuestra familia… —hizo una pausa, alzó la cabeza de la afligida Servilia y añadió—. Y por el tuyo, querida.

La joven se enjuagó las lágrimas con la palma de la mano y entre sollozos le respondió a su madre:

—Si de verdad lo hiciera por mi bien, madre, permitiría que me casara con el hombre al que amo. No me entregaría a alguien a quien ni conozco, por un tema tan banal como el del negocio familiar.

—Su deber es velar por el bienestar de nuestra familia. Debes comprender…

—¡No debo comprender nada, madre! —interrumpió Servilia alzando el tono de voz dando muestras evidentes de que estaba enfadada—. Quizás tú aceptaras esos argumentos en su día, cuando te obligaron a casarte con padre… Estoy convencida de que nadie te preguntó si estabas de acuerdo con ello. No sé si le amabas cuando te entregaron a él, pero yo no soy como tú. No estoy dispuesta a renunciar al amor, ni tampoco a él —dijo señalando a Valerio que estaba sorprendido al escuchar aquel discurso.

—Hija, no te reconozco —acertó a decir su madre separándose un poco más de ella.

—El amor es una fuerza muy poderosa… Y no se puede combatir contra ella.

—Aunque al principio no haya amor, con el paso del tiempo este puede aparecer —trató de justificar la madre.

Aquello se había convertido en una conversación entre las dos mujeres en la que cada una de ellas trataba de exponer su argumento y defenderlo por encima del de la otra parte. Para nada contaban ni él ni la hermana de Servilia. Estaban allí cual si fueran dos estatuas de mármol, presenciando aquel intercambio de opiniones.

—Eso no es amor madre. Si esas palabras salen de tu boca es porqué jamás has experimentado lo que es ese sentimiento. Lo tuyo es simplemente cariño…, pero no es lo mismo que siento yo por Valerio. Estoy convencida de que por mucho que te lo intente describir, no podrás entenderlo ya que nunca lo has vivido. Pero sí que te puedo decir que el amor es algo reconfortante y a la vez raro. Es una sensación indescriptible. Lo definiría como un cosquilleo que te recorre las entrañas cada vez que estás con esa persona. Son como si miles de mariposas revolotearan dentro de ti. Deseas que el tiempo se pare y que no avance. Es no imaginarse una vida en la que esa persona no esté en ella. Es saber que es tu confidente y tu mejor amigo. Y cuando más te das cuenta del amor que sientes por esa persona, es cuando estás lejos de ella. ¿Y qué explicarte de lo que sientes cuando te rodea con sus brazos o cuando te besa? Jamás lo entenderás, madre…

Valerio pasó un poco de vergüenza al escuchar como Servilia le definía a su madre lo que ella sentía. La muchacha se había dejado llevar por las emociones y eso demostraba de nuevo qué clase de mujer era. Hacía todo con mucha pasión, siendo la espontaneidad algo muy presente y reconocible en ella. La caracterizaba, y eso era lo que le encantaba de ella. Por un momento pensó que hubiera sido bueno tenerla junto a él cuando habló con su padre, ya que con esos argumentos tal vez le habría podido convencer. Aunque no era lo

mismo hablar con otra mujer que hacerlo ante la figura paterna. La situación era muy distinta, y los valores tradicionales tan arraigados habrían supuesto una barrera infranqueable. Además, el respeto debido de una hija a un padre no le permitiría haberle hablado de esa misma manera. Su madre al ser mujer, podría llegar a comprender los sentimientos de su hija. Esa era una muralla más fácil de asaltar.

—No es nuestro deber discutir las decisiones que toman lo hombres, querida —alegó su madre a continuación—. Este es un mundo de hombres, hecho por hombres, y dirigido por ellos. No nos queda otra opción que someternos a su voluntad.

—Pues si padre no está dispuesto a escucharme, tendré que hallar otra manera —sentenció Servilia mirándole ya a él.

CAPÍTULO VII

—Se ha convertido en un problema. Está actuando por libre y eso no es bueno para nosotros.

—Pero es el hombre de confianza de Fabio —respondió uno de los asistentes a aquel encuentro.

—Eso es lo de menos. Tenemos que deshacernos de él —respondió Emilio de manera tajante—. Ha cometido muchos errores y no nos lo podemos permitir.

—¿Entonces qué quieres que hagamos? —preguntó el otro.

—Vosotros dos siempre habéis apoyado las decisiones que se han tomado. Estáis en esto desde el principio y, al igual que yo, os jugáis mucho —comenzó a decir de nuevo el anfitrión.

—No menos que los demás —añadió Severino, el más anciano y rechoncho de los dos senadores a los que había convocado en su casa.

—Os he contado todo lo que ocurrió con Licinio porque os tengo confianza. Debéis entender que la misión de quitarle de en medio fue delicada, y que una vez se cumplió, Sexto se extralimitó y atentó de nuevo contra el cónsul a plena luz del día.

—Sí, reconozco que fue muy arriesgado —añadió Casio, el otro senador.

—Y más cuando él había sido el que nos había dicho que lo mejor era esperar y no actuar hasta que se presentara una oportunidad propicia —dijo Emilio aportando más leña a la hoguera.

Los había convocado de urgencia porque sabía que esos dos senadores eran hombres de confianza. La amenaza que suponía Sexto era evidente, y se había visto forzado a buscar apoyos entre los socios de conjura para afrontar aquel nuevo contratiempo. Había intentado morder la mano que le daba de comer, y además se había mostrado desafiante en la última reunión que habían mantenido en casa de Fabio.

—Lo que no entiendo es por qué acudes a nosotros ahora, Emilio. No me gusta nada el hecho de que hayáis hecho y deshecho a vuestro antojo con todo ese asunto de Licinio —comenzó a explicar Severino —. Nos habéis engañado durante semanas diciendo que estaba fuera de Roma haciendo negocios, cuando en realidad está en el reino de Plutón junto a su familia.

La reprimenda del viejo senador estaba justificada. La necesidad le había empujado a tener que reconocer aquel hecho que podría suponer un cisma dentro de la conjura. Pero era más arriesgado dejar libre a Sexto.

—Reconozco que nos equivocamos al tratar de mantenerlo en secreto, pero poneros en nuestro lugar, caballeros… —dijo antes de pasar a la acción usando su poder de oratoria—. ¿Qué hubiera sucedido si en lugar de actuar con presteza, hubiéramos convocado a todos los colegas para debatir qué hacer con Licinio? ¿No habría aprovechado la oportunidad para huir sin oposición y explicarle todo a Augusto? ¿Pensáis que no lo hicimos por preservar la identidad de todos los implicados, y para evitar que se filtraran los nombres? En momentos de dificultad se debe actuar con presteza y decisión, y eso fue lo que nos vimos obligados a hacer en su día. Ni mucho menos debéis pensar que os mantuvimos al margen para sacar provecho de algo, sino más bien para velar por un interés común.

Los dos senadores se miraron entre ellos. Asintieron levemente y Casio fue el que dijo:

—Comprendo… Pero deberíais habérnoslo dicho después.

—Me enteré del resultado de las operaciones ayer mismo cuando me reuní con Sexto en casa de Fabio. Inmediatamente he acudido a vosotros para haceros conocedores del asunto. Creo que la gravedad de lo sucedido requiere que tomemos decisiones importantes —expuso Emilio.

—¿Y qué hay de los demás? Deberíamos hacerles partícipes de lo ocurrido en Hispania —alegó Severino.

Emilio los había casi convencido, pero ahora quedaba la parte más delicada.

—¿Y arriesgarnos a que alguien más actúe como hizo Licinio? Sé que vosotros sois hombres leales y de convicciones fuertes. Ambos os opusisteis siempre a César en su día. Apoyasteis a Pompeyo, a Cicerón, a Catón y a todos los que se levantaron contra el tirano. Asumisteis la derrota y participasteis de manera activa en el justo asesinato acontecido en los *idus* de marzo. Os opusisteis de manera activa después a Antonio y al joven cachorro de César y os volvisteis a levantar en armas contra ellos en una nueva lucha por defender a la República —dijo con sagacidad ensalzando el valor de esos hombres y su implicación en la lucha contra los que querían adueñarse de la vieja tradición—. Sufristeis las conscripciones que tanto daño causaron, pero pese a ello resististeis de manera firme. Ahora os pido que no decaiga vuestro ánimo, nobles padres conscriptos. Hay mucho en juego y necesito contar con hombres como vosotros. La experiencia que tenéis es muy valiosa, y por eso os he convocado para explicaros la verdad. Todos cometemos errores, pero si son por una buena causa deberían ser perdonados. Sois inteligentes y sabéis que no todos los que forman parte de esto poseen la misma entereza que vosotros. Si

les explicamos lo que ha hecho Sexto en Tarraco, existe la posibilidad de que alguno decida acudir al cónsul con la verdad para salvar su vida. ¿Entendéis ya el motivo por el cuál os he convocado a este encuentro privado?

—Visto así tiene su lógica —dijo Casio mirando a su colega.

—Lo entiendo, Emilio —respondió el otro.

«Ya los tengo dónde quería», pensó el anfitrión al darse cuenta de lo convincente que se había mostrado en su discurso.

—Será mejor no explicar nada de momento —señaló Casio—. Y ocuparnos de ese Sexto de una vez por todas antes de que vuelva a actuar por iniciativa propia. No debería acometer semejantes riesgos sin nuestra autorización.

—Ya nos arriesgamos más de lo necesario cuando autorizamos la operación para rescatarle del presidio —añadió el otro senador—. Y todo por la insistencia de Fabio… Le dimos la oportunidad de resarcirse de su error, pero ha quedado claro que no sigue las indicaciones y hace las cosas por su cuenta. Supone una amenaza que debemos neutralizar.

Había conseguido que aquellos dos hombres llegaran a la conclusión de que lo mejor iba a ser acabar con Sexto. Le había costado menos de lo que imaginaba.

—¿Y qué pasa con Fabio? —interrogó Casio—. Es su amigo y creo que no verá con buenos ojos que le eliminemos.

Los dos hombres miraron a Emilio, como si esperaran que él fuera quien les diera una respuesta a ese asunto.

—Dejadme que sea yo el que hable con él. Le convenceré.

—¿Y si no accede? —preguntó Severino.

—Descuidad, lo hará. Y estad tranquilos que os informaré antes de tomar cualquier decisión.

CAPÍTULO VIII

Los dos hombres se encaminaron hasta los aposentos del cónsul. Iban en silencio. La noche era oscura y portaban una antorcha cada uno en la mano. Habían sido citados por el hombre más poderoso de la República para llevar a cabo una delicada tarea: interrogar al prisionero. Pero Augusto quería estar presente durante el mismo. Ellos no habían llevado a cabo nunca un trabajo de ese tipo, así que estaban algo nerviosos. De ahí que cada cual fuera pensando en sus cosas.

—Musa no era partidario de que habláramos con él todavía.

—Su juramente hipocrático le hace estar pendiente de la salud de su paciente. No es culpa suya —le justificó Valerio.

—Pero este caso es algo excepcional.

—Bueno, para Augusto y para nosotros imagino que lo será, pero para un *medicus* quizá no sea así.

—Espero al menos que no tengamos que hacerle daño…

—No olvides que su intención era matar al cónsul —le recordó su superior—. No merece nuestra compasión.

—No es que me compadezca de él. Tan solo es que no me gusta tener que usar la violencia contra alguien desarmado o que no se pueda defender —respondió Aurelio.

—Hay mucho en juego, *frater*. Si ese traidor ha estado en contacto con quien tú y yo sabemos, todos estamos en peligro. Recuerda el mal que nos ha causado…

—No lo olvido, Valerio… Pero es que me da la sensación de que todo esto nos va muy grande.

El centurión se detuvo un instante y miró a su compañero a los ojos.

—¿Y crees que a mí no? Pero cada vez estamos más metidos en ello, y no nos queda más opción que continuar adelante.

—Ya lo sé… Tan solo es que añoro ser un simple legionario y combatir junto a mis compañeros contra un enemigo que no hable nuestra lengua —se justificó Aurelio.

—Yo también creí que todo había terminado después de lo ocurrido en el campamento. Pero veo que la raíz de esta conjura es mucho más profunda de lo que creíamos. Me ha costado mucho digerir los acontecimientos recientes, amigo, pero tenemos un deber para con el comandante. No podemos permitir que esos miserables se salgan con la suya. Augusto es el único hombre capaz de mantener la estabilidad en la República. No quiero volver a aquellos tiempos en los que teníamos que combatir contra otros romanos.

—Yo tampoco lo deseo. Pero tampoco creo que eso acabe ocurriendo.

—Yo no las tengo todas conmigo. Esos enemigos que debían haber desaparecido años atrás, parece que se ocultaron en las sombras esperando alguna ocasión propicia para emerger y poner en jaque de nuevo el proyecto creado por nuestro *Princeps* —expuso el centurión.

—Hablas de nuevo como un político, Valerio —le dijo sonriendo el legionario.

—Créeme, estoy preocupado, pero intento que no se me note demasiado delante de los hombres.

—Pues debo reconocer que lo disimulas a la perfección. Porque has sacado el tema tú, si no, ni siquiera me habría dado cuenta de que estabas tan preocupado.

Valerio sonrió. Había estado pensando mucho en aquella situación durante los últimos días. Lo había hecho mucho más desde que había sido ascendido al cargo de centurión. Continuaba teniendo la misma responsabilidad que antes. Las funciones y las tareas que tenía que desempeñar seguían siendo también las mismas, pero el hecho de ostentar ese nuevo rango implicaba también ser visto de otra manera por aquellos a quienes servía, y a la vez por los que servían bajo su mando. Era curioso lo rápido que podían cambiar las cosas. Hacía unas pocas semanas era un simple legionario, y en menos de lo que dura un suspiro, ya portaba una crin horizontal sobre su casco. Pensó en Salonio y en Cornelio. Ellos habían tardado mucho más en conseguir sus cargos, como era lo habitual. Pero era cierto que las circunstancias que había tenido que vivir él, distaban de ser las mismas que las de sus superiores. Aunque no conocía los detalles de sus ascensos, sí que estaba al corriente de que les habían llegado siendo ya experimentados veteranos. En cualquier caso, estaba convencido que estarían muy contentos con la noticia cuando les llegara. Fue en ese momento cuando cayó en la cuenta que con el ajetreo de las últimas semanas no se había interesado por la situación en el frente. ¿Cómo les estarían yendo las cosas a ellos? Pensó que antes de partir hacia Roma les escribiría una misiva para interesarse por las operaciones y también para preguntar por el resto de los legionarios que componían su centuria. Una centuria a la cual él no podría regresar cuando llegara la hora de hacerlo. No había caído en eso…

—Tampoco creo que haya ayudado demasiado lo de mi hermana —dijo de repente Aurelio sacándole de sus pensamientos.

—Por supuesto que no —respondió Valerio recordando ahora el asunto de la pedida de mano funesta del día anterior.

—Mi padre es un buen hombre, Valerio. Es de mentalidad tradicional y está claro que no entiende lo importante que es el amor.

—Ya me di cuenta de ese detalle.

—Los *collegia* funcionan de esa manera. Pueden parecer muy endogámicos, pero es la única manera que tienen de protegerse y velar por los intereses comunes —le explicó el legionario.

—Respeto las costumbres y tradiciones, Aurelio. Pero algún día las cosas tendrán que cambiar. Además, lo que le ofrezco a tu hermana es mucho más que un acuerdo entre familias.

—Lo sé, hermano. A mí no tienes que explicármelo porque lo entiendo a la perfección. Intentaré hablar con mi padre para convencerle de que es lo mejor para todos.

—Te lo agradecería de corazón —le dijo el centurión esbozando una sonrisa—. Pero ahora tenemos algo más apremiante de lo que ocuparnos.

* * * * *

Los tres hombres se dirigieron a la estancia en la que estaba el herido recobrándose. Estaba en la otra punta de la gran *domus*. En la puerta estaban dos de los bátavos encargándose de la vigilancia del prisionero. Valerio lo había previsto de aquella manera para que en ningún momento lo dejaran solo. Aunque Rutilio no se encontrara bien, era mejor no dejar de custodiarlo.

—¿Cómo está? —preguntó Augusto cuando se plantó delante de los dos enormes guerreros germanos.

—El *medicus* lleva ya un rato dentro con él, comandante —respondió uno de ellos—. ¿Quiere que le avisemos de que ha llegado?

—No, tranquilo, soldado. Ya me encargo yo mismo de entrar.

Los dos bátavos se echaron a un lado, dejándoles el paso franco. Fue Augusto el que abrió la puerta de la estancia y accedió a ella, seguido de cerca por el centurión y el legionario.

—Podéis iros a descansar mientras estamos aquí dentro —indicó Valerio al pasar junto a los dos guardias.

Estos dos asintieron y abandonaron el puesto. Mientras se marchaban, uno de ellos le dijo al otro en su bárbara lengua:

—No me gustaría estar en el pellejo de ese desgraciado.

Su compañero soltó una leve carcajada y respondió:

—Cuando está a buenas es un hombre afable, pero le he visto enojado demasiadas veces y para ser tan poca cosa, la verdad es que asusta.

Mientras aquellos dos germanos compartían impresiones sobre el carácter de Augusto, los tres hombres se acercaron al camastro en el

que estaba estirado el lictor. A su lado, preparando algunos brebajes estaba Antonio Musa. Al verlos aparecer, sonrió y dejó lo que tenía entre manos. Se limpió las manos con un trapo de lino e hizo una reverencia en señal de saludo.

—Hace un rato que descansa, mi *Princeps* —dijo el *medicus*.

—¿La fiebre?

—Aunque aún tiene, he conseguido que le baje un poco más —señaló.

—¿Puedes despertarle? —preguntó el cónsul.

—Por supuesto —afirmó mientras se acercaba un poco más al camastro y le colocaba un paño de agua fría en la frente.

Azuzó al enfermo con suavidad:

—Despierta, Rutilio. Tienes visita…

El antiguo lictor abrió los ojos poco a poco y tardó unos instantes en adaptarse a la luz que emitían las dos antorchas que portaban los hombres que se habían situado en los flancos de su lecho. Se llevó las manos a los ojos al verse deslumbrado y no pasó mucho hasta que se dio cuenta de que además del *medicus*, había otro hombre situado a los pies del camastro. Era él… Le reconoció sin ninguna duda. Había acudido a cobrarse su justa venganza. Venía a reclamar su alma por haberle traicionado. Miró hacia los laterales y observó a los otros dos que le flanqueaban. Aunque no iban con sus armaduras, supo que ellos eran los que se encargarían de ejecutar la sentencia. Eran los enviados del dios del inframundo, que estaban allí para cumplir sus órdenes. Su hora había llegado. Le dolía la cabeza, aunque era consciente de todo lo que había ocurrido. Para él era como si todo hubiera pasado el día anterior, aunque el *medicus* le había informado que llevaba más de una semana recuperándose de la grave herida que había sufrido y de las consecuentes fiebres que se habían apoderado de él. Recordaba hasta el más mínimo detalle del asalto fallido que había perpetrado, y sabía que venían a sonsacarle toda la información posible.

—¿Sabes quiénes somos? —interrogó Augusto en primera instancia.

Rutilio asintió levemente pero no habló.

—Entonces ya sabrás a lo que hemos venido.

Hizo el mismo gesto otra vez.

—Si eres tan amable de dejarnos a solas con él —le indicó el cónsul al *medicus*.

El hombre hizo una reverencia y abandonó la estancia.

—Estaré fuera por si me necesita.

—Gratitud.

No había costado mucho convencer a Musa de la necesidad

apremiante de interrogar al prisionero. Augusto se había querido mostrar paciente con el estado del hombre que había intentado atentar contra él, y le había concedido al *medicus* el tiempo que le había pedido para que el paciente estuviera en condiciones de hablar. De hecho, era lo menos que podía hacer por aquel que le había salvado la vida a él. Si no hubiera sido por la intermediación de su esposa, tal vez aún estaría esperando. Pese a eso, Musa había intentado convencer al *Princeps* de que al menos necesitaría un par de días más para seguir tratando esa fiebre alta. Fue una resistencia pasiva y fácil de rebasar, ya que comprendió la situación de inmediato y cedió ante la insistencia.

—Te debieron prometer algo muy importante a cambio de matarme —comenzó a decir Augusto.

El prisionero giró la cabeza hacia un lado tratando de evitar la mirada inquisitoria que le había lanzado el cónsul. Estaba avergonzado por lo que había hecho, o al menos esa era la sensación que daba. Aunque bien podría tratarse del embarazo provocado por su fracaso. Eso solo lo sabía él.

—¿Es que no vas a tener la decencia de al menos confesar? —preguntó de nuevo Augusto.

Ni una palabra ni un gesto.

—Lo más sencillo para mí sería ordenar que te mataran aquí mismo. Pero no soy de la clase de hombres que se dejan llevar por los impulsos. Dime, Rutilio, ¿has hecho esto por algún agravio personal que te haya podido causar? ¿Lo has hecho por un ideal? ¿O simplemente por unas cuantas monedas? No me da la sensación que seas un hombre ambicioso…

—Tiene gracia que eso me lo diga el hombre que gobierna la República y mueve los hilos a su antojo —respondió el prisionero con un tono bastante sarcástico.

—No estás en posición de mostrarte descortés con aquel que te ha perdonado la vida —intervino Valerio.

—¿Qué sabrás tú de cortesía, *optio*?

Valerio se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Haz lo que te ha ordenado tu señor que hagas. ¿Es a eso a lo que has venido, no? —desafió el prisionero.

Todos los presentes se quedaron sorprendidos ante la actitud de Rutilio. Aunque le conocían muy poco, siempre se había mostrado educado y jamás había tenido una mala palabra con nadie. ¿A qué venía aquel cambio de actitud repentino? Los había cogido a todos a contrapié. Esperaban a un hombre sumiso y avergonzado, dispuesto a confesar todo sin miramiento alguno. Pero en su lugar se habían

encontrado con un muro sólido.

—Si te quisiera muerto, ya haría tiempo que lo estarías —añadió Augusto acercándose un poco más hacia el lado en el que estaba Valerio.

—Venís aquí en tono amenazador exigiéndome que hable, cuando todos sabemos que diga lo que diga, acabaré viajando a la otra vida —respondió el hombre sin más.

—De ti depende continuar respirando —afirmó el cónsul.

—Qué más da seguir respirando, si tendré que hacerlo encarcelado lo que me quede de vida.

—Si nos cuentas todo lo que queremos saber, podemos llegar a un acuerdo que nos convenga a todos.

—Yo no soy más que un ser insignificante en todo esto. Cuando explique todo lo que sé, haré el viaje sin más. Así que al menos me iré sabiendo que no he delatado a nadie y que seguiréis sin saber nada —añadió Rutilio sonriendo con malicia.

Fue entonces cuando Aurelio sujetó por la túnica a aquel ser despreciable y lo incorporó en el lecho. Con la otra mano sacó el *pugio* de su cinto y se lo colocó en el gaznate.

—Tienes razón en una cosa. No eres más que un ser insignificante. Nadie va a venir a sacarte de esta, y es muy probable que te acabemos matando.

Valerio hizo el ademán de detener a su subordinado, pero Augusto le frenó colocándole su brazo extendido sobre el pecho.

—Pero en tu mano está decidir la manera en la que vas a hacer el viaje —prosiguió el legionario—. Hay maneras y maneras de hacerlo… Existe una que es rápida y con poco dolor, y otra que es lenta… Muy lenta y llena de agonía. Los germanos son especialistas en hacer sufrir a sus enemigos, y aquí disponemos de unos cuantos bátavos que son expertos en estas artes. Estarán encantados de pasar un largo rato contigo sometiéndote a calvarios que jamás podrías imaginarte.

El rictus de burla que había tenido hasta entonces el prisionero cambió. Las palabras de Aurelio parecían haber surtido efecto en el ánimo de aquel traidor. Quizá en ese momento se estaba imaginando todo tipo de torturas, cada una de ellas peor que la anterior.

—Así que eres tú el que decides cómo quieres marcharte de este mundo…

CAPÍTULO IX

—¿Pero es que te has vuelto loco? ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

—Lo sé y soy plenamente consciente de ello. No te lo pediría si no estuviera convencido de que es la única opción que tenemos —expuso Emilio a su invitado.

Jamás habría pensado que su anfitrión le había hecho llamar para hablar de ese asunto. Lo que le pedía era una auténtica locura. Algo que se enmarcaba más dentro del ámbito personal que otra cosa. ¿Asesinar a Cayo Sexto Apuleyo? Sabía que era su amigo. Es más, sabía que aquel hombre había entrado al servicio de la conjura gracias a su mediación. Había sido él quien había convencido a los demás senadores de la importancia de hacerse con los servicios de un profesional que tuviera experiencia en ese tipo de situaciones.

—¡Por todos los dioses, Emilio! ¡Me estás pidiendo que traicione a un amigo!

—¿Qué es más importante? ¿Una amistad o una causa justa? —le preguntó a su vez el senador—. Nos jugamos mucho en este asunto, querido Fabio, y las amistades no deben interponerse en las obligaciones y los compromisos.

—¡Todavía no entiendo por qué quieres que muera!

—Ya sabes el motivo… Demasiados errores, y cada vez más graves. Cada vez estamos más expuestos y, además, no he sido yo solamente el que lo ha decidido.

—No, claro… Te has reunido con otras personas para discutir el tema sin ni siquiera contar conmigo —le reprochó—. A saber lo que les habrás explicado…

—La verdad, Fabio. Ni más ni menos.

Emilio, como siempre, actuaba por libre. Tomaba decisiones sin consultarle a él. Y luego se limitaba a informarle de lo que se había acordado. No era justo que se sentenciara a muerte a Sexto de aquella manera tan vil. Ni siquiera le había permitido acudir al encuentro para explicar lo que había ocurrido. Además, se había saltado el acuerdo al que habían llegado de no explicarle nada a nadie por el momento.

—Solo lo habéis decidido tres y eso no era lo que habíamos acordado —indicó Fabio—. En esta conjura somos muchos más. ¿Qué pasa, que la opinión de ellos no cuenta? ¿Desde cuándo toman tres personas las decisiones importantes?

—Desde que se trata de una situación de urgencia. ¿Ya te has

olvidado de lo de Licinio? ¿No fuimos también tres los que tomamos aquella decisión sin informar al resto de senadores y caballeros?

«Maldito hijo de Plutón», pensó Fabio. Tenía toda la razón. Se trataba de una situación idéntica. Emilio lo tenía todo calculado, y eso le convertía en alguien muy peligroso. Sexto estaba en lo cierto cuando le advirtió acerca de él.

—No te lo habría explicado si no fuera sido un tema importante. Además, a ojos de los demás, tu amigo se ha extralimitado en sus funciones, poniéndonos a todos en peligro. Actúa de manera impulsiva y sin pensar en el bien común —expuso Emilio—. Si se hubiera limitado a deshacerse de Licinio y regresar, no nos hallaríamos en esta encrucijada. Pero debes pensar que no podemos arriesgar todo el plan por un solo hombre. Entiendo que sea tu amigo, pero el futuro de la República no puede depender de las acciones egoístas de una sola persona.

Algo de razón tenía en los argumentos expuestos. Si Sexto no fuera amigo suyo, lo vería mucho más claro. Había mucho en juego, y todos los que estaban metidos en la conspiración se estaban jugando la vida asumiendo un riesgo tan alto. Comprendía que estuvieran enfadados con el hombre que había cometido un nuevo error.

—Siempre ha demostrado lealtad a la causa.

—¿Y eso a que viene ahora? —preguntó Emilio.

—Estuvo encarcelado y fue torturado durante días. Pero no dio ningún nombre.

—Eso le loa, sin duda. Pero no es suficiente para justificar que deba seguir vivo —añadió el senador que parecía tener muy clara la decisión.

—No estás siendo justo con él.

—¿Eso crees? ¿Te parece poco el hecho de que le cediéramos el mando de las operaciones en Hispania cuando se inició la conquista? —preguntó retóricamente Emilio—. ¿O que hiciéramos una inversión extraordinaria para planificar su rescate cuando nos enteramos de que estaba preso? ¿Y qué me dices del hecho de cederle la responsabilidad de ir tras Licinio después de haber dejado que escapara con vida?

—Lo de Licinio no fue culpa suya… Fueron los sicarios quienes no hicieron las cosas bien.

—Fue él quien los contrató, así que la responsabilidad recae igualmente sobre sus hombros.

Era muy difícil justificar los fracasos de Sexto. Eran demasiados y cada vez que los enumeraba, él se sentía más culpable por haber sido el que convenció a los demás para hacerse con sus servicios. No había manera de convencer a Emilio de que no era justo deshacerse de su

amigo. Pero ya no se trataba solo de Emilio, sino que había otros que compartían su misma opinión. No había duda de que el senador se había encargado de convencerlos y así se los había ganado para su causa. Era cuestión de tiempo que se hartara de escuchar excusas. Siendo tan peligroso como era, si arriesgaba aún más, podía darse el caso de que él también se convirtiera en un obstáculo y pasara también a formar parte de la lista de personas a las que eliminar. Había hecho todo lo que estaba en su mano para intentar salvar a Sexto de su sentencia. Era evidente que no podían permitirse más errores, y que si no le uniera una amistad a él, lo habría visto mucho más claro y no habría dudado ni un instante para apoyar la decisión.

—Está bien…

—No pareces muy convencido, Fabio.

—Aunque no me guste, sé que tienes razón. Son demasiados errores, y hay mucho en juego. Entiendo que lo veas como un peligro que hay que neutralizar —expuso finalmente.

—Quiero insistirte en el hecho de que no soy yo el único que piensa de esa manera. Cuando organizamos todo esto, éramos conscientes de que formábamos parte de un grupo numeroso de gente, unida por un mismo ideal: derrocar a un tirano y salvar a nuestra querida República. No me veas como alguien que quiere mandar por encima de los otros. No soy, ni quiero ser un nuevo César, ni erigirme en un hombre como aquel al que deseamos eliminar. Solo deseo que todo vuelva a ser como antes. Roma debe ser dirigida y gestionada por un Senado compuesto por gente culta, inteligente y con experiencia. Roma pertenece a su pueblo, y el Senado debe ser el padre que cuide de ellos como si fueran sus hijos —hizo una breve pausa y dio un trago a su copa antes de continuar—. Todos debemos erigirnos en padres de la patria, y no un solo hombre. Si no, estamos condenados a fracasar y a desparecer. El interés común debe prevalecer por encima del individual. No queremos a Augusto, pero tampoco queremos a hombres como Sexto, a los cuales no les interesa otra cosa que su propia ambición y en este caso venganza. Las generaciones que vendrán después nos verán como aquellos hombres que liberaron a la República del yugo de un tirano. Bruto y Casio fueron los adalides en su día, junto a todos aquellos que combatieron en aras de la libertad. Seamos nosotros ahora los que lideremos esta lucha, Fabio.

Se acercó un poco más hasta su invitado y en un tono afable le puso la mano sobre su hombro.

—Nosotros somos Roma. Nosotros somos la República. ¡Muerte al tirano! —gritó alzando su puño al cielo.

—¡Muerte al tirano! —respondió él a su vez haciendo el mismo

gesto.

CAPÍTULO X

Allí estaba. Sentada delante de aquella poderosa mujer y con las manos cogidas por las de ella. Le acababa de relatar todo con sumo detalle. La desesperación le había obligado a buscar alguna manera de arreglar lo suyo. Sabía que había sido un movimiento muy arriesgado, pero las circunstancias así lo requerían. No se le había ocurrido otra manera. Su madre no había logrado convencer a su padre, y ella sabía que le esperaba una vida de tristeza y desolación. No estaba dispuesta a dejar escapar el amor y casarse con alguien a quien no conocía. Había sido una decisión difícil de tomar, pero una vez acudió a la lujosa *domus* del cónsul, todo fue más sencillo de lo que imaginó. Los hombres que montaban guardia en el exterior ya la conocían. Sabían que había acudido varias veces a ver a su oficial al mando. Además, eran conocedores de su parentesco con Aurelio, así que la dejaron acceder sin problema, pensando que iba a encontrarse con su superior.

Lo que le costó un poco más fue dar con la esposa de Augusto. Preguntó a dos esclavas que se encontraban en el jardín, y estas le dijeron que informarían de su llegada y de la voluntad de ver a su señora. Esperó durante un buen rato hasta que Livia Drusila apareció. Iba vestida con unos ropajes muy bonitos y elegantes. La esposa del cónsul irradiaba belleza, pero a la vez sencillez. La dejó impresionada y casi sin palabras. Lo primero que hizo ella fue mirarse como iba vestida, y sintió vergüenza al presentarse de aquella guisa antes tan noble dama. La esposa del cónsul se mostró muy afable y la invitó a sentarse con ella en el jardín. Sabía quién era, y por eso se mostró tan atenta. Estaba muy satisfecha por el trabajo de Valerio, y no se cansó de elogiarle en todo momento. Incluso, sin que ella le preguntara nada, le explicó lo del tema del ascenso y la anécdota del despiste de su esposo a la hora de concedérselo para que pudiera casarse con ella. Fue entonces cuando su rostro cambió, y Livia se dio cuenta de que algo sucedía. Le preguntó y Servilia le relató los pormenores del encuentro del centurión con su padre.

—No te preocupes, niña —le dijo ella cogiéndola de las manos—. Encontraremos la manera de solucionarlo.

Era una mujer encantadora. Sus manos desprendían calidez. Se sintió reconfortada cuando las asió, y cuando pronunció aquellas palabras de apoyo.

—El amor es un sentimiento contra el que no se puede combatir, querida. Pero debes tener en cuenta que vivimos en un mundo de hombres, y eso nos sitúa a nosotras en un segundo plano.

—Lo sé… Pero no es justo —respondió Servilia.

—Hay muchas cosas en este mundo que no son justas. Pero no nos queda más opción que aceptarlas. O al menos tratar de sobrellevarlas para que algún día podamos cambiarlas. Quizás nosotras no seamos capaces de hacerlo, y tal vez nuestras hijas, y las hijas de nuestras hijas tampoco sean testigos de esas transformaciones. Pero no por ello debemos conformarnos y no pelear por conseguirlo.

Era una mujer muy inteligente además de bella. Aquellas palabras le hicieron recuperar la esperanza. Livia no era una mujer como las demás. Era la esposa del hombre más poderoso de la República, y como tal, debía mostrarse como la matrona más romana de todas. Pero eso era de cara a la galería. De puertas para adentro, era completamente distinta. O al menos eso era lo que parecía. Pese a ser consciente de la posición de las mujeres dentro de la estructura social romana, se la veía dispuesta a hacer todo lo posible para cambiar las cosas. No podía hacerlo abiertamente al ser una figura tan popular, pero al menos se la veía convencida. Augusto y su familia debían aparentar ser los más acérrimos defensores de las costumbres y tradiciones. Pero una cosa era hacerlo ante el pueblo, y otra cosa, en la intimidad. Por lo que parecía, el peso que tenía Livia en la vida de su esposo era importante. Al fin y al cabo, había sido ella la que había conseguido el ascenso de Valerio, así que algo sí que influiría en las decisiones que tomaba el primer hombre de Roma.

—Es lo que yo pienso…

—Es lo que muchas pensamos, pero que no podemos expresar en público, querida —le respondió Livia sonriendo.

—Yo tan solo quiero estar con Valerio.

—Te entiendo perfectamente. Mi primer esposo fue primo mío, querida. Y no me casé con él por amor, sino por lo que lo hacen la mayoría de las mujeres: por intereses familiares —reconoció la mujer más poderosa de la República.

—Entonces comprenderá mi dilema.

—A la perfección, mi niña —añadió acariciándole la mejilla—. Y es por eso por lo que voy a ayudarte.

—No sé cómo se lo podré pagar —respondió Servilia muy contenta al escuchar aquellas palabras—. Y menos después de todo lo que ha hecho ya por Valerio.

—Valerio se ha ganado todo lo que ha recibido con su esfuerzo. Yo tan solo me he limitado a recordarle a mi esposo que debía recompensarle por su lealtad. Es un hombre muy atareado y con muchas cosas en la cabeza, y es normal que de vez en cuando se le olviden algunas de ellas.

«Pero para eso están las mujeres», pensó Servilia quitándose un gran peso de encima y siendo consciente de que aquel riesgo que había asumido al ir a verla, había sido la mejor decisión que había tomado en toda su vida.

CAPÍTULO XI

—¿De verdad crees que los bátavos son capaces de hacer sufrir a un hombre de esa manera?

—Es lo primero que se me ha ocurrido —dijo Aurelio encogiéndose de hombros.

—Estoy impresionado con las habilidades que demuestran tus legionarios —señaló Augusto complacido ante el planteamiento acertado que había llevado a cabo el soldado.

Rutilio se había asustado. Lo pudo ver reflejado en sus ojos. Era como si se hubiera topado de frente con el mismísimo can Cerbero que custodiaba las puertas de acceso al reino de Plutón. Después de recibir aquella amenaza por parte del legionario, se había mostrado dispuesto a colaborar.

—No me suena de nada el nombre de Flaminino —musitó el cónsul.

—Tal vez no sea el nombre verdadero de quien nos ha dicho que era su contacto en Roma —señaló Valerio.

—Es lo más probable. Incluso ahora mismo dudo que ese desgraciado se llame Rutilio.

—Podría estar engañándonos también. No me acabo de fiar de él —dijo Aurelio que se había encumbrado ante el cónsul y formaba ya parte de su círculo de confianza.

—Creo que no estaba mintiendo —puntualizó Augusto con el semblante serio—. Pude ver cómo el miedo hacía acto de presencia en su rostro. Creedme cuando os digo que no es la primera vez que lo detecto en un hombre.

Aquellas palabras escondían algo más que no les explicó. Era evidente que un hombre de su edad, y sobre todo con su dilatada experiencia, se había visto envuelto en situaciones similares a esa. Era preferible no preguntar y quedarse con la duda.

—¿Creéis que se trata de Sexto? —preguntó de nuevo el cónsul.

—Por la descripción encajaría, pero tengo mis dudas acerca de lo del tema del asesinato de la familia en casa de Severo. Esa rata jamás se mancharía las manos —aclaró Valerio—. Siempre deja que los demás hagan el trabajo sucio por él.

También existía la posibilidad de que la manera de proceder de aquel miserable hubiera cambiado. Después del fracaso inicial y de la decepción al verse traicionado por Flavio, tal vez había decidido hacer las cosas él mismo. Y eso ratificaba el hecho de que lo del presidio había sido un montaje para fingir que se habían ocupado de él.

—Me preocupa lo que ha dicho del otro hombre que acompañaba a Sexto —dijo Valerio.

—Debe tratarse de algún matón reclutado en alguna cloaca de la Subura de Roma —añadió Aurelio—. Seguro que es lo más parecido a Flavio que ha podido encontrar.

—Rutilio ha dicho que era un tipo peligroso y sin escrúpulos. Estoy convencido de que fue él quien se encargó de perpetrar la matanza de Licinio y los demás que estaban en aquella casa. Si lo hizo, demuestra que es un salvaje capaz de matar a mujeres y niños. Algo me dice que es mucho peor que el otro —añadió refiriéndose al mencionado Flavio.

—Lo que está claro es que nos enfrentamos a algo bien organizado, caballeros —dijo Augusto con cierta admiración sin darle importancia a ese último detalle que habían comentado los militares—. El movimiento que llevaron a cabo fingiendo la muerte de Sexto en el asalto a la prisión ha sido una obra maestra de planificación. Digna de los mejores estrategas. Soy consciente de que tengo enemigos en el Senado aún, pero no sabía que la trama era tan relevante. Creía haber cortado de raíz con todos aquellos que se oponían a mí.

—Al menos sabemos que solo son dos hombres los que podrían estar en la ciudad en estos momentos. Y a uno de ellos ya le conocemos —señaló Aurelio—. Eso nos permitirá estar más tranquilos.

—No creo que siendo dos vuelvan a intentar un ataque. Sería un suicidio.

Valerio pudo ver algo más de tranquilidad en el rostro del cónsul. Pese a que la amenaza era latente, el hecho de haberle sonsacado aquella información al prisionero había calmado el estado de ánimo de Augusto. La tensión vivida los últimos días se había rebajado. Él también estaba más tranquilo, aunque no se podía bajar la guardia por el simple hecho de que se estuvieran enfrentando a una amenaza de perfil bajo. De momento eran solo dos agresores, pero en cualquier momento podían ser más. Eso siempre y cuando Rutilio les hubiera dicho la verdad y no buscara precisamente eso, que se confiaran.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —interrogó Aurelio, que era el que menos idea tenía de los pasos a seguir.

—Seguiremos según lo previsto —indicó Augusto—. No vamos a cambiar los planes y menos ahora. No estoy dispuesto a demorar mucho más el regreso a Roma. Tengo muchos asuntos de los que ocuparme allí y no me gustaría darles tiempo a mis enemigos para que pensaran en otro plan. Además, hace unos pocos días que recibí noticias de Agripa sobre la guerra.

Vaya, aquello sí que los cogió por sorpresa. No sabían qué estaba

sucediendo en el frente ya que habían estado ocupados con otros asuntos, pero era bueno saber que Augusto seguía recibiendo noticias, como debía ser, ya que, aunque estuviera en la retaguardia, seguía siendo el comandante en jefe de las legiones de Hispania.

—No quise deciros nada para no distraeros de las ocupaciones. Necesitaba todos vuestros sentidos centrados en lo que teníamos entre manos. Pero ahora que estamos todos un poco más tranquilos, quiero haceros partícipes de las buenas nuevas que me llegaron.

Los dos militares sonrieron al escuchar aquellas últimas palabras.

—Agripa me informa que las operaciones de asalto a la fortaleza de la cima se adelantaron gracias al buen tiempo. Nuestras tropas se habían encargado previamente de cerrar todos los pasos y aislar a los que se refugiaron en ella. Es por eso que cuando la nieve se deshizo, se pudo acceder hasta el lugar y asediarlo con garantías y lo que es más importante, con ventaja.

—Eso es lo que usted dejó previsto antes de nuestra partida, ¿no? —preguntó Aurelio.

—Exacto —respondió Augusto orgulloso—. Y es lo que han hecho mis generales. Según las palabras de Agripa, las tropas iniciaron el asedio y es solo cuestión de tiempo que esta caiga. Sus defensores han estado incomunicados y malviviendo con lo poco que han podido conseguir.

—Esas son magníficas noticias —dijo Valerio que ya tenía alguna novedad sobre la situación.

—Además, desde el otro frente, el legado Carisio informa que las operaciones contra territorio astur están avanzando según lo previsto. Se han conquistado gran parte de sus tierras y se han construido algunos campamentos para mantener el control. Los bárbaros no han plantado cara en campo abierto como hicieron los otros, y parece que han optado por refugiarse tras los muros de una fortaleza llamada Lancia. El legado está reuniendo tropas y espera la llegada de refuerzos por mar que desembarcarán en la retaguardia. Para cuando mejoren las condiciones climáticas comenzará con el asedio de la que parece que se ha erigido en su capital —explicó el cónsul haciendo referencia a la otra parte de la campaña.

—Entonces se podría decir que la guerra está encarrilada, comandante —señaló Valerio satisfecho al saber de esas noticias.

—Aunque todavía no ha concluido, sí que es cierto que los enemigos están disfrutando de sus últimos días de libertad.

—Enhorabuena por la victoria —le felicitó Aurelio.

—Todavía no la hemos logrado. Espero que todo haya terminado para cuando lleguemos a Roma. Así podré ordenar que se cierren las

puertas del templo de Jano.

—El Senado le concederá un merecido triunfo —apuntó Valerio.

—Y yo lo rechazaré con educación —respondió Augusto sonriendo —. Pero no quiero enojar a los dioses adelantándome a los acontecimientos. Solo ellos tienen el don de la clarividencia, y nosotros, como simples mortales que somos, solo podemos aguardar a que las cosas ocurran.

No comprendió el motivo por el cual Augusto tenía pensado rechazar un triunfo. Sin duda se lo había ganado con creces. Había sido él quien había movilizado a todas aquellas legiones y había diseñado el plan de ataque a los territorios de cántabros y astures. Aunque sobre el papel no hubiera llevado a cabo todas las operaciones, ni tampoco hubiera estado presente en todos los escenarios en los que se había desarrollado el conflicto, era justo merecedor del reconocimiento. Los gobernadores provinciales que habían dirigido las campañas anteriores, no habían obtenido resultados tan buenos como aquellos. Pero si el primer hombre de Roma había decidido rechazar tal honor, seguro que tendría sus motivos. Lo primordial ahora era preocuparse de su seguridad en la ciudad durante el tiempo que les quedara de estancia, y preparar el viaje de regreso a la capital que le ofreciera suficientes garantías.

—¿Qué va pasar con el prisionero ahora que nos ha dado la información? —interrogó Valerio.

Augusto se mantuvo en silencio, pensativo, durante unos instantes.

—Ocupaos de él discretamente. Ya no nos sirve de nada y no quiero arriesgarme a que pase lo mismo que con Sexto.

CAPÍTULO XII

Llevaba ya unos días apostado frente a la casa y no había observado ningún movimiento extraño. Lo único que le había llamado la atención era ver entrar y salir de la casa del cónsul, cada día y varias veces, a un mismo hombre que iba acompañado de un muchacho que no tendría más de dieciséis o diecisiete años. El hombre iba bien vestido y se notaba que fuera cual fuese su profesión, se ganaba bien la vida. En todo caso, el joven era el que llevaba una especie de caja de grandes dimensiones de la que no se separaba en ningún momento. Se le ocurrió que la próxima vez que lo viera salir, le seguiría para ver hasta dónde iba. Al menos así se distraería un poco de aquella actividad soporífera que suponía vigilar un lugar en el que nunca ocurría nada. Aunque las indicaciones de Sexto eran las de averiguar si Rutilio estaba vivo o no, y confirmar en todo caso si había hablado más de la cuenta, no iba a suceder nada si abandonaba aquella custodia para hacer un seguimiento a ese hombre. Tenía más que ganar que perder, y quién sabía si podría obtener algo más de información sobre lo que ocurría allí dentro.

De los largos días que llevaba observando, la única cosa que había podido sacar en claro era que el número de guardias había disminuido considerablemente. Los hombres que vigilaban la ciudad habían sido retirados y habían vuelto a sus quehaceres habituales. Solo quedaban los legionarios, reconocibles por sus armaduras y espadas, y los germanos, que destacaban por su altura descomunal, y por los largos bigotes y barbas que los distinguían de cualquier ciudadano romano. Era extraño que después del reciente atentado contra la persona de Augusto, hubieran preferido prescindir de aquellos hombres que permitían controlar mejor el entorno. En cualquier caso, y teorizando, era muy probable que aquellos hombres se hubieran sumado a todos los que estaban indagando por la ciudad. Desde el mismo día del ataque, se comenzó a propagar el rumor de que se estaba buscando a varias personas implicadas en un asalto contra el mismísimo *Princeps*. Las patrullas de guardias se encargaban de pregonar a los cuatro vientos que todo aquel que tuviera algo de información tenía la obligación de facilitarla al prefecto que se hallaba en el *praetorium*. Pero no solo vociferaron eso, sino que también dijeron que el cónsul, como parte interesada en averiguar quiénes eran los culpables ofrecía una suculenta recompensa de tres mil denarios a quien facilitara datos verídicos y contrastables. Sin duda todo un reclamo para cualquier oportunista. Estaba convencido de que habría muchos muertos de

hambre que estarían dispuestos a vender hasta a su propia madre por aquella gran cantidad de monedas. Le hacía gracia pensar en la cantidad de falsa información que recibirían las autoridades y que requerirían esa comprobación posterior. «Una pérdida de recursos humanos en toda regla», pensó mientras esbozaba una sonrisa.

Se planteó incluso la posibilidad de tratar de colarse en el interior de la casa para tratar de dar con Rutilio, siempre y cuando estuviera allí dentro. Aunque no encontraba un punto adecuado para hacerlo. Pese a ser menos hombres vigilando el perímetro de la gran propiedad, hacían rondas constantes, lo que disminuía las opciones de infiltración. Además, tampoco sabía cuántos hombres habría en el interior, ni tampoco la disposición de la zona donde podrían tener al prisionero. Así que descartó aquella posibilidad de inmediato. Debería apañárselas de otra manera para tratar de averiguar si el *fatum* había enviado a Rutilio a la otra vida, o si continuaba estando en el mundo de los vivos.

* * * * *

«Ahí están», musitó en voz baja mientras observaba desde la distancia cómo el hombre, acompañado del muchacho abandonaba la propiedad después de saludar afectuosamente a los dos legionarios que estaban de guardia. Ambos iban caminando a un ritmo bastante rápido, así que él tuvo que acelerar el paso para no perderlos de vista. Daba la sensación que llegaban tarde a alguna cita a juzgar por el buen ritmo que llevaban. A esa hora de la tarde era fácil camuflarse entre el gentío, ya que las calles estaban repletas de almas que regresaban de sus ocupaciones y se dirigían a sus casas o a hacer alguna compra de última hora en las paradas y puestos de venta que había ubicados en diferentes puntos de la ciudad.

Estuvo siguiendo a la pareja durante un buen rato, hasta que se metieron por unas callejuelas a la altura del foro de la colonia. No conocía demasiado aquella zona, así que tuvo que recortar algo de distancia para no perderlos. En aquel punto de la ciudad no había ya tantas personas deambulando, por lo que debía ser más cauto para pasar inadvertido. En alguna ocasión se vio obligado a detenerse en alguna esquina y ocultarse para no acercarse demasiado a sus objetivos. Pasó un rato hasta que los dos se detuvieron frente a una *insulae* de madera que daba la sensación de ser bastante antiguo. Vio cómo el muchacho le entregaba la caja al adulto, y este se adentraba en el edificio. Aquella era su oportunidad de actuar. Se sacó un par de sestercios de la bolsa de cuero que llevaba bien oculta en el interior de su túnica y se acercó hasta donde estaba el muchacho asentado.

—Saludos, muchacho.

—Hola… —respondió este alzando la vista extrañado.

—Me llamo Cayo Flaminino, y he llegado hace poco tiempo a la ciudad. Vengo de Emporiae y soy comerciante de vinos…

—Bienvenido a Tarraco, Cayo Flaminino.

—Estoy un poco desorientado todavía, ya que esta urbe es muy grande. Mucho más de lo que me habían explicado. Es asombrosa, ¿no crees?

—Bueno, imagino que sí —dijo el muchacho un poco desganado—. No he salido nunca de ella, así que no tengo con qué compararla.

—Qué sagaz eres chico. ¿Cómo te llamas?

—Quinto Próculo, señor.

—Y bien, Quinto Próculo, ¿serías tan amable de indicarme dónde se encuentra el mercado principal de la ciudad? —le preguntó.

—Es fácil, tienes que coger aquella calle de allí —dijo indicándole con el dedo índice—. Luego la segunda a la izquierda hasta llegar al foro provincial. Desde allí seguir recto hasta dar con el templo dedicado a *Iuppiter*. Una vez lo cruces, dejándolo a su izquierda, deberás coger la tercera calle que hace subida. Camina durante un rato hasta llegar al mercado. No tiene pérdida, aunque ya es un poco tarde para comprar y no creo que encuentres ya a muchos comerciantes. La mayoría estarán recogiendo el género.

—Gratitud, Quinto Próculo, aunque no quiero ir al mercado para comprar. No sé si sabré llegar hasta allí, pese a tus magníficas explicaciones. ¿Serías tan amable de acompañarme? —le preguntó con picardía.

—Lo lamento. Estoy aguardando a mi maestro. Ha subido al tercer piso de esta *insulae* para asistir a una mujer enferma —relató el muchacho con total sinceridad.

—Vaya, ¿es tu maestro *medicus* de profesión?

—Sí, es Antonio Musa, el mejor de toda la provincia —expuso orgulloso.

—No había oído hablar nunca de él.

—¿Cómo es posible? Todo el mundo conoce a mi maestro —señaló Próculo un poco enojado—. Imagínese si es importante que se trata del *medicus* que asiste al mismísimo Augusto.

—Un hombre afortunado el *Princeps* si cuenta con los servicios del mejor *medicus* de toda la provincia.

—Todo el mundo quiere ser asistido por mi maestro cuando contrae algún tipo de dolencia.

—Lo tendré en cuenta, querido Próculo. Aunque espero que Esculapio vele por mi salud durante muchos años —respondió

Numerio sonriendo.

—Yo también lo espero.

—Ten estas dos monedas por el servicio que me has prestado —dijo el hombre alargándole las dos piezas.

El muchacho las recogió encantado y sonrió.

—Gratitud de nuevo, Quinto Próculo, y que los dioses velen por ti y por tu maestro para que pueda seguir ayudando a los enfermos.

Se dio media vuelta y sonrió mientras seguía el camino que le había indicado el aprendiz de Antonio Musa. Había averiguado más en aquel rato, que en todos los días que llevaba vigilando la *domus* de Augusto. Aquel inocente muchacho le había dado sin querer algo que jamás habría logrado. Si el mejor *medicus* de toda la provincia iba tan a menudo a casa del cónsul, o bien era porque este estaba enfermo de nuevo, o tal vez porque estaba asistiendo a algún herido de vital importancia. Era muy probable que el lictor continuara vivo, y si el *Princeps* se tomaba la molestia de traer al mejor para tratarle, era porque necesitaba que le curara para sonsacarle la información. Eso dibujaba un escenario distinto. No podía entretenerse demasiado ya que si Musa era tan bueno como decía su aprendiz, no tardaría demasiado en estar recuperado y en disposición de ser interrogado.

—¿Has pensado en cómo hacerlo?

—Todavía no. Aunque no se me ocurre la manera adecuada para deshacernos de él —respondió Valerio.

—¿Y si se lo pedimos a alguno de los bátavos? Quizá ellos sepan la manera, o incluso se encarguen de hacerlo por nosotros. A mí no me hace mucha gracia mancharme las manos con sangre inocente.

—Rutilio es cualquier cosa menos inocente.

—Me refiero a que se trata de ejecutar a alguien que está indefenso —especificó el legionario.

Él tampoco se sentía capaz de arrebatarle la vida a alguien de aquella manera. Era un maldito traidor que había intentado asesinar a Augusto, pero hasta el más vil de los asesinos, merecía una condena justa. Matar a ese hombre no iba a arreglar las cosas, y para lo único que serviría sería para apaciguar los ánimos del cónsul. Había matado a decenas de hombres a lo largo de sus años de servicio, pero todos ellos eran combatientes debidamente armados. Jamás había tenido que ajusticiar a nadie, y odiaba los excesos que cometían algunos de sus compañeros de armas cuando se tomaba una ciudad o una posición enemiga. Había algunos que sí poseían la capacidad para ejecutar a gente indefensa, y sabía que en el nombre de Roma se habían llevado a cabo auténticas atrocidades. Era consciente de ello, pero él no era de esa clase de personas. Quedaba claro que ni él, ni tampoco Aurelio. Si no había sido capaz de acabar con la vida del infame de Flavio en su día después de haber asesinado a Marco y a varios de sus compañeros, ¿cómo iba a hacerlo con aquel infeliz?

—Augusto lo quiere así —sentenció Valerio.

—Es muy sencillo mandar que otros se manchen las manos por ti.

—Haz el favor de medir tus palabras, Aurelio.

—Lo siento… Tan solo es que no me veo capaz de acometer semejante acto. Ni tú ni yo somos de esa clase de hombres. No existe honor alguno al asesinar a alguien de esa manera —añadió el legionario.

—No te preocupes. Yo me encargaré de hacerlo. Es mi deber como centurión y no sería adecuado negarme a obedecer las órdenes del hombre que me ha concedido el ascenso.

—¿Esta noche?

—Sí. Mejor hacerlo al amparo de la oscuridad —afirmó Valerio.

—¿Y el lugar? ¿Has pensado en alguno en concreto?

—Todavía no. Pero debe ser lejos de esta casa. No quiero que

relacionen a Augusto con todo esto.

—Se me ocurre una idea… —interrumpió Aurelio.

El centurión le hizo un gesto con la mano invitándole a que continuara.

—Si hay un hombre que se conozca todos los rincones de esta ciudad, ese es el prefecto Lutacio. Creo que no estaría de más hablar con él para que nos aconseje sobre dónde poder llevar a cabo esta acción sin llamar la atención.

—¿Y meterle a él también en este asunto? —preguntó Valerio confuso.

—Ya está metido hasta el cuello y sabe que tenemos al prisionero. Además, se ha mostrado colaborador con nosotros en todo momento —replicó el legionario—. No veo por qué no nos iba a ayudar en esta situación.

—No me parece mala idea… Al fin y al cabo, se acabaría enterando del crimen tarde o temprano y siempre es mejor que esté con nosotros, así nadie lo tendrá que investigar.

* * * * *

Algo le llamó la atención. Debía de ser ya la *tertia vigilia*, ya que el sueño se había apoderado de él. Si no llega a ser por el ruido del repiqueteo metálico, ni se habría dado cuenta. Se había situado de nuevo en su escondite, que estaba situado un poco lejos de la puerta de la casa. Debía ser discreto, y hasta que averiguara algo más sobre los turnos de guardia, era mejor mantenerse a cierta distancia. Había decidido dedicar el día siguiente a estudiar los puntos de acceso con más detalle. Intentaría buscar algún sector que estuviera poco patrullado y, sobre todo, que fuera de fácil acceso al interior del recinto. Recordaba algo que le había indicado Rutilio cuando se reunieron en aquel tugurio del puerto. Les dijo que la pared posterior de la casa daba a una estructura perteneciente a un antiguo templo dedicado a Bellona. Ese había sido el punto que el lictor les había definido como el menos vigilado. Con la luz del nuevo día se acercaría hasta allí para analizar su viabilidad.

No era normal que apareciera tan tarde un grupo de guardias armados, y menos que entraran a la propiedad del cónsul. Al menos contó a cinco, incluyendo a uno que iba al frente y que iba desarmado. Aguardó atento durante un buen rato. El silencio se adueñó de la calle, e incluso uno de los tres guardias de la puerta, un germano salió al exterior del recinto y estiró los brazos al cielo emitiendo un sonido gutural parecido al de un animal salvaje. Se estaba desperezando. Aquellos salvajes se asemejaban más a osos que

a personas. No solo por su aspecto físico, sino también por su manera de comportarse. Decidió arriesgar un poco más. Salió de la seguridad que le ofrecía su escondite y se acercó hasta la parte derecha del muro de la casa. Desde aquella posición podría ver mejor lo que sucedía en la puerta y, aunque estuviera situado a una distancia considerable, podría tratar de oír algo del interior del recinto. Sabía que las rondas exteriores se hacían con menos frecuencia por la noche, y algo le decía que aquella iba a ser distinta a las anteriores.

* * * * *

—¿A cuántos hombres has traído contigo?

—Vienen cuatro —respondió Lutacio—. Pero podéis estar tranquilos que son de total confianza.

—Si tú lo dices, no hay problema —dijo sonriendo Valerio.

—¿Qué hay del lugar donde llevar a cabo el acto? —interrogó Aurelio que estaba un poco tenso.

—El mejor lugar para llevar a cabo esto es en el cementerio, que está situado extramuros. Se halla lo suficientemente alejado como para evitar las miradas indiscretas. Además, lo he dispuesto todo para salir custodiados por mis hombres, que nos darán cobertura hasta allí.

—¿Y qué hay de los centinelas apostados en las puertas de salida de la ciudad? —preguntó el centurión.

—Tampoco os tiene que preocupar eso, ya que saldremos por la puerta occidental de la vía *decumana*. Los que se encargan de la custodia de esas, son también hombres leales y nos franquearán el paso sin hacer ninguna pregunta —aseguró el prefecto muy convencido.

Valerio asintió mientras miraba a Aurelio.

—¿Llevamos a alguno de nuestros hombres? —interrogó el legionario.

—No. Dejémoslos al margen de este asunto.

—Sabrán que la guardia de la ciudad ha estado aquí. Además, se darán cuenta de que el prisionero ha desaparecido.

—Les podéis decir que el cónsul ha ordenado que se le custodie en el presidio —propuso el prefecto Lutacio.

—No. Les contaré lo ocurrido mañana —afirmó Valerio—. Prefiero que sepan lo que ha ocurrido y no ocultarles la información.

—Será lo mejor —añadió Aurelio—. Te agradecerán la confianza y entenderán que lo hayas tenido que hacer.

El centurión asintió a la vez que se colocaba el *sagum* por encima de los hombros.

—¿Iremos a pie? —preguntó Aurelio al prefecto.

—Sí. A estas horas será más discreto. Un grupo de jinetes cabalgando llamaría mucho la atención.

—¿Y un grupo de hombres con antorchas caminando por las calles no lo hará? —interrogó Valerio.

Lutacio sonrió antes de decir:

—No es extraño que la guardia de la ciudad haga sus rondas nocturnas, y menos teniendo en cuenta que hay sospechosos merodeando al amparo de la oscuridad.

—Muy bien. Entonces pongámonos en marcha y acabemos con esto cuanto antes.

* * * * *

Pasó un buen rato hasta que escuchó un murmullo que venía del interior del recinto. Se alejó un poco para esconderse mejor. Agazapado pudo observar desde la distancia cómo un grupo numeroso de hombres salía a la calle. Contó ocho personas en total. Se trataba de los cinco que habían llegado hacía un rato, y de tres más. Estos últimos iban cubiertos con capas militares. Al menos vio que cuatro de ellos portaban antorchas.

«¡No puede ser! ¡Es Rutilio!», exclamó para sí mismo ante la sorpresa de reconocer al lictor. Lo llevaban sujeto los otros dos encapuchados. Uno por cada brazo. La tríada se colocó dentro del pequeño cuadro formado por los guardias. El que estaba al mando se puso delante y dio una señal para iniciar la marcha.

«Por todos los dioses, ¿a dónde lo estarán llevando?», se preguntó mientras se incorporaba y seguía al grupo desde una distancia que le ofreciera seguridad. Pensó que quizá lo trasladarían al presidio, para que fuera la guardia de la ciudad la que se encargara de su custodia. Al menos estaba vivo, y se ratificaba su teoría de que el *medicus* contratado por Augusto se había estado encargando de velar por la salud del prisionero. Además, verlo con vida significaba mucho teniendo en cuenta la última imagen que tuvo de aquel pobre desdichado el fatídico día del asalto. Si de verdad iban a encarcelarlo, la cosa iba a complicarse mucho más. Si ya le había resultado imposible acceder a casa del cónsul, hacerlo a una prisión mucho mejor vigilada, iba a ser comparable a uno de los trabajos de Hércules. Siendo el prisionero que era, lo tendrían allí incomunicado de por vida. Eso siempre y cuando no lo acabaran matando por el acto de traición que había cometido, cuando consiguieran todo lo que quisieran de él.

Anduvo un buen rato detrás de nutrido grupo. Callejeó con ellos y se mantuvo todo el rato oculto en la oscuridad de la noche. Por suerte

para él, el cielo estaba nublado y la luz que emitía la luna era escasa. Eso le dio la oportunidad de pasar inadvertido. Era ya bastante tarde, así que no había ni un alma por las calles, y aunque la hubiera, nadie se habría atrevido a acercarse a un grupo como aquel. Se cruzaron en el largo recorrido con algún mendigo que estaba durmiendo en el frío suelo de la calle, pero nada más. Se le estaba haciendo muy larga la persecución, y a juzgar por el paso que llevaba la comitiva estos no tenían ninguna prisa por llegar a su destino. Lo más sorprendente de todo fue cuando llegaron a una de las puertas de la ciudad, para ser más exactos a la situada en la muralla occidental. Le extrañó mucho que tomaran aquella ruta, sobre todo teniendo en cuenta que la prisión no se hallaba extramuros. Algo le dijo que no le llevaban a cumplir condena, sino que precisamente lo que querían era deshacerse de él para siempre. Era evidente que si lo hacían era porque ya habían obtenido algo a cambio y tan solo faltaba cumplir con la condena.

«¡Maldición! He llegado tarde», se lamentó mientras observaba cómo el grupo de hombres atravesaba las puertas sin problema. Él no lo tendría fácil, así que rodeó el puesto de guardia y se alejó lo suficiente como para poder hallar un lugar por el que escalar la gruesa y alta muralla que rodeaba el perímetro de la colonia. Estaba oscuro, y eso no ayudaba mucho en la compleja tarea que tenía por delante. Además, no había tenido tiempo para estudiar la pared con detalle, así que no sabía cuál era el punto más idóneo para llevar a cabo la maniobra. Repasó con minuciosidad cada uno de los recovecos de aquel obstáculo que le separaba de su objetivo mientras se lamentaba por no haber actuado antes. Parecía que los dioses no hacían otra cosa que dificultarle los movimientos. Estaba claro que ya habían dictado sentencia sobre el destino de Rutilio y no querían que ni él ni nadie fuese testigo de lo que estaba por venir.

CAPÍTULO XIV

No sabía qué hacer. Estaba absolutamente desconcertado por lo acontecido en aquella reunión. ¿Los intereses comunes o los personales? ¿Cuáles debía anteponer? Sexto había actuado por libre y se había dejado llevar por sus ansias de venganza personal. No había ninguna duda de eso. Pero, ¿no era excesivo querérselo quitar de en medio? ¿Dónde estaba el punto de coherencia y sentido común en todo aquello? Ya se había dejado un rastro de cadáveres demasiado elevado para su gusto. Sumar ahora otro, no era lo mejor. O al menos eso era lo que pensaba él. Emilio estaba alcanzando una cota de poder muy alta, hasta el punto de decidir quién debía vivir y quien debía morir en aquel asunto. Decía hacerlo con el único objetivo de querer eliminar a un tirano, pero, ¿no se estaba erigiendo él en otro? La situación se les había ido de las manos. Todo se había descontrolado y parecía que ahora primaban los intereses particulares de cada cual. Se trataba de eliminar a todo aquel que no compartiera punto de vista su opinión. Algo que no auguraba nada bueno.

—¿No tienes apetito esta noche, esposo?

—No mucho, querida —le respondió Fabio que apenas había tocado la comida de su plato.

—¿Te sucede algo que deba preocuparme?

—No es nada, tranquila —añadió él incorporándose y secándose las manos con una servilleta de lino—. Son asuntos de la Cámara. Algo que las mujeres no entienden.

Vibia se encogió de hombros dando por sentado que su esposo no quería hablar con ella de lo que le preocupaba. La mujer era consciente de que los temas relacionados con la política eran complejos, y que de vez en cuando hacían que Fabio perdiera el apetito. Era un hombre que se tomaba las cosas muy a pecho, y por ello comprendió que era mejor no insistir. Ya se le pasaría cuando el asunto se hubiera solucionado.

—¿Cómo es que Sexto no nos acompaña? —le preguntó ella cambiando de tema.

—Estaba en la biblioteca antes de la *cena*, querida. Ya sabes que le encanta consultar las obras y tratados de mi padre y de mi abuelo.

—Hasta el punto de perder el apetito —sonrió ella—. En eso os parecéis.

Mientras su amigo se hallaba absorto en la lectura, él estaba llevando a cabo una nueva conspiración. Pero aquella vez no era tan ambiciosa. No. Mucho más modesta y buscaba eliminar a alguien que

había servido a la causa pero que ahora ya no era necesario. No había tenido la fortuna de que las cosas le salieran bien, pero tampoco el fracaso se debía únicamente a sus acciones. Era injusto juzgar a un hombre que estaba comprometido por haberse precipitado en un momento determinado. Estaba hecho un lío. Se levantó del *triclinium* e hizo un gesto a una de las esclavas para que le sirviera vino en su copa.

—Sirve un poco en otra… —le indicó a la muchacha, que obedeció sin más.

Acto seguido, la tomó en su otra mano y se dirigió a la salida de la estancia con paso seguro.

—¿A dónde vas ahora, esposo?

—Discúlpame, querida. Voy a llevarle un poco de vino a Sexto. Seguro que lo agradecerá.

—¿Quieres que mande a una de las esclavas con algo de comida? —preguntó ella sonriendo.

—Si eres tan amable.

Era una joya de mujer. Había tenido mucha suerte al contraer matrimonio con Vibia. Pese a que el suyo había sido un matrimonio concertado y no se habían visto más que un par de veces antes de la ceremonia, podría decirse que cuando tuvo lugar, se dio cuenta de que aquella muchacha iba a ser su compañera de vida. El amor no tardó mucho en hacer acto de presencia y ella se mostró siempre como una esposa ejemplar. Él era casi diez años mayor que ella, pero eso nunca supuso un inconveniente. Al contrario, era un honor y un orgullo para él poder presumir de semejante posesión. Además de todo eso, jamás iba más allá de lo que se le permitía. No se inmiscuía en sus asuntos, como era de esperar. Mantenía la distancia cuando tocaba, y si en alguna ocasión estaba de mal humor, se daba cuenta de inmediato. Era como si tuviera un sentido especial para detectar sus cambios de humor. Lo único de lo que se podía quejar era de que no le hubiese dado un heredero. Habían tenido tres hijas, y un niño varón que nació muerto. Esa había sido su maldición, ya que sabía que su *gens* no se perpetuaría. Sus hijas ya habían sido entregadas a sus correspondientes esposos, pertenecientes todos ellos a buenas y antiguas familias, cuyos miembros formaban parte del propio Senado. El esposo de su hija mayor, Fabia, formaba parte de la propia conspiración para asesinar al *Princeps*. Pero, aunque aquel era el único defecto de Vibia, la amaba con locura y no se imaginaba una vida sin ella a su lado.

—Ve tranquilo, Fabio. Yo me ocupo de todo —añadió sacándole de sus cavilaciones.

Asintió mientras dejaba a su mujer preparando algo de comer en un cuenco junto a la esclava. Acudía al encuentro de su amigo, pero no sabía bien cómo actuar cuando estuviera con él. No se le daba muy bien mentir, y Sexto era un experto en esas lides, así que estaba convencido de que algún gesto le acabaría delatando. Pensando en ese tema se plantó frente a la puerta de la biblioteca. Se asomó a la puerta y le vio de espaldas en uno de los estantes. Carraspeó un poco para llamar su atención y preguntó:

—¿Se puede?

* * * * *

Puerto de Tarraco, en aquel mismo momento

No tenía ningún sentido permanecer en la ciudad. Ya no había nada más que hacer allí. Por eso, al despuntar el alba, había optado por dirigirse al puerto de la colonia para buscar un transporte con el que dirigirse de nuevo a Roma. La noche anterior, desde la distancia, había podido observar cómo los guardias de la ciudad, bajo la atenta mirada y supervisión del *optio* Valerio, se encargaban de ejecutar a Rutilio en el interior de la necrópolis, y de enterrar después su cuerpo en una fosa. Aunque los había perdido de vista durante un rato, el que necesitó para escalar la muralla y saltar al otro lado, la luz que emanaba de sus antorchas en un entorno tan oscuro, había servido para localizar al grupo con suma facilidad. No había podido intervenir, ya que, de haberlo hecho, habría acabado en aquella tumba junto al desgraciado lictor. Además, su misión era simplemente la de sonsacar información, y rescatarle tan solo si era viable y seguro. Las circunstancias habían sido desfavorables, y Rutilio había recibido el castigo del que traiciona a su señor. Y si aquel que es tu señor, es además el dueño de Roma, no hay mortal que pueda salvarte de tu destino. Una lástima. No es que le tuviera aprecio a aquel hombre, simplemente es que le daba pena el triste final que había tenido. Ni siquiera esperó a que los soldados abandonaran el recinto en el que descansaban los muertos. Optó por marcharse lo antes posible y pensar en su viaje de regreso a Roma.

Estaba convencido de que el hombre al que servía le agradecería todo lo que había hecho por él y por su causa. Al menos esperaba que le ofreciera una suculenta recompensa por sus servicios. Aunque no había asumido ningún riesgo elevado a la hora de llevar a cabo aquella misión, siempre podía exagerar un poco más el relato de los hechos. De esa manera Sexto estaría más satisfecho, a la vez que daría

por solventada aquella deuda que había contraído con él al no completar la tarea que le había asignado. Esperaba que todo aquello le sirviera para ganarse un puesto junto a él. Servir a un hombre de su posición, que poseía una amplia red de buenos contactos, le podría reportar más beneficios que otra cosa. La fortuna había querido que sus destinos se cruzaran y, pese a que al principio su relación no fue buena, con el paso del tiempo había sabido estar a la altura de los acontecimientos, y, sobre todo, de las expectativas de aquel hombre y de todo lo que le rodeaba. Mejor estar cerca de gente así, que al menos cumplía con los pagos y las promesas, que de la chusma de los bajos fondos de Roma. Había prosperado. A su manera, pero había prosperado. Era un superviviente y estaba satisfecho de cómo le habían ido las cosas.

* * * * *

—Por supuesto. Esta es tu casa, Fabio —le respondió el hombre dándose la vuelta.

—Te he traído una copa de vino.

—Gratitud —respondió acercándose y cogiéndola.

—¿Qué estabas leyendo?

—Llevaba un rato ya con Medea.

—Una gran tragedia, amigo. Eurípides es uno de mis predilectos —dijo Fabio.

Aquella obra se ajustaba mucho a la ocasión. Daba la sensación de que los dioses se estaban riendo de él. Era curioso que Sexto estuviera sumido en los versos de esa historia de traición en la que el gran héroe Jasón abandonaba a su esposa Medea por otra mujer. Al menos esperaba que la persona que iba a ser traicionada en este caso, no obrara de la misma manera que la princesa despechada. Dio un largo trago a su copa y dejó que su invitado hiciera lo propio.

—Pobre Jasón… Y pobre Medea, también. Cada cual desdichado con su propio destino. Tener que matar a tus propios hijos para vengarte de tu esposo es algo muy cruel.

—Cierto. Pero ya sabes cómo son los dioses, amigo —respondió Fabio que estaba comenzando a ponerse algo tenso.

—¿Te encuentras bien, Fabio?

—Sí, ¿por qué?

—Es que estas sudando un poco —le indicó Sexto dejando el pergamino de la obra sobre el escritorio.

—Hoy ha sido un día muy estresante en la Cámara. Demasiados asuntos de los que ocuparse —respondió tratando de engañarle.

Justo en aquel momento apareció por la puerta la esclava que

portaba la bandeja con algo de comida.

—¿Se puede, *dominus*?

—Por supuesto, pasa, pasa —le dijo Fabio.

—¿Y esto? —preguntó Sexto.

—Vibia ha insistido en traerte algo… Le ha parecido extraño que no nos acompañaras durante la *cena*. Ya sabes cómo es mi esposa.

—Tu esposa es una bendición de los dioses —respondió Sexto aceptando de buen grado lo que contenía el cuenco.

—Lo cierto es que no me puedo quejar.

—No tanto como Jasón con Medea —soltó el otro hombre a la vez que sonreía.

—Te dejo que termines la lectura entonces. Disfruta del guiso.

—Gratitud por todo, Fabio. Te estás portando muy bien conmigo —añadió el hombre haciendo una reverencia—. No sé cómo te podré pagar todo esto.

—No hay nada que pagar. Lo hago encantado.

Alzó la mano despidiéndose y le dejó allí tranquilo. Caminó diez pasos y de repente se detuvo. Se apoyó contra la pared y pensó que no podía traicionar a aquel hombre sin más. Merecía saber todo lo que estaba ocurriendo a sus espaldas. Al menos tener algo de ventaja sobre aquellos que habían planeado su muerte. Sexto se había mostrado leal con la causa desde el principio y por eso no se le debía pagar de aquella manera tan infame. Quizá era Emilio el que estaba poniendo todo en peligro. Nadie le podía asegurar que después de su amigo, el siguiente no fuera él.

CAPÍTULO XV

Tarraco, unos pocos días después

Después de lo mal que lo había pasado cumpliendo el encargo de Augusto, las buenas nuevas hicieron acto de presencia para compensar el mal trago del asesinato de Rutilio. Fue convocado por el cónsul a una nueva reunión, en la que también estaba Livia. Su inseparable esposa ya no le dejaba solo en ninguno de los encuentros que tenía con él. Parecía que ya formaba parte de todo aquello.

—Bienvenido, centurión —le dijo Augusto con una amplia sonrisa al verle aparecer.

—¡Salve, comandante! ¡Salve, mi señora!

—Siéntate por favor. La reunión es más de ámbito personal, por ello he decidido que nos acompañe mi esposa.

Aquello le sorprendió. No esperaba que le hubiera citado para hablar de algo que no tuviera que ver con su viaje a Roma o con alguna novedad recibida recientemente. Pero obedeció de todas formas y tomó asiento frente a la pareja.

—Vamos a esperar a que lleguen nuestros invitados, si te parece —dijo el cónsul sin dejar de sonreír.

Se le veía extrañamente feliz. Tal vez al haberse quitado de encima la molestia que suponía el traidor de Rutilio, la tranquilidad había reaparecido. O tal vez porque estaba deseoso de abandonar Tarraco y partir hacia Roma. No lo sabía, aunque al menos daba la sensación de que estaba de buen humor y eso era bueno. La tensión vivida los últimos días no le había ayudado con su salud y tanto su esposa como Antonio Musa estaban un poco preocupados por el estado del cónsul.

—Mientras llegan, tengo que decirte que esta misma mañana he recibido muy buenas noticias. La guerra contra los cántabros está terminada. Se ha tomado la fortaleza de las montañas, tal y como habíamos previsto —dijo Augusto satisfecho.

—Esas son magníficas noticias, comandante. Han pasado apenas unos días desde que recibió la noticia de que se iniciaban las operaciones —respondió muy contento el centurión que había olvidado la redacción de la misiva dirigida a Cornelio y a Salonio para que le explicaran algo sobre el desarrollo de las operaciones en el frente.

—Lo son, centurión. Era cuestión de tiempo que acabáramos alzándonos con la victoria, aunque como bien dices la operación se ha llevado a cabo en menos tiempo del que imaginaba. Lo mejor es que

quien me informa es Agripa, y que está a punto de llegar a Tarraco —expuso.

—¿Y quién se ha quedado al mando de la campaña? —interrogó Valerio.

—El legado Antistio se encargará de acabar con los últimos focos de resistencia del territorio. Prefiero tener a Marco conmigo ahora que todo está bajo control. Quiero que venga con nosotros a Roma ya que le necesitaré a mi lado para encauzar de nuevo la situación.

—Sabía decisión, señor.

—Ahora solo falta que Carisio me envíe un informe igual de bueno de lo que ocurre en el otro frente de la campaña. Estoy deseoso de volver a Roma e informar al Senado de los éxitos cosechados en Hispania.

Livia sonrió ante aquel comentario y sujetó con firmeza la mano de su esposo. Este le devolvió la sonrisa y dirigiéndose a Valerio dijo:

—Esta guerra ya se había alargado demasiado. Aunque veo el tiempo y los recursos gastados como una inversión que me reportará más beneficios que otra cosa… Teniendo en cuenta el hecho de que casi me cuesta la vida.

No le faltaba razón a Augusto. El éxito al obtener una victoria sobre un enemigo que se había mostrado tenaz, le elevaría aún más, si es que eso era posible. Le reportaría fama y seguramente la concesión de un triunfo, por mucho que ahora dijera que no lo aceptaría. Todos sabían que era un animal político, que devoraba a sus rivales sin piedad. El pueblo le adoraba, y sus enemigos le temían. Sus virtudes eran excepcionales y no tenía rival que le pudiera hacer sombra. Aquellos que se habían interpuesto en su camino, ya no estaban en el mundo de los vivos. Pero le faltaba una cosa para ser excelso: el éxito militar. Eso se le resistía desde siempre. No había sido bendecido con ese don. Siempre había ansiado ser como su tío abuelo, César. A este, la gloria militar tampoco le llegó siendo joven, pero a diferencia de Augusto, la fortuna en la guerra le había acompañado. Él era distinto. Quizás ver cómo los demás ámbitos no se le resistían, le frustraba más aún. Y ahora, pese a que se había erigido en el comandante supremo de las legiones de Hispania, habían sido otros los que las habían liderado en su ausencia y las habían conducido a la victoria definitiva. Era consciente de eso, y por ello Valerio estaba convencido de que le molestaba saber que no había estado en persona encabezando a sus hombres y conduciéndolos a la victoria, tal y como había hecho en su día César.

—Lo importante es que sus enemigos no lo han logrado, comandante —expuso Valerio—. Ha vencido a los cántabros y los

astures.

—Cierto —apuntó Augusto—. Aunque me molesta no haber estado en el momento decisivo.

—Has sido tú quien ha planificado esta campaña, querido —intervino Livia—. Has diseñado todos y cada uno de los movimientos junto a tus legados, y estos se han limitado a ejecutar tus órdenes. ¿No es tuyo el mérito entonces?

Augusto pareció inflarse un poco de orgullo después de escuchar las palabras de su esposa. «Qué inteligente es y cómo sabe qué decir en cada momento», se dijo a sí mismo Valerio admirando a aquella mujer.

—Sí.

—No se quite méritos, comandante. Hasta que usted decidió tomar las riendas de esta guerra, las cosas no habían ido demasiado bien —añadió Valerio.

—Valerio tiene toda la razón, esposo mío. En el tiempo que has estado al frente de tus legiones, has conseguido reconducir la situación y someter a esos salvajes. No seas tan modesto.

Otro nuevo halago que sirvió para animarle aún más. Sin duda era una mujer digna de admirar. Hacía crecer a Augusto, si es que eso era posible.

—Su visita ha llegado, comandante —anunció uno de los bátavos que entró en la estancia.

El cónsul se levantó y haciendo un gesto con la mano derecha al germano, le indicó que les podía habilitar el paso. El guardia obedeció y al cabo de unos instantes, aparecieron por la puerta las personas que menos esperaba Valerio. Se trataba de Servilia, acompañada por sus padres. Aquello le dejó perplejo y casi sin darse cuenta se incorporó mirando fijamente a Augusto y a Livia. Fue el cónsul el primero en hablar:

—¡Sed bienvenidos a mi casa! —indicó saludando a los invitados mientras se acercaba hasta ellos con los brazos extendidos.

Fue la madre de Servilia la primera en hacer una reverencia y sujetar las manos de su anfitrión.

—No es necesaria tanta pompa —indicó el cónsul—. Estamos entre amigos, queridos. Sentaos y acompañadnos. En breve los esclavos traerán algo de comer y beber. Hoy es un día de dicha, en el que los dioses se han fijado en nosotros.

El padre de Servilia sonrió de una manera poco natural y tomó asiento justo frente a la butaca de Augusto. La muchacha se colocó al lado de su padre, y en el otro flanco su madre. Valerio la miró sorprendido y esta esbozó una tímida sonrisa mientras se encogía de

hombros.

—Gratitud por aceptar nuestra invitación. Nos honra mucho poder contar con vuestra presencia.

—El honor es nuestro, mi *Princeps* —respondió el padre de Servilia sin mirar en ningún momento a Valerio, que aún no daba crédito a todo lo que estaba ocurriendo.

Justo en ese momento aparecieron los esclavos y esclavas, portando varias bandejas con comida y jarras de vino. Comenzaron a depositarlas sobre unas pequeñas mesas de madera de roble que estaban colocadas en el centro. Los invitados estaban boquiabiertos al ver tantos manjares. Valerio llegó a la conclusión de que no estaban acostumbrados a tanta opulencia. La casa en sí ya era inmensa. Las estancias y los jardines seguro que les habían parecido algo increíble. Él había estado en su *insulae*, y pese a no ser tan pequeña como otras muchas que había visto, no era comparable con la inmensa *domus* de sus anfitriones. Además, el hecho de ver tanta variedad de viandas contribuyó a elevar más el grado de sorpresa que ya tenían.

—Espero que vengáis con suficiente apetito —bromeó Augusto mientras se servía unas pocas aceitunas en un pequeño plato de cerámica—. No voy a permitir que os marchéis hasta que se haya terminado toda esta comida.

Los invitados se quedaron petrificados al escuchar aquellas palabras. Acto seguido, el cónsul soltó una sonora carcajada. Fue su esposa la que intervino entonces:

—No le hagáis caso… Comed y bebed lo que deseéis. No es necesario acabarse todo esto, ya que hay demasiado. Podrían comer cien personas con todo lo que nos han preparado.

—Gratitud —respondió la madre de Servilia.

Todos se sirvieron algo y comenzaron a comer. Al principio tímidamente, aunque a medida que el ágape avanzaba, se fueron soltando un poco más y picaron de varias de las bandejas que se habían dispuesto. Era importante quedar bien con unos anfitriones como aquellos, y estaba convencido de que el padre de Servilia les habría indicado a las dos mujeres que comieran más de lo habitual para no ofender a sus anfitriones.

—Es un honor para mí poder organizar los esponsales de estos jóvenes —dijo de repente Augusto.

—Es un placer entregar a nuestra hija menor en matrimonio al centurión —respondió el padre de Servilia.

«¿Y a mí quién me ha preguntado si estoy de acuerdo?», se dijo Valerio para sus adentros. ¿Quién había orquestado todo aquello? ¿Habría sido Augusto? ¿Servilia? ¿O lo habría hecho Livia? Podría

haber sido cualquiera de los tres. Pronto saldría de dudas.

—¿Quiénes somos nosotros para interponernos en el amor? —inquirió entonces el cónsul en voz alta lanzando la pregunta a todos los presentes en general, y a nadie en particular.

—Es una fuerza de la naturaleza que se escapa a nuestro control —añadió Livia—. Cuando nuestra querida y adorada Venus señala a dos almas mortales y las une, ya no hay nada que se le pueda oponer. No está en manos de nadie decidir por esos amantes, ya que su destino siempre es el de acabar juntos por muy difícil que sea.

«Está claro que ha sido ella la que lo ha organizado todo», pensó Valerio dándose cuenta de que la esposa del cónsul había sido la encargada de perpetrar aquel encuentro. Pero, ¿cómo se había enterado de todo lo que había ocurrido? Hasta hacía muy poco, la posibilidad de poderse casar con Servilia era mínima por no decir inexistente. Después de todo aquello, estaba claro que de nuevo su valedor le había facilitado las cosas y se había erigido en el artífice de aquella recompensa. El ascenso ya había supuesto una enorme, pero el hecho de poder conseguir además a Servilia como esposa, era algo que jamás se habría podido imaginar. Aquello superaba sus expectativas, pero estaba claro que debía aprovechar la oportunidad. Contar con el beneplácito del primer hombre de Roma no estaba al alcance de cualquiera. La manera en la que se había logrado era lo menos importante en aquel momento. Así que sonrió levemente mientras su corazón de henchía de orgullo y satisfacción. No había duda de que haber acompañado a Augusto en calidad de jefe de su escolta se había convertido en la mejor decisión que había tomado en su vida. Bueno, no la había tomado él, sino más bien otros hombres a los que admiraba profundamente y con los que estaría en deuda lo que le quedaba de vida. El viejo Salonio le había elegido para llevar a cabo aquella compleja misión. Había sabido estar a la altura, y todo lo que había conseguido se lo debía a la confianza que había depositado en él. No tendría vida suficiente como para podérselo agradecer. Ya tenía un motivo para escribirle aquella misiva que tenía pendiente.

* * * * *

—¡Por todos los dioses, Servilia! ¿Cómo se te ocurrió acudir a ver a la esposa del cónsul?

La muchacha se encogió de hombros mientras sonreía.

—Tal vez deberías haber hecho lo propio con Augusto —le recriminó ella.

—Las cosas no se hacen de esa manera…

—Tal vez no haya sido la manera más idónea, pero ha funcionado

—señaló ella sin dejar de sonreír.

No estaba enfadado con ella, sino todo lo contrario. La amaba con más intensidad. Se había arriesgado a ir a ver a la mujer más poderosa e influyente de Roma para pedirle un favor. Y lo mejor de todo era que había funcionado.

—Tendrías que haber visto la cara que puso mi padre al recibir la invitación para acudir a casa de Augusto.

—Imagino que sabría el motivo desde el principio —señaló Valerio.

—No me dijo nada, aunque no es un estúpido. Madre le dijo que seguro que tú habías tenido algo que ver y que se preparara para lo peor.

—Livia ha sido cauta a la hora de explicarlo. Ha mantenido en secreto tu visita y se ha mostrado convincente al exponer que todo ha sido idea de su esposo que quería recompensarme por mi lealtad —expuso el soldado.

—Es una mujer a la que admiro mucho. Sé que jamás podré llegar a ser como ella, pero si las mujeres pudiéramos escoger a alguien que nos gobernara, tal y como hacéis los hombres, no tengo duda de cuál sería mi elección.

—Comparto ese punto de vista, querida. Que gran cónsul se ha perdido Roma al haber nacido mujer…

—Lo importante es que podré ir contigo a Roma —afirmó ella cambiando de tema.

—No es que me apasione la idea de llevarte allí.

—No entiendo. Creía que estarías feliz, Valerio.

—Y lo estoy… No me preocupa el hecho de que me acompañes, tanto como la situación política convulsa que se puede producir en la capital al regreso del cónsul —le explicó.

—No entiendo a qué te refieres.

Valerio le explicó con un poco más de detalle todo lo acontecido y los planes que tenía Augusto.

—No debes preocuparte por mí. Estaré bien. Además, ¿quién va a osar atentar contra Augusto de nuevo? Y mucho menos en Roma —afirmó Servilia convencida de sus palabras.

—Tú no entiendes de política, querida.

—Por supuesto que no entiendo —respondió cambiando su rictus facial a otro más serio—. Siendo tú militar, ¿sabes algo sobre el tema?

Aquella pregunta sí que no se la esperaba. Le sorprendió que le hablara con tanta seguridad.

—Lo cierto es que últimamente he aprendido algo… El haber estado tan cerca del cónsul me ha servido para comprender cosas que

hasta ahora desconocía.

—Vaya. Al final acabarás haciendo carrera política a este paso —bromeó ella.

—Nunca se sabe lo que nos deparan los dioses, querida. El destino de los hombres es algo cambiante.

Le acarició la mejilla con suavidad y le dio un beso en los labios.

—Veo que no quieres hablar más —le dijo ella mientras le colocaba las manos debajo de la túnica.

—Ha llegado el momento de dar por finalizada esta conversación y celebrar el éxito logrado —respondió el militar soltando un leve gemido cuando notó que su miembro erecto recibía la visita de una de las manos.

—Entonces que así sea… Esposo mío…

CAPÍTULO XVI

Roma, dos semanas más tarde

—Espero que al menos no haya dado ningún nombre.

—Por lo que nos explicó, solo conocía a un tal Flaminino, si no recuerdo mal —dijo Numerio justo antes de llevarse a la boca un pedazo de queso.

Sexto miró a Fabio, que se había mantenido en silencio durante todo el tiempo en el que ellos habían estado conversando. Llevaba unos cuantos días un poco distante y apático. Ya no hablaba tanto con él, y eso era algo que le preocupaba. Su actitud pasiva no era habitual y le daba la sensación de que le ocurría algo. Las noticias que trajo su socio desde Tarraco tampoco ayudaron demasiado. Si Augusto había decidido mantener con vida a Rutilio durante tantos días, era porque albergaba la esperanza de que este le diera información que pudiera servirle para destapar la conjura. Y si al final se había deshecho de él, era porque, o bien había obtenido lo que deseaba, o bien porque no le servía de nada aquel traidor ya que no le había aportado los datos que necesitaba.

—Preguntamos por Flaminio a los demás, y nadie tiene constancia de que exista alguien con ese nombre implicado en el asunto —dijo de repente Fabio.

—¿Entonces quién se hizo con los servicios del lictor? —interrogó el asesino después de dar un largo sorbo a la copa de vino para hacer pasar mejor la comida.

—Alguien que forma parte de la conjura. De eso no hay duda —afirmó Sexto poniéndose en pie y paseando por el jardín bajo la atenta mirada de los otros dos hombres—. Alguien que es parte activa pero que no usó su verdadero nombre para contratar a un hombre que tenía acceso directo al objetivo principal.

—¿Qué estás sugiriendo? —le preguntó Fabio que parecía haber recuperado las ganas de hablar.

—Sencillo… Somos muchos los que estamos implicados en esto, Fabio. Pero hay alguien que va más por libre y que se ha creado su propia red de informadores, y los más grave de todo es que no quiere que nadie más lo sepa.

El senador se quedó en silencio, pero comprendió que su amigo tenía toda la razón.

—No soy de los que señalan a nadie sin tener pruebas, pero solo se me ocurre un hombre capaz de actuar de esta manera tan vil y

rastrera —señaló Sexto deteniéndose en seco y colocándose frente a su amigo.

—Estoy de acuerdo en la posibilidad de que sea él ese tal Flaminino, ya que es quien tiene más influencia y poder.

—No seas iluso, Fabio. No es una posibilidad, sino que es la realidad. No debemos permitir que se salga con la suya. ¿Quieres cambiar a un tirano por otro? ¿Todavía no has comprendido que él no desea lo que los demás deseamos?

Aquello era lo mismo que él había pensado días atrás y que no se le iba de la cabeza. Emilio se había convertido en aquello que el resto de los implicados detestaban. Había asumido el papel de líder en algo que no entendía de eso. La conjura se había organizado para acabar con un hombre que estaba convirtiéndose en el dueño de la República, pero no se trataba de acabar con esa amenaza para colocar a otro individuo que se quedara con todo el poder. Ellos defendían precisamente todo lo contrario. Enterarse de aquello había servido para hacerle ver la realidad. Si de verdad Emilio era ese tal Flaminino y había sido capaz de ir por libre haciendo cosas que no habían sido votadas y aceptadas por los demás, era un peligro.

—Deberíamos asegurarnos antes de lanzar una acusación tan grave —afirmó tratando de ser un poco racional y dejando aparte las emociones.

—¿Qué más necesitas para convencerte? Creo que ha llegado la hora de pedirle explicaciones —señaló de nuevo Sexto.

—¡Por todos los dioses, aguarda! —le dijo el senador—. Estoy de acuerdo contigo, pero no deberíamos precipitarnos, ya que no hay nadie que pueda confirmarnos que él sea ese tal Flaminino. No creo que sea prudente ir a verle y acusarle de algo tan grave.

—Pienso que es la mejor manera de enfocarlo, amigo. Si quieres lo hacemos de manera privada y esperamos a que lo reconozca para acusarle delante de todos los demás. Pero sería mejor que nos acompañara Numerio, ya que no quiero encontrarme con ninguna sorpresa desagradable.

El asesino asintió mientras devoraba con ansia un muslo de pollo que le habían servido y que estaba aderezado con una deliciosa salsa de pasas y piñones.

—No lo sé, Sexto. No lo veo del todo claro.

—Si ha estado urdiendo cosas a espaldas de los demás, creo que deberíamos hacer todo lo posible para descubrirlo. No me parece justo que él actúe con esa impunidad mientras me acusa a mí de haber cometido errores, y de haber puesto en peligro todo —se justificó un poco más nervioso.

—Entiendo que estés enojado con él.

—Te has portado muy bien conmigo, Fabio, y te agradezco tu hospitalidad y la defensa que has hecho de mí —expuso Sexto—. Incluso estoy convencido de que si no hubiera sido por ti, yo ya habría muerto en aquella maldita prisión hace tiempo. Pero aquí hay algo que va más allá de los intereses colectivos. Tú eres un patriota que busca recuperar los viejos valores. Cómo tú, hay otros muchos que creen que eso es lo que sustenta esta conspiración. Pero hombres como Emilio no están metidos en todo este asunto por el bien común o por defender a la República de un tirano —continuó diciendo—. No…, la realidad de ese tipo de individuos es otra muy diferente. Se mueven por sus propios intereses y simplemente sacan provecho de otros. Créeme cuando lo afirmo. Hablo con conocimiento de causa ya que poseo una dilatada experiencia en este campo. He tratado con egos mucho más soberbios que el de nuestro amigo, y los sé reconocer a simple vista. Hay egoísmo en él y se aprovecha de los que lucháis por una causa que creéis justa.

¿Debía fiarse de aquellas palabras de Sexto? Era cierto que le habían contratado precisamente por esa experiencia que afirmaba tener. De hecho, las cosas le habían ido bien hasta el momento en el que varios factores ajenos a su control precipitaron los acontecimientos. ¿Y si uno de esos factores era la actuación de Emilio? ¿Y si ese hombre buscaba algo más que eliminar a Augusto? ¿Y si lo que quería era suplantarle y convertirse en el primer hombre de Roma? Quizá había llegado el momento de hacerle saber a Sexto que algunos de los implicados en la conjura habían decidido eliminarle.

CAPÍTULO XVII

La llegada de Agripa fue celebrada por Augusto. Su viejo e inseparable amigo se presentó ante él con un nutrido grupo de jinetes auxiliares tracios que le acompañaron desde el frente en un rápido viaje que hizo en tan solo seis jornadas. Habían cambiado las monturas en varias de las *mutationes* establecidas en las vías que comunicaban los puntos más importantes de la provincia. Se notaba que el consejero del cónsul tenía ganas de reunirse con su señor, y buena fe de ello dio la efusividad con la que ambos hombres se abrazaron al encontrarse. Aunque Agripa vestía su armadura y estaba sucio y sudoroso por el largo trayecto que había recorrido, Augusto no dudó en darle un cálido recibimiento. Se notaba que le apreciaba y que era algo más que un oficial de confianza. Entre ellos había un vínculo muy estrecho, basado en que siempre habían estado juntos, tanto en los buenos momentos como en los malos. Se había forjado algo más que una amistad entre aquellos dos hombres.

—¿Cómo ha ido el viaje, hermano? —le preguntó el cónsul ofreciéndole una jarra de agua fresca que había mandado traer a una de las esclavas más jóvenes que estaban a su servicio.

—Largo y tedioso, comandante —respondió Agripa tomando asiento en un *triclinium* ubicado frente al de su anfitrión—. Aunque las ganas de transmitirte las buenas noticias han hecho que sea más llevadero.

—He dado indicaciones a uno de mis esclavos de confianza para que busque hospedaje para tus jinetes.

—Gratitud —dijo tras hacer una leve reverencia.

Alojar a tantos hombres era algo que se antojaba dificultoso por muy grande que fuera la casa de Augusto. Además, los bátavos y los legionarios de su escolta personal ya convivían un poco apretados como para tener que añadir a un numeroso contingente de jinetes. Por ello, se había hecho uso del hospedaje, mediante el cual algunos ciudadanos de la colonia estaban obligados a acoger en sus viviendas a esos soldados recién llegados. Era una manera óptima para facilitar el alojamiento a grandes contingentes de militares en momentos determinados, siempre y cuando no se estableciera un campamento para cubrir tal necesidad. En ocasiones era más sencillo hacerlo de esa manera, ya que la ciudadanía estaba obligada a cumplir con esa obligación. No ocurría muy a menudo, pero en esa ocasión iba a venirles muy bien.

—Serán unos cuantos días nada más. En breve nos pondremos en

marcha y regresaremos a Roma, amigo. Quiero que tus jinetes nos acompañen en el viaje para encargarse de la seguridad.

—Será un honor. Aunque dispones de un grupo de legionarios valientes que cumplen muy bien con esa tarea —añadió Agripa señalando a Valerio que estaba sentado en otro *triclinium*.

—No te falta razón. Pero este viaje va a ser más largo de lo que tenía previsto, y ya que los has traído hasta aquí, sería una pena no aprovecharlos. Además, el centurión Valerio y sus hombres se merecen un poco de descanso.

—¿Centurión? Veo que su carrera está siendo meteórica —dijo el general mirando a su amigo, como si el aludido no estuviera allí presente.

—Es un ascenso muy merecido, querido Marco. Valerio y sus legionarios han vuelto a demostrar que no me equivoqué al confiar en ellos. La decisión de traerlos conmigo ha sido una de las más inteligentes que he tomado en mi vida.

Augusto en cambio sí que le miró. Además, le sonrió y alzó su copa de vino en señal de gratitud.

—Mis más sinceras felicitaciones, centurión —afirmó el militar de alto rango.

—Gratitud, general —acertó a decir Valerio.

—¿No sería más rápido hacer el viaje en barco? —interrogó de repente Agripa.

—Sin duda… Pero mi estado de salud y sobre todo Antonio Musa, me recomiendan que sea por tierra.

—¿Antonio Musa? ¿Quién es?

—El responsable de que me encuentre mucho mejor —sonrió el cónsul—. Lleva tratándome desde que llegué a Tarraco y tengo que reconocer que, aunque al principio no confiaba demasiado en sus remedios, han sido fundamentales a la hora de recobrarme.

—Si es un consejo de tu *medicus*, deberías hacerle caso.

—Llevo muchos años padeciendo estos dichosos ataques —reconoció Augusto cambiando su semblante a otro más serio—. En ocasiones me planteo si he ofendido en alguna ocasión a los dioses para que me castiguen de esta manera. Siempre me ha costado mucho superar las crisis que se han ido sucediendo, hasta el punto en que he creído que no salía de más de una…

Se le veía preocupado. Pudo ver de nuevo en sus ojos un atisbo de intranquilidad. Tan solo unas semanas atrás, el estado de salud del cónsul era mucho peor. El viaje desde el frente le había dejado muy agotado, y si no hubiera sido por el tratamiento que le había indicado Musa, tal vez no se hubiera logrado reponer. Valerio llegó a temer que

se produjera un desenlace fatídico, aunque al final los consejos del *medicus* habían sido acertados. Tenía mucho que agradecerle a aquel hombre.

—Todavía te queda mucho por hacer, comandante. Los dioses no te van a doblegar tan fácilmente —le alentó su amigo.

—No será porque no me están poniendo obstáculos en el camino.

—Por muchos que te pongan, los acabarás superando como siempre haces.

Se notaba que su relación era de pura amistad. Agripa le trataba como un hermano, siempre desde el respeto de la posición que ocupaba por debajo de él. Pero Augusto en ningún momento hacía uso de su autoridad. Más bien todo lo contrario. Se colocaba en una posición de igualdad para con él, lo que indicaba que siempre le había tratado de la misma manera. Se notaba que aquellos dos hombres habían tenido que vivir situaciones complicadas juntos, y que esas los habían unido aún más.

—Nos hemos tenido que enfrentar a cosas mucho peores a lo largo de todos estos años, ¿verdad? —le preguntó Augusto sonriendo y recuperando algo de buen humor.

—Demasiadas para mi gusto, comandante. Pero de todas ellas hemos sacado algo provechoso.

—¿Quién iba a decirnos hace tantos años cuando nos estábamos formando en Apolonia y recibimos la noticia del asesinato de mi tío, que acabaríamos llegando hasta lo más alto? —preguntó retóricamente y con nostalgia el cónsul.

—Es gracias a tu arrojo e impulso. Si no hubieras decidido regresar a Roma para reclamar lo que te pertenecía por derecho, quién sabe lo que nos habría deparado el destino.

—Sin tu ayuda no habría conseguido tanto, amigo —reconoció Augusto.

—La lealtad es algo muy preciado, y tú tienes la mía hasta el último hálito de vida que me quede.

—Lo sé… Aunque en ocasiones medito sobre las cosas que he tenido que hacer en estos últimos años, y me planteo la posibilidad de que me haya podido equivocar en más de una ocasión —meditó en voz alta el anfitrión.

—Somos dueños de las decisiones que tomamos, comandante. Si fuéramos capaces de conocer el futuro, tal vez obraríamos de otra manera, pero como eso no es posible…, nos vemos obligados a actuar de manera instintiva en muchas ocasiones —explicó con inteligencia Agripa—. Es por ello que corremos el riesgo de equivocarnos. Errar es humano, al fin y al cabo. ¿Deberíamos atormentarnos por cosas que ya

han pasado? Pienso que no. Porque, aunque volvieran a ocurrir mil veces, seguiríamos actuando de la misma manera. Que no pese sobre tus hombros esa responsabilidad, comandante. Has tomado otras decisiones muy buenas que compensan con creces los errores que hayas podido cometer. La balanza se decanta en tu caso hacia los aciertos.

No había duda de que conocía muy bien a Augusto. Sabía cuáles eran sus preocupaciones porque las había tenido que compartir con él. Conocía sus miedos, y seguro que también sus debilidades. Pero estaba con él y le apoyaba en todo. De eso no había duda alguna.

—Como siempre estás a mi lado, Marco.

Agripa asintió con un leve movimiento de cabeza mientras su mente le llevaba muchos años atrás, hasta uno de esos momentos complejos a los que se habían tenido que enfrentar: a la guerra contra Sexto Pompeyo, el pirata del *Mare Nostrum*.

Roma, año 36 a. C.

Las islas de Sicilia, Córcega y Cerdeña habían caído en manos del rebelde hijo del Magno. Aquello había supuesto un duro varapalo, ya que los puertos de muchas de las ciudades más importantes de ellas se habían erigido en potentes bases navales para la poderosa flota de Sexto. Eso le había permitido controlar las rutas comerciales marítimas, centrándose en atacar los convoyes de suministros de grano procedentes del norte de África. Roma no era nada sin su trigo, y Pompeyo lo sabía. No había tenido piedad y estaba castigando a los triunviros por dejarle fuera del acuerdo de Brundisium. Desde su posición de dominio de los mares, hacía y deshacía a su antojo. Sabía que, si cortaba el suministro de un bien esencial, pondría en aprietos a los ciudadanos de Roma. Le importaba muy poco que estos se murieran de hambre. Le daba igual que no tuvieran alimento para sus hijos. Lo único que pretendía aquel traidor a la República, era levantar a la masa contra los que ostentaban el poder. Se sentía traicionado y menospreciado, y ahora quería cobrarse su venganza. El pirata, porque se había convertido en eso, no dudó en incrementar sus ataques a los convoyes de suministros. Era casi cómico, que el hijo del hombre que había limpiado el *Mare Nostrum* de la plaga de la piratería, se comportara de aquella manera tan infame. Si su afamado padre estuviera vivo, le habría dado caza sin tegua al igual que había hecho cuando se aprobó la *lex Gabinia*.

Esos ataques desestabilizaron Roma. El precio del grano se disparó como nunca antes lo había hecho, y su estrategia era un golpe

maestro. Por mucho odio que despertara en el joven César, había sabido obrar con astucia e inteligencia. Demasiada inestabilidad en aquellos últimos años. Con los últimos asesinos de su tío haciendo cola en las puertas del reino de Plutón, nadie esperaba que las cosas siguieran siendo tan complicadas. Pero el pirata tenía el control de casi toda la flota, y además contaba con curtidas y veteranas legiones leales que le seguirían hasta las puertas del inframundo. Pero, ¿de dónde le venía aquel odio? Estaba claro que odiaba a Julio César por considerarle el culpable de la muerte de su padre tras vencerle en Farsalia. También responsabilizaba al desparecido dictador de la muerte de su hermano mayor en Hispania. Él mismo había logrado escapar a aquella sangrienta batalla y siendo todavía un muchacho se había convertido en el líder de una rebelión. Se había encargado de levantar una flota y de nutrirla con sus leales soldados, para lanzarse al mar y sembrar el terror por doquier.

Hacia el año 43 a. C., el propio Cicerón había convencido al Senado de que el muchacho fuera nombrado *praefectus classis et orae maritimae*. Un título que no se le debía haber otorgado a un traidor. ¿Darle el honor de ser nombrado prefecto de la flota y de las costas? Aquella fue una decisión fatídica. Estaba claro que el viejo senador pretendía convertir al hijo del Magno en un adalid de su causa. Pero el orador ya no estaba en el mundo de los vivos, y su producto se paseaba libremente por los mares causando estragos. Por fortuna, los triunviros habían sabido moverse con inteligencia, y mediante la promulgación de la *lex Pedia* le habían convertido en proscrito y enemigo de la República junto a otros muchos traidores. Aunque no había participado en el asesinato del dictador, se le colocó en el mismo saco que aquellos que sí lo hicieron.

Pese a eso, nunca le faltaron apoyos. Sin duda tuvo mucho que ver lo ocurrido después de que comenzaran las proscripciones a los enemigos del Estado. Pompeyo fue listo y se encargó de ofrecer refugio a todos aquellos que temieron por sus vidas. Sus naves de guerra comenzaron a recorrer las costas de Italia para recoger a todos aquellos que quisieran salvarse. Pero no solo acogió a los ricos, sino que también lo hizo con los que menos tenían y a su vez con sus familias. Además, lejos de conformarse con eso, pagaba el doble de lo que ofrecían los triunviros por los nombres de los refugiados. Esos gestos le reportaron muchos apoyos, ya que gracias a él fueron cientos los que salvaron sus vidas.

Se había convertido en un quebradero de cabeza para los triunviros. Fue el culpable de que poco a poco la popularidad que estos habían alcanzado tras derrotar a los asesinos de César en Filipos,

fuera disminuyendo hasta cotas bajísimas. El pueblo comenzó a acusar a Octavio y a Antonio de haber provocado la ira de Pompeyo. Ellos eran los culpables de la hambruna consecuencia de la carestía de grano. Les acusaron incluso de no haber negociado con el pirata. Les pedían que le ofrecieran algo de su agrado para que de esa manera se levantara el bloqueo. Fueron sin duda malos momentos para a República. Años convulsos que pusieron al ahora Augusto en una situación muy complicada…

CAPÍTULO XVIII

Agripa recordaba con pánico uno de los momentos en los que temió por su vida y por la de su amigo. Fue a principios del año 39 a. C., mientras el triunviro despachaba una serie de asuntos en el Foro de la ciudad. De súbito, una muchedumbre comenzó a arremolinarse en las cercanías hasta el punto en que se vio obligado a ordenar a los lictores que formaran un círculo alrededor de Octavio. Él se colocó también en el interior, como si estuvieran defendiendo la posición usando la formación de *ab orbe*. ¿Quién le iba a decir que tendrían que temer por su integridad dentro de Roma? El problema fue que se produjo un efecto llamada, y que cada vez había más osadía en aquellos enfurecidos ciudadanos. De ser una treintena inicialmente, al poco ya superaban los doscientos. Fue entonces cuando algunos de ellos, empujados por la rabia y seguramente por el hambre, comenzaron a arrojar objetos sobre ellos. Los lictores y algunos de los hombres de confianza que los acompañaban, se vieron obligados a estrechar el círculo que los protegía. Más de uno de los defensores recibió algún golpe que le hizo sangrar. Aquellos ciudadanos estaban tan enfadados que ya no eran capaces de darse cuenta de sus acciones. La necesidad les podía tanto que habían perdido el respeto.

La fortuna quiso que al cabo de un rato que se les hizo eterno, apareciera el propio Antonio al frente de una columna de legionarios por la vía Sacra. Aunque tampoco lo tuvieron fácil para llegar hasta dónde estaban. La muchedumbre les bloqueó el paso, y al cabo de poco comenzó la lluvia de objetos contra ellos también. En aquella ocasión la masa se envalentonó y arrojó también piedras haciendo que los legionarios tuvieran que replegarse. En formación defensiva aguantaron hasta que llegaron refuerzos, y fue entonces cuando cargaron contra la masa. Lo hicieron abriéndose paso a golpe de escudo y espada, acabando incluso con la vida de algunos que les plantaron cara con osadía. Lograron rescatarlos a tiempo y ponerlos a salvo, pero la situación lejos de calmarse se agravó, hasta tal punto que los dos triunviros se vieron obligados a iniciar negociaciones con el pirata. El pueblo de Roma había hablado, y les había obligado a tragarse el orgullo y a buscar una manera de saciar la sed de venganza del hijo del Magno.

De esas negociaciones, llevadas a cabo por el propio César en Baiae, cerca de Neapolis, Sexto no obtuvo demasiado. Aunque poco tiempo después, en Miseno, tuvo lugar otro encuentro en el que el pirata dejó de ser tal, y pasó a ser reconocido por el Senado. Se le

concedió el mando provincial de Sicilia, Córcega y Cerdeña, además de entregársele el Peloponeso y Grecia. Pero también se le concedió la admisión en el colegio de los sacerdotes augures, a la vez que se orquestó todo para que, en un futuro, su hijo fuera nombrado cónsul. El repuesto almirante incluso logró que se aprobara una amnistía para algunos de los exiliados en las proscripciones llevadas a cabo tiempo atrás por los triunviros. Todo eso se hizo para conseguir que se levantara el bloqueo de Italia.

Recordaba como si fuera ayer la manera en la que reaccionó su amigo y superior ante aquel asunto. Ya era por entonces hábil y astuto. Estaba claro que, de no haberlo sido, jamás hubiera logrado llegar tan alto a tan temprana edad. Se había deshecho de todos sus enemigos de una manera rápida, sutil y efectiva. Había utilizado a otros para hacer el trabajo sucio y, en muy pocas ocasiones, se había tenido que manchar las manos de sangre. Y de manera literal, ya que uno no se alzaba hasta la cúspide sin tener que llevar a cabo actos crueles y atroces. Sus rivales nunca se lo pusieron fácil, y muchos de ellos le menospreciaron por su juventud. Ese fue el error que cometieron. Pero muchos de ellos se dieron cuenta justo antes de hacer el viaje a la otra vida. Por ello, después de haber logrado el restablecimiento del suministro de grano para Roma y la mayoría de las ciudades de Italia, César se encargó de prepararse para acabar con el pirata hijo de Pompeyo. No iba a permitirle que se saliera con la suya. Hombres mejor posicionados que él habían sucumbido, y aquel miserable traidor no iba a ser una excepción.

La tarea principal se la encomendó a él. Necesitaba a alguien de plena confianza. Un hombre que le fuera leal y que estuviera dispuesto a obedecer sus órdenes sin ni siquiera cuestionarlas. Fue el elegido para dirigir el segundo intento de plantarle cara al pirata en el mar. Había regresado hacía poco de la Galia, donde había tenido que hacerse cargo de acabar con una rebelión en la zona de Aquitania. Y también se había visto obligado a cruzar el mismo Rin para suprimir un levantamiento de tribus germanas. Por esa gesta se le concedió un triunfo, pero optó por rechazar tal honor teniendo en cuenta lo que se estaba preparando. Supervisó en cambio la creación de una nueva y poderosa flota, cuyo único objetivo era poder plantar cara en el mar a Sexto Pompeyo. Una con más garantías y preparación que la de los años anteriores, que había sido destruida por el pirata y por las tempestades que despertaron antes de lo previsto. Sexto había aprovechado aquella fortuna para hacerse llamar hijo de Neptuno. En cierto modo, y teniendo en cuenta lo supersticiosos que eran algunos romanos, más de uno se lo llegó a creer. Pero César no. De nuevo, el

traidor volvía a controlar las aguas y bloqueó los suministros para tratar de alzar al pueblo contra el triunviro. De ahí la urgencia de ponerse en marcha. La necesidad apremiaba y era vital derrotarle y recuperar la tranquilidad. Eso suponía una tarea casi titánica y exigía emplearse a fondo. César sabía que no podía errar en su ataque, y por ello delegó en el mejor de sus oficiales. Si había alguien capaz de derrotar al pirata, ese era Agripa.

Al menos eso fue lo que le dijo cuando le informó de sus planes. Tanto tiempo desde lo de Apolonia… Habían pasado ya casi siete años desde que se embarcara junto a él en una aventura muy peligrosa que no le garantizaba el éxito. Pero podía considerarse afortunado, ya que el hecho de haberle seguido, no le había reportado más que éxitos. Las cosas no le habían ido tan mal, al fin y al cabo. Y esa ocasión que se presentaba de nuevo, no tenía por qué ser diferente de las vividas hasta entonces. Nadie le dijo que fuera a ser sencillo, pero con el tiempo había aprendido a disfrutar de los retos. Y ese que le planteó su amigo, era tal vez de los más complejos a los que se había tenido que enfrentar. La guerra en el mar no era algo que le gustara a ningún romano. Además, Sexto poseía soldados curtidos y expertos en ese medio, así que la batalla se aventuraba harto complicada. Aunque no imposible. Por ello lo primero que hizo fue cambiar drásticamente el modelo de entrenamiento de las tripulaciones que se encargó de enrolar para esos nuevos navíos que se estaban construyendo a toda máquina.

El punto elegido fue Cumas. La vieja colonia griega, situada en la bahía de Neapolis, era ideal. Ordenó que se excavara un gran canal que conectara el mar con el lago Averno, para conseguir un puerto franco y bien protegido de los posibles ataques enemigos. Allí, en tierra primero, se esforzó para que los remeros entrenaran inicialmente en tierra. Para ello, mandó construir gradas que simulaban el interior de las naves. El esfuerzo para reclutar a los equipos de remeros fue absoluto, ya que el mismo César había llegado a liberar a miles de esclavos para que sirvieran en las naves. Por si eso no fuera poco, las nuevas naves eran de grandes dimensiones para poder albergar en sus cubiertas a contingentes de tropas mucho más numerosos. Supuso un esfuerzo extra tener que entrenar a los legionarios en la guerra marítima. Desde tiempos de las guerras púnicas, los romanos no se habían tenido que enfrentar a ningún enemigo tan temible por mar, a excepción de los piratas. Pero de eso ya hacía algún tiempo, y las legiones de César no eran muy duchas en luchar en la cubierta de un navío que se balanceaba con la fuerza de las olas. No iba a ser algo sencillo. Pero el objetivo consistía en

conseguir que las cubiertas se parecieran lo máximo posible a un terreno firme. Por ello, algunas de las nuevas naves albergaban torres desde las que situar arqueros o incluso alguna que otra máquina de guerra de tamaño medio, como los temidos *scorpios*. La mayor innovación del momento fue la aparición del *harpax*. Aquel garfio disparado por una catapulta servía para clavarse profundamente en el navío enemigo, con la clara intención de inmovilizarlo y permitir el abordaje con mayores garantías. Todo estaba preparado para acabar con el temible azote del *Mare Nostrum*. Agripa no iba a permitirle que siguiera campando a sus anchas. Acabaría de una vez por todas con él y le enviaría al fondo del mar, a reunirse con su padre divino.

* * * * *

Además de contar con su nueva y poderosa flota, César recibió ciento veinte naves de guerra de parte de su socio Antonio, que se sumaron a las que cedió el otro socio de gobierno, Lépido. La ligera superioridad numérica de las flotas de los triunviros sirvió para que el nuevo y flamante almirante se alzara con la victoria en el primer choque que se produjo en agosto frente al cabo de Milas. Allí, sus pesados barcos demostraron ser muy superiores a los del pirata. Pese a ser más maniobrables que los de sus rivales, no pudieron derrotarle y tuvieron que retirarse. El hijo de Neptuno parecía que había sido abandonado por su padre. Pero no todo iba a ser tan sencillo. César, envalentonado por la victoria de su subordinado, decidió asestar el golpe definitivo al vencido Sexto y fue a buscarle. Ambas flotas se encontraron poco después frente a la ciudad siciliana de Teuromentio. En aquella ocasión la acción temeraria casi le cuesta la vida al triunviro, que fue estrepitosamente vencido, estando de nuevo cerca de perecer en la propia batalla. Tuvo que ser rescatado por naves de apoyo, lo que supuso un respiro para el pirata que retomó algo de aire y elevó la maltrecha moral de sus soldados.

Fue tan solo un espejismo, ya que, en poco tiempo, el ejército triunviral consiguió asentar más de veinte legiones en la isla de Sicilia. Por mucho que Sexto tratara de atacar algunos puntos, no disponía ya de tropas suficientes para salir vencedor de un encuentro. Desde tierra, las legiones avanzaron sin oposición y fueron tomando poco a poco los puertos que estaban bajo control del rebelde. Tan solo le quedaron los hombres que servían en su flota. El escenario que se le presentó no fue nada halagüeño, y se vio forzado a buscar un nuevo enfrentamiento naval…

Costas de Nauloco, 3 de septiembre del año 36 a. C.

—La temperatura y el estado del mar son los óptimos para librar una gran y gloriosa batalla, almirante.

—No hay duda de que los dioses nos dan su beneplácito, Treboniano —respondió Agripa al navarca de su navío.

—Enviaremos a ese bastardo hijo de mil rameras a reunirse con sus dos padres.

El almirante asintió levemente mientras oteaba el horizonte en busca de la flota de Sexto Pompeyo. La experiencia le había enseñado a no infravalorar a sus oponentes, por muy tocados que estos pudieran parecer. La moral de su flota estaba intacta, sobre todo después de arrasar a la del pirata en la última batalla que libraron. Aquello podría haber supuesto el final de la rebelión, pero lejos de erradicarla, su rival había resurgido de sus cenizas y había logrado asestar un golpe terrible al mismísimo César. Tan duro había sido, que a punto estuvo de costarle la vida al triunviro.

—¡Señor! ¡La nave de Estatilo Tauro se acerca por babor! —informó uno de los tribunos que servían bajo sus órdenes.

Agripa asintió mientras se acercaba a la sección de su enorme embarcación para recibir al legado de Antonio que comandaba los refuerzos que le habían sido enviados por el socio de César. Observó con calma cómo el navío, de menor tamaño que el suyo, se colocaba en paralelo al suyo con una lenta maniobra. Al poco, varios legionarios colocaron una estrecha pasarela de madera que comunicó ambas cubiertas. El hombre al mando de aquella escuadra se dispuso a abordar la nave insignia seguido por dos oficiales de menor rango que debían ser sus subalternos.

—¡Salve, almirante Agripa! —saludó al acercarse hasta él.

—¡Salve, legado Estatilo!

—¡Un día esplendoroso para librar una batalla! —señaló de nuevo el enviado de Antonio.

—Se dan las condiciones propicias. No hay duda de ello.

—¿Dónde está tu señor? —interrogó de nuevo Estatilo dejándole claro a Agripa cuál era su posición con cierto tono de sarcasmo.

—Recobrándose de las heridas —respondió sin caer en la provocación.

—Menudo susto se llevaría —añadió soltando una sonora carcajada que hizo que se giraran algunos de los marineros y legionarios que estaban cerca de ellos.

—Sin duda… Aunque para sufrir ese tipo de contratiempos, uno tiene que estar combatiendo en primera línea junto a sus hombres —respondió Agripa tratando de dejar en buen lugar a su amigo.

—Claro…

Acto seguido el legado se acercó hasta donde estaba situado el *harpax* de la nave y lo estudió con curiosidad.

—Jamás había visto un artilugio como este —reconoció.

—¿Para qué sirve? —interrogó uno de los oficiales de su comitiva.

Agripa les relató el funcionamiento del arma con todo lujo de detalles.

—No está nada mal —dijo el legado.

—Dio muy buen resultado en la última batalla que libramos frente al cabo de Milas hace unos días.

—¿Sus naves también los tienen?

—Que yo sepa, no —respondió el almirante.

—Eso nos concederá ventaja, imagino. Sus naves son más pequeñas que las de tu flota, así que tendrás que emplear a fondo a tus tripulaciones para poder cazarlos con el garfio.

—Lo sé, legado. Pero no debes preocuparte por eso. Mis hombres han sido entrenados a conciencia y responderán como deben llegado el momento —aclaró Agripa que estaba comenzando a sentirse algo incómodo con aquella visita de supervisión que parecía llevar a cabo Estatilo.

—¿Habrá aceptado el encuentro?

—No le queda otra opción —señaló de nuevo.

—Más le vale a esa rata traidora. Si no le buscaremos por donde haga falta. En fin, regreso a mi nave, y dirigiré a mi escuadra hasta el flanco izquierdo. Hoy es el último día de ese rebelde en el mundo de los vivos —sentenció Estatilo alargándole el brazo a Agripa en forma de saludo.

—Que así sea…

CAPÍTULO XIX

La flota de Sexto Pompeyo apareció por el horizonte a media mañana. Como había pronosticado, el pirata no tenía más opción que presentar batalla en el mar. Su flota continuaba siendo poderosa, pero había perdido todos los puertos de la isla que le podían avituallar. Necesitaba luchar y vencer para tratar de recuperarlos. Aunque eso no iba a ser sencillo, ya que las legiones de César y Lépido ya los ocupaban. Observó desde su posición cómo en un pequeño promontorio cercano a Nauloco se levantaba un grupo de tiendas donde ondeaba el estandarte de su amigo y superior. Aunque no le podía distinguir con claridad, sabía que se encontraba allí, atento al devenir del enfrentamiento que permitiría quitarse de encima a aquel escollo. Sintió la suave brisa que le acariciaba la piel. Notó el salitre del agua pegado en su bigote y barba. Sus labios estaban secos, y al pasar la lengua por ellos para hidratarlos, sus papilas saborearon de nuevo la sal. Había dedicado varios meses de su vida a supervisar la creación y entrenamiento de aquella flota. Había saboreado las mieles de la victoria, pero a su vez había sufrido el amargo sabor de la derrota. Aunque no hubiera estado al frente del desastre de Tauromentio, en cierto modo se sentía responsable porque los que perdieron eran los hombres que él había formado con tanto ahínco.

Había llegado el momento de librar el enfrentamiento decisivo. De lo que ocurriera aquel día, dependería el devenir de la República. Había mucho en juego, y poco espacio en el *Mare Nostrum* para tantos jugadores. Sobraba alguien. Oró en silencio a todos los dioses del panteón, solicitándoles su apoyo en la compleja tarea que le esperaba. Pidió que, si les habían sido propicios hasta ese momento, no los abandonaran en ese momento tan importante. Llegado el momento, si se alzaban con la victoria, se encargaría de honrarles como se merecían.

—¡Almirante, parece que nos igualan en número! —indicó el navarca que había hecho una estimación aproximada de los efectivos de la flota enemiga desde la distancia, en un abrir y cerrar de ojos.

Sabía más o menos que las fuerzas estarían equilibradas. Contaba con esa opción, y más después de la pérdida de tantas naves en la última batalla. Al menos la llegada del arrogante Estatilo Tauro y la disponibilidad de algunas de las embarcaciones de Lépido, servirían para que ellos no fueran inferiores. Contaba con que en aquella ocasión la destreza adquirida por sus marineros sirviera para imponerse. Lo hombres de Sexto llevaban ya muchos años surcando el

mar y poseían algo que los suyos jamás tendrían: experiencia. Por eso, se había diseñado el *harpax*, para poder contrarrestar la ventaja de sus enemigos.

—Era lo que esperaba, Treboniano. Así, cuando le venzamos, nadie podrá alegar que lo hicimos siendo superiores en número.

—Por supuesto, almirante —dijo sonriendo el capitán de su navío.

—¡Formación de ataque! —ordenó Agripa a los marineros y a los oficiales de las centurias que servían en la cubierta.

En un abrir y cerrar de ojos, los centuriones y *optiones* al mando de los legionarios y de los infantes de marina, comenzaron a impartir las indicaciones a sus subordinados. Algunos arqueros se subieron a la torre de defensa y comenzaron a preparar los carcajes con proyectiles de todo tipo. Se encendieron pequeños fuegos para que se pudieran prender las flechas y las tripulaciones de los tres *scorpiones* que llevaba la nave insignia comenzaron a tensar la cuerda de la máquina y colocar los virotes en posición. Seis fornidos marineros se dirigieron al *harpax* y se prepararon para efectuar el disparo tan pronto como tuvieran a tiro a algún barco enemigo. La cubierta era como un hormiguero. Y pronto, los remeros comenzaron a cumplir con su cometido. La pesada nave comenzó a moverse lentamente y poco a poco fue tomando impulso. La escuadra de la derecha, la que dirigía Agripa, se adelantó un poco al resto de la flota. Observó cómo sus enemigos comenzaban también a ponerse en movimiento. La batalla había comenzado, y él se colocó en el interior de la torre de defensa junto a sus oficiales del Estado Mayor. Desde allí podría tener una amplia visión del vasto campo de batalla para decidir qué hacer en cada momento. Una última plegaria a los dioses, centrándose en Neptuno y rogándole que en aquella ocasión se mantuviera al margen y dejara que el que decía ser su hijo combatiera sin ayuda divina.

* * * * *

Los legionarios de la cubierta y los *classici milites* que estaban con ellos elevaron sus escudos de manera simultánea a la orden de sus oficiales para protegerse de la lluvia de flechas que estaban lanzando desde la cubierta del barco más cercano. Desde su posición elevada, pudo observar cómo algunos de los hombres eran alcanzados por los proyectiles. Unos cayeron heridos, otros murieron, y los más afortunados, fueron capaces de sobreponerse y resistir como valientes. El fragor de la batalla comenzaba a sentirse. Gritos de dolor combinados con órdenes e indicaciones de los oficiales que buscaban que la formación se mantuviera compacta y sin fisuras, se convirtieron en la melodía que transportaba el mismo viento. Las tripulaciones de

las máquinas de guerra también hicieron uso de sus escudos ovalados de grandes dimensiones para no ser alcanzados por aquellas andanadas que no cesaban. Los barcos del pirata eran mucho más pequeños que los suyos, y eso les permitía moverse con mayor rapidez. Observó cómo varios de los lanzamientos de los garfios efectuados por navíos cercanos erraban. El pirata había aprendido a eludir los lanzamientos del *harpax* y sus marineros comenzaban a conocer la efectividad de los artilugios. Pero no siempre la habilidad era suficiente para esquivarlos. Observó cómo el trirreme enemigo que viraba a estribor era alcanzado por los artilleros de su navío. De repente se escucharon vítores por parte de la tripulación al darse cuenta de que se había logrado enganchar al pequeño barco que había estado navegando alrededor durante un buen rato. Los arqueros centraron entonces sus proyectiles incendiarios en las velas y en la cubierta del mismo para facilitar la maniobra de colocación de la pasarela para abordar.

Agripa observó cómo las dos centurias de legionarios se colocaban en posición para iniciar el asalto a la nave enemiga. Ya no era necesario tener los escudos sobre las cabezas, así que el centurión de una de ellas ordenó que los escudos se colocaran al frente. Él mismo se situó en la primera fila y aguardó con nervio y ansia la caída de la pasarela de madera. Otra unidad de infantes de marina estaba preparada detrás para unirse al ataque. Era cuestión de tiempo que se tomara aquella nave rebelde, ya que su tripulación era muy inferior en número. Tan pronto como cayó la plancha sobre la cubierta, el centurión vociferó un grito y se lanzó a la carga seguido por todos sus subordinados. En la pasarela, que era bastante estrecha, solo cabían dos hombres, por lo que era esencial atravesarla con presteza y ganar una posición ventajosa en el otro lado para permitir el paso a los hombres que iban detrás. El oficial al mando de la carga lo sabía, así que tan pronto como puso el primer pie en la cubierta del barco de los pompeyanos, empujó con fuerza contra la línea de enemigos que había formado de manera apresurada. La presión ejercida por los hombres que iban detrás, permitió al centurión ir ganando terreno poco a poco. Además, varios de los arqueros, al estar a corta distancia, podían elegir su objetivo y lanzar sin que estos se dieran cuenta. Abatieron a varios hombres de la primera línea, ayudando de esa manera en el avance de la centuria. Al cabo de poco, más de veinte hombres se habían posicionado en el barco contrario, y estaban peleando por cada palmo de su cubierta con arrojo y valentía.

Agripa miró hacia la derecha y observó cómo uno de sus barcos acababa de atravesar un navío pequeño enemigo que había sido

alcanzado también por el garfio. Esa era otra de las estrategias que se habían estado practicando en el lago Averno semanas atrás. Mientras un navío lograba sujetar a otro enemigo e inmovilizarlo, otro cercano tenía tiempo para colocarse de cara y buscar embestirlo con el espolón para hundirlo. Una vez se conseguía, los marineros del primero, debían cortar la cuerda que sujetaba el garfio para no ser arrastrados por el que se iba a pique. Ese trabajo en equipo daba buenos frutos, ya que los pompeyanos, que eran atraídos por el *harpax* se centraban en defender su cubierta, y no se enteraban del peligro que se cernía sobre ellos por la retaguardia o por alguno de los flancos. Su nave quedaba expuesta y la que se lanzaba al ataque, lo hacía sin oposición alguna.

Sonrió para sus adentros mientras observaba cómo poco a poco sus legionarios se estaban imponiendo a los defensores. Fue entonces cuando el oficial al mando de los *classici milites*, que iban sin armadura y por tanto eran más ágiles que los legionarios, ordenó a sus hombres que saltaran al barco enemigo por otros puntos donde no había pasarela. Estaban ya tan cerca que no entrañaba dificultad alguna. En menos de lo que tarda un hombre en beberse una copa de vino, los infantes de marina estaban al otro lado y comenzaron el flanqueo de la débil y desgastada línea de soldados enemigos. Los primeros en caer fueron los arqueros que nada pudieron hacer ante el violento ataque de los infantes. Estos iban bien protegidos por los grandes escudos y portaban unas lanzas más pequeñas que las *pila*, que los ayudaban a abatir a los pobres e indefensos enemigos con rapidez. Algunos de los arqueros optaron por arrojarse al agua antes de ser engullidos por aquella masa de hombres que propinaban estocadas sin descanso.

Los legionarios que aguantaban, comenzaron a verse superados cuando los infantes de marina les atacaron por los flancos. Alguien debió avisar a los remeros que estaban bajo la cubierta, porque de repente salieron armados con espadas y sorprendieron a algunos de sus hombres por la espalda. Pero fueron pocos los que cayeron, ya que otros soldados saltaron para acudir en apoyo de sus camaradas. La superioridad numérica fue clave para acabar derrotando a todos los rebeldes, que lucharon hasta el último hombre. No hubo cuartel para ninguno de ellos, tal y como se había ordenado antes del ataque. Ellos no habían tenido piedad con muchos de los legionarios y marineros en la derrota de Tauromentio. En ese momento, cuando las tornas se habían cambiado, tampoco se la iban a conceder.

El navío fue tomado al asalto, pero no hundido. Las órdenes eran claras: tratar de capturar el máximo número de barcos al enemigo y solo hundir aquellos que, por motivos de fuerza mayor, no se lograran controlar. La idea era poderlos añadir a la flota de la República y sacar

provecho de ellos. Servirían para compensar los propios que habían sido, o fueran hundidos, y así se minimizarían las pérdidas materiales compensando la inversión inicial que había sido muy elevada.

—¡La nave es nuestra! —gritó el centurión que había encabezado el asalto.

Un jolgorio dio respuesta al grito de victoria del oficial. Decenas de gargantas, tanto de un navío como del otro, alzaron sus escudos y espadas al aire para celebrar aquella pequeña victoria. Había sido menos costosa de lo que había previsto al principio, pero algunos valientes habían dado su vida por lograrlo.

—¡Se nos acerca otra nave por babor, almirante! —vociferó de nuevo Treboniano que no se había unido a la celebración y se había mantenido atento a lo que los rodeaba.

Agripa se giró hacia el punto que le señalaba su navarca y se dio cuenta de que eran dos las que se acercaban. Navegaban en paralelo y habían aprovechado la confusión para acercarse de manera furtiva por el flanco desprotegido de la nave insignia de la flota de César.

—¡Que suelten la cuerda del *harpax* de inmediato! —ordenó Agripa percatándose de que les quedaba muy poco margen de tiempo—. ¡Que las dos centurias regresen a la cubierta para defenderla! ¡Los *classici milites* que se queden en el otro barco y se encarguen de que no lo hundan!

Todas las órdenes se cumplieron a toda velocidad. Los legionarios saltaron a la nave de nuevo sin usar la pasarela. Formaron de nuevo con los escudos en alto preparados para lo que tuviera que caer del cielo mientras dos hombres, con sus afiladas hachas se afanaban en cortar la cuerda que los sujetaba al navío recién conquistado.

—¡Artilleros y arqueros! ¡Disparad contra los navarcas que dirigen los barcos enemigos! ¡Debemos evitar que nos embistan! —ordenó de nuevo el almirante que había abandonado la seguridad de la torre defensiva e iba flanqueado por una docena de legionarios que le cubrían en todo momento.

—¡Por lo que más quieras, Treboniano… Sácanos de aquí de inmediato! —exclamó elevando el tono de voz en forma de súplica hacia el hombre que tenía el destino de todos los tripulantes en sus manos.

El navarca asintió mientras daba la orden a sus subordinados para que tocaran a boga. Dependían de la fuerza de los remeros para tratar de eludir el ataque de aquellas dos naves que se acercaban a toda velocidad. Mientras tanto, los tres *scorpiones* escupieron los gruesos virotes que surcaron el aire en dirección a uno de los trirremes que se acercaba hacía ellos. Uno de los proyectiles impactó de lleno en el

mástil sin ocasionar daños personales, pero los otros dos segaron la vida a varios hombres que se interpusieron de manera involuntaria en la trayectoria. Los arqueros dieron buena cuenta de los que estaban al timón, eliminándolos a todos. La buena fortuna quiso que el que lo dirigía, cayera justo sobre el elemento de guía y lo girara totalmente hacia estribor, cambiando de esa manera el rumbo de colisión.

«Uno menos del que preocuparse por ahora», pensó para sus adentros Agripa mientras se asomaba a la borda sin dejar de observar cómo la distancia que les separaba de sus atacantes era cada vez menor. Por mucho que les diera tiempo de abatir a los que la gobernaban, el impacto era inminente. Se dio media vuelta y seguido de cerca por su escolta que mantenía los escudos en alto, gritó a pleno pulmón:

—¡Preparaos para el golpe! ¡Sujetaos dónde podáis!

No había manera de eludir aquella embestida, y más teniendo en cuenta el tonelaje de la nave en la que estaban. Por mucho que se afanaran los remeros, ponerla en movimiento partiendo desde una posición estática era un proceso que requería su tiempo. El almirante observó cómo los legionarios de la cubierta buscaban puntos de agarre, como mástiles y elementos fijos en la misma. Poco a poco, los que quedaban por detrás se cogían a los cinturones de sus camaradas para tratar de mantenerse en pie ante la inminente colisión que se iba a producir. Los arqueros hacían lo propio en el interior de la torre de defensa, ya que de nada iba a servir seguir lanzando flechas. Miró de soslayo a Treboniano que se encogió de hombros dejando entrever que lamentaba no haber podido reaccionar a tiempo. Agripa le hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza y se centró en el barco enemigo, cuyo espolón apuntaba justo contra el centro del suyo. Se sujetó con fuerza a la baranda de madera que tenía cerca y se encomendó en silencio a los dioses: «Oh, dioses de los cielos, de la tierra, de los mares y del inframundo, os ruego que mantengáis a flote esta nave y que veléis por la integridad de todas las almas que en ella van. Ruego que escuchéis mis súplicas y si estas se cumplen sacrificaré cien enormes bueyes en vuestro honor. Lo prometo por lo más sagrado, por el nombre de mi familia y por todos mis seres queridos. Si no cumplo la promesa, lleváoslos a ellos también…».

* * * * *

—Siempre es bueno poder contar con gente de confianza que vele por tus intereses —dijo Augusto sacando de sus pensamientos a Agripa.

—Sí, comandante —respondió este—. Y veo que el centurión Valerio se ha encargado muy bien de hacerlo en mi ausencia.

—Es un buen oficial.

El aludido hizo una leve reverencia agradeciéndoles los elogios a los dos hombres más importantes de la República. Era un honor para él que pensaran de esa manera.

—Si me permitís, me retiraré a descansar. Estoy fatigado por el largo trayecto —se disculpó el general.

—Por supuesto. Serenia te acompañará a tu estancia —indicó el cónsul haciéndole un gesto a la joven esclava que se había mantenido a cierta distancia durante la reunión.

Agripa saludó a ambos y se retiró tras los pasos de la muchacha. Fue entonces cuando Augusto tomó la palabra:

—Fíjate bien en ese hombre, centurión. Yo he aprendido muchas cosas de él y, pese a no ser de noble cuna, posee muchas virtudes que otros de más alta posición jamás podrán tener. Sin duda, me atrevo a afirmar que yo no estaría dónde estoy ahora de no ser por él. Su apoyo ha sido fundamental en todos estos años y le debo gratitud eterna.

Aquella reflexión en voz alta que había hecho el cónsul reafirmaba lo que él ya pensaba de Agripa. Existía entre ambos hombres algo que iba más allá de un simple lazo de amistad. Desde la llegada del general, Augusto parecía haberse crecido, no solo en el cambio de humor, que era de agradecer, sino también en el aspecto físico. Era bueno contar con la presencia de Agripa en la *domus*. Había muchos asuntos de los que ocuparse en Roma, y contar con su apoyo facilitaría mucho las cosas.

* * * * *

Estirado en el lecho, Agripa recordó de nuevo lo ocurrido aquel 3 de septiembre en las costas frente a la ciudad de Nauloco. La calma y la tranquilidad que obtuvo en aquella cómoda estancia le hicieron relajarse y sin darse cuenta, su mente le condujo de nuevo a las aguas del *Mare Nostrum*.

Costas de Nauloco, 3 de septiembre del año 36 a. C.

El impacto fue durísimo. Las estructuras del navío insignia de la flota de César se balancearon violentamente mientras se escuchaba el crujido de la madera quebrándose al recibir al espolón de la nave enemiga. Se escucharon gritos provenientes de la zona de remeros afectada. Además, siguieron constantes avisos que alertaban de la caída al mar de algunos hombres de cubierta. Tardó unos instantes en recolocarse, ya que con la fuerza de la embestida había sido

desplazado unos pasos hacia atrás sin haber caído del todo. Y eso fue así porque uno de los legionarios de su escolta se había interpuesto en su camino para detenerle, si no, podría haber acompañado a aquellos infelices que estaban a expensas de la voluntad del dios del mar. El soldado, que había perdido su escudo, le sujetó por el antebrazo para detenerle, si no, podría haber acompañado a aquellos infelices que estaban a expensas de la voluntad del dios del mar. El soldado, que había perdido su escudo, le sujetó por el antebrazo y le ayudó a levantarse. Lo primero que hizo fue agradecerle la acción con un suave golpe en el hombro derecho, y acto seguido se acercó hasta el lateral que había sufrido el golpe para comprobar el estado del barco. Pasó junto a Treboniano y le ayudó a levantarse. El navarca se había golpeado en la cabeza con una baranda de madera y, aunque tenía una pequeña herida de la cual emanaba un poco de sangre, estaba consciente y en buen estado. Le dejó recuperándose junto a dos marineros que le asistían y se asomó a la cubierta. El pequeño trirreme pompeyano se había quedado adherido a la nave, y algunos de los hombres que lo tripulaban también habían caído al mar. Otros estaban esparcidos por la cubierta recobrándose aún de la dura colisión. Al ser de menor tamaño, el navío perteneciente a la flota del pirata, había quedado por debajo de la segunda línea de remeros. La altura para poder llegar hasta la cubierta era considerable, y el espolón estaba incrustado por encima de la línea de flotación, lo que evitaba, al menos por el momento, la entrada de agua y que la nave se fuera a pique.

No había tiempo para impartir demasiadas órdenes, ya que cada cual estaba actuando por propia iniciativa. Vio cómo varios de los legionarios que se habían mantenido en pie, comenzaban a asomarse por la cubierta opuesta a la del impacto. Arrojaban algunas cuerdas para tratar de rescatar a sus compañeros que habían caído al mar. Otros en cambio estaban tratando de recuperar su armamento que había quedado esparcido por toda la cubierta, mientras los dos centuriones que estaban a bordo comenzaban a contar los efectivos de los que disponían. Al menos dos de los tripulantes de las máquinas de guerra habían desaparecido, lo cual significaba que habrían sido arrojados al agua. Se giró de inmediato hacia uno de los legionarios de su escolta y le indicó que se acercara.

—¡Trae hasta mi posición a los arqueros! ¡Y que no se olviden el fuego y los odres de aceite para avivar las llamas!

El soldado obedeció y justo entonces Agripa se acercó hasta la parte superior de la cubierta y gritó a pleno pulmón a uno de los centuriones:

—¡Sempronio! ¡Recuento de tus efectivos!

—¡Seis desaparecidos y doce heridos de diversa consideración, almirante! —respondió el aludido que había terminado justo en aquel instante.

—¡¿Y qué hay de la centuria de Paulo?!

Sempronio se acercó hasta su compañero de rango y le preguntó lo que su superior solicitaba. Fue el mismo Paulo el que se dirigió a Agripa:

—¡De momento siete desaparecidos y nueve heridos, almirante!

Agripa asintió haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Preparad a los hombres por si esos desgraciados hijos de Plutón intentan abordarnos!

Apenas terminó de pronunciar la frase, los dos oficiales comenzaron a formar a sus legionarios gritando y golpeándolos con dureza para que se recolocaran lo antes posible. Justo en aquel momento llegaron los veinte arqueros que formaban parte de la tripulación del barco. Dos de ellos arrastraban un gran caldero metálico en el interior del cual las llamas se mantenían altas.

—¡Almirante! —exclamó el oficial, que era cretense como sus hombres.

—¡Calínico! —respondió Agripa que podía afirmar que conocía al menos a todos sus oficiales por el nombre—. ¡Asómate a la cubierta!

Le invitó a que echara un vistazo a la situación. El cretense se acercó con precaución hasta el borde del navío para observar lo que sucedía en el pequeño barco que había chocado contra ellos.

—¡Quiero que tus hombres y tú arrojéis flechas incendiarias contra todo lo que se mueva en esa cubierta! ¡Eliminad a tantos como podáis y quemad todo lo inflamable que haya allí abajo!

—¡¿Y si la quemamos por completo?! ¡Es posible que las llamas se extiendan a nuestra nave y eso facilitaría que nos fuéramos a pique con ellos si se acaba hundiendo! —interrogó el oficial un poco preocupado por esa posibilidad.

—¡Puedes estar tranquilo! ¡La nave ha perforado el casco, pero por encima de nuestra línea de flotación! ¡Si se hunde su nave, no nos arrastrará!

Calínico asintió sonriendo.

—¡Que el ambiente a bordo de ese trirreme sea tan irrespirable que todos tengan que lanzarse al agua!

No hizo falta dar más explicaciones. El arquero comprendió perfectamente las órdenes de su superior. Se dio la vuelta y en un abrir y cerrar de ojos les explicó a sus hombres cuáles eran las órdenes del almirante. Los veinte arqueros comenzaron a prender sus flechas

con el llameante e implacable fuego. Se asomaron a la borda y sorprendieron a los pompeyanos que se estaban reorganizando todavía. Agripa pudo observar cómo comenzaron a disparar sus saetas con una precisión terrible. Abatieron en la primera andanada a varios legionarios que estaban agrupándose. Uno de ellos, que debía ser oficial por la manera de dirigirse al resto, recibió el impacto de una flecha ardiendo que le atravesó el cuello entrándole por la nuca. Después de él, fueron varios más los que cayeron. Uno de los tiradores optó por lanzar su proyectil ardiente contra una zona en la que había un par de velas, y estas comenzaron a prender de inmediato. Poco a poco el fuego se fue propagando por la cubierta, y los que allí estaban comenzaron a desorientarse. Entre el humo y los proyectiles que no dejaban de caer sobre ellos, el ambiente se tornó tétrico. Justo entonces, Agripa ordenó a sus escoltas que arrojaran sobre la cubierta los odres de aceite. Aquello acabaría de rematar el trabajo, y obligaría a los que no habían saltado aún al agua a hacerlo.

—¡¿Abatimos a los que están nadando, almirante?! —interrogó Calínico justo cuando el último de sus enemigos saltó de una embarcación que estaba siendo consumida por las llamas.

—¡No será necesario malgastar más flechas! ¡Que el padre de su general se los lleve a las profundidades de su reino!

Desde la cubierta, todos los que tenían espacio, ya fueran arqueros, legionarios o marineros, observaron cómo el pequeño trirreme se quebró bajo la fuerza implacable del fuego. Poco a poco, el espolón que estaba insertado en el lateral del poderoso barco insignia de la flota de César, fue retrocediendo hasta elevarse de manera mecánica y hundirse con el resto de la embarcación. Los hombres que nadaban, sin nada a lo que sujetarse, también fueron agotando sus fuerzas, y muchos de ellos se dejaron arrastrar por su propio peso hacia el fondo del mar. Aquel día, Neptuno se dio un considerable banquete de almas. Pero de las pertenecientes a los hombres del que se había autoproclamado hijo suyo. Aunque el traidor logró escapar con vida y dirigirse hacia Oriente, la amenaza fue totalmente erradicada. Nadie más osaría cortar otra vez el avituallamiento de grano destinado a la ciudad. Al menos nadie en su sano juicio que quisiera arriesgarse a sufrir un destino fatal como les había ocurrido a esos miserables. No mientras él estuviera al frente de la flota de César.

CAPÍTULO XX

Ciudad de Roma, dos semanas y media después

—¡Encima van y le ofrecen una saludación y un triunfo por la guerra en Hispania! ¡Lo que faltaba!

—No deberías enfadarte por eso —le respondió Fabio que sabía que le había sentado muy mal aquella noticia que se había hecho pública en la Cámara y que se había aprobado por unanimidad en la sesión matinal.

—Ah, ¿no debería? Entonces, ¿debería estar contento y risueño por la decisión que han tomado todos esos cobardes? —le interrogó Emilio con tono sarcástico.

—No he visto que votaras en contra tú tampoco.

—Si no lo he hecho ha sido para no quedar expuesto. ¿No he obrado de manera inteligente y cauta? —respondió a modo de justificación encogiéndose de hombros.

—Imagino que sí —añadió el senador dándose cuenta de que no tenía ningún sentido la afirmación que había hecho—. Tan solo quisiera señalar que deberías tener en cuenta que tal vez los demás han pensado de la misma manera que tú.

Vaya, era la primera vez que le soltaba algo así a aquel hombre. La respuesta pareció dejarlo sin palabras. Tal y como se lo había planteado no había manera alguna de justificarlo. Si él no había alzado la mano para votar en contra de la concesión del saludo y el triunfo, no podía exigirles a los demás que lo hicieran. Aquel hombre cada vez le gustaba menos. Estaba comenzando a ver en él todo lo malo que le había explicado Sexto, y su prepotencia iba cada vez en aumento. Decidió ir un poco más allá para ver cómo reaccionaba.

—Lo más seguro es que después de lo que se le ha concedido hoy, se le proponga para que ostente un nuevo consulado a partir de enero.

Emilio no dijo nada, simplemente le miró con el rostro mucho más serio.

—Debes reconocer que ha logrado someter a los cántabros y a los astures en muy poco tiempo. Es normal que se le conceda tal recompensa, y ya de paso, sus partidarios en la Cámara aprovecharan para nombrarle como candidato para el consulado.

—¿Otro más? Sería su noveno consulado —replicó Emilio—. No conozco a nadie que haya ostentado tantas veces la más alta magistratura de nuestra amada República. Ni el gran Cayo Mario fue

capaz de ocupar el cargo tantas veces. Y eso que él es mucho más joven. A saber cuál será el siguiente paso. No me lo quiero ni imaginar.

—Teniendo en cuenta que el primero lo consiguió con tan solo dieciocho años… Sus cotas de poder son máximas, así que no veo por qué no puede llegar a los veinte o treinta consulados a este ritmo.

—Ya de paso que se proclame dictador perpetuo como hizo su tío —añadió con sorna.

—Dale tiempo y seguro que lo consigue.

—Mientras no haya nadie que le pare los pies, todo es posible.

Aquella última frase pareció renovarle el ánimo a Emilio, que cambió su semblante.

—De momento hacemos bien estando en un perfil bajo. Todavía está muy reciente lo de Tarraco y, por lo que han dicho sus partidarios, es muy probable que en breve emprenda el viaje de regreso. Es probable que quiera celebrar un gran triunfo por las calles de Roma. Sabemos qué clase de hombre es y lo que le gusta darse baños de masas. Deberíamos ser cautelosos ahora que va a venir y no hacer nada hasta asegurarnos de que no ha hablado —expuso Fabio.

—Me parece lo más inteligente… ¿Y qué hay de nuestro amigo en común?

Era extraño que no le hubiera nombrado aún. Emilio era un hombre de ideas fijas, y si había sacado a relucir a Sexto, era porque no se había olvidado de él.

—Como te expliqué, parece ser, según su hombre que se quedó en Tarraco indagando, que Augusto no sabe nada acerca de los que formamos parte de esto.

—¿Y tú te crees lo que diga un pordiosero de la Subura? —interrogó con desprecio el senador.

—No veo por qué debería mentirnos. Además, si el cónsul tuviera una lista con nombres y supiera quiénes son los que están detrás de los atentados contra su persona, te aseguro que no estaríamos conversando en este momento. O al menos, lo estaríamos haciendo en las puertas del inframundo.

—No lo tengo muy claro, Fabio. Es posible que quiera regresar a Roma para encargarse personalmente de poner remedio a este asunto. No me fio de ese hombre con aires de grandeza.

—Podría ser… Pero, ¿para qué iba a asumir ese riesgo? Ya ha sufrido dos ataques que casi le envían a la otra vida. Es un hombre pragmático como bien ha demostrado en otras ocasiones. Si viene a Roma es porque quiere celebrar su victoria en Hispania. Lleva años tratando de conseguir rédito militar, y creo que esta vez lo ha ganado.

—¿Ahora te vas a poner de su lado? —preguntó haciendo una mueca de burla.

—Ni mucho menos. Pero su victoria ha sido clara y contundente. Allá donde sus legados han fracasado, él ha triunfado.

—¿Aún crees que el mérito de la victoria ha sido suyo? —interrogó Emilio un poco molesto por el comentario de su colega.

—No lo sé, sinceramente. Pero eso es lo que menos importa ahora, ya que, haya sido él, o hayan sido sus generales, se ha alzado con el triunfo, y eso nos conduce al estado actual en el que desea exhibirse ante el pueblo que está deseando que les brinde un glorioso espectáculo. Esa y no otra es la razón por la que quiere venir a Roma. Además, claro está, de recibir su preciada magistratura. Ahora no hay nadie que se la pueda negar. No veas fantasmas dónde no los hay, Emilio.

La expresión facial de su interlocutor cambió por completo y se tornó de nuevo oscura. Lo que le faltaba ya… Que ese rastrero le acusara de connivencia con Augusto. Estaba claro que quería jugar con él y ponerle en un aprieto. Parecía que aquel indeseable disfrutaba buscando la contradicción. Pero no se lo iba a consentir. Por primera vez en mucho tiempo un temor se apoderó de su fuero interno, ya que era posible que ese malnacido pudiera explicar a los demás lo que le viniera en gana. Quién sabe si sería capaz de decirles que él también era un traidor a la causa y que veía con buenos ojos el regreso del victorioso cónsul. Podría incluso llegar a embaucar a los demás implicados haciéndoles creer que se podía ir de la lengua para buscar el perdón y la absolución de Augusto. Tal vez se había precipitado a la hora de elegir las palabras que había usado en aquella conversación. Temió haber dado demasiada información a un hombre que cada vez se mostraba más peligroso. ¿Existía la posibilidad de que su cabeza llegará a tener precio, igual que la de Sexto?

—¿Sigue alojado en tu *domus*? —le preguntó sacándole de sus reflexiones.

—Sí, claro…

—Bien.

Emilio se dio la vuelta y le dejó plantado frente a la puerta de la Curia. Mientras observaba cómo se alejaba, las dudas se convirtieron en convicción. No podía confiar en aquel hombre. Era su vida la que estaba en juego y aquella despedida tan fría se convirtió en su sentencia de muerte.

* * * * *

Aquella no era la reacción que él esperaba. En lugar de enojarse y

recriminarle que no le hubiera explicado nada antes, Sexto se mantuvo pensativo y en silencio. Pasó un rato hasta que Fabio abrió la boca para decirle algo.

—¿Es que ni siquiera te vas a enfadar conmigo?

—¿Serviría de algo si lo hiciera? —respondió su amigo encogiéndose de hombros en un tono bastante afable.

—No sé si a ti te serviría, pero al menos haría que yo me sintiera mejor…

—Lo importante de todo esto es que has acudido a mí y me lo has contado todo, Fabio.

Le sorprendió que no se hubiera puesto como un basilisco. Habría entendido perfectamente que le hubiera gritado y que le hubiera insultado. Incluso estaba preparado para recibir algún puñetazo. Pero la manera en la que se había tomado las cosas le pareció algo fuera de lo común.

—Por fin lo he visto claro. Y tengo que reconocer que por primera vez en mi vida temo por mi integridad física y por la de mis seres queridos.

—Entonces creo que no nos queda otra opción que adelantarnos a él.

—¿Estás sugiriendo que le matemos? —interrogó el senador que se puso más tenso de lo que ya estaba.

—¿Acaso hay otra solución?

—Imagino que no…

Sexto estaba en lo cierto. Habían llegado a un punto en el que, si querían salvarse ellos, debían ocuparse de neutralizar a quiénes les habían fijado como objetivos. Por muy dura que pudiera parecer aquella afirmación, no había otra manera de escapar.

—¿Y la conjura? —interrogó Fabio.

—Nada tiene que cambiar, amigo. Simplemente vamos a deshacernos de ese megalómano por una mera cuestión de supervivencia.

—¿Y qué les vamos a explicar a los demás?

—No será necesario justificarlo —le respondió con toda la tranquilidad del mundo.

—Matar a un hombre como Emilio requerirá alguna explicación. Al menos yo lo veo así.

—Nadie tiene que saber que hemos sido nosotros.

—Ya sabes que mentir no se me da demasiado bien —se justificó Fabio.

—Has sido capaz de ocultarme que ese desgraciado y algunos otros habían planeado mi asesinato. Ha sido algo que te ha costado mucho

trabajo, supongo. No creo que eches en falta a un tipejo como ese. Podrás vivir con ese peso lo que te quede de vida —expuso Sexto—. Además, si acabamos con él es para salvarnos nosotros…, y a tú familia. ¿Existe algo más lícito que obrar en legítima defensa?

Aquel razonamiento era lógico. Sexto le estaba convenciendo, aunque él continuaba sin verlo todo demasiado claro.

—¿Y los otros dos senadores que están al corriente de lo tuyo? ¿También quieres que acabemos con ellos?

—Si queremos dejarlo todo bien atado, deberán acompañar a ese hijo de ramera a la otra vida —explicó Sexto con el semblante más serio.

—Pero todo eso puede afectar a nuestros planes.

—Es posible que lo haga. Pero no estoy dispuesto a que me eliminen sin más, Fabio. ¿Crees que es justo pago por todo lo que he hecho? ¿Y tú? ¿Mereces irte a la otra vida de esa manera? ¿Y Vibia? ¿Vas a dejarla sola en este mundo? O lo que es peor, ¿vas a permitir que la maten también siendo inocente?

Aquellas preguntas le dejaron más aturdido todavía. La que menos culpa tenía de todo era su esposa, pero sabía que, si Emilio y sus compinches querían eliminarle a él, su mujer le acompañaría a la otra vida irremediablemente. Eso sí que no estaba dispuesto a permitirlo. Pero el precio a pagar tal vez fuera demasiado elevado.

—Lo de Emilio sí que me parece justo, pero los otros dos senadores… No lo acabo de ver claro. Si los hacemos desaparecer a los tres de golpe, más de uno podría pensar que ha sido obra de Augusto —expuso con muy buen criterio—. Entonces podríamos provocar el efecto contrario al deseado y que alguno de los implicados acudiera a Augusto para tratar de evitar la muerte.

Sexto no respondió. Tomó asiento en una butaca de madera y se llevó la mano a la barbilla, en actitud reflexiva.

—Cierto… No lo había visto de esa manera, pero el argumento que me has expuesto es muy lógico.

Respiró profundamente al darse cuenta de que al menos había evitado una carnicería.

—Podemos deshacernos de Emilio y que parezca una acción fortuita. Si le cortamos la cabeza a la serpiente, el resto del cuerpo no podrá hacer nada más. Y ahí es donde entrarás tú, amigo…

Aquello le sorprendió. No esperaba que Sexto le señalara con su dedo índice. Temió que le pidiera algo que no fuera capaz de cumplir. Pero en cualquier caso le dejo seguir sin interrumpirle.

—Solo esos dos hombres y tú estabais al corriente del plan de asesinarme, ¿no es así?

—Que yo sepa, sí —respondió.

—Entonces, una vez nos hayamos deshecho de esa rata de Emilio, tendrás que reunirte con ellos para tratar de convencerlos de que ya no es necesario que me maten. Creo que, sin la presión de ese hijo de mala madre, los otros verán que no es procedente mancharse las manos. Al fin y al cabo, el plan no lo orquestaron ellos. Simplemente se dejaban arrastrar por la influencia que ejercía ese hijo de ramera sobre ellos. ¿Serás capaz de hacer lo que te pido, amigo Fabio?

—Supongo que sí.

CAPÍTULO XXI

Todo estaba bien preparado. Sexto y Numerio habían organizado un asalto a la imponente y lujosa casa de uno de los hombres más ricos de Roma. El plan era hacer creer a la gente que se trataba simple y meramente de un robo orquestado por una banda de delincuentes que pretendían robar en una de las *domus* más lujosas de toda la ciudad. Sabían que existía el riesgo de sospecha, por ello el trabajo tenía que ser limpio y no dejar a ningún testigo con vida.

—¿Funcionará?

—Numerio ha contratado a un grupo de gente de confianza que había trabajado con él en el pasado —explicó Sexto.

—Puedes estar tranquilo, senador. Haremos un trabajo exquisito y no dejaremos nada al azar. Los hombres que me acompañarán en este trabajo ni siquiera saben quién es el propietario de esa lujosa mansión. Cuanta menos información les demos, mejor —le tranquilizó el asesino que se había convertido en un invitado más en su casa aquellos últimos días.

Lo cierto era que para ser de tan baja clase, no se comportaba cómo un indeseable. Numerio tenía buenos modales, e incluso cuando los acompañaba en la comida o en la cena, demostraba ser educado con su esposa Vibia. A la pobre la habían tenido que volver a engañar diciéndole que se trataba de un sobrino de Sexto que venía desde Mediolanum a pasar una temporada en Roma para hacerse cargo de unos negocios familiares relacionados con unas construcciones públicas que debían empezar en pocas semanas. Al menos aquella mentira piadosa era creíble y el hombre cumplía su papel con suma destreza. Parecía incluso que era pariente del otro invitado, ya que en alguna ocasión había hecho referencia a alguna anécdota familiar en la que incluía al mismo Sexto. Sin duda ambos sabían hacer muy bien su papel, y a decir verdad, parecían actores en una representación teatral.

—Pero, ¿se les tendrá que pagar algo por sus servicios no? —interrogó Fabio.

—No será necesario, amigo —le tranquilizó Sexto—. Estoy convencido de que Emilio tendrá monedas y objetos de valor suficientes en su opulenta *domus* para pagar con creces a nuestros puntuales socios.

—De hecho, la gracia del asunto está ahí, senador. El trabajo consiste en robar en casa de uno de los hombres más ricos de la ciudad. Lo que no saben mis amigos, es que perpetrando el asalto, nos

acabarán haciendo un favor considerable a nosotros.

—Vaya… Visto de esa manera, no es un mal plan, aunque debemos tener presente que no todos están dispuestos a asaltar una propiedad de un hombre tan rico.

—Estos hombres que he reunido no son meros aficionados, y son conscientes de que el asalto conlleva sus riesgos.

—Imagino que tú los conoces bien —suspiró Fabio.

Numerio asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Se acabaron los errores, amigo. Debes confiar una vez más en mi —señaló Sexto dándole un sorbo a su copa de vino—, y en él. Cuando nos hayamos deshecho de ese miserable, las cosas volverán a la normalidad, y entonces podremos volver a centrarnos en Augusto.

—Eso espero. Porque ya hemos perdido suficiente tiempo en disputas internas, teniendo al enemigo fuera de nuestro círculo.

—Nadie dijo que fuera una tarea sencilla. Cuando se tiene que lidiar con los egos individuales, siempre aparecen contratiempos —expuso Sexto—. Pero es solo cuestión de tiempo que las cosas vuelvan a la normalidad. Nosotros haremos nuestra parte, y luego tú te encargarás de la tuya, tal y como acordamos.

—Si esa es la voluntad de los dioses…

—Lo es, amigo. No te quepa duda de ello.

* * * * *

Colina del Palatino, dos noches después

Todo estaba dispuesto para el asalto. Junto a Sexto y Numerio iban tres hombres más. Un tal Severino, un ex legionario, veterano del ejército de Antonio que se había licenciado anticipadamente cuando Augusto llevó a cabo las reformas militares, y que era tuerto del ojo derecho. Según él, lo había perdido luchando en la cubierta de un navío en la batalla de Actium, aunque según Numerio, se debió a una disputa en una sucia taberna de la Subura por un malentendido relacionado con el pago de un trabajo. Además, ese tipo tenía un aspecto terrorífico ya de por sí que no mejoraba con la cicatriz que le había quedado por la herida. Su imagen aterraría a las mismas Parcas, si es que tenían pensado pasarse por allí aquella noche. El segundo hombre se llamaba Sabiniano, y era un galo que apenas sabía hablar latín. Sus cabellos y larga barba pelirroja le delataban como extranjero. Aunque no tenía cicatrices como el primero, su aspecto era incluso más temible. Era más alto que cualquiera de los demás, y portaba una larga espada celta que le llegaba casi a los tobillos. El

tercero en cuestión, Filoctetes, era griego, de Tarento. Según le dijo Numerio, había servido durante muchos años como soldado en las legiones de Augusto, pero fue expulsado por darle una paliza a un centurión que le faltó al respeto delante de sus compañeros. Una *missio ignominiosa* en toda regla. Podrían haberle ejecutado si el testimonio de varios de sus compañeros de armas no le hubiera ayudado. En cualquier caso, sus años de experiencia combatiendo como soldado le habían convertido en una de las espadas más temibles de toda la ciudad. Contar con esos tres elementos para llevar a cabo un trabajo tan delicado iba a suponer una ventaja, ya que por lo que había podido averiguar Numerio en los días que había estado controlando la *domus* de Emilio y sus alrededores, el senador contaba con un nutrido cuerpo de esclavos armados que le ofrecían una seguridad elevada.

—Por lo que he podido observar, por la noche el número de guardias se reduce a la mitad —comenzó diciendo Numerio a los demás.

—¿Y cuántos son la mitad? —preguntó el tuerto justo antes de sorber su nariz de una forma muy desagradable y escupir posteriormente el contenido que le había quedado en la boca.

—Durante el día cuenta con doce esclavos. Cuatro de ellos van haciendo rondas por el perímetro de la casa, y los otros están dentro. Así pues, por la noche, y si no varían los hábitos, suele haber solo seis —expuso de nuevo el asesino a sus compinches.

—¿Y dónde se encuentran los puntos de vigilancia? —preguntó Filoctetes.

—Dos hombres están fijos en la puerta principal, que se halla cerrada hasta la salida del sol. Otros dos se mueven por el jardín que está ubicado antes de llegar al edificio principal, y los otros que quedan suelen moverse por el interior de la casa y salen de vez en cuando a los balcones para comunicarse con los del exterior.

—¿Todo eso lo has podido ver desde aquí? —le preguntó de nuevo Severino.

—Parte de eso, amigo… Durante el día es más sencillo observar, pero cuando cierran las puertas al anochecer es preferible buscar una posición elevada que permita confirmar todo lo que os estoy explicando.

Acto seguido, Numerio se giró y señaló con su dedo índice una modesta construcción que parecía ser una especie de templo. Había unos cuantos árboles frutales plantados en un pequeño jardín en la parte lateral derecha del mismo, que tenían unas poderosas ramas.

—Es fácil trepar hasta el techo del edificio. Desde allí puedes

observar lo que ocurre detrás de los muros de la casa, ya que son más bajos de lo que creéis —expuso el asesino esbozando una pícara sonrisa.

Haberle perdonado la vida en su día había sido una de las mejores decisiones que había tomado. Por mucho que intentara no ver en él a Flavio, era imposible que ambos hombres no tuvieran un parecido. No tanto en lo físico, sino más bien en el comportamiento y en las grandes habilidades que poseían. Incluso en la farsa que habían montado para engañar a la esposa de Fabio, se comportaba de forma similar a la que había orquestado en su día para conseguir introducirle en el campamento de la legión IV Macedónica.

—Veo que eres un hombre de recursos —dijo Sexto sin esconder su orgullo.

—Gratitud —respondió Numerio—. Si uno quiere sobrevivir en las calles de Roma, tiene que saber adaptarse a cualquier situación que se le presente.

—¿Y este tiene que acompañarnos? —preguntó de repente el galo mirando con desconfianza a Sexto.

—Forma parte del equipo.

—No le había visto nunca por la Subura —afirmó Severino estudiándolo con su único ojo—. No tiene pinta de dedicarse al oficio —acto seguido escupió al suelo.

—En ocasiones las apariencias engañan, amigo —le dijo Sexto.

—Tal vez, pero si hay algo en lo que estás equivocado es en lo de llamarme amigo —respondió el tuerto posando su mano en la empuñadura de su cuchillo.

—Ya basta… ¿Quieres tu parte de botín, estúpido? —le increpó Numerio.

—Claro que la quiero.

—Entonces cállate de una maldita vez. Él viene con nosotros porque lo digo yo, y punto. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro —respondió el viejo soldado.

—¿Y los demás? ¿Alguna otra queja que deba saber antes de ponernos en marcha?

Los otros dos hombres negaron con la cabeza dando por zanjado el asunto.

—Muy bien, pues nos dividiremos en dos grupos. Filoctetes y tú —dijo señalando a Sexto—. Esperaréis escondidos cerca de la puerta principal. Nosotros tres escalaremos el muro por el lado izquierdo y nos encargaremos de los dos guardias que custodian la puerta. Cuando nos deshagamos de ellos, os franquearemos el paso. Lo primero será eliminar a los dos que hacen rondas por fuera para evitar sorpresas, y

luego entraremos para encargarnos de los otros dos que vigilan el interior.

—¿Y los demás que estarán durmiendo? ¿Los tienes ubicados? —pregunto el tarentino.

—Desde el techo de la edificación no se puede ver el interior. Tendremos que improvisar sobre la marcha.

—Serán seis más, a los que tendremos que añadir al señor de la casa, su familia y los esclavos domésticos —señaló Severino.

—Si queremos conseguir todo lo que tienen ahí dentro, será mejor que no matemos al propietario para que nos pueda indicar dónde lo guarda todo —sugirió el griego.

—Debemos matarle también —señaló Sexto—. No podemos dejar ningún testigo del asalto.

—Nadie está diciendo que no lo vayamos a matar. Simplemente os recuerdo que, si alguien da con él, que no lo elimine sin más… Le necesitaremos con vida hasta que nos de la información que necesitamos —añadió Filoctetes que era el más listo de todos los contratados.

Numerio miró a Sexto y este asintió levemente.

—Está bien. Si dais con el amo de la casa, no le matéis de inmediato. A cualquier otro que no sea él, lo eliminái sin contemplaciones. ¿Ha quedado claro?

Todos asintieron dando por entendido el plan.

—Entonces pongámonos en marcha. Debemos dejar el trabajo listo antes de que amanezca.

* * * * *

Estuvo atento en todo momento a la puerta principal, tal y como le había indicado su socio. El plan parecía correcto y tan solo tenía una pequeña fisura: los hombres armados que estarían en el interior del edificio. No quiso decirle nada delante de los otros para que no se notara que era él quien mandaba. Era esencial mantener el anonimato lo máximo posible para que aquellos matones de tres al cuarto no sospecharan cuáles eran sus intenciones. Al menos esperaba que después de llevar a cabo el asalto y el robo, se conformaran con lo que hubiera de valor en el interior. Pensó que Emilio no era de la clase de hombres que tenía ingentes cantidades de monedas en su propiedad. Conociéndole, seguro que las tenía bien escondidas y repartidas por otras propiedades ubicadas fuera de la ciudad. En cualquier caso, el objetivo de aquella acción no era llenarse la saca, sino deshacerse de ese malnacido que los había colocado a ellos en la lista de viajeros al reino de Plutón. Pero la sorpresa se la iba a llevar él en el momento en

el que se situara en posición preferente para hacer aquel trayecto al inframundo. Se besó el amuleto protector que llevaba al cuello y sonrió para sus adentros pensando que aquel miserable no vería un nuevo amanecer.

—¿Y esa sonrisa? ¿A qué viene? —interrogó su compañero al que no se le escapaba ni una.

—¿Qué sonrisa?

—Te he visto, estúpido —añadió un poco más enojado el tarentino que no estaba para historias.

—Son cosas mías… Solo faltaría que tuviera que darle explicaciones a alguien que no conozco de nada.

—Cuidado con lo que dices, desgraciado —dijo Filoctetes encarándose a él y llevándose la mano a la empuñadura de su *pugio*.

—Relájate un poco, hombre… El objetivo está dentro de esa casa. Yo no soy más que algo eventual que se ha cruzado en tu camino —trató de tranquilizarle Sexto, dándose cuenta de que no estaba tratando con alguien que tuviera demasiada paciencia.

—Ándate con ojo, idiota. No sabes de lo que soy capaz…

Prefirió mantenerse callado y no responderle para no iniciar una disputa en aquella situación de espera en la que se encontraban. No habría sido muy inteligente, y menos teniendo en cuenta que aquel matón había sido legionario y tenía fama de ser diestro con la espada. El objetivo de aquella acción era otro, y ese despojo que tenía a su lado no era más que una pieza insignificante en un tablero de juego. Un mal necesario que tenía que soportar para llegar a buen puerto. Podría haberse quedado en casa de Fabio mientras Numerio se encargaba de hacer la parte más sucia del trabajo, pero había preferido acompañarle. Sentía la necesidad de quitarle la vida a alguien, y si era posible, al miserable de Emilio. Desde que había probado la sangre en Tarraco, algo en su interior había despertado. Segarle la vida a aquella gente le había provocado una sensación placentera y, en cierto modo, le había ayudado a relajarse. Podía llegar a entender a aquellos que mataban por necesidad, como por ejemplo los legionarios. Esos hombres tenían que combatir por sus vidas y por la misma República. Siempre había despreciado a los que se limitaban a arrebatar vidas por mero placer, pero ahora veía las cosas de una forma distinta. Muchos de esos matones y asesinos, de la calaña de Flavio, de Numerio, o de aquellos tres despojos humanos que los acompañaban, mataban a cambio de un puñado de monedas. Pero si algo había aprendido en base a la observación, era que no tenían ningún escrúpulo a la hora de acabar con alguien, aunque no fuera necesario. Segar vidas no suponía un problema para ellos. Ahora

que lo había experimentado en sus propias carnes, podía afirmar que la sensación que quedaba después de hacerlo era agradable. Se sentía poderoso, con la capacidad de decidir sobre el destino de otros.

—¡Ya se abre! —le espetó el griego señalando hacia la puerta.

Los dos hombres se incorporaron, y corrieron en dirección al acceso de la *domus*. Poco antes de llegar, emergió del interior Numerio haciéndoles un gesto con la mano derecha para que aceleraran el paso.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Sexto a su socio.

—Según lo previsto —respondió señalándole con un gesto de cabeza los dos cuerpos sin vida de los vigilantes de la puerta.

Ambos hombres tenían la garganta rajada. Los habían sorprendido por la espalda y quedaba claro que no habían tenido la más mínima oportunidad de defenderse.

—Vosotros dos venid conmigo —indicó Numerio a los recién llegados—. Entraremos para ocuparnos de los que vigilan los pasillos. Severino y tú encargaos de los que hacen la ronda —le dijo a Sabiniano que portaba en la mano un enorme y curvado cuchillo del cual todavía goteaba sangre.

Los dos hombres asintieron y avanzaron lentamente al amparo de la oscuridad en busca de las dos presas. Ellos tres, tomaron el camino opuesto después de cerrar la puerta por dentro y apartar los dos cuerpos a un lado.

—Iremos agachados y en silencio —indicó de nuevo Numerio enseñándoles las llaves del edificio que le había quitado a uno de los cadáveres.

Ambos hombres asintieron y le siguieron muy de cerca. Fue en aquel momento cuando el corazón comenzó a latirle muy rápido. La sensación de adrenalina se disparó, y notó que le costaba coger aire. Era la misma que se había apoderado de él el día en el que acabaron con la vida de Licinio Níger, su familia y todos los que moraban en aquella *domus* de Tarraco. Aferró con fuerza su puñal y se dejó llevar por la situación. La mente se le quedó en blanco y sus piernas comenzaron a andar solas. Le dio la sensación de que estaba levitando. Era extraño, pero a la vez placentero.

—La casa tiene dos plantas. Es probable que haya un vigilante por cada una de ellas —señaló el que se había erigido en el líder del grupo —. Cuando los eliminemos, tendremos que esperar a que lleguen los otros para deshacernos de los que están durmiendo.

—¿A qué estamos esperando entonces? —preguntó Filoctetes haciéndole un gesto con la cabeza para que abriera la puerta.

Numerio colocó la llave en la cerradura y la hizo girar con sumo

cuidado. Accedieron al interior del edificio y se encontraron con un gran peristilo. En el centro había un estanque de grandes dimensiones, rodeado por infinidad de columnas.

—Algo me dice que vamos a convertirnos en hombres muy ricos —dijo sonriendo el tarentino.

—Ya te dije que era un golpe seguro y del cual sacaríamos un buen botín —le aseguró Numerio antes de ponerse en marcha avanzando por la parte derecha del patio porticado.

No había dado ni diez pasos cuando el asesino levantó la mano de súbito para indicarles que se detuvieran.

—Allí está uno de los guardias —susurró en voz muy baja.

Filoctetes asintió y tras hacer un barrido visual hizo una indicación a los otros dos indicándoles que se ocupaba él de eliminar aquel obstáculo. Avanzó pegado contra la pared en dirección al objetivo. El hombre estaba de espaldas, apoyado en una columna. Desde su posición Sexto pudo ver cómo el asesino se fue acercando y, cuando estaba a pocos pasos, se levantó sin hacer ningún ruido y se proyectó por la retaguardia de aquel desgraciado cual si fuera una sombra maligna procedente del inframundo. La acción fue rápida y limpia. Le sujetó por el cuello y asestó un tajo en el gaznate que segó su vida como si fuera un buey ofrendado para un sacrificio. El tarentino acompañó la caída del cuerpo para evitar que hiciera ruido al golpear contra el suelo. Cuando todo estuvo en orden, hizo un gesto para que los otros dos se acercaran.

Fue entonces cuando escucharon un ruido a sus espaldas. Ambos se dieron la vuelta inmediatamente con sus armas en ristre para afrontar una posible amenaza, aunque respiraron aliviados al percatarse de que se trataba del tuerto y del galo. Los dos se acercaron hasta ellos y les dijeron:

—Dos almas más para el hambriento Plutón.

—Filoctetes ha eliminado a uno de los de dentro —explicó Numerio.

—Ya puedo oler el aroma de las monedas —dijo sonriendo Severino dándole un golpe en el hombro al gigantón pelirrojo.

—Todavía queda trabajo por hacer —le espetó Numerio mientras se ponían en marcha hasta la posición del tarentino que ya estaba registrando el cadáver para ver si tenía algo de valor.

—El otro estará en la planta superior. Démonos prisa —señaló Sexto un poco ansioso por dar con Emilio.

—No seas impaciente, novato —le dijo Filoctetes—. Esto es pan comido.

Tan pronto como terminó de pronunciar aquellas palabras, se

escuchó un gritó desde la planta superior.

—¡Intrusos! ¡Han matado a los guardias del exterior!

Los cinco hombres se miraron y fue Numerio el que reprendió a los recién llegados:

—¡Por todos los dioses! ¡¿Es que no habéis ocultado los cuerpos?!

Severino miró al enorme galo que se encogió de hombros.

—¡Malditos idiotas! ¡Todavía queda mucha gente en esta casa!

Numerio miró a Sexto fijamente y sacó su espada.

—¡Preparaos para luchar!

CAPÍTULO XXII

Él tan solo llevaba un pequeño puñal. Jamás había esgrimido una espada, por tanto, no tenía la destreza para esgrimirla. Cuando Numerio le dio la del esclavo recién asesinado, la sujetó con firmeza, pero le pareció muy pesada. No había tiempo para demostrar debilidad. Aquellos hombres que le acompañaban lo podrían interpretar como algo malo, así que lo mejor era hacer todo lo posible para no parecer un estorbo. Si al menos se le hubiera ocurrido hacer caso de los consejos de Agatocles. Su maestro siempre le dijo que era importante saber defenderse y, para un hombre que se dedicara a ese tipo de ocupaciones y tareas, era imprescindible saber usar una espada de manera óptima. Él jamás había prestado atención a las pocas lecciones que su mentor le había dado acerca del manejo de las armas, y en más de una ocasión se había llevado algún puñetazo por no centrarse en lo que le estaba enseñando. Si al menos hubiera estado un poco más atento, ahora no se vería en aquella tesitura.

Siempre había optado por delegar aquellas acciones en otros que tuvieran más destreza y experiencia. Pero en ese instante, cada cuál iba a velar por su propia integridad. Nadie iba a ponerse delante de él para defenderle con su vida. Esos hombres, seres inmundos y sin código de honor, se limitarían a defenderse de sus atacantes, pero sin arriesgarse más de lo necesario. Si esperaba que alguno de aquellos rufianes le echara una mano, lo tenía complicado. Dependía de él, y nada más que de él. Fue entonces cuando Numerio le puso una mano sobre el hombro y le dijo en voz baja:

—Mantente a mi lado y no te separes. Ocurra lo que ocurra, vigila tu espalda y no des ningún golpe si no estás convencido de que podrás herir a alguien.

Se dio la vuelta y se dirigió a los demás hombres mientras comenzaban a escucharse voces y pasos en el piso superior.

—¡Por esa escalera bajarán al menos media docena de hombres armados! ¡Son esclavos y nosotros somos mejores que ellos! ¡Nos colocaremos en medio del atrio y esperaremos! ¡Que ninguno de ellos abandone la casa para dar la alarma! ¡Señores, hemos estado en situaciones peores que esta, y hemos salido airosos! ¡Pensad en que, cuando hayamos acabado con esta chusma, podremos saquear esta casa a nuestro antojo y llevarnos todo lo que queramos! ¡Ganémonos ese suculento botín!

Los cinco hombres se colocaron formando un círculo alrededor del estanque y aguardaron con las armas listas a que llegaran los guardias.

No pasó demasiado hasta que empezaron a aparecer por la escalera que comunicaba ambas plantas de la casa. Eran siete. Los cálculos de Numerio habían sido correctos y, pese a ser inferiores en número, los superaban en experiencia. No tenía duda de ello.

Sexto se maldijo a sí mismo por no haberse quedado junto a Fabio. Su afán por querer presenciar la muerte de Emilio le había llevado a verse envuelto en aquella situación. Pensó que los cuatro que le acompañaban eran un pequeño ejército y confió en que superarían a un grupo de esclavos sin mucha dificultad.

—No te preocupes, nos encargaremos de ellos… —le dijo Numerio al oído—. Esta noche arreglaremos este asunto de una vez por todas.

—Que los dioses te escuchen, amigo…

—Deja a los dioses en paz —añadió con una amplia sonrisa—. Esto es cosa de mortales.

Justo acabó de decir eso, cuando los esclavos se lanzaron contra ellos con las espadas en alto. El primero que los recibió fue Severino, que hizo una hábil finta para evitar la estocada del primero de ellos. El esclavo pasó de largo y quedó dentro del pequeño círculo. No tuvo mucho tiempo para reaccionar, ya que la enorme espada del galo pelirrojo le atravesó el estómago, emergiendo por su espalda. El pobre desgraciado no tuvo tiempo ni de gritar, ya que, con el cuchillo que portaba en la otra mano, el gigantón le atravesó la garganta de cuajo. Cuando sacó ambas armas con sendos movimientos bruscos, el cuerpo de aquel pobre infeliz se desplomó sobre las poco profundas aguas del estanque. Severino se lanzó contra el siguiente hombre y le asestó un terrible golpe con la hoja de su espada en las costillas. El arma entró en el cuerpo de aquel sorprendido esclavo, desgarrando carne, tendones y hueso. Luego le propinó una fuerte patada en el pecho que le derribó de espaldas. Otro menos del que preocuparse.

Filoctetes ya se había enzarzado con dos enemigos. Fintaba con la agilidad de un animal, y les propinaba estocadas con su *gladius*. Hirió a uno de ellos en el brazo derecho, y a otro en el muslo izquierdo antes de atravesarle el pecho a un tercero que se había lanzado contra él. Numerio se había encargado de otro de los esclavos, que apenas tuvo tiempo de soltar un quejido cuando la hoja de la espada del asesino le entró por el hombro derecho. No había caído aún al suelo, cuando con su *pugio* penetró en su cabeza a través del ojo izquierdo. En menos que canta un gallo, los cuatro matones habían dejado fuera de combate a todos los esclavos armados menos a uno. El pobre desgraciado, arrojó su espada al suelo y trató de llegar corriendo a la puerta de salida de la casa.

—¡No le dejes escapar! —le dijo Numerio a Sexto mientras el

hombre huía rebasando su posición.

Sexto, sorprendido por aquel aviso, reaccionó de manera instintiva y se desplazó a su izquierda a toda prisa tratando de interceptar a aquel esclavo que trataba de escapar para salvar su vida. Le arrolló con un duro golpe de hombro. Ambos hombres cayeron al suelo y trataron de incorporarse. El esclavo trató de quitárselo de encima dándole un fuerte puñetazo en la cara. Le dolió una barbaridad, y casi cae de espaldas. Pero sacando fuerzas de donde no creía tenerlas, le sujetó por el tobillo y estiró de él derribándole de nuevo. En un gesto de supervivencia, el hombre soltó una dura patada en la cara de Sexto que le dejó aturdido durante un breve instante. El suficiente para poder llegar hasta la puerta. Le había ganado mucha distancia, y se le iba a escapar. No podía permitirlo, así que cogió el cuchillo por la punta y se lo lanzó tal y como había visto hacer a su maestro en alguna ocasión. El instinto y la necesidad hicieron que el tiro fuera certero. Alcanzó al esclavo en la espalda. El hombre se aferró con las pocas fuerzas que le quedaban al borde de la puerta para tratar de abrirla. Pero estaba muy débil, así que se resbaló y cayó al suelo de bruces. Sexto que se había incorporado, se limpió la boca de sangre con la manga de la túnica y se acercó hasta donde estaba agonizando el esclavo. Le arrancó el puñal de la espalda y le dio la vuelta para colocarle de cara. Pudo ver el gesto de dolor en el rostro de aquel infeliz mientras le decía:

—¡Por favor! ¡Por todos los dioses! ¡No me mates!

Aquellas fueron sus últimas palabras. Asiendo el cuchillo por la empuñadura, se lo hundió lentamente en el pecho mientras observaba cómo la vida se le escapaba por la boca con una última y lenta exhalación. Se sintió poderoso. Y aunque no era más que una mísera y despreciable vida, una insuflación de adrenalina se apoderó de su cuerpo. Notó que la fuerza recorría todo su cuerpo. Era como si la vida que se le escapaba a aquel miserable, le estuviera entrando a él. Una sensación muy placentera que le hizo olvidarse del dolor de los golpes que había recibido. Justo entonces una mano se apoyó en su hombro derecho. Se dio la vuelta de inmediato para comprobar que era Numerio. El asesino sonrió y le dijo:

—Buen trabajo, Sexto… Veo que cada vez te cuesta menos arrebatar vidas.

Se incorporó lentamente y observó cómo el atrio de la casa se había convertido en un auténtico campo de batalla. No es que hubiera visto demasiados, pero todavía recordaba aquella ocasión en la que la columna de la legión IV Macedónica fue emboscada por los salvajes cántabros. Fue una auténtica batalla, y el terreno quedó sembrado de

cuerpos de muertos y heridos. El patio de la casa de Emilio se asemejaba en cierto modo a lo que vio aquel día. La diferencia respecto a lo que había vivido era que los que ahora yacían sin vida eran esclavos y no hombres libres. Esos miserables habían acudido a defender la propiedad de su señor como si les fuera la vida en ello. Lo que no sabían era que, para él, al igual que para la mayoría de romanos que tenían personas a su servicio, no eran más que objetos sin más valor que el que aportaban con su trabajo. Triste final para los que algún día tal vez gozaran de libertad.

Borró de su mente aquel pensamiento y se dirigió a Numerio:

—Tan solo nos queda uno del que ocuparnos.

—Seguro que está escondido en su estancia suplicando a los dioses que no le encontremos —sonrió el asesino.

—No perdamos más el tiempo y acabemos con este asunto de una vez por todas —añadió Sexto limpiando la sangre de su puñal en la túnica del esclavo al cuál había enviado a la otra vida.

Los otros tres sicarios estaban registrando los cuerpos sin vida de los hombres a los que habían matado. Uno de ellos todavía estaba vivo. Filoctetes le había herido en el hombro, pero no mortalmente. Dio aviso a los demás:

—A este todavía no le he matado…

Se acercaron hasta donde estaba el tarentino que había desarmado al infeliz y lo tenía sujeto por el pescuezo.

—¿Qué hacemos con este despojo humano? —preguntó de nuevo el griego mirándolo con desprecio.

—No le mates aún. Tal vez pueda sernos de utilidad —ordenó Numerio mirando a Sexto de soslayo.

—Puede ser que nos dé algo de información si el señor de la casa se niega —añadió el susodicho con un gesto de asentimiento.

Los tres matones estaban muy ocupados desvalijando cuerpos para haberse percatado de que era Sexto quién mandaba en realidad.

—Entonces, subamos a buscar al propietario para que nos entregue voluntariamente sus riquezas —sugirió el galo en un latín rudimentario.

—Fortuna nos ha puesto las cosas muy fáciles, a decir verdad —añadió el tuerto Severino que estaba pletórico ante la posibilidad de enriquecerse—. Me voy a pasar todo un mes bebiendo y comiendo como un animal y, cuando esté sobrio, follándome a todas las rameras de esta maldita ciudad —dijo soltando una carcajada y dándole un fuerte golpe al galo en la espalda—. ¿Y tú que vas a hacer gigantón?

—No es de tu incumbencia.

—¡Malditos bárbaros! —dijo soltando otra carcajada—. ¡Seguro

que tu mente sucia y calenturienta está deseando meterla en algún coñito romano! ¡Maldigo a Julio César por no haber sido más contundente con vosotros! ¡Se nota que fue blando y no os pudo civilizar! —apuntó el tuerto que decía haber servido en aquellas guerras cuando era legionario.

—Mi pueblo sirvió al procónsul César en esas guerras, maldito imbécil. Soy tan romano cómo tú, o más —respondió Sabiniano llevándose la mano a la empuñadura de su gran espada.

Parecía que la tensión iba en aumento, así que Filoctetes, soltó al esclavo en el suelo y se interpuso entre los dos hombres:

—¡Calmaos de una maldita vez, por Júpiter! ¡¿Qué más da lo que hiciera César en la Galia o lo leales que fueran los de tu pueblo?! ¡¿Qué tiene que ver con nosotros ahora?! ¡Ocupémonos de lo que hemos venido a hacer aquí, y dejemos a los muertos descansar en paz!

Sus palabras parecieron convencer a sus socios, que de inmediato se separaron.

—¡Arriba, señores! ¡El botín nos espera! —exclamó Numerio poniéndose en marcha hacía las escaleras y arrastrando por el cogote al esclavo herido.

* * * * *

—¿Es aquella?

—Sí —respondió el esclavo.

—Vosotros dos quedaros con este, y vigiladlo —indicó Numerio a Filoctetes y Sabiniano—. Los demás, acompañadme.

El tuerto, Sexto y Numerio se dirigieron hacia la puerta de la estancia que el esclavo había marcado como la de su señor. Sexto se tapó la boca y la nariz con un pañuelo de lino oscuro antes de entrar. No quería que le reconociera. Al menos en primera instancia…

—A la de tres derribas la puerta y entramos.

Severino obedeció y aguardó las indicaciones. Cuando Numerio hubo llegado a tres, el ex legionario propinó un duro golpe con el hombro a la puerta de madera y la derrumbó sin problema alguno. Accedió al interior seguido de los otros dos hombres. En un rincón de la gran y opulenta estancia se hallaba un hombre vestido con una túnica y descalzo. Esgrimía una espada corta que más bien parecía un cuchillo.

—¿Qué queréis de mí? —dijo balbuceando.

Era el desgraciado de Emilio. Estaba muy asustado, y eso le pareció muy gracioso a Sexto, que se abrió paso hasta colocarse delante de ambos hombres.

—Hemos venido a ajustarte las cuentas, maldito hijo de mil

rameras.

—¿Quiénes sois? —preguntó mucho más asustado aún.

—Eso es lo de menos. Estamos aquí para castigarte por tus pecados, miserable.

—¿Os envía Augusto? —preguntó de nuevo Emilio.

—Qué más da quién nos envíe —le respondió Sexto que estaba disfrutando mucho con aquella escena.

—Tengo muchas monedas guardadas en esta casa. Os puedo pagar el doble o el triple de lo que os han prometido.

Sexto se giró levemente y miró a sus socios.

—¿Qué os parece la oferta?

—Razonable… —contestó Severino que estaba ansioso por saber dónde estaban esas monedas.

—¿Y a ti? —le preguntó al otro hombre.

—Pienso que todos hacen una oferta cuando están a punto de viajar a la otra vida. No me fio de este ricachón que se piensa que todo se puede comprar con monedas.

Emilio se quedó sin palabras al escuchar aquella respuesta. Un hombre de su posición no estaba acostumbrado a no poder sobornar a quien quisiera con un buen puñado de denarios.

—Decidme cuanto queréis. Os daré lo que me pidáis —suplicó como un cobarde.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que no nos importa cuán rico puedas llegar a ser? —inquirió Sexto tratando de asustarlo aún más.

Emilio, que había detectado que Severino sí que estaba interesado en llenarse la saca, se dirigió directamente a él.

—Te pagaré cinco veces lo que te hayan prometido si matas a esos dos.

Vaya, aquello sí que no se lo esperaba. Emilio era astuto y capaz de urdir una treta hasta en un momento tan adverso como aquel. Lo malo era que el tuerto tenía más ambición de la que ellos creían.

—Primero quiero ver esas monedas…

—Mátalos y serás el hombre más rico de Roma. Te lo juro por todos los dioses —le dijo Emilio en un tono muy convincente.

Sembró la duda en aquel ser despreciable, y esas eran malas noticias.

—No te creas lo que te promete, estúpido —le dijo Numerio.

—No me llames estúpido —respondió Severino llevándose la mano a la empuñadura de su espada y encarándose con Numerio.

—¿Es que no te das cuenta de que está intentando ponernos los unos en contra de los otros? —insistió el asesino—. Es un embaucador. Vive del engaño constante. Ese es su oficio, como senador que es.

—¿Por qué iba a engañarme si está en juego su vida? Además, si os elimino a vosotros, más me tocará a mí —señaló el tuerto que no se daba cuenta de que estaba cayendo en una trampa bien trenzada—. Sería justo que los otros supieran de su oferta y decidieran qué es lo que más les conviene.

Numerio miró entonces a Sexto. Con lo bien que estaba saliendo todo… Y ahora la cosa se estaba comenzando a torcer. Aquel maldito senador era una mala pieza, y demostraba que era capaz de convencer a cualquiera.

—¡Entrad! —gritó Severino a los otros dos que estaban fuera.

El tuerto ya había sacado su espada y estaba apuntando a Sexto y a Numerio para asegurarse de que no hacían ningún movimiento extraño. Cuando el tarentino y el galo accedieron al interior arrastrando al esclavo, Severino les explicó rápidamente la oferta que le había hecho aquel ricachón.

—¿Y bien? ¿Qué os parece?

—No es mala opción —dijo el galo valorando la propuesta y apuntando con su larga espada a los hombres.

—¿Y tú? ¿Te unes a nosotros? —interrogó el tuerto a Filoctetes.

El tarentino también sacó su espada de la vaina y se encaró hacía Numerio y Sexto. Aquello sí que no se lo esperaban. La situación había dado un vuelco radical. Fue Sexto el que tomó la palabra:

—¿Acaso os habéis vuelto locos? ¿Creéis que cuando hayáis cumplido con vuestra parte y os pague, dejará que viváis mucho más? Habéis asaltado su casa y le habéis amenazado de muerte. Os buscará y os hará sufrir lo indecible para haceros pagar la afrenta.

—Si cumplís con lo que os digo, prometo que os haré ricos a los tres y juro por todos mis antepasados, que no emprenderé ninguna acción contra vosotros. Seréis tan ricos que podréis ir a donde os plazca, y yo siempre estaré en deuda con vosotros. No le hagáis caso a él. No sabe cómo funcionan las cosas. Soy un hombre de negocios y como tal, actúo en base al honor y respeto con los acuerdos que suscribo —dijo interrumpiéndole Emilio, que estaba ganándose a aquellos tres desgraciados con cada frase que pronunciaba.

Sexto se dio cuenta que se les acababa el tiempo. Aquella maldita rata había conseguido comprar las voluntades de los hombres que él había contratado para asesinarle. Era hasta gracioso. Digno de alguna buena comedia. De tener toda la ventaja y regocijarse en el éxito, pasaban a ser ellos los que estaban en una situación adversa en la que la vida peligraba. Le dio mucha rabia ver cómo aquel miserable sonreía ante la jugada maestra que había trenzado. Podía reconocer en su mirada cómo se las veía vencedor de aquel duelo. Lo peor de todo

era que cuando muriera, Emilio reconocería su cadáver y no tardaría mucho en pagar a aquellos tres para que se encargaran de eliminar a Fabio y a Vibia. Y el único responsable de esas muertes sería él. De nuevo le habían salido las cosas mal. Los dioses se estaban riendo de él de una manera descarada. Ya no sabía de qué manera podía ganarse su favor, o si existía alguna manera de lograrlo. Parecía que alguien había usado una maldición contra él. Cada vez estaba más convencido de que esa era la única manera de poder comprender por qué tenía tanta mala suerte últimamente. Pensó que lo mejor iba a ser afrontar la muerte mirándola a la cara. Al menos debía dar el paso a la otra vida con la cabeza bien alta. Después de todo lo malo que había hecho durante tantos años, estaba claro que no iba a ganarse el favor de los que moraban en el reino de Plutón. Estaba convencido de que habría una larga fila de almas aguardándole para ajustar cuentas, si es que no habían bebido aún el agua del río Lete. Al menos albergaba la esperanza de que aquellos a los que había causado sufrimiento ya hubieran llevado a cabo la acción y hubieran perdido la memoria y los recuerdos de su vida pasada. Aunque tal y como estaban las cosas, eso ya era lo de menos…

—Creo que primero deberíamos ver las monedas.

—Sí, queremos ver esas monedas antes de hacer nada —repitió el galo.

—Las tengo aquí mismo, caballeros —respondió Emilio mostrándose muy cortés con aquellos que habían profanado su *domus* para robarle—. Os las entregaré tan pronto como enviéis a estos dos al inframundo. Cumpliré lo pactado y si no, podréis matarme a mí también después.

Ambos hombres se miraron y sonrieron.

—Acabemos de una vez con esto entonces —dijo Severino dando un paso al frente.

Justo entonces algo llamó la atención del tuerto. Observó cómo del pecho del enorme galo sobresalía un palmo y medio de hoja de espada. Se quedó perplejo al ver cómo al momento, el arma salía del cuerpo bruscamente y Filoctetes empujaba al que había sido su socio y lo hacía caer de cara al suelo. El tarentino esbozaba una amplia sonrisa de satisfacción.

—Maldita escoria gala —añadió mientras escupía al suelo.

Sin tener tiempo de reacción, Severino se vio traspasado por la hoja de la espada de Numerio, que no había desperdiciado la oportunidad que le había brindado Filoctetes. El veterano legionario de un ojo, se llevó ambas manos a la profunda herida cuando su asesino sacó el arma de su estómago. Su ojo de Polifemo miró fijamente al hombre que le había arrebatado su sueño. Cayó de rodillas mientras acertaba a decir algo:

—Nos veremos en breve… Os estaré esperando…

A continuación, se desplomó de cara contra el suelo.

—Estaré ansioso de hundirte de nuevo la hoja de mi espada, sucia rata traidora —dijo Numerio escupiendo sobre el cadáver del hombre.

Sexto esgrimió de nuevo su cuchillo y dio dos pasos hacia Emilio, que tardó poco en darse cuenta de cuán comprometida volvía a ser su situación. El afligido senador se giró hacia Filoctetes y le dijo entre balbuceos:

—¿Qué has hecho? Te habría colmado de monedas, insensato.

El tarentino soltó una carcajada y respondió:

—Me las voy a llevar de todas maneras, estúpido… ¿Acaso crees que soy tan retrasado como esos dos que ya están camino del inframundo? No me tomes por tonto. Conozco a los de tu calaña. Os he servido durante años y he visto cómo nos menospreciáis. Nos usáis

como queréis y luego os deshacéis de nosotros cuando ya no os servimos de nada. Me meo en la gentuza como tú —dijo acercándose hasta él dándole una bofetada con la mano abierta que le dolió más en el orgullo que en el lugar del impacto.

Emilio se quedó perplejo ante aquel gesto de desprecio. No se esperaba que aquel pordiosero fuera tan sagaz e inteligente. Era evidente que su intención no era dejar que los tres asesinos vivieran mucho tiempo más. Habría puesto precio a su cabeza para recuperar lo que prometió darles. Ese tipo no era tan tonto como los otros. Casi los convence…

—Te daré todo lo que me pidas si los matas —insistió el senador en un tono ya mucho más desesperado.

Filoctetes miró de soslayo a los otros dos, y ante un gesto de afirmación de Numerio elevó su espada e hirió con un tajo a Emilio en el brazo izquierdo.

—¡Ahhh! ¡Maldito hijo de Plutón! ¡Qué los dioses te hagan sufrir mil y un tormentos en vida y diez veces más en muerte! —exclamó el hombre dando un paso atrás y llevándose la mano derecha a la herida del brazo.

Curioso… Pensaba que los seres divinos no estaban de su parte, pero en el momento en el que todo parecía perdido, se habían alineado de su lado. Sonrió mientras avanzaba hasta colocarse delante de Emilio. Fue entonces cuando se descubrió la cara y le miró fijamente.

—¿Tú? —preguntó incrédulo el senador dándose cuenta de que ahora sí que no había nada que hacer.

—Sí. Soy yo, miserable traidor —respondió Sexto.

—¿Cómo te atreves a presentarte en mi casa y matar a mis esclavos? ¿Es que has perdido la razón?

—Ni mucho menos, querido Emilio. Es precisamente la razón la que me ha empujado a cometer esta acción preventiva.

—¿Preventiva dices? —inquirió el hombre que estaba sudando de la tensión del momento.

—¿Creías que no me iba a enterar de lo que planeabas? ¿Pensabas que ibas a deshacerte de mí sin más? Después de todo lo que he hecho por la causa, vas tú y convences a otros de que soy un peligro… Te creía mucho más inteligente.

—Fabio… —musitó el senador dándose cuenta de su error.

—Él es un hombre de honor, no como tú. Presumes que lo sabes todo y de que vas por delante de los demás siempre —le dijo enojado Sexto—. Eres tú quien ha perdido la razón, insensato. Hace tiempo que piensas tan solo en ti y en sacar beneficio de los riesgos que los

demás asumen en tu nombre. ¿Y después qué? Los eliminas, ¿no? Somos títeres en tus manos. Así es como tratas a los que están por debajo de ti. Pero no siempre se puede ganar… Llega un momento en el que estás tan confiado de tu superioridad que no te das cuenta de que hay gente más inteligente que tú. No has sabido prestar atención a los detalles, querido Emilio.

—Por favor, no me mates… Ten piedad —rogó el hombre poniéndose de rodillas ante él.

—Además de miserable, eres un cobarde. Me pides piedad cuando tú no la ibas a tener conmigo —replicó Sexto arrodillándose y poniéndole el cuchillo en la garganta—. Hasta hace un instante estabas ofreciendo monedas a estos hombres para que me mataran.

—Pero no sabía que eras tú —dijo Emilio sollozando.

Sexto retiró el cuchillo del cuello de aquel desgraciado y le levantó del suelo. Se retiró un par de pasos y se dirigió a los dos hombres que le acompañaban.

—¿Debería perdonarle la vida? ¿Qué opináis vosotros?

—Parece realmente asustado —respondió Numerio en primera instancia.

—¿Y tú?

—Opino que primero nos dé esas monedas y después decidamos si lo que nos ofrece compensa que le dejemos con vida —sugirió Filoctetes.

—No me parece mala idea. ¿Cuánto crees que vale tu vida, Emilio? —le preguntó entonces Sexto esbozando una sonrisa.

* * * * *

Les entregó ingentes cantidades de monedas. No todas las tenía en aquella estancia, así que tuvieron que acompañarle hasta otra de las habitaciones colindantes. Les entregó varias bolsas de cuero repletas de monedas mientras dejaba de llorar y se calmaba un poco. Pensó que podría llegar a comprar a aquellos tres y salvar su vida. Pero nada más lejos de la realidad. Las intenciones de Sexto eran otras. Lo primero era satisfacer al tarentino por haberse mantenido fiel y por guardarles el secreto. Después tocaba recompensar a Numerio por su profesionalidad, y ya de paso quedarse él con algo por las molestias ocasionadas. Al final la cosa había ido mejor incluso de lo que había planeado. Los cadáveres de Severino y Sabiniano, que yacían en la estancia del senador serían una prueba fehaciente de que aquello había sido un asalto para robar a uno de los hombres más ricos de la ciudad. Dejar los cuerpos de dos de los ladrones serviría para distraer la atención de una posible investigación. Les iría de maravilla para

ocultar la verdad.

—Ya tenéis más de lo que podríais gastar en esta vida —dijo Emilio que se había envalentonado otra vez al verse más a salvo.

—De nuevo vuelves a menospreciarnos —respondió Filoctetes dándole otra bofetada.

El tarentino era un tipo duro de verdad. Ese desprecio que sentía hacia los ricos era realmente algo que se debía pulir. Se trataba de alguien con el que poder contar para un futuro. Seguro que quedaba satisfecho por el pago que se había llevado. Lo que había sacado de aquel robo superaba con creces lo que podría llegar a ganar en toda una vida llevando a cabo trabajos de poca monta. Pensó que había sido una suerte que aquel hombre se hubiera puesto de su parte. Era un valor de futuro y cuando salieran de allí, se lo haría saber. Pero ahora tenía que zanjar el asunto antes de que Emilio pudiera tener tiempo de buscar alguna opción, por mínima que esta fuera.

—Bueno, ha llegado el momento de marcharnos, caballeros —dijo Sexto.

—¿Estamos en paz, entonces? —preguntó Emilio que se había quedado acorralado contra la pared de su estancia de nuevo.

—Satisfechos con lo que has pagado, por supuesto. Pero todas estas monedas no son suficientes para salvarte, querido Emilio.

—¿Cómo qué no? ¿Os he dado todo lo que tengo? ¿Acaso queréis más? —interrogó el senador con los ojos llorosos de nuevo.

—Todavía no lo has entendido —sonrió Sexto—. Ni por todo el oro del mundo te vas a escapar de esta…

Se acercó de nuevo esgrimiendo su puñal.

—¡Por todos los dioses! ¡Piedad, Sexto! ¡Te lo ruego! —exclamó poniéndose de rodillas de nuevo en actitud suplicante.

Disfrutó y gozó como nunca antes lo había hecho. Ver sufrir de aquella manera a ese miserable le hizo sentirse muy bien. Había logrado derrotar a un hombre que se creía invencible. Le demostró en sus últimos momentos de vida, que por ser tan rico no iba a sobrevivir. Le había hecho sentirse como un despojo humano. Esa era la manera en la que él había tratado a los demás durante tanto tiempo… Por primera vez vio en el rostro del imperturbable Emilio el terror. Derrotar a ese engreído era su mayor victoria. Al menos la que mejor sabor de boca le había dejado. Se sintió superior a ese hombre que parecía irse haciendo más menudo con cada respiración entrecortada que iba haciendo. Saboreó aquel instante con el éxito del que vence a un enemigo que le supera en número y experiencia. Ahora podía saber lo que se sentía al alzarse con la victoria en un campo de batalla. Iba a eliminar a un miserable. El mundo en general se lo

agradecería…

—Ha llegado el momento de zanjar este asunto —le dijo Numerio acercándose por detrás.

—Tienes razón.

—¡Al menos déjame morir con honor! —pidió Emilio.

Sexto le colocó el cuchillo en el gaznate y mientras se lo rajaba de un lado a otro, le dijo al oído:

—No te voy a dar ese placer, sucio traidor. Paga tus deudas a Plutón.

Se apartó a un lado y se quedó mirando embobado cómo aquel que un día fue uno de los hombres más ricos de Roma se desangraba como si fuera un animal sacrificado en un altar. La agonía fue lenta, pero al final acabó cayendo hacia un lado y quedó con los ojos en blanco.

—Salgamos de aquí de inmediato —sugirió Filoctetes que no hizo ninguna pregunta sobre lo que sus ojos habían visto.

CAPÍTULO XXIV

Roma, principios del año 23 a. C.

El viaje de regreso se había demorado mucho más de lo previsto. La enfermedad se había vuelto a apoderar de Augusto, y por ello se habían tenido que detener varias veces para que se recobrara. Aunque Musa no les había podido acompañar, ya que había optado por quedarse en Tarraco un tiempo más para hacerse cargo de algunos pacientes que le necesitaban, sí que les había aconsejado que lo mejor era no llegar a Roma en pleno invierno. La capital era una urbe densamente poblada, en la cual existía un riesgo de insalubridad por las crecidas del Tíber y el hacinamiento de gente. Así que el *medicus* había insistido en que al menos aguardaran la llegada del buen tiempo para acudir a ella. Aunque Augusto había insistido en estar a principios de año en la capital para poder recibir su décimo consulado en persona, Livia le persuadió y le hizo entender que lo mejor era alojarse durante unos pocos meses en una villa en el campo.

El *Princeps* acabó sucumbiendo a la voluntad de su esposa, que recibió el apoyo de Agripa. El general se esforzó para hacer entender a su amigo que lo más aconsejable era descansar. Le dijo que los senadores estarían allí cuando él llegara, y que era preferible que no le vieran débil y fatigado. Esa no era la imagen que más le convenía, y que siendo quién era podía permitirse el lujo de llegar cuando quisiera. Además, el Senado le había enviado una misiva en la cual le reconocían su cargo, así que al final tampoco habría problema alguno. Para que se quedara más tranquilo, el mismo Agripa se adelantó hacia la capital a principios de aquel mismo año para tranquilizar a los senadores y para hacerles saber que el cónsul llegaría un poco más tarde de lo previsto porque estaba haciendo una ronda de visitas por algunas de las ciudades de Italia. Por si eso no fuera poco, hombres muy cercanos a su persona, como Mecenas o Estatilo Tauro se encargaron de mantener al Senado bien vigilado en su ausencia.

Pero con la llegada de Augusto, todo pareció volverse fastuoso. Las puertas del templo de Jano se cerraron de nuevo, lo que significaba que la guerra había terminado y que se debía celebrar el éxito del comandante victorioso. En toda la historia de la República, aquella era la segunda vez que sucedía aquello, y Augusto tenía el honor de ser el protagonista de semejante acto. Algo que sin duda le elevó aún más en su ya boyante poder. Además, llegaron noticias de nuevas victorias de los generales y legados de Augusto en las diferentes fronteras. Los

Alpes, el Rin o Arabia, fueron territorios en los que los romanos se alzaron con triunfos. Aunque lo de Arabia, con el tiempo se supo que fue más bien un descalabro para las legiones dirigidas por Elio Galo, al estar tan lejos de la capital, pasó un poco desapercibido para la inmensa mayoría de la población. Incluso el *Princeps* usando su ingenio, proclamó la victoria de su legado. Nadie se preocupó de cuestionar aquella victoria, ya que el hombre más poderoso de la República no tenía por qué mentirles. Se supo también por entonces, que el general Publio Petronio, sucesor del desdichado pero victorioso Galo, consiguió llegar hasta la segunda catarata del río Nilo con su ejército acantonado en Egipto.

Todos esos éxitos conseguidos en las fronteras, ya fueran más o menos reales, reforzaron la posición de Augusto y a la vez aportaron estabilidad a nivel interno, que era algo muy necesario en aquellos momentos. Pero no por ello, el cónsul se olvidó de lo que había ocurrido en Hispania tiempo atrás. Era consciente de la amenaza tan grave que se cernía sobre su cabeza, y no descuidó el ocuparse de ese tema a su regreso, cuando todo pareció volver a la calma. El año había transcurrido con relativa calma, y nadie había osado hacer nada contra él de nuevo. Aunque la conjura debía seguir activa, era evidente que los implicados habían preferido mantenerse inactivos para no llamar la atención del hombre más poderoso de la República. Quién sabe si incluso habían decidido desistir en su empeño de acabar con su vida y habían asumido que lo mejor para Roma era que el cónsul siguiera estando al frente.

Tal era la influencia y el poder que ejercía el cónsul en el Senado, que había logrado incluso sin estar en Roma, que los miembros de la Curia concedieran carreras aceleradas tanto a Marcelo como a Tiberio, que ya habían alcanzado la mayoría de edad. Eso era algo que vulneraba las tradiciones y costumbres, ya que no se podía acceder a ninguna magistratura siendo tan joven. Pero, ¿qué le podían decir al hombre que había sido nombrado cónsul a esa misma edad? Ambos muchachos fueron incorporados al rango senatorial sin ninguna objeción, al menos de forma pública. El primero de ellos, consiguió el cargo de edil, y el segundo, el de cuestor. El hecho de que Marcelo hubiera sido bendecido con el honor de poderse casar con la única hija del *Princeps* era algo que no estaba al alcance de cualquiera. Pero Tiberio no fue menos, ya que fue prometido a Vipsania, la hija de Agripa. El círculo se iba cerrando y todo quedaba encuadrado en el ámbito del cónsul.

Con cuarenta años y ostentando ya su undécimo consulado, Augusto se había garantizado una buena sucesión. Dos jóvenes de

diecinueve años, bien posicionados y con una carrera prometedora. ¿Qué más se podía pedir a los dioses? Su socio para el consulado de ese año fue Varrón Murena, que debía compartir con él la máxima magistratura de la República, aunque el pobre hombre murió justo antes de poder aceptar el honor de servir junto al *Pater Patriae*. El elegido para ocupar la vacante sorprendió a todos los presentes: Cneo Calpurnio Pisón. Un hombre poco afín a Augusto que había luchado contra él en la batalla de Filipos. La noticia sorprendió a todos, incluso al propio elegido, ya que no esperaba que el cónsul le ofreciera esa oportunidad. Era la primera vez que permitía que alguien que no fuera de su círculo de confianza ostentara tal puesto.

* * * * *

—El hecho de que me haya ofrecido el consulado es algo que me hace sospechar —dijo Calpurnio a los demás senadores que se habían reunido en casa de Fabio.

Llevaban ya un tiempo sin hacerlo, ya que la situación se había calmado. La llegada del cónsul a Roma había sido muy tranquila y sirvió para que este se diera un baño de multitudes con todas las celebraciones por la victoria conseguida contra los cántabros y los astures. Más de uno de los implicados en la conjura prefirió poner tierra de por medio y ausentarse de la capital hasta al menos cerciorarse de que no iba a haber represalias. Aunque la información era confusa y apenas se había podido averiguar algo al respecto, la naturalidad de la que había hecho gala el propio Augusto, tanto en las reuniones de la Cámara, como en las de tipo más privadas, sirvió para que la relajación de los participantes en la trama apareciera de nuevo. Muchos de los que se habían ausentado alegando asuntos relacionados con negocios, fueron regresando paulatinamente a sus obligaciones. Pero esa calma podría bien ser el preludio de una tempestad. Conociendo al *Princeps* y analizando episodios anteriores en su comportamiento, existía la posibilidad de que se tratara de una falsa sensación de tranquilidad para que los que conspiraban contra él se confiaran y bajaran la guardia. Aquella reunión respondía un poco a eso, ya que las medidas recientes que se habían aprobado por parte del Senado habían llamado la atención. Todos los implicados acudieron al encuentro con la idea de aclarar la situación en la que se encontraban, y si era preciso trazar un plan de actuación ante un posible ataque por parte del señor de la República.

—Quizás se trate simplemente de un gesto de buena voluntad por su parte. De haber querido hacer algo contra nosotros, ya habría actuado hace tiempo —sugirió uno de los presentes abriendo la

reunión.

—O tal vez quiera tenerte cerca porque tiene información sobre ti y prefiere vigilarte para caer sobre tu cabeza cuando menos te lo esperes —añadió un caballero que siempre se había mostrado pesimista con aquella tensa calma que se había vivido los últimos meses.

—Ahora ya no se siente amenazado y busca la conciliación. Parece ser que su deseo es que las cosas vuelvan a ser normales, o al menos que lo aparenten —dijo interviniendo Sexto—. Simplemente podría tratarse de una mezcla de los dos argumentos que habéis expuesto. Quiere que entre todos le elijáis de manera voluntaria y que le entreguéis todo el poder legítimamente para no ser igual que César. Para que se me entienda, su objetivo final es ser como él, pero de manera legal. Sabe lo que le ocurrió a su pariente por alzarse con el poder absoluto mediante la fuerza, así que desea que seáis vosotros quienes se lo deis. En el fondo es igual que César, pero posee la experiencia de haber conocido dónde se equivocó su tío. Eso le hace ser aún más peligroso.

Había optado por no intervenir mientras los senadores y caballeros que formaban parte de la conjura debatían entre ellos sobre el motivo por el cual Augusto había decidido ofrecerle a Calpurnio ser su socio consular. Pero sabía que el *Princeps* no actuaba al azar y dejándose llevar por los sentimientos y las emociones. Era un animal político y todos sus movimientos estaban muy bien pensados. Estaba convencido de que desde que había llegado a Roma, más de uno de los allí presente había valorado la opción de ir a explicarle todo lo acontecido. En algunas de las reuniones previas a la llegada del primer hombre de Roma, había tenido que emplearse a fondo junto a Fabio para tranquilizar a más de uno que temía por su vida y la de su familia. Al final, el tiempo les había dado la razón. Todo parecía haber vuelto a la normalidad. Pero esa calma no era más que un escenario ficticio que había creado el mismo cónsul para que la gente se confiara y bajara la guardia. Estaba convencido de que Augusto no iba a ser clemente como lo había sido César. Sabía que aquel había sido el mayor de sus errores, que a la postre le había costado la vida. Así que lo más probable era que buscara el mejor momento para asestar la mordedura letal. Pero eso no podía decirlo abiertamente. Lo había discutido largo y tendido con Fabio, y habían acordado no alarmar a los demás si no era necesario, ya que más de uno podría dar un paso en falso y tratar de hacer lo mismo que Licinio en su día. Insistieron al principio de la reunión en recordarles a los asistentes que lo importante era mantener la calma y un perfil bajo. Ya llegaría una

oportunidad propicia para volver a intentarlo. Aquel no era el momento de hacer nada, y menos ahora que Augusto había creado un cuerpo de soldados de élite que le protegían día y noche. Lo acontecido en Tarraco había servido para que el hombre más poderoso de la República se hubiera dado cuenta de su fragilidad. Aquella excusa que presentó ante la Cámara poco tiempo después de llegar a Roma, fue suficiente para justificar la creación de un numeroso contingente de hombres armados que se iban a encargar de su seguridad. Los llamó guardia pretoriana, y con ese movimiento astuto obligó al Senado a aprobar tal medida. Era algo inaudito el hecho de que hubiera hombres armados dentro del *pomerium* sagrado de la ciudad. Algo que solo un hombre como él había conseguido y por la vía legal. Y por si eso no fuera suficiente, impuso la medida del *hospidium*. Parte de esos hombres serían alojados en las casas de algunos de los senadores.

—Ha sido capaz de meter a sus guardias de corps en vuestras casas —continuó diciendo Sexto, tratando de hacerles ver que aunque todo parecía estar tranquilo, era mejor no bajar la guardia—. Habéis aprobado esa medida y eso, además, le permite vigilaros desde dentro…

Más de uno hizo ademán de hablar, pero al final calló porqué lo que les estaba diciendo era cierto.

—Se ha vuelto a erigir cónsul sin oposición alguna y, además, está instaurando su propia dinastía… Nobles padres conscriptos… ¿Acaso no os dais cuenta de lo que está haciendo en vuestras narices?

Fabio, que estaba a su lado le sujetó suavemente por el antebrazo y le dijo en voz baja:

—Los estás asustando, Sexto. Suaviza el discurso o harán lo que no deseamos.

Su amigo tenía razón. Se había dejado llevar por el momento y no había sido consciente del temor que se estaba dibujando en el rostro de más de uno. Por suerte, su anfitrión siempre estaba cerca para sosegarle y recordarle el propósito de todo. Se había erigido en el representante de aquel nutrido grupo de hombres contrarios a Augusto desde la repentina muerte de Emilio. Con la amenaza ya neutralizada, no había costado mucho que los más afines al desaparecido comprendieran que no podían jugar a aquel juego. No hizo falta eliminar a nadie más, ya que, aunque la versión oficial fue la de un asalto casual, muchos sospecharon que había algo más detrás del brutal robo que acabó con la vida de todos los que estaban en aquella casa. Temieron ser los siguientes, y optaron por dejar de conspirar dentro de la misma conspiración. Algo que no servía a la causa y que

generaba un clima de desconfianza elevado que podía hacer que se tomaran decisiones fatales. De esa manera, poco a poco, el sentido común y la buena manera de proceder de Fabio, fue elevándole hasta una posición dominante. No de poder absoluto como había ocurrido con Emilio, sino que asumió un poco el papel de moderador de aquel nutrido grupo tan dispar en el que las opiniones de todos comenzaron a ser más tenidas en cuenta que anteriormente. No fue algo impuesto, sino que más bien se trató de algo natural. Desde que él estaba llevando las riendas de la conjura, todo parecía fluir mucho mejor. Los encuentros periódicos eran menos tensos, y tan solo se tenían que acordar ciertas medidas que no implicaban tampoco demasiado esfuerzo. La situación de calma que se había vivido desde entonces, y la demora en la llegada de Augusto a Roma, permitió que las aguas volvieran a su cauce y eso era de agradecer. A la postre, él, que había sido un objetivo a eliminar, había ido adquiriendo más peso también en el grupo y, pese a no ser senador ni caballero, se convirtió en un asesor externo cuyas opiniones eran muy tenidas en cuenta. La situación había dado un giro brusco con la eliminación de aquel senador con aires de grandeza.

—Caballeros, lo que Sexto quiere decir es que la intención de Augusto es la de imponerse sobre todos nosotros. Sus medidas son propias de un tirano y las ha ido implantando poco a poco, sin que nos diéramos cuenta de ello —explicó el anfitrión tratando de ser menos contundente que su amigo—. Si bien es cierto que ha tratado de justificar todos sus actos con razonamientos que *a priori* parecen lógicos, está abarcando cada vez más poder.

—¿Y qué propones que hagamos? Como bien ha dicho Sexto, tiene un nutrido grupo de soldados que le son leales vigilándonos. Los ha metido dentro de nuestras propiedades y nos vigilan. ¿Cómo pretendes que estemos tranquilos? —alegó un viejo senador.

Se hizo el silencio, y Fabio, sin saber bien qué responder, miró de reojo a su compañero.

—Quizás haya cometido un error de cálculo —intervino Sexto dando un paso al frente.

Todos le miraron sin decir nada.

—Continua —le invitó Fabio que no supo interpretar aquellas palabras.

—Ese afán de querer conciliarse con los enemigos que aún tiene, le ha llevado a nombrar socio de consulado al aquí presente Calpurnio.

—Después de todo lo que habéis dicho, tus palabras no me tranquilizan, precisamente —alegó el aludido esbozando una sonrisa nerviosa.

—Tú eres el que menos tiene que preocuparse. Vas a ser su nuevo colega en el consulado, y eso te concede inmunidad —aseguró Sexto.

—Yo no lo tengo tan claro —sonrió de nuevo tratando de hacer un chascarrillo.

Varios de los presentes también rieron.

—Ser su socio en el gobierno te permitirá establecer un lazo más fuerte con él, aunque sea solo para tratar asuntos de Estado —le sugirió Fabio.

—¿Entiendo que no estarás diciéndome que comparta lecho con él no? —bromeó Calpurnio de nuevo un poco más relajado.

De nuevo varios de los presentes soltaron alguna carcajada ante el acertado comentario del futuro cónsul.

—Ni mucho menos, aunque se dice que aquellos que comparten alcoba no tiene secretos…

Otras carcajadas hicieron acto de presencia para aligerar un poco la tensión reinante.

—Entonces debo aceptar la propuesta de Augusto, ¿no? ¿Eso es lo que estas tratando de decirme? —interrogó finalmente Calpurnio a los dos hombres.

—Sería lo más inteligente —respondió Fabio.

—Además, si no lo hicieras, las sospechas de Augusto sobre ti, aumentarían. Y quién sabe si tu rechazo serviría de excusa para aprobar cualquier tipo de medida en contra de sus enemigos dentro del Senado —expuso Sexto—. Porque él se mostraría conciliador con los que habían sido sus enemigos antaño y quedaría en una posición legítima. ¿Lo ves? —inquirió en primera instancia al afectado, que asintió—. ¿Y vosotros?

Todos comprendieron que el juego seguía. No podían permitirse dar un paso en falso y proporcionarle a su enemigo la oportunidad de acabar con ellos. Tenían que seguir como hasta ahora, y esperar su oportunidad. Estaba convencido de que acabaría llegando. Más tarde o más temprano, y tenían que estar atentos para no dejarla pasar.

CAPÍTULO XXV

Roma, mediados de marzo del año 23 a. C.

—¿Cómo se encuentra?

—Mal, muy mal… —respondió Agripa que tenía unas ojeras muy marcadas después de llevar varias noches junto a él sin apenas dormir.

—¿Y Musa? —interrogó Valerio.

—Las últimas noticias dicen que su barco atracará mañana a mediodía en el puerto de Ostia.

—Partiré con una escolta de guardias para recogerle. Le traeré lo más rápido que pueda.

—Muy bien, centurión —dijo el general.

—Me retiraré y rogaré a los dioses por su pronta recuperación con los sacrificios pertinentes.

—Tendrás que esforzarte esta vez. Nunca le había visto tan mal, y mira que he sido testigo de episodios severos —informó Agripa que estaba realmente preocupado.

—Es un hombre fuerte, general. Saldrá de esta, seguro.

—Por si acaso, informa a la guardia de cómo están las cosas. No quiero que haya ninguna sorpresa, o que aparezca alguien que quiera aprovechar su estado para acometer ningún acto oportunista.

—Entiendo… —respondió Valerio soltando un leve suspiro.

—Dobla la guardia hasta nueva orden, y que nadie se acerque a la *domus*.

—Por supuesto, general.

Agripa hizo un leve saludo con la cabeza y entró de nuevo en la estancia de Augusto, que estaba vigilada por dos de los nuevos pretorianos que se habían añadido a la guardia en las últimas semanas. Valerio, que estaba al cargo de un ya muy numeroso contingente de hombres, se dio media vuelta y recorrió el largo pasillo que comunicaba la estancia del cónsul con el edificio adyacente en el cuál se alojaban él y algunos de sus hombres de mayor confianza. Aquella noticia había sido terrible. Desde su llegada a la capital, Augusto había comenzado a encontrarse mal de nuevo. No había sido de inmediato, pero progresivamente su estado de salud había ido empeorando. No le había visto así jamás. Pero lo que más le llamaba la atención era lo que Agripa había dicho. Según parecía, aquella ocasión no iba a ser como las anteriores. Era muy probable que no pudiera recuperarse. Su cuerpo y su mente estaban fatigados de

combatir contra la enfermedad. Llevaba muchos años haciéndolo y cada achaque que le daba era peor que el anterior. El que había sufrido en el camino de regreso desde Tarraco, había sido importante, pero con un poco de reposo y la tranquilidad de mantenerse lejos de la capital, había remitido. Cada vez le costaba más recobrarse, y era normal que las secuelas estuvieran presentes. Las últimas semanas, le había vuelto a notar decaído y un poco irascible. Eso siempre era un indicador de que las cosas no iban bien. Llevaba ya mucho tiempo sirviéndole y había aprendido a detectar las señales. Demasiadas reuniones en el Senado y muchos temas importantes de los que ocuparse. Pese a que desde su llegada nadie se había opuesto a él, siempre estaba atento a cualquier indicio de amenaza que pudiera detectar en aquellos de los que sospechaba. De hecho, el haber alojado a un nutrido grupo de sus guardias en las casas de algunos senadores, respondía a una doble función. La primera, no correr con los gastos de manutención de esos soldados, y la segunda, a poner ojos y oídos en esos posibles nidos de conspiradores. Todos esos hombres, algunos procedentes de las legiones de Hispania que se habían ido reclutando por su experiencia y méritos, y otros, hijos de senadores y caballeros afines a su persona, estaban obligados a pasarle informes semanales sobre lo que veían y escuchaban en esas casas. Era un trabajo arduo y en ocasiones complejo, ya que no siempre se obtenía lo que se deseaba. Era lógico pensar que los encuentros entre los que conjuraban, porque debían de producirse, no se iban a llevar a cabo en ninguna de esas propiedades. O si se celebraban, se harían en ausencia de los pretorianos.

Casi sin darse cuenta se plantó delante de la puerta de la estancia que hacía las veces de despacho. Saludó a Pompeyo y a otro de los legionarios y accedió al interior. Allí estaba Aurelio, repasando algunos documentos. Se había erigido en su hombre de confianza, y hacía ya algún tiempo que Augusto le había concedido el ascenso a *optio* de la guardia. Al verlo llegar, dejó sobre el escritorio un pergamino que estaba repasando y le preguntó:

—¿Malas noticias?

—¿Tanto se me nota? —interrogó él a su vez.

—Te conozco demasiado bien, *frater*.

—No he podido verle tampoco hoy, pero Agripa me ha confirmado que es el peor episodio que ha sufrido, y que es mejor que me esfuerce con las oraciones y los sacrificios a los dioses. Ya de paso, me ha dicho que informe a todos de su estado para que cada cual contribuya a su manera.

—Si el general te ha transmitido ese mensaje es que pinta mal. No

hay duda —respondió su amigo.

—Poco podemos hacer, excepto cumplir con nuestras obligaciones. Tenemos dos asuntos de los que ocuparnos y son urgentes.

—Tú dirás.

—Organiza un escuadrón de jinetes y una carreta para ir a recoger a Musa a Ostia —indicó Valerio.

—¿Para cuándo necesitas que esté listo?

—Su nave atracará en el puerto mañana a mediodía, así que saldremos al despuntar el alba.

—Eso está hecho. ¿Lo otro? —interrogó Aurelio.

—El general quiere que se intensifique la seguridad en la *domus* para evitar tentaciones de los que quieren ver muerto a Augusto. Estoy seguro de que más de uno estará frotándose las manos en estos momentos.

—Hace ya mucho tiempo que nadie intenta nada, Valerio.

—Lo sé, pero no por ello vamos a relajarnos ahora. Creo que es precisamente en este momento cuando tenemos que estar más atentos que nunca.

—Es probable que al final sus enemigos no tengan que verse obligados a actuar —dijo el *optio*.

—No digas eso ni en broma, Aurelio.

—Lo siento… No pretendía ofender a nadie. Mis disculpas, pero es que, si tan mal está de salud, lo más inteligente sería esperar que llegara el final sin tener que exponerse.

Valerio tomó asiento y se llevó las manos a la cara cubriendo sus ojos. En el fondo, Aurelio estaba en lo cierto. Muchas dudas y preguntas le asaltaron en aquel momento. Si Augusto moría, ¿qué ocurriría con la República? ¿Quién ocuparía su puesto? ¿Sus enemigos aprovecharían para eliminar a cualquiera que quisiera hacerse con su legado? Demasiadas incógnitas sobre las que pensar. Demasiadas preocupaciones para un simple centurión de la guardia pretoriana. Pero era imposible dejar la mente en blanco con todo lo que se avecinaba. Si el cónsul era llamado a reunirse con sus antepasados, se dibujaba un escenario complicado para todos. Los fantasmas del pasado y de las guerras civiles volvían a planear sobre las cabezas de todos.

* * * * *

—Al final no tendremos que hacer nada. Los dioses nos han favorecido y han determinado que el tirano sea castigado por su ambición desmesurada. No hay lugar para los reyes en Roma y los dioses lo saben, por eso se han encargado de enviarle ese mal.

—Tanto miedo que tenían algunos, y ahora resulta que al final todo se resolverá de esta sencilla manera. De haberlo sabido, tan solo tendríamos que haber esperado —dijo Fabio a su invitado Calpurnio que había acudido a verle después de enterarse de la situación de su colega.

—Es cierto que haber aceptado su oferta me ha permitido estar más cerca de él y de su entorno. Dispongo de información de primera mano de su estado de salud.

—¿Algo interesante? —interrogó el anfitrión.

—Ayer llegó a su *domus* un nuevo *medicus* que ha hecho traer desde Tarraco. Según me ha explicado Valerio, el jefe de su guardia, ya le asistió hace un tiempo cuando tuvo que abandonar el frente aquejado de su enfermedad.

Justo en ese mismo momento apareció Sexto, que se puso un poco nervioso al escuchar el nombre de su viejo enemigo. Tomó asiento junto a los dos hombres y se sirvió una copa de vino.

—No sabía que Valerio era el jefe de sus matones —dijo el recién llegado.

—¿Acaso le conoces? —preguntó el cónsul.

—¿Su nombre es Tito Valerio Nerva?

—Sí.

—Entonces le conozco —afirmó Sexto.

—¿Y puede saberse de qué? —insistió Calpurnio.

—¿Tú no estabas desde el principio en esto? —preguntó a su vez el recién llegado.

—Puede decirse que soy de los últimos en incorporarme. Hasta hace unos cuantos meses no lo tenía demasiado claro —explicó el cónsul dejando claro que no estaba al corriente de según qué cosas pertenecientes a un pasado que podía parecer remoto.

—¿Tienes tiempo para que te explique una bonita historia?

—Mis obligaciones de hoy ya han terminado, así que no tengo prisa por regresar a mi casa. Además, con mi guardia de lictores, no me importa moverme por las calles de la ciudad después de que anochezca.

—Entonces permite que me sirva un poco más de vino y te pongo en antecedentes —dijo Sexto bajo la atenta mirada de Calpurnio y también de Fabio.

CAPÍTULO XXVI

—Me preocupa tu estado de ánimo, Valerio.

El centurión le acarició la mejilla a su esposa y le dio un beso en la frente.

—Puedes estar tranquila, querida.

—Aunque quieras aparentar que estás bien, sé que en el fondo te asaltan muchas dudas y cuestiones relacionadas con tu papel en todo esto —insistió ella mientras le ayudaba a desvestirse y le lavaba los pies con agua tibia.

—No hace falta que lo hagas, Servilia. Para eso están las esclavas —dijo él mientras la intentaba incorporar.

—Este es el trabajo de una buena esposa romana. Además, siempre he visto cómo mi madre se lo hacía a mi padre, así que no me incomoda complacerte.

—Está bien… Como desees.

Se dejó hacer a la voluntad de ella. Al fin y al cabo era su esposa y, por muy acomodados que estuvieran desde que había sido nombrado jefe de la guardia pretoriana, ella seguía haciendo algunas cosas pese a disponer de varias esclavas que le ayudaban. Sus orígenes eran humildes, y por lo tanto no estaba acostumbrada a que fueran otros los que trabajaran por ella.

—Estás muy hermosa hoy, Servilia.

La muchacha levantó la mirada y sonrió.

—Tú que me ves con buenos ojos, esposo —le respondió.

—Regresar a tus brazos todas las noches me hace olvidarme de todos los problemas del día a día.

—¿Entonces eso quiere decir que los tienes? —interrogó ella con mucha habilidad.

—Te mentiría si te dijera que no —añadió él, dándose por cazado —. Pero no quiero que se pierda la magia de este momento por temas que no te incumben.

—Todo lo que te preocupa a ti, me afecta a mí.

—No en tu estado —dijo él levantándola y acariciándole la barriga de encinta que tenía.

Le quedaban aún unos pocos meses para dar a luz y estaba muy contenta de poderle dar un hijo a Valerio. Después de todo lo que habían tenido que vivir para poder estar juntos… Echaba de menos Tarraco, a sus padres y a sus hermanos, pero las cosas le iban muy bien en la capital. Nunca se habría imaginado que acabaría viviendo en Roma, y mucho menos que lo haría de aquella manera tan cómoda.

Ella, que había tenido que ponerse a trabajar desde muy joven para ayudar a su familia. Siempre se había visto como la infeliz esposa de un mercader de telas perteneciente al *collegium*. Pensó que su función como esposa sería la de engendrar descendencia para un hombre al que no amaría. Pero el *fatum* había sido benevolente con ella. Quien decía el *fatum*, decía Valerio, o la propia Livia, que en realidad había sido la artífice de aquella nueva y próspera vida. Ser la esposa del flamante jefe de la guardia pretoriana era todo un honor. Vivía en una *domus* independiente dentro del recinto enorme que ocupaba la casa del hombre más poderoso de la capital. Disponía de un nutrido grupo de esclavos que le servían, y además, estaba bien considerada por las mujeres de la familia de Augusto. Compartía tiempo con ellas, y la habían aceptado como una más entre ellas pese a no ser de familia aristocrática. ¿Qué más podía pedir a los dioses? Nada, tan solo agradecerles a diario en sus oraciones y en sus rituales, todo lo que le habían dado. ¿Quién iba a pensar que aquella decisión temperamental de solicitar audiencia con Livia en Tarraco le iba a reportar tantos beneficios?

—¿En qué piensas? —le preguntó Valerio que la vio absorta en sus cosas.

—Tan solo en lo afortunada que he sido.

—Compartimos fortuna, entonces —dijo él sacando los pies del cubo de madera y poniéndolos sobre una suave toalla de lino.

—Y pensar que el destino que me esperaba era nefasto.

—¿Es esta la clase de vida que querías? ¿Eres feliz?

—Sin duda. Aunque lo habría sido con el simple hecho de tenerte a ti, Valerio —añadió mientras se afanaba en secarle los pies.

—Hoy ha sucedido algo que me ha llamado la atención.

—¿Puedes explicármelo?

—Por primera vez en varios días, no se me ha permitido entrar a los aposentos del comandante —comenzó a relatar Valerio.

—¿Y cómo es eso? Si eres el jefe de su guardia.

—No lo sé, querida. El general Agripa me ha dicho que el comandante no se encontraba muy bien. Al decírmelo me he sentido afligido y me he temido lo peor, si te soy sincero.

Servilia no supo qué responderle. No quería mostrarse demasiado optimista ya que podía ver reflejada en los ojos de su marido la sensación de angustia.

—Debes confiar en los dioses, Valerio. Tal vez el tratamiento de Musa le ayude a recobrarse. Sus remedios a base de plantas le ayudaron en su día, así que no veo por qué ahora no tendrían que funcionar —dijo ella que sabía algo de plantas medicinales.

—Confío en Musa, y si le ha hecho llamar es porqué él también.

—Es el mejor *medicus* que conozco. Su reputada fama en Tarraco y en toda la provincia Citerior habla por sí sola. Si hay alguien que pueda curarle, no puede ser otro que Antonio Musa —expuso ella tratando de mostrarse convincente.

—Justo cuando me marchaba, he podido observar cómo llegaban varios de los senadores más importantes de la Curia. Entre ellos su colega, Calpurnio Pisón.

—¿Es eso normal?

—Teniendo en cuenta que no puede desplazarse hasta el Senado… Pero lo más importante de todo es que he podido ver desde lejos cómo el general Agripa llevaba en sus manos su anillo —relató Valerio.

—Eso no es normal, ¿no? ¿Significa que le designa cómo sucesor?

—Podría ser, aunque tampoco lo ha nombrado como tal de manera oficial, al menos que yo sepa.

—¿Y qué hay del joven Marcelo? Pensaba que al estar casado con su hija tendría preferencia sobre Agripa —dijo la mujer que parecía estar al corriente de los asuntos de Estado.

—Agripa ha estado con él desde que regresó a Roma tras el asesinato de César. Le conoce mucho mejor, además, es un hombre veterano y con mucha más experiencia que Marcelo. Se ha curtido en los campos de batalla y conoce los entresijos de la misma Roma. Sin duda está muy capacitado para ejercer el papel de Augusto, si los dioses deciden llevárselo.

—¿Y los senadores? ¿Qué opinan?

—Sé que Augusto le ha pasado un informe sobre el ejército y las cuentas de la República a su socio, Calpurnio Pisón. Así que creo que de esa manera deja claro que cuenta con el Senado también.

—¿Crees que se está preparando para el final? —interrogó Servilia sujetándole con firmeza ambas manos.

—Es posible, querida. Y me preocupa lo que pueda ocurrir cuando él ya no esté.

—El general Agripa cumplirá con su papel hasta que Marcelo esté preparado para asumir un cargo de responsabilidad. Entiendo que eso es lo que querría Augusto, ¿no? —añadió la mujer.

—El sentido común me dice que debería ser así. Aunque eso sucedería siempre y cuando el Senado aceptara que otro hombre ostentara el rango que posee el *Princeps*. Y eso ya no lo tengo tan claro.

—Y eso es lo que más te preocupa.

La cara de circunstancia que puso Valerio le delató. Su esposa era una mujer muy perspicaz y había ido conduciendo la conversación por

donde ella quiso hasta llegar a aquel punto.

—No sé cuál sería el papel de la guardia en todo esto.

—¿Y sí se lo preguntas a él? —sugirió ella.

—Había pensado en hablar con el general Agripa ya que Augusto está delicado.

—Me parece una idea excepcional —dijo ella mientras se levantaba y recogía el cubo.

Fue Valerio el que la sujetó por la mano y le dijo:

—En tu estado es mejor que no hagas esfuerzos. Llamaré a una de las esclavas para que se lleve el cubo. Tú deberías descansar.

Servilia sonrió y asintió mientras dejaba el cubo de agua en el suelo. Se estiró en el lecho y se llevó ambas manos a la barriga mientras le decía a su esposo:

—Olvida tus problemas por un rato y hazme compañía.

El soldado obedeció cual si se tratara de una orden, y se acomodó justo a su lado.

—Tienes el don de hacer que todo parezca más sencillo.

—Es mi deber como esposa procurar que sea así —respondió ella.

—En ocasiones pienso que quizás la vida habría sido más sencilla si no hubiera ido aquella noche a la tienda de Marco.

—Es posible, Valerio. Pero quién sabe lo que se hubiera desencadenado de no hacer lo que hiciste. Si los dioses te empujaron a que fueras allí, sus motivos tendrían. Nada sucede porque sí, siempre son ellos los que deciden nuestras acciones. Debes conformarte con todo lo que tienes ahora y darles las gracias.

—Se las doy todos los días cuando me levanto, y todas las noches antes de dormir —respondió.

—Entonces haz lo propio para pedir que Augusto se recupere. Y si los dioses deciden que ha llegado su hora… deberás asumirlo y estar listo para lo que tenga que venir. Es tu deber de soldado.

—Lo sé, querida. Y cumpliré con él.

CAPÍTULO XXVII

No fue necesario pedirle audiencia al general Agripa. Él mismo se encargó de convocar a Valerio. El encuentro fue breve, pero le dejó bien claras cuáles habían sido las instrucciones impartidas por Augusto. Le había cedido el control de todas sus legiones y le había instado a ser fuerte y erigirse como un digno sucesor. Le había expuesto sus planes y le había dicho que debía mostrarse colaborador con los senadores. Sabía que algunos de ellos no estarían de acuerdo con el hecho de que un solo hombre volviera a acumular tanto poder, y que por ello debía hacerles comprender que respetaría las instituciones de la República. Además, le advirtió de que el hecho de no ser de una de las *gens* más antiguas y bien posicionadas de Roma le dificultaría las cosas. Su función era facilitarle las cosas a Marcelo y a Tiberio. Ellos dos eran la esperanza de futuro para el Estado. Serían los dos jóvenes los que encabezarían una nueva generación que debía luchar por cambiar las cosas. Pero era su deber protegerlos de cualquier amenaza, y para cumplir esa función debía valerse de todas las herramientas a su alcance: legiones y guardia pretoriana.

Quedaba claro cuál iba a ser su papel también en todo lo que estaba por venir. Agripa contaba con él y con sus hombres para mantener el orden en la capital. Por lo tanto, le pidió que si en algún momento Augusto partía hacia la otra vida, se mantuviera leal a él y a su familia. Sus hombres serían fundamentales para que todo saliera según lo previsto. No fue un compromiso formal, pero fue suficiente para que Valerio comprendiera que los enemigos del *Princeps* se descubrirían si las cosas no salían como esperaban. Al menos, al hacerlos partícipes, esperaba que nadie se alzara de forma abierta contra Agripa y los jóvenes. Era su deber protegerles a todos y evitar cualquier intento de acabar de raíz con lo establecido. Una función complicada, en cualquier caso, pero que estaba dispuesto a asumir. Le debía todo a Augusto. Su posición al frente de la guardia, su matrimonio con Servilia, así que no tuvo ninguna duda a la hora de ofrecerle lealtad absoluta al general.

—Augusto ha dado órdenes para que una de las legiones acantonadas en la región de Iliria, se desplace hacia el Lacio con instrucciones de estar preparadas ante cualquier evento de índole hostil, si a él le ocurriera algo —le indicó el general.

—¿Leales?

—Su legado es uno de los hombres de confianza del cónsul. Su familia es una de las más influyentes de Roma, y su padre y hermano

mayor forman parte de la Cámara. No habrá problema.

—Espero que no sea necesario verter más sangre —dijo Valerio recordando los convulsos tiempos de las guerras entre romanos.

—Confío en que no, centurión. Pero más vale prevenir y tener a esos hombres cerca por si acaso. Tienes cerca de noventa soldados leales bajo tus órdenes, así que creo que serán suficientes llegado el caso.

—Están a su disposición, general. Al igual que yo… —añadió demostrando de nuevo que compartía su destino.

—Cuento con ello, y aún rezo a los dioses para que nuestro amado *Princeps* no se marche precipitadamente.

—Yo también lo pido, general.

La reunión concluyó de aquella manera, dejando claras las cosas. Llegado el momento, la situación podría tornarse complicada para todos y al menos Agripa había sido prudente al hacerle conocedor de sus intenciones, y de las del mismo Augusto.

* * * * *

—¿Debemos fiarnos de él y de sus intenciones? —preguntó Calpurnio de manera retórica en la improvisada reunión que se había convocado en su casa—. ¿Cuáles son las verdaderas intenciones de sus actos? —insistió dirigiéndose a los senadores y caballeros que habían sido convocados.

Nadie dijo nada al respecto. Todos ellos habían acudido a un encuentro tan importante como aquel. Desde que las noticias de la gravedad en el estado de salud de Augusto se habían hecho públicas, más de uno había recobrado la esperanza de poder regresar a la situación previa a su ascenso. La retirada progresiva de algunos de sus pretorianos de las casas, había permitido flexibilizar la presión sobre ellos. Ya no se sentían tan vigilados y las reuniones podían llevarse a cabo con mucha más facilidad que antes.

—Creo que Agripa será otro tirano cómo él —dijo Antonino, uno de los caballeros más ricos de Roma—. No podemos permitir que se cambie a uno por otro.

—¡Cierto! ¡Tiene el control de la mayoría de las legiones! —añadió el senador Sempronio.

Varios de los presentes apoyaron aquella cuestión.

—Ha sacado a sus pretorianos de nuestras casas por algo. Seguro que los está preparando para asestar un duro golpe. Temo que Agripa sea peor que Augusto. No deja de ser un plebeyo venido a más —dijo Casio, uno de los dos senadores que había confabulado tiempo atrás con Emilio para asesinar a Sexto.

—Deberíamos deshacernos de Agripa cuando Augusto se vaya al reino de Plutón —añadió el anciano Severino, el otro que había sido perdonado por lo mismo—. No será difícil justificarlo, ya que un hombre de su clase no tiene derecho a asumir el control de la República. Esto no habría sucedido en otros tiempos —matizó—. No se habría permitido que le entregara el anillo. Es una ofensa por su parte pretender que se quede con su legado y un insulto al Senado.

—¡Calma, nobles señores! —gritó Fabio que se dio cuenta de que cada uno decía su opinión sin ningún orden—. ¡Dejemos proseguir al cónsul!

Poco a poco los murmullos se fueron apagando, y Calpurnio pudo retomar la palabra y proseguir con su discurso.

—Os entiendo a todos… Me pongo en vuestro lugar y pienso que no deberíamos permitir ese traspaso de funciones a un hombre como Agripa. Pero por otro lado, soy consciente, y vosotros deberíais serlo también, de que es su hombre de confianza, y posee algo mucho más importante que todas vuestras riquezas y propiedades: el mando de las legiones. Posee su lealtad y la de sus oficiales de alto rango. Además, cuenta con la confianza de gran parte de los miembros de la Cámara, y eso nos coloca en una situación complicada —expuso el cónsul con buen criterio—. ¿Acaso queréis iniciar una nueva guerra civil que estaría condenada al fracaso? ¿Disponemos de legiones leales suficientes para hacer frente a todas las que tiene Agripa? Seamos realistas… Solo con los pretorianos que tiene a su disposición en Roma, puede acabar con cualquier resquicio de resistencia por nuestra parte.

«No es tan estúpido como creía», pensó Sexto. Había observado cómo ese hombre sabía aplicar la lógica y el sentido común a la hora de enfocar un posible escenario tras la muerte del tirano. De nuevo salía a la palestra la guardia pretoriana, y con ella le vino a la mente de nuevo el nombre de quien la dirigía: Valerio. Su viejo enemigo volvía a estar en Roma. Por eso, los últimos meses había procurado salir lo menos posible de la *domus* de su anfitrión. Había optado por dejarse crecer de nuevo el cabello y la barba para tratar de parecer menos reconocible, ya que no le apetecía cruzarse con él por casualidad y abandonar el mundo de los vivos. Menos ahora que las cosas le iban mucho mejor y había podido recuperar la confianza de los conspiradores.

—¿Entonces qué propones? ¿Tenemos que asumir que Agripa se convierta en otro Augusto? —preguntó Sergio, uno de los senadores que se había mantenido en silencio hasta entonces.

—Su legado tiene en cuenta también al Senado —explicó

Calpurnio—. Me pasó un informe del estado de las cuentas y de las legiones, así que eso significa que su intención no es que Agripa se convierta en un tirano.

—Has pasado demasiado tiempo con él estas últimas semanas —dijo el viejo Severino—. Desde que te concedió el consulado, parece que le ves de otra manera.

Calpurnio miró de soslayo a Fabio y trató de contenerse para no saltar. Suavizó el tono de voz para dirigirse al viejo senador:

—Le he visto poco, ya que no está muy bien de salud… Pero eso no significa que simpatice con él. De ser así no estaría con vosotros aquí.

—Eres de los que menos tiempo llevas —añadió Sergio mostrándose poco respetuoso.

—¡Ya está bien! —exclamó Fabio interviniendo—. ¡Una cosa es que deis vuestra opinión y otra muy distinta que dudéis de la lealtad de Calpurnio! ¡Os recuerdo que fuimos todos los que le convencimos para que aceptara el cargo que le ofrecía Augusto! ¡Él no lo quería! ¿Ahora vais a dudar de su lealtad?

De nuevo Fabio volvió a mostrar lo elocuente que era. Sexto admiraba cada vez más a su amigo. Si al inicio se había mostrado como un hombre de perfil bajo, desde que Emilio había desaparecido, sus capacidades habían emergido de allá donde estuvieran guardadas. Admiraba a esa clase de hombres y sobre todo los respetaba.

—¡Todos queremos lo mismo! —gritó Casio—. ¡No queremos que la República muera en manos de un plebeyo! ¡No deja de ser un militar que no entiende de política! ¡¿Cuál es el futuro que le espera a Roma?! ¡Os lo contaré!… ¡Convertirse en una potencia regida por un militar al estilo de los reinos helenísticos o de los de la zona de Oriente!

—¡No te falta razón, querido Casio! —dijo interviniendo Sexto que había dado unos pasos al frente para acercarse al grupo—. Es un escenario bastante realista el que expones. Pero os estáis olvidando de algo, o más bien dicho de alguien…

Todos los presentes, incluido el cónsul se quedaron en silencio. Observaron a Sexto con interés. Era especialista en captar la atención del público cuando se lo proponía.

—¿De quién? —preguntó al cabo de un rato el mismo Casio.

—De Marcelo… —respondió.

Fabio le miró asintiendo levemente.

—El muchacho se perfilaba como su sucesor natural. Es de noble cuna y está casado con su única hija… ¿No creéis que le habrá molestado que su suegro le haya entregado las riendas de la República

a Agripa en lugar de a él?

—¿Qué estás sugiriendo? —inquirió el mismo senador.

—Tan solo os dibujo un escenario menos catastrofista. Se trata de que sembremos la discordia entre ambos para atraer a nuestra causa a un joven que puede ser manipulable. Él es el verdadero y único heredero de Augusto, y debemos hacerle ver que es el único que puede salvar a Roma del caos en el que podría sumirlo Agripa.

* * * * *

—Creo que tu idea les ha gustado a todos. Estoy contento de que vuelvas a ser el de antes.

—Sin tu confianza y tu sinceridad a la hora de explicarme los planes de Emilio no habría sido posible. Agradezco todo lo que has hecho por mí, y devolvértelo es lo menos que puedo hacer —respondió Sexto alzando la copa y saludando a Fabio.

—No me debes nada. Ya sabes cómo soy y si hubiera continuado adelante con la traición no habría podido vivir con ello.

—Eres un hombre noble y los dioses te han bendecido por ello —añadió Sexto.

—Todo lo que hago es por el bien de la República.

—Lo sé, amigo. A mí no hace falta que me convenzas de nada. Sé que de todos los que forman parte de la conspiración, tú eres el que se mueve más por un interés general. El resto, aunque parezca que lo hacen por Roma, en el fondo quieren sacar algún provecho personal.

—No todos, Sexto. Hay hombres que creen fervientemente en la causa y arriesgan mucho. No soy el único que lo hace por convicción —le corrigió su anfitrión.

No le iba a llevar la contraria en aquel preciso instante. No quería desilusionarle ahora que había ofrecido una buena solución a lo que se aventuraba como un posible problema. Pero había detectado con el devenir de las reuniones y encuentros que habían llevado a cabo, que algunos de los senadores y caballeros que se habían implicado en la conjura, tenían más intereses personales que generales con la muerte de Augusto. Él, que había vivido situaciones parecidas a esa, podía ver que cuando se pone en peligro la riqueza y el patrimonio de los potentados, estos son capaces de hacer cualquier cosa por seguir poseyendo más que el resto. Algunos, no todos por fortuna, de los que componían aquel nutrido grupo, se habían visto afectados por las medidas políticas, económicas y sociales implantadas por el *Princeps*, y se habían unido al grupo simplemente por proteger lo que era suyo. Los ideales de salvar a la República quedaban al margen, o al menos en un segundo plano. Pero no se lo quería decir a su amigo. No quería

que perdiera la ilusión ahora que los dioses parecían querer hacerles el trabajo. Tantos años intentando conseguir deshacerse de aquel tirano, cuando tan solo tenían que haber aguardado a que su mala salud se encargara de hacer lo que ellos habían sido incapaces. El camino había quedado sembrado de muertos y las manos manchadas de sangre.

—¿Crees que funcionará? —le preguntó Fabio devolviéndole a la realidad.

—No estoy seguro, aunque no perdemos nada por intentarlo. Debemos atacar al punto más débil que tiene, y es que como joven de buena familia que es, no le falta ambición… Si yo estuviera en su pellejo, no me habría gustado nada que Agripa hubiese pasado por delante —dijo muy convencido.

—Es su propio sobrino y un hombre que no es ni de la familia ha sido declarado su sucesor. Es cierto que puede estar molesto por ello.

—Calpurnio es un hombre de recursos y sabrá atraerlo a la causa. Además, cuenta con el apoyo de Murena, que está muy bien posicionado y le ayudará. Según dijo en la reunión, conoce al muchacho desde que era un mocoso.

Contar con dos hombres influyentes y poderosos, serviría para que Marcelo confiara en ellos. Atraerlo a su causa sería algo sencillo y convencerle después de que la sucesión debería haber recaído en él sería pan comido.

—¡Porque los dioses nos den la merecida recompensa de una vez! —exclamó Fabio alzando su copa.

—Que te escuchen, amigo…

CAPÍTULO XXVIII

Aquellos días comenzó a fijarse que Calpurnio acudía con frecuencia a casa de su colega de consulado. Eso no le parecería extraño de no ser por ir acompañado de otro hombre al que no había visto antes. Era un senador, ya que vestía la toga correspondiente a su cargo. Los había visto pasear por los jardines de la *domus* acompañando al joven Marcelo. No se le escapaba nada y prefería tener todos los sentidos puestos en lo que ocurría a su alrededor. Esa era su función, y Agripa había depositado en él toda su confianza. En cualquier momento podía acontecer la terrible noticia y tendrían que estar preparados para actuar. Por eso era importante fijarse en los detalles.

—¿Valerio?

Se dio la vuelta y abandonó el alfeizar de la ventana de la estancia que usaba como despacho. Era Aurelio que estaba allí sentado revisando un documento.

—Sí, perdona…

—¿Qué te ocurre? —le interrogó su segundo.

—Me preocupa ver a Marcelo tan cerca de Calpurnio y el otro hombre que siempre va con él. ¿Sabes quién es?

—Les pregunté el otro día a Pompeyo y Mario que estaban de guardia en el acceso de la *domus*. Me dijeron que es un tal Licinio Murena. Es uno de los hermanos de Terencia, la esposa de Mecenas.

—¿De Cayo Mecenas?

—Del mismo —confirmó su *optio*.

Valerio se rascó la barba.

—¿Qué sucede?

—No me gusta que esos dos merodeen alrededor del muchacho. Parecen aves de presa. Su acercamiento me parece muy oportuno —expuso el centurión un poco molesto.

Era consciente de que Marcelo era un joven voluble. Calpurnio había sido enemigo de Augusto durante las guerras civiles, con el peligro que ello conllevaba. Aunque ahora fueran colegas de magistratura, eso no significaba que estuviera libre de sospecha. Podría ser uno de los que habían conspirado contra su vida en Hispania tiempo atrás. De hecho su pasado era una losa que pesaba sobre él como si fuera una sombra de sospecha. Sobre Murena no sabía nada, pero había algo en él que no le gustaba.

—¿Lo dices por el tema de la sucesión?

—Estaría bien vigilarlos de cerca. ¿Tienen hombres hospedados en sus casas? —preguntó Valerio.

Su segundo cogió otro pergamino de encima del escritorio y lo revisó.

—No… Con la movilización de estos últimos días, he tenido que reforzar los turnos de guardia y me he visto forzado a prescindir de algunos de nuestros informadores. Además, desde que asumió el consulado, Augusto ordenó que le retiráramos esa carga. ¿Ya te has olvidado?

—Claro… ¿Tampoco Murena?

El *optio* volvió a mirar el documento.

—Tampoco.

—Podrías comentárselo al general. Quizás sea conveniente que lo sepa antes de organizar nada a sus espaldas —le sugirió Aurelio que ya conocía a su superior y amigo.

Valerio se acercó de nuevo al alfeizar de la ventana y observó cómo los tres hombres seguían conversando en un rincón del jardín. Meditó la propuesta que le hizo su segundo durante un instante.

—Será lo mejor. Pero mientras lo hago y él me responde, quiero que te lleves a dos de los nuestros y sigáis a ese Murena. Con discreción. Quiero que me digas con quién se reúne, a qué hora va a las letrinas y si es necesario si se acuesta con alguna esclava o esclavo. No le quites el ojo de encima.

Aurelio se incorporó y respondió:

—Muy bien. Me llevaré a Domicio y a uno de los hombres que han llegado hace poco, Marcio, que viene de la frontera del Rin. A esos no los ha visto aún.

—Perfecto —dijo el centurión—. Una cosa más, Aurelio.

—Dime.

—Estate atento por si le ves a él también. Es muy posible que esté por la ciudad, y si ese Murena tiene algo que ver con la conjura, es probable que puedan reunirse —añadió Valerio.

—Nadie le ha visto en todo este tiempo.

—No me fio. Las palabras de Rutilio todavía resuenan en mi cabeza —expuso con confianza.

—Estaré atento. No te preocupes.

Esperó a que su segundo abandonara la estancia antes de volver a la ventana. Los dos hombres y Marcelo estaban sentados en un banco de mármol conversando de manera animada. Desde que llegaron a Roma, no se había vuelto a preocupar por Sexto, pero ahora que comenzaba a ver elementos sospechosos por todas partes, recordó las palabras del lictor que atentó contra ellos en Tarraco. Se había confiado demasiado y había bajado la guardia. Tal vez no era trabajo suyo, pero tenía que proteger los intereses de Augusto, que pasaban en

ese momento por ser los mismos que los de Agripa. Los conjurados se habían mantenido escondidos durante mucho tiempo, pero aquella oportunidad era la idónea para reaparecer. Temía que el sobrino y yerno del cónsul fuera uno de sus objetivos inmediatos. Estaba convencido de que no le matarían, pero sí que era probable que quisieran aprovechar la coyuntura para enfrentarlo al general. Al menos eso era lo que él haría si fuera uno de ellos. Debía evitar que eso ocurriera. Movilizar a sus hombres era la mejor opción que tenía. Debía anticiparse a la posible jugada de aquellos traidores. Estaba seguro de que Agripa le daría la autorización para llevar a cabo la vigilancia sobre Murena, así que eso no le preocupaba. Pero pensar que él pudiera estar en Roma, le estremecía. Simplemente saber que existía la posibilidad de que aún caminara entre los vivos y que planeara desde las sombras un nuevo ataque, le provocaba tensión. Rogó con todas sus fuerzas que la información facilitada por el desaparecido lictor fuera falsa y que los dioses del inframundo lo tuvieran ya junto a él… Pero algo en su fuero interno le decía justo lo contrario.

* * * * *

—Nos iremos alternando en el seguimiento para que no sospeche nada.

Los dos antiguos legionarios y ahora miembros de la guardia pretoriana asintieron al recibir la orden.

—Sobre todo quiero que mantengáis una distancia suficiente para pasar desapercibidos. Pero no os separéis mucho del objetivo para no perderle, ya que a estas horas las calles suelen estar llenas de gente —continuó diciendo Aurelio—. Empezaré yo en primera instancia y vosotros iréis por el otro lado de la calle. Cuando gire la primera esquina, tú —dijo señalando a Domicio—, te colocarás en mi posición, y yo pasaré a la de Marcio. Cuando doble la siguiente, Marcio ocupará el tuyo y tú pasarás a mi puesto. Lo haremos de manera sucesiva para que no vea siempre a la misma persona siguiéndole.

—¿Hasta cuándo tenemos que estar vigilándole? —preguntó Domicio.

—Valerio no me ha dicho nada. Depende de lo que veamos que hace. Prestad atención a la gente con la que se reúne y sobre todo, tú que le has visto la cara, estate atento por si aparece Cayo Sexto Apuleyo.

Todos los viejos compañeros de la centuria que estaban con ellos desde el viaje a Tarraco, ya habían sido puestos al día de aquel dato hacía tiempo. Desde que emprendieron el viaje de regreso a Roma,

para ser más exactos. Valerio los había reunido y les había facilitado la información que le habían sonsacado a Rutilio.

—¿De quién habláis si puede saberse? —interrogó Marcio que no entendió nada.

—Se trata de un viejo conocido nuestro de Hispania. Alguien que forma o formaba parte de la conjura que intentó acabar con la vida de Augusto —explicó Domicio.

Aurelio le puso al día haciendo un resumen de todo lo acontecido. El guardia comprendió perfectamente el riesgo que suponía un personaje como ese.

—Aunque no le he visto nunca, estaré atento. Si aparece, ¿qué tenemos que hacer?

—Por el momento nada… —respondió Aurelio—. Solo se nos ha pedido que vigilemos a Murena, y que informemos de todos sus movimientos y de las personas con las que se reúne.

Se habían vestido para la ocasión. Dejaron sus túnicas militares y el *cingulum*, y se pusieron algo más discreto. Llevaban su espada, pero oculta bajo la capa que se habían colocado sobre los hombros. Una vez estuvieron listos, salieron de la *domus* y se colocaron al otro lado de la avenida. Solo tenían que aguardar a que su objetivo abandonara el recinto para comenzar con su misión.

CAPÍTULO XXIX

La salud de Augusto mejoró sustancialmente en pocos días. Pasó de estar a punto de reunirse con sus antepasados, a revivir paulatinamente. Los cuidados de Musa y sobre todo sus tratamientos innovadores le insuflaron un hálito de vida. Aunque todavía estaba demasiado débil, la esperanza de que se recobrara fue en aumento día tras día. Era pronto para ilusionarse, pero al menos iba por el buen camino.

—¡Salve, centurión Valerio!

—¡Salve, general! —respondió este.

—Gratitud por acudir a mi llamada —comenzó diciendo Agripa—. Parece que los esfuerzos de Musa y las oraciones que hemos elevado todos a los dioses están surtiendo efecto —añadió cuando le invitó a sentarse.

A él también se le veía mucho más animado. No era un hombre demasiado dado a la comunicación. Rara vez elaboraba frases demasiado largas y en ocasiones eso le hacía parecer frío y distante. Con el paso del tiempo y la costumbre, Valerio ya le conocía mejor. Aunque daba la sensación de que era un poco irascible, en el fondo era un buen hombre. Humilde y respetuoso con los demás, y ante todo, nada ambicioso. La noticia de la rápida mejoría en el estado de salud de su amigo, le quitó algo de presión. Se le notaba más afable que en las últimas semanas, y eso era porque seguramente no le apetecía tenerse que hacer cargo de dirigir la República si este moría. Marco Vipsanio Agripa no estaba hecho para la política. Era un soldado de los pies a la cabeza. Sin duda había nacido para comandar ejércitos y, cuando lo hacía, estaba feliz. Por eso, cuando Augusto delegó en él su anillo y le cedió la tarea de continuar su proyecto político, se había sentido sobrepasado. Como militar que era, habría sido incapaz de lidiar con el Senado sin acabar usando la fuerza o la violencia. Estaba convencido que, entre el general y la Cámara, habría habido una tensa e incómoda relación. No era como el *Princeps*. Podría afirmar con certeza casi absoluta, que ambos hombres se complementaban a la perfección. El uno suplía las carencias del otro. Era una especie de relación simbiótica, en la que cada cual aportaba su experiencia. Esa era la sensación que él tenía al menos.

—Eso parece, general —respondió Valerio.

—¿Qué hay de Murena? ¿Han averiguado algo tus hombres?

—Nada fuera de lo normal —reconoció el centurión que había ido recibiendo informes diarios de Aurelio.

—Mejor que sea así. No quisiera que Marcelo recibiera malas influencias. Es todavía muy joven e inexperto.

Agripa se llevó la mano a la barba poblada que tenía y se la rascó. No era muy habitual que se la dejara larga, y menos estando en Roma, pero las preocupaciones de las últimas semanas le habían impedido afeitarse como era debido.

—¿Y de nuestro amigo? ¿Alguna noticia que confirme que pueda estar vivo y en Roma?

—Tampoco hay nada, general —respondió Valerio.

—Debemos ser cautos en todo caso. Que no se le haya visto, no quiere decir que no esté merodeando por la ciudad.

—Comparto su opinión, señor.

—Además, cuando se sepa que Augusto está recuperándose, tal vez decidan actuar de nuevo. No sé cómo de desesperados estarán cuando se enteren de que nuestro amado *Princeps* tiene pensado quedarse con nosotros para seguir dirigiendo la República —afirmó el general.

—No bajaremos la guardia, general.

—Así me gusta, centurión —dijo Agripa—. Y disculpa si estos últimos días me he mostrado un poco frío contigo. No era mi intención, pero me he tenido que ocupar de muchos asuntos.

—Lo comprendo, general. No debe disculparse conmigo.

—Sé que el cónsul te tiene en muy alta estima y, aunque nunca antes te lo haya reconocido en privado, te agradezco todo lo que has hecho por mantenerle a salvo —se sinceró Agripa.

—Es mi deber como soldado, señor.

—Lo sé, pero el mío como general es reconocer los méritos a mis subordinados, y creo que era de ley que te lo hiciera saber.

—Gratitud, entonces —respondió Valerio haciendo una leve reverencia.

—Por cierto, ¿cómo se encuentra tu esposa? Sé que está encinta.

—Muy bien, general.

—Transmítele mis felicitaciones también a ella. La llegada al mundo de un hijo, y más cuando es el primogénito, es una magnífica noticia —señaló Agripa con una amplia sonrisa.

—Se lo haré saber.

—Que tus hombres continúen con la vigilancia de Murena y su círculo —añadió cambiando de tema y volviendo a su rictus serio más habitual—. Cuando Augusto esté recobrado del todo, valoraremos la opción de ampliar ese seguimiento a otros senadores.

Valerio asintió justo antes de saludarle y abandonar la estancia. Sonrió mientras pensaba que aquel hombre podía respirar tranquilo al quitarse tan magno peso de encima de sus hombros. Volvía a ser

simplemente el general y se le veía más relajado. Le sorprendió sobremanera que le agradeciera todo lo que había hecho por su amigo, y en el fondo se sintió algo reconfortado. El reconocimiento de alguien como él era algo poco habitual y muy gratificante. Justo estaba sumido en esos pensamientos cuando escuchó que alguien le llamaba:

—¡Valerio!

Se dio la vuelta y vio que se trataba de Antonio Musa, el *medicus* de Augusto.

—¡Salve Antonio! —respondió acercándose hasta él.

El griego hizo una leve reverencia.

—Me alegra verte… Precisamente te andaba buscando.

—¿A mí? ¿Qué necesitas?

—El *Princeps* quiere que te reúnas con él en su alcoba —le indicó.

—¿Se encuentra mejor entonces?

—La fiebre ha remitido bastante con las compresas de agua fría que le he ido poniendo, y los dolores abdominales también. Está evolucionando favorablemente y espero que en pocos días pueda levantarse de la cama y salir al exterior para que le dé un poco el aire. Le vendrá muy bien —explicó Musa.

—Traerte de Hispania fue la mejor decisión que tomó. Deberías haber venido con nosotros y nos habríamos ahorrado todo esto. La situación era crítica, Antonio. Me atrevo a afirmar ante todos los dioses, que, gracias a ti, la República se ha salvado.

Musa hizo un gesto con la mano tratando de restarle importancia a las palabras del centurión.

—Yo solo hago mi trabajo, que es salvar vidas.

—Pues entonces te aseguro que has salvado muchas. No solo la del cónsul.

Era un hombre muy humilde. Sus conocimientos en materia de medicina eran impresionantes, tal y como había demostrado de nuevo, pero no presumía de ello. Ya le había dicho en Tarraco, tiempo atrás, que algunos de sus colegas de profesión, le habían criticado por su manera de tratar a los pacientes. Pero incluso así, él se había mantenido firme en sus creencias y había continuado salvando muchas vidas. Desde luego podía estar muy satisfecho de sus acciones.

—¿Me acompañas? —le preguntó invitándole.

—Por supuesto.

Ambos hombres recorrieron el largo pasillo que comunicaba un ala de la enorme propiedad con la otra, en la que residían el cónsul y su familia. Llegaron hasta la puerta, donde había dos de los pretorianos fijos montando guardia. Musa golpeó la puerta y espero a que alguien

desde dentro la abriera. Se trataba de Livia. Hacía días que no la veía por la casa. Estaba seguro de que había estado día y noche junto a su esposo. Se la veía fatigada y con ojeras, aunque en aquel instante esbozó una sonrisa y dijo:

—Adelante, centurión… Te está esperando.

Accedió al interior dejando a Musa fuera. Livia le acompañó hasta los pies del lecho donde descansaba Augusto. Estaba dormido, aunque el color pálido de su rostro no era tan intenso como días atrás, cuando lo vio por última vez. La mujer se acercó hasta él y le susurró al oído:

—Querido… Tienes visita.

Al momento, Augusto abrió los ojos y observó fijamente a su invitado. Le reconoció de inmediato y sonrió.

—Disculpa que te reciba de esta guisa, centurión —dijo el hombre más poderoso de la República.

—Su aspecto es inmejorable, comandante —respondió Valerio que sabía que le gustaba que le llamaran por su rango militar.

—Mientes muy mal.

—No miento, señor. Comparado con hace unas semanas, está mucho mejor —sonrió el jefe de su guardia.

—Me alegra seguir en el mundo de los vivos.

—Los dioses no lo van a tener fácil si se lo quieren llevar. Tiene muchos asuntos aún de los que ocuparse —añadió Valerio.

—Cierto, aunque todo a su debido tiempo —intervino Livia.

Ambos hombres sonrieron.

—Por supuesto, querida… Lo primero es recuperarme.

—Os dejaré solos un rato. Iré a supervisar los preparados de plantas con Musa, para que los esclavos no se equivoquen —añadió ella que sabía que su esposo quería conversar en privado con Valerio.

Le dio un cálido beso en la frente y se despidió del centurión poniéndole con suavidad una mano sobre el hombro.

—Ella sí que es una bendición de los dioses, Valerio —sonrió el cónsul.

—Es usted un hombre afortunado, comandante —respondió.

—No menos que tú… Por cierto, ¿cómo está tu esposa?

—Muy bien, señor.

—Me alegra saberlo. Acércate un poco más —le indicó haciéndole un gesto con la mano derecha.

Valerio obedeció y se colocó a la diestra de Augusto.

—Verás, aunque he estado enfermo y ha habido momentos en los que me he visto más en la otra vida que en esta, no he perdido de vista todo lo que ha ocurrido a mi alrededor. Es probable que más de uno lamente profundamente que no haya iniciado mi viaje. No sé si

me explico.

—A la perfección, comandante.

—Es ahora cuando tenemos que estar preparados —añadió.

—Pienso lo mismo, y ya se lo he comentado al general Agripa.

—Lo sé. Me lo ha dicho.

—Me he tomado la libertad de iniciar una vigilancia discreta sobre uno de los senadores, Licinio Murena, señor —explicó Valerio.

—¿Hay algo en él que te haga sospechar?

Valerio le explicó brevemente lo que había observado.

—Marcelo es joven y por lo tanto influenciable. Y puedo llegar a entender que le haya molestado la decisión que tomé cuando veía a la muerte que venía a reclamarme. Un joven tan enérgico y con tanta proyección política como él, puede haber interpretado que le apartaba de la línea de sucesión. Aunque en realidad, entregarle el anillo a Agripa fue la mejor decisión que pude tomar. Le escogí para que protegiera mi legado y a la República. Necesitaba un hombre fuerte y capaz en mi ausencia, Valerio. ¿Me entiendes, no?

—Por supuesto, comandante.

—Estoy convencido de que tu instinto no va errado con Murena. Además, Calpurnio es muy probable que también tenga algo que ver con lo que ocurrió en Hispania. Tenerle de colega responde a poderlo vigilar más de cerca, a la vez que me permite mostrarme conciliador con los viejos enemigos que lucharon contra mí hace ya muchos años —explicó en un alarde de sinceridad Augusto.

—¿Pretende que cambie de opinión?

—Tal vez no lo haga, pero al menos, suavizaré la situación para sembrar la duda en más de uno. Porque estoy convencido de que son más de los que creemos.

No era una mala idea la que planteaba el cónsul. No había emprendido ninguna acción punitiva contra nadie después de que le hubieran intentado asesinar hasta en dos ocasiones. Tras su regreso a Roma, se había mostrado muy conciliador, y había abierto las puertas de la mayor y más importante de las magistraturas a los que siempre habían sido sus rivales. ¿Existía acaso una mejor manera de provocar la discordia entre los que conspiraban contra él?

—Pero debe mostrarse contundente con aquellos que atentan contra el orden establecido, comandante. No pueden quedar impunes tras haber organizado semejantes intentos de magnicidio.

—Todo a su debido tiempo, Valerio. Por ahora no hay prisa —sonrió—. Cuando esté recuperado del todo, comenzaré a mover ficha. Hasta entonces, continúa con lo que estás haciendo. Tienes toda mi confianza.

—Gratitud, comandante —respondió haciendo un leve movimiento con la cabeza.

—Ahora si me dejas solo… Necesito descansar…

Valerio se retiró dejando a Augusto medio adormilado. Todavía estaba débil y necesitaría tiempo para recobrarse.

CAPÍTULO XXX

La noticia de la milagrosa recuperación de Augusto se extendió por la ciudad a toda velocidad. El pueblo de Roma se alegró sobremanera, ya que el hombre que dirigía la República se había recobrado. Le tenían en mucha estima, y más desde que había regresado de la guerra. Nada más volver, el *Princeps* entregó a cada ciudadano de Roma la cantidad de cuatrocientos sestercios para conmemorar su victoria contra los cántabros y astures. Y cuando aquel mismo año las cosas vinieron mal dadas, y se produjeron una epidemia y un desbordamiento del río Tíber a su paso por la ciudad, que segó la vida de muchas personas, fue él mismo quien utilizó su riqueza personal para llevar a cabo doce entregas de grano a cerca de doscientos cincuenta mil varones adultos de la capital. Eso sirvió para aliviar la carestía que se había producido por las malas cosechas sufridas. Todas esas acciones le habían granjeado la admiración, el respeto y el cariño de las clases más populares. Y es que Roma era la plebe. Por eso amaban tanto a su tirano. A los que no tenían nada o casi nada, les daba igual quien los gobernara. Para ellos la República no era tan importante. No era más que una idea que quedaba fuera del alcance de sus manos. Si un solo hombre se hacía con las riendas del poder, mientras les diera obsequios o grano gratuito, no se iban a quejar. Por eso César había sido tan querido por el pueblo, y por eso Augusto sabía a quién tenía que ganarse para convertirse en el dueño y señor de todo.

Pero aún quedaban hombres con ideales fuertes. Hombres que defenderían a la República a toda costa. Hombres que no se iban a dejar amilanar por un tirano por muchas legiones que tuviera bajo su mando, o por muchos guardias pretorianos que velaran por su seguridad. Encontrarían la manera de deshacerse de él y enviarle con su tío a la otra vida.

—Son malas noticias… Muy malas.

—Opino que deberíamos seguir ganándonos el favor del joven Marcelo —sugirió Sexto.

—¿Y de qué nos va a servir eso si Augusto volverá tarde o temprano a ocupar su puesto? —preguntó Calpurnio a los otros.

Solo eran cuatro en aquella ocasión. El encuentro se había organizado precipitadamente y no habían tenido tiempo de avisar a todos. Algunos de ellos estaban fuera de la ciudad, ocupándose de sus negocios o descansando, mientras que otros todavía tenían algunos invitados no deseados en sus casas. Era demasiado arriesgado convocarlos, porque se podrían levantar sospechas si abandonaban sus

casas de aquella manera tan inesperada. Por ello, Fabio había preferido reunir solo a Calpurnio, por las facilidades que le otorgaba su cargo consular, y a Murena, que no tenía pretorianos hospedados en su casa. Ellos eran los que realmente podían aportar algo de sensatez a lo que estaba ocurriendo y tratar de encontrar alguna solución, si es que la había. Ya informarían después a los demás.

—Si conseguimos que su sobrino simpatice con nuestra causa, o al menos, que coja confianza con alguno de nosotros —dijo Sexto señalando a Murena que era el más cercano al muchacho—, tendremos más oportunidades de acercarnos hasta él y poder actuar.

—No es mala idea —añadió el aludido—. Además, últimamente tenemos largas e interesantes conversaciones sobre política.

—¿Y qué te dice? —inquirió Fabio interesado.

—Es un defensor acérrimo de la República. No hay duda de ello. Pero sigue pensando que Augusto hace las cosas bien, y que sus acciones van encaminadas en pro de defender los valores que esta representa.

—Entonces no le ve como el tirano que es en realidad —sugirió Calpurnio.

—De momento no… Pero podemos hacer que cambie de opinión.

—Difícil siendo quien es —intervino Fabio.

—Señores, centrémonos más en lo que necesitamos, y no tanto en lo que deseamos —interrumpió Sexto que estaba viendo que aquellos tres estaban enfocando mal el asunto.

Los tres le miraron con sorpresa, ya que no parecieron entender el significado de sus palabras. Los sacó de sus dudas rápidamente.

—¿Para qué necesitamos al muchacho? ¿Acaso queremos inculcarle algo en lo que no cree? ¿Vamos a hacer que se vuelva contra el hombre que le ha facilitado el acceso a su *cursus honorum* antes que a cualquiera de su edad? ¿De verdad creéis que arriesgaría todo lo que posee por unos ideales que ponen en peligro la vida de su valedor? Seamos menos ambiciosos en nuestras pretensiones. No apuntemos tan alto y limitémonos a obtener un pequeño beneficio en lugar de quedarnos con todo y exprimirlo al máximo.

—No te estoy entendiendo —dijo Murena un poco confuso.

Calpurnio en cambio sonrió.

—Sabias palabras, querido Sexto. A veces pienso que deberías ocupar una silla en la Curia junto a nosotros.

—Ese no es mi deseo —respondió haciendo una reverencia en agradecimiento—. Me conformo con hacer lo que más me gusta sin tenerme que inmiscuir en asuntos políticos.

—Lo que haces no deja de ser política en todo caso —insistió el

cónsul.

—Solo en parte. Me quedo con lo menos aburrido.

—Afortunado entonces.

—Dejemos las alabanzas y los halagos para otro momento —intervino Murena que estaba impaciente—, y sacadnos de dudas.

Fue Calpurnio el que habló.

—Lo que nuestro amigo sugiere es que debemos ganarnos a Marcelo para poder llegar a Augusto. No es necesario que nos esforcemos en convencerle de algo en lo que no cree, simplemente tenemos que usarle como medio para poder acercarnos hasta el cónsul.

—¿Y sembrar la desconfianza entre ellos? ¿Sería una opción? —preguntó Fabio.

Ambos hombres se miraron y en aquella ocasión fue Sexto el que le respondió a su amigo.

—Pues no es mala idea, Fabio… Siempre puede ser otra vía por la que conseguir lo que pretendemos.

—Tracemos entonces un plan de actuación y posteriormente lo expondremos al resto. Todavía no está todo perdido —dijo Calpurnio alzando su copa de vino al aire e invitando a los demás a brindar por el éxito.

* * * * *

—¿Sabes a quién pertenece esta casa?

—No… —respondió Aurelio—. Pero recuérdame que mañana empiece a hacer gestiones para averiguarlo.

—Es raro que haya venido hasta aquí a altas horas de la noche —sugirió Furio a los demás.

—Lo es —respondió el *optio*.

Llevaban más de dos semanas tras los pasos de Murena. Le habían seguido prácticamente todo el día y le habían vigilado por la noche. Se habían ido turnando con otros de los guardias para poder ir descansando. Aquellos últimos días había sido un poco frenéticos, ya que Valerio les había ordenado seguir a unos cuantos senadores más. Se crearon grupos de tres y cuatro hombres para encargarse de los seguimientos. Se intercalaban entre ellos y cambiaban cada dos o tres días para que el objetivo no sospechara nada. Al disponer de tantos hombres, gestionar los turnos y los grupos era algo muy sencillo. Él se había encargado de Murena, ya que se lo había tomado como un encargo personal de su amigo. Había sido el primero de la lista, por lo tanto, el que más sospechas levantaba. Además, Valerio le había ido informando de que Augusto estaba al corriente de la operación que

habían organizado y de que daba su autorización para continuar con ella. Hasta aquella misma noche no había observado ningún movimiento fuera de lo normal, pero la salida nocturna a altas horas de la madrugada, y la visita a aquella *domus* le pareció rara.

—Lleva ya un buen rato ahí dentro —dijo Servio Petronio, un antiguo legionario de la undécima que había estado acantonada en la región de Iliria.

—Lo sé, pero no nos queda más remedio que esperar a que salga —respondió Aurelio.

—¿Y si se queda toda la noche? —interrogó Furio un poco malhumorado por haberse tenido que poner en marcha a toda prisa cuando era el que estaba durmiendo en el momento de la salida de Murena.

—Entonces nos quedaremos aquí toda la noche también.

Comprendía que sus hombres estaban fatigados y tal vez un poco hastiados de tener que dedicarse a seguir a algunos senadores por las calles de la ciudad. Aquella no era la función de una guardia de corps. O al menos no era la más habitual. Aunque la situación era excepcional, y debían considerarse privilegiados por haber sido escogidos para formar parte de aquella unidad. Vivían bien, comían bien y, además, tenían una paga superior a la de cualquier legionario. No estaban expuestos a las duras condiciones de una campaña militar en cualquiera de las lejanas fronteras. ¿Qué más podían pedir?

—Aprovechad para dormir un poco si queréis. Ya me quedo yo vigilando —les indicó Aurelio.

—Pues no te voy a decir que no —respondió Furio con cierto sarcasmo, estirándose sobre la hierba que había en una zona ajardinada que quedaba cerca de la casa y en la cual se habían escondido para pasar desapercibidos.

—Descansa tú también, Petronio.

—Puedo aguantar aún. Solo llevo dos días con vosotros, y estoy más fresco —añadió mirando a su compañero que ya estaba con los ojos cerrados.

Ambos se miraron y sonrieron.

—¿Siempre cae tan rápido? —le preguntó el pretoriano.

—Esta vez ha tardado más que otras.

—No sé si eso es una bendición de los dioses, o es más bien todo lo contrario —señaló el antiguo legionario.

—Tiene mal temperamento, pero todo es de boquilla. Luego es el primero en cumplir con las órdenes.

—En todas las centurias hay alguien así.

—Imagino que sí —respondió Aurelio mientras se centraba de

nuevo en la puerta de la casa.

Estuvieron un buen rato en silencio, atentos en su vigilancia. Pero no observaron movimiento alguno. Fue Petronio el que habló:

—Las noches en Roma son más frías de lo que me imaginaba. Y mira que he estado en sitios dónde los inviernos son duros.

—¿Participaste en Actium? —le preguntó Aurelio.

—Por supuesto.

—Fue mi primera batalla, sabes —se sinceró con su subordinado.

—Yo estuve en otra batalla naval que fue también muy dura —le dijo el ex legionario.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál si puede saberse?

—Luché en Nauloco contra el pirata Sexto Pompeyo y su flota —explicó el soldado.

—¿A las órdenes de Agripa?

—Todo un honor servir bajo sus órdenes —dijo Petronio con aire nostálgico.

—Siempre es duro combatir contra otros romanos.

—Fueron tiempos difíciles, con lealtades cambiantes si tengo que ser sincero. Aunque por suerte, nuestro amado *Princeps*, que los dioses velen por su salud, se alzó con la victoria y devolvió el orden a la República —continuó diciendo.

—Y pensar que casi lo perdemos.

—No quiero pensar en lo que habría ocurrido si hubiera muerto.

—¿Crees que hubiera vuelto la guerra civil? —le preguntó Aurelio sabiendo que aquel soldado era un veterano más curtido y experto que él.

—No estoy seguro. La lealtad de la mayoría de las legiones la tenía Augusto, y si Agripa le hubiera sucedido, estoy convencido de que habría contado con el apoyo de todos los legados que las dirigen. Y si alguno se hubiera intentado rebelar contra su autoridad, los legionarios le habrían eliminado sin ninguna contemplación. Ya no queda nadie que le pueda hacer sombra al cónsul, o al general.

—Respeta las instituciones de la República… No hay duda de ello, pero sí que es cierto que entiendo que algunos senadores vean amenazada su cómoda posición —explicó el *optio*.

—Yo soy un simple soldado, y no me planteo ese tipo de dudas. Si Augusto se convierte en el dueño de Roma y la dirige de una manera sensata y favoreciendo a su pueblo y a sus legiones, ¿quién soy yo para oponerme? Otra cosa sería que comenzara a cometer actos sin sentido, o que quisiera acaparar todas las riquezas —expuso Petronio como si fuera un estadista—. Pero ya has podido comprobar que se ha mostrado generoso con los que menos tienen. Les ha dado sestercios y

también grano cuando han venido mal dadas. ¿Cuántos de los ricos senadores que tanto le cuestionan han hecho lo mismo por sus conciudadanos?

Tenía toda la razón. Aquel legionario estaba en lo cierto. Augusto podía ser el dueño de la República, pero estaba haciendo las cosas bien. Estaba atento a las necesidades de su pueblo y de sus soldados, mientras que aquellos que no aceptaban su manera de gobernar, y que planeaban su muerte, pensaban sobre todo en sus intereses personales.

—La vieja República está agonizando.

—Yo no lo podría haber dicho mejor, *optio*.

—Y nosotros formamos parte del cambio —añadió Aurelio reflexionando en voz alta.

—Imagino que algo tendremos que ver. Si el cambio es para mejor, bienvenido sea.

—Que los dioses te escuchen, Petronio.

CAPÍTULO XXXI

Era ya muy tarde y Aurelio comenzaba a estar muy cansado. Hacía ya un rato que Petronio se había dejado arrastrar por *Somnus*. Calculó que no quedaría ya demasiado para que amaneciera. Fue entonces cuando la puerta de la casa se abrió y aparecieron varias figuras. Dio un suave golpe a su subordinado para que despertara. Este dio un respingo y se incorporó rápidamente. El *optio* señaló hacia donde estaban reunidos aquellos hombres y en un tono de voz muy bajo le dijo que despertara a Furio. Cuando los tres estuvieron en pie, Aurelio les dijo:

—Quedaos aquí mientras yo me acerco un poco más.

—Te expondrás demasiado y te pueden descubrir —le recriminó Petronio.

—Quiero saber quiénes son todos esos. Desde aquí no los puedo ver bien, así que no me queda otra opción que arriesgarme.

—Como veas… Tú eres el que manda —respondió el pretoriano siendo consciente de que su superior ya había tomado una decisión.

Aurelio se ocultó en algunos portales cercanos a la zona ajardinada en la que se habían agazapado y se sirvió de la oscuridad para avanzar un poco más en dirección al grupo de cuatro hombres que estaban en pie justo en la entrada de aquella *domus*. Estaban conversando plácidamente, por lo que no prestaban atención a la callejuela por la que él iba moviéndose. Con la espalda apoyada en la pared, avanzaba con cuidado de no hacer ruido. Era esencial mantener la discreción si quería ver o escuchar algo. Por suerte para él, dos de los hombres portaban unas antorchas que arrojaban algo de luz en aquella noche de penumbra. Se escondió detrás de una columna perteneciente a un antiguo templo que se levantaba muy cerca de su objetivo. Trató de escuchar algo, pero estaba demasiado lejos para entender algo más allá de algún rumor. Decidió arriesgar un poco más y asomó la cabeza para ver si reconocía a alguno de los que formaban aquel corrillo improvisado. En primera instancia vio que uno de ellos era su objetivo: Licinio Murena. Era el que estaba de frente, y junto a él estaba el cónsul Calpurnio. Iba solo, sin ninguno de los lictores de su escolta personal. Eso era muy extraño, y mucho más a aquellas altas horas de la noche. Un hombre de su rango y categoría no se movería por las oscuras calles de la peligrosa ciudad de Roma si no era por algo muy importante. No conocía la *Vrbs* tan bien como Tarraco, pero siguiendo los consejos de los que allí vivían y estando atento a sus conversaciones, se había hecho una ligera idea de todo lo malo que

emergía cuando la luz de sol se iba. Aparecía una larga lista de gente de la peor calaña y de muy dudosa reputación, que eran capaces de matarte por un mísero sestercio o incluso por hacerse con la ropa que llevabas puesta. No era muy recomendable abandonar la seguridad del hogar y exponerse a esos riesgos sin una razón de peso. Por ello le extrañó sobremanera ver cómo aquellos dos hombres de posición acomodada no disponían de escolta armada para volver a sus casas. Tal vez aquella zona en la que se hallaba aquella fastuosa *domus* fuera menos peligrosa que el resto, pero sabía que Murena, para regresar a la suya, debía atravesar otras poco recomendables.

Se fijó entonces en los dos hombres que estaban de espaldas. Uno de ellos se puso de perfil en el momento en el que se despedía de los otros. No le había visto antes, pero a juzgar por su vestimenta, también era de clase alta. Posiblemente se tratara del dueño de la propiedad. Observó cómo Murena y el cónsul hacían lo propio con el cuarto hombre justo antes de ponerse en marcha. Decidió que ya tocaba regresar junto a sus camaradas para seguir a su objetivo, pero en el último momento echó un último vistazo a los dos que no conocía. Fue entonces cuando el último que le quedaba por ver, se giró y miró hacia el punto en el que él estaba escondido. Fue un movimiento rápido, pero dispuso del tiempo suficiente para reconocerle. Se escondió de nuevo mientras decía:

—Por todos los dioses del cielo, el mar, la tierra y el inframundo… No puede ser él…

Se asomó de nuevo y observó desde la distancia que sin lugar a dudas se trataba del mismísimo Cayo Sexto Apuleyo. Tenía el cabello más largo, una frondosa barba y un tupido bigote. Su aspecto era muy distinto al que recordaba, pero incluso así, le reconoció perfectamente. «Así que está vivo. Maldito hijo de Plutón». No esperó más y retrocedió sobre sus pasos hasta llegar a la posición dónde le esperaban sus dos camaradas.

—Vaya cara que traes —le dijo Furio—. Parece que haya visto a un fantasma.

—Si no es un fantasma, es algo que se le parece mucho.

—Explícate —le instó el soldado.

—Es él… Está aquí —respondió Aurelio.

—¿A quién te refieres? —preguntó perdido Petronio.

Furio lo entendió a la primera. No fue necesario que dijera su nombre. El legionario sabía de quién se trataba y la importancia de haber obtenido aquella información.

—Tenemos que regresar de inmediato y comunicárselo a Valerio y al comandante —informó Aurelio.

—¿Y qué pasa con el objetivo? —interrogó Petronio.

—Puede esperar. Esto es prioritario…

* * * * *

—No ha ido mal… Estoy satisfecho.

—Seguro que conseguimos sacar algo bueno de esto, amigo —le respondió Sexto mientras entraban de nuevo a la casa.

—Me parece un plan formidable ganarnos al muchacho para acercarnos a Augusto.

—Atraerlo a la causa me parece demasiado complicado y correríamos el riesgo de que nos delatara —añadió Sexto.

—Es cierto. Si conseguimos acabar con el tirano, ¿qué haremos con el joven? No deja de ser su heredero.

—El heredero oficial imagino que seguirá siendo el general Agripa. Lo que no nos conviene. Así que deberemos elegir un bando en el que posicionarnos.

—¿Hablas de otra guerra? —preguntó Fabio mientras llegaban a la puerta de la biblioteca.

—¿Qué otra cosa si no puede salvar a la República?

—Pero Marcelo no será capaz de enfrentarse a Agripa.

—Somos nosotros los que tenemos que provocar ese enfrentamiento, amigo —sugirió Sexto.

—Pero ya sabes que el general cuenta con la lealtad de todas, o de casi todas las legiones. Sería como si nos suicidáramos.

—La mayoría de los senadores que son afines a Augusto, no ven en Agripa a un político adecuado. Es un soldado y no un político, además de ser de extracción social baja, y eso no es del agrado de todos. Muchos creen que los militares no están hechos para gobernar. Agripa no tiene el perfil que tiene su amo y eso es una desventaja clara de la que tenemos que sacar provecho.

Fabio meditó aquellas palabras de su amigo. No le faltaba razón. La mayoría de los senadores leales a Augusto, lo eran por su carisma y por sus habilidades. Otros se habían posicionado de su lado porque sabían que era lo que más les convenía si querían mantener sus privilegios e incluso sus cabezas sobre los hombros. Pero que le apoyaran a él, no significaba que lo hicieran con Agripa. Tal vez Marcelo se perfilaba como el heredero perfecto, ya que era el hijo de la hermana del *Princeps*. Eso le colocaba en una posición familiar de privilegio, por delante del que era más mayor.

—Coincido con que Marcelo les agradaría mucho más —señaló Fabio llegando él mismo a la conclusión.

—Además, por lo poco que sé de él, por boca de Murena, es un

firme defensor de las instituciones de la República. Eso agradará a muchos más. Ten en cuenta que muchos de los legados que están al frente de las legiones de Augusto, le obedecen a él, y llegado el caso, no dudarían en decantarse por apoyar a Marcelo ya que es hijo de su hermana. La sangre es algo que tira mucho. El muchacho es maleable, y podríamos hacer con él lo que nos viniera en gusto.

—La mejor decisión que pude tomar fue la de explicarte lo que tramaba Emilio. De no haber sido así, no sé qué habría pasado —indicó el senador.

—Lo que nos espera no va a ser sencillo, amigo. Dependemos de las habilidades de Murena y Calpurnio. Nosotros no podemos intervenir en esta primera fase —insistió Sexto—. Al menos hasta que el tirano no se haya reunido con sus ancestros.

—Eso era lo que te quería preguntar. ¿Has pensado en cómo hacerlo?

—Todavía no… Pero dejemos que los acontecimientos sigan su curso y no nos precipitemos.

* * * * *

Acababa de amanecer y escuchó voces que le despertaron. Se hallaba estirado en el lecho junto a Servilia. Ella dormía plácidamente. Desde que estaba encinta lo hacía más horas de lo habitual. Las últimas semanas le había dicho que se sentía muy fatigada. Una de sus esclavas, que había sido madre de tres criaturas antes de ser capturada al otro lado del Rin, los había tranquilizado diciéndoles que tener más sueño era un síntoma normal de las mujeres que estaban embarazadas. Así que al menos eso no le preocupaba. De todas maneras, hablaría con Antonio Musa para que visitara a Servilia. Aunque no era su especialidad, algo sabría acerca de eso. Si no, se encargaría de encontrar a alguna comadrona por la ciudad que velase por la salud de su esposa y del bebé que estaba en camino.

Se levantó del catre y se puso la túnica. Hizo lo propio con el *cingulum* en el que llevaba ya sujeto el *pugio*. No requería más armas al estar dentro de la casa mejor vigilada de toda Roma. Se apresuró a abandonar la estancia para dar con el origen de aquellas voces que le habían despertado. Preguntó a dos de los pretorianos que estaban de guardia por los pasillos del acuartelamiento y estos le indicaron que se trataba del *optio* Aurelio, que acababa de regresar junto a su patrulla. Fue directamente a la estancia que hacía las veces de despacho, ya que sabía que los encontraría allí. No se equivocó. Tan pronto como subió la escalera, ya que estaba en la planta superior, vio a lo lejos a los dos guardias que estaban en la puerta. Justo detrás de ellos, ya en el

interior de la estancia, debía de estar Aurelio. Se acercó hasta ellos y le saludaron al verle llegar:

—¡Salve, *centurio*! —exclamó Furio que fue el que estaba al pie de la escalera.

—¡Salve, Furio! ¿Qué son esas voces? ¿Qué ha ocurrido?

—Traemos malas noticias… —respondió su subordinado.

Le puso la mano en el hombro, y saludó con un movimiento de cabeza a Petronio, que hizo lo propio. Este último se apartó y le dejó acceder al interior. Allí estaba de espaldas su amigo.

—Aurelio…

Se dio la vuelta al escuchar su nombre y su cara ya lo dijo todo.

—Cuéntame.

—Le he visto, Valerio. Está aquí.

Aquello sí que no se lo esperaba, aunque entendió a quién se estaba refiriendo. Eran muy malas noticias, pero no se extrañó mucho al recibirlas. En el fondo sabía que era muy posible que Rutilio les hubiera dicho la verdad. Albergaba una pequeña esperanza de que realmente no se tratara de él, pero al ver la mirada de su compañero y escuchar aquellas palabras, comprendió que el peligro del pasado acechaba de nuevo.

—¿Estás seguro de que es él?

—Sin ninguna duda. Su aspecto ha cambiado un poco, pero es inconfundible.

—Entonces el lictor dijo la verdad, y lo tuvimos mucho más cerca de lo que creíamos —añadió Valerio.

—Deberíamos informar al cónsul.

—Lo haré yo. Tú encárgate de que los hombres también lo sepan.

Aurelio le explicó cómo había ido todo con detalle.

—Están todos metidos hasta el cuello. Incluso el socio consular de Augusto.

—No hay duda, y algo están planeando, por lo que lo más prudente sería aumentar la seguridad en el entorno del *Princeps* —sugirió el *optio*.

—Asignaré a hombres de manera permanente. Quiero que te encargues en persona de su seguridad, y de la de Marcelo. Esos malditos traidores pueden atacar en cualquier momento.

—Podríamos arrestarlos con los cargos de conspiración. Tenemos pruebas de que se han reunido con uno de los que estuvo implicado en todo el asunto de Hispania.

—No quiero precipitarme. Prefiero informar antes a Augusto y que sea él quien tome esa decisión. Mientras tanto, seguid vigilando esa casa y a Murena. Debemos averiguar cuántos más forman parte de

esto. No creo que sean tan solo los cuatro que viste —indicó el centurión pensativo.

—Como tú digas.

—Y ahora descansad un poco.

Aurelio asintió y se retiró dejándole solo en la estancia.

CAPÍTULO XXXII

—Sería mejor que no me marchara en estas circunstancias —expuso Agripa preocupado.

—Precisamente si te quedas, parecerá lo contrario. No quiero que sospechen nada —dijo Augusto que se había levantado de su lecho para reunirse en el jardín de la *domus* con el general, con Marcelo y con Valerio—. Ya tenemos a algunos de ellos. Es la primera vez que gozamos de cierta ventaja, y al menos sabemos que ellos se sienten seguros.

—Jamás pensé que Murena estaría metido en todo este asunto —dijo Marcelo que había pasado mucho tiempo con el senador las últimas semanas.

—Todavía tienes mucho que aprender —le respondió Augusto en un tono cordial—. La política no es sencilla, y la mayoría de los que parecen ser tus amigos, en realidad no lo son. Las apariencias engañan y la ambición se sobrepone a la amistad.

Marcelo parecía confuso por todo aquello que se estaba hablando en la reunión. El acercamiento que había tenido el senador hacia él resultaba que no había sido sincero, y él se sentía decepcionado.

—Deberíamos arrestarlos y juzgarlos por traición —añadió el muchacho sacando un poco la rabia que llevaba dentro.

—De momento no… —señaló el cónsul mientras le colocaba la mano sobre el hombro a su sobrino—. No debemos precipitarnos porque nos puede llevar a cometer algún error.

—Pero sabemos quiénes son. ¿Por qué no actuar con contundencia y adelantarnos a sus acciones? —interrogó de nuevo el joven mirándolos a todos.

«El impulso de la juventud», pensó Valerio mientras analizaba los rostros de los otros dos asistentes a la reunión. Agripa, conocedor como era de la jerarquía y del mando, no había abierto la boca desde que opinó acerca de cancelar su viaje. Se notaba que era perro viejo, ya que no insistió más en aquel asunto, asumiendo que, si Augusto le indicaba que era preferible no cambiar los planes, sería por algo. Pero en cambio, el joven Marcelo, todavía era inexperto en aquellas lides. No poseía la experiencia de los otros dos hombres, que habían vivido situaciones mucho más complicadas que aquella a lo largo de toda su vida. Pese a pasar por poco la cuarentena, el cónsul había aprendido a crecer en un mundo muy hostil. Se las había arreglado para aprender a sobrevivir en un entorno rodeado de enemigos que le acechaban. Y lo mejor de todo era que había conseguido derrotar a todos. Valerio

estaba convencido de que no lo había hecho tomando decisiones precipitadas, ni tampoco dejándose llevar por la ira y los arrebatos. Al igual que él, Agripa había estado a su lado, enfrentándose a las mismas adversidades. Ambos, espalda con espalda, hombro con hombro, habían alcanzado la cima de la gloria precisamente gracias a tomar decisiones basadas en la cautela, y no en la prisa.

—Te lo voy a explicar de una manera en la que lo entenderás a la perfección —le respondió el primer hombre de Roma—. Todo lo que he conseguido a lo largo de estos años ha sido por actuar dejándome llevar por la razón y no por el corazón —expuso llevándose la mano derecha a la cabeza y después al pecho—. Hemos vivido situaciones muy duras —sonrió a Agripa, que le hizo una leve reverencia—, mucho más que esta…

—Pero te han intentado asesinar dos veces y seguramente estén planeando una tercera. ¿No es eso suficiente para actuar?

Ni siquiera era capaz de dejarle acabar una frase. Valerio observó cómo Marcelo estaba cada vez más nervioso. Ese no era el comportamiento que debía mostrar un joven como él. Alguien con un futuro prometedor en la política debía serenarse si quería convertirse en un buen senador. Al menos eso era lo que él pensaba, desde la distancia y la comodidad de ser soldado y de no tener ningún vínculo familiar con el afectado. Poco a poco, aprendía más sobre política, y poco a poco, se convencía más de que era algo que no le interesara lo más mínimo. Qué mundo tan complejo aquel… Siempre pendiente de quién tenías delante y, sobre todo, de saber cuáles eran sus verdaderas intenciones. Estaba seguro de que eso desgastaba hasta al más fuerte. A menos que disfrutaras, como parecía ser el caso de Augusto.

—Debes aprender de todo esto, si en un futuro quieres convertirte en un buen senador, Marcelo. Así que escucha mis argumentos.

El joven, que parecía haberse calmado un poco, asintió aunque en su mirada se podía ver reflejada aún la ira.

—Ruego que me disculpéis. Coincido en que me falta el enfoque de la experiencia que poseéis vosotros, y que espero conseguir lo antes posible.

—No debes excusarte —respondió Augusto—. Tan solo escuchar.

Estaba débil, se le notaba, pero aquellas cosas parecían insuflarle algo de vitalidad. Se le veía mucho mejor que el día anterior, y al menos eso era un consuelo.

—En primer lugar, solo tenemos a tres senadores y a Sexto. Son muy pocos, porque estoy convencido de que hay algunos más. Así que si los detenemos ahora, nos costará mucho más llegar a los otros. Se esconderán como conejos en sus madrigueras, eso siempre y cuando

no huyan abandonando Roma.

Los tres asintieron.

—En segundo lugar, uno de ellos es mi colega consular. No podemos actuar a la ligera y acusar a un alto magistrado de traición y conspiración en base a la declaración de unos soldados que lo vieron reunido con un hombre que hace años estuvo implicado en un intento de asesinato. El argumento ante un tribunal sería demasiado endeble, y un buen abogado no tendría demasiadas dificultades a la hora de elaborar una buena defensa. Si quedara exculpado, ¿en qué lugar quedaría yo?

Dos argumentos muy lógicos los que les expuso el cónsul.

—¿Y qué sugieres que hagamos entonces?

—Actuar con tanta normalidad como podamos. Quiero que Agripa viaje a Oriente para ocuparse de los asuntos pendientes allí. Los partos no entienden de lo que ocurre dentro de nuestras fronteras, y necesito que alguien con experiencia se ocupe de esa amenaza.

El general asintió sin rechistar.

—Y tú —señaló a su sobrino—. Deja que Murena te susurre al oído todo lo que quiera. Si se están acercando tanto a ti, es porque les interesa algo.

—El corazón me dice que le rebane el pescuezo cuando lo tenga delante —expresó el muchacho haciendo el gesto con su dedo pulgar.

—Recuerda lo que te he dicho antes. Que tu razón se imponga a tu corazón —respondió repitiendo el movimiento que había hecho la primera vez.

—He dado instrucciones para incrementar la escolta, comandante —dijo Valerio que creyó que había llegado su turno.

—Muy bien. Pero que sea de manera discreta y exponencial, centurión. No quiero que se note demasiado que algo nos preocupa ya que eso podría hacer que desaparecieran.

—Así se hará.

—Y estad tranquilos. No dejaré que se salgan con la suya. Cortaré de raíz esta conspiración…

* * * * *

—¿Habéis pensado en usar al *medicus*?

—¿Qué *medicus*? —interrogó Fabio.

—Al que se ha traído de Tarraco —respondió Numerio.

El senador miró a Sexto, que estaba en completo silencio.

—No entiendo para qué quieres a ese hombre.

—Muy sencillo. El objetivo es por ahora inaccesible, ya que está rodeado día y noche por un numeroso grupo de soldados armados y

bien entrenados —comenzó a explicar el asesino—. La única manera de poder llegar hasta él es usando a alguien que tenga libertad de movimientos y que sea de su confianza.

—Por lo que nos ha explicado Calpurnio, parece ser que el número de pretorianos se ha reducido un poco con la partida de Agripa hacia Oriente —aclaró el senador que había obtenido la información aquella misma mañana—. Ahora que su valedor se encuentra mucho mejor, ha decidido que puede dedicarse a hacer lo que mejor se le da: la guerra.

—No sabía que había otra guerra de la que ocuparse —señaló Sexto.

—Se me había olvidado comentároslo. En la sesión de esta mañana en la Cámara, el propio Augusto, aunque no está del todo recuperado, ha expuesto que envía a su hombre de confianza a Oriente para ocuparse de los partos.

—¿Qué les sucede a los partos ahora? —interrogó Sexto recordando su paso por la corte del rey Orodes II de Partia muchos años atrás.

—Ese Fraates IV es una mala pieza… No es de fiar, y en cualquier momento puede atravesar nuestra frontera como ya hizo su hermano en tiempos del triunvirato —señaló Fabio.

—Recuerdo perfectamente aquello —apuntó Sexto que fue parte activa de aquella operación orquestada por Quinto Labieno y que puso en jaque a la República.

—¿Y por qué no aprovecháis el viaje de Agripa para difundir algún que otro rumor que le perjudique? —sugirió Numerio que se había mantenido en silencio al ver que aquellos dos habían cambiado de tema.

«¡Brillante!», se dijo a sí mismo Sexto al comprobar cómo la mente de aquel asesino era capaz de calibrar semejante plan.

—Continúa… —le invitó.

—Buscáis crear a largo plazo un enfrentamiento entre Marcelo y Agripa cuando Augusto ya no esté. ¿No es así?

Sexto asintió levemente y esbozó una sonrisa dándose cuenta de que ese hombre no era un simple matón.

—Entonces sería de estúpidos no aprovechar esta ocasión que os brindan los dioses para hacer correr el rumor de que lo que pretende el *Princeps* es poner tierra de por medio y alejar a Agripa lo máximo posible de Roma porque ha perdido la confianza en él. Eso, acompañado de algo de dramatismo, en el que se deje bien claro que su preferencia en la sucesión es la del muchacho, es un caldo de cultivo ideal para sembrar la discordia que tanto buscáis.

Sencillamente era excelente. Que ese tipo, que no era nadie,

hubiera sido capaz de tramar semejante plan, era un indicio de que poseía unas habilidades muy superiores a las que se podía esperar de alguien de su condición. Superaba con creces sus expectativas, y sobrepasaba la astucia de Apio Flavio. Y eso que todavía no le había preguntado por lo del tema del *medicus*… Aunque se hacía una ligera idea de por dónde podía ir.

—Es una muy buena idea, Numerio —dijo Fabio aplaudiendo la inspiración del asesino.

Parecía que su amigo pensaba igual que él. La idea que les había presentado a ambos era la ocasión perfecta para buscar aquello que podría acercarlos al éxito.

—¿Y lo que has comentado antes sobre su *medicus*? —interrogó Sexto volviendo al tema que había dado inicio a la conversación.

—Aprovechando que el general se ha llevado unos cuantos pretorianos con él a Oriente, y que el nivel de vigilancia ha disminuido considerablemente desde que Augusto renunció a su consulado y se lo cedió a ese tal Sestio, podríais tratar de usar a Antonio Musa para asesinarle.

Sí que estaba atento a lo que ocurría en la ciudad. Pensaba que Numerio no se interesaba por el contenido de las largas conversaciones que mantenían él y Fabio. Aunque el asesino siempre estaba presente en los ágapes que se organizaban en la *domus*, interpretando a la perfección el papel de sobrino, pensaba que estaba sumido en sus propios pensamientos. Pero nada más lejos de la realidad. Cuando Fabio les explicó todo aquel asunto de la renuncia pública que hizo Augusto a su consulado y de cómo se lo cedió a Lucio Sestio, otro de los hombres poco afines a él, no estaba tan despistado. Todo aquel asunto había sido una maniobra política del *Princeps* para buscar un acercamiento a sus rivales. O quién sabe si era una manera de ganarse su confianza. La cuestión fue que obtuvo a cambio de ese premio, algo mucho mejor, y es que el Senado, siguiendo seguramente sus instrucciones desde la sombra, le concedió el *imperium* proconsular permanente. Ahora podía comandar a todas las legiones de las provincias que no estaban bajo la tutela del Senado, que eran la mayoría. Además, le otorgaba un poder supremo para impartir justicia incluso dentro de los límites sagrados de la ciudad. Eso era algo inaudito y que nadie había poseído jamás y que le convertía en alguien mucho más peligroso de lo que ya era. No solo había sido el Senado quien se lo había concedido, sino que la Asamblea Popular lo había ratificado. Aquel había sido un golpe definitivo a la República. Así que ya no había nadie que le pudiera hacer sombra. Era necesario deshacerse de él de inmediato, y se tenía que hacer de una manera

discreta, ya que contaba cada vez con más apoyos.

—¿Cómo vamos a convencerle de que mate a su valedor? Le ha colmado de riquezas, y le ha otorgado el derecho a poder llevar un anillo de oro —dijo Fabio.

—Y eso no es lo peor —intervino Calpurnio ofendido—. Ha ordenado que se aprobara la construcción de una estatua en su honor que quiere que se levante junto a la que hay del dios Esculapio en el templo de la isla Tiberina. Una aberración a mi parecer.

El cónsul dijo aquellas palabras con un enorme desprecio dejando claro que aquel privilegio era mucho más de lo que merecía un hombre que no había hecho nada por el bien común, sino que la recompensa era simplemente un trato de favor otorgado por Augusto.

—No estoy diciendo que lo haga de manera voluntaria ya que eso sería imposible de conseguir —sugirió el asesino.

Sexto comprendió a lo que se refería Numerio.

—¿Sugieres que le utilicemos sin que se dé cuenta? —preguntó Fabio.

—¿Por qué no? ¿No tiene plena confianza en el hombre que le ha salvado de la muerte? —les preguntó a todos Sexto—. Simplemente tenemos que lograr que le dé veneno en lugar de su medicina. No lo veo tan difícil.

Era un buen plan. Parecía un plan desesperado, pero es que el tiempo apremiaba, y cada vez iba a ser más complicado poder acercarse al tirano. Ya no había otra manera de proceder que no fuera esa. Debían arriesgarse más.

—¿Y cómo se supone que vamos a conseguirlo? —preguntó Fabio.

—Yo me encargaré de esa parte —respondió Numerio.

—¿Y si no lo logras? —insistió el senador.

—Entonces tendremos que pensar en otra manera. Aunque si no le matamos antes, de nada servirá atraerse al muchacho —indicó Sexto.

CAPÍTULO XXXIII

Roma, finales del año 23 a. C.

No le costó demasiado dar con el ya famoso y conocido Antonio Musa. El *medicus* se había convertido en un personaje muy popular en Roma desde que Augusto le hiciera aquel reconocimiento público en señal de agradecimiento por haberle salvado la vida. De hecho, aunque él había sacado el máximo partido a su trabajo, todos sus colegas de profesión se beneficiaron de su éxito. El hombre más poderoso de Roma, aquel que llevaba las riendas del Estado, tomó una decisión que fue de nuevo aprobada por su séquito del Senado: eximir de pagar impuestos a todos los que se dedicaran a salvar vidas. Algo que podría haber hecho mucho tiempo antes, pero que se decidió en base a lo que había hecho aquel hombre por él. Por tanto, el colectivo entero, obtuvo parte de la recompensa del mismo Musa. Estaba claro que este había recibido muchas monedas por su gesta, al igual que el privilegio de tener una estatua propia, pero todos los otros, se llevaron algo que sin duda era muy ventajoso.

El nombre del salvador del *Princeps* estaba en boca de todos por las calles de la ciudad, así que encontró el edificio en el que recibía a algunos de sus pacientes con suma facilidad. A diferencia de lo que otros hubieran hecho, el *medicus* se instaló en una zona humilde de la Subura. Aquella era una de las más desfavorecidas de la ciudad y por ello la escogió. Allí atendía a los más necesitados de la ciudad, siendo fiel a su manera de trabajar. Por muy rico que fuera en esos momentos, no dejó de ejercer su profesión de la misma forma que había hecho siempre, y eso decía mucho de la clase de persona que era. Otro en su misma situación, tal vez se habría retirado a una villa alejada del bullicio de la ciudad para disfrutar de una larga y placentera vida después de haber estudiado y trabajado durante tanto tiempo. En cambio, Musa, seguía sirviendo a los más necesitados. Una larga cola de gente rodeaba la *insula* en la que había montado su negocio. Decenas de personas se agolpaban para ser atendidos por el más prestigioso de los sanadores de la República. Los había de todas las edades, de todas las clases sociales y condiciones. Los exteriores del recinto se habían convertido en una amalgama de gente que esperaba su turno para ser atendido por alguien a quien consideraban capaz de obrar milagros, cual si se tratara del mismo Esculapio. Pero Musa era un simple mortal, que había tenido la suerte de acertar con el tratamiento que había salvado a Augusto. Al menos eso era lo que

Numerio pensaba mientras analizaba a los personajes que se agolpaban a las puertas de su casa. «Pobres infelices», pensó para sí mismo. «Solo hay que ver el estado de más de uno para darse cuenta de que tienen un pie en el inframundo». Pero cuando alguien estaba desesperado se aferraba a cualquier esperanza, y no había mayor desesperación que el miedo a morir.

Allí estaba él. En pie, aguardando su turno para poder llegar hasta el *medicus* y estudiar cuál era su entorno y cómo se movía y trabajaba. El plan inicial era buscar la manera de dar con los remedios que iban dirigidos a cuidar de la salud de su paciente más famoso. Tratar de cambiar lo que en teoría debía curarlo, por algo que le enviara al reino de los muertos. Parecía sencillo, pero no lo iba a ser. Imposible conseguirlo por voluntad propia. Musa jamás aceptaría cometer tal acto atroz que atentaba contra su moral. No lo haría contra ninguno de sus pacientes. Debía de hacerse de una manera sutil. Por ello quería averiguar si había alguien más trabajando con él. Todavía recordaba a aquel niño que le acompañaba en Tarraco. Quizás la voluntad del *medicus* era inquebrantable, pero la de los que le rodeaban podría tener un precio. Solo tenía que indagar un poco y averiguar cuál podía ser la manera de conseguir lo que querían sus pagadores. Si todo lo que había hecho por ellos le había reportado ganancias suficientes, sabía que, si conseguía ayudarles a deshacerse de su peor enemigo, le colmarían de riquezas.

A él no le importaba si gobernaba Augusto o si lo hacía un grupo de senadores. Eso era lo de menos. Simplemente se adaptaba a los que mayor beneficio le podían ofrecer, y en ese momento, aquellos para lo que trabajaba estaban en desventaja, aunque si los ayudaba a conseguir su objetivo estaba convencido de que se mostrarían muy complacidos y, sobre todo, generosos. Valía la pena arriesgar un poco más, y últimamente se sentía mucho más valorado por unos hombres que en otras circunstancias jamás le habrían escuchado. Ahora era uno más en esa conjura, y en cierto modo se sentía importante. Le habían pagado muy bien. Tanto, que ya no había tenido que recurrir a aquella bolsa que enterró en su día bajo tierra para tiempos de necesidad. La misma bolsa que facilitó su situación actual. Quién le iba a decir por aquel entonces, cuando aquella herida le estaba arrastrando lentamente al reino de Plutón, que todas sus acciones le conducirían hasta aquel lugar. Los dioses eran caprichosos y les gustaba jugar con las emociones de los mortales.

—¿De qué te ríes tú, si puede saberse? —le preguntó un hombre que estaba justo detrás.

Numerio se quedó mirándole y le dijo:

—No es asunto tuyo. Metete en tu vida si no quieres que te raje de arriba abajo y ya no haga falta que te visite el *medicus*.

Sus palabras debieron sonar temibles, ya que el hombre retrocedió unos cuantos pasos hasta salirse de la fila. Varios de los que estaban cerca hicieron lo propio. Se sintió poderoso. Nadie iba a tratarle como un despojo social nunca más. Su vida iba a cambiar. O al menos él tomaría las riendas de su destino para que eso sucediera. Los tiempos del infame *collegium* pertenecían al pasado y no iban a volver a repetirse de nuevo.

—¿Y tú por qué vienes a ver al hijo de Esculapio? —le preguntó un anciano que se había colocado detrás de él cuándo el otro hombre había abandonado la fila.

El asesino sorprendido por la pregunta, cambió su rictus facial y lo hizo un poco más amable.

—Una vieja herida que no me deja descansar por las noches.

—¿Eras soldado? —insistió el viejo.

—Algo parecido.

—Yo serví bajo las órdenes del Magno, hace ya muchos años —añadió el viejo dándole conversación—. Estuve en Farsalia combatiendo contra César, y fue allí donde me llevé este gran recuerdo —se levantó la túnica por encima de la cintura y le mostró una gran cicatriz que le atravesaba la barriga de lado a lado—. Casi no lo cuento…

—La mía al lado de la tuya no es nada, anciano —sonrió Numerio al que le había caído simpático aquel veterano.

—Esta fue la que me costó la jubilación anticipada, muchacho… Pero con honores, por haber servido a la República.

—¿Pero no perdisteis aquella batalla? —interrogó el asesino que algo sabía sobre el acontecimiento.

—César se mostró clemente con los vencidos y nos trató con respeto. Se hizo cargo de las compensaciones a las familias de los que perdieron la vida en aquel enfrentamiento, y se encargó de que los heridos fueran atendidos por sus hombres. Recibí una pensión justa por mis años de servicio, así que no puedo quejarme de nada.

—Veo que respetas el nombre de Julio César.

—Respeto a todo aquel que se comporta con honor, tanto en la derrota como en la victoria. Y Cayo Julio César fue un hombre que vivió siempre con honor —respondió el anciano.

Conversaron durante un buen rato. El veterano soldado, que no le preguntó en ningún momento nada más acerca de su vida era un tipo peculiar, pero a la vez se mostró respetuoso con su intimidad. Eso sí, le relató con todo lujo de detalle cosas acerca de sus años en la legión.

Tampoco es que se lo preguntara, pero se notaba que tenía ganas de explicarle su vida a alguien, y como tampoco tenía otra cosa que hacer, optó por escuchar. Y no se arrepintió en ningún momento, ya que le explicó cómo había servido a las órdenes de Pompeyo en la campaña que este llevó a cabo por orden del Senado en el mar contra los piratas. Le contó varias de las batallas en las que participó y cómo eliminaron a todos y cada uno de esos bandidos de agua salada que atemorizaban a todos los mercaderes y hombres de bien. Según le narró, fueron buenos tiempos, en los cuáles además de comer y cobrar un *stipendium* digno, se llenó las bolsas de incontables riquezas. Obviamente, como buen legionario que era, las dilapidó rápidamente y no las guardó a buen recaudo para cuando le llegara el momento de licenciarse. Para un soldado la vida era algo efímero. Un día podías estar disfrutando de las mieles de la victoria, y al siguiente vagando por el reino de Plutón. De nada servía ahorrar lo que se ganaba ya que en cualquier momento una lanza, una espada o una flecha te podía enviar a la otra vida.

Aquella era la vida del soldado que servía a Roma. Un trayecto que podía ser largo y tortuoso, o bien breve. Nadie sabía cuál era el destino que le deparaban los dioses. El viejo se lo dijo en varias ocasiones, quizás para justificar su estado actual y no quedar tan mal. La cuestión es que terminó sirviendo en una de las legiones que se alineó en el bando pompeyano durante la guerra civil y de esa manera el *fatum* guio sus pasos hasta Farsalia, condenándole a ser uno de los vencidos. Fue un rato agradable. No esperaba dar con alguien tan interesante. Las historias que algunas personas tenían eran sorprendentes y en momentos emotivas. Tras una larga vida marcada por el éxito, la gloria y el sacrificio, Cayo Liberio, que era como se llamaba el anciano, se hallaba allí haciendo cola para que Musa le atendiera por un dolor de muelas que no le dejaba vivir. Era curioso. El anciano le enseñó incluso su escueta dentadura, que era mugrienta y poco cuidada. A decir verdad, le quedaban pocas piezas dentales, y su mala higiene bucal era lo que le habría provocado aquel dolor. Según le dijo, había acudido a ver al afamado *medicus* ya que la gente había extendido el rumor de que tan solo cobraba la voluntad. ¿Qué más se podía pedir?

CAPÍTULO XXXIV

—¿Cuántas personas quedan, Próculo?

—Todavía bastantes, maestro —respondió el aprendiz asomándose a la ventana.

Estaba agotado. Llevaba todo el día atendiendo a la gente que se había acercado a su humilde consulta. Había acudido gente de toda clase social y de toda condición. Hombres, mujeres, niños, ancianos, pobres, ricos, libres, esclavos, libertos, ciudadanos romanos, extranjeros… De todo. La fama era algo que se hacía difícil de sobrellevar. Pensaba que los éxitos que había logrado se olvidarían al cabo de poco tiempo, pero ya habían pasado varias semanas desde que su benefactor le había obsequiado de aquella manera tan generosa, y en lugar de estar más tranquilo, cada vez acudía un mayor número de gente a buscar su ayuda.

—Deberías descansar, maestro —le espetó Próculo observando la fatiga en el rostro del *medicus*.

—Deja que atienda a unos pocos más. Esa gente acude a mí porque no tiene alternativa y están desesperados. Me sentiría muy mal si alguno de ellos muriera por mi culpa.

—Pero necesitas recobrar fuerzas si no quieres caer tú enfermo. Si sucumbes al agotamiento, ¿quién se encargará de curar sus dolencias? —le instó el aprendiz con toda la lógica posible.

—Está bien. Que pasen los dos últimos, y diles a los demás que regresen mañana. Respetaremos el orden de cola que se ha establecido. Tómales nota de los nombres y convócalos para cuando salga el sol.

Próculo asintió mientras tomaba una tablilla de cera y se disponía a salir al exterior para informar a la turba de gente que aún aguardaba su turno. No iba a ser fácil comunicarles que su maestro no atendería a nadie más hasta el día siguiente. Pensó que no le hubiera venido mal disponer de unos pocos hombres armados para ayudarle a disuadir a todos aquellos que pretendían que alguien sanara sus dolencias. Pero debían entender que, hasta el mejor de los *medicus* de la República, tenía que descansar para poderlos atender como se merecían. Bajó las escaleras que daban a la planta principal y se asomó a la puerta. Fueron varios los que comenzaron a empujar para acercarse hasta la puerta mientras gritaban que era su turno. Dos hombres comenzaron a discutir entre ellos mientras se empujaban.

—¡Por favor! ¡Un poco de calma! ¡Antonio Musa atenderá a dos personas más solamente! ¡El resto deberéis darme vuestros nombres y

os anotaré en la tablilla en el orden de cola para mañana!

—¡No es justo! —gritó una mujer que estaba un poco nerviosa—. ¡Llevo todo el día esperando mi turno y ahora me dices que no va a atender a nadie más!

—¡¿Por qué solo a dos más?! —vociferó otro hombre un poco más atrás.

Algunos comenzaron a ponerse muy nerviosos. Los primeros empujones emergieron desde atrás a medida que la gente iba transmitiendo el mensaje. Más de uno mostró su indignación y los codos hicieron acto de presencia facilitando que personas que estaban situadas muy atrás avanzaran hasta situarse al frente. Lo que antes era una fila ordenada, se convirtió en un semicírculo que se extendió a lo ancho. Las quejas y protestas de los pacientes fueron en aumento, hasta el punto en que comenzó una lluvia de objetos. Un repollo impactó en la puerta, justo al lado de su cabeza, lo que le obligó a retroceder. La turba se había enfadado y lo iba a pagar con él. Varios hombres avanzaron con los puños en alto mientras exigían que Antonio Musa les atendiera. Se vio acorralado y temió que aquellos exaltados le agredieran, pero justo cuando los tenía casi encima, apareció una figura corpulenta que se abrió paso a empellones y se colocó delante de él. Extendió ambos brazos en cruz formando una barrera. Se giró levemente y le dijo:

—¡Entra en la casa, muchacho, y cierra la puerta! ¡Yo me encargo de esto!

Próculo, de manera instintiva obedeció la orden y cerró la puerta tal y como le había indicado aquel desconocido. Se asomó a la ventana lateral y observó desde la protección que le concedían los muros de la *insula* cómo el hombre comenzaba a empujar a la gente que trataba de rebasar su posición. Se empleó a fondo y entre gritos y golpes consiguió intimidar a la turba, que poco a poco retrocedió ante la fuerza física de aquel muro que se había interpuesto entre ellos y la casa del *medicus*. Junto a él, se colocó un anciano que llevaba un garrote de madera. Le ayudó a dispersar a los más osados, e incluso azotó con maestría a alguno que trató de colarse por un lado. Pese a ser un viejo, se movía con agilidad y noqueó a un par de hombres mucho más jóvenes. Entre los dos lograron restablecer el orden y, tras dar unos cuantos gritos, consiguieron que todos los presentes se fueran marchando de la calle. Cuando se quedaron solos, Próculo abrió la puerta y salió.

—Gratitud por la ayuda…

—No hay de qué, muchacho —dijo el hombre más joven.

—Esto me ha recordado a los viejos tiempos —sonrió el anciano.

—De no haber sido por vosotros, no sé lo que habría ocurrido.

—Tú eres el muchacho que acompañaba a Musa en Tarraco cuando el cónsul estuvo allí, ¿no? —le preguntó de repente el hombre.

—Lo soy… —afirmó extrañado Próculo—. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Ha pasado tiempo desde aquello, pero te recuerdo a la perfección.

—Discúlpeme, pero yo no sé quién es usted —señaló el aprendiz.

—Eras tan solo un mocoso por aquel entonces cuando me indicaste cómo llegar al mercado de la colonia.

Aquello le sonaba de algo, pero no lo recordaba.

—Mi nombre es Cayo Flaminino, y gracias a ti encontré mi destino en la ciudad de Tarraco hace ya algunos años. Por aquel entonces era comerciante, de Emporiae. ¿Lo recuerdas?

Fue entonces cuando el muchacho recordó a aquel hombre que le solicitó ayuda.

—Ahora sí…

—Has crecido, muchacho.

—Eso creo —dijo sonriendo.

—Aquella vez tú me ayudaste cuando lo necesitaba, y hoy me toca devolverte aquel favor.

Justo en ese instante un hombre apareció desde el interior de la casa.

—¿Qué ha ocurrido Próculo? ¿Qué eran esos gritos?

El aprendiz le explicó con todo lujo de detalles lo ocurrido, y Musa, agradecido por el gesto de buena voluntad de los dos hombres accedió a pasarles consulta. Le acompañaron hasta el piso superior y accedieron a lo que era su consulta.

—¿Quién va a ser el primero?

—Liberio… Su mal es más molesto que el mío, y al ser un veterano licenciado con honores, tiene preferencia.

El viejo soldado sonrió y le hizo una reverencia a Numerio, que se echó a un lado y comenzó a otear toda la estancia mientras Musa se encargaba de hacer la anamnesis de su paciente.

—¿Y qué hace un comerciante de Emporiae en Roma? —le preguntó Próculo interesándose por la vida y ocupación de su salvador.

—Negocios importantes, muchacho.

—¿Alguna dolencia específica que te haya traído a ver a mi maestro?

—Un dolor en la rodilla derecha que me atormenta desde hace varios meses —expuso tal y como había pensado inicialmente.

—Imagino que lo que has hecho allí afuera, no habrá beneficiado

en nada a esa dolencia.

—No demasiado, pero la ocasión lo merecía. No estaba dispuesto a permitir que esa panda de desagradecidos te hiciera daño por su codicia.

Musa, que estaba usando unos utensilios en la boca de Liberio, desvió la mirada un instante y dijo:

—No lo han hecho por codicia, sino más bien por desesperación y necesidad.

—Entiendo… —respondió Numerio sin querer discutir con el *medicus*.

—Para cada uno de ellos, su dolencia es lo más importante y tan solo quieren que alguien los ayude a sanar. Eso no puede ser llamado codicia.

—Pero tú no eres el único *medicus* que hay en Roma. Podrían haber ido a la consulta de cualquier otro en lugar de hacer cola —expuso el asesino tratando de no ofenderle.

—Mi maestro no cobra más que la voluntad. Otros de sus colegas no lo hacen —intervino Próculo—. Además, él es quien salvó la vida a Augusto, y por lo tanto es el bendecido por los dioses. Es el hijo de Esculapio que tiene una estatua junto a la del mismo dios…

—Ya basta de adulaciones, Próculo —le interrumpió Musa que estaba claro que no aceptaba tantos halagos.

Numerio se dio cuenta de que al *medicus* no le gustaba todo aquello. Era cierto que se trataba de un hombre humilde. Sus palabras así lo habían demostrado. Después de aquella explicación entendió a la perfección la reacción de aquellos pobres miserables que se habían puesto violentos al ser rechazados, y ahora restaba importancia a todos los títulos que su propio aprendiz nombraba en voz alta.

—¿Por qué un hombre con tu fama no ha optado por retirarse a una vida más tranquila y placentera? —interrogó de nuevo Numerio arriesgando un poco más y tratando de sonsacarle algo de información.

—Lo que ves aquí es mi vida —respondió señalando su consulta y todo lo que estaba en aquella estancia—. Cuando decidí dedicarme al cuidado de los demás, lo hice de manera perpetua. Mi intención no era enriquecerme y retirarme después a una villa perdida en algún recóndito lugar, sino más bien todo lo contrario. Tener lo suficiente para poder vivir y procurar atender a todo aquel que lo necesitara, independientemente de cual fuera su condición social, económica, religiosa, política o étnica.

—Pero ahora eres un hombre rico. Tienes el reconocimiento de Augusto y por lo que se dice, un buen puñado de monedas que te

permitirían no tener que trabajar a este ritmo tan intenso —sugirió de nuevo el asesino.

—Eso es lo que le digo yo —añadió Próculo—. No necesita pasar consulta a tantos pacientes cada día. Antes quizás sí que precisaba esas monedas para poder comer, pero ahora vive de manera más holgada. En cambio, seguimos estando en este antro en lugar de tener una casa más amplia y un buen número de esclavos que nos ayuden en las tareas diarias.

Musa dejó lo que estaba haciendo por un momento y se centró en aquellos dos hombres que le estaban recriminando su manera de comportarse.

—Es precisamente eso lo que me diferencia de los otros. ¿Es que no entendéis que por encima de los intereses personales están los públicos? ¿Acaso creías discípulo que tantos años de estudio y perfeccionamiento van encaminados a hacerme rico? —le interrogó a Próculo directamente—. Si piensas de esa manera, no has entendido la esencia de esta disciplina…

El aprendiz se quedó sin palabras. Miró a Numerio, que se encogió de hombros y puso cara de circunstancia.

—Ruego que me disculpes, maestro. No quería ofenderte, tan solo…

—Será mejor que me dejes trabajar, Próculo. Sal a que te dé un poco el aire y reflexiona sobre tu manera de pensar.

No dijo nada más. Se puso de nuevo con la boca de Liberio. El muchacho bajó la cabeza y abandonó la estancia. Numerio sonrió levemente al darse cuenta de que aquel era un buen punto por el cuál poder atacar. Su estrategia, aunque un poco arriesgada al principio, había funcionado mejor de lo esperado. Ganarse a ese pobre y despechado joven iba a ser la vía más rápida para poner en práctica su plan. Estaba claro que no era como su maestro, y podría llegar hasta él y convencerle de lo que quisiera. La inexperiencia era algo con lo que se podía jugar a la perfección. No le costaría demasiado llevárselo a su terreno. Cuando le había visto aparecer por la puerta le había reconocido de inmediato y se había sabido mover con diligencia y astucia para aprovechar aquel momento de debilidad emocional y de carácter para acercarse. Su intención inicial había sido otra, pero ahora que los acontecimientos habían transcurrido de aquella manera, no podía sino aprovecharse.

CAPÍTULO XXXV

—¡Aguanta, querida!

Servilia no paraba de gritar de manera terrible. Se había despertado en mitad de la segunda vigilia profiriendo unos leves quejidos, pero con el paso del tiempo, habían ido creciendo en intensidad, y lo que había comenzado como una ligera molestia, se había tornado en un dolor insoportable que parecía estarla devorando por dentro. Había comenzado a sudar mucho y le había aferrado la mano con fuerza insistiéndole en que algo le sucedía al bebé. Se revolvía en el camastro y la fiebre había hecho acto de presencia. Valerio, incapaz de saber qué hacer, se había visto obligado a dar aviso a Aurelio, y entre los dos, impotentes y sin conocimiento alguno, habían optado por despertar a las esclavas de Livia para que le dieran aviso. Ella era mujer y había tenido dos hijos, así que seguro que podría ayudarlos. La esposa de Augusto, había acudido presta a la estancia junto a dos de sus esclavas de confianza. Allí también se encontraban las dos que servían a Valerio y a su esposa. Al ver entrar a la señora de la *domus*, agacharon la cabeza.

—¡Por todos los dioses, Valerio! ¡¿Qué es lo que ocurre?! —preguntó la recién llegada viendo la escena que se dibujaba ante ella.

—¡No lo sé! ¡Se ha despertado de repente y ha sido todo muy rápido! ¡No sabía qué hacer y he pensado que me podría ayudar!

Livia les hizo un gesto a sus esclavas, que se encargaron de transmitir las indicaciones pertinentes a las otras que servían al joven matrimonio. Se notaba que eran menos expertas en esas lides, ya que ni siquiera habían ido a por agua todavía. Al momento, y cuando tuvieron lo que les habían pedido, las dos expertas siervas colocaron las compresas de agua fría sobre la frente de Servilia, que continuaba profiriendo gritos de dolor terribles. Valerio asistía a aquella escena con impotencia. No sabía qué hacer para poder ayudar a su esposa. Había luchado contra decenas de enemigos temibles, se había sobrepuesto a situaciones cien veces más complicadas, en las que se había jugado la vida…, pero jamás se había visto en una como esa. Aurelio, que estaba también muy preocupado por el estado de salud de su hermana le aferraba por el hombro tratando de calmarle. Observaron cómo Livia y una de sus esclavas se subieron a ambos lados del camastro y comenzaron a palparle la panza a Servilia. Dijeron unas palabras en voz baja. Algo parecido a una plegaria que apenas pudieron entender los demás. Acto seguido, la esposa de Augusto se bajó del catre y le dijo a Valerio:

—¡La criatura se ha movido en el interior de tu esposa y le está ocurriendo algo malo! ¡Manda a alguno de tus hombres a avisar a Musa! ¡Yo mandaré a Gerilda a buscar a una de las comadronas más buenas de Roma!

—¡Yo me encargo de traer al *medicus*! —exclamó Aurelio saliendo a toda prisa de la estancia y haciéndole un último gesto de complicidad a su amigo.

A la vez que el *optio* salía de la habitación, la esclava de Livia hacía lo propio con la orden de avisar a una de las pocas personas que podría tratar a la esposa del centurión.

—¿Es grave? —interrogó Valerio.

—Todo apunta a que sí… Siento tener que decírtelo, centurión, pero el tiempo apremia si queremos salvarlos.

El mundo se le vino encima al escuchar aquellas palabras. Sabía que algo malo estaba ocurriéndole a Servilia, pero jamás pensaba que fuera a ser tan grave. Las palabras y, sobre todo, la mirada de Livia, le habían asustado aún más. Se acercó hasta el lecho y se colocó junto a una de las esclavas de su esposa que le estaba cambiando la compresa de agua por una más fría, ya que se había calentado muy rápido por culpa de la elevada temperatura que estaba tomando su cuerpo. Fue él quien cogió la nueva toalla de lino que se había empapado en agua y se la colocó en la frente, justo antes de agarrarle la mano.

—Valerio… —dijo la mujer entreabriendo los ojos.

—Sí, querida, soy yo, y estoy aquí contigo —respondió él mientras le besaba la mano que le sujetaba.

—Lo siento mucho…

—Tranquila. No es culpa tuya, Servilia —le dijo él con lágrimas en los ojos.

—Yo quería darte este hijo…

—No pienses en eso ahora. Tú solo tienes que aguantar hasta que lleguen Musa y la partera. No tardarán mucho.

—Rezo a Juno Lucina para que me permita poder parir a esta criatura. Aunque tenga que dar mi vida para que nazca —añadió Servilia antes de cerrar de nuevo los ojos.

Aquellas palabras de la muchacha se le clavaron en el alma como si se tratara de un puñal. Las lágrimas le brotaron de los ojos mientras giraba la cabeza para que nadie le viera llorar. Fue entonces cuando Livia se acercó hasta él y le dijo en voz muy baja:

—Será mejor que esperes en el exterior, centurión. Esta tarea solo podemos hacerla las mujeres…

—Pero es mi esposa… Debo estar a su lado en este momento.

—Hazme caso, por favor.

Livia hizo un gesto a una de las esclavas de Servilia para que acompañara hasta el exterior a Valerio, que se dejó hacer sin oponer más resistencia. La esposa del comandante estaba en lo cierto, además, su presencia allí podía ofender a las divinidades vinculadas a la maternidad y al parto. Eran muchos los dioses que intervenían en ese proceso, y siendo una cosa de mujeres como era, la presencia masculina en la sala podía entorpecer más que otra cosa. Justo un instante después de que se cerrara la puerta tras él, escuchó unos pasos que venían por el pasillo. Se dio la vuelta para comprobar que se trataba de Augusto. Iba acompañado por el joven Marcelo y su esposa, Julia. Los tres se acercaron con el rostro serio y se abrazaron al centurión.

—¿Está mi esposa dentro?

—Sí, comandante —respondió él.

—¿Y Musa? ¿No ha llegado todavía? —interrogó de nuevo Augusto.

—Aurelio ha ido a toda prisa a buscarle. No creo que tarde mucho en llegar.

El comandante puso su mano derecha sobre el hombro de su oficial en un gesto de complicidad.

—Tu esposa es una mujer muy fuerte, centurión. El bebé y ella se salvarán.

—Entraré para ver si puedo ayudar, padre —dijo la joven Julia.

Augusto asintió mientras la muchacha accedía a la estancia. Justo en ese momento se escuchó otro terrible grito de Servilia que le hizo alzar la mirada y tratar de ver lo que ocurría en el interior.

—Demos una vuelta y que te dé un poco el aire —sugirió su superior asiéndole por el brazo derecho.

Valerio comenzó a caminar junto a él sin estar muy convencido. Al final se dejó arrastrar hasta el jardín de la casa. Corría un aire gélido que le azotó en la cara cual si fuera un puñetazo de realidad. Le despertó de aquella pesadilla que estaba viviendo.

—Ve a buscarle una *paenula* al centurión, Marcelo —le indicó Augusto a su sobrino.

El joven asintió y se marchó como un rayo dejándolos solos.

—Deja que los dioses actúen, Valerio. Ellos son los únicos que pueden decidir sobre nuestras vidas.

—Eso es lo que más temo precisamente, comandante.

—Recuerda cómo estaba yo… Más muerto que vivo, y de repente, con la ayuda de los dioses, y un poco de Musa, volví a renacer —le explicó tratando de consolarle en aquel momento de dolor.

—Tiene que haber algo más que podamos hacer los mortales. No se

puede depender tan solo de la voluntad de los dioses.

—Claro que lo hay. Los mismos dioses nos bendicen trayendo al mundo a personas como Antonio Musa. Los seres superiores usan a esos elegidos para que actúen en su nombre. Por ello debes estar tranquilo. Cuando él llegue, se ocupará de todo.

Las palabras de Augusto parecieron devolverle un poco la calma. Si eso era cierto, esperaba que los dioses inspiraran al *medicus* para poder salvar la vida de sus seres queridos. Elevó la vista al oscuro cielo y rogó en silencio para que le escucharan en su súplica de ayuda.

* * * * *

—Debes elegir, o el bebé o ella…

Augusto, Marcelo y Aurelio estaban junto a él cuando Musa salió de la estancia. Había estado en el interior atendiendo a Servilia durante un buen rato junto a Domitila, que era la mejor comadrona de toda Roma. Se habían escuchado nuevos gritos de dolor y eso le había puesto aún más nervioso. Pero ahora, cuando el famoso *medicus* que había logrado arrebatar al comandante de las garras de la muerte, le dijo aquello, se quedó sin palabras. Todos se mantuvieron en silencio y Augusto le hizo un gesto a Musa, como dándole a entender si aquella era la única solución. El *medicus* movió la cabeza hacia los lados dejando claro que no había otra salida.

—Servilia debe vivir… —sentenció con parcas palabras Valerio antes de agachar la cabeza.

Musa que tenía las manos manchadas de sangre, asintió con un leve movimiento de cabeza y regresó al interior de la estancia. Aurelio se acercó un poco más hasta su amigo y cuñado y le puso ambas manos sobre los hombros.

—Has tomado la mejor decisión, Valerio. Yo habría optado también por salvar a mi hermana.

—No es lo que ella deseaba —respondió el aludido.

—Tu esposa es joven y fuerte. Se repondrá y podrá darte más hijos —le alentó Augusto que quiso consolarle también.

—Nunca me lo perdonará…

Todos los presentes se miraron sin saber qué decir. Valerio se sentó en un banco de piedra que había cerca y se llevó las manos a la cara cubriendo con ellas su rostro. Aurelio hizo ademán de acercarse hasta él, pero Augusto le sujetó por el brazo con suavidad y le dijo:

—Déjale solo un rato, *optio*. Necesita pasar este trago sin que nadie le atosigue. Él también es fuerte y lo superará. Centrémonos en pedir a los dioses que velen por la salud de tu hermana. Ella tiene que enfrentarse a una dura prueba y necesitará que le ayudemos con

nuestras plegarias.

Aurelio asintió y se alejó del abatido Valerio. Siguió el consejo del comandante pese a que su corazón le decía que debía estar junto a su amigo en aquel momento tan difícil. Verlo de aquella guisa le partía el alma, y le hacía sentirse impotente. Conocía muy bien a su hermana, y sabía que si le había dicho a su esposo que prefería morir ella y salvar al bebé, jamás le perdonaría que hubiera tomado la decisión contraria a su voluntad.

CAPÍTULO XXXVI

Aledaños de la casa de Antonio Musa, unas pocas noches más tarde

Se quedó observándole desde la distancia. Estuvo esperando el mejor momento para abordarle. Apenas había salido del interior en los últimos días, ya que la cola de pacientes no había menguado. Ya hacía un buen rato que el último de ellos había sido atendido. Desde lo acontecido el día de su visita, Augusto había procurado tener siempre a un grupo de sus pretorianos apostados en el exterior de la *insula* para garantizar que no se volvieran a producir disturbios. Eso hizo que todo el mundo se comportara de manera adecuada, y a excepción de alguna leve riña o discusión que se cortaba de raíz con la intervención de los guardias, todo transcurrió con normalidad. Les había explicado todo a sus socios, y estos habían acordado que aquella iba a ser la mejor manera de conseguir lo que pretendían. Embaucar al aprendiz y hacerle colaborar con la conspiración era la única manera. Ahora tenía que tantearle para ver si era posible hacerlo sin que este se diera cuenta, o si, por el contrario, estaba dispuesto a participar de manera voluntaria en tal acción. Su maestro no era un hombre que se moviera por la codicia, pero estaba convencido de que el joven estaba hecho de otra pasta. De la pasta que estaban hechos la mayoría de los hombres. Pronto saldría de dudas.

Cuando le vio salir del edificio, comenzó a seguirle a una distancia prudencial. No quería abordarlo de inmediato, sino que pretendía saber a dónde se dirigía para provocar un encuentro que pareciera casual. Estaba muy curtido en ese tipo de acciones, y a juzgar por las horas en las que abandonaba la casa, seguramente Próculo iría a alguna taberna o a algún prostíbulo para aliviarse. Era un joven bien parecido, pero de clase social modesta, por eso no aspiraría por el momento a encontrar a una buena mujer con la que contraer matrimonio. Además, por lo que había podido observar, la vida de un *medicus* estaba centrada exclusivamente en el estudio y la formación, y rara vez podían tener tiempo como para buscar una esposa. La mayoría de ellos eran griegos, sirios o egipcios. Incluso había visto que por Roma había otros de incluso más lejos. Era un oficio que se llevaba ejerciendo desde hacía mucho tiempo en la parte oriental del Mediterráneo. Era raro ver a un itálico o a un galo, o incluso a un hispano desarrollando tal profesión. Había muchos curanderos o herboristas que se las daban de ejercer de *medicus*, pero en realidad no

lo eran. Eso sin tener en cuenta todas esas mujeres que eran más brujas que otra cosa, y que se pasaban el día haciendo y vendiendo pócimas y elixires destinados a aumentar el vigor masculino, o a evitar embarazos no deseados, o incluso que eran capaces de lanzar maldiciones y males de ojo. Pero esos hombres y esas mujeres no eran como Musa y sus colegas. Estos últimos se habían pasado toda su vida estudiando tratados antiguos y explorando las entrañas de los animales para conocer el funcionamiento del sistema interno de los hombres. Eran auténticos eruditos que habían estudiado en escuelas importantes y de alta reputación. Al menos eso era lo que había ido averiguando aquellos últimos días, consultando a varios de ellos mientras fingía tener dolencias. Quería obtener tanta información como le fuera posible para conocer mejor al muchacho con el que tendría que tratar. Aprendió en poco tiempo muchas cosas, e incluso fue capaz de empatizar con muchos de ellos, ya que se percató de lo complicada que era su profesión, y del riesgo que asumían en según qué visitas.

Estaba sumido en esos pensamientos cuando vio entrar a Próculo en un sucio local en el cual se servía vino y se vendía el cuerpo de las esclavas como prostitutas. Lo conocía porque había estado allí alguna vez probando la suculenta mercancía que tenía el proxeneta que lo regentaba. *La espuma de Venus* se llamaba. Y no era ni mucho menos un espacio higiénico como el nombre parecía indicar. Era un antro de mala muerte en el que las esclavas duraban poco tiempo y por eso no era uno de sus preferidos. El dueño las explotaba sin piedad, y cada semana desparecía alguna de ellas. Nadie sabía que les ocurría, aunque no hacía falta ser demasiado inteligente para darse cuenta de que era algo fuera de lo normal. No las cuidaba demasiado bien. A él poco le importaba aquello, ya que eran simplemente esclavas y su única función era la de aliviar a los ciudadanos y libertos romanos de sus preocupaciones y problemas diarios. Pero sabía, por lo que había escuchado por ahí, que el dueño, un tal Vibiano, tenía tratos con varios mercaderes de esclavos que le hacían un precio muy bueno para quedarse con mercancía de calidad. Luego, evidentemente les permitía a sus clientes hacer cosas que en otros lugares no estaban aceptadas. Aunque él no lo había visto jamás en persona, como tampoco lo había solicitado por considerarlo algo indecente, sabía que por unos sestercios más, dejaba que pegaran a las mujeres y que hicieran algunas prácticas más violentas de lo habitual. Allí entraban todo tipo de varones, y esas maneras de proceder poco habituales provocaban que más de una ramera recibiera tales palizas que acababan con sus vidas. Pero eso no le importaba lo más mínimo al

propietario, mientras no le afectara a sus intereses, porque lo que cobraba por tales acciones compensaba con creces lo que pagaba por ellas.

Si hubiera podido aconsejarle a Próculo que fuera a otro local, lo habría hecho. Pero no estaba allí para decirle al aprendiz de Musa cuál era el mejor local en el que buscar alivio sexual. Su cometido era muy diferente, así que se limitó a aguardar en el exterior del lupanar durante un buen rato. Habría podido entrar y forzar el encuentro, aunque pensó que era mejor aparentar ser un hombre más refinado de lo que en realidad era. Llevaba tanto tiempo haciendo el papel de familiar de Sexto ante la esposa de Fabio, que incluso se había llegado a creer que no era un despojo social de la clase baja de la capital. Se pasó un buen rato pensando en ello, en la soledad que ofrecía aquella callejuela por la que apenas pasaba un alma, y llegó a la conclusión de que no se vivía tan mal siendo rico, o aparentando serlo. Cuando terminara todo aquel asunto de Augusto, si las cosas salían como sus pagadores pensaban, le entregarían una cuantiosa cantidad de denarios, que sumados a los que ya había acumulado, le permitirían vivir mejor incluso que cualquier rico senador de Roma. Sonrió mientras analizaba lo bien que le estaban yendo las cosas. Las voces de dos borrachos que iban tarareando una antigua canción le devolvieron al presente. Los observó mientras pasaban por delante de él y entraban en el prostíbulo sin percatarse de su presencia. Lo importante era concluir lo que tenía entre manos con presteza y éxito, y ya pensaría después lo que hacer con su vida.

* * * * *

Se había aliviado con una ramera germana que no tendría más de quince años. Estaba escuálida y presentaba varios moratones en la cara y el cuerpo. No le importaba lo más mínimo lo que le hicieran a esa esclava, pero le llamó la atención que el dueño del local no cuidara el aspecto físico de las prostitutas. Había estado en algunos otros, en Tarraco, y nunca había observado que la mercancía ofrecida a los clientes estuviera tan marcada. Tampoco quiso preguntarle al propietario del local cuando terminó. Dejó a la mujer estirada de lado en el camastro y salió del cuartucho sin apenas mirarla. Se había aliviado y eso era lo importante. Se acercó a una barra tras la que había un hombre grueso y calvo sirviendo bebida y le pidió una vaso de vino. Mientras se lo bebía observó la clase de clientela del lupanar y pensó que se había metido en uno de los peores antros de toda la ciudad. Pidió otra copa más y el hombre le sirvió con cara de pocos amigos. Dejó su bolsa de cuero repleta de sestercios encima de la

barra para dejar claro que tenía monedas para gastar, y no fue necesario decir nada más. Le sirvió otra copa y le dejó una jarra llena al lado mientras se llevaba cinco monedas de las que se habían salido de la bolsa.

—Muchacho, por quince sestercios, el jefe te dejaría hacerles más cosas a las putas —le dijo el hombre que de repente parecía haber cambiado su actitud para con él.

—¿Qué cosas? —preguntó con cierta curiosidad.

—Lo que te plazca. Les puedes azotar, golpear, humillar y tratar como lo que son… Escoria esclava que no se merece nada. Todo aquello que se pase por tu imaginación sin ninguna limitación.

Curioso trato el que se les dispensaba a las prostitutas de aquel local. Aquella información corroboraba lo que había observado en el cuerpo de la germana. Le pareció algo repugnante. Por muy esclavas, y por muy putas que fueran, al menos se les debía tratar con algo de respeto.

—No estoy interesado en ese tipo de prácticas, gratitud por la oferta.

—Como quieras… —respondió el hombre dándose la vuelta y entendiendo que no iba a sacarle más monedas.

Se bebió dos copas de vino más y recogió la bolsita con las monedas que le quedaban. Desde que Musa había recibido la suculenta recompensa de Augusto, su generosidad para con él había aumentado considerablemente. Le pagaba veinte sestercios a la semana, y a parte le proporcionaba el alojamiento y la comida. No podía quejarse, aunque sabía que su maestro había recibido una cuantiosa fortuna por obrar el milagro. Sabía que tenía muchas monedas guardadas en algún lugar de la *insula*. Se le había pasado por la cabeza en varias ocasiones buscarlas y llevárselas. Huir de allí con todo lo que pudiera llevar e iniciar esa vida que él no quería. Era injusto hacerle estudiar y formarse siendo un hombre rico. Si lo que quería era ejercer su profesión porque no sabía hacer otra cosa, al menos estaría bien cobrar algo por sanar a las personas. Lo de la voluntad era algo que estaba muy bien para congraciarse con los dioses, pero hacer las cosas gratis no era digno de alguien con su formación. Solo por todos los años que había dedicado a instruirse, debería cobrar algo, ni que fuera una tarifa de cinco o seis sestercios por consulta. No hacerlo era infravalorar su esfuerzo, y de paso quitarles trabajo a sus colegas de profesión. Estaba claro que los enfermos que no iban al templo de Esculapio buscando sanar, iban a ver a Antonio Musa. No solo por haber salvado al primer hombre de Roma, sino también porque cobraba la voluntad por sus servicios. Los

demás que se dedicaban a lo mismo, tendrían sus honorarios ya que no habían sido generosamente recompensados. Pero su maestro era así… Un hombre bueno que buscaba ayudar al prójimo, por mucho que el prójimo luego no ayudara a sus semejantes.

Se dio la vuelta y se dirigió a la salida pensando en la manera de reunir el valor para robarle al hombre que le había sacado de las calles y le había convertido en alguien de provecho. El estado de embriaguez leve en el que se hallaba le envalentonó y decidió que cuando llegara a casa, se pondría a buscar el escondite de las monedas. Al menos para tenerlas localizadas por si llegado el momento, reunía el valor suficiente como para robárselas y abandonarle en busca de una vida mejor y más tranquila, lejos de las preocupaciones mundanas que ofrecía la profesión de *medicus*.

Justo puso el primer pie en la calle, cuando notó que alguien le sujetaba por la espalda. No tuvo tiempo de decir nada, ya que al girarse para comprobar quien era, recibió un fuerte puñetazo en la cara que le hizo tambalearse. Sin apenas poder reaccionar, llegó otro muy duro que le impactó en la boca del estómago y le dejó sin aire. Cayó de rodillas mientras intentaba respirar. Le costaba mucho hacerlo, así que recordando algunas de las lecciones que había aprendido junto a su maestro, abrió los brazos y alzó la cabeza buscando una manera de ensanchar su caja torácica para recobrar el aliento. Fue entonces cuando vio a dos tipos fornidos y harapientos que estaban sonriendo frente a él. Unos pasos por detrás, en el dintel de la puerta del lupanar, estaba el hombre que le había servido el vino. También sonreía, mientras les decía a los otros dos:

—Lleva las monedas en esa bolsa que tiene atada en la cintura.

Uno de los hombres se acercó hasta él y trató de arrebatarle el pequeño bolso de cuero. Próculo, en un acto instintivo le apartó la mano de un golpe. El hombre se enojó al haber sido bloqueada su maniobra, así que le propinó una patada en el pecho que lo hizo caer de espaldas al suelo. Se colocó entonces sobre él y le puso su enorme pie sobre el cuello mientras le decía:

—Tienes dos maneras de acabar la noche, muchacho. La primera es en tu casa, sin la bolsa de monedas, pero con vida, y la segunda, haciendo cola para el Barquero. Tú decides…

La decisión era clara. Aunque quisiera plantarles cara no tenía la mínima opción de salir de una pieza. Era mejor perder las monedas que había ganado en las últimas semanas que perder la vida. Apartó los brazos hacia los lados y recuperando un poco el aliento le respondió:

—Cógelas, pero no me hagas más daño…

El matón alargó la mano y le arrancó el saco de cuajo. Después miró al que estaba en la puerta y este le dijo:

—¡Lleváoslo a un callejón dónde no os vea nadie y matadle! ¡Nos podría reconocer y no quiero que se presente aquí mañana con sus amigos reclamando las monedas!

—¿Y qué hacemos con el cuerpo? —preguntó el segundo hombre que se había quedado al margen hasta aquel momento.

—Lo mismo de siempre…

Tras decir aquellas últimas palabras, entró de nuevo al local. Los dos matones sujetaron a Próculo por debajo de las axilas y lo arrastraron unos pasos hasta una pared. Allí lo levantaron y lo comenzaron a registrar para ver si llevaba algo más.

—¡Por todos los dioses! ¡No hace falta que me matéis! ¡No le diré nada a nadie de lo que me habéis hecho!

Comenzó a sollozar como una mujer mientras los dos matones se reían de él y de su debilidad.

—¡No tengo amigos en Roma! ¡He llegado hace muy poco y no conozco a nadie! ¡No voy a volver aquí jamás!

—¡Cállate de una maldita vez! —le gritó el que le había dado la paliza mientras le agarraba con fuerza por la mandíbula.

El dolor de la presa fue horrible. Las lágrimas le brotaron con más intensidad. Pensó que los dioses le estaban castigando por haber pensado en robarle a su maestro. Ahora le harían pagar la osadía de intentar morder la mano que le daba de comer. Trató de soltarse con las pocas fuerzas que le quedaban, aunque fue totalmente inútil. Aquellos dos tipos eran mucho más fuertes y grandes que él. Estaban curtidos en aquello que hacían, y estaban dispuestos a cumplir con la orden que les había dado el otro. Pensó que había sido un estúpido y un presuntuoso al mostrar su bolsa con monedas de aquella forma tan incauta. Aquella no era una zona en la que se pudiera ostentar riqueza. Se había metido en uno de los peores lugares de la ciudad por no haber preguntado antes. Si se hubiera molestado en hacerlo a cualquiera de los pacientes que habían acudido a la consulta de Musa, seguro que le habrían recomendado otras zonas más seguras. Se había obcecado con aliviarse después de toda la tensión que había ido acumulando aquellos últimos días, sin tener en cuenta que estaba en una ciudad que no conocía. Aquellas calles no eran las de Tarraco. Roma era algo muy diferente y acababa de quedarle claro. Ya era muy tarde para lamentarse por el error de cálculo que había cometido.

—¿Has visitado alguna vez la Cloaca Máxima, amigo? Supongo que no, ya que eres nuevo en la ciudad —dijo el otro hombre soltando una carcajada mientras el primero le aflojaba la presa de la cara.

—¡Os lo ruego! ¡Por todos los dioses! ¡No diré nada a nadie y no volveré a aparecer por aquí! —suplicó de nuevo mientras los dos fortachones volvían a arrastrarle en contra de su voluntad.

—Demasiado tarde, chaval… Habértelo pensado antes.

—No se te había perdido nada en esta zona de la ciudad —añadió el otro pegándole una fuerte colleja.

Ambos se rieron al ver la cara de susto del muchacho y cómo lloraba.

—¡Qué asco! ¡Se acaba de mear encima! —exclamó uno de ellos apartándose a un lado.

El otro lo empujó contra la pared de nuevo mientras le sujetaba por el cuello.

—¡Sucio cobarde! ¡Al menos ten un poco de dignidad en los últimos instantes de tu vida! ¡Vete al reino de Plutón con algo de hombría! —exclamó dándole una bofetada.

Próculo estaba tan desesperado y asustado que ni siquiera se había dado cuenta de que se había orinado. El terror era total. Jamás había experimentado una situación como aquella y por mucho que aquellos dos le dijeran que se comportara con valentía, ya le gustaría verlos a ellos en su misma situación.

—¡Acabemos de una maldita vez, Corvo! ¡Estoy cansado ya de escuchar los gimoteos de esta nenaza! ¡Tengo ganas de volver al lupanar y montar a la perra númida que llegó hace dos semanas! ¡Me pone mucho esa zorra!

El otro hombre asintió con un leve movimiento de cabeza y sacó un puñal del cinto y se lo colocó a Próculo en el bajo vientre.

—No es nada personal, chaval…

El aprendiz cerró los ojos dispuesto a dar el paso a la otra vida analizando con rapidez lo que había dado de sí su corto y breve paso por el mundo de los mortales. Se relajó y pensó que cualquier esfuerzo para resistirse iba a ser en vano. Pronunció en silencio una oración en la que rogaba que todo fuera rápido e indoloro, además de aprovechar para pedir disculpas por todos los pensamientos e ideas poco decentes que habían pasado por su cabeza aquellos últimos días. Deseó en lo más profundo de su corazón que las cosas le fueran bien a Antonio Musa, y le dio las gracias por haberle sacado de las calles de Tarraco cuando tan solo era un mocoso. Estaba en deuda con aquel hombre y no podría agradecérselo hasta que no se reunieran en la otra vida. Le esperaría para pedirle perdón por haberse comportado como un estúpido egoísta.

CAPÍTULO XXXVII

Casa de Augusto, unas noches antes

—Ha dicho que quiere verte.

—¿Estás seguro? —le preguntó Valerio nervioso.

—Sí, *frater* —le respondió Aurelio que acababa de salir de la estancia en la que se estaba recuperando su hermana.

—¿Está enfadada?

—Está cansada y triste, pero no lo he notado enfadada —le dijo con sinceridad.

Valerio asintió y le dio las gracias a su amigo y subordinado poniéndole la mano sobre el hombro. Entró en la estancia que estaba tenuemente iluminada. Allí estaba aún la comadrona, sus dos asistentes y una de las esclavas de Livia. Servilia estaba recostada de lado en el camastro y parecía estar dormida. Al verlo entrar, Domitila se acercó hasta él y le cogió por ambas manos antes de decirle:

—Está aún muy débil. Ha perdido mucha sangre en el parto, pero se recuperará…

—Gratitud por todo lo que has hecho —le respondió el militar.

—Mis asistentas se llevarán a la criatura y la prepararan para el ritual funerario —añadió la partera—. ¿Deseas verla?

Valerio se quedó en silencio. Después de haber tenido que tomar la decisión de salvarle la vida a su esposa en detrimento de la de su hija, se sentía muy culpable. Musa le había dicho que una vez la madre diera a luz, el bebé nacería muerto, ya que el cordón umbilical que le unía a ella, se le había enrollado en el cuello. La única manera de haber salvado a la niña, habría sido rajar la barriga de Servilia para sacarle a la criatura. Semejante maniobra habría supuesto su muerte. Tan solo imaginarse a su joven y bella esposa abierta en canal cómo si fuera un cordero, fue suficiente para decidir que ella era prioritaria. Por muchas ganas que tuviera de ser padre, lo primero era salvarla a ella. Siempre podría darle más vástagos en el futuro. No estaba dispuesto a renunciar a su amor después de todo el esfuerzo que le había costado tenerla. Pensó que cualquier esposo habría hecho lo mismo. Esa era tal vez la manera que tenía de sentirse menos culpable por la terrible decisión que había tenido que tomar.

—Que se la lleven, por favor —respondió.

Domitila asintió e hizo un gesto a sus ayudantes para que recogieran el cuerpo sin vida de la recién nacida que estaba envuelta en una gruesa manta de lana, y se la llevaran de allí. Al percatarse de

que se marchaban con el cuerpo de su bebé, Servilia se dio la vuelta y gritó cómo pudo:

—¡No os llevéis a mi pequeña!

Las mujeres se detuvieron un instante, pero Valerio se acercó hasta su esposa y se sentó a su lado. La acarició y la besó mientras le susurraba:

—No te tortures más, querida… Ha sido la voluntad de los dioses y no podemos hacer más.

Ella se colocó entre los brazos de su marido mientras lloraba resignándose a lo que le acababa de decir. Valerio hizo un gesto con la cabeza indicándoles a las mujeres que continuaran. Aferró con más fuerza a Servilia sin dejar de besarla.

—Tranquila… Estoy contigo, Servilia…

La mujer no dejó de llorar y de gemir durante un buen rato. Cuando los sonidos cesaron, Valerio se percató de que se había quedado dormida en sus brazos. Se estiró junto a ella sin dejar de abrazarla. Ya hacía rato que los habían dejado solos. Fue entonces cuando las lágrimas brotaron de sus ojos. Fueron eso, simplemente lágrimas, ya que no quería que su esposa le escuchara gimotear. Él no era una mujer y debía ser valiente y fuerte, como siempre había sido en todas las situaciones adversas que había tenido que vivir. Aquella era otra más. Los dioses le habían negado el ser padre de aquella niña y, aunque el dolor que sentía en su alma era terrible, sabía que se acabaría desvaneciendo. Llegarían otros embarazos, y estaba convencido de que irían mejor que ese. Servilia le daría más hijos. Le acarició el pelo suavemente mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la otra mano. Poco a poco, el cansancio y la tensión fueron venciéndole a él también, y comenzó a sumirse en un sueño profundo.

* * * * *

Notó cómo alguien le acariciaba la mejilla. Se despertó de súbito y vio que era Servilia, que seguía recostada junto a él. Le miraba fijamente. El color de su tez seguía siendo tan pálido como cuando entró a verla, pero el fuego de sus ojos se había reavivado.

—¿Cuánto he dormido? —le preguntó.

—Lo necesario, Valerio.

—¿Cómo te encuentras? —interrogó de nuevo interesándose por el estado de salud.

—Débil y muy cansada… Pero bien…

—Debes comprender que no tuve elección —acertó a decir sin esperar que ella le dijera nada.

—Lo comprendo perfectamente.

—Cualquier esposo que amara con locura a su esposa habría obrado de la misma manera —añadió justificándose.

—No debes culparte por haber tomado esta decisión. Sé que me amas y que lo has hecho pensando en mi bien. Jamás te recriminaría nada, y lo sabes.

Valerio le dio un cálido beso en la frente. Se quitó un enorme peso de encima. Pensaba que Servilia le echaría en cara no haber respetado la decisión que había tomado. Pero no. Aceptaba de buen grado lo que él había elegido. O al menos eso era lo que parecía.

—Aunque el dolor que siente una madre al perder una hija de esta manera tan cruel es algo que los hombres jamás podréis entender.

—Si hubiera sido un varón habría obrado de la misma manera —repuso él.

—Estoy convencida, esposo. No sabías que era una niña cuando escogiste salvarme la vida, así que no debes argumentarlo más.

—Lo superaremos juntos, Servilia. Vendrán más hijos, estoy convencido —añadió el soldado—. Y quiero que me los des tú.

—Puedes estar seguro de que haré todo lo posible por complacerte… —dijo ella acurrucándose en su pecho y dejando caer dos largos regueros de lágrimas que mojaron la túnica de su esposo.

CAPÍTULO XXXVIII

En una sucia callejuela de la Subura, unas noches más tarde

Notó cómo la hoja del cuchillo y la presa que le aferraba por el cuello se soltaban. Abrió los ojos justo en el momento en el que el matón que iba a acabar con su vida, cayó al suelo tras recibir un duro golpe en la cabeza. Se quedó petrificado al ver cómo una sombra emergía de detrás del gigantón portando un madero en la mano derecha. No pudo verle la cara, ya que iba encapuchado, pero observó una sonrisa en la penumbra de su rostro. Acto seguido, y de manera muy ágil, vio que esa figura se giró hacia el otro hombre y tras esquivar un ataque de este, le golpeó con el objeto que portaba en la mandíbula, con tanta fiereza que también lo derribó. Con los dos cuerpos inertes en el suelo, le arrebató el puñal al primero de ellos y se lo clavó cinco veces en el pecho con una rapidez tremenda. Asió el cuchillo con la otra mano después de soltar el madero y levantó al otro que estaba herido del suelo, poniéndole contra la misma pared en la que estaba él, justo a su izquierda.

—Dadle recuerdos al Barquero de mi parte —susurró el hombre antes de rebanarle el cuello a aquel miserable.

Dejó que el cuerpo se desplomara y se desangrará como si fuera un pollo y se guardó el cuchillo en el interior de su túnica. No pasó mucho hasta que se colocó frente a él y le preguntó:

—¿Estás bien, muchacho?

Próculo asintió con un leve gesto de la cabeza, aunque continuaba sin entender cómo había podido salvarse. Aquel misterioso hombre encapuchado había eliminado a los que iba a matarle en un abrir y cerrar de ojos. Pero, ¿quién era?

—Será mejor que nos vayamos de aquí antes de que pase algún curioso… —le interpeló mientras le sujetaba por debajo del brazo y se lo apoyaba sobre su hombro para ayudarle a caminar.

—¿Quién eres? —acertó a preguntarle.

El misterioso salvador se quitó la capucha y se descubrió.

—¿Tú? ¿Cómo es posible? —preguntó Próculo al reconocer a Cayo Flaminino.

—Los dioses quisieron que pasara por aquí.

—¿Me tomas el pelo?

—No, muchacho. ¿Crees que estoy para bromear? —le respondió su salvador.

Todavía no daba crédito a las palabras que le había relatado

Flaminino. ¿Un comerciante acabando con aquellos dos matones en un momento? Había algo que no le cuadraba en todo eso.

—No sabía que los comerciantes pelearan de esa manera —señaló el muchacho.

—Los he cogido desprevenidos. Estaban tan centrados en matarte, que no se han dado cuenta de mi presencia.

—¿Y esa manera de luchar? No es muy normal…

—Antes de ser comerciante, fui legionario —dijo Numerio improvisando para que no le descubriera.

Aquello sí que encajaba. Se movía con una agilidad y una precisión que solo podía haber aprendido siendo un soldado.

—Serví en las legiones durante quince años y luego me licencié. Fue entonces cuando opté por dedicarme al comercio. Es un mundo que te ofrece muchas más oportunidades que el ejército —sonrió.

—Pues menos mal que estabas entrenado, porque si no, nos habrían matado a los dos sin más —dijo bromeando Próculo que daba gracias a los dioses por haber puesto en su camino a ese hombre.

—En otras circunstancias no habría sido tan sencillo, pero la oscuridad de la noche y la sorpresa, han sido dos factores que han decantado la balanza a mi favor. Un golpe de suerte.

—Otro más —matizó el joven—. Esta es la segunda vez que me salvas el pellejo en pocos días. Estoy en deuda contigo, Flaminino.

—Te llevaré con Musa para que te vea esas feas heridas.

—Será lo mejor, aunque cuando le explique lo que ha pasado, se enfadará mucho conmigo —dijo Próculo siendo consciente de lo que había hecho.

—Puedes estar tranquilo, no tenemos por qué contarle la verdad… —le guiñó el ojo en un gesto de complicidad mientras continuaron avanzando por las oscuras calles de Roma.

* * * * *

—Todavía no comprendo cómo habéis acabado en esa zona tan peligrosa de la ciudad. Eres un insensato, Próculo —le regañó Musa mientras le curaba las heridas de la cara y no le dijo nada a su acompañante porque apenas le conocía.

—No culpes al muchacho. Ha sido culpa mía —intervino Numerio —. Tal y como te he explicado cuando hemos llegado, nos encontramos en una posada más decente y le dije que me acompañara a tomar un trago a la otra. Luego se inició la pelea y nos vimos inmersos en ella sin darnos cuenta.

—Es muy peligroso salir a esas altas horas de la madrugada por las calles de Roma —advirtió el *medicus* mirando de nuevo a su aprendiz

que tenía cara de circunstancia.

—Yo también hace poco que llegué a la ciudad y apenas la conozco. Le dije de ir allí porque un amigo me la recomendó. Pero te juro por todos los dioses, que no tuvimos la culpa de la reyerta.

Musa asintió con un leve y casi imperceptible movimiento de su cabeza, mientras volvía a centrarse en la cura de su discípulo. Numerio, aprovechando que el *medicus* no le miraba, le guiñó de nuevo el ojo al muchacho dándole a entender que su excusa había colado. Le había venido muy bien dejar hacer a aquellos matones para poder perpetrar mejor su plan. Al final tal vez había apurado un poco a la hora de intervenir, pero asumir ese riesgo le suponía una ventaja, ya que Próculo debía ver de frente el terror extremo para agradecerle aún más haberle salvado. Había improvisado, pero al final las cosas habían salido mejor de lo que esperaba. La regañina que le había soltado su maestro, no haría sino incrementar más la rabia del joven y de esa manera se lo podría atraer a la causa con mayor facilidad.

—Espero que hayas aprendido una buena lección hoy, Próculo.

—Sí, maestro… —respondió el muchacho agachando la cabeza.

—Vas a pasarte un tiempo sin volver a salir de noche —añadió Musa que todavía estaba enojado.

—Se me han pasado las ganas de repetir, maestro —tuvo que reconocer Próculo que se había tenido que cambiar sus *subligaculum* que estaba húmedo tras haberse orinado encima—. Por suerte Flaminino se encargó de enviar a esos dos miserables al reino de Plutón —añadió viniéndose arriba en su explicación.

Musa no dijo nada al principio y continuó con las curas, pero al cabo de un momento cayó en la cuenta de las palabras que había pronunciado su aprendiz.

—¿Qué quieres decir con enviarlos al reino de Plutón?

Se había ido de la lengua. Numerio se vio forzado a intervenir de nuevo para tratar de salvar la situación y evitar que el *medicus* se diera cuenta de que le habían engañado.

—En la reyerta hubo un par de tipos que iban armados y se abalanzaron sobre Próculo al creerse que había sido él quien la había comenzado. Me vi obligado a tener que noquearlos… El muchacho es un exagerado. Tan solo les dejé fuera de combate con unos golpes bien dados.

Musa se quedó de nuevo en silencio y miró a su aprendiz.

—Quizá pasó así, maestro… No lo recuerdo muy bien porque iba un poco ebrio cuando todo comenzó.

—Ya veo…

—Flaminino sirvió como legionario durante más de quince años —

añadió el joven para cambiar de tercio—. Pelea como si fuera el propio dios Marte reencarnado.

El *medicus* asintió con un gesto y mientras retomaba las curas, le preguntó a Numerio:

—¿Dónde serviste, soldado?

—En la V Alaudae —respondió diciendo el numeral de la primera legión que le vino a la cabeza.

—¿Estuviste entonces en Actium? —le interrogó de nuevo.

—Para mi desgracia sí.

—Entonces eres mayor de lo que aparentas.

—Me conservo muy bien. La vida castrense no me perjudicó demasiado —mintió Numerio—. Además, desde que me licencié continúo ejercitándome casi a diario.

—Veo que eres un hombre disciplinado. Los que habéis servido bajo las águilas, lo lleváis en las venas —añadió Musa—. En lo relativo a la batalla… ¿Fue tan terrible como cuentan?

—Peor. Estoy convencido —respondió recordando que uno de los matones que había trabajado con él en el *collegium* siempre contaba que él había servido en la cubierta de un navío aquel terrible día de sangre y dolor.

—Estuviste en el bando equivocado, soldado.

—Los legionarios rara vez podemos escoger a quién servir de manera individual —dijo al acordarse de que esa era otra de las frases que siempre repetía aquel veterano.

Quién le iba a decir que, haberle escuchado durante tanto tiempo contar historias y batallas, le iba a servir para escurrir el bulto en aquella compleja situación.

—Se puede decir más alto… pero no más claro —respondió el *medicus* esbozando una sonrisa de complicidad.

Numerio se dio cuenta de que había logrado salvar de nuevo la situación. No se le daba tan mal la improvisación, al fin y al cabo. Pensó que antes de exponerse más, y con una parte del trabajo ya hecha, era mejor marchase. Así que optó por levantarse de la silla de madera que le había ofrecido el *medicus* al llegar, y se dispuso a marchar.

—Ha sido una noche larga e intensa, llena de emociones, así que con vuestro permiso me retiro a descansar un poco. Mañana tengo ocupaciones matutinas que no pueden esperar.

—Un momento, Flaminino… —advirtió Musa dejando en paz a Próculo y acercándose hasta el asesino.

—¿Sí?

—Acepta este pago por haberle salvado la vida —dijo ofreciéndole

una bolsa de cuero repleta de monedas.

—No es necesario que me pagues por eso, Antonio —respondió llamándole por su *praenomen* con total confianza.

—Insisto —le alargó de nuevo la bolsa, le abrió la mano y se la depositó sobre la palma.

Numerio se encogió de hombros y sonrió.

—No vamos a pelearnos por esto.

—Por supuesto que no —sonrió Musa.

—Cuídate, muchacho —dijo despidiéndose de Próculo.

Bajó por las escaleras esbozando una sonrisa. Abrió la bolsa de cuero por curiosidad y contó cincuenta denarios. Aunque no los necesitaba, era una cantidad muy generosa, lo que dejaba claro que a Musa le sobraban las monedas, y también que le agradecía el gesto que había tenido con su discípulo. Salió al exterior y dejó que la gélida brisa de la madrugada acariciara su rostro. Se sentía orgulloso de haberlo conseguido. Estaba convencido de que Sexto y Fabio agradecerían su implicación para tratar de solucionar el asunto. Ya quedaba menos para lograrlo y él había sido quien había abierto el camino.

CAPÍTULO XXXIX

Con todo lo acontecido los últimos días, se había olvidado de lo que era urgente. Se había tenido que encargar de cuidar a su esposa, pero no por ello los enemigos de Augusto iban a darle tregua. Había mandado a su amigo Aurelio que se encargara de mantener a los hombres en sus quehaceres habituales. Le ordenó que siguiera con las vigilancias acordadas y que sobre todo se centrara en no perder de vista la casa en la que se habían reunido los conjurados y en la que había visto a Sexto. Le pidió que se hiciera de manera discreta y que le mantuviera informado de cualquier movimiento extraño que observaran. Por suerte, no se le había visto salir de aquella *domus*, pero al menos aquel tiempo había servido para averiguar a quién pertenecía aquella propiedad. Era de un tal Cayo Fabio Plauto, un afamado senador que llevaba ya varios años en la Cámara. Tras indagar en su persona, no habían hallado nada que les hiciera sospechar de su animadversión hacia Augusto. Jamás había mostrado ninguna idea contraria a él en público, y ninguno de los senadores afines al *Princeps* a los que se les había preguntado por el susodicho, destacó nada malo sobre este.

—Hay algo que no encaja…

—Que no lo haya hecho en público, no significa que sea inocente —añadió Marcelo a la reflexión de su tío.

Augusto le había invitado a la *cena*. Aquella vez, no estaban las mujeres presentes. Servilia estaba aún convaleciente, y por ello, Livia y Julia se la habían llevado con ellas a pasar unos días a una de las villas que tenía el *Princeps* en la Campania. Aunque al principio no quiso ir, Valerio la convenció de que le iría muy bien el aire fresco del campo y la tranquilidad. Incluso le prometió que si conseguía solucionar todo aquel asunto que tenían entre manos, le pediría a su benefactor que le dejara ir a verla. Aquello acabó de convencer a su joven esposa, que pensó que estar rodeada de otras mujeres y alejada del bullicio de la capital le ayudaría a recobrarse y olvidar los acontecimientos traumáticos vividos los últimos días.

—Sigo opinando que deberíamos proceder a su detención —sugirió Marcelo que no había cambiado su manera de pensar.

Augusto le miró con un gesto serio, pero no dijo nada.

—Si queremos obtener alguna información válida y que podamos usar después para acusarlos, tal vez deberíamos arriesgar un poco más —dijo Valerio mientras observaba a los otros dos hombres. Fue el más mayor el que le hizo un gesto para que continuara.

—Podríamos intentar infiltrar a un hombre.

—Lo veo muy complicado. Es un círculo muy cerrado en el que estoy convencido de que todos se conocen —respondió Augusto.

—Podría hacerlo yo —intervino Marcelo.

—¿Tú? —le preguntó su tío.

—¿Quién mejor? ¿Acaso no estaban Murena y Calpurnio acercándose a mí para llegar a ti?

No era una idea tan descabellada. El muchacho tenía razón. Los dos senadores se habían esforzado las últimas semanas para llegar hasta él, así que no era un mal plan.

—No sé… Sigue pareciéndome demasiado arriesgado.

—¿Tenemos algo que perder? —interrogó el joven Marcelo.

—Si te ocurriera algo, tu madre jamás me lo perdonaría.

—Con todos mis respetos, soy edil de Roma, así que creo que mi madre no tiene nada que decir en todo esto.

Valerio observó cómo el joven de repente se hacía adulto. Aquellas palabras le otorgaron una aureola casi divina. Estaba claro que no iba a permitir que nadie atentara contra los intereses de su familia, y estaba dispuesto a asumir cualquier riesgo. Tal vez quería hacer algún gesto valiente a ojos de Augusto que le permitiera compensar el hecho de haberse mostrado impulsivo e infantil tan solo unos días atrás. Nadie podía saber lo que le pasaba por la cabeza en aquellos momentos, pero decía mucho de él haber dado ese paso al frente ofreciéndose voluntario.

—Su sobrino tiene razón, comandante —dijo Valerio tratando de ayudar al joven, que, al sentirse respaldado por un oficial de su reputación, sonrió en señal de agradecimiento—. Ellos le querían tener… Así que no deberíamos desaprovechar esta oportunidad.

Augusto pareció reflexionar la propuesta.

—Está bien. Pero quiero que te encargues personalmente de que no le ocurra nada. Mantenlo vigilado en todo momento, centurión.

—No puedo ponerle a nadie encima custodiándole, comandante.

—Tampoco los necesito, tío —añadió Marcelo.

El muchacho tenía toda la razón, y aunque el instinto protector de Augusto emergió, no tenía sentido lo que proponía.

—No le harán daño, comandante. Puede estar tranquilo —insinuó el centurión—. Su objetivo es llegar hasta su persona…

—He visto de lo que son capaces esos traidores, y sé que no se han detenido jamás ante nada o ante nadie. No han dudado en hacer daño a inocentes y ambos sabemos que se han encargado de eliminar a otros antes que no tenían nada que ver con el tema. Así que no me fío, centurión.

Era un riesgo que el *Princeps* no estaba dispuesto a asumir, y tampoco le faltaba la razón al expresar su preocupación. Los que estaban detrás de todo aquello, no iban a detenerse y menos llegados a aquel punto, en el que ya casi no tenían nada que perder. Augusto era ya el dueño de la República, y eliminarle se había convertido en la única salida que les quedaba. Marco también había sido una víctima inocente en todo aquel juego. Ya casi ni se acordaba de cómo había comenzado todo aquello. Habían pasado varios años, y con el tiempo había ido centrándose en las amenazas del presente y del futuro, y había ido relegando al olvido aquellas pertenecientes al pasado. Pero ahora habían vuelto a salir a la luz. Muchos habían caído en el camino. Unos conocidos, y otros no tanto. Y estaba convencido de que había más sangre que manchaba las manos de Sexto y de sus socios en aquella conspiración.

—Si queremos acabar con ellos, debemos asumir estos riesgos —sentenció Marcelo—. Mientras les sea de utilidad, no me harán nada. Soy su única esperanza para llegar a ti. No temas por lo que me pueda ocurrir a mí, tío. Tú eres la República y como magistrado de ella, debo velar por tu seguridad. Es mi responsabilidad protegerte —dijo poniéndose en pie frente a él.

Augusto sonrió y se levantó. Asió a su sobrino por ambas manos y le dio un beso en cada mejilla. A Valerio le pareció ver una lágrima botar de la mejilla derecha del primer hombre de Roma. Aunque tal vez fuera un efecto óptico.

—Confío en ti… Sé que lo harás muy bien, así que haz lo que debas hacer para con Roma y para con tu honor, Marcelo.

* * * * *

—Son magníficas noticias.

—Sí, lo son —añadió sonriendo Sexto al que le había complacido el relato de los hechos expuesto por Numerio.

—¿Crees que aceptará actuar a nuestro favor? —insistió Fabio.

—Todavía estoy sopesando si utilizarle sin que se dé cuenta o explicarle cuál es mi intención.

—Es lo más cerca que estaríamos del tirano, teniendo en cuenta que usar a Marcelo se me antoja más complicado —expuso Sexto.

—Le salvaste de una muerte segura. La deuda que ha contraído contigo va más allá de un puñado de monedas. Deberías hacerle ver que te debe algo más.

—No lo sé. Es tan solo un muchacho inocente que apenas sabe algo de la vida —justificó el asesino mostrándose extrañamente tierno y comprensivo con su nuevo amigo.

—Esto va más allá de lo bien que te pueda caer ese joven. ¿A estas alturas me vas a venir con la cantinela de qué tan solo es un niño inocente? ¿Desde cuando tienes escrúpulos? No han sido ellos precisamente los que te han conducido hasta donde ahora estás.

Las palabras de Sexto sonaron contundentes, y le hicieron darse cuenta de que tal vez sí que había empatizado un poco con Próculo. En el fondo, no era más que un pobre muchacho que había tenido la mala fortuna de cruzarse en su camino en un momento complicado. Los dioses le habían puesto en su senda por algún motivo, y era cierto que él se debía al trabajo y a los hombres que le iban a pagar por hacerlo. Recordó por un momento al retoño de Licinio. Le vino a la mente la inocencia de aquel bebé al que salvó la vida en Tarraco después de arrebatarle a toda su familia. Los remordimientos pudieron con él entonces y por ese motivo actuó de aquella manera a espaldas de Sexto. ¿Le estaba ocurriendo lo mismo ahora con el joven aprendiz del *medicus*? ¿Tenía razón al acusarle de blando?

—No estoy diciendo eso, Sexto… Tan solo me refería a que si podemos usarlo sin que se percate, mejor para nosotros. Al ser su discípulo, nos arriesgamos a que si le contamos nuestros planes nos pueda delatar.

Sexto le miró con el semblante serio. Por un momento se dio cuenta de que había mostrado algo de flaqueza, y que en el fondo sí que tenía más escrúpulos de lo que pensaba. Siempre había intentado evitar que los que no tenían la culpa pagaran por las acciones de otros. Desde el anciano carnicero y sus hijos, hasta el pobre judío al que sus socios quisieron extorsionar y robar de aquella manera tan vil. El hijo de Licinio… Y ahora Próculo.

—Comparto su punto de vista —interrumpió Fabio.

Los dos hombres le miraron sorprendidos por lo que acababa de decir. Cada uno a su manera.

—No me miréis de esa manera. Ya se ha vertido mucha sangre en todo este asunto, y deberíamos intentar no mancharnos las manos con la de más inocentes. Los dioses no nos perdonarán jamás si seguimos haciendo las cosas así —expuso el senador.

—A estas alturas, y con todo lo que ya hemos hecho, ¿crees que nos espera algo bueno en la otra vida? —interrogó Sexto.

—Una cosa es acabar con un tirano…, o con un ser avaricioso y sin escrúpulos y otra muy distinta es hacerlo con seres que no tienen la culpa de nada. El primer acto se puede expiar, si la causa es beneficiosa para el interés público, pero el segundo ni en cien vidas podría justificarse —intentó explicar Fabio.

—Explícale eso a Licinino y a su familia. O a Emilio y sus

esclavos… Y como ellos, a otros muchos que han quedado en el camino. Despierta de la ensoñación en la que pareces vivir, Fabio. Todos los que estamos en esto ya tenemos escrito nuestro destino y no nos conviene cargar con una muerte más —comenzó a explicar Sexto —. No vas a hallar la paz en lo que te resta de vida, porque, aunque tú no hayas matado a nadie con tus manos, no creas que estás exento de culpa. A ojos de los dioses, que son los que nos juzgarán llegado el momento, eres tan culpable como él —dijo mientras señalaba a Numerio—, o como yo, que sí que hemos asesinado a gente por la causa. Lo mismo puedo decir de todos los senadores y caballeros de impoluta toga que no se han ensuciado las manos en todo este asunto. Por muchos sacrificios y libaciones que hagan tratando de exonerar su responsabilidad, a ojos de los seres supremos recibirán el mismo trato que nosotros —sentenció justo antes de dejar la copa vacía sobre la mesa de madera y dejarlos allí pasmados.

Desapareció sin mediar palabra alguna más. Los dejó sin capacidad de respuesta. Ambos hombres bebieron de sus copas y se miraron durante un breve período de tiempo sin articular una sola palabra. Fue Numerio el primero en intervenir cuando pasó un tiempo prudencial:

—Le he visto enojado otras veces, pero tengo que reconocer que, pese a que no ha alzado el tono de su voz, sus palabras han sido muy severas.

—No ha dicho nada que no sea cierto —reconoció el senador un poco avergonzado.

—La tensión de estos últimos días es extrema y es normal que haya estallado.

—Todos tenemos las manos manchadas de sangre. A unos se les ve más —dijo señalándole a él—, y a otros menos —añadió mirándose las suyas.

—Mi intención no era provocarle… Tan solo quería evitar tener que meter por medio al pobre muchacho.

—No hace falta que te justifiques conmigo, Numerio. Lo entiendo perfectamente y comprendo tu posición.

Fabio se puso en pie y depositó con suavidad la copa sobre la mesa, junto a la que había dejado Sexto antes de marcharse de aquella manera. Hizo una reverencia a su contertulio y le deseó un buen descanso. El asesino se quedó solo en el jardín de la opulenta *domus*. Se había desvelado después de todo lo que había sucedido, así que se sirvió otra copa de vino pensando que la bebida le ayudaría a conciliar el sueño. No le quedaba más remedio que recurrir a Próculo para que le devolviera el favor. Aunque no quisiera inmiscuirlo en el turbio asunto, al final se vería obligado a hacerlo. Al menos intentaría

que no supiera cuáles eran las intenciones de su petición, ya que irremediablemente, si le tenía que explicar el motivo, se vería obligado a mandarle al reino de Plutón.

CAPÍTULO XL

La sesión del Senado de aquella mañana había transcurrido con normalidad. Habían acudido todos los miembros de la Curia, y pese a que los dos cónsules estaban presentes, fue Augusto quien presidió la reunión de los nobles padres conscriptos. Valerio aguardó en el exterior, alejado de la Cámara, tal y como exigía el protocolo, acompañado de un grupo de veinte de sus hombres, entre los que estaban sus viejos camaradas de armas. Además de ellos, iban ocho bátavos pertenecientes a la guardia de corps del primer hombre de Roma. No había renunciado a ellos pese a gozar ya de una excelente protección de su flamante y novedosa guardia del pretorio. Eran bárbaros, pero muy romanizados y, sobre todo, fieles a su persona por un juramento que iba más allá de cualquier tipo de obligación. A él no le importaba tenerlos cerca, sino todo lo contrario, ya que eran hombres rudos y fuertes, que pese a no hablar tan bien el latín, se hacían entender. Estaban subordinados a él, tal y como ya había sucedido durante su estancia en Tarraco, y su jefe, Gudrún, siempre se había mostrado afable y dispuesto a colaborar. De los casi treinta guerreros germanos que servían a Augusto antes de su llegada a Roma, cinco finalizaron el servicio y regresaron a su lejana tierra. Tres perecieron a lo largo de aquellos años por distintas dolencias y enfermedades, y dos desaparecieron sin dejar rastro. Tal vez desertaron, o quizás murieron en alguna reyerta en cualquier taberna de mala muerte de la capital. La cuestión era que, en aquel momento, servían un total de veinte, y estaban acuartelados en una especie de *castellum* situado al norte de Roma. Allí hacían su vida y descansaban mientras no estaban de servicio. Gudrún, al ser su oficial al mando, pasaba mucho más tiempo en la residencia de Augusto que en su pequeña propiedad. Y eso les agradaba a ambos, ya que pese a ser un hombre de aspecto fiero y temible, era de trato agradable y siempre dispuesto a obedecer las órdenes de Valerio. Incluso en ocasiones daba algún consejo al centurión.

—Me es incómodo no poder llevar mi espada cuando venimos al Senado —le dijo el gigantón germano—, me siento como si fuera desnudo.

—Son las leyes, Gudrún. Yo tampoco me siento cómodo del todo, y mucho menos con el peligro que se cierne sobre nosotros —respondió Valerio que tampoco iba armado por orden de su superior.

—No comprenderé jamás las costumbres que tenéis los romanos de desarmar a los guerreros. En mi pueblo eso se consideraría una ofensa

en todo caso.

—Estoy convencido de ello, amigo. Pero los romanos somos muy respetuosos con las viejas tradiciones, y el comandante debe respetarlas para no granjearse más enemistades de las que ya tiene —le explicó el centurión que no impedía que alguno de sus soldados llevara palos de madera ocultos bajo las capas por si acaso se necesitaba emplear algún arma para defenderse.

—¿Ves? Esa es otra cosa que no entiendo…

—¿Cuál? —interrogó Valerio sin dejar de observar la salida de la Curia desde la distancia.

—Que el comandante no se haya impuesto ya a los senadores. Es él quien controla la República y no creo que deba someterse al juicio de otros hombres que no están a su misma altura.

Valerio sonrió, porque en el fondo sabía que el bátavo tenía toda la razón. Le puso la mano sobre el hombro y le dijo:

—Esto es como un juego, Gudrún. Todos saben que es Augusto quien manda, pero no lo puede exponer de manera pública. Se deben mantener las apariencias de cara al pueblo.

—Complicado de entender, centurión —respondió encogiéndose de hombros.

—Lo es… Y no lo es… Te explicaré una historia de nuestro pueblo que tal vez no sepas, y que seguro que te ayudará a entender todo esto —se aclaró la garganta antes de comenzar el relato—. La tradición cuenta que Roma antes de ser una República se regía en forma de monarquía. Hubo siete reyes que gobernaron desde tiempos inmemoriales. De ellos, el último fue un tirano que se comportó de una manera despótica, así que los aristócratas que formaban el antiguo Senado, decidieron que la única forma de acabar con esa regencia era expulsándolo y organizando un nuevo sistema de gobierno basado en el reparto de funciones entre varios hombres preparados.

El germano escuchaba con atención mientras Valerio le explicaba aquella vieja historia en la que narraba la caída del último rey de Roma, el etrusco Tarquinio, al que llamaron el soberbio.

—Le echaron de Roma junto a su familia y prometieron que jamás volverían a permitir que un solo hombre ostentase el poder absoluto en la ciudad. De ahí el hecho de que seamos tan poco proclives a la figura de un solo gobernante. Por ello, Augusto no quiere convertirse en un nuevo rey, por miedo al a reacción no solo de los senadores, sino también del pueblo.

—Pues yo no veo nada de malo en que lo sea. Si es un buen rey, ¿por qué no puede gobernaros? —interrogó el germano.

Valerio sonrió y le respondió:

—Por eso los bárbaros tenéis reyes y no senado.

—Aunque no lo creas, las diferentes tribus que componen mi pueblo también tienen consejos de ancianos que se encargan de asesorar a los reyes —corrigió Gudrún.

—Mis disculpas por desconocer ese extremo.

—Bonita historia la que me has contado, Valerio. ¿Y qué fue de ese rey tan despiadado que fue expulsado de Roma? —preguntó.

—Lejos de conformarse con su destino, hizo todo lo posible por regresar a ocupar su trono. Se alió con otros reyes de ciudades vecinas para que le ayudaran, e hizo la guerra a mis antepasados.

—Yo habría hecho lo mismo de estar en su lugar —dijo riendo el germano dándole un fuerte golpe en el hombro a Valerio.

El centurión negó con la cabeza varias veces rindiéndose a la evidencia. De poco, o de nada servía explicarles a esos bárbaros historias sobre su pueblo. Ellos eran seres inferiores y puramente instintivos. Sencillos y poco dados al orden. La función de Roma era civilizarlos, someterlos y darles lo que les hacía falta para que se convirtieran en gente provechosa. Al menos Gudrún y su pueblo eran más propensos a integrarse que otros con los que se había topado. Recordó a los indomables cántabros. Gentes salvajes que habían vivido siempre al margen de lo que la República podía ofrecerles. Habían peleado duro por su libertad y tras ser derrotados, o más bien dicho, rendidos por hambre en su fortaleza de las cumbres en el *Mons Vindius*, pasaron a ser sometidos a las águilas. Aquello debería haber supuesto el final de la resistencia y por ende de las operaciones militares de las legiones en aquella frontera. Pero los pastores de las montañas no se dieron por vencidos y plantaron cara de nuevo a las tropas de Antistio Veto en la fortaleza de Aracillum. No todas las tribus cántabras habían sido sometidas, y las últimas se organizaron para presentar una última línea de resistencia a Roma. Fue relativamente sencillo acabar con ellos, ya que no eran suficientes como para vencer a las cinco legiones con las que contaba el legado del cónsul, que acabó imponiéndose tras un largo asedio.

Fue entonces, cuando Augusto insistió, en contra de las recomendaciones de su esposa y de Musa, que le recordaron la dureza de las condiciones en el frente, en desplazarse hasta el lugar de la victoria, para supervisar la firma del tratado sobre los vencidos. Aquello retrasó la partida hacia Roma unas semanas más, pero la idea del comandante en jefe del ejército de invasión era estar presente en la firma del tratado de rendición de los salvajes. Se había recobrado de su enfermedad, y no quiso dejar que nada más fallara. Las medidas

que impuso a los cántabros fueron duras. Una vez se llevaron a cabo las celebraciones de la victoria en los campamentos de las diferentes legiones que habían participado en la contienda, y con el triunfo asegurado, dio la orden de licenciar a los hombres más veteranos que ya habían cumplido con sus años de servicio. Algunos de ellos, por no decir la inmensa mayoría, optaron por quedarse en Hispania y, dirigiéndose a Lusitania, participaron en las obras de construcción de una nueva urbe a la que llamaron Emerita Augusta. Con todo bajo control, el cónsul decidió que había llegado la hora de regresar a Roma para comunicar las nuevas al Senado y al pueblo, mientras enviaba una misiva informándolos de su gesta para que se cerraran definitivamente las puertas del templo de Jano.

Mientras tanto, el legado Antistio se encargó de que todo lo firmado se cumpliera. Todas las fortalezas situadas en las alturas fueron, o bien destruidas, o bien ocupadas por guarniciones romanas. Se prohibió a los cántabros que no fueron esclavizados volver a ocuparlas bajo amenaza de pena de muerte. Se tomaron incluso rehenes para evitar nuevas sublevaciones y se deportaron a algunos contingentes de esclavos hacia otras provincias para alejarlos de cualquier tentación. Pero pese a todos esos castigos, las cosas distaban de haber concluido. Mientras ellos se dirigían a Roma, en un largo y lento periplo a causa de la recaída del *Princeps*, recibieron noticias del frente de que la situación se había descontrolado de nuevo. Augusto le había hecho partícipe de las noticias que iba recibiendo de sus legados y gobernadores provinciales, y en una de esas misivas se le había informado de que un nutrido grupo de rebeldes cántabros había emboscado a varias cohortes de una de las legiones acantonadas en la zona, ocasionándoles numerosas bajas. Los pastores los habían engañado cuál si fueran niños. Los convocaron en un punto estratégico con la excusa de entregarles el tributo en forma de grano prometido en los acuerdos. Pero en lugar de eso, cayeron sobre las desprevenidas tropas, que fueron casi destruidas por la rabia y la ira de aquellos supervivientes a tantas desdichas que se negaban a aceptar el dominio de una potencia extranjera.

Aquello enojó mucho a Augusto, que respondió de inmediato a la misiva del gobernador de la Citerior, ordenándole que se pusiera en marcha de inmediato y acabara con esos miserables que habían emboscado a sus legionarios. No estaba dispuesto a llegar a Roma y tener que echarse atrás en su decisión de celebrar el saludo que el Senado le había ofrecido como vencedor de la guerra. Hubiera supuesto una vergüenza y una mancha en su reputación. Por eso el viaje se detuvo y en lugar de apresurarse por llegar a la capital,

prefirió demorarse un poco más visitando algunas de las ciudades de la Galia Cisalpina y del norte de Italia. Allí aguardó la llegada de las buenas nuevas. Pasaron varias semanas, pero al final, la ansiada misiva llegó. En ella, Lucio Emilio Lépido, nuevo gobernador provincial, le informaba de que, al mando de dos legiones, había dado caza a aquellos salvajes que habían osado atentar contra el tratado que se había firmado. La represión que llevó a cabo fue tal, que le informó al cónsul que se había encargado de dejarles claro lo que les podría ocurrir si osaban volver a desafiar a la República.

Posteriormente, Salonio le hizo llegar a él una misiva a título personal en la que le informaba de cómo habían ido las cosas en aquella operación de castigo. Él había participado de ella, dirigiendo junto al legado de su legión una parte de las operaciones. El gobernador Emilio había dejado bien claro a los dos generales que estaban a sus órdenes cuál debía ser la manera de proceder. Así pues, según palabras de su amigo, se arrasaron poblaciones enteras y se pasó a cuchillo a centenares de mujeres y niños inocentes aprovechando la inercia de las operaciones y las ganas de venganza de los legionarios. Además, a muchos de los prisioneros varones en edad de combatir, sobre todo si hallaban algún indicio de su presunta participación en la emboscada que había originado aquella campaña punitiva, se les cortaba la mano con la que esgrimían el arma. Fueron muchas las manos que se acumularon, así como muchos los esclavos, que fueron deportados a destinos muy lejanos, que tan solo tenían una disponible para llevar a cabo sus tareas. La carta fue más explícita de lo que esperaba, y obviamente relataba cosas que la recibida por Augusto no contenía. En cualquier caso, y para no comprometer a su amigo, la guardó a buen recaudo y jamás se la mostró a nadie, ni siquiera a Aurelio o a su esposa Servilia.

Esos eran los cántabros, y aquel había sido su destino por no querer someterse a los estandartes romanos. En el tiempo que había estado en aquel frente había visto cómo eran esos salvajes e incluso en algún momento había podido entender el motivo por el cuál querían seguir siendo libres. Roma les ofrecía mucho más de lo que jamás tendrían, pero existía algo que jamás les podría entregar y que en todo caso les quería arrebatar: la libertad. El progreso y la civilización los ayudaría, pero a cambio deberían renunciar a sus costumbres y tradiciones, y eso era algo muy complicado para un pueblo como el cántabro. Observando a Gudrún se dio cuenta de que los bátavos eran muy distintos a los cántabros o a los astures, a los que no había visto jamás, pero que por lo que sabía de ellos, pensaban y obraban igual que sus vecinos. Esos germanos se habían adaptado con relativa

facilidad a las costumbres romanas, por mucho que todavía no las comprendieran todas. La siguiente generación bátava sería ya plenamente romana con toda seguridad, como lo habían sido los hispanos orientales. Aurelio procedía de aquella zona, y sus antepasados también fueron alguna vez independientes de la República. Fueron más listos y se adaptaron con facilidad, de igual manera que estaba ocurriendo con Gudrún y su gente. A otras tribus y pueblos, en cambio, les costaría mucho más formar parte del ideario de Roma. Acabarían claudicando e integrándose, de eso estaba convencido, aunque pasaría mucho más tiempo hasta que eso sucediera. Al final el orden natural de las cosas se encargaría de ello. Pensó que los cántabros, como pueblo, estaban condenados a desaparecer para pasar a convertirse en romanos, de la misma manera que había ocurrido con otros muchos. Los dioses romanos, mediante las águilas de las legiones, se acabarían imponiendo a los de los pastores de las montañas.

CAPÍTULO XLI

Domus de Augusto, mediados de diciembre del año 23 a. C.

—Pasa, no te quedes en la puerta. Se va a llevar una grata sorpresa cuando llegue y te vea aquí.

—Estoy convencido de que sí —dijo el hombre siguiendo a Aurelio que iba delante.

—Le esperaremos en su despacho.

—¿Dónde está? —interrogó.

—El *Princeps* ha ido a su reunión matutina en el Senado, y él se encarga de acompañarle siempre que sus obligaciones se lo permiten.

—Un buen oficial siempre debe encargarse de los trabajos más delicados.

—A Augusto le encanta tenerle siempre cerca —aclaró Aurelio—. Desde que le salvó de nuevo la vida en Tarraco… No quiere perderle de vista nunca… Tan solo le dejó algo de espacio cuando perdió a su hija —añadió el *optio*.

—No lo sabía… No me dijo nada en la última carta que me escribió.

—Fue algo muy duro —le explicó un poco afectado.

—¿Cómo está tu hermana?

—Mejor, aunque está recuperándose en una de las villas del comandante en la Campania. Se ha ido con su esposa y su hija —relató Aurelio.

—Es una mujer fuerte. Le dará más hijos a Valerio.

—Estoy convencido de que lo hará.

Ambos hombres estuvieron charlando un buen rato. Hacía tiempo que no se veían, y aprovecharon para ponerse al día de todo. Bebieron un par de copas de un buen vino, ya que la ocasión lo merecía, y aguardaron la llegada del centurión, que no tardaría mucho en regresar de su tarea de custodia.

—¿Y cómo van las cosas en el frente?

—Ahora mucho más calmadas. Por eso el legado me ha concedido este permiso —reconoció el invitado.

—Todavía recuerdo la cara que se le quedó al comandante cuando recibió la misiva de Antistio informándole de lo del tema de la emboscada que perpetraron los cántabros.

—Fue una noticia dura para todos. Muchos valientes perdieron la vida aquel día.

—Todavía no entiendo cómo lograron derrotar a aquellas cohortes

—dijo reflexionando en voz alta Aurelio.

—Después de lo de Aracillum, todo el mundo creía que los habíamos derrotado por completo. Pero de nuevo volvieron a sorprendernos con su capacidad reorganizativa.

—Son duros esos cántabros. En el fondo me alegro de haberlos perdido de vista pertenecido a la escolta de Augusto. Esta vida es muy diferente a la anterior —reconoció el *optio*.

—Espero que ahora que pertenecéis a la guardia pretoriana no hayáis perdido la forma. La vida de ciudad no es la misma que la del campamento. Te veo un poco más gordo, Aurelio.

El *optio* soltó una sonora carcajada.

—Es distinta. Ni mejor ni peor. Echo de menos ciertas cosas del *castra*, pero tengo que reconocer que el salario y las condiciones son mucho mejores ahora.

—Tendré que decirle al comandante que cuente conmigo para ocupar un puesto aquí —añadió el invitado a modo de chascarrillo.

—No sé si un hombre como tú se acabaría adaptando a esta vida. Creo que te aburrirías muy pronto y pedirías reincorporarte a las legiones en menos de lo que tardamos en bebernos otra copa de este buen vino.

Ambos rieron de nuevo, justo en el momento en el que se escucharon voces en el pasillo.

—Ya llega. No me quiero perder la cara que va a poner —dijo Aurelio acercándose hasta la puerta—. Quédate de espaldas… No te levantes.

El hombre asintió y se quedó sentado en la silla de madera. Al cabo de poco, la puerta se abrió. Apareció Valerio que se estaba desabrochando el *cingulum*. Al ver a Aurelio allí en pie y a alguien sentado, le preguntó:

—¿Todo bien?

Su segundo asintió justo antes de decirle:

—Han venido a verle, centurión.

—Ya veo… ¿A qué se deben estas formalidades? —le preguntó en un tono de voz más bajo.

Aurelio le indicó que se acercara hasta donde estaba el visitante con un gesto de su brazo. Valerio, intrigado por tanto misterio, caminó un poco desconfiado hasta colocarse a la derecha del hombre. Este se giró de repente y mostró su rostro. No podía ser:

—Publio Salonio Varo…

—El mismo —respondió poniéndose en pie y estrechándole el brazo a su antiguo subordinado.

Valerio se cuadró por ser un oficial de alto rango el que tenía

delante. Pero el *primus pilus* le atrajo contra sí con fuerza, obligándole a darle un abrazo.

—¿Se puede saber qué haces en Roma? —le preguntó cuándo se separaron.

—¿Es que no se puede venir a visitar a un amigo sin una razón concreta?

—De haber sabido que llegabas, me habría vestido con mis mejores galas —sonrió el centurión.

—Lo que yo te diga. La vida de pretoriano es más relajada que la de legionario —añadió Salonio dirigiéndose a Aurelio que estaba sonriente.

—No me puedo quejar de cómo me tratan los dioses.

—Y el *Princeps*.

—Tampoco.

—Nada que no te merezcas —dijo el primer centurión—. Por lo que me ha contado Aurelio no ha sido un camino fácil precisamente.

—Más complicado de lo que creía. Y todo os lo debo a ti y a Cornelio que fuisteis los que me metisteis en este lío.

—El comandante nos pidió al mejor hombre, y nosotros se lo dimos. A juzgar por cómo han ido las cosas, fue la mejor decisión que pudimos tomar. ¿Me equivoco?

—Imagino que no… —respondió Valerio.

Los tres hombres tomaron asiento y bebieron y conversaron durante un buen rato. Se pusieron al día, y el primer centurión le dio sus condolencias por el asunto de la pérdida prematura de su hija. Él los puso al día de la situación en Hispania, y de cómo todo parecía haberse estancado después de la operación punitiva que había dejado las cosas claras a los cántabros.

—Precisamente esta misma mañana, mientras aguardaba la salida de Augusto del Senado, he pensado en ti y en esos acontecimientos.

Le explicó con detalle todo lo que había recordado, incluyendo el asunto de aquella carta de la que Aurelio no sabía nada.

—Veo que te lo guardaste para ti —replicó su segundo.

—Era un tema delicado y con las cosas tan revueltas creí oportuno no compartir esos detalles con los hombres.

—Obraste con buen criterio —reconoció Salonio—. Aunque tarde o temprano, Augusto se enteraría de lo que ocurrió allí.

—En ocasiones, hay cierta información que es mejor no hacer pública por el bien de todos.

—Comparto esa visión. ¿Y cómo van las cosas por la capital? —interrogó el *primus pilus* cambiando de tema.

—Llegas en el mejor momento —intervino Aurelio—. Esto parece

un avispero.

Valerio, ayudado por su segundo le expuso todos los detalles de lo acontecido aquellas últimas semanas. Eso alargó la conversación hasta media tarde.

—¡Maldito hijo de Plutón! —exclamó Salonio cuando salió a relucir el nombre de Sexto tras exponerle con detalle todo lo ocurrido en Tarraco y recientemente en Roma.

—Está muy cerca y al acecho… Lo percibo y en ocasiones no puedo evitar verle, o imaginar que le veo. Pero los planes de Augusto son otros.

—¡Por Marte que, si me lo pusieran delante ahora mismo, me aseguraría de enviarle a la otra vida de una maldita vez! —añadió el oficial a sus subordinados.

—Todos estaríamos encantados de hacerlo, Salonio, pero ahora es cuando debemos obrar con inteligencia y anticiparnos a sus movimientos. Si actuamos de manera impulsiva, lo más probable es que demos un paso en falso y lo acabemos perdiendo de nuevo —explicó Valerio mostrándose un poco más sereno y contenido.

—Ya sabía yo que no me equivocaba… —masculló entre dientes el primer centurión.

Los otros dos se miraron mutuamente ya que no comprendían a qué se estaba refiriendo.

—No me miréis de esa manera. Aún no he perdido el poco juicio que me queda. Me refiero a que por eso precisamente estás aquí. Eres un hombre sensato y que tiene una visión más amplia de lo que ocurre a su alrededor. Te auguro un gran futuro si sigues haciendo las cosas tan bien como hasta ahora.

—Entonces, … ¡Brindemos por Valerio y por la IV Macedónica! ¡La loba que nos amamantó desde que no éramos más que cachorros! —gritó Aurelio alzando su copa, demostrando que se había excedido un poco en el consumo de vino.

—Brindemos… —dijo Valerio alzando su copa—. Pero cuando terminemos, te vas a dormir un rato que no quiero que los hombres te vean tan contento.

Aurelio soltó una carcajada y le dio un trago a su copa:

—¡A sus órdenes, centurión!

Cuando terminó de engullir la última gota de la copa, se puso en pie, hizo el saludo militar en señal de respeto a sus superiores y abandonó la estancia mientras decía:

—Como sé que queréis hablar de vuestros asuntos de manera privada, me retiro a mis aposentos para descansar un rato antes de ponerme a organizar todos los turnos de guardia de la semana

próxima.

—Buen *optio* —le respondió Salonio esbozando una sonrisa y devolviéndole el saludo.

No fue necesario decir nada más. Aurelio abandonó la estancia dejando solos a los dos hombres.

—Es un buen soldado, Valerio. Tienes suerte de contar con hombres como él.

—Además de eso, es un buen amigo… Y cuñado, por cierto —respondió el centurión.

—En ocasiones los dioses ponen en nuestro camino a hombres capaces que nos ayudan a hacer mejor nuestro trabajo. A mí me pusieron al cabezota de Cornelio —expuso—. A ti te han bendecido con la presencia de ese hispano.

Era curioso cómo el destino en ocasiones facilitaba las cosas. Dos hombres que se habían enfrentado años atrás defendiendo posturas contrarias, habían acabado colaborando y formando un magnífico y ejemplar equipo de mando. Él, que hasta hacía relativamente poco no había sido sino un simple soldado, había conseguido ascender de manera fulgurante hasta ocupar una posición que a otros hombres con más experiencia les suponía una meta inalcanzable. Además, había tenido la suerte de tener a su Cornelio particular, con el que había contado en todos los difíciles momentos a los que se había tenido que enfrentar. De nuevo, el bueno de Salonio, al que en primera instancia tanto temió, al que posteriormente obedeció, y finalmente respetó, había aparecido de nuevo en su vida. Pero, si los dioses no dejaban las cosas al azar, ¿le habían conducido hasta allí en aquel preciso instante por alguna razón que aún desconocía?

* * * * *

—Bienvenido, primer centurión Publio Salonio Varo.

El comandante se acercó hasta él y le dio un cálido abrazo. Salonio no se lo esperaba, pero se dejó llevar por la cordialidad demostrada por el primer hombre de Roma. Le veía mejor que la última vez, cuando se tuvo que retirar del frente hacia Tarraco para recobrarse de su enfermedad. En el fondo de su ser se alegró de verle con mejor tonalidad de cara.

—Es un placer recibirte en mi casa. No esperábamos tu visita, pero siéntete como si estuvieras en la tuya. Sigo debiéndote la vida y no habrá favores suficientes que pueda hacerte para compensar esa deuda. Lo saben los dioses, y los sabemos todos los presentes.

—Gratitud, comandante. Pero tal y como le dije la primera vez, lo hice porque era mi obligación. Y la de mis hombres —añadió

señalando a Valerio que estaba justo detrás de ellos.

—¿De dónde habrá sacado el centurión Valerio tanta humildad? —interrogó retóricamente Augusto.

El oficial sonrió mientras miraba de reojo al que había sido uno de sus legionarios.

—¿Te ha puesto al día ya?

—Sí, comandante. Me lo ha explicado todo —respondió.

—Se avecinan tiempos complejos, pero nada contra lo que no podamos luchar. Hemos estado en situaciones más adversas que esta y hemos conseguido sobreponernos.

—Por supuesto, comandante. Nadie dijo que las cosas iban a ser sencillas.

—¿Cómo van las cosas por Hispania? —interrogó interesándose por la situación de las legiones.

—Mucho más calmada, aunque no me acabo de fiar del todo.

—¿De los salvajes?

—Sí. Aunque da la sensación de que han aceptado su condición, siempre que veo a alguno, me da la sensación de que está tramando la manera de matarme —expuso Salonio.

—Gente indómita y de convicciones fuertes. Después de la campaña de Emilio del año pasado, pensaba que todo se había suavizado.

—Sobre el terreno sí, señor, pero yo soy de los que prefiere estar siempre atento para poder anticiparme llegado el momento. No me gustaría que nos volviera a pasar algo similar a lo acontecido en aquella emboscada.

—Entiendo. Hombre precavido, vale por mil —añadió Augusto.

Tomaron asiento mientras conversaban acerca de varios asuntos relacionados con Hispania. Cuando parecieron haber terminado de tratar los aspectos puramente militares, el anfitrión tomó la palabra:

—En ocasiones preferiría estar en el frente que en Roma. Esto se ha convertido en un nido de víboras. He vivido momentos complicados en los que cuando salía a la calle temía por mi integridad. La tensión era tal por aquel entonces, que tenía que llevar gente armada por las calles de la ciudad. Aunque ahora no existe una hostilidad tan abierta, sigo temiendo que en cualquier momento vuelvan a atentar contra mi persona.

—Pero ahora tiene una nutrida guardia personal. Además, el mismo Senado se la ha concedido y no ha puesto ninguna pega. Cuenta con su beneplácito y eso ya es mucho —dijo Salonio.

—Seamos sinceros. Hablemos abiertamente ya que estamos entre amigos… Si me han concedido esto, y otras muchas cosas, ha sido

porque me temen. Antaño, el enemigo era visible. No dudaba en dar la cara y en discutir incluso en la Cámara las decisiones y propuestas. Ahora, en cambio, nadie tiene nada que objetar y todo son sonrisas y felicitaciones. Eso hace que sea más difícil detectarlos. Antes, al menos los veías venir de frente, y eso te permitía poder reaccionar a tiempo.

—Los tiempos cambian, comandante…

—Y los enemigos con ellos, imagino —dijo resignado el *Princeps*.

CAPÍTULO XLII

Los dos cónsules, acompañados por Murena y otros de los senadores más afines, llevaban ya unos cuantos días que se reunían con el joven Marcelo al finalizar la sesión matutina en la Cámara. El muchacho parecía dispuesto a dejarse agasajar. No era como su tío. Era mucho más accesible, sobre todo porque no llevaba una jauría de perros custodios a su alrededor, y eso facilitaba mucho las cosas. El carácter que tenía era afable y cordial, y pese a saber que entre aquellos que le rodeaban, se encontraban antiguos rivales de Augusto, no veía con malos ojos dejarse aconsejar en su cargo de edil por hombres que ya habían llevado a cabo la magistratura años atrás y que por tanto poseían una dilatada experiencia. Al menos parecía que estaba dispuesto a escuchar ideas que diferían de las oficiales.

Sexto y Numerio observaban desde la distancia. Habían salido de la *domus* a primera hora para dar un paseo por las calles de Roma. Sabían, por los senadores que eran afines a la causa, que últimamente Marcelo se había vuelto a acercar a ellos. Buscaba entablar largas conversaciones y eso no les acabó de convencer. Quiso verlo por sí mismo, y por eso le pidió al asesino que le acompañara en calidad de guardaespaldas. No es que temiera por su integridad, pero sabiendo que se tenía que acercar hasta la Curia, prefirió contar con algo de apoyo. Sabía que ese era el destino diario de Augusto, y que siempre acudía rodeado de un séquito numeroso de guardias que velaban por su seguridad. Los mismos guardias que dirigía Valerio y, conociéndole, estaba convencido de que esa delicada tarea la llevaba a cabo él en persona. Por eso prefería ir acompañado, y hacerlo de alguien que le ofreciera garantías suficientes.

En pie, al otro lado del foro, observaban el ajetreo diario de los habitantes de la capital. Para ser tan pronto, centenares de almas deambulaban de un lado a otro. El bullicio de aquel lugar era algo que nunca dejaba de sorprenderle. Había estado en otras ciudades populosas y de grandes dimensiones, pero Roma era diferente a todas ellas. Tenía un encanto especial. Algo que no se podía ver ni tocar, pero que se respiraba, se olía y en ocasiones se intuía. Se sentía a gusto en su ciudad natal. Jamás se sentiría fuera de lugar en la *Vrbs*, por mucho que estuviera en lugares más esplendorosos. Teniendo en cuenta los distintos rincones de las provincias que había visitado, a cada cuál más variopinto que el anterior, llegó a una conclusión: Roma era el patrón común en el que se basaban la mayoría de ellos. La reflexión le hizo recordar los viejos tiempos. Tiempos que ahora

echaba de menos. El tiempo era un bien muy preciado, y a medida que uno envejecía, se daba cuenta de que había cosas que ya no regresarían. Momentos vividos que quedarían tan solo enterrados en un rincón de la memoria. A medida que un hombre se hacía viejo, en teoría se volvía más sabio. Eso era lo que le decía siempre su mentor, Agatocles. Sonrió pensando que su maestro no llegó a ser tan anciano como para gozar de la sabiduría de la edad. El discípulo había superado la edad de su preceptor, y eso era algo bueno, teniendo en cuenta las cosas que había hecho, y las situaciones complejas a las que se había tenido que enfrentar. Los últimos años habían sido muy duros, y el tema que tenía entre manos se había alargado más de lo esperado, ocasionándole un desgaste físico y mental al que nunca antes se había enfrentado. Era tal vez el trabajo que más le estaba costando llevar a cabo. Nunca se había tenido que enfrentar a un titán cómo Augusto, que además estaba rodeado de gente muy capaz. El *Princeps* tenía a su alrededor a hombres como Agripa o Mecenas, que le acompañaban desde hacía décadas en su ascenso.

Pero además de ellos, y de todos los afines que tenía repartidos por el Senado, contaba con apoyos menores, o no tan visibles para los conjurados, pero que eran muy importantes. Primero había sido aquel centurión que parecía ser un bruto pero que en realidad destacó por ser un hábil estratega… Publio Salonio, si mal no recordaba… Acompañado del *optio* bocazas que tenía: Cornelio. Otro animal sin demasiados modales que demostró también ser más capaz de lo que se pensaba. Dos oficiales que contaron con la inestimable colaboración de aquel joven legionario que casi le sorprende cuando ocurrió lo del asunto de Marco en el campamento. Valerio había sido una molestia constante, y en más de una ocasión se había arrepentido de no haber acabado con él la primera vez que lo vio, en su propia tienda. Se habría ahorrado muchos dolores de cabeza. Parecía que sus caminos iban estrechamente relacionados. Habían pasado los años, y volvían a estar en el mismo lugar, pero con intenciones totalmente opuestas. Miró de soslayo a Numerio y pensó que al menos él no le había traicionado como el infame de Flavio. ¿Qué habría sido de aquel miserable? Se había escapado con todas sus monedas, dejándole a merced de Valerio y sus amigos. Al menos deseó que estuviera en el inframundo pagando por lo que le había hecho a él y a la causa.

—Hay un par de hombres al menos que nos siguen desde hace un rato. ¿No te has dado cuenta? —le interrogó Numerio sacándole de su estupor reflexivo.

Miró a su alrededor de manera disimulada pero no se percató de nada anormal. ¿Estaba perdiendo facultades?

—¿Dónde?

El asesino señaló hacia su izquierda con la cabeza. Dos hombres estaban delante de una parada de comida. A él le parecieron dos tipos normales y corrientes, aunque se fiaba del criterio del que le acompañaba. Por eso le había traído.

—¿Los habías visto antes? —le preguntó.

—Jamás.

—¿Hombres de Augusto? ¿Crees que son pretorianos?

—Podría ser —respondió el asesino.

—¿Ves a alguno más? ¿O son solo esos dos? —insistió Sexto.

—No te lo puedo confirmar aún. No los he visto cuando hemos salido de la *domus*, pero me he fijado en ellos cuando estábamos llegando al foro. Han mantenido una distancia prudencial en todo momento, pero, por sus movimientos, sé que nos están observando a nosotros.

—Entonces creo que será mejor que nos marchemos.

—Aguarda un momento —dijo Numerio sujetándole del antebrazo —. Tú quédate aquí mientras yo me desplazo hacia aquel callejón para rodear la posición y hacer un barrido de la zona para asegurarme de que no hay nadie más que nos esté vigilando.

—Pero…

—Confía en mí.

—Confío… —respondió dejándole a él la responsabilidad de dar con otras posibles amenazas.

Estuvo pendiente mientras el asesino abandonaba la posición y se dirigía a una pequeña callejuela que estaba a escasos cincuenta pasos a su izquierda. Aquellos dos hombres no se inmutaron. Ni siquiera levantaron la vista al observar moverse a Numerio. ¿Era posible que el asesino se hubiera equivocado? Tal vez no estaban siguiéndolos a ellos y simplemente había errado en su percepción. Estuvo un buen rato pendiente de aquel par mientras pensaba que, de saber quiénes eran, ya los habrían interceptado. Si fueran hombres de Augusto, y en su defecto, de Valerio, no les habrían permitido dar más de dos pasos sin detenerlos. No quería ver fantasmas donde no los había, pero siempre había destacado por ser cauto y precavido, y ahora se daba cuenta de que estaba perdiendo facultades. Era bueno rodearse de gente que pudiera suplir esos ligeros despistes. Quién mejor que aquel que le acompañaba para percatarse de ese tipo de situaciones, al fin y al cabo, se dedicaba a hacer esas cosas de manera habitual.

Esperó durante un buen rato, hasta que aquellos dos tipos se marcharon de la zona. Justo al cabo de un momento, apareció de nuevo Numerio. Se había despojado de la *paenula* color crudo que

llevaba puesta al salir de la *domus*. Venía con paso calmado y parecía estar tranquilo. Se acercó hasta su posición y colocándose a la derecha le dijo:

—Parece que no hay nadie más vigilándonos.

Sexto asintió mientras respondía:

—Pues los dos que decías que nos vigilaban ya no están. Se han ido hace un momento. ¿Estás convencido de que nos seguían?

—Juraría que sí, pero tal vez esté equivocado.

—En todo el rato que has estado ausente, ni siquiera se han dignado a mirar hacia donde estamos. Y eso que me tenían solo y a su merced —expuso Sexto.

—No lo sé. Había algo en esos tipos que no me gustaba.

—Como decía mi mentor… Es mejor ser precavido y no dejar nada al azar. Buen trabajo.

El asesino asintió mientras escrutaba una última vez la zona en la que habían estado situados aquellos dos hombres, como si quisiera asegurarse de que no regresaban.

* * * * *

—¿Crees que se han dado cuenta?

—No lo sé. Me ha extrañado mucho que el que iba con el objetivo desapareciera sin más —expuso el joven Mario a su compañero.

—Mira que hemos sido discretos —señaló Petronio.

—Todo lo que pueden ser dos legionarios.

El veterano sonrió y le dio un suave golpe en el hombro a su joven compañero.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Seguimos con la vigilancia y nos arriesgamos un poco más?

—No lo veo claro. Creo que sería mejor darla por finalizada —observó el pretoriano.

—Si su acompañante se ha marchado para tratar de encontrar a más de los nuestros, lo tiene claro.

—Yo no las tengo todas conmigo, Mario. Me da la sensación de que ese tipo no es un aficionado, y quién sabe si ahora nos está vigilando a nosotros.

—Entonces será mejor que no regresemos a la *domus* de Augusto todavía —sugirió el muchacho.

—Buena apreciación… Eres listo, chaval —añadió dándole una suave bofetada en la cara.

Mario se lo tomó como un gesto de admiración, ya que aquellas palabras venían de alguien que había estado muchos años sirviendo bajo las águilas. No era muy habitual que nadie le felicitara por haber

tomado alguna buena decisión. Estaba más acostumbrado a hacer su trabajo sin recibir nada a cambio. Llevaba poco tiempo siendo soldado, al menos si se comparaba con su colega de vigilancia, o con todos los hombres que formaban parte de la guardia del pretorio. Él había tenido la suerte de pertenecer a la centuria de Valerio cuando le fue asignada la protección del por entonces cónsul en Tarraco. Pero de eso hacía ya mucho tiempo, y ya no era un simple recluta que estaba perdido en sus funciones. Vale, no había tenido que combatir contra ningún enemigo salvaje sediento de sangre romana, pero sí que había afrontado situaciones complicadas. Ninguna amenaza directa sobre su integridad, pero había asistido a un intento de magnicidio frustrado. No por ello dejaba de entrenarse a diario junto a sus compañeros, pero tenía que reconocer que estaba en desventaja respecto a ellos. Bueno él, y su compañero Arrio, que estaba en la misma posición, ya que entraron juntos al servicio en la primera centuria de la segunda cohorte de la *legio* IV Macedónica. Todos los que servían en la unidad ya tenían una dilatada experiencia en combate. Ese era un requisito que había pedido Valerio a los candidatos para formar parte del numeroso contingente que había creado bajo la supervisión del mismo Augusto. Ya estaban cerca de los ochenta efectivos, y si les sumaban los bátavos que aún servían en calidad de guardia de corps, podía afirmarse que eran una centuria completa.

—¿En qué piensas, chaval? —le preguntó Petronio sacándole de sus cavilaciones.

—En nada en concreto… Tan solo hacía un balance de mi situación respecto a cuando me incorporé al servicio.

—Tú eres de la vieja guardia, ¿no?

«¿Vieja guardia? ¿A qué se refería Petronio con ese término?».

—Sí hombre, de los primeros que sirvieron al comandante…

—Sí —respondió al entender el concepto—. Estuve en Tarraco.

—¿De la IV?

—Primera centuria, segunda cohorte —añadió orgulloso.

—De la del centurión, entonces.

En todo el tiempo que llevaba en la guardia, esa era la primera vez que hablaba tanto con Petronio. Le había visto en el acuartelamiento y en los entrenamientos, pero jamás había intercambiado tantas palabras seguidas con él. Era un tipo que le parecía serio y poco accesible, aunque después de llevar toda la mañana a su lado, le había demostrado que era todo lo contrario. El veterano era un tipo simpático y afable. La dureza de su rostro no era más que una fachada que cubría su naturaleza verdadera. Estaba convencido de que ese hombre había visto y vivido situaciones que él no soportaría. No le iba

a preguntar por ello, al menos hasta que no tuviera más confianza, aunque estaba convencido que acabaría explicándole algo por iniciativa propia. Se le veía un hombre curioso y parecía respetarle por pertenecer a la centuria de Valerio. Seguía siendo un muchacho a sus ojos, pero se había ganado su admiración por llevar en la guardia desde el principio. No creía que aquellos curtidos legionarios que se habían ido incorporando a medida que la unidad había ido creciendo, le tuvieran en tan alta consideración.

—De la misma, amigo.

—¿Serviste en la campaña contra los cántabros entonces?

—Sí —dijo él mintiendo, para no perder el respeto que parecía tenerle aquel veterano.

—Dicen que fue más dura de lo que se creía. Tengo algunos conocidos que estuvieron allí destinados. En la IX… Cayo Tertuliano, Quinto Macio y Publio Sertorio. Imagino que no los conocerías.

—No tuve el placer. Éramos muchos allí, como bien sabrás.

—Lo sé. El comandante se llevó muchas legiones a Hispania, ya sería demasiada casualidad, incluso si hubierais servido en la misma legión —dijo riendo el veterano.

—¿Te apetece un trago?

—¿De un vino decente? —interrogó.

—Mi *stipendium* no da para un falerno, pero te invito al mejor que se pueda encontrar por esta zona —respondió el joven pretoriano.

—Ningún soldado que se precie rechazaría una jarra de vino, y menos si el ofrecimiento viene de un hermano de armas…

* * * * *

Cuando los senadores comenzaron a salir de la Curia, los dos hombres se acercaron un poco más. Había barullo de gente por el foro, lo que les serviría para pasar desapercibidos. Observaron desde la distancia cómo por la calle más cercana a la salida del edificio senatorial aparecía un nutrido grupo de hombres en formación. Estaba claro que esos debían ser los pretorianos de Augusto que venían a recogerle hasta la puerta para acompañarle hasta su casa. Puso la mano derecha delante del pecho de su socio y le obligó a detenerse.

—¿Qué ocurre?

—Será mejor que esperemos aquí —dijo señalándole al grupo de soldados que se cruzaron.

—No hay duda de que son los perros guardianes del *Princeps*. Se los reconoce a leguas.

—Y seguro que debajo de esas capas y túnicas llevan sus armas —añadió Sexto.

Se ocultaron un poco más hasta que el grupo pasó por delante de ellos. Se quedó perplejo al observar que el que abría la comitiva no era otro que Valerio. Lo tenía a escasos treinta pasos de su posición. Era la primera vez que le veía desde que estaban en Roma, y de nuevo sintió un ardor en su pecho. Ese era el causante de todos sus males. El asesino se dio cuenta de que algo le sucedía. Levantó la vista y comprobó el motivo por el que Sexto había cambiado su rictus facial.

—Aunque sea el oficial al mando de la guardia, parece que no le deja solo nunca.

—Se toma muy a pecho la seguridad de su amo —dijo entre dientes su contertulio.

—Va a ser casi imposible acercarse a él con toda esa tropa de matones a su alrededor.

—Razón de más para que te ganes la confianza del aprendiz del *medicus* —añadió Sexto.

—¿Aunque al final los senadores puedan llegar hasta Marcelo?

—Una cosa no quita la otra. No podemos depender exclusivamente de ese plan. Tenemos que tener una alternativa disponible, por si acaso —expuso.

—Cuenta con ello.

El asesino no quería poner otra vez a prueba la paciencia de su valedor. Sabía que el enfado de la otra noche no se le había pasado del todo, por mucho que ya le hablara. Su postura se había reafirmado y si insistía en usar la estrategia de Próculo, era porque seguía teniéndola en la cabeza.

—¿Cuándo te vas a reunir con él? —le preguntó.

—Todavía no me he puesto en contacto.

—No lo demores mucho.

—No te preocupes. Iré a verle esta misma tarde —añadió Numerio.

—¿Conseguiste aquello de la bruja del cementerio? —preguntó de nuevo Sexto.

Se refería al veneno que había tenido que comprarle a una vieja bruja que comerciaba en la zona del cementerio del Esquilino. Allí era donde se levantaba una enorme necrópolis en la que se enterraban los cuerpos de la gente más humilde de la ciudad, o de aquellos a los que nadie reclamaba. Aunque era una zona exclusiva para muertos, también había algunos vivos que merodeaban por la zona. Y esos vivos no eran precisamente gente en la que se pudiera confiar. Cada cual, en aquella morada de pena y sufrimiento, se buscaba la vida como podía. Y aunque a él no le gustaba frecuentar esos lugares de descanso eterno, se vio obligado a hacerlo por una causa de fuerza mayor. A esa vieja le había comprado la raíz de sardonia. Aquella era

una planta que crecía en lugares húmedos y arenosos, y que tenía unas propiedades muy tóxicas. La anciana, cuyo nombre era impronunciable, le había dicho que debía dejar secar las hojas durante tres días y después triturarlas lo máximo posible. Si el objetivo era dárselas a alguien para enviarlo a la otra vida, se podían mezclar con la comida sin problema, ya que no tenían sabor y pasarían desapercibidas en un buen plato. El efecto sería inmediato si colocaba la dosis completa, y si ponía la mitad, el afortunado o afortunada, tardaría un día o dos a lo sumo en sucumbir tras una lenta agonía.

—Sí. Me lo entregó ayer mismo.

—¿Cuándo lo tendremos disponible?

—En tres días. Hay que dejar que se sequen las hojas. Fue muy explícita a la hora de darme las instrucciones —expuso.

—Bien. Entonces regresemos antes de que nos descubran. Ya he comprobado lo que quería.

—Como gustes —dijo Numerio observando cómo Marcelo se marchaba del foro en la dirección opuesta a Augusto acompañado por Calpurnio, Murena y varios senadores pertenecientes a la conjura.

CAPÍTULO XLIII

—Pero habéis sido vosotros los que le habéis entregado todo lo que tiene. ¿Acaso os lo ha pedido u os ha obligado a hacerlo mediante la violencia?

Los cinco hombres se miraron entre sí. Ninguno de ellos dijo nada, y siguieron sumergidos en el agua templada de la piscina.

—¿Y qué me dices de la guardia pretoriana? Cada vez son más hombres los que le acompañan —dijo interviniendo el senador Sergio —. Se está construyendo un ejército privado.

—Un hombre de su posición debe protegerse… Y también a los suyos… Eso es un derecho que nos otorgan las leyes, nobles padres conscriptos. No veo nada de malo en contratar a tantos guardias como le venga en gana —respondió Marcelo que se estaba dejando masajear la espalda por una bella esclava que servía en las termas.

—Las leyes también dejan bien claro que no se deben portar armas dentro del recinto sagrado de la ciudad —añadió Murena sonriendo.

—Cierto, Murena. Pero todos los escoltas que acompañan a mi tío cada día hasta el Senado van desarmados. Podéis acercaros hasta ellos y pedirles que os muestren si llevan espadas ocultas.

—¿Acercarnos a ellos dices? Estoy convencido de que a la mínima que lo hiciéramos, caeríamos fulminados —rio el senador dándole un suave golpe en el hombro al sobrino de Augusto.

—Son todos hombres disciplinados que han servido durante años en las legiones. No los tomes por unos brutos, ya que la inteligencia no va reñida con la fuerza —añadió el edil tratando de hacerles ver que no era para tanto esa queja que proferían—. Además, renunció voluntariamente al cargo de cónsul y te lo ofreció a ti personalmente —le dijo a Sestio que también estaba presente en aquella reunión improvisada.

Marcelo sabía que aquellos pretendían llevarle a su terreno y, por muy mal que le sentara todo lo que le estaban diciendo, sabía que tenía que sacar fuerzas para contener su lengua. No hubiera sido inteligente cargar contra ellos en aquel momento, ya que si los arrinconaba podía provocar en ellos el efecto contrario al deseado. Se cerrarían en banda y le descubrirían. Tenía que obrar de manera sensata e ir cediendo poco a poco para ganarse su confianza. Si no ganársela, al menos, que ellos se percataran de que tendrían la oportunidad de llegar hasta él y su lealtad.

—En eso te doy la razón, muchacho. Pero también tienes que reconocer que si lo hizo fue para limpiar su imagen.

—O para ofreceros a todos la oportunidad de optar a la magistratura suprema de la República —corrigió Marcelo que se estaba dando cuenta de que aquellos hombres eran candidatos firmes a formar parte de la conspiración.

Todo aquello no se atrevían a decirlo en público, sino que se esperaban para hacerlo a título privado cuando se creían seguros. Temían a Augusto y sabían que su ira era poderosa. Pero se habían arriesgado más de la cuenta para tratar de llegar a él. Debía mostrarse más dispuesto a colaborar con ellos porque de lo contrario se darían cuenta de que les trataba de sacar información.

—Pero en todo caso ha quedado por encima de los mismos cónsules en cuanto al *imperium*. ¿No crees? —interrogó Calpurnio.

—En eso sí que te tengo que dar la razón.

—¿Y no va eso en contra de los valores que defiende el Estado? Y en todo caso tu tío como *primus inter pares* debería ser consciente de sus acciones —añadió el cónsul con sutileza, pero con intención de ir un poco más allá.

—Es posible que se haya sobrepasado. Podría haber rechazado el ofrecimiento de la Cámara —reconoció Marcelo dándoles un poco de confianza a sus contertulios.

Varios de ellos salieron de la piscina templada para pasar a la fría. Allí había varias esclavas con el torso desnudo que les quitaron las finas toallas de lino y las sostuvieron hasta que los ricos senadores entraron lentamente en la gélida agua. Se sumergieron hasta el pecho y aguantaron un instante. Posteriormente salieron y las sirvientas los cubrieron de nuevo y los condujeron hasta la de agua caliente. Allí entraron y se sumergieron prácticamente hasta el cuello. Pronto recuperaron la temperatura corporal y se colocaron apoyando sus espaldas en los bordes de la piscina. Sestio hizo un gesto con las manos y una de las esclavas se acercó y le comenzó a masajear el cuero cabelludo.

—Ya quisiera tener una como esta en mi casa para que me hiciera esto todos los días —dijo el cónsul soltando una carcajada.

—Seguro que tienes otras mejores que te hacen cosas más relajantes —soltó Sergio que llamó a otra de las esclavas para que le hiciera lo mismo.

La muchacha se acercó hasta colocarse detrás del senador y comenzó a imitar a su compañera. La cara de placer del hombre lo decía todo.

—Mientras estos dos se dejan arrastrar por los placeres, hablemos de asuntos más serios, edil —intervino de nuevo Calpurnio tratando con deferencia a Marcelo.

El joven sabía que ahora sí que iba a decirle algo más importante, así que prestó toda la atención posible.

—Te auguro una formidable carrera en la política. Posees algo que hace años que no observo en ninguno de mis colegas —comenzó a decir en forma de halago—. Tienes visión de futuro, y además eres inteligente. Se nota que eres hijo de tu padre…

Vaya, aquello sí que no se lo esperaba. Nombrar a su difunto padre, al que no había tenido tiempo de conocer era un claro gesto de hacia dónde se encaminaba la conversación. Por el momento guardó silencio y dejó que el cónsul hablara.

—Yo le conocí, ¿sabes? Fue un gran hombre y un ferviente defensor de la República.

—Eso me explicó mi madre de él —añadió el joven edil.

—Se atrevió a plantar cara al mismo César y le reclamó para que acudiera a Roma a deponer su cargo. Fueron otros los que vetaron su propuesta para que no prosperara.

—Yo también estaba ese día presente, y tengo que decir que toda la Cámara aplaudió el gesto valiente de tu padre —añadió Sestio apartando a la esclava haciéndole entender que ya no quería que le masajeara más la cabeza.

—Por lo que sé, al final mi padre fue un buen amigo de César, pese a que inicialmente se mostrara contrario a él y a su política.

—Fueron tiempo difíciles, Marcelo, y tu padre, al igual que muchos otros, tuvieron que renunciar a sus ideales, o al menos, no mostrarlos en público, para poder sobrevivir.

—Pero esos tiempos ya pasaron, caballeros —acertó a decir el joven para tratar de que no se fueran por las ramas—. César murió, mi padre murió, Pompeyo y Cicerón tampoco están… Y la República prevalece.

—Por ahora… —señaló Murena.

Marcelo detectó que era él quien iba a hablar más de lo debido, así que se dirigió al senador:

—¿Podrías ser más preciso en esa afirmación?

—No voy a andarme con rodeos, Marcelo. A estas alturas todos sabemos cuál es la realidad —dijo encarándose directamente hacia él y haciendo caso omiso a los otros hombres que se habían quedado helados en una piscina de agua caliente.

—Por favor —le indicó el joven con una sonrisa.

—No hace falta ser muy vivo para darse cuenta de hacia dónde nos encaminamos. César lo intentó, y fracasó porque no lo hizo bien. Ahora tu tío, lo ha planteado de otra manera, pero en el fondo, el objetivo sigue siendo el mismo —concluyó el hombre.

—¿Me estás diciendo que crees que Augusto quiere erigirse en dictador, como hizo César?

Murena, que se dio cuenta de que tal vez había sido demasiado directo y se había dejado llevar por sus impulsos y emociones, miró a los otros tres hombres que estaban allí. Era como si quisiera que fueran ellos los que le sacaran de aquel embrollo en el que se había metido él solito.

—No sé si dictador es la palabra más adecuada —comenzó a decir dándose cuenta de que ya no había marcha atrás—. Puedes llamarle rey, si te gusta más…

Marcelo soltó una gran carcajada y chapoteó en el agua. Se levantó y se asió su toalla y se la enredó en la cintura. Los cuatro hombres se quedaron observándole. Calpurnio lanzó una mirada inquisitiva a Murena que le atravesó y le heló por dentro. Acto seguido, el edil se agachó un poco más para ponerse a la altura de los demás y dijo:

—Nobles senadores… estoy completamente de acuerdo con lo que ha expuesto el amigo Murena. Todo parece indicar que mi tío quiere apoderarse de la República.

CAPÍTULO XLIV

—¿Os han descubierto?

—No, señor. O al menos eso creemos —afirmó Petronio sin demasiada convicción ante la inquisitiva mirada de Valerio y el primer centurión de la IV Macedónica, que había llegado hacía poco a Roma, pero que estaba presente en aquella reunión por alguna razón que él desconocía.

—A ver, legionario. Trata de ser un poco más conciso en tu explicación, ya que lo que nos dices es poco concreto y no aclara nada —señaló aquel oficial de alto rango que tenía una gran cicatriz que le salía del cuello y le recorría la mejilla.

—Verá… Estoy casi convencido de que no se han dado cuenta. Mario y yo hemos sido muy discretos, tal y como se nos pidió.

—¿Y dices que el que iba con Sexto se ausentó durante un rato? —interrogó Valerio.

Petronio asintió.

—¿Mario?

—Sí, centurión —confirmó el otro pretoriano.

—Está bien. Retiraos y volved a vuestras ocupaciones —indicó Aurelio que vio que eso era lo que quería su superior.

Ambos hombres salieron del despacho y caminaron durante un rato en silencio. Fue Mario quien se pronunció el primero:

—Creo que no les han gustado las explicaciones que les hemos dado, Petronio.

—Es probable que así sea.

—¿Cómo podíamos estar seguros de que no nos habían descubierto? —preguntó el joven.

—Imagino que tarde o temprano, a juzgar por los siguientes movimientos que hagan, lo sabremos.

Continuaron caminando en dirección a la parte trasera de la casa. Allí era donde se había ubicado el pequeño campo de entrenamiento de la unidad.

—Ese es el *primus pilus* de tu antigua legión, ¿no?

—Sí. Publio Salonio Varo.

—Tiene un aspecto temible —reconoció Petronio.

—No le llegué a conocer. Cuando yo me incorporé, él ya había sido ascendido al cargo de primer centurión y era otro hombre el que dirigía la primera centuria de la segunda cohorte.

—¿Pero no estuviste en la guerra desde que comenzó? —interrogó extrañado el veterano.

Mario se había precipitado al dar aquella respuesta, ya que cuando estuvieron conversando sobre el tema, le había dado a entender que llevaba tiempo en la unidad de Valerio antes de ser incluido en el grupo de escoltas de Augusto.

—No…

—Entendí otra cosa —añadió Petronio—. Es igual, eso es lo de menos. Es posible que no cuenten con nosotros para seguir con esta tarea.

—¿Por qué? —preguntó Mario.

—Nos han visto la cara, chaval. Ya no servimos para vigilarlos, ya que, si nos vuelven a ver merodeando cerca de ellos, podría ser que nos descubrieran.

—Comprendo…

—Mejor para nosotros —dijo sonriendo el pretoriano—. No me gusta nada hacer ese tipo de seguimientos. Me generan excesiva tensión y no me siento cómodo.

—Estoy de acuerdo contigo. Siempre tienes que estar pendiente de lo que haces para que no se den cuenta de que vas tras ellos. Demasiada incertidumbre, y visto de esa manera, nos ahorramos quebraderos de cabeza y posteriormente tener que dar explicaciones a nuestros superiores.

—Prefiero hacer una larga guardia, o pasarme la mañana entera golpeando el *palus* —sentenció Petronio con una leve sonrisa.

—Yo también.

—Por cierto… Si quieres esta tarde, cuando terminemos con nuestras obligaciones, nos acercamos a un lupanar que hay en la zona baja del Viminal. Un compañero me ha dicho que estuvo allí hace unos días y que había buen material. Sobre todo, me recomendó una ramera hispana, cántabra, que se ve que hace las delicias de los clientes. Así pruebas algo de aquella tierra —finalizó soltando una gran y sonora carcajada que acompañó de un fuerte manotazo en el hombro…

* * * * *

—¿Los sustituirás por si acaso?

—Claro… No quiero arriesgarme —dijo Valerio que se había puesto en pie y estaba dando vueltas por la estancia bajo la atenta mirada de su contertulio.

—Quizá no los vieran…

—Pero existe la posibilidad de que sí, Salonio. Tal vez debería haber procedido a la detención de Sexto sin miramientos en el momento en el que fui informado de su presencia. Al menos le

tendríamos a él y al hombre que le da cobijo en su *domus*.

—Creo recordar que me dijiste que fue Augusto el que decidió no precipitar los acontecimientos, para poder dar caza a todos los conspiradores —añadió el *primus pilus*.

—¿Y si le perdemos?

—Existe la posibilidad de que eso ocurra, pero debes tener claro que en esto él es quien da las órdenes, y tú el que las ejecuta. No es tan diferente de la legión —le expuso su amigo y superior.

Augusto tenía claro cuál era el plan, y estaba dispuesto a que se hiciera todo tal y como había indicado. Ya le había costado mucho permitir que Marcelo se acercara de nuevo a los senadores sospechosos, como para que él ahora tomará la iniciativa de ir a por Sexto y su anfitrión. Podría haberlos detenido e interrogarlos, pero se habría saltado la jerarquía. El comandante siempre se había mostrado dispuesto para con él, así que no era lógico faltarle a la confianza actuando por cuenta propia.

—Imagino que no.

—En ocasiones las cosas no salen como uno quiere, Valerio. Los que estamos subordinados a unos superiores, debemos acatar sus órdenes sin más, aunque en ocasiones estas nos parezcan erróneas. Llevo muchos años sirviendo bajo las águilas y puedo afirmar que he visto de todo. Hombres muy capaces que nunca han podido dirigir tropas y que se han tenido que conformar con un papel secundario y, por el contrario, otros que no poseían ninguna virtud ni capacidad, que han dirigido ejércitos enormes llevándolos a situaciones fatales. Creo de todas maneras, que Augusto, pese a no ser un gran militar, es un experto moviéndose en este tipo de situaciones, así que te aconsejo que confíes en su manera de proceder.

—Y lo voy a hacer, Salonio. Puedes estar tranquilo —respondió el centurión.

Mientras escuchaba la respuesta del responsable de la seguridad del *Princeps*, y ya que había sacado a colación los de los generales incompetentes, recordó su participación en la campaña dirigida por el gobernador Emilio Lépido contra los cántabros. Un episodio oscuro en el que se había visto obligado a participar, muy a su pesar. Si al frente de la operación hubiera habido un oficial con experiencia, las cosas habrían sucedido de otra manera…

Frente cántabro, un año y medio atrás

—¿Los han localizado?

—Eso parece, gobernador —dijo el legado Suetonio que entró a la

tienda de mando acompañado por su *primus pilus* y su *praefectus castrorum*—. Fergal y sus exploradores vacceos son los mejores rastreando.

—Esas son magníficas noticias, señores —sonrió Emilio Lépido que se frotó las manos.

En la reunión estaba también presente el legado Emilio Flaco, de la IX legión, su primer centurión, Prescenio Crispo y su prefecto, Galerio Barbato.

—¿Y cuántos son si puede saberse? —interrogó de nuevo Emilio al legado de la IV.

—Son dos grupos, gobernador. El primero, está formado por cerca de doscientos guerreros y un reducido número de civiles, que tal vez no llegue al medio millar, según me ha confirmado el jefe de mis rastreadores —hizo una breve pausa para que todos tomaran nota mental antes de proseguir—. El segundo, que se halla cerca de las montañas, es un poco mayor, por lo que han podido observar desde la distancia. Estaríamos hablando de unos tres mil hombres, o quizá unos pocos centenares más, acompañados de un contingente de civiles ligeramente superior a ellos. Parece ser que se han establecido en un antiguo *oppidum*.

—¿De los mismos de los que Augusto les obligó a irse? —interrogó el legado Emilio de la IX.

—De esos.

Todos se quedaron a la espera de que el gobernador se pronunciara, y no porque fuera más inteligente que los hombres que estaban en aquella reunión, sino porque ostentaba el cargo supremo y por lo tanto era él quien debía tomar la decisión de cómo proceder. Era por todos sabido que no era un militar de carrera, sino más bien un político que tenía la responsabilidad de gobernar aquella provincia. No era un experto en estrategia o en táctica, y otro hombre en su lugar habría optado por delegar la dirección de aquella campaña en los dos legados. Pero Emilio era distinto. No era consciente de sus limitaciones, y siempre se había mostrado como alguien autoritario que prefería hacer las cosas él mismo. Eso habría sido bueno si sus capacidades hubieran estado a la altura. Si se había puesto al frente de aquella expedición punitiva, podía ser, o bien porque el mismo Augusto se lo había pedido expresamente, o porque quería llevarse la gloria personal al derrotar a esos rebeldes que se habían alzado contra la República. Nadie lo sabía, y estaba claro que tampoco se lo iban a preguntar. Tenía un carácter fuerte y altivo, así que lo mejor para cualquiera que estuviera bajo sus órdenes, era obedecer sin más. Suetonio lo sabía, y se había encargado de recordárselo a sus

subordinados justo antes de emprender la campaña. No era inteligente discutir las órdenes, así como tampoco cuestionarlas. Era un tipo poderoso y con muchas influencias en el Senado, por lo que no merecía la pena ponérselo en contra, ya que podía generar un serio problema llegado el momento.

—Estos salvajes son unos estúpidos —sonrió Emilio—. ¿A quién se le ocurre dividir sus fuerzas en dos grupos? Tenemos dos legiones completas para acabar con ellos, así que la lógica me dice que deberíamos enviar una a por ese grupo que se halla fuera del *oppidum*, y otra que se dirija directamente a la fortificación e inicie el asedio. No tenemos tiempo que perder.

Los oficiales allí presentes se miraron entre ellos, pero inicialmente ninguno de ellos dijo nada. Fue Salonio, quién, dándose cuenta de que aquella decisión no era la más adecuada, decidió intervenir pese a que había sido advertido por su superior.

—Discúlpeme, gobernador. Creo que lo que propone está bien, pero deberíamos ser un poco más cautos a la hora de dividir nuestras fuerzas.

Observó cómo el legado de su legión le miraba con el rostro muy serio. No le había gustado nada aquella intervención saltándose el consejo que les había dado. Quizá fuera una orden más que un consejo en todo caso, aunque ya no había vuelta atrás.

—¿Más cautos con una banda de pastores y agricultores que han osado rebelarse contra Roma? ¿Estás diciéndome que te asustan, *primus pilus*? —interrogó Emilio dejando la copa de vino sobre la mesa y mirándole fijamente.

Salonio miró de soslayo a Suetonio, que negó haciendo un leve gesto con su cabeza. Pero la pregunta ya estaba lanzada, y él tenía que responder.

—No temo a los cántabros, gobernador… Tan solo digo que tras años combatiendo contra ellos, he aprendido que esa gente no teme a nada y que no son simplemente pastores o agricultores. Son guerreros duros y que luchan hasta el final. Si a eso se le suma que no tienen nada que perder, creo que hacemos mal infravalorándolos. Aniquilaron a varias de nuestras cohortes, señor, así que opino que sería mejor atacar en bloque y no dividir nuestras fuerzas.

El gobernador Emilio se levantó de su butaca y comenzó a pasear de un lado a otro de la tienda. Se mantuvo en silencio un buen rato, mientras Salonio observaba cómo su superior se llevaba la palma de su mano a la frente en señal de resignación. Fue entonces cuando Emilio comenzó a hablar:

—Verás, *primus pilus*… agradezco tu sabio consejo como veterano

de las guerras que dices que eres. Estoy convencido de que tu experiencia combatiendo contra esos salvajes te ha marcado, pero no olvides que nosotros somos soldados de Roma. Somos profesionales que vivimos para la guerra, mientras que ellos no son más que un grupo de gente que no ha querido someterse a nuestro dominio y ha osado atacar a nuestros conciudadanos.

Hizo una pausa mientras Salonio se preparaba para la segunda parte de la respuesta. La primera le había parecido suave, aunque no había podido evitar sonreír mientras su interlocutor se comparaba con él o con sus camaradas. Lo más gracioso era que se consideraba un soldado…

—El cónsul quiere resultados inmediatos. Me lo ha comunicado a mí personalmente, ¿y sabes por qué? —interrogó.

—Lo desconozco, gobernador —respondió el *primus pilus*.

—Precisamente por eso, porque yo soy el gobernador, y tú no.

Aquello era lo que esperaba escuchar, así que tampoco le cogió desprevenido.

—Y como yo soy el gobernador, dirijo esta campaña —sentenció con rotundidad—. Así que, si yo digo que atacaremos a los dos grupos por separado, es porque se hará de esa manera. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro, señor —tuvo que responder Salonio muy a su pesar.

—¿Os ha quedado claro a todos los demás? —insistió Emilio con el rostro muy serio al haberse sentido cuestionado por uno de sus subordinados.

Todos los presentes asintieron, confirmando su sometimiento y aceptando su plan como el único viable para proceder.

—Entonces, la IX será la encargada de caer sobre ese primer grupo, mientras que la IV se pondrá en marcha hacia la fortificación e iniciará el asedio —expuso el gobernador—. Y ahora marchaos y poneos a prepararlo todo.

Los oficiales se levantaron, saludaron a Emilio y procedieron a abandonar la tienda. Justo antes de que saliera, el legado Suetonio fue llamado por el anfitrión y le hizo quedarse mientras los demás se marchaban.

—Le has echado un par de pelotas ahí dentro, Salonio —dijo sonriendo el prefecto Galerio, de la legión IX.

—De haber sabido que no serviría para nada, me habría quedado callado —respondió.

—Imagino que ahora le estará dando un buen repaso a tu legado —añadió Galerio—. Yo de ti iría preparando una buena jarra de vino para compensarle.

—No puedo soportar a los hombres como él.

—¿A los bocazas quieres decir? —preguntó el prefecto.

—Sí… A los bocazas, y a los que creen saber de todo sin poseer experiencia alguna. Ni siquiera sabe cómo se empuña un *gladius* y viene a darnos lecciones de estrategia bélica. Él, que no ha tenido que combatir cara a cara contra ningún enemigo jamás…

—Es lo que tiene pertenecer a una *gens* importante. Nosotros no somos nadie, mientras que hombres como Emilio son los que dirigen la República, querido amigo. No podemos hacer nada, ya que eso lo deciden los dioses.

—Conozco a otros hombres de su clase y de su condición, e incluso más importantes que él, y ni mucho menos son tan estúpidos y prepotentes —dijo Salonio mientras llegaban hasta su tienda.

—Si algo he aprendido en esta vida, es que los dioses no siempre son justos con nosotros, Salonio. A unos les dan más de lo que merecen, mientras que a otros se lo quitan. En fin, ¿quiénes somos nosotros para cuestionarnos cosas que no están al alcance de nuestras posibilidades?

CAPÍTULO XLV

El prefecto Galerio tenía toda la razón. Los dioses decidían en todo momento qué era lo que recibía un hombre, y qué era lo que perdía. La reprimenda por parte del legado Suetonio fue más suave de lo que imaginaba. La estrategia de un buen vino surtió el efecto deseado y evitó que el enfado inicial se prolongara demasiado en el tiempo. Era afortunado de contar con un superior como aquel. También pertenecía a una de las familias del *ordo* senatorial, pero era muy distinto al gobernador Emilio. Llevaba muchos años sirviendo en las legiones, y aunque siempre lo había hecho ocupando altos cargos, se había ganado el respeto de los hombres que servían bajo sus órdenes. Entendía la diferencia entre los que sangraban por Roma, entregando sus vidas, y los que dirigían desde la comodidad de sus tiendas. Su experiencia era elevada, y se había formado como la mayoría de los jóvenes aristócratas romanos. Pero a diferencia de ellos, él no aspiraba a una vida centrada en la política. Suetonio se había hecho a la vida castrense, y había encontrado en ella su espacio, hasta el punto de renunciar a cualquier pretensión que fuera más allá de dirigir una legión. Quizá con el tiempo y con la llegada de nuevos candidatos a formarse, se vería obligado a renunciar y conformarse con otro cargo menos militar, pero por el momento se le veía feliz. Todavía recordaba aquella conversación con todo lujo de detalles:

—He dado la cara por ti, Salonio. Sé que lo que dijiste te salió del alma, pero desobedeciste mis órdenes y te podría haber costado muy caro.

—No creí que lo que me dijiste fuera una orden, Suetonio. Me lo tomé más como un consejo de buen amigo —respondió el centurión.

—Eres incorregible —sonrió el legado dándole un buen sorbo a su copa.

—Sabía que no me dejarías en la estacada.

—No voy a estar siempre ahí para salvarte el culo —le respondió con una sonrisa.

—Lo sé, y no puedo más que agradecértelo de nuevo.

—Imagino que habrías hecho lo mismo por mí de hallarte en mi posición —dijo Suetonio haciendo un gesto con la mano.

—Por supuesto, somos soldados… No como otros.

El legado soltó una carcajada mientras daba buena cuenta del contenido de aquella copa.

Para desgracia de todos, las previsiones de Salonio fueron acertadas. Pese a que la IV Macedónica no sufrió excesivamente

durante el inicio del asedio, sus compañeros de la IX lo pasaron mucho peor. La legión, acompañada de sus auxiliares, se encontró con una resistencia muy dura por parte de los cántabros. Pese a los informes facilitados por los exploradores, que aseguraban que el enemigo era menos numeroso, la marcha se vio interrumpida en varias ocasiones por ataques contra la formación. Según pudo saber luego, gracias al relato del prefecto Galerio, con el que había entablado una gran amistad, recibieron ataques durante tres largos días, con sus largas noches, en diferentes puntos de la columna. Los pastores y agricultores, como los definió el gobernador, se organizaron a la perfección y dieron golpes contundentes en puntos concretos. Tan rápido como aparecían para golpear, desaparecían en el momento en el que las tropas montadas se ponían en marcha para tratar de neutralizar los ataques.

—Fue peor de lo que imaginábamos, Salonio —le explicó Galerio el día en el que se encontraron tras el regreso de la batalla—. Eran grupos pequeños, de no más de cien hombres, pero salían de la nada y atacaban con una fiereza terrible.

Se hizo una idea de cómo debieron ser esos encuentros. Recordaba que ellos habían sufrido algo similar al principio de la guerra cuando su legión estaba en marcha. Conocía la manera de proceder de los cántabros, y sabía que esos pequeños aguijonazos no causaban muchas bajas, pero hacían que los hombres se asustaran. Aparecían los miedos y las supersticiones, y muchos comenzaban a comparar a sus enemigos con fantasmas y espectros que aparecían de la nada. No había golpe más terrible a la moral de un ejército que ese tipo de ataques. El daño era mínimo, pero obligaba a los legionarios a estar constantemente alerta. No les permitía descansar bien y al día siguiente estaban agotados y poco atentos.

—Ese estúpido de Emilio… ¿Iba con vosotros? —preguntó Salonio.

—Sí, bien protegido por una escolta de más de doscientos jinetes. Los cántabros caían sobre los puntos de la columna donde no había caballería, ya que eso les daba más margen de maniobra.

—¿Con que pastores y agricultores?

—Se habrá tenido que tragar sus palabras —sonrió Galerio.

—¿Muchas bajas entonces?

—Salimos con cuatro mil ochocientos treinta y seis legionarios, con trescientos doce jinetes romanos, dos mil seiscientos auxiliares a pie y ochocientos setenta a caballo, y por el camino he perdido un total de doscientos quince, entre muertos y heridos de diversa consideración —respondió el prefecto con el rostro más serio.

—Son muchas bajas, Galerio.

—Demasiadas a mi parecer, si tenemos en cuenta lo superiores que éramos a ellos.

—Si las dos legiones hubieran marchado juntas, no se habrían ni atrevido a atacar. Habríamos tenido más del doble de jinetes —resopló Salonio más enojado aún.

—Que las vidas de esos valientes pesen sobre la conciencia del gobernador. Si es que tiene… —añadió el prefecto.

—¿Prisioneros?

—Esa es la segunda parte de todo este relato, amigo. Después de la victoria en la batalla a campo abierto, pudimos rodear a los supervivientes. Unos seiscientos o setecientos pude calcular.

—No han venido con vosotros, ¿no? —interrogó Salonio.

—La mayoría de los guerreros fueron asesinados en el mismo campo de batalla por orden de Emilio. A los pocos supervivientes que quedaron, que no llegarían a los dos centenares, se les amputó la mano con la que esgrimían las espadas y las lanzas, y posteriormente se les condujo a algunas ciudades para ser vendidos como esclavos.

—Esclavos tullidos querrás decir.

El prefecto se encogió de hombros.

—¿De qué sirve tener esclavos que no pueden cumplir con sus tareas al quedar mancos? ¡Maldito estúpido! —exclamó Salonio mirando el rostro de su camarada.

—Eso no es todo.

—¿Qué más ordenó ese desgraciado? —interrogó a su interlocutor.

—En el camino hasta aquí, pasamos por varios asentamientos cántabros, que en teoría estaban sometidos a nuestra autoridad y que gozaban de la protección de Roma, pero Emilio dio la orden de que se arrasaran sin contemplación alguna. Se exterminó a mujeres, niños y ancianos sin clemencia, mientras a lomos de su caballo observaba aquel espectáculo y exhortaba a los legionarios a que se cobraran la justa venganza por las afrentas cometidas por aquellas gentes o sus compatriotas. Lejos de refrenar el impulso de los hombres, los animó a saciar sus ansias a la vez que continuó ordenando las amputaciones de manos a todos los hombres en edad de poder esgrimir un arma —el hombre hizo una pausa para beber un trago de agua de su cantimplora —. Fue algo terrible, Salonio, créeme. Incluso para un viejo soldado como yo, que ha visto toda clase de horrores en la guerra, aquello supuso una extralimitación. No era necesario que la ira cayera sobre aquellas pobres gentes que nada habían tenido que ver con la emboscada.

—Tal vez tú pensabas que no estaban relacionados con los sublevados, pero en el fondo eran colaboradores.

—No lo creo… Pero nadie osó decir nada. Ya sabes cómo es el gobernador.

—Un maldito imbécil —respondió el centurión recordando la reunión previa a la campaña.

—Comparto tu punto de vista, amigo —añadió con una leve sonrisa—. Y ahora que estamos aquí con vosotros, observo a los infelices que se hallan detrás de esos muros, y siento lástima por ellos. Pienso que cuando los traspasemos, porque eso sucederá más tarde o más temprano, les ocurrirá algo similar. Quiero creer que es el precio que tienen que pagar por sublevarse contra Roma, pero en ocasiones pienso en que, si queremos que sean dóciles, sumisos y que se integren en la órbita de nuestra República, no deberíamos ser tan contundentes con ellos. Viendo estas cosas, me pregunto sí los bárbaros son ellos, o más bien nosotros.

—En situaciones como esta, no hay duda de que nuestras acciones pierden sentido, querido amigo. Pero debes estar tranquilo y pensar que no son tus decisiones ni las mías las que nos han conducido hasta este punto de no retorno. Ellos tampoco tuvieron piedad de nuestros camaradas cuando les tendieron la emboscada, así que no merecen nuestra clemencia.

—Lo sé, Salonio, pero eso no me sirve de consuelo en estos momentos. Una cosa es eliminar a aquellos que alzan su espada contra nosotros, lo cual es lícito y obligado para demostrar nuestra supremacía, y otra muy diferente acabar con mujeres y niños que no tienen la culpa de nada —justificó Galerio.

—Ni tú ni yo lo habríamos hecho así. Estoy convencido. Pero no éramos los que estábamos al frente de las operaciones.

—Eso es lo que pasa cuando le das el mando a un inútil. Y todo lo que he vivido los últimos días me ha llevado a la conclusión de que cuando acabe esta guerra, dejaré el ejército —se sinceró el prefecto.

—¿Un hombre como tú alejado de la guerra? Perdona, pero no lo veo —Salonio soltó una carcajada y le propinó un manotazo en la espalda.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué?, si puede saberse.

—¿Te vas a dedicar a trabajar la tierra? Mírate las manos, amigo. No las tienes hechas para el arado. ¿Dónde están los callos? —le interrogó a su vez el centurión.

Galerio se las miró y sonrió.

—Lo he estado calculando, y con los años de servicio que llevo a mis espaldas, me corresponde una suculenta cantidad de monedas. Me quedaré algún lote de tierra, no muy lejos de Roma, y lo trabajaran los esclavos que me llevaré de aquí, ya que mis manos como bien dices

son muy delicadas.

—Por lo que he entendido, lo tienes ya decidido, Galerio —señaló el centurión poniéndose un poco más serio.

—Ya he visto demasiado dolor y sufrimiento, así que creo que me corresponde vivir lo que me queda en paz y tranquilidad. Disfrutar de la recompensa que me he ganado con el esfuerzo —sentenció el militar.

—Si alguien se lo merece, sin duda ese eres tú.

—¿Vendrás a verme a Roma entonces? —le preguntó sonriendo.

—Hace años que no piso la capital, pero si sé que en ella me espera un buen amigo, puedes darlo por hecho —respondió Salonio alargándole la mano en señal de saludo.

—Entonces no dudes en buscarme, amigo. La casa de mi familia está en la zona del Aventino, muy cerca del templo de Juno Regina. No tiene pérdida, y si no la encuentras, pregunta, que te lo indicarán.

El prefecto le chocó la mano y se despidió de él. Observó a aquel hombre mientras se alejaba en dirección al campamento que estaban montando los legionarios de la IX justo en el flanco derecho de donde se había levantado el suyo. Pensó en que él jamás dejaría la legión. Al menos no lo haría de manera voluntaria. Había nacido para ser soldado y no se había planteado jamás una vida distinta a esa. Tal vez Galerio también pensaba igual cuando era más joven, y en el ocaso de su vida militar había decidido que existían otras cosas más importantes que el ejército. Quién podía saber lo que le había empujado a tomar aquella decisión. En el fondo de su ser deseó que tuviera mucha fortuna en su nueva vida y que los dioses le fueran propicios.

CAPÍTULO XLVI

—¿Nos podemos fiar de él?

—No veo por qué no —respondió Calpurnio mirando de soslayo a Murena que se había quedado en silencio durante la explicación detallada que les dio.

—Un poco imprudente por tu parte, ¿no crees? —interrogó Fabio dirigiéndose al senador.

—Llevo semanas trabajándomelo, y creí que había llegado el momento de darle algo más de información. Ya os dije que era un ferviente defensor de los valores tradicionales de nuestra querida República y en mi humilde opinión, creo que ha merecido la pena.

Sexto suspiró, captando de esa manera la atención de los otros tres. Se había mantenido en silencio durante todo el rato y había dejado que el cónsul expusiera lo acontecido en los baños públicos. Pero ahora estaba dispuesto a intervenir, ya que meter a Marcelo por medio iba a ser algo que podía tornarse en contra de la conspiración.

—Ahora solo tenemos dos opciones: o creemos en su palabra y aceptamos que está dispuesto a ir un poco más allá, siendo consciente de que su tío está actuando cómo un tirano o, por el contrario, desconfiamos y nos deshacemos de él antes de que nos señale a todos y Augusto nos haga desaparecer.

Los presentes se quedaron sorprendidos ante la frialdad con la que trasmitió las posibilidades que tenían. Fue Murena el primero en hablar, dándose por aludido:

—Han pasado ya unas cuantas horas desde que tuvimos la conversación y nadie ha venido a por nosotros. Si se tratara de un engaño para sonsacarnos información, ¿no crees que sus pretorianos nos habrían arrestado ya? Al menos a Sergio, a Sestio y a nosotros dos —dijo haciendo alusión a Calpurnio.

—Es posible…, aunque conociendo a Augusto, también es muy probable que quiera atraparnos a todos de una sola tacada.

Fabio miró a Calpurnio, que era un hombre inteligente y con buena reputación, quizá tratando de que este compartiera su opinión al respecto. Pero el cónsul no dijo nada. Dio un trago a su copa de vino y siguió sumido en sus cavilaciones.

—Imposible. No sabe cuántos somos, y ninguno de los tres le dimos a Marcelo más información —añadió Murena.

—¿Ningún nombre? —interrogó Fabio que estaba un poco preocupado.

Murena negó con la cabeza.

—Tampoco esperes que te vaya a dar toda la información de golpe. Si está siguiendo las órdenes de su tío, tiene un gran maestro —interrumpió Sexto.

—¿Es que no piensas decir nada? —interrogó Murena a Calpurnio intentando que le diera algo de apoyo.

—Tiene razón… —acertó a decir el cónsul.

—¿En qué? —interrogó a su vez Murena.

—Te precipitaste. Deberías haber sido más prudente y no dar información tan delicada.

Aquellas palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre el senador, que no esperaba que su acompañante le desacreditara de aquella manera delante de los otros dos hombres. Era cierto que en un primer momento pensó que tal vez había explicado cosas que no procedían, pero al ver la reacción de Marcelo, respiró mucho más tranquilo.

—Es igual, caballeros. Ahora poco podemos hacer ya —dijo Sexto encogiéndose de hombros.

—Si esperamos, nos arriesgamos que a que nos puedan capturar. Y si actuamos, podemos equivocarnos y perder una buena oportunidad —añadió Fabio que no sabía muy bien qué decir o qué hacer.

—Por fortuna para todos, mi hombre se ha ido a reunir con alguien que nos puede echar una mano —interrumpió Sexto.

Murena y Calpurnio se acomodaron en sus butacas mostrándose más interesados por aquello.

—Tal y como os dije hace unos días, la opción de llegar a Augusto a través de su *medicus* era buena. Como no era algo sencillo ni rápido de hacer, acordamos que vosotros por vuestra cuenta trataríais de ganaros a Marcelo. Pero los dioses se han puesto de nuestro lado, y dentro de lo malo —dijo mirando a Murena—, tal vez podamos abrir una brecha en esa muralla que hasta ahora parecía infranqueable.

—Explícate mejor, Sexto —señaló el cónsul antes de darle otro trago a su copa.

—Digamos que Numerio tuvo la suerte de hallarse hace un par de noches en el momento y en el lugar adecuado…

Les explicó cómo el asesino le salvó la vida al aprendiz de Musa, y de esa manera el muchacho contrajo una deuda sagrada con él.

—Pero el *medicus* ya le pagó generosamente, ¿no? —preguntó Calpurnio.

—Hay algo que está por encima de las monedas, caballeros: el honor. Y ese joven sabe que, si quiere estar en paz con los dioses, debe ser él quien se encargue de devolverle el favor a Numerio.

Tenía razón en eso. Las monedas no compensaban el haberle

salvado la vida, y mucho menos si el que hacía el pago era otro hombre. Las deudas de ese tipo eran sagradas, y a ojos de los dioses, debían saldarse por parte del contrayente. No era lo mismo que alguien debiera una cantidad a otro hombre, y entre medio surgiera un tercero que le prestara el dinero para sufragar el pago, que cuando el precio a pagar era el de la propia vida. No había nada más preciado para un hombre que vivir. Todos se aferraban al más básico de los instintos: el de supervivencia. Y eso, en el ideario de todos los mortales, ya fueran romanos o no, no se podía pagar ni con oro, ni con plata, ni con ninguna clase de metales preciosos.

—¿Piensas que se va a atrever a hacer lo que le pida tu hombre? Confías demasiado en su sentido de la responsabilidad, Sexto —soltó Murena haciendo un sonoro chasquido con su lengua en el paladar, dejando claro que despreciaba aquella alternativa.

—No estoy diciendo que lo vaya a hacer de manera voluntaria… Pero para eso está el poder de persuasión de mi hombre. Ya ha demostrado que es bueno haciendo su trabajo —sonrió confiado Sexto —. Además, lo único que estoy haciendo es ofrecer una alternativa para deshacernos del tirano. Cómo ha dicho antes Fabio, podemos simplemente esperar a qué ellos reaccionen, o anticiparnos.

—No estamos en posición de aguardar más y dejar que los dioses se posicionen de nuestro lado. Confiemos en que tú hombre haga bien su trabajo —sentenció Calpurnio dejando la copa sobre le mesa de madera y poniéndose en pie.

* * * * *

La taberna no era tan sucia cómo el prostíbulo en el que había estado unas pocas noches atrás. El barrio era mejor que aquel otro. Pese a que era media tarde, se veía gente más normal deambulando por las calles. Se podía caminar tranquilo y sin tener que estar pendiente de lo que se movía alrededor. Le había sorprendido gratamente la visita de Flaminino. Vino a buscarle a casa de Musa y esperó pacientemente a que todos los enfermos fueran atendidos. Una vez que el *medicus* finalizó con todos, le preguntó si podía llevarse al muchacho a dar una vuelta y a tomar una copa de vino. Aunque al principio se mostró un poco reticente a dejarle ir, al final reconoció que los últimos días había trabajado duro y se había esforzado mucho, lo que hizo que le permitiera salir. Pero antes, le hizo prometer por todos los dioses habidos y por haber, que no regresaría muy tarde, ya que al día siguiente tenían que madrugar para ir a casa del *Princeps*. Flaminino se comprometió ante él, asumiendo la responsabilidad de que se encargaría personalmente de hacerle cumplir con sus obligaciones.

Con el beneplácito de Musa, ambos abandonaron la humilde morada y se dirigieron a aquella taberna. Al principio le dio un poco de temor entrar en aquel lugar, ya que los recuerdos estaban todavía muy frescos, y varios destellos en forma de imágenes le vinieron a la cabeza. Fue su acompañante quién le tranquilizó, asegurándole que aquel sitio no era como el último en el que había estado. Le dijo que no por haber tenido una mala experiencia tenía que vivir atemorizado lo que le quedara de vida. Le explicó que a él le sucedió lo mismo la primera vez que entró en combate y mató a un hombre. Era normal que el cuerpo y la mente reaccionaran de aquella manera ante una amenaza, pero que con el tiempo uno se acababa acostumbrando. Perder el miedo era algo que no se podía conseguir de la noche a la mañana, ya que dependiendo de la situación de estrés a la que uno se hubiera visto sometido, costaba más o menos. El comerciante y antiguo legionario le dio un golpe suave en la espalda antes de entrar al local, y le aseguró que no había nada que no se superase con la ayuda de una buena jarra de vino. Aquello, y su voluntad, le animaron a seguirle hasta el interior.

—¿Ves cómo ha sido más sencillo de lo que imaginabas?

—Cierto… Creo que podré acostumbrarme de nuevo a salir sin miedo —dijo Próculo sonriendo.

—La vida es breve, muchacho, así que uno tiene que saborearla. Y te lo dice un hombre que se ha enfrentado cara a cara con la muerte en más de una ocasión y mirándola directamente a la cara, le he dicho que todavía no había llegado mi hora…

—Dura la vida de soldado, ¿no? —interrogó el muchacho.

—No más que la de otros, joven Próculo. Al fin y al cabo, los militares tienen algo que comer cada día, y un sitio donde refugiarse al caer la noche. Eso sin contar con la paga y con una serie de ventajas cuando se licencian —expuso Numerio acordándose de nuevo de toda la información que le dio su antiguo camarada.

—Pero su vida es mucho más arriesgada…

—Dependiendo del destino al que te envíen —le guiñó el ojo.

—Tú estás a salvo, y según parece no te han ido nada mal las cosas.

—No me puedo quejar, pero he dejado a muchos valientes compañeros por el camino —añadió mientras daba gracias a los dioses por haber estado atento a las batallitas que explicaba aquel hombre con el que había colaborado en varios trabajos—. A alguno de esos hombres les debo la vida, chaval… —esperaba que, sacando ese tema a la palestra, pudiera encaminar la conversación hacía el punto que deseaba—. Entre los legionarios hay un dicho muy popular —dijo

tirando de inventiva—, que dice que no hay deuda más sagrada que aquella que se contrae con aquel camarada que te salva de una muerte segura. De hecho, todo soldado sabe que, aunque se recompense con alguna distinción al que te libre de las garras de la muerte, nunca se acaba de estar en paz con él hasta que no le haces un favor que esté a la altura.

—Entonces, yo estoy en deuda contigo aún, por mucho que Musa te pagara…

«Parece que no es tan tonto y ha captado la indirecta», se dijo a sí mismo Numerio, que había sabido encarrilar la conversación muy bien. Se había aprovechado de la inocencia de aquel joven al que le quedaba mucho por aprender de la vida. Tampoco le había costado tanto al final. Pese a que se había mostrado reticente al inicio, sabía que había mucho más en juego y que los sentimientos y las emociones no eran buenos compañeros de viaje. Además, trataría, en la medida de lo posible, de evitar que Próculo sufriera perjuicio alguno. Era complicado que eso ocurriera, pero también era cierto que le había salvado la vida en su momento.

—Dependiendo de lo acentuado que sea tu sentido del honor —respondió Numerio encogiéndose de hombros y sonriendo.

—Mi maestro siempre dice que un hombre tiene que ser responsable de sus acciones y aceptar las consecuencias de sus actos. Sé que soy muy joven todavía, amigo Flaminino, pero soy consciente de que te debo algo más que un buen puñado de monedas. Aunque tuviera la oportunidad de reunir todo el oro del mundo, no sería suficiente para poder compensar lo que hiciste por mí la otra noche.

—Me gusta como piensas, chaval. Dice mucho de ti que hables de esa manera. Eres muy maduro para ser tan joven.

—El honor es algo importante. Mi maestro no se cansa de repetirme que un buen ciudadano romano debe regirse por las buenas virtudes, y de entre ellas, una de las más destacadas es la capacidad de comportarse de una manera honorable… Cómo tú hiciste sirviendo bajo las águilas —añadió Próculo levantando su copa.

—¡Por la gloria de Roma! —gritó Numerio como si fuera un patriota exlegionario que brindaba por la grandeza de los estandartes.

—¡Por la gloria de Roma! —exclamó el aprendiz orgulloso.

Estuvieron un buen rato más conversando sobre temas diversos, y Flaminino le explicó alguna que otra batallita de sus tiempos de soldado. Fue él quien le dijo en un momento dado de la conversación:

—Dime pues, ¿de qué manera puedo saldar mi deuda contigo?

—Verás, se me ocurre algo que podría servir…

CAPÍTULO XLVII

Hacía ya un rato que estaban en aquella taberna. Habían acudido después de que finalizara su turno de guardia y previo permiso del *optio* Aurelio, que había autorizado la salida pese a que no parecía estar satisfecho con su actuación durante la vigilancia de Sexto. No estaban orgullosos de cómo habían salido las cosas, pero la mejor manera de sacarse aquel mal sabor de boca era tomarse una buena jarra de vino y, si era posible, montar a alguna esclava que les permitiera desfogarse de la tensión que habían vivido. Pensó que tal vez aliviarse con la esclava cántabra de la que le había hablado Petronio no sería una mala idea. Después de todo, al veterano no le faltaba razón cuando le dijo irónicamente lo de que aquella mujer sería lo más relacionado con aquella tierra que probaría en su vida. No se había ofendido por el comentario del veterano, sino más bien todo lo contrario. Tampoco fue necesario justificarse y eso era de agradecer. Le estaba cogiendo cariño a aquel exlegionario que sí que había estado en muchas fronteras combatiendo por la gloria de la República.

—¿Vas a preguntar por la cántabra entonces? —interrogó Petronio sacándole de su estupor—. Dicen que son unas bestias salvajes a las que hay que domar con contundencia.

—No lo sé. Tal vez lo haga más tarde.

—Preguntaré por ella si quieres —añadió levantándose.

Mario asintió mientras le gritaba:

—¡Ya que te levantas pide otra jarra de vino, tacaño!

El veterano le hizo un gesto indicándole que lo había entendido, y se acercó hasta donde estaba una de las mujeres que servían las mesas. Él se quedó pensando en cómo había cambiado su vida en los últimos años. De ser el hijo de un humilde agricultor de Segesta, en la isla de Sicilia, pasó a ser un legionario de la República. La vida que le aguardaba en su ciudad natal no iba a ser agradable ni fácil para el cuarto de seis hermanos. Para los hijos de un hombre que se pasaba trabajando el campo de sol a sol, sus descendientes no eran más que una fuerza de trabajo extra. Fortuna había querido que su esposa le diera cinco varones y una hembra, y eso para alguien cómo su progenitor era toda una bendición. Pero a diferencia del resto de sus hermanos, él no estaba dispuesto a conformarse con aquella vida que le ataba a la tierra. Decidió alistarse sin decirle nada a su padre. Fue su madre la que insistió en el hecho de que era mejor comunicárselo antes de que se enterara. Y la noticia no fue bien recibida. Le reprochó

en primer lugar, haberse alistado sin su permiso, y en segundo, hacerlo de una manera tan egoísta, dejando que todo el esfuerzo y la responsabilidad recayera en sus otros hermanos. El contrato con el ejército no entendía de arrepentimientos, por eso no le quedó más opción que presentarse el día acordado en el punto indicado. Lo hizo con el mal sabor de boca de haber defraudado a su padre, que jamás le perdonaría haber actuado de aquella manera tan impropia y egoísta. Al menos su madre, en la intimidad, le hizo saber que estaba orgullosa de él, y que de esa forma podría ganarse la vida de una manera más digna que en el campo. Sus hermanos, aunque de cara a su progenitor, se mantuvieron al margen, en privado también le desearon suerte y rogaron a los dioses por su protección. Ninguno de ellos había tenido el valor de decirle a su padre que no deseaban aquella clase de vida, y se habían resignado a vivirla sin más. Él, por el contrario, había decidido tomar las riendas de su propio destino, y tal y como le habían ido las cosas, no podía quejarse. Los dioses le habían favorecido desde el primer momento. Y ahora que formaba parte de los escogidos por el primer hombre de Roma, pensó en que quizá, si lo supiera, su padre estaría orgulloso de su valentía. Tal vez algún día decidiera regresar a Segesta y ver si su familia todavía seguía en el mismo lugar. Ni siquiera se había molestado en escribir a su madre o a sus hermanos, ya que sabía que su padre les habría prohibido bajo duro castigo, comunicarse con él.

—Estás de suerte, Mario —dijo Petronio acercándose hasta la mesa y depositando una jarra de vino sobre ella—. Parece que la cántabra acabará con un cliente en breve… Le he dicho a Lucila que te reserve un hueco para estar con ella.

—¿Y quién es Lucila, si puede saberse?

—Ella —indicó el veterano señalando a la mujer que atendía las mesas y que debía ser además de la dueña del local, quien se encargaba de alquilar los servicios de las prostitutas.

—¿Y cuánto me va a costar pasar por delante de otros? —interrogó el soldado.

—Nada, amigo. Eso es lo mejor de todo…

—No lo entiendo.

—Verás, le he dicho a Lucila que eres veterano de la campaña de Augusto en Hispania —dijo riendo Petronio—. Y qué gracias a hombres valientes cómo tú, ahora ella tiene a rameras de tanta calidad como esa. Está en deuda contigo, muchacho —añadió soltando una carcajada y dándole un fuerte golpe en el hombro.

Justo en ese instante, Lucila le hizo un gesto para que se acercara. Mario se levantó, aunque justo antes, Petronio le sujetó por el

antebrazo y le dijo:

—Disfruta de tu botín, chaval…

Le guiñó el ojo antes de soltarle. Mario se acercó con decisión hasta donde estaba Lucila. La mujer le hizo un gesto para que le acompañara. Estaba convencido de que, pese a ser ya madura, en sus tiempos mozos, había sido muy atractiva y con toda seguridad había ejercido la vieja y antigua profesión. Le condujo hasta la parte posterior del recinto y cuando llegaron a una estancia en la que estaba abierta una cortina de tela de color oscuro, se giró y le dijo:

—Aquí es, soldado. Espero que Turennia sea de tu agrado y sepa satisfacerte.

—Gratitud, Lucila —respondió Mario un poco emocionado por aquel trato preferente que le habían dispensado.

—Es lo menos que puedo hacer por uno de los hombres que ha luchado por la República. Si no hubiera sido por valientes cómo tú, no tendríamos a mujeres cómo ella para satisfacer el deseo de nuestros conciudadanos.

«Y ya de paso llenar de monedas tu bolsa», pensó Mario.

—Es mi deber como soldado.

La mujer hizo una leve reverencia y se retiró, dejándole ante la mercancía. El pretoriano desde la distancia, y con la poca iluminación que daban varias velas, pudo observar a Taurennia. Era morena, con una larga y frondosa cabellera y unos preciosos ojos también oscuros que coincidían en color con su melena. La prostituta estaba con el torso desnudo. Sus pechos eran grandes, pero no enormes. Sin duda, le parecieron jugosos. Eso provocó que su miembro se pusiera erecto al ver aquella belleza hispana. Se acercó lentamente y corrió tras de sí la cortina de lana para tener un poco más de intimidad. Al principio la muchacha se quedó quieta, observándole, pero al cabo de poco, ella misma se quitó la parte inferior de su vestimenta, dejando al descubierto todo su cuerpo. Sabía que era lo que tenía que hacer, así que se acercó hasta donde estaba su cliente aguardando y le comenzó a sacar la túnica con suma delicadeza. Mario se dejó hacer ya que eso le excitaba incluso más. No estaba acostumbrado a que las fulanas con las que había estado llevaran la iniciativa. Como hombre que era, siempre había sido él quién controlaba la situación. Las mujeres que vendían su cuerpo normalmente eran muy pasivas y se dejaban someter por los varones. A los romanos les gustaba más mandar ya que les subía el ego por aquellos de que llevaban en la sangre eso de sentirse conquistadores. Al menos eso era lo que le habían explicado siempre sus compañeros de centuria, que veían en las mujeres en general, y en las esclavas en particular, tan solo objetos destinados a

satisfacer sus necesidades sexuales. Pero él no las veía de esa manera y, aunque a ojos de sus camaradas siguiera su misma manera de proceder, en la intimidad y cuando estaba con ellas, las trataba con todo el respeto que podía. Aunque sabía que eran mujeres que vendían su cuerpo a cambio de monedas, cada una de ellas podía tener una historia de sufrimiento a sus espaldas. Estaba convencido de que no estaban allí porque quisieran. La mayoría de ellas eran esclavas. Botín de guerra que se usaba para sacar algo de provecho, pero sabía que algunas de ellas eran ciudadanas romanas, que se habían tenido que sumergir en esa oscura profesión por necesidad. Otras como Lucila, la que se encargaba de regentar aquel negocio, seguro que era una mujer libre, quizá no de nacimiento, pero en ese momento sí. Pero incluso ella, que conocería con todo lujo de detalles los entresijos, las penas y las miserias de dedicarse a eso, ahora no dudaba en ejercer de proxeneta y permitir que otras mujeres pasaran por lo mismo que había pasado ella anteriormente.

Taurennia le bajó los *braccae* de lino con sumo cuidado y le despojó de su *subligaculum* mientras alzaba la vista y le miraba a los ojos. Aquella acción provocó que su lívido incrementara aún más. La cántabra se llevó la punta de su erecto miembro a la boca y comenzó a lamerlo con cariño al principio, para ir subiendo en intensidad lentamente. Mario emitió algún que otro gemido de placer mientras la sujetaba por la larga melena oscura. La esclava interpretó que su cliente estaba gozando e intensificó los movimientos de su boca y la cadencia. Poco a poco, los gemidos de placer fueron en aumento, hasta que el pretoriano no pudo más y de un rápido movimiento tiró del cabello de la ramera hacia atrás para sacarle el pene de su boca juguetona. Estaba tan excitado que la colocó sobre el lecho y le abrió las piernas con fuerza. Se puso sobre ella y la penetró con rudeza. Con la rudeza de un hombre que toma lo que es suyo por derecho. La muchacha, que no estaba acostumbrada a que sus clientes adoptaran aquella postura, miró a los ojos al soldado. Fue entonces, cuando él comenzó las embestidas y cuando se dio cuenta de su verdadera belleza salvaje. No hizo falta decir nada, ya que, con el simple cruce de miradas, Mario se sintió de nuevo en las frías y bárbaras tierras en las que había servido durante pocas semanas. Ella, siguiendo el ritmo de su dominador, comenzó a moverse al compás, tratando de darle placer, y quién sabe si también buscando el suyo. Aquello también le excitó sobremanera, y haciendo algo que no era muy habitual buscó besarle el cuello mientras ella cerraba los ojos y se dejaba hacer.

Era mejor buscar el placer mutuo, pensaba el pretoriano mientras ella emitía algunos gemidos. Escucharla le hizo emocionarse aún más,

así que aumentó el ritmo de movimiento de su cadera, a la vez que la prostituta se cogía a su cuello con fuerza y hacía lo propio. Los dos comenzaron a jadear más fuerte y de manera acompasada. Él vio que se acercaba el momento de eyacular y vio cómo ella abrió de súbito los oscuros ojos y se quedó mirándole fijamente mientras sonreía. Ella también estaba disfrutando de aquella sesión de sexo. Mario se dejó llevar en el mismo momento que Taurennia. Ambos alcanzaron el clímax juntos, sin que ella dejara en ningún momento de aferrarle del cuello. Cuando por fin dejó ir su simiente, salió de su interior y cayó rendido hacía un lado. Ella, se incorporó rápidamente y se fue a limpiar sus partes íntimas en un cubo de agua que tenía justo al lado del camastro. Hizo su ritual de higiene, destinado a evitar el embarazo y él la observó desde la distancia. Tenía un cuerpo casi divino. Era muy hermosa y había gozado de ella, y con ella. Petronio estaba en lo cierto cuando le dijo que aquello sería el primer manjar cántabro que probaría. Pero no se arrepentía de haberlo hecho. Le hizo un gesto con la mano indicándole que se acercara. La esclava obedeció y se situó frente a él. Si Venus hubiera moldeado a la mujer perfecta, capaz de enamorar a un hombre, el resultado habría sido Taurennia.

No entendía cómo una esclava tan hermosa podía estar en aquel lupanar. No era de los peores de Roma, ni tampoco de los mejores lugares en los que había estado, pero a su parecer era un desperdicio. Y si alguien quería gozar de su compañía, estaba claro que debería pagar una sustanciosa cantidad de monedas. Mario la asió por las caderas mientras la miraba. Ella, en señal de respeto bajó su cabeza y desvió la vista hacia un lado para no ofenderle. Después de todo lo que habían hecho, ahora apartaba su vista de él.

—Eres bellísima…

Ella no dijo nada. Seguramente no entendía lo que le estaba diciendo. Mario le acarició el vientre con ternura mientras añadía:

—Cualquier hombre mataría por tenerte como esposa. Lástima que nuestros mundos sean tan distantes. Sería hasta capaz de comprarte a tu amo para que te convirtieras en mi esposa.

Aunque parecía una locura, sabía que algunos ciudadanos romanos y libertos habían hecho eso mismo. También era consciente de que a ojos de los demás aquello era una ofensa a los dioses, y que, además, supondría una mancha en la reputación del que lo hiciera. Pero mirando a aquella mujer se dio cuenta de que en ocasiones el amor puede a la razón. Sintió algo en su estómago que jamás había sentido. ¿Se habría enamorado de esa prostituta? ¿Era posible que sintiera algo por aquella esclava tan rápido? Se incorporó y se puso en pie. Le acarició suavemente la mejilla y le dijo:

—Ojalá todo fuera más sencillo, mi niña.

—Taurennia… —dijo ella señalándose el pecho.

—¿Te llamas Taurennia? Lo sé… Yo soy Mario —se señaló el pecho de la misma manera que había hecho ella.

—¿Mario? —preguntó la esclava.

—Sí —asintió con una sonrisa.

—Mario… —afirmó ella entonces.

Taurennia sonrió y le dio un beso en los labios. Aunque al principio le correspondió, al cabo de u instante la apartó suavemente y dio un paso atrás buscando algo de separación. Ella dijo algo en su idioma que el militar no entendió.

—No te entiendo —le dijo él.

Ella insistió en querer besarle, pero él no quería continuar. Empezó a colocarse sus ropajes. Trató de evitar la cálida mirada de la cántabra, que parecía estarle suplicando. Quiso apartar aquellos sentimientos de su cabeza, ya que era totalmente ilógico que en tan solo un encuentro se hubiera enamorado de aquella muchacha. Además, pertenecían a mundos muy diferentes y, por si eso no fuera suficiente, no dejaba de ser una simple fulana que vendía su cuerpo a muchos hombres. Tenía que salir de allí antes de cometer ninguna estupidez. Taurennia, cómo si entendiera lo que había en juego, le sujetó por el brazo izquierdo tratando de captar su atención de nuevo. Él levantó la mirada y dejó una de sus *caligae* por atar. Entendió que lo que le pedían los ojos de la mujer era ayuda. Lo vio claro y nítido. Quería que la sacara de allí. Arrugó la frente y haciendo una mueca le dijo:

—No puedo hacer lo que me pides.

Ella pronunció otras palabras ininteligibles para un romano, pero comprendió que él era su única esperanza en aquel momento. Seguramente ella no tenía la culpa de haber acabado en aquel lupanar. Imaginó que alguna vez había sido una muchacha libre, y que por culpa de una guerra que llegó a su tierra, sin previo aviso, y que terminó con la muerte y esclavitud de muchos de los suyos, ahora se veía en aquella situación tan mísera. Pero él no podía ayudarla. Le dio un beso en la frente y le acarició la mejilla de nuevo antes de marcharse y dejarla allí muy a su pesar. Mientras salía de aquel cuartucho, se dijo a sí mismo que no regresaría jamás a ese prostíbulo. Jamás…

CAPÍTULO XLVIII

Augusto los convocó después de la *cena*. Acompañado de su ya inseparable Salonio, acudió a la reunión. Ambos hombres se presentaron mientras todavía estaban terminando con algunos de los suculentos manjares que les habían preparado en la cocina. Estaban solos en aquella enorme estancia cuando siguieron al esclavo que los acompañó. Al verlos entrar, Augusto dejó un pequeño cuenco que tenía en las manos sobre la mesa y sonrió:

—Bienvenidos. ¿Os puedo ofrecer algo de comer o beber?

Valerio esperó a que su superior hablara primero.

—Gratitud, comandante, pero ya hemos cenado hace un rato.

—Al menos me aceptaréis una copa de uno de los mejores vinos de la Campania, ¿no? —interrogó alargando una jarra.

Salonio lo cogió antes de hacer una leve reverencia.

—Pero sentaos de una maldita vez, por Júpiter —exhortó el anfitrión—. Salen baratos estos militares —añadió soltando una carcajada dirigiéndose a su sobrino que también sonreía.

—Sí, lo cierto es que son hombres un poco austeros —reconoció el joven—. Aunque eso hace que los admire aún más.

—Pero están lejos del frente y de sus campamentos. Podrían comportarse cómo ciudadanos romanos digo yo. Además, este vino es muy bueno, así como la mayor parte de estos platos que nos han preparado.

Hablaban como si ellos no estuvieran allí presentes. Era muy propio de los ricos, pensó para sí Valerio mientras aceptaba la copa que le ofrecía Salonio.

—Centurión Salonio, ¿seguro que no quieres un cargo en mi guardia? —le preguntó Augusto.

—Gratitud, comandante, pero me cuesta adaptarme a la vida urbana, soy más de campamento. Ya tiene un buen oficial al mando y no quisiera ser yo quien le relegara a un segundo plano —añadió señalando a Valerio.

—No me puedo quejar, eso es cierto, pero vosotros dos formáis una dupla estupenda, y si sumamos al otro oficial que me salvó la vida… ¿Cómo se llamaba?

—Cornelio, comandante —dijo Salonio.

—Eso es… Cornelio. Pues si le trajera a él también aquí, sería el hombre más afortunado de todo el orbe.

—Es cómo yo, señor. No creo que aceptara su ofrecimiento.

—Al menos tengo a uno de los tres. Me conformo con todo lo que

ha hecho por mí, y le auguro un futuro prometedor.

Valerio hizo una reverencia en señal de agradecimiento.

—Opino lo mismo que usted, comandante. Valerio es un gran soldado y los hombres que trajo con él, también lo son. Sabe rodearse de los mejores y, sobre todo, sabe sacarles partido. Eso es clave para ser un buen oficial —añadió Salonio que estaba muy orgulloso del que había sido su subordinado durante mucho tiempo.

Todo eran halagos, pero sabía que en el fondo había algo más. No los había convocado tan tarde solo para ofrecerles una copa de buen vino y regarles los oídos con piropos. Aquello era tan solo el preludio de lo que estaba por venir.

—Es tarde y sé que os levantáis muy temprano para supervisar a los guardias, así que no os quiero entretener más de lo necesario —comenzó a decir Augusto yendo al *quid* de la cuestión—. Veréis os he convocado porqué mi sobrino tiene algo importante que contaros.

Se giró hacia Marcelo y le hizo un gesto para que empezara. El muchacho se acomodó y les expuso lo acontecido en las termas la tarde anterior. Los dos militares escucharon con atención todo el relato sin hacer ninguna pregunta. Cuando el joven concluyó, Augusto los miró y les preguntó:

—¿Qué os parece?

Salonio hizo un gesto a su subordinado para que fuera él quién hablara:

—Aunque no le hayan dicho directamente que forman parte de la conjura, sí que es verdad que al menos están al corriente de ella. Se han expuesto demasiado a Marcelo, sin saber si él los estaba engañando o no. Ha sido una temeridad por su parte, fruto seguramente de la desesperación.

—O más bien algo producto del miedo —corrigió Augusto mientras los dos soldados asentían levemente dando por buena tal afirmación —. Se les acaba el tiempo, y temen que cada vez yo tenga más poder. Es normal que algunos de ellos se replanteen pertenecer a ese grupo, y más viendo que no obtienen su preciado tesoro.

—Los dos cónsules podrían formar parte de esto, comandante. Es más grave de lo que creía —expuso Salonio preocupado.

—Entonces creo que ha llegado el momento de actuar —intervino Marcelo.

—Todavía no —dijo el anfitrión de manera tajante—. Solo tenemos a unos pocos, y estoy convencido de que son muchos más. Quiero tenerlos a todos identificados antes de intervenir. Si damos un paso en falso, podríamos perder mucha información.

—¿Y exponerte a más peligros, tío? —inquirió Marcelo.

—Tengo a los mejores hombres encargándose de mi protección, así que no debo preocuparme.

—Llevo un buen rato tratando de convencerle de que no merece la pena arriesgarse más —expuso el muchacho—. ¿Podéis ayudarme? A vosotros os escuchará.

Los militares se miraron entre sí sin saber bien que decir.

—No les pongas en ese compromiso, Marcelo. Suficiente trabajo les doy encargándose de mi seguridad.

—Cinco senadores son un buen botín —dijo Salonio—. Siempre es mejor tener a tantos como sea posible, pero coincido con el edil en que no podemos exponerle de nuevo, comandante…

Augusto arrugó la frente y dejó la copa de vino sobre la mesa. Se levantó y se acercó hasta el *primus pilus*. Le colocó la mano derecha sobre el hombro antes de decirle:

—Agradezco tú preocupación, y también la de mi sobrino, pero he vivido situaciones muy complicadas, similares a esta, y tengo que decir que siempre he arriesgado y me ha salido bien. ¿Por qué iba a conformarme con cinco cuando puedo tener a veinte, treinta o cien? Las amenazas hay que eliminarlas de raíz. No se pueden dejar a medias, ya que siempre acaban volviendo para cobrarse la venganza.

—Esos cinco podrían darnos los nombres de los otros noventa y cinco, comandante —expuso Salonio—. Hay maneras de hacerlos hablar…

—No es lo mismo sorprenderlos a todos de una tacada que irles dando caza poco a poco. Además, el tiempo puede jugar en nuestra contra si los dejamos pensar demasiado.

Hasta aquel momento Valerio no había intervenido en la conversación. Entendía la preocupación de unos, y la prisa del otro por resolver el asunto. Cada cual tenía parte de razón en los argumentos expuestos. Era difícil tomar una decisión que fuera correcta, aunque sabía que por eliminación en breve le tocaría a él opinar.

—Centurión Valerio. ¿Tú que crees que es mejor?

—¿Confían en usted, edil? —le preguntó directamente a Marcelo.

—Hasta el momento sí. No les he dado razones para que no se crean lo que pienso. He llegado a decirles que comparto sus opiniones acerca de la manera de proceder de mi tío, y que no deben preocuparse por qué no le diría nada de lo que habíamos hablado. De momento no me han dicho nada más, pero Murena me ha comentado al finalizar la sesión de hoy en la Cámara que confía en mí.

—Si eso es cierto, es posible que se aún se les pueda sacar algo de información —dijo Valerio.

—Te recuerdo, querido tío, que tú eras el primero que decía que no debía exponerme más de lo necesario —le espetó Marcelo a Augusto.

—Te has ganado su confianza, y eso no te pone en peligro, sobrino. Ahora es cuando tienes que exigirles que te permitan entrar más en su círculo. Debes ser el primero que critique mi proceder y que cuestione todas mis decisiones. Si ellos lo perciben, te contarán más cosas y quién sabe si incluso te invitarán a uno de sus encuentros.

—¿Y Sexto? Si se acerca a él, se expondrá demasiado —expuso Salonio que no las tenía todas consigo.

—¿Y si hacemos que le desacredite en público, comandante? —sugirió Valerio.

Los tres miraron al centurión, que no sabía si se había extralimitado en la propuesta. Fue Augusto quién aplaudió enérgicamente la idea:

—¡Bravo, centurión! Eso es lo que quería conseguir con este encuentro. Maneras de podernos acercar más a ellos, y lo que has dicho me parece brillante. Si conseguimos que me desacredite o repruebe en público, tendremos más posibilidades de que le vean como un aliado.

El joven Marcelo negó varias veces con la cabeza mientras miraba a Salonio, que se mantenía en completo silencio. Ambos hombres se habían mostrado reticentes a seguir adelante, y eran partidarios de detener a los que intuían que formaban parte de la conjura, o que al menos estaban relacionados con ella. Al menos dos de los que estuvieron con el sobrino de Augusto en los baños públicos habían sido vistos por Aurelio y sus hombres aquella noche cuando salieron de la casa del senador Fabio. Uno de los cónsules, Calpurnio, y el senador Murena. De ellos sí que se podía certificar casi con toda seguridad que estaban implicados en la oscura trama, y el hecho de que su nuevo colega de magistratura estuviera presente y no objetara nada ante el edil, también quería decir que estaba metido en ella. Con esos ya eran cuatro de los nobles padres conscriptos, a los que se debería añadir a Cneo Sergio Mesala, otro de los más influyentes de la Cámara y que nunca se había mostrado ferviente seguidor del comandante. Al menos eso fue lo que les explicó cuando salió a relucir su nombre.

—¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo? ¿Acaso quieres que me levante en medio de una de las sesiones de la Cámara y te acuse de tirano delante de todos los presentes? —interrogó Marcelo en un tono sarcástico.

Aquel tono de voz y el contenido de esas palabras no le estaban permitidas a cualquiera. Nadie habría osado dirigirse de tal manera al

primer hombre de Roma. Se notaba que el joven era de su misma sangre, y se permitía la franqueza de poder dirigirse así a alguien que regía los destinos de millones de almas en todas las provincias que formaban la República romana.

—Quiero meditarlo con calma antes de tomar ninguna decisión al respecto.

—Y mientras tanto, ¿qué es lo que debo hacer yo? —insistió Marcelo convirtiendo de nuevo la conversación en algo de dos.

—Actúa como hasta ahora. Sígueles el juego y gánate aún más su confianza —le dijo Augusto—. Así, cuando tengas que atacarme públicamente, todo será más creíble. Tenemos que conseguir que te inviten a formar parte de su círculo más íntimo. De esa manera podremos cortar esta conspiración de raíz y no tendremos que preocuparnos porque siempre reviva cómo si fuera una hidra.

Estaba preocupado. Se lo notó en la mirada. Aunque no lo aparentaba, a juzgar por sus palabras y por sus gestos, Valerio sabía que no le hacía mucha gracia proceder de esa manera, pero si había insistido en hacerlo, era por qué no veía que la vida de su sobrino corriera peligro. De haber tenido el mínimo indicio de ello, habría descartado la posibilidad. Ya llevaba mucho tiempo sirviendo bajo sus órdenes, y le conocía bastante mejor de lo que él creía. Le había visto en su plenitud gloriosa, pero también le había conocido en los momentos más delicados de su vida. Se había fijado en los pequeños detalles que marcaban la personalidad de un hombre, y pese a que muchos creyeran que era el hijo de un ser divino, cosa que él mismo se había encargado de crear, en realidad era cómo cualquier otro mortal. Es más, incluso era más débil y frágil que la mayoría de ellos, tan solo era que contaba con el favor de los dioses que le habían permitido sobrevivir hasta aquel momento. No le quitaba valor a sus muchas virtudes, pero también era cierto que poseía algunas flaquezas que podían acabar con él en menos de lo que un legionario sediento engulle una jarra de posca después de regresar de una larga batalla.

Él conocía sus puntos débiles, pero por suerte, no estaba allí para atacarlos, sino más bien para todo lo contrario. La creación de esa guardia personal respondía precisamente a esa vulnerabilidad que poseía. Al menos Augusto era consciente de ello, y en lugar de intentar hacerse el fuerte, había optado por afrontarla y poner entre ella y él las máximas barreras defensivas. No solo los bátavos formaban parte de su escolta personal, sino que se había rodeado de hombres leales y de confianza a los que recompensaba de manera generosa y con los que sabía que podría contar cuando vinieran mal dadas. Pasar de una escolta de veinte hombres, a una que casi

alcanzaba las cifras de una centuria, era un movimiento maestro. Y conseguir que esos hombres pudieran estar en el interior del *pomerium* de la ciudad, sin necesidad de desprenderse de sus armas, era algo aún mejor. Aunque cuando le acompañaban a las sesiones de la Curia siempre las dejaban y usaban garrotes que iban ocultos, ese era un mal menor.

Fue en ese momento cuando Augusto, como si supiera que estaba pensando en él, le lanzó una mirada. Acto seguido asintió levemente, dejando claro que contaba con su aprobación a la hora de proponer la idea. Además, creyó ver en su mirada algo que no había visto jamás, o que al menos no había sido capaz de detectar: fuego. Percibió que las cosas estaban saliendo a su gusto, y cuando estaba contento, normalmente era porque no se equivocaba en su manera de proceder. Aunque eso, solo el tiempo lo diría.

CAPÍTULO XLIX

Llevaban un buen rato charlando, cuando sintió que tenía ganas de evacuar. Para hacerlo debería salir al exterior de la taberna y buscar un rincón en el que poder aliviarse. Se disculpó ante su acompañante y le dijo que pidiera otra jarra de vino, a la vez que le entregaba tres sestercios para que se encargara de pagarla. Sin esperar respuesta, se levantó apoyando su mano sobre el hombro del otro y se dirigió a la salida del local. Dio la vuelta a la edificación hasta encontrar un rincón en la parte posterior derecha, alejado de la vista de cualquiera. Se acercó hasta la pared y se levantó la túnica dispuesto a vaciar su vejiga. Fue entonces cuando algo llamó su atención. A unos veinte pasos de distancia, apoyada en la pared del edificio de detrás, había una figura con la cabeza gacha. Pensó que sería algún borracho que se encontraría indispuesto después de haberse pasado con el vino, así que inicialmente no le dio importancia y siguió con sus ocupaciones. Cuando terminó se colocó bien sus ropajes y se dispuso a volver al interior para seguir con la conversación que tenía a medias. Justo entonces, golpeó sin querer una especie de caja de madera que había en el suelo e hizo ruido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el que creía que era un borracho.

—Nadie… —dijo él soltando una leve carcajada.

El hombre se acercó hasta él rápidamente. No sabía cuáles eran sus intenciones, así que se preparó para un eventual ataque. Retrocedió unos pasos más hasta salir al callejón lateral. Allí había un poco más de iluminación gracias a un par de antorchas y varios faroles. Al menos pensó que de esa manera podría verle la cara, ya que en ella se solía percibir la actitud y el estado en el que se encontraba alguien. El tiempo y la experiencia le habían enseñado a poder ver ciertos tics que indicaban cuando alguien iba a iniciar un ataque. Tener algo de luz iba a ser fundamental para detectarle y poderse avanzar llegado el caso.

—¡Detente de una maldita vez y déjate ver! —le gritó el hombre avanzando más rápido hacía él y saliendo a la luz.

Se detuvo en seco a escasos diez pasos quedando expuesto. Fue entonces cuando observó en el rostro de aquel hombre la sorpresa. La misma que se llevó él al reconocerle. Era uno de los dos hombres de los que sospecharon que les habían seguido hasta el foro. Uno de aquellos a los que trató de rodear para ver si lograba averiguar cuáles eran sus intenciones. Los había visto desde la distancia y no se había querido acercar más para no ser descubierto. En aquella ocasión no le

había parecido que hicieran nada fuera de lo normal, y todo quedó en nada. Pero al ver su cara y la expresión que se había dibujado en ella, comprendió perfectamente que él también sabía quién era. Sin mediar palabra, ni darle tiempo a reaccionar, se abalanzó con un ágil movimiento sobre su presa, propinándole un fuerte y certero puñetazo en la cara. La desprevenida víctima fue incapaz de esquivar el ataque y fue desplazado unos pasos a la derecha sin llegar a caer por completo. Trató de incorporarse, aunque tenía la guardia baja, y recibió un nuevo golpe directo en el pómulo izquierdo que le hizo perder el equilibrio.

Numerio, aprovechó que el hombre estaba en el suelo para sujetarle del pescuezo y levantarlo lo justo para darle cuatro puñetazos seguidos más en la cara. Lo hizo con rabia, ya que ahora tenía claro que se trataba de un hombre de Augusto. Descargó toda su tensión acumulada en las últimas semanas con aquel pobre infeliz, que apenas podía articular palabra. Ya ni se defendía, tan solo recibía los golpes como si fuera un pedazo de carne inerte. Cuando el asesino se dio cuenta de que estaba a punto de dejarle sin sentido, o algo peor, cesó. Observó con detalle cómo el hombre aún respiraba, pese a que tenía toda la cara llena de sangre y uno de los ojos totalmente hinchado. Le había partido el labio y la nariz, y aquel infeliz lo único que podía hacer era gemir de dolor. Le soltó dejándole caer de espaldas al suelo y se incorporó, no sin antes darle una última patada en las costillas que hizo que el desgraciado se encogiera de dolor y soltara un leve quejido. Se dio la vuelta y decidió que no podía dejar a ese tipo allí tirado y con vida. Mucho menos ahora que le había descubierto. Estaba ligado a la figura de Augusto, y sabía que, si le dejaba vivir, lo acabaría pagando muy caro. El desdichado levantó la mano hacia él mientras intentaba articular alguna frase. Numerio se agachó un poco y le preguntó:

—¿Y ahora qué quieres, desgraciado hijo de Plutón?

—Ayuda…, por favor —acertó a decir entre mucho dolor y esfuerzo.

—Pídesela a tu amo, perro de mierda —respondió apartándole la mano con un golpe de desprecio.

Se puso en pie y decidió actuar de inmediato. Necesitaba ayuda ya que no podría mover a aquel peso muerto él solo. No sabía a quién acudir, aunque a esas horas y en ese lugar, tan solo podía contar con Próculo. ¿No había dicho el muchacho que quería devolverle el favor? Aquella no era la manera en la que había pensado, pero al menos le serviría de algo. No podía perder más tiempo, ya que aquel tipejo podría recuperarse si le daba más margen. Se dio la vuelta y le dejó

allí solo mientras acudía en busca del aprendiz de Musa.

* * * * *

Le dolía todo el cuerpo. Le costaba incluso poder respirar y tragar saliva. El gusto a sangre en la boca era asqueroso y le provocaba arcadas. Se le había abalanzado cómo si fuera una bestia salvaje y le había golpeado sin cesar hasta casi hacerle perder el sentido. Cada puñetazo que le había propinado, había sido más fuerte y certero que el anterior. No sabía de dónde había sacado tanta fuerza aquel tipo. No sabía ni quién era, pero estaba convencido de que no era un senador ni un hombre de noble cuna. Tal y como había supuesto Petronio el día que los estuvieron siguiendo desde que abandonaron la *domus*, tenía que ser un profesional. Sabía que existían esa clase de matones y sicarios que trabajaban para los que dirigían los *collegia* criminales que aún controlaban algunas zonas de la ciudad. También sabía que, en ocasiones, algunos de los poderosos, contrataban a esa clase de hombres para que hicieran trabajos sucios y desagradables.

No había duda, por lo que había sufrido él mismo en sus carnes, que aquel bestia era uno de ellos. Y si lo habían visto junto a Sexto, era porque le estaba ofreciendo su protección al menos. Había oído hablar a los demás, a los más veteranos, de un tal Flavio. Un tipo de esa calaña que no tenía escrúpulos y que se había encargado de enviar a la otra vida a algunos de los amigos y compañeros de su centurión. Le explicaron que al final de todo, lograron atraerle a su causa e incluso los ayudó a desbaratar los planes de los conjurados en Hispania. Jugó un papel muy importante en la captura del que había sido su valedor hasta su cambio de equipo: Sexto. Viendo y experimentando el dolor de la paliza recibida, si este no era como ese tal Flavio, debía parecérsele bastante.

Trató de incorporarse como pudo. Le costó una barbaridad lograr apoyarse en la pared, pero poco a poco y con un dolor terrible, puso la espalda contra la superficie, mientras se llevaba la mano derecha a las costillas. Allí era dónde le había propinado su agresor la última patada. Casi le había dejado sin respiración, pero al menos se había conformado y había desaparecido. Sabía que no tardaría mucho en regresar para acabar lo que había empezado. Conocía a esa clase de escoria. No iba a jugársela, y menos después de comprobar que trabajaba para aquellos que iban detrás de él y de su amo. Le había llamado perro… ¿Y qué era él entonces? ¿Acaso no trabajaba para otro a cambio de un buen puñado de monedas? Al menos él no era un salvaje que iba dando palizas por ahí a la gente. Él habría hecho las cosas de otra manera. Habría sido más limpio y no tan bruto. Ese

despojo humano no peleaba limpio, y no le había dado la más mínima oportunidad de defenderse. Se había cebado con él y casi le mata a golpes. Trató de levantarse apoyándose en la pared, pero las fuerzas le habían abandonado. Se sintió torpe, y lo peor de todo, frágil. Todo un legionario romano que no era capaz ni de incorporarse. Trató de reír, pero hasta ese gesto le dolía. Se llevó la otra mano al pómulo izquierdo para comprobar que lo tenía totalmente hinchado. Poco a poco estaba perdiendo la visión de ese ojo golpeado, seguramente porque se le estaría inflamando de los golpes que había recibido.

Tragó algo se saliva mientras se daba cuenta de que el tiempo jugaba en su contra. Si no se daba prisa, aquella bestia aparecería de nuevo para enviarle junto a sus antepasados. Estaba solo, herido e indefenso. Pensó en Petronio. Seguro que el veterano estaría disfrutando de la jarra de vino, despreocupado por su situación. No le podía reprochar que no acudiera a aquel callejón a ayudarle, porque pensaría que estaba disfrutando de la fulana cántabra. Taurennia… Se llamaba Taurennia. Y su rostro se dibujó en su mente mientras luchaba por no abandonarla. Había salido del local lamentando no haber actuado con valentía. Debería haber hecho lo que la muchacha le pedía fervientemente. Pero en lugar de eso, había optado por huir. Y lo había hecho de la misma manera que lo hizo cuando huyó de su familia. Fue, era, y sería siempre un cobarde. Los dioses le habían puesto aquella prueba frente a sus ojos y él no la había superado. Habían sido ellos quiénes le habían arrastrado hasta aquel oscuro callejón para darle su merecido por no haber sido piadoso con la esclava que le suplicaba su ayuda. ¿Ahora quién se la iba a prestar a él? Estaba convencido de que nadie iba a acudir a sacarle de aquella situación, así que cerró los ojos y se dejó vencer por el cansancio y el dolor que le sumieron en un mundo oscuro y de tinieblas.

* * * * *

—¡Por todos los dioses, Flaminino! ¡¿Quién es este y que le pasa?! ¡¿Está muerto?!

—Que yo sepa no… —respondió el asesino con mucha más calma que el joven.

Próculo se arrodilló junto al hombre, que estaba apoyado en una pared con la cabeza ladeada a la izquierda y le tomó el pulso en la muñeca. Respiró aliviado al darse cuenta de que aún vivía, así que se dio la vuelta hacía su amigo y le dijo con urgencia:

—¡Ayúdame! ¡Tenemos que llevarle hasta casa de Musa para que le atienda!

El muchacho pasó su hombro por debajo de la axila izquierda de

aquel hombre para tratar de levantarle. Al ver que el otro no le ayudaba, lo soltó con cuidado y le exhortó con un gesto:

—¡No te quedes ahí sin hacer nada! ¡Sujétale por el otro brazo!

—No te he traído aquí para salvarle la vida… —dijo en voz baja.

El joven se quedó un poco sorprendido ante aquella rotunda afirmación. Se levantó y colocándose frente a él, le interrogó:

—¿Se lo has hecho tú?

—Quién si no.

—¿Es que te has vuelto loco? —inquirió llevándose ambas manos a la cabeza en señal de desesperación—. Pero, ¿por qué?

—Es muy largo de explicar y ahora no tenemos tiempo, chaval.

—Este hombre necesita que alguien le asista, o si no morirá —afirmó Próculo.

—Quizá sea lo mejor para todos.

No comprendía a qué venía la reacción de Flaminino. Tan solo había salido a orinar y había regresado al cabo de poco. Cuando le dijo que le acompañara fuera, no podía llegar a imaginarse que le requería para aquello. De haberlo sabido, se habría quedado en el interior de la taberna. Pero ahora estaba metido en un lío por culpa de aquel hombre.

—¿No dijiste antes que eras un hombre de honor? ¿Que querías devolverme el favor que te hice al salvarte la vida la otra noche? Pues está es una buena manera de saldar tu deuda.

Aquel sí que fue un golpe bajo. No se esperaba para nada que le dijera aquello. Le estaba exigiendo que le devolviera ahora ese favor, pero ni siquiera le había preguntado si quería participar de aquello. Por muy en deuda que estuviera con Flaminino, las cosas no se hacían de esa manera.

—Te lo contaré todo, muchacho…, pero ahora ayúdame a llevar a este despojo a un lugar discreto.

—¿Y por qué no lo dejas aquí? Lejos de la vista de nadie. Con un poco de suerte mañana se despertará, si es que no muere en el transcurso de la noche, y no recordará nada de lo ocurrido —le sugirió Próculo tratando de no verse salpicado por aquel turbio asunto.

—No me la quiero jugar. Este hombre trabaja para alguien muy poderoso y me ha visto la cara. ¿Comprendes lo que eso significa? Si alguien se entera de lo que ha sucedido aquí, no habrá rincón en el mundo en el que me pueda esconder.

—¿Y por qué lo has hecho entonces?

—Se trataba de él o de mí… Y cómo comprenderás, antes es mi vida que la de cualquier otro —expuso Numerio que estaba comenzando a impacientarse.

No lo acababa de ver claro. Le daba la sensación de que su contertulio le ocultaba algo. Percibió por primera vez en sus ojos algo que le asustó. Si había sido capaz de hacerle eso a un hombre, no se quería imaginar lo que le podría hacer a él si se negaba a colaborar. No le quedaba más opción que hacer lo que le pedía.

—Si te ayudo, ¿saldaremos nuestra deuda?

—Te lo juro por todos los dioses…

Próculo se lo pensó un instante, pero al final cayó en que era la única manera de no deberle nada más a aquel hombre. De hecho, no era el Flaminino que había conocido. Aquel era otro muy distinto. Solo hacía falta mirarle a la cara para darse cuenta de que se había transformado.

—Está bien… Sujétalo por el otro brazo y lo levantaremos entre los dos.

El asesino obedeció sin más y entre los dos levantaron aquel cuerpo que pesaba una barbaridad. El hombre seguía inconsciente, aunque respiraba. Tenía la cara destrozada por los golpes que había recibido. Ver cómo lo había dejado Flaminino, ratificó que realmente aquel veterano era un temible luchador. No solo por lo que había visto aquella noche en la que se deshizo de sus dos agresores, sino al ser testigo de aquella sangría que había ocasionado en el rostro de aquel pobre desgraciado. Más le valía estar a buenas con él para no tener que verse nunca en una situación similar a la del que estaban arrastrando.

—¿A dónde quieres que le llevemos?

—La Cloaca Máxima me parece el lugar idóneo —respondió.

—Pero allí es dónde… —acertó a decir sabiendo cual era el destino que le aguardaba a aquel pobre despojo que transportaban.

—Sí, Próculo… Allí es donde uno lleva a la gente de la que quiere deshacerse…

* * * * *

Escuchó un ruido en el exterior, así que decidió asomarse por la pequeña ventana que daba a la parte trasera del edificio. Lo hizo de manera discreta y apagando previamente todas las velas que iluminaban la pequeña estancia. No quería que la vieran curiosear. Al principio tan solo escuchaba dos voces conversando. Era una lengua que no comprendía, seguramente la que hablaban los romanos. Acercó un pequeño taburete de madera para poder subirse en él e intentar ver mejor lo que sucedía en el exterior. Ladeó un poco la cabeza hacía la izquierda para tener un mejor campo de visión y se quedó de piedra al presenciar aquella terrible escena. Observó cómo había dos hombres

de pie, conversando entre ellos. Uno, el más joven no dejaba de hacer aspavientos y se llevaba continuamente las manos a la cabeza. El otro, que parecía estar recibiendo una reprimenda, se mantenía en silencio e intervenía de vez en cuando, pero mostrando una calma evidente. Pero lo peor de todo fue ver cómo en el suelo, apoyado contra la pared, había un cuerpo. Desde su posición no lo podía ver del todo bien, pero enseguida reconoció un elemento que había visto hacía muy poco. Unas sandalias de militar, y un cinturón propio de los soldados romanos. Se fijó con más detalle en el rostro del herido, que respiraba con dificultad, y entre la sangre y los moratones que le estaban saliendo en la cara, pudo vislumbrar al hombre que hacía tan solo un momento la había poseído.

Era el mismo soldado, sin duda. Seguro que aquellos dos tipos le habían asaltado para robarle. Estaba convencida de que lo cogieron desprevenido, porque de otra manera no habrían podido derribar a alguien tan fornido como él. Estuvo tentada de dar aviso a Lucila, pero entre lo difícil que era para ella comunicarse en su lengua, y lo poco amable que era la mujer, pensó que no serviría de mucho. Barajó la posibilidad de salir ella misma fuera y tratar de ayudarle. La había tratado con respeto y no había sido brusco mientras la tomaba. Le había hecho sentirse querida y amada por primera vez en mucho tiempo. Hizo ademán de bajarse del taburete, aunque al final pensó que, si aquellos dos le habían dado tal paliza a un soldado, con ella lo tendrían incluso más fácil. Justo en ese instante observó cómo tras seguir conversando, el más joven levantó al herido asiéndole por debajo de una axila. Al cabo de nada, el otro hombre hizo lo propio por la otra. Entre los dos levantaron el cuerpo seminconsciente del soldado y comenzaron a arrastrarle. Vio como el más joven se giraba, después de que el otro le llamara por lo que parecía ser su nombre: Próculo, y miraba directamente hacía la ventana en la que estaba ella. Le vio la cara, pero se asustó al poder ser descubierta y se apartó hacía un lado para esconderse. Aguantó la respiración durante un buen rato. No quería asomarse de nuevo por temor a que la hubieran visto. Dejó de escuchar voces, y emergió de su escondite con toda la cautela que le fue posible. Observó que ya no había nadie allí. Tan solo escuchó los pasos del calzado golpeando en los adoquines de la calle. La oscuridad y el silencio volvieron a apoderarse de la callejuela, mientras ella se daba cuenta de que no había hecho nada por salvar a aquel hombre. Bajó del taburete y se sentó en el camastro apoyándose contra la pared. Llevó sus piernas al pecho y las abrazó, colocando su frente sobre ellas. Lloró como no lo había hecho antes jamás. Lloró incluso más que cuando fue capturada y separada de su familia. Ya

hacía mucho tiempo de aquello, pero los recuerdos dolorosos del pasado regresaron justo en aquel momento. Sus pensamientos la llevaron a los verdes prados de su tierra, mientras trataba de apartar de su mente todo el sufrimiento que la había acompañado desde aquel fatídico día en el que los legionarios romanos irrumpieron con violencia en la fortaleza aislada en la cordillera. La misma que los había protegido durante semanas. El dolor se apoderó de nuevo de su alma, y las lágrimas por el soldado, se mezclaron con las que derramaba por su pueblo… Si es que todavía quedaba con vida alguien…

CAPÍTULO L

Era ya muy tarde cuando escuchó que alguien golpeaba la puerta de su estancia. Se despertó del profundo y relajado sueño en el que se había sumido. Al principio pensó que no habían llamado y que todo formaba parte de la misma ensoñación en la que estaba sumido. Pero la insistencia de la persona que estaba al otro lado, hizo que se levantara del catre dando un brinco. ¿Quién podía ser? Debían estar ya en la tercera vigila y aquello no le pareció muy normal. No le dio tiempo ni de calzarse cuando escuchó un par de golpes más. Después una voz familiar desde el otro lado de la puerta:

—¡Abre, Valerio! ¡Es urgente!

—¡Por todos los dioses, Aurelio! ¡Es muy tarde para estar golpeando de esa manera la puerta!

Al abrirla, observó que se trataba de su segundo, y qué estaba acompañado por Petronio. La cara del pretoriano no le gustó nada, por ello preguntó:

—¿Qué ocurre?

Aurelio le hizo un gesto al guardia para que hablara.

—Verá, centurión… Es que no encuentro a Mario…

—¿Qué significa eso que dices? —interrogó.

—Es lo mismo que le he preguntado yo a este imbécil —añadió Aurelio haciendo un gesto con la mano cómo si le fuera a golpear.

—Tranquilízate un poco —le dijo su superior llamándole al orden mientras hacía un gesto para que ambos entraran en su habitación.

Era muy tarde y no quería montar una escena en el pasillo. Prefirió que conversaran en el interior, ya que así al menos estarían sentados y podrían calmarse.

—Habla —le instó de nuevo.

—Cuéntale lo que me has contado a mí.

El pretoriano tenía el semblante serio. No le había visto jamás así, y le preocupó.

—Sírvenos a todos una copa de ese vino, Aurelio —indicó Valerio a su segundo—. Tomemos un trago y serenémonos para poder hablar sobre este asunto.

El *optio* obedeció no muy convencido, mientras el centurión invitaba a su subordinado a sentarse en un taburete de madera frente a su camastro.

—¿Dónde estabais, Petronio?

—Teníamos la noche libre, así que decidí llevarme a Mario a un local que conozco.

—A un lupanar, querrás decir —interrumpió Aurelio entregándole una copa.

—Gratitud, pero no me apetece más vino.

—Claro, ya no te entra más en esa panza que tienes —increpó el *optio*.

—¡Ya basta! —exclamó Valerio que estaba viendo que su segundo estaba muy nervioso y estaba coaccionando a Petronio.

—Mis disculpas… pero es que no entiendo cómo se lo lleva a un maldito antro.

—Los hombres tienen que desfogarse, Aurelio. Una vez hayan cumplido con sus obligaciones, pueden emplear el tiempo libre en lo que les venga en gana. ¿O es que ya no te acuerdas de cuando eras un soldado raso?

Aquellas palabras parecieron surtir algo de efecto en su segundo, que dio un largo trago a su copa y se apoyó contra la puerta, haciendo un gesto con las manos dando a entender que no se metería más con el pretoriano.

—Y ahora, haz el favor de explicarme lo que ha sucedido en ese local en el que estabais.

—Sabía que tenían una ramera que era cántabra. Pensé que Mario querría probarla, por eso de rememorar los tiempos en los que estuvo destinado en Hispania. Aunque él no quería ir, al final le convencí y fuimos a tomar una jarra de vino. Luego él se fue con la prostituta, después de que le consiguiera un buen precio por yacer con ella.

Valerio escuchaba con atención el relato de su subordinado.

—Pasó un buen rato y al ver que no volvía, fui a preguntar a Lucila por él.

—¿Quién es Lucila? ¿La ramera cántabra? —interrogó el centurión.

—No, señor. La mujer que se encarga de las chicas.

—La proxeneta, entonces —afirmó Valerio mientras el soldado asentía.

—Ella me dijo que no podía estar pendiente de todos los clientes de su local. Me dijo que entrara yo mismo para buscar a mi amigo si tan preocupado estaba por él. Así que lo hice. Abrí la cortina de la habitación donde debía estar, pero allí solo estaba la esclava, con las piernas en su pecho y sentada en la cama. Lloraba…, así que pensé que Mario la había montado con fuerza y que le había hecho daño. La dejé allí sin más y seguí buscándole por otras estancias sin poder dar con él. Salí a la calle y pensé que quizá había optado por regresar al cuartel después de que la experiencia no hubiera sido gratificante para él.

—Déjame adivinar —añadió Aurelio—. Tampoco estaba aquí…

Valerio le lanzó una mirada severa a su segundo, que optó por agachar la cabeza en señal de disculpa.

—¿De eso cuanto hace, soldado?

—A finales de la segunda vigilia, centurión —respondió Petronio.

—Ya ha pasado demasiado —reflexionó en voz alta Valerio que estaba preocupado por el muchacho, al que tenía mucho aprecio—. Montaremos tres grupos de cuatro hombres cada uno. El primero, bajo mi mando, irá a la zona del lupanar para ver si hallamos alguna pista sobre el paradero de Mario. Tú vendrás conmigo —dijo señalando a Petronio—. El segundo, lo dirigirás tú, Aurelio. Os encargaréis de barrer toda la zona colindante a la *domus*. No quiero que dejéis un rincón sin remover. Llévate a los hombres que consideres oportunos, y mejor si son oriundos de Roma. El tercero lo pondré bajo las órdenes de Gudrún. Él se encargará de la zona del foro y de los barrios colindantes a dónde le vieron por última vez. Ve a despertarle —le indicó a su *optio*.

Aurelio asintió y salió de la estancia para dar cumplimiento a la orden de su superior. Mientras tanto, el silencio se apoderó por unos instantes de la habitación y Valerio pudo observar como la culpa se dibujaba en el rostro de Petronio. Se le veía afligido y durante la explicación había cambiado el tono de su voz en varias ocasiones. Se puso en pie y se acercó hasta él, colocándole una mano sobre el hombro. Le recordó a cuando Marco desapareció del campamento en Tarraco. Él también debía tener aquella cara de abatimiento, así que empatizó con su subordinado:

—No te preocupes, legionario. Le encontraremos…

—Cómo le haya pasado algo por mi culpa, no me lo podré perdonar en la vida —respondió el soldado conteniendo las lágrimas.

—Es un muchacho fuerte y valeroso. Seguro que simplemente necesitaba que le diera un poco el aire antes de regresar.

—Sabe, señor… Me reí de él esta misma tarde.

—No entiendo a qué te refieres, Petronio.

—Me dijo que estaba en su centuria en las guerras de Hispania —expuso el pretoriano—. Pero se le escapó sin querer el hecho de que no había llegado a combatir contra los cántabros. Yo le propuse ir al lupanar y tomar a una cántabra para resarcirse…

Vaya, se le veía más dolido de lo que parecía. Le había faltado al respeto a su camarada y ahora pensaba que era por su culpa por lo que había desaparecido. Bueno, al menos así lo consideraba él. Y eso era lo importante, en cualquier caso. Sabía, por experiencia propia, lo culpable que se puede sentir un hombre cuando se cree responsable de algo. Por mucho que los que le rodean traten de decirle lo contrario,

la mente es un elemento muy poderoso en esas situaciones.

—Fui irrespetuoso con Mario, centurión. Quise compararle conmigo, y es tan solo un muchacho. Ni siquiera se molestó por lo que le dije.

—No te atormentes más, Petronio. Son los dioses los que guían nuestros pasos y nuestras decisiones. Los mortales nos limitamos a seguir sus designios —afirmó Valerio tratando de consolarle un poco.

—Espero no tener que arrepentirme. No podría vivir con semejante carga. Ya he perdido a buenos amigos en la guerra y no quiero pasar otra vez por la misma situación.

Valerio apartó la mano de su hombro y se dirigió a la puerta. Al cabo de nada, la golpearon de nuevo y aparecieron Aurelio y Gudrún, el jefe de los bátavos. Saludaron y accedieron al interior prestos a escuchar lo que el centurión tenía que explicarles. Casi de inmediato alguien golpeó de nuevo la puerta de la estancia. Se trataba de Salonio, que no dormía muy lejos.

—¿Se puede, caballeros?

Todos se giraron y le observaron. Fue Valerio quien le preguntó:

—¿Te hemos despertado?

—Tengo el sueño muy ligero, ya sabes. He escuchado voces y pasos y he preferido salir a comprobar qué sucedía —aclaró el primer centurión—. Y a juzgar por vuestras caras, no creo que sea nada bueno.

—No lo es, Salonio —acertó a decir Aurelio.

—¿Puedo ayudar? —insistió.

—Por supuesto que sí, entra. Ahora te lo explico todo.

CAPÍTULO LI

—¿Quién eres tú, si puede saberse?

—Soy Próculo, el asistente de Antonio Musa —respondió el muchacho con cara de circunstancia.

Sexto lo miró con detenimiento. ¿Así que ese era el nuevo amigo de Numerio?

—¿Y qué haces aquí a estas horas?

—Me envía Flaminino —respondió de nuevo.

—¿Quién dices?

—Me ha dicho que acudiera a esta casa y preguntara por Rutilio. ¿Es usted? ¿Su tío? —interrogó el muchacho un poco perdido.

Por supuesto. Estaba aún medio dormido y no se acordaba de que el asesino no le había dado su verdadero nombre al joven. Al parecer tampoco le había dicho el suyo. Inteligente.

—Si claro, yo soy Rutilio.

—Su sobrino está en un lío y me envía a buscarle —expuso.

—¿Qué clase de lío?

—Es largo de explicar. Si no le importa seguirme, le llevaré hasta dónde se encuentra.

—Por supuesto —dijo Sexto dándose cuenta de que tenía que ser algo difícil de resolver si no había podido acudir él mismo en persona.

Siguió los pasos del joven durante un buen rato. El muchacho se iba dando la vuelta a menudo para verificar que no le dejaba atrás. El ritmo era casi de carrera, y Sexto tuvo que emplearse a fondo para no perderle de vista. A juzgar por lo rápido que se movía, y por el nerviosismo que había mostrado durante la breve conversación que habían mantenido, todo hacía pensar que algo grave había ocurrido. Y pensar que los esclavos que abrieron la puerta de la *domus* estuvieron a punto de echarle de allí. Si él no se hubiera despertado y hubiera acudido hasta el acceso de la casa, no habría obtenido aquella información. Numerio le había dado un nombre falso al que venía solicitando ayuda, así que ninguno de los siervos sabía quién era ese tal Rutilio, ni tampoco Flaminino. Había usado un nombre que solo ellos dos podían conocer. El del lictor que les ayudó en Tarraco y que acabó cargando con la culpa del ataque a Augusto. Había sido hábil al usarlo, pero se había arriesgado a que nadie le hubiera hecho caso.

—Ya casi estamos… —le dijo el muchacho doblando una oscura esquina junto al Foro Boario, y dirigiéndose hacia la zona de los muelles del Tíber.

—¿Dónde me estás llevando? —preguntó deteniéndose en seco.

—Debe confiar en mí. Flaminino me ha advertido de que tal vez me costaría convencerle.

—No te conozco de nada, muchacho, y pretendes que te siga a un lugar oscuro y poco transitado. ¿Tú que pensarías si estuvieras en mi lugar? —le preguntó Sexto que hacía ya un rato que llevaba sujeto su *pugio* por debajo de la manga de su *paenula*.

—Le entiendo perfectamente, y seguramente ya haría un rato que le hubiera despistado en una esquina cualquiera de la ciudad. Pero debe creerme cuando le digo que Flaminino requiere su ayuda.

—No avanzaré hasta que me des algún detalle más —afirmó Sexto.

—Está bien… Tenemos a un hombre malherido con nosotros, y no sabe bien qué hacer con él. Lo hemos arrastrado hasta uno de los canales de la Cloaca Máxima —explicó el muchacho muy tenso—. Creo que quiere deshacerse de su cuerpo, pero yo no lo veo muy claro. Me ha mandado a por usted para que nos ayude.

—¿Y tú de que conoces a Flaminino? —preguntó haciéndose el tonto.

—Me salvó la vida hace unos días, señor. Tengo una deuda con él, y por eso estoy metido en esto hasta el cuello.

Sexto se alegró de escuchar todo aquello. Se dio cuenta de que el asesino tenía al muchacho justo donde quería. Asintió levemente y le hizo un gesto para que remprendiera la marcha. Se esperaba cualquier cosa de Numerio, pero le puso un poco nervioso lo que le había explicado el ayudante de Musa. No sabía si se trataba de una treta para hacerse con el control de la voluntad del muchacho, o si realmente se hallaba en un problema de ese calibre. Aunque pronto saldría de dudas. Se metieron por una apertura que había en la misma callejuela y que iba a dar al canal subterráneo que se habían construido muchos siglos atrás para drenar las aguas residuales de algunos de los edificios públicos más importantes de la ciudad. Se trataba de un río paralelo al Tíber, que tenía una vasta extensión, y que, según algunos de los más versados de los arquitectos, había sufrido distintas reformas a lo largo de su larga vida. Lo que en tiempos intempestivos fue un canal descubierto, con el devenir de los años, y por una necesidad meramente higiénica, se había ido cubriendo hasta quedar oculto a la vista de los ciudadanos. Eso le había otorgado a la canalización la fama de ser un buen lugar en el que deshacerse de los problemas. Quedaba totalmente fuera de la vista de cualquiera, y las aguas que arrastraba, algunas procedentes de los acueductos y otras de las letrinas públicas o de los baños, desembocaban en el río que daba la vida a la ciudad. Desde allí, todo lo que llevara, iba directo al mar, alejándolo de la vista de cualquiera

y siendo pasto de todos los seres que habitaran las profundidades, tanto fluviales como marítimas.

Allí abajo estaba todo oscuro. No había ninguna antorcha, ni tampoco ninguna *lucernae* para poder iluminarlo. Se movió con cautela mientras descendía, y cuando sus pies tocaron suelo firme, se tuvo que tapar la nariz por el mal olor que emanaba del curso de aquel afluente del Tíber. Estaba convencido de que si su socio había tenido que bajar hasta allí, era porque se había metido en un serio problema. El muchacho recogió del suelo un palo de madera, que debía ser una vieja antorcha, y sacando de su pequeña bolsa de cuero un poco de yesca y pedernal, consiguió prender llama y usar el elemento para iluminar tímidamente el canal. Jamás había estado allí, y cayó en la cuenta del porqué. Era un lugar lúgubre y apestoso. Nadie que no trabajara para el Estado y se viera obligado a hacerlo por el desempeño de su tarea, bajaría. Lo más lógico era que las tareas de mantenimiento que se llevaban a cabo en el subsuelo, fueran encargadas a los esclavos. Ningún ciudadano romano, por muy pobre que llegara a ser, pondría los pies en aquel lugar para estar rodeado de excrementos y suciedad procedente de sus conciudadanos. Era algo humillante.

El joven Próculo, que parecía más espabilado de lo que pensaba, le hizo un gesto invitándole a seguirle. Caminaron un rato, hasta que su guía se dio la vuelta y le dijo:

—Están en el siguiente tramo…

El muchacho avanzó, y él le siguió de cerca para no quedarse en la penumbra y dar un paso en falso que le hiciera caer a esas apestosas aguas. A unos veinte pasos de dónde estaban, se dibujaron dos siluetas. La primera estaba en pie, y la otra recostada contra la pared. Al acercarse se dio cuenta de que uno de ellos era Numerio. Al otro, que presentaba un estado deplorable, no le había visto jamás.

—Ya estamos aquí, Flaminino —dijo el joven al llegar hasta su posición.

—Muy bien, chaval. Te has portado —le respondió con una suave palmada en la espalda.

—Sobrino… —dijo Sexto siguiendo un poco el teatro—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Un ligero contratiempo con el que no contaba, querido tío —respondió Numerio.

—¿Quién es?

—El perro de un amigo común que tenemos.

—¿De Valerio? —preguntó en clave para no llamar la atención de Próculo.

—Sí. Uno de los que nos seguía en el foro hace unos días.

—¿Estás seguro? —interrogó Sexto agachándose y fijándose en el sanguinolento rostro de lo que antes había sido un hombre y ahora no era más que un despojo.

—Completamente. Nos cruzamos en la taberna donde estaba tomando algo con el chaval, y me reconoció. No tuve más opción que dejarle fuera de combate.

—Por lo que puedo ver, casi le matas —añadió Sexto.

—Quizá me haya excedido un poco, pero siendo quién es, no podía arriesgarme a darle ventaja.

—Has obrado bien.

Mientras los hombres conversaban, Próculo los miraba sin saber qué decir. Estaba descolocado, y no sabía a qué se referían. Poco a poco, el temor se fue apoderando de él.

—¿Y para esto me has hecho venir hasta aquí en mitad de la noche? —le preguntó Sexto un poco enojado.

—No sabía que querrías hacer con él. He pensado en deshacerme directamente de su cuerpo, pero después he recapacitado y he llegado al a conclusión de que tal vez preferirías mantenerle con vida para sacarle algo de información. No sabía si matándole me estaría equivocando.

Sexto se llevó la mano a la barbilla. Ya no notaba el pestilente hedor del curso de agua que transcurría a su lado. Aquel contratiempo había captado toda su atención y le había hecho olvidarse de su olfato. Era todo un dilema lo que se le planteaba. Era uno de los pretorianos de Valerio, y la información de que le estaban siguiendo se acababa de confirmar. Aquello los ponía en una situación complicada. Mantener con vida a ese hombre era un riesgo. No le sonsacarían mucha más información de la que ya tenían, en cambio se exponían a infinidad de variables. No disponía de tiempo para consultar a los demás sobre cómo proceder, así que llegó a la conclusión de que era él quien debía resolver aquello de inmediato.

—Mátalo y deshazte de su cadáver. Total, a este desgraciado no le queda mucho tiempo en el mundo de los vivos —afirmó al ver las heridas tan feas que presentaba.

—Está bien, como quieras.

—Pero si le llevamos a mi maestro, él podría curarle —intervino el muchacho dándose cuenta de que no quería participar de aquella macabra acción.

Sexto se giró hacía él y le arrinconó contra la pared. Miró de soslayo a Numerio que se encogió de hombros.

—No he tenido más remedio. Era la única manera de arrastrarle

hasta aquí…

—¿Y contigo que hacemos? —le preguntó Sexto a Próculo que estaba sujetando la antorcha mientras le temblaba la mano.

—Yo no he visto ni he escuchado nada de lo que han hablado. Debe creerme —respondió el aprendiz que tuvo la sensación de que se hallaba en una difícil posición.

—¿Respondes por él, sobrino? —le preguntó al asesino.

—Claro, tío. Es un buen muchacho que además tiene una deuda conmigo. ¿No? —le inquirió directamente.

—Sí… Por supuesto… Una deuda es lo más sagrado que hay.

Sexto se apartó ligeramente de él y se rascó la barbilla. Al cabo de un momento, le miró a los ojos y habló.

—Está bien. Si tú confías en él, yo también. Cuando hayáis acabado con el trabajo, pasaos por casa. Quiero contaros algo —dijo justo antes de cogerle la antorcha a Próculo y llevársela.

Los dos se quedaron en la penumbra, hasta que Numerio sacó otro palo de madera y lo recubrió con un pedazo de túnica que le arranco al hombre malherido.

—Haz llama —le indicó al aprendiz.

El joven tardó un poco más de la cuenta, ya que las manos no paraban de temblarle por el miedo que había pasado. Al cabo de un rato lo logró. Prendió la tela y la luz regresó. Vio el rostro de Flaminino. Había cambiado. Era más duro que antes. Mucho más. El hombre le miraba fijamente.

—A partir de hoy tu vida va a cambiar, joven Próculo. Lo que has visto y escuchado en este lugar es uno de los secretos mejor guardados en esta ciudad. De lo que hagas, dependerá que sigas en el mundo de los vivos, o no. Hay mucho en juego en todo este asunto. El hombre que se acaba de marchar no es mi tío, y mi nombre no es Flaminino…

Aquellas palabras eran muy difíciles de digerir. Próculo pensó que se había metido de lleno en la guarida de un lobo, o mucho peor aún, de un oso. El miedo se apoderó de nuevo de su cuerpo y de su mente. No entendía lo que aquel hombre le estaba contando, aunque solo con mirarle a los ojos se daba cuenta de que iba muy en serio. Tragó saliva y asintió con un leve movimiento de su cabeza.

—Le he dicho que confiaba en ti, y eso ha sido lo que te ha salvado de unirte a ese desgraciado —añadió señalando el cuerpo del hombre herido—. Es un hombre muy poderoso e influyente, y te podría hacer desaparecer en menos de lo que gritas Júpiter. Considérate afortunado por continuar respirando. Eso sí, te aviso ya para que luego no digas que no te advertí… Si percibo el mínimo indicio de duda por tu parte, no tardaré ni un suspiro en rebanarte el pescuezo con mi cuchillo —

expuso mostrándole la hoja reluciente de su arma—. ¿Has entendido, chaval?

—Sí…, lo he entendido… —respondió tragando saliva y temblando más aún.

—Entonces, pongámonos en marcha, y cumplamos con las indicaciones que nos ha dado.

CAPÍTULO LII

—¿Dónde está Lucila?

—¿Quién eres tú? —preguntó el gigantón que estaba en la puerta del local sin amedrentarse ante la presencia de los cuatro hombres.

—Soy el centurión al mando de la guardia de Augusto, y esta es la tercera vez que te pregunto por Lucila —expuso Valerio creciéndose por la gravedad de la situación.

El matón observó cómo dos de los hombres que iban con él, se apartaban la *paenula* hacia un lado y le mostraban las empuñaduras de sus espadas. Aquello pareció convencerle de que no iba a ganar nada si seguía negándose a darle la información que le pedían. Estaba claro que aquellos no habían acudido hasta allí para consumir vino o mercancía femenina.

—Está en el interior. Acompañadme… —respondió con resignación.

El centurión, que iba acompañado de Petronio, Arrio y Salonio, siguió los pasos de aquel muro con patas que se había interpuesto entre ellos y la proxeneta que regentaba el lupanar. Cuando accedieron, observaron que quedaban varios clientes en algunas mesas. Al fondo del local, sirviendo a una de ellas, estaba una mujer de cabello oscuro y pechos prominentes. El gigantón la señaló y les dijo:

—Aquella es Lucila…

Acto seguido volvió a su puesto dejándolos allí. Valerio miró a Petronio, y este le confirmó que era ella. Los cuatro se acercaron, mientras el centurión le hizo un gesto a Arrio para que se encargara de cubrirles las espaldas. El soldado lo entendió, y se quedó rezagado unos cuantos pasos por detrás, oteando a todos los clientes que estaban allí.

—¿Lucila? —preguntó Valerio situándose a escasos tres pasos de ella.

La mujer se dio la vuelta y se los quedó mirando.

—¿Quién lo pregunta?

—Tito Valerio Nerva, centurión de la guardia pretoriana de Augusto —respondió él.

—¿Vienes a por un servicio gratuito de una de mis chicas? —interrogó ella con un gesto de desprecio.

—No me tomes por uno de tus clientes desesperados, mujer —respondió Valerio un poco molesto.

—Pues delante de mí veo a uno de mis clientes que vino a pedirme

un favor para un amigo hace muy poco —añadió la mujer dirigiéndose a Petronio, al que no había duda de que conocía.

Valerio se acercó hasta ella y la sujetó con fuerza por el antebrazo. La mujer, al sentir la presa, dejó caer la bandeja con la jarra y las copas, que se rompieron al golpear el suelo. Dos de los clientes de la mesa más cercana hicieron ademán de levantarse, pero Salonio y Arrio reaccionaron de inmediato y les mostraron las espadas que llevaban ocultas mientras el primero les decía:

—Yo de vosotros ni lo intentaría…

Los dos hombres captaron la indirecta y se mantuvieron sentados en sus taburetes con cara de pocos amigos.

—¡Suéltame, maldito hijo de fulana! —gritó Lucila.

—Hasta que no me digas lo que quiero saber, no te voy a soltar —respondió el centurión haciendo un poco más de fuerza en la presa.

—¡Néstor! ¡Ayúdame! —chilló Lucila hacía el matón que estaba en la puerta.

Este, sabedor de lo peligrosos que era aquellos cuatro hombres, hizo un gesto negando con la mano y salió al exterior del local.

—Nadie te va a ayudar, mujer… Sí me dices lo que quiero saber, te dejaré en paz. Por el contrario, si no respondes a mis preguntas, me encargaré de que cierren este antro de mala muerte y de que te quedes en la calle mendigando. ¿Has entendido?

Lo dijo con tal rotundidad que Lucila se agachó un poco asustada.

—Está bien… ¿Qué es lo que quieres saber?

Aflojó un poco la presa, pero no la soltó.

—¿Recuerdas al hombre que iba con él? —señaló a Petronio.

—Le recuerdo. Entró con Taurennia, una de las chicas que trabajan para mí.

—¿Le viste salir cuando terminaron? —preguntó de nuevo.

—Ya le respondí a él.

—Quiero que me respondas a mí, ahora.

—Ya le dije que no… No puedo estar atendiendo las mesas y pendiente de los clientes que están con las muchachas —respondió.

—Es uno de mis mejores hombres, y no ha regresado a su puesto.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —interrogó Lucila.

—Todo…

—Si alguien sabe algo, esa debe ser Taurennia —agregó la dueña del lupanar—. No sé qué le hizo tu hombre, ya que cuando entró el siguiente cliente, esa salvaje se lanzó contra él y le mordió en la mano como su fuera un animal.

Valerio miró a Petronio, pero este se encogió de hombros dejando claro que no sabía de qué estaba hablando.

—Quiero ver a la esclava ahora mismo —afirmó con rotundidad Valerio.

—No habla nuestra lengua. Todavía está por civilizar —repuso la mujer.

—¿Y cómo te comunicas con ella? —preguntó Salonio interviniendo en la conversación.

—Con gestos me basta, por ahora.

Valerio se dio cuenta de que la barrera idiomática iba a ser una complicación extra con la que no contaban. Lamentó profundamente que Mario no hubiera decidido irse con una mujer que supiera al menos hablar algo de latín.

—Es igual… Será suficiente.

—Es que ahora está con un cliente —dijo Lucila.

Valerio la empujó hacía la zona donde estaban los cubículos mientras la mujer trataba de resistirse. Se frenó en seco y le dijo:

—No tengo tiempo que perder contigo, maldita ramera —le pegó una fuerte bofetada con la mano que tenía libre.

Lucila soltó un grito, pero nadie se levantó a interceder por ella. Había quedado muy claro el mensaje de que quien lo intentara acabaría muy mal parado. La proxeneta se llevó la mano a la mejilla y soltó un par de lágrimas.

—Quiero ver a la cántabra te he dicho. La próxima no será tan suave —la amenazó el centurión.

La mujer asintió levemente, tal vez más dolida en su honor que en su mejilla. Valerio le hizo un leve gesto a Arrio para que se quedará allí cubriéndoles. Los tres accedieron a la parte posterior del edificio.

—Está aquí dentro… Pero está ocupada como puedes escuchar.

Se oían los gemidos de un hombre y el llanto de una mujer al otro lado de la cortina. Soltó del brazo a la mujer y le dijo a Petronio que la vigilara. Le hizo una señal a Salonio, y ambos entraron en el cubículo descorriendo la cortina de lino. Sorprendieron a un hombre que estaba de espaldas, montando a una mujer que estaba a cuatro patas. La sujetaba con fuerza por el pelo y le azotaba las nalgas con violencia. Este, al notar la presencia de intrusos, se dio la vuelta y gritó:

—¡Fuera de aquí malditos mirones, hijos de mala madre! ¡Esperad vuestro turno u os mataré yo mismo con mis manos!

Valerio miró a su superior, y este agarró a aquel desgraciado por el cuello y lo arrancó de la postura dominante que tenía sobre la esclava. El tipo tenía el miembro erecto todavía y fue incapaz de reaccionar. El primer centurión lo lanzó contra la pared de su diestra con violencia. Se golpeó el hombro e hizo ademán de lanzarse contra él. Salonio no

dudó un instante y le propinó un fuerte puñetazo en la cara que le derribó. Mientras la mujer, al sentirse libre de la violenta montura se tapó con su túnica y se echó contra la pared, cubriéndose la cara con miedo.

—Tranquila, muchacha… —le dijo Valerio haciendo gestos con sus manos para que se calmara—. No hemos venido a hacerte daño. Tan solo queremos hablar contigo…

Ella seguía muy asustada, ya que no comprendía que estaba pasando allí. El cliente, se llevó la mano a la cara y se limpió la sangre que le emanaba de la nariz.

—¡Me la has roto, pedazo de animal! —le gritó a Salonio mientras se incorporaba.

El primer centurión no respondió.

—¡Maldito hijo de Plutón! ¡No sabes quién soy yo! ¡Te vas a arrepentir toda la vida de esto!

—¿Quieres más? —le preguntó acercándose y alzando el puño.

El tipo reculó un par de pasos hasta topar con la pared, mientras hacía un gesto con las manos indicando que lo había entendido. El miserable seguía con el falo erguido. Salonio le gritó:

—¡Coge tu ropa y lárgate de aquí de inmediato, escoria, si no quieres que el próximo golpe sea con la espada!

El hombre obedeció mientras pasaba por delante de Lucila, que le pidió disculpas de inmediato:

—Lo lamento mucho, Terencio… La próxima vez que vengas, invita la casa a una jarra y a un servicio.

—Encima cachondeo —respondió el aludido—. En mi vida voy a regresar, perra. Ya me encargaré de que se sepa cómo tratas a tus clientes… ¡Que todos los dioses te maldigan, zorra! —gritó antes de desaparecer de la vista de los soldados.

Salonio no pudo evitar soltar una carcajada. Valerio en cambio, estaba serio, intentando comunicarse con la chica, que seguía estando asustada.

—Imposible…

Se giró hacía Lucila y le preguntó:

—¿Y ahora qué? ¿Cómo lo hago?

—¿Y a mí me lo preguntas? ¿Después de lo que le habéis hecho a Terencio? —le recriminó la proxeneta.

—Ha actuado como un estúpido, y le ha obligado a defenderse. Ni más ni menos —justificó el centurión.

—Solo me faltaba que comenzaran a hablar mal de mi negocio…

—Esto es lo menos que puede pasarte —añadió Valerio volviéndose hacía ella—. Y ahora comunícate con ella y dile que

necesito saber qué pasó con mi hombre.

—¿Y qué le pregunto? —dijo más sumisa Lucila.

—Dile si sabe algo de Mario.

Al escuchar aquel nombre, la prostituta alzo la vista y pronunció el nombre del soldado de nuevo. Valerio se dio la vuelta y se acercó lentamente hacía ella. Se arrodilló delante y le preguntó:

—¿Conoces a Mario?

—Mario… Mario… —dijo ella con una sonrisa.

—Sabe de quién hablo.

Trató de preguntarle de varias formas distintas, pero no obtuvo más respuesta que la repetición infinita del nombre del pretoriano.

—Sabe algo, pero no la entendemos. Lo veo en sus ojos —le dijo a Salonio.

—Yo también lo creo, amigo.

Estaban muy cerca, pero no había manera de saberlo. Fue entonces cuando Salonio le dijo:

—Se me está ocurriendo algo, Valerio.

El centurión se incorporó y se quedó mirando a su amigo y superior.

—Tengo un viejo amigo que sirvió conmigo en el ejército. El prefecto de la *legio* IX. Lucio Galerio Barbato. Él era de Roma y cuando se retiró del servicio el año pasado me dijo que regresaba a la ciudad a vivir una plácida y cómoda vida con todo lo que había ganado en sus largos años cómo militar.

—¿Y qué significa eso, Salonio? ¿De qué puede servirnos?

—Sé que se trajo un considerable número de esclavos con él. Se hizo rico con la guerra y es muy probable que entre ellos alguno pueda ayudarnos a entender a esta muchacha. Al fin y al cabo, es de su pueblo —explicó el *primus pilus*.

—Esa es una gran noticia. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Se me acaba de ocurrir —respondió encogiéndose de hombros.

Valerio se giró hacía Lucila, y le preguntó:

—¿Cuánto por la muchacha?

La proxeneta no supo muy bien qué decir:

—¿Mil quinientos sestercios? —le preguntó.

—Es una cantidad muy elevada —dijo Salonio.

—Es una de las rameras más solicitadas. Eso es lo que me daría en beneficios en un par de años. Creo que es justo lo que os pido, si es que voy a prescindir de ella.

Valerio miró a su superior y asintió.

—Está bien, pero no llevamos tal cantidad de monedas encima para pagarte ahora.

—Entonces se queda aquí.

Valerio les pidió a sus hombres todas las monedas que llevaran encima. Entre los cuatro pudieron reunir doscientas monedas. Se las entregó a Lucila.

—Esto es un adelanto del precio. Te he dicho mi nombre y quién soy. Te prometo por lo más sagrado que te daré el resto mañana mismo, sino que me parta un rayo del mismísimo Júpiter ahora mismo.

Todos miraron hacía el techo del edificio. La mujer pareció conformarse con la bolsa de monedas, que seguro que eran un pago muy generoso.

—Está bien, acepto. Pero cumple tú palabra centurión. Lo has jurado ante el padre de los dioses.

—Sabes dónde encontrarme si no lo cumplo, mujer. Envía a alguien mañana para que cobre el resto.

Hizo un gesto a Petronio para que cogiera a la esclava cántabra. Se acercó con cautela y le puso su capa por encima de los hombros mientras la ayudaba a levantarse. Los cuatro soldados y la mujer abandonaron el lupanar. Valerio se fijó en el rostro de la muchacha. Estaba contenta y observó como algunas lágrimas brotaban de sus ojos. Por un momento pensó que la pobre estaba allí por culpa de hombres cómo él. Soldados que habían llevado la guerra a sus lejanas tierras y que habían acabado con miles de sus compatriotas y habían esclavizado a muchos otros. Se sintió responsable de las penalidades que habría tenido que pasar la pobre. Se acercó un poco a ella y le dijo en voz muy baja:

—Lo siento mucho… Te pido perdón en nombre de Roma.

La mujer sonrió por primera vez al saberse liberada de aquella profesión. Tal vez no era consciente de que su condición no había cambiado lo más mínimo. Quizá creía que ellos habían acudido allí en nombre de Mario, al que estaba claro que conocía, para rescatarla. Se le pasó esa idea por la cabeza por un momento.

—¿En qué piensas? —le preguntó Salonio sacándole de sus reflexiones.

—En nada…

—Si no te conociera lo suficiente diría que algo dentro de ti clamaba por salvar de su destino a la esclava.

—Tal vez sea eso, Salonio. En parte somos responsables de lo que les ha sucedido —indicó el centurión.

—Ellos tuvieron la oportunidad de someterse voluntariamente a Roma y no quisieron. No tenemos la culpa de lo que les ha ocurrido. Es el precio de la guerra, muchacho.

—Sí, es cierto… Imagino que hay cosas que no dependen de nosotros.

—Eso es.

Lo que pensara él no importaba. Roma era una máquina de conquista, y todo lo que se oponía a su avance acababa siendo absorbido sin más. Por mucho que él lamentara ese tipo de actuaciones, su superior tenía toda la razón. Optó entonces por centrarse en el asunto que más les urgía.

—¿Dónde vive el prefecto Galerio? ¿Lo sabes?

—Me dijo que la casa de su familia estaba en la zona del Aventino, muy cerca del templo de Juno Regina. ¿Sabes dónde es? —interrogó Salonio.

—Me suena de algo, pero no he estado nunca por aquella zona. Esta ciudad es enorme y no conozco aún todos los rincones.

—¿Y tú Petronio? ¿Conoces la zona? —interrogó de nuevo el primer centurión.

—Si, por supuesto, está justo al lado de dónde se celebra el *armislutrium* todos los días 19 de octubre. Es una de las ceremonias más antiguas en las que participan los legionarios.

—¿Tú eres de aquí? —preguntó Salonio.

—No, señor, pero tuve la oportunidad de participar en la celebración de hace cuatro años, justo antes de marchar para el *limes*. Jamás había tenido el honor de intervenir en semejante rito.

—Es de los más antiguos, según me han explicado —intervino por primera vez Arrio—. Mi primo también participó en él hace algún tiempo y me explicó cómo los legionarios danzaban con las armas encima al compás de las trompetas. Las armas deben ser purificadas cómo manda la tradición —agregó el soldado.

—A ver si los dioses nos permiten participar en alguna ocasión —dijo Salonio.

—Ellos son los que deciden. Pero por ahora tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos. Espero que tú amigo esté en la ciudad y nos pueda recibir. Es bastante tarde.

—No dudes que lo hará. Y más si se trata de un tema en el que hay un hermano de armas implicado.

—Confiemos en su buena voluntad —sentenció Valerio mientras se encaminaban hacía su destino.

CAPÍTULO LIII

Estaba totalmente aturdido. Había notado como le sujetaban por ambas axilas y le arrastraban de la misma manera que a un fardo. Por momentos recuperaba la conciencia y el sentido, aunque era por poco tiempo. Se sentía agotado y todos los músculos de su cuerpo pesaban como si fueran de plomo. La única manera en la que hallaba reposo era cerrando los ojos y descansando. Soñó con todos sus compañeros, y con los oficiales Aurelio y Valerio. Se le aparecieron para recordarle cuáles eran sus obligaciones. Estaban enfadados aún por lo del tema de la vigilancia, y no paraban de recriminarle su error. Pero estaba él solo. No veía por ninguna parte a su amigo y compañero Petronio. No veía el rostro del veterano, pese a que intuía que estaba cerca. Él era el único que sabía dónde estaba en aquel momento. Al final de esos sueños siempre aparecía una sombra con forma humana que se abalanzaba sobre él con extrema violencia. Era entonces cuando recobraba el sentido y entreabría el único ojo por el que podía ver algo. En el último despertar, todo lo que le rodeaba había cambiado. Estaba apoyado contra una pared, y escuchaba de fondo el fluir de las aguas de un rio. Todo estaba muy oscuro, así que pensó que ya había muerto y estaba esperando su turno para cruzar uno de los cinco ríos que componían el reino de Plutón. Aquello le asustó, o al menos sirvió para que se espabilara un poco, ya que aún no estaba dispuesto a perder su esencia. Tenía muchas cosas que hacer. Tenía que proteger a Augusto, servir con lealtad a sus oficiales y, sobre todo, volver a ver a Taurennia. La esclava que le había hechizado con aquellos ojos oscuros.

Lejos de estar muerto, se dio cuenta de que cerca de él había tres figuras. Una de ellas, la que parecía más joven, portaba una antorcha y hablaba con las otras dos. Uno de ellos era el mismo que le había agredido con tal brutalidad que le había dejado fuera de combate sin posibilidad de defenderse. El otro era un hombre adulto, con una poblada barba y un bigote también descuidado, pero al estar de perfil no pudo verle bien. Estaban discutiendo por algo, y por lo que pudo captar de la conversación hablaban de deshacerse de él. Sintió una punzada de dolor en el pómulo izquierdo y trató de llevar su mano a la zona afectada para poder palpar cómo estaba. Pero cualquier movimiento le suponía un esfuerzo sobrehumano. Justo en ese instante escuchó con claridad cómo el más joven instaba a los otros dos a llevarle hasta su maestro para que le curara las heridas. Mario intentó levantar la mano pidiendo ayuda, pero era imposible. Su

cuerpo no respondía a las órdenes que su cabeza le transmitía. Balbuceó unas palabras, pero le dolía tanto la mandíbula que articularlas le suponía un tormento. Fue entonces cuando el hombre de la barba apoyó al muchacho contra la pared y le dijo algo que no pudo entender. Al cabo de poco le arrancó de la mano la antorcha y se fue con ella, sumiendo el lugar en el que estaban en una oscuridad terrible.

La luz volvió a hacerse, y vio cómo el hombre que le había dado aquella brutal paliza conversaba con el joven. El dolor regresó de nuevo y los párpados comenzaron a pesar más que nunca. Quería aguantar despierto, pero el cansancio se iba apoderando de todo su ser. Pensó que lo mejor que podía ocurrirle era apagarse de una vez por todas. Al fin y al cabo, aquellos dos iban a enviarle al reino de los muertos con más dolor, si es que eso era posible. Pensó en su familia. Dos lágrimas brotaron de sus ojos al acordarse de ellos. Si hubiera hecho caso a su progenitor, ahora no estaría en aquella situación. Se arrepintió de haber tomado la decisión de enrolarse y marcharse de Sicilia. Deseó con todas sus fuerzas, las pocas que le quedaban, poder regresar atrás en el tiempo y obrar de una manera distinta. Solo deseaba haberse podido tragar el orgullo y las ganas de hacer otra cosa que no fuera trabajar la tierra de sol a sol. Vio a su madre y a sus hermanos… Luego vio a sus compañeros de contubernio, a los de la centuria, y a los de la guardia del pretorio. Todos le saludaban como si se estuvieran despidiendo de él. Había llegado la hora de hacer el viaje. Querría haber hecho muchas cosas más. Le habría gustado poder saborear otros placeres de la vida, pero eso ya iba a ser imposible. Los dioses le reclamaban y ya no había vuelta atrás. Se dejó llevar y no opuso ninguna resistencia. Se sintió reconfortado en el último aliento de su corta vida…

* * * * *

—¿Habéis hecho lo que os ordené?

—No ha sido necesario… Ha muerto solo —respondió Numerio.

—Bien, ¿y el cadáver? —interrogó Sexto.

—A estas horas debe estar flotando ya en las aguas del Tíber, camino del mar.

Próculo todavía estaba nervioso. Le temblaban las manos. No había tenido que participar en el asesinato de aquel hombre, pero se sentía igual de responsable que el que lo había hecho. Se había metido en un buen lío del cual le iba a costar mucho poder salir. Quién iba a decirle que aquel que le había salvado la vida, y que le había explicado aquella historia sobre legionarios retirados, no era más que un vulgar

asesino que trabajaba para otro. Había visto y había oído demasiado para que le dejaran vivir. Era consciente de que su destino iba a ser el mismo que el de aquel pobre miserable que había sido lanzado a las aguas de la Cloaca Máxima. Pese a haberse salvado de las garras de la muerte hacía relativamente poco, los dioses tenían todo planeado. No se iba a escapar de morir. Tan solo había podido ganar algo de tiempo. Había acompañado a aquel hombre hasta la casa a la que había acudido él mismo hacía tan solo un rato. No le había quedado más remedio, ya que, de haberse negado, su cadáver estaría acompañando al del otro hombre en aquellos momentos. Todavía no comprendía porqué le habían perdonado la vida. Si lo que tenían entre manos era tan importante como decían, lo más lógico habría sido eliminarle y ahorrarse problemas.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me has mandado llamar tan pronto? —interrogó un hombre que apareció por la puerta de aquella magnífica biblioteca.

—Verás, hemos tenido un pequeño contratiempo. Pensé que querrías saberlo —respondió el hombre al que había acompañado hasta la cloaca.

—¿Quién es este joven? —volvió a preguntar el recién llegado.

—Es el aprendiz de Musa, Próculo.

—¿El *medicus* de Augusto? —inquirió incrédulo de nuevo el hombre.

—Sí.

El hombre sujetó por el brazo al otro y le invitó a salir de la biblioteca. Él se quedó allí con Flaminino, o quién fuera en realidad. Este no apartaba la vista de él ni un solo momento. Le estaba vigilando desde que salieron del canal. Siempre atento. Tal vez hubiera sido legionario alguna vez, pero ahora estaba claro que no era más que un matón a sueldo. Habían llegado al amanecer a la *domus*, y con la luz del día, había podido apreciar que era una de las más lujosas de la colina. Sin duda debía pertenecer a un hombre importante. Tal vez a un caballero o incluso a un senador. Y a juzgar por cómo estaban yendo las cosas, el recién llegado debía ser el propietario de la misma.

—¿Vais a matarme no? —se atrevió a preguntarle a su custodio.

—Ya te he dicho antes que depende exclusivamente de ti, chaval.

—No sé quiénes sois, ni en qué andáis metidos, pero algo me dice que no me conviene demasiado juntarme con gente como vosotros.

—Esa no es la decisión más inteligente que puedas tomar. Tómate esto como un consejo… Esos hombres que están ahí fuera, se juegan mucho con todo esto, así que lo más lógico es que estén discutiendo

en estos momentos sí matarte o no. Yo me limito a cumplir órdenes, como has podido ver. En cualquier caso, me caes bien. Veo que eres un joven con capacidades que puede sacar algo de provecho de esta situación. Tienes potencial, así que debes obrar con astucia e inteligencia en este momento. Estás aquí y respiras porqué he dado la cara por ti. No me decepciones…

Toda una declaración de intenciones. Pero, ¿qué podía ofrecerles él a esos hombres para salvar la vida? Ni siquiera los había visto antes… No tenía demasiadas esperanzas en salir con vida de aquella tesitura, pero el matón aquel le estaba insistiendo en que podía salir de una pieza. No entendía a qué se refería, aunque no tardaría demasiado en salir de dudas. Los dos hombres volvieron a entrar en la biblioteca.

CAPÍTULO LIV

Ya estaba amaneciendo, pero no por ello se detuvieron. Avanzaron hasta la zona de la ciudad en la que debía estar la casa familiar del antiguo prefecto de la IX con paso raudo. Apenas había gente por las calles, así que les costó bastante poco llegar hasta el templo de Juno Regina. Había muchas casas desperdigadas por las amplias calles que componían aquella región de la *Vrbs*, así que decidieron no perder más tiempo y llamaron a la puerta de la primera que encontraron. Pasó un rato hasta que un hombre se asomó por una apertura de la misma:

—¡Por todos los dioses! ¡¿Quiénes sois y por qué golpeáis la puerta de la casa de mi amo a estás tempranas horas?!

Era un esclavo por la manera en la que dijo aquellas palabras:

—¡Salve! ¡Soy Publio Salonio Varo, *primus pilus* de la *legio* IV Macedónica, y busco al prefecto Lucio Galerio Barbato! —afirmó con contundencia.

—Esta no es su casa, centurión —respondió el esclavo bajando un poco el tono de voz al tener delante a un oficial de alta graduación.

—¿Entonces dónde le puedo encontrar?

—Tienes que caminar doscientos pasos más hacía arriba y, cuando veas una casa con una enorme higuera en su jardín, que te quedará a tu diestra, cuenta dos más, y la tercera pertenece al hombre por quién preguntas.

—Gratitud —respondió Salonio levantando la mano y despidiéndose.

Se giró hacia sus acompañantes y les dijo:

—Seguidme. Ya sé dónde encontrar a Galerio.

Las indicaciones del esclavo fueron precisas. Salonio golpeó a la puerta de la casa con contundencia y esperó a que alguien saliera a abrirla. Al igual que en la anterior, se descorrió una pequeña hendidura en la puerta y una cara apareció para preguntar:

—¿Qué desea?

—¡Salve! Quiero ver al prefecto Galerio.

—¿A estas horas? ¿Acaso tiene alguna cita con él? —interrogó el hombre.

—No la tengo, pero es un asunto urgente.

—El *dominus* está descansando a estas horas, y no acepta visitas hasta la *hora tertia* —indicó el esclavo antes de cerrar el pequeño portón de un golpe seco.

Salonio se quedó perplejo ante aquella contestación. Observó a los que le acompañaban y golpeó de nuevo la enorme puerta de madera

mucho más fuerte al menos diez veces. Valerio se quedó mirando a Arrio, que no supo bien qué decir, tan solo se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

—¿Otra vez? —preguntó el esclavo con cara de pocos amigos al abrir de nuevo y asomarse.

—Y seguiré golpeando esta puerta hasta que no despiertes a tu amo y le digas que Publio Salonio Varo está aquí y quiere verle con urgencia.

—Ya le he dicho que eso no va a ser posible.

En un alarde de rabia, Salonio metió la mano por el hueco del portón y agarró del cuello al esclavo golpeándole contra la misma puerta, mientras le repetía a voces:

—¡Escucha bien trozo de mierda! ¡Te he dicho que llames a tú amo de una maldita vez! ¡O le despiertas o te destrozo la cabeza a golpes contra la puerta! ¡Seguro que cuando escuche como tus sesos se estampan contra ella, se despierta y viene!

—¡Está bien, *dominus*! —gritó el siervo desde dentro dándose cuenta de que aquella amenaza podía llegar a cumplirse.

Valerio le puso la mano en el hombro a su amigo y le dijo:

—¡Suéltale, Salonio! ¡Te está diciendo que ahora le avisa! ¡Si no le dejas, no podrá hacerlo!

El primer centurión soltó la presa y se relajó. Se dio la vuelta y observó cómo todos los presentes, incluida la esclava cántabra, le miraban un poco asombrados. Se encogió de hombros y dijo:

—Es la mejor manera de ser persuasivo…

Al cabo de un rato, el pasador de la puerta se abrió, y se escuchó una voz a lo lejos:

—¡Publio Salonio Varo! ¡Viejo zorro! ¡Veo que al final has decidido venir a verme!

Un hombre vestido con una túnica de color verde y con unos ribetes amarillos, emergió del otro lado y se lanzó a los brazos del centurión, que no dudó en responder con la misma efusividad.

—¡Salve, Lucio Galerio Barbato! ¡Pensaba que tendría que tomar al asalto tu casa para sacarte de ella!

—Solo ver la cara de pánico con la que ha acudido mi esclavo, he pensado que la cosa iba en serio. Solo un tipo como tú puede asustar a alguien de esa manera. Veo que sigues siendo tan duro como siempre —añadió soltando una carcajada.

—Y a ti te veo un poco más gordo —le respondió Salonio soltando una sonora carcajada mientras le tocaba la panza con cariño.

El otro hombre rio tan, o más fuerte que él, ante aquella ocurrencia. Le aferró con más fuerza mientras le daba dos besos en

ambas mejillas. Se podía apreciar que le tenía en gran estima.

—Disculpa mis bruscos modales de soldado…, pero la necesidad apremiaba y por eso me he visto obligado a actuar con tanta contundencia —se disculpó Salonio cuando le dejó algo de espacio para poder respirar.

—No hay nada que perdonar. Ya te dije cuando estábamos en Hispania que mi casa era la tuya, y me reitero en tal afirmación. Mucho has tardado en venir a verme, amigo —dijo el antiguo prefecto —. ¿Y estos que te acompañan quiénes son?

Salonio le presentó a todos y le expuso sin entrar en demasiados detalles el motivo por el que habían acudido a verle sin cita. No le dijo nada acerca de la conjura, ya que no quería implicar a nadie más en el asunto que les concernía a ellos, y menos a un hombre cómo aquel, que ya había dado casi toda su vida a Roma. Habría sido muy injusto pedirle aún más, porqué estaba convencido de que, si se lo hubiera contado todo, no habría dudado ni un instante en inmiscuirse. Aquella era la naturaleza de su amigo, y sabía que había sido, y sería leal a Augusto toda su vida. Ya lo había demostrado en varias ocasiones, así que optó por pedirle simplemente ayuda en el asunto de la esclava cántabra.

Galerio, había servido en las legiones desde muy joven, fue consciente de inmediato de la gravedad de los hechos, y los invitó a pasar a su *domus*. Mientras caminaban, les comentó que disponía de cuatro esclavos y seis esclavas de origen cántabro. Dos de ellos hablaban perfectamente el latín, ya que se lo había enseñado él personalmente cuando llegaron a Roma. Aquello arrojó algo de luz a la oscuridad en la cual se habían estado moviendo hasta entonces e hizo que la esperanza de poder encontrar a Mario volviera a emerger. Mientras esperaban a que su anfitrión regresara con los esclavos, les ofrecieron algo de comer y beber. Todos aceptaron gustosos, ya que, con el ajetreo de toda la noche, no se habían dado cuenta de que estaban sedientos y hambrientos. Incluso le dieron algo de comer a la muchacha, que aceptó confiada el ofrecimiento. Seguro que aquello era lo mejor que había comido en meses.

—Gratitud, Salonio… —acertó a decir Valerio.

—No es nada. Tú habrías hecho lo mismo por mí, o por cualquiera de estos hombres —respondió señalando con la vista a los demás.

—Imagino que sí.

Le dio un bocado al pan de centeno que había arrancado y lo saboreó. Observó a Petronio, que no comía nada. El pretoriano se había mantenido callado desde que abandonaron el lupanar. Le preocupaba que aquel hombre se sintiera responsable de lo sucedido,

aunque podía empatizar con él y comprender que su estado de ánimo fuera de decaimiento.

—No has probado bocado, soldado —le instó entonces.

—No tengo apetito, señor.

—No conozco a ningún legionario que rechace semejantes manjares —soltó Salonio tratando de ayudar y siendo consciente de que algo le sucedía a aquel guardia.

—Lo cierto es que está muy bueno este queso —señaló Arrio que estaba dando buena cuenta del alimento.

—Moja algo de pan en el vino —le indicó el centurión a su subordinado.

El hombre obedeció como si se tratara de una orden. La masa de centeno se ablandó rápidamente y se la llevó a la boca. De esa manera se quedó más tranquilo. Sabía que no podía obligarle a comer, pero no estaba dispuesto a que se dejara. Su deber como oficial al mando era velar por la salud y el bienestar de sus hombres. Era lo menos que podía hacer y lo que él habría esperado de los que un día fueron sus jefes. Fue entonces cuando apareció el prefecto Galerio, acompañado de un hombre y una mujer. Los dos eran esclavos, ya que iban detrás de su amo con la cabeza gacha. Las placas que colgaban de sus cuellos, con las pertinentes inscripciones, también indicaban cuál era su condición.

—Estos son Arnua y Pentio, dos de mis esclavos cántabros. Ellos hablan nuestra lengua y podrán ayudaros a traducir lo que la muchacha tiene que decir.

Los dos esclavos se adelantaron e hicieron una reverencia.

—Los has enseñado muy bien, Galerio —dijo el *primus pilus*.

—Me ha costado lo suyo. Perdí a varios de los que me traje en la travesía, y dos lograron escapar. Al resto tuve que disciplinarlos para que entendieran quién era el que mandaba. Son gente de espíritu indomable. Qué te voy a contar que no sepas, amigo.

—Cierto. Gente valiente y dura. Nos pusieron las cosas difíciles durante la guerra, y posteriormente en el levantamiento que llevaron a cabo —recordó Salonio.

—Siempre que recuerdo aquellos tiempos me entra la nostalgia. No me acabo de acostumbrar a esta vida ociosa. Llevar un campamento era todo un reto, y me hacía sentir vivo.

—Siempre puedes volver a pedir el reenganche. Un hombre de tu experiencia no tendría problemas para encontrar una legión en la que servir —le dijo su amigo.

—Ya estoy demasiado mayor para eso, Salonio —sonrió agradeciendo el elogio—. Además, con la situación controlada en

Hispania, me mandarían a la frontera del Rin, y por lo que me han dicho, allí hace mucho frío. La lluvia te cala los huesos y los míos ya no están para esos trotes.

—En Iliria no se está tan mal, señor —intervino Petronio.

—¿Has servido allí, legionario? —preguntó el prefecto.

—Tres de los doce años que llevo enrolado.

—Me han hablado bien de esa región, aunque de momento es algo inestable por lo que tengo entendido —expuso Galerio.

—Cierto, aunque hace menos frío que en el Rin —señaló el pretoriano.

Valerio sonrió al ver que al menos su soldado había intervenido en la conversación. Tal vez con la llegada de los esclavos, había recuperado algo la esperanza de poder encontrar a Mario y resarcirse de su sentimiento de culpa.

—Será mejor que dejemos estas conversaciones de militares para más tarde. Ahora lo importante es averiguar qué es lo que sabe esta muchacha de tu hombre —dijo Galerio acariciándole la cara a Taurennia.

La esclava se dejó hacer sin más y esbozó una cálida sonrisa. El prefecto le indicó primero a Arnua que le preguntara a su compatriota algunos datos sobre ella. Conversaron en una lengua que sonaba muy extraña a oídos de un romano. Al cabo de un momento, la esclava comenzó a decir:

—Se llama Taurennia, *dominus*, y es de la tribu de los salaenos. Fue capturada hace ya varios años y vendida a un mercader de esclavos que la trajo hasta Roma. Aquí fue comprada por la dueña del lupanar en el que la encontraron tus invitados, pero ahora que ya es libre está muy contenta y feliz y desea regresar a nuestra patria.

—¿La habéis liberado? —preguntó Galerio a sus interlocutores.

—La hemos comprado a su dueña, pero no la hemos manumitido —respondió Valerio.

—Pues parece que la muchacha cree que es libre —dijo soltando una carcajada el antiguo prefecto.

—Dejemos eso para después… Ahora nos urge saber si puede darnos algo de información sobre Mario. Pregúntale —ordenó el centurión a la esclava que hacía de interprete.

—Sí, *dominus*.

Arnua intercambió una serie de frases con Taurennia y al cabo de poco les expuso:

—Dice que esta noche ha estado con un hombre que le dijo que se llamaba Mario. La trató con mucho respeto y educación. Es el primer hombre que lo hace desde que llegó al lupanar. Dice que fue algo

especial y que se dio cuenta de que él también había sentido algo por ella… Intentó retenerlo para que la ayudara a salir de allí, pero que él se marchó sin más, dejándola muy triste y abatida.

—Ese es Mario, no hay duda —añadió Petronio con una sonrisa.

—Pregúntale si le vio marchar y si puede darnos algo de información que nos ayude a encontrarle. Ha desparecido y no sabemos nada de él desde hace ya demasiado —le ordenó de nuevo Valerio.

La esclava del prefecto asintió e inició de nuevo una conversación larga con la muchacha. Esta comenzó a hacer gestos y aspavientos que antes no hizo, y eso llamó la atención de los presentes. No entendían lo que explicaba, pero a juzgar por sus movimientos debía de tratarse de algo importante. La cara de Arnua era de sorpresa y congoja, por lo que ellos se temieron algo malo.

—¿Qué es lo que te está diciendo? —preguntó con ansía Valerio.

Arnua le hizo un gesto a Taurennia para que se calmara mientras ella traducía eso a los invitados de su amo.

—Dice que un rato después de que Mario se marchara escuchó voces de hombres en la parte posterior del recinto. Se asomó y vio a dos, uno joven y uno más mayor discutiendo acaloradamente. Contra la pared, apoyado había un cuerpo que presentaba sangre y golpes en la cara… Era Mario.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Petronio—. ¡Sabía que le había ocurrido algo para que no regresara! ¡Tendría que haber ido a buscarle! —se maldijo a él mismo golpeándose el pecho con fuerza en varias ocasiones.

—¡Tranquilízate, soldado! —le ordenó Salonio.

—¡Me he comportado cómo un estúpido! —se lamentó de nuevo el pretoriano—. ¡Yo le llevé hasta el prostíbulo y le obligué a que se fuera con la ramera!

—Pregúntale si vio a esos hombres. Y, sobre todo, quiero saber si Mario estaba vivo cuando lo vio por última vez —instó Valerio.

De nuevo las mujeres comenzaron a hablar y cuando parecieron terminar, Arnua se giró hacia ellos para exponerles el contenido de la conversación.

—Le vio la cara a uno de ellos. El muchacho más joven y cree que se llamaba Próculo. Al menos así era cómo le llamó el otro, *dominus*.

—¿Estaba vivo entonces? —preguntó Petronio acercándose hasta Taurennia y agarrándola con fuerza por los brazos justo antes de zarandearla.

La esclava cántabra se asustó, y Arrio y Valerio tuvieron que intervenir para apartar al soldado de ella.

—¡La estás asustando, legionario! —le regañó su superior—. ¡Sé que no son las noticias que esperábamos recibir, pero todavía necesitamos saber más, y si la tratas de esa manera, no hablará!

Petronio, entendió a la perfección lo que su superior le estaba recriminando y se apartó de la joven mientras ponía cara de circunstancia.

—Dile que perdone a mi hombre, pero es que Mario es su mejor amigo y está muy preocupado por él.

La esclava le hizo saber aquello a Taurennia, que asintió levemente aceptando las disculpas del oficial en nombre de su subordinado.

—¿Qué más te había dicho? —la instó a continuar.

—Dice que observó cómo se lo llevaban a rastras del callejón, pero que aún estaba vivo —expuso la esclava.

—¿Está diciendo la verdad tú esclava? —interrogó Salonio a su amigo.

Galerio le preguntó al esclavo si todo lo que había traducido hasta el momento su compañera era cierto. El hombre afirmó que sí, con rotundidad.

—No es mucho, pero ya es más de lo que teníamos —dijo Salonio.

—Pregúntale si reconocería a ese hombre si le viera —indicó Valerio a la traductora.

—Sí. No olvidaría esa cara, aunque pasaran cien años —tradujo Arnua después de conversar con Taurennia.

Valerio miró a Salonio y a sus hombres y dijo:

—Arrio, lleva a la muchacha a la *domus* y déjala en mis aposentos. Encárgate de que nadie hable con ella. Proporciónale algo de comer y beber y uno de los vestidos de mi esposa.

El legionario obedeció.

—Sé que es abusar de tu confianza, prefecto, y que no me conoces de nada, pero, ¿sería demasiado pedir que me prestaras a uno de tus esclavos para ayudarme con la traducción de lo que tenga que contarme? —interrogó el centurión.

—Puedes llevarte a Arnua y emplearla cómo gustes. Los amigos de Salonio, son también mis amigos, centurión Valerio. Cuando todo esto pase, ya me la devolverás.

—Gratitud —respondió con una sonrisa y alargándole el brazo en forma de saludo.

—¡Que todos los dioses velen por tu salud, viejo amigo! —exclamó Salonio abrazándose a Galerio.

—Lo mismo te deseo a ti, Publio Salonio Varo. Y que podáis encontrar a vuestro hombre y darle su merecido a los que le han hecho daño. Cualquier cosa que requiráis, sabed que podéis contar con

mi ayuda. Y espero que la próxima vez que nos veamos sea en unas circunstancias distintas.

Todos los presentes se despidieron de su anfitrión. Arrio se llevó a las dos esclavas hacia casa de Augusto, mientras ellos tres se pusieron en marcha para seguir buscando a Mario.

—¿Por dónde comenzamos a buscar? Debe haber centenares de Próculos en Roma —se encogió de hombros Salonio.

—Eso siempre y cuando sea su verdadero nombre —apuntó Petronio.

—Si le dieron una paliza y se lo llevaron de allí, es que vio o escuchó algo que no debía —matizó Valerio—. Y si lo arrastraron seminconsciente era porqué lo siguiente que planeaban era deshacerse de él.

Los dos hombres le miraron con atención, aunque sabían que ese debía ser el siguiente paso por lógica.

—¿Dónde irías a hacerlo? —preguntó Valerio.

—A la Cloaca Máxima…

CAPÍTULO LV

—Y bien, ¿qué es lo que respondes?

Próculo se había quedado de piedra al escuchar el relato de todo lo sucedido. Jamás podría llegar a imaginar que había hombres poderosos orquestando la muerte del *Princeps*. Algo había escuchado a su maestro acerca de un episodio ocurrido en Tarraco, habían pasado ya varios años, en el que el por entonces cónsul, había sido objeto un ataque fallido. Pero él tan solo era un muchacho y no entendía ese tipo de cosas. Además, tampoco es que se lo explicara directamente, sino que más bien lo escuchó en una conversación que no iba con él. Aquellos tipos le estaban pidiendo que se metiera de lleno en una conjura para acabar con el primer hombre de Roma. Desde luego uno tenía que estar muy loco para inmiscuirse en un asunto tan turbio como aquel. O muy loco, o que te tuvieran cogido por el pescuezo de tal manera que no pudieras elegirlo. Él no había pedido aquello, pero sus pasos y sus decisiones le habían conducido hasta allí y ya era imposible escabullirse. El matón, que en realidad no se llamaba Flaminino le había advertido de lo que le esperaba, así que al menos no le cogió desprevenido. La oferta que le hizo el hombre de la barba espesa era la única que tendría, así que tampoco estaba en condiciones de rechazarla.

—Entiendo que no me queda otra opción —respondió el aprendiz.

—Claro que la tienes, muchacho, pero evidentemente no es tan buena para ti.

—¿Y cómo pretendéis que engañe a mi maestro? Repasa a diario los mejunjes que prepara… No le conocéis, es muy meticuloso con su trabajo.

—Ese no es nuestro problema —dijo de nuevo el hombre—. Lo que te pedimos es bastante sencillo de hacer. No te tienes que ensuciar las manos y nadie sospechará de ti.

—Pero mi maestro se dará cuenta y sabrá que no ha sido él…

—Te digo que no va a hacerlo —intervino el otro hombre, el que debía ser el dueño de la casa—. Nos estamos arriesgando mucho al confiar en ti…

—Es la mejor manera y la más rápida de lograr nuestro objetivo. Será limpio, y nadie sospechará de nosotros —añadió el otro.

—¿Y si se va de la lengua? —le señaló de nuevo.

—No te preocupes por eso. Sabe que, si habla, no habrá rincón en el orbe dónde se pueda esconder de mí —aclaró el matón que hasta ese momento se había mantenido en silencio—. Sé donde ejerce

también su maestro, y en el hipotético e improbable caso de que nos traicionara y pudiera escapar, su maestro pagaría por él con su vida.

Próculo tragó saliva al ver que aquella amenaza no era lanzada en vano. Pudo ver en los ojos de aquel tipo que era un verdadero asesino, y que no estaba mintiendo. Ahora, no solo él estaba metido en todo aquel asunto, sino que acababa de involucrar a Musa sin querer. Si no lo hacía por su vida, tenía que hacerlo para proteger a la de su maestro, que no tenía la culpa de nada. El que se había equivocado era él. Él era quién había obrado de aquella manera tan estúpida y había permitido que esos tipejos se acercaran a su persona y se aprovecharan de su relación con el *medicus* personal del *Princeps*.

—Lo haré, y no diré nada a nadie. Lo juro por todos los dioses, pero por favor, os ruego que no le hagáis nada a mi maestro. Es un buen hombre que ayuda a la gente… No debe pagar por mis errores.

—Os dije que el muchacho cumpliría —aclaró el asesino con una amplia sonrisa.

—Entonces solo tienes que poner estas raíces en el mejunje que tu maestro prepara para Augusto —le dijo el hombre de la barba entregándole un saquito de cuero.

—¿Qué cantidad? —preguntó el aprendiz mientras se hacía con lo entregado.

—Si las trituras se convertirán en polvo, lo que las hará más solubles en el preparado —le indicó—. Con que pongas un puñado de ellas, será suficiente.

—¿No se detectará por gusto u olor entiendo?

—Es insípido e inodoro —aseguró el asesino.

—Tal vez sería más sencillo y menos apreciable si se pudiera mezclar con comida —sugirió el muchacho que sabía algo de venenos.

—La forma en la que lo hagas, nos es igual. Lo que sea más sencillo para ti en todo caso. A nosotros nos importa el resultado final, al igual que a ti y a tu maestro.

Próculo asintió levemente.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el hombre haciendo un gesto con la mano e invitándole a salir.

Agachó la cabeza y se dispuso a abandonar aquel lugar.

—Ah, y una cosa más, Próculo… —le advirtió el hombre.

Él se dio la vuelta desde la puerta y aguardó:

—No disponemos de mucho tiempo, así que no te demores demasiado, si no, podríamos interpretar que no estás dispuesto a cumplir nuestro acuerdo. Eso nos obligaría a tener que actuar para defender nuestros intereses.

El joven aprendiz asintió justo antes de darse la vuelta y abandonar la estancia.

CAPÍTULO LVI

Era media tarde y la actividad era frenética. Además de los otros dos grupos que había enviado a buscar al desaparecido, creó cuatro más, a los que dio directrices claras de buscar por todos los desagües y canalizaciones que daban al Tíber. Por si eso no fuera suficiente, desesperado como estaba por no hallar ni rastro de Mario, creó tres unidades más, cada una formada por seis hombres y las envió río abajo, con la orden de vadear las dos orillas en busca del cuerpo de su subordinado. Él mismo, en compañía de Salonio y Petronio, había estado toda la mañana revisando todo el recorrido de la Cloaca Máxima sin éxito. Ni Gudrún, ni Aurelio, tuvieron mejor suerte. Ninguno de los dos grupos halló ninguna evidencia del paradero del pretoriano. La desesperanza se había ido adueñando de él y de todos sus hombres. A mediodía, cuando regresó de su batida, informó a Augusto de lo acontecido. El *Princpes* se mostró muy preocupado por aquel contratiempo, y le dijo que podía contar con todos los recursos necesarios para la búsqueda. Si necesitaba más hombres para hacer una batida más amplia, tan solo tenía que pedírselo.

Lo peor no era la ausencia de Mario, sino el motivo que la había provocado. Estaba convencido de que Sexto tenía algo que ver en todo aquello. Le había estado dando vueltas toda la tarde, y no era capaz de encontrar una explicación a cómo se había dejado capturar un soldado bien preparado. ¿Y quién podía ser ese Próculo? Estuvo tentado de ir a hablar de nuevo con la prostituta cántabra, pero pensó que tampoco podría aportar nada más que les pudiera ayudar, al fin y al cabo, lo había visto desde una pequeña ventana. La otra opción sería llevarla a dar una vuelta por la ciudad e intentar que reconociera al joven que estaba implicado en aquello. Aunque descartó rápidamente esa opción, ya que esa tarea sería muy complicada y le llevaría mucho tiempo. Un tiempo del que no disponían.

Pensó en Servilia. Llevaba muchos días sin verla. La echaba de menos y esperaba que al menos ella estuviera mejor. Repuesta tanto física como mentalmente de la pérdida sufrida. Últimamente se daba cuenta de que las cosas no le estaban saliendo demasiado bien. Había perdido a su hija antes de que esta pudiera nacer, y ahora había perdido a uno de sus hombres de confianza. ¿Le estaban castigando los dioses por algo? ¿Acaso no estaba haciendo las cosas bien? Se levantó del lecho y se acercó hasta el pequeño altar que tenía dispuesto en un rincón de la estancia. Aquel pequeño espacio dedicado a honrar a los dioses protectores. Siempre les dedicaba una

oración cuando se despertaba y antes de ir a dormir. Era importante tener a las deidades satisfechas y bien atendidas para que las cosas fueran bien. Se arrodilló justo delante del altar y depositó una ofrenda en forma de copa de vino y de frutas y semillas. Se cubrió la cabeza cómo símbolo de respeto a los seres supremos, y alzando las palmas de las manos lanzó una súplica:

—¡Oh dioses protectores! ¡A vosotros que regís la vida y el destino de los mortales, os suplico ayuda para poder encontrar a Mario! ¡Siempre me he mostrado atento a vuestras necesidades, y he aguantado estoicamente los infortunios que habéis lanzado contra mí! ¡Sé que como mortal que soy me debo a vosotros y es por ello que os ruego que seáis benevolentes conmigo en esta hora aciaga! ¡Es tan solo un muchacho! ¡Oh Júpiter, padre de todos los dioses, tú, que todo lo ves, que todo lo escuchas, que todo lo tocas y que todo lo controlas, escucha a este humilde siervo tuyo y concédele la gracia de poder encontrarle! ¡A cambio de tu ayuda te daré dos copas de vino cada noche para saciar tu sed, y dos puñados extra de semillas y frutos de la tierra para que sacies tu apetito! Yo, ¡Tito Valerio Nerva, soy tu más devoto seguidor, y prometo por mi vida y la de mis seres queridos que cumpliré mi parte, si tú cumples con la tuya!

Acabó el ritual y se incorporó. No había podido conciliar el sueño pese a que estaba muy fatigado después de haber estado toda la noche en vela. Decidió que lo mejor sería unirse a la partida de búsqueda, así que asió el *cingulum* del cual colgaba su *pugio* y se dispuso a salir de la estancia. Justo entonces alguien golpeó tres veces en la puerta. Abrió con diligencia ya que podía ser que le trajeran noticias.

—Le han encontrado, Valerio —dijo con el rostro muy serio Aurelio.

Tan solo hizo falta mirarle a la cara para darse cuenta de que las noticias no eran buenas. Su mirada de abatimiento lo decía todo. Era evidente que lo que habían encontrado era su cadáver. Conocía muy bien a su amigo para no haberse dado cuenta de eso.

—¿Dónde?

—En una de las orillas del río. El cuerpo estaba atrapado entre la maleza. Eso ha permitido que la partida haya dado con él, si no, la corriente lo habría arrastrado hasta el mar.

Curiosa manera de satisfacer su petición. Júpiter había cumplido con su demanda, pero no de la manera que él habría querido. Negó con la cabeza varias veces y se fue a sentar en el borde del lecho. Colocó los codos sobre las rodillas y las palmas de las manos sobre su frente.

—Ya traen el cuerpo hacía aquí. Deberíamos avisar al *Princeps*.

—Yo me encargo de hacerlo, Aurelio. Haz que regresen las demás partidas que estaban buscándole por la ciudad —ordenó el centurión.

—Daremos con los que se lo han hecho.

Alzó la cabeza y miró fijamente a su segundo. Sabía que lo decía en serio. Pudo ver en sus ojos el reflejo de la ira. Aurelio, y todos los demás, removerían cielo y tierra hasta dar con los culpables de aquel acto atroz. Él mismo se encargaría de no descansar hasta conseguir encontrar al asesino de Mario. Sintió dolor en su alma. La pena se apoderó de sus entrañas y recordó los duros momentos que vivió cuando Flavio acabó con sus compañeros quemando la tienda en la que descansaban. Se repitieron aquellos pasajes en los que veía también a su viejo amigo Terencio sufriendo el ataque del asesino en el *valetudinaria*. De nuevo le tocaba lidiar con esas amargas sensaciones que le provocaban un nudo en la boca del estómago.

—Ha sido él. Estoy convencido, Aurelio.

Su segundo asintió.

—Tendría que haber hecho caso al joven Marcelo y haber intervenido cuando supimos que andaba libre por la ciudad. Estoy convencido de que ahora Mario no estaría muerto. Ha sido culpa mía —añadió abatido por el dolor de haber tomado una decisión errónea.

—No ha sido tu culpa, Valerio —le dijo su segundo poniéndole la mano sobre el hombro—. Como tampoco lo fue en su momento la perdida de los demás… Ni tampoco la de Marco. No debes ser tan duro contigo mismo.

—Yo soy el responsable de todos los hombres que sirven bajo mis órdenes. ¿A quién voy a culpar si no?

—A los que le han hecho eso, Valerio. Ellos son los únicos responsables de lo que ha pasado. Tú obraste de la mejor manera posible, y si no recuerdo mal, te limitaste a seguir las órdenes de Augusto. Todos convinisteis que la mejor manera de proceder era esta. Al menos eso fue lo que me dijiste antes de iniciar estas vigilancias —le espetó Aurelio.

—Ha llegado el momento de actuar. No voy a demorar más esto, si no, podrían ocurrir más cosas malas.

El centurión se puso en pie, justo en el momento en el que por la puerta apareció Salonio. Accedió al interior de la estancia y al ver a los dos hombres allí dijo:

—Me acaban de dar la noticia… Lo siento mucho…

Valerio asintió y respondió:

—Era el desenlace más probable, Salonio. Tan solo era cuestión de tiempo que encontráramos su cadáver.

—Daremos con los que lo han hecho —añadió el *primus pilus*.

—Voy a pedirle a Augusto que me de autorización para proceder al arresto de todos los senadores que sabemos que están implicados. De esa manera seguro que le detenemos también a él, que es sin duda el responsable de la muerte de Mario. Una más que se suma a su larga lista…

—No creo que sea una buena idea, Valerio —le dijo Salonio sorprendiendo a su interlocutor ya que hasta hacía poco era partidario de aquella misma idea.

—No estoy dispuesto a poner en riesgo la vida de nadie más. Demasiada sangre de inocentes llevamos ya vertida.

—Entiendo que ese hombre estaba bajo tus órdenes y por ello te sientes responsable. Los que murieron en el campamento estaban bajo la mía, y no por ello me precipité a la hora de tomar decisiones, ni actué dejándome llevar por los impulsos y la rabia. Recuérdalo.

En esos momentos su mente no estaba lo suficientemente sosegada cómo para acordarse de una conversación de hacía tantos años. Era la rabia la que se abría paso en su pecho y le pedía actuar de manera contundente y castigar a ese desalmado que tanto dolor le había causado. Le daba igual si los dos cónsules estaban metidos en eso, o sí un número considerable de senadores también formaban parte de la conjura. Él solo quería a Sexto. Quería cogerle y hacerle sufrir tanto, o más de lo que le había hecho sufrir a él. Ese era su anhelo en aquel momento. Era lo único que le podría devolver la calma y la tranquilidad que tanto ansiaba. Necesitaba hacer sufrir al causante de su dolor. Llevaba ya demasiadas heridas profundas sin cicatrizar. Otra más se le antojaba definitiva. Aquella era la que le había hecho estallar.

—Si te precipitas ahora, nada de lo que hayas hecho hasta este momento habrá servido de nada —añadió de nuevo su amigo.

—Tiene razón, Valerio —intervino Aurelio—. Escúchale. Tiene más experiencia que tú y te podrá aconsejar.

—Llevo mucho tiempo escuchando a los demás… Pero no observo ningún resultado.

—Ahora lo ves todo oscuro, amigo. Pero la rabia es una mala consejera y nubla el buen juicio de los hombres. ¿Qué le vas a decir a Augusto? ¿Qué quieres cambiar los planes ahora de súbito por esto? ¿Y qué hay del riesgo que está asumiendo Marcelo? ¿Lo vas a estropear todo por venganza? —insistió Salonio.

—¿Y qué otra cosa me queda?

—Sé que es muy duro. Lo he vivido al igual que tú, y soy consciente de que cuesta mucho pensar las cosas con frialdad. Pero hazme caso, por lo que más quieras.

Trató de serenarse un poco. Tal vez Salonio estaba en lo cierto. Él poseía más experiencia, y ya había vivido lo que él estaba viviendo en ese preciso instante. Podía ver las cosas desde la distancia y desde la lógica. Le podía aconsejar cómo proceder y tenía razón con lo que le decía sobre Augusto y sobre el riesgo que había estado asumiendo el joven Marcelo al acercarse a los conjurados. Si él reaccionaba de una manera temperamental destruiría todo lo que el yerno de su valedor había estado construyendo. Se sentó de nuevo sobre el lecho y suspiró dejándose caer hacía atrás. Miró al techo de la habitación durante un rato, hasta que se incorporó de nuevo y miró a los dos hombres.

—Está bien… Tenéis razón ambos… Ruego que me disculpéis, pero es que me siento responsable de lo ocurrido.

—No hay nada que disculpar, Valerio. Como centurión es normal que te duela tanto perder a un hombre, y más si es de una manera tan injusta como esta. Pero hay cosas que no podemos controlar —respondió Salonio.

—Por cierto, ¿lo sabe ya Petronio? Estaba muy afectado por lo ocurrido —añadió dándose cuenta de aquel detalle.

—La noticia está en boca de todos los hombres. Imagino que ya se habrá enterado —respondió Aurelio.

—Será mejor que vayamos a ver si está bien…

Los dos hombres salieron tras los pasos de Valerio, que fue directamente a la zona en la que entrenaban los hombres. Allí preguntó a todos los presentes por Petronio, aunque nadie le había visto.

—¿Sabes si volvió a salir en alguna de las partidas que creamos más tarde? —le preguntó a Aurelio.

—Lo desconozco, aunque si estaba tan preocupado sería lo más lógico.

Aguardaron un buen rato hasta que los grupos de búsqueda fueron regresando a la casa de Augusto. Fue el último el que traía el cuerpo sin vida de Mario. Estaba depositado en la parte posterior de una carreta e iba tapado por una manta de lana de color oscuro. Al verlo llegar, todos los pretorianos y los bátavos comenzaron a congregarse en torno a los oficiales. Fue Valerio el que se acercó hasta el carro y destapó la manta dejando al descubierto el rostro del joven soldado. No había duda de que era él. A pesar de lo desfigurado que tenía el rostro, pudo certificar que se trataba de Mario. Tenía un ojo y un pómulo hinchado, la nariz y el labio roto, y pese a que no había sangre en él, los indicios de que había recibido una fuerte paliza eran claros. Se reclinó sobre la cabeza del muerto y le besó la frente mientras decía en voz baja:

—*Recquescat in pacem*… Perdóname, Mario. No te he sabido proteger.

Un par de lágrimas brotaron de sus ojos justo antes de proceder a tapar de nuevo el rostro del que antaño había sido uno de sus legionarios.

—Lavad el cuerpo y preparadlo para las exequias —ordenó Valerio a los hombres que estaban junto al carro.

Se pusieron en marcha mientras el resto de compañeros observaba la marcha fúnebre con dolor y abatimiento en sus caras. El centurión cogió por el brazo a uno de los que cerraba la comitiva y le preguntó:

—¿No iba con vosotros Petronio?

—Que yo sepa no, señor. No le he visto en todo el día —respondió el soldado.

Fue entonces cuando un escalofrío recorrió su columna y el vello de los brazos se le erizó. Tuvo un mal presagio…

CAPÍTULO LVII

Cuando llegó a la *insula* era ya bien entrada la mañana. Por suerte para él, Musa no se encontraba allí. Seguramente habría salido a hacer alguna visita a algún particular, o bien adinerado, o bien que estaba impedido para poder desplazarse hasta dónde él visitaba a los pacientes. Sabía que aquello le reportaría una reprimenda grande cuando el *medicus* regresara del servicio que había ido a prestar, pero por otra parte le daba algo que necesitaba en aquel preciso instante: soledad. Una soledad que debía emplear con buen criterio si quería salvar a su maestro y también si pretendía escabullirse de nuevo de la muerte. Se planteó aquello como una oportunidad, ya que mientras regresaba de casa de aquellos hombres, pensó que tal vez habrían acabado dando con él de todas maneras y que, a juzgar por lo que había podido comprobar, no se andaban con tonterías. Al menos, al haber sucedido todo de esa forma, tenía una mínima esperanza de salir con vida si cumplía con su parte del acuerdo. Era complicado, pero, al fin y al cabo, no tendría que mancharse las manos de sangre. Se trataba tan solo de introducir aquella sustancia en el medicamento que debía entregar su maestro a Augusto, y que todo siguiera su curso natural. Arriesgado… sí, pero no le habían pedido que asesinara al *Princeps*. Cierto era que su función era complicada y que debía convertirse en el elemento clave para que la sustancia llegara a ser ingerida por Augusto. Pero en esos momentos de dificultad era cuando surgía el instinto de supervivencia, y él lo tenía más marcado de lo que imaginaba.

La política no le interesaba demasiado. Un muchacho de su posición jamás podría optar a un cargo o magistratura, por lo tanto, era algo que nunca se había llegado a plantear. Pero era consciente de que los que ostentaban el poder tenían herramientas para deshacerse de la gente. Un don nadie como él no importaba lo más mínimo a alguien de una posición tan elevada. Los pobres servían a los ricos para cumplir sus objetivos, y cuando no los necesitaban para nada más, se deshacían de ellos sin miramientos. El mundo estaba hecho de esa manera, y nadie podía cambiar ese orden. Por ello era mejor servir a los que estaban en la cúspide y hacerlo de una manera que les gustara. Hoy era Augusto quién controlaba la República, pero tal vez mañana fueran esos hombres que le habían empujado a hacer aquel acto. Lo mejor era llevarse bien con ellos y no provocarlos. Le habían dejado muy claro que tenía más que ganar que perder si colaboraba. Meditó largo y tendido y pensó que podría haber pedido algo más a

cambio por hacer ese trabajo que suponía un elevado riesgo. Pero el miedo del momento le impidió hacerlo. No sabía si había sido la mejor manera de obrar, pero al menos continuaba respirando, así que era mejor no pasarse de ambicioso.

Sabía dónde guardaba Musa los mejunjes que eran para su cliente más importante. Todo lo relacionado con Augusto lo tenía aparte y bajo llave. Era muy meticuloso con eso, ya que era consciente de que había mucho en juego al tener que atender a ese hombre. Lo que no sabía su maestro era que él le había visto guardar la llave del pequeño arcón en su escondite. Además, el *medicus* era un hombre de costumbres, y no cambiaba las cosas de lugar si no era estrictamente necesario. Aquello le ponía las cosas mucho más fáciles a él, a la vez que le salvaba la vida también a Musa. Lo hacía por continuar viviendo, pero también por proteger a su maestro. Aquel hombre sabio, le había sacado de la miseria de las calles de Tarraco ya hacía muchos años cuando no era más que un mocoso que se pasaba el día mendigando por las calles de la colonia sin tener nada que llevarse a la boca. Tendría ocho años, y había perdido a sus padres y a sus hermanos por culpa de unas fiebres unos pocos meses antes. Como vivían en el campo, no tuvo más remedio que ir a la ciudad a buscarse la vida como pudiera, ya que no tenía ningún otro familiar al que acudir para que le ayudara. Aquel hombre, rígido pero afable, le había dado una segunda oportunidad cuando nadie más creía en él. De no haber aparecido en su vida, tal vez no habría llegado a cumplir ni los diez años. Estaba condenado a morir de inanición, o de frío en cualquier callejuela olvidada de la colonia. Le debía todo a él. Los dioses le habían puesto en su camino para convertirle en alguien de provecho, pero en lugar de hacer las cosas bien, siguiendo la senda correcta, se había desviado ligeramente y ahora había puesto en peligro a su maestro de una manera que escapaba a su control.

Comenzó a buscar la llave del arcón sin pensárselo más. Dependía de él que Musa continuara vivo, y sobre todo sabía que, si el *medicus* desaparecía, serían otros muchos los que le acompañarían a la otra vida. No existía ningún colega suyo de profesión que se comportara de manera tan altruista. Nadie atendía a los pacientes a cambio de la voluntad, así que no estaba en juego solo la vida de su preceptor, sino la de muchos otros inocentes. ¿La vida de un hombre o la vida de muchos? El dilema tenía una respuesta clara, y aquello fue lo que le empujó a tomar la decisión. Una decisión que esperaba que no le costara muy cara. Fue directo al lugar en el que sabía que guardaba la llave y por supuesto, la encontró. Sonrió para sus adentros mientras se dirigía al arcón en el que estaba todo el material destinado a Augusto.

Lo abrió con suma facilidad y se dispuso a elegir el tarro en el cual depositaría la raíz que le habían dado sus nuevos socios. Había tres frascos, y era conocedor de que cada uno de ellos era para un tipo de dolencia. El del medio era el que le daba siempre, tres veces por semana. Los otros dos eran para situaciones complicadas en las que le daban los ataques. Así que optó por abrir el más usado.

Justo estaba sacando el saquito de cuero que contenía el veneno, cuando escuchó un ruido en la planta inferior de la casa. Se puso nervioso, ya que debía tratarse de Musa. Había regresado antes de que hubiera podido mezclar el tóxico con el medicamento. No le iba a dar tiempo ya que disponía tan solo de unos instantes para hacer una operación que era mucho más compleja. Decidió que buscaría otro momento más adecuado, así que cerró con prisa el arcón y depositó la llave en el lugar en el que la había encontrado, tratando de dejarla en la misma posición en la que la halló. Sin perder un instante, se echó en el catre y se hizo el dormido.

* * * * *

—Vaya, veo que te has dignado a aparecer…

Hizo ver que estaba durmiendo y que no escuchaba las palabras que le dirigía su maestro.

—No me extraña que tengas sueño ahora, después de estar toda la noche haciendo lo que te ha dado la gana. Mientras tanto yo he madrugado para ir a ver a varios pacientes que necesitaban de mis servicios.

Se acercó hasta el camastro y le asió por el hombro balanceándolo para que se despertara.

—¿Es que no me estás escuchando, maldito holgazán?

Próculo hizo un gesto con la mano como tratando de hacer ver que quería seguir durmiendo. El maestro pareció entenderlo y le dejó. O al menos eso era lo que él creía, ya que, sin esperárselo, le arrojó por encima el agua que contenía un cubo de madera. El aprendiz dio un salto al notar como el frío liquido le mojaba toda la cabeza y parte del cuerpo. Se puso en pie de inmediato mientras le gritaba a su maestro:

—¡Por todos los dioses! ¡¿Acaso te has vuelto loco de remate?!

—¿Loco yo? —preguntó retóricamente Musa sin poder contener una sonrisa—. Si eres bueno para trasnochar, tienes que ser bueno también para madrugar y cumplir con tus obligaciones.

—Podrías haberme despertado de una manera más delicada.

—Ya lo he intentado, pero debías estar en un sueño muy profundo porque no me has hecho caso —afirmó el *medicus* alargándole una toalla de lino.

Próculo la asió con desgana y se secó como pudo.

—¿Y se puede saber dónde has estado toda la noche? Cuando me he marchado era la *prima hora* y todavía no estabas —le preguntó el maestro sacando el tema que ya estaba esperando.

—Estuve con Flaminino tomando unos vinos.

—No me gusta ese hombre, Próculo. Desde que se ha cruzado en tu vida, estás descuidando tus estudios y tus obligaciones, y te recuerdo que un *medicus* tiene que formarse constantemente.

—Lo sé, y tienes toda la razón, pero descuida, te aseguro que no volverá a ocurrir, maestro —se disculpó mientras pensaba para sí que no volvería a ver a ese hombre sino era para decirle que había cumplido con la tarea.

—Fuiste tú el que insistió en aprender mi oficio, y ya te advertí en su día que no iba a ser una cosa sencilla. Aceptaste todas condiciones sin rechistar, pero últimamente me estoy dando cuenta de que no te estás esforzando lo suficiente. La palabra de un hombre es el máximo valor que se le puede dar algo, y tú me la diste tiempo atrás cuando dijiste que querías que te instruyera —le regañó Musa a su manera.

—Lo sé, maestro. Acepto todo lo que me estás diciendo y te prometo, por todos los dioses que moran en las alturas, en los mares, en el inframundo, y en todos los rincones habidos y por haber, que no volveré a fallarte. Te compensaré esta falta con todo el esfuerzo y dedicación, y no te preocupes, puedes estar tranquilo que no me apetece volver a ver a Flaminino.

—¿Y eso? ¿Ha ocurrido algo que deba saber?

—No, maestro. Tan solo es que he llegado a la conclusión de que no es una buena influencia para mí. Quiero alejarme de las personas que son tóxicas y que pueden llevarme por el mal camino —expuso.

—Sabías palabras, querido Próculo. Ven…, siéntate a la mesa que te prepararé algo para comer. Y un tónico que te ayudará en la recuperación rápidamente. Esta tarde tenemos muchas cosas que hacer y quiero que estés despejado.

El aprendiz asintió con una sonrisa. Aquel era Musa. Un gran hombre y un gran erudito. Valía la pena hacer lo que fuera por protegerle, incluso matar al mismísimo *Princeps*.

CAPÍTULO LVIII

—¿Le habéis encontrado?

Aurelio negó con la cabeza.

—¿Dónde se habrá metido? —se preguntó Valerio en voz alta, mientras varios de sus hombres le miraban esperando alguna indicación.

—Si quieres me llevó a unos cuantos hombres a buscar por la ciudad —sugirió Gudrún.

—Sí, será lo mejor. Llévate a cuatro de los tuyos y a ellos dos —dijo señalando a Pompeyo y a Arrio.

El grupo de soldados no tardó demasiado en salir de casa de Augusto. Mientras tanto, el resto de guardias continuó buscando a Petronio. Llevaban ya un buen rato haciéndolo, y no quedaba ya casi ningún rincón que registrar. Valerio se estaba temiendo lo peor.

—Habrá ido a ahogar sus penas, señor —dijo Domicio tratando de buscar una explicación menos pesimista.

—Sé que frecuentaba una taberna en la Subura. Hablaba de ello a menudo —añadió Furio.

—¿Sabes dónde está ubicada? —preguntó el centurión.

—Exactamente no, pero conozco a un par de guardias que solían acompañarle. Iré a buscarlos a ver si me pueden llevar hasta allí —dijo su subordinado.

Estaba volviendo a ocurrir lo mismo que con Mario. La espera se estaba haciendo eterna, y cada hora que pasaba sin saber de él, su mente se imaginaba que le había sucedido algo malo. Durante toda la noche, el soldado no había dejado de culparse por haber llevado a su amigo a aquel lupanar. Se había fijado en su rostro y en sus gestos en todo momento, y ahora podía afirmar que aquel hombre estaba desesperado. Y alguien que se halla en su misma situación es capaz de cometer cualquier locura.

—¿Has informado a Augusto? —le preguntó Salonio acercándose un poco hasta él.

—Todavía no…

—¿Y de lo de Mario?

—Tampoco he podido. Se me está acumulando el trabajo —respondió Valerio.

—¿Quieres que se lo comunique yo mientras tú sigues buscando? —interrogó el *primus pilus*.

—No, gracias, Salonio. Son mis hombres y debo ser yo el encargado de informarle.

—Cómo prefieras.

—No te lo tomes a mal, Salonio.

—Ni mucho menos. Yo soy un invitado y esta unidad está bajo tu mando —dijo su superior—. Estoy aquí de permiso y no tengo jurisdicción en Roma. Sois vosotros lo que mandáis en esta ciudad.

—Agradezco que estés conmigo en este momento. Eres un gran apoyo.

—Te vales por ti mismo, Valerio. No me extraña que Cornelio pensara en ti para proteger al comandante.

—¿Cornelio dices? ¿Seguro que tú no tuviste nada que ver en esto? —le preguntó sonriendo por primera vez en muchas horas.

—¿Yo? ¿Por qué crees que yo participé de ello? Un *primus pilus* tiene mucho trabajo con el día a día del campamento cómo para tener que ocuparse también de esos asuntos.

—Claro…

Ambos hombres sonrieron. Fue entonces cuando todos los que estaban cerca se cuadraron y comenzaron a formar de manera innata. Ellos dos no los habían visto ya que estaban conversando un poco apartados, pero enseguida se percataron por el ajetreo de que algo estaba ocurriendo. Se quedaron boquiabiertos al ver cómo Augusto y Marcelo, ataviados con ropajes poco elegantes se dirigían hacia ellos. Aurelio llamó al orden e indicó a los pretorianos que estaban allí que se pusieran firmes.

—¡Centurión! ¡¿Por qué no se me ha avisado de lo que está ocurriendo?!

Valerio que se esperaba una reprimenda por no haberle dicho nada, corrió hasta colocarse frente a él y le respondió:

—¡Mis disculpas, comandante! ¡La urgencia de lo ocurrido me ha impedido ir a informarle!

—Pues infórmame ahora, si eres tan amable.

Le explicó brevemente todo lo acontecido desde la última vez que se vieron. Lo de la trágica muerte de Mario sobrecogió a Augusto, y en su cara se dibujó una mueca de rabia. Se notaba que le había afectado aquella mala noticia y a Marcelo también, que puso una cara similar.

—¿Ha sido él? —preguntó el *Princeps*.

—Aunque no lo sabemos todavía, todo apunta a que sí, comandante. Mario era uno de los que los siguió hasta el foro hace unos días. ¿Recuerda que le dije que ellos podrían haberse dado cuenta de eso?

—Lo recuerdo.

—Tal vez le reconocieron anoche y por eso decidieron actuar con esa contundencia. Tenía la cara destrozada de la paliza que le habían

dado. Estaba casi irreconocible —expuso el centurión.

—Comprendo…

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó en voz baja Marcelo que se había acercado un poco más a ellos.

—El corazón me pide ir a detenerlos de inmediato y darles su merecido, pero la razón me dice que es mejor continuar adelante con el plan acordado para poder detenerlos a todos.

Era curioso que los hombres que inicialmente abogaban por ser más directos, ahora pedían más calma a la hora de actuar. Las circunstancias del momento así lo exigían, y él mismo se dio cuenta de que era lo más inteligente.

—Estoy cerca, Valerio… Muy cerca de ellos. Pero entendería perfectamente que quisieras proceder con contundencia. Lo que han hecho ha sido una salvajada y merecen un severo castigo —expuso el sobrino de Augusto dándole muestras de apoyo.

—Gratitud, señor… Pero un buen amigo me dijo que actuar con rabia no llevaba a ninguna parte —respondió mirando de soslayo a Salonio, que estaba un poco más atrás.

—Debe ser un tipo muy sabio tú amigo.

—Sin duda que lo es. Me ha enseñado mucho —concluyó Valerio.

—Siento interrumpir, pero, ¿podrías explicarme por qué tienes a los hombres aquí fuera? —interrogó Augusto.

Valerio le explicó la segunda cosa de la que no le había informado.

—¿Crees que ha sido capaz? —interrogó de nuevo.

—Tal como le vi, es muy posible que sí, comandante.

—Pero si no ha sido culpa suya…

—Eso mismo le dije yo en varias ocasiones, pero él no lo ve de la misma manera que yo. Cada hombre tiene su manera de pensar, señor, y creo que Petronio tenía claro que la muerte de Mario es su responsabilidad —explicó el centurión.

—Pues entonces sigamos con la búsqueda. A ver si conseguimos dar con él antes de que cometa ninguna locura.

—¿Se une, comandante? —preguntó Valerio.

—Nos unimos —corrigió señalando a Marcelo—. Cuantos más seamos, más terreno podremos abarcar.

—Le asignaré una escolta de ocho hombres.

—Mejor voy contigo y con Salonio —señaló Augusto.

—Como desee, señor.

* * * * *

—¿Confiáis en qué sea capaz de hacerlo?

Los tres se miraron entre sí, pero fue Sexto el primero en hablar:

—Lo hará, no te preocupes.

—¿Y si nos delata? —interrogó Sestio que no dejaba de mirar a su colega de magistratura.

—No lo hará. Os recuerdo que no solo está en juego su vida.

—Me parece una manera rápida y eficaz de conseguir nuestro objetivo —señaló Calpurnio que había visto con buenos ojos aquella idea que habían presentado en la reunión.

—Los dioses nos han brindado esta oportunidad y no debemos desaprovecharla —expuso Sexto que estaba satisfecho con el plan.

—¿Entonces qué hacemos con Marcelo? —inquirió Murena.

—De momento nada. Cuando el tirano esté muerto, decidiremos en base a cómo reaccione. Si se mantiene fiel a la causa y aboga por la continuidad de la República que todos queremos, no tiene por qué ocurrirle nada —expuso Sexto mirando a Fabio que asintió—. Además, nos interesa contar con él ante la posible reacción de Agripa desde Oriente. Cuando le llegue la fatídica noticia, lo más probable es que quiera regresar a Roma cuanto antes para hacerse con el poder que tenía su amo. Marcelo puede ser nuestra única baza para no cambiar a un tirano por otro.

—Agripa acabaría con el orden republicano mediante el uso de las armas. Todos los que estamos ahora aquí reunidos no tardaríamos mucho en reunirnos con nuestros ancestros —dijo Calpurnio muy serio.

—Entonces estáis diciendo que Agripa sería peor que Augusto, ¿no? —preguntó el senador Sergio, que había dejado de comer para escuchar los argumentos de Sexto y los demás.

—Augusto es un político, al fin y al cabo, mientras que su perro no es más que un soldado que no sabría imponerse a los senadores de otra manera que usando la violencia y el poder de las legiones. Por ello, comparto la visión de nuestro querido amigo Sexto en lo relativo a Marcelo. El muchacho debe ser nuestro baluarte para plantar cara al general. Él representa a Augusto y a su familia, pero con la ventaja de que aún es maleable y lo podemos atraer a la causa —añadió Calpurnio.

—Me gusta ese planteamiento —sonrió Sestio—. La legitimidad será de Marcelo, y si él quiere que la República siga siendo como antes de que su tío la subyugara, muchas de las legiones le apoyaran.

—¿Entonces es probable que vuelva a haber una guerra? —preguntó Murena.

—Es un escenario posible. No podemos descartarlo —señaló Sexto —. Aunque debemos hacer todo lo posible para que eso no ocurra.

—¿Y cómo lo vamos a conseguir? —preguntó Fabio en ese

momento dejando claro que tenía alguna duda sobre ese plan.

Su amigo estaba intranquilo. Lo había notado aquellas últimas semanas. Se le veía mucho más tenso que de costumbre, y siempre aparecía su lado más pesimista. Su ánimo había decaído y en ocasiones le veía ausente. Lo del aprendiz de Musa le había puesto aún más a la defensiva, y le había costado mucho convencerle de que era un buen plan poder usar al muchacho para llegar hasta Augusto. Pese a que al final había aceptado, no dejaba de ver en él actitudes de desconfianza e inseguridad. Eso podía llegar a convertirse en un obstáculo. Al menos esperaba que las cosas fueran bien, y que él mismo se diera cuenta de que era la mejor opción que tenían en aquel momento. Lo que ocurriera después era más incierto. Lo importante era ir avanzado paso a paso y sin precipitarse. No habían estado tan cerca de eliminar a su objetivo desde lo ocurrido en el campamento durante la campaña militar. Lo de Tarraco había sido pura casualidad, y tampoco lo tuvieron tan a tiro como en aquel momento.

—Enviándole una misiva a Agripa en el momento en el que el tirano desaparezca —expuso.

—¿Nosotros? —interrogó Fabio.

—Deberá hacerlo Marcelo, pero con nuestro apoyo. Ahí es donde los cónsules, y tú, Murena, que tienes cierta influencia sobre el muchacho, deberéis emplearos a fondo para evitar que la cosa desemboque en una guerra.

—Me parece sensato —afirmó Calpurnio, que no había dejado de apoyarle en todas las explicaciones que había dado.

—¿Y qué es lo que le deberíamos ofrecer a Agripa para que no atacara? —preguntó Sergio.

—Lo que esté dispuesto a darle el muchacho. Él se erigirá en el heredero de Augusto —respondió Sestio con buen criterio.

—Una posición como la que tiene ahora no estaría mal. Así lo tendríamos ocupado en Oriente y dejaría que nosotros gestionáramos Roma y las provincias occidentales —sugirió Murena.

—Estáis suponiendo demasiado —interrumpió Fabio sin dejar su tono pesimista—. ¿Quién os dice que Marcelo y Agripa no pactaran repartirse las provincias entre ellos como ya hicieron Augusto y Antonio tiempo atrás? ¿Acaso creéis que va a renunciar a una posición de poder cómo la que tiene ahora su tío? Lo más inteligente por nuestra parte, para evitarnos problemas, sería que ellos dos también desaparecieran a la vez que el tirano. Es la única manera de que la República vuelva a ser gestionada y dirigida por los *quirites*. ¿Es que soy el único que lo ve así?

Fabio dejó la copa de vino sobre la mesa dando un fuerte golpe y

se marchó de la reunión. Todos se quedaron en silencio, y fue Sexto quién se puso en pie y salió tras sus pasos. Le interceptó cerca de la biblioteca, y le asió por el brazo para detenerle.

—¡¿Es que te has vuelto loco de atar, Fabio?!

—¿Me llamas loco a mí? —le respondió él con otra pregunta mientras trataba de zafarse de la presa.

—No era preciso que fueras tan duro en tu exposición… Todos sabemos que esa sería la forma más rápida de acabar con esto, pero imagínate por un momento lo complicado que sería. Después de la muerte de Augusto, esos dos se blindarán de guardias a su alrededor. Acabar con el tirano nos ha llevado más tiempo del que creíamos inicialmente. Hemos perdido mucho por el camino. ¿No crees que hacerlo con ellos dos también sería complicado?

—¡Nunca debí meterme en este embrollo! —exclamó Fabio muy nervioso—. ¡Lo más fácil habría sido decir que no y continuar con mi vida plácidamente! ¡Fue la peor decisión que he tomado en toda mi vida!

Tal vez su amigo tenía razón. Había gente que no estaba, ni estaría nunca preparada para afrontar ese tipo de situaciones. No todos poseían las habilidades para estar expuestos a tanta tensión. Ese hombre había aguantado mucho, y era normal que pudiera pensar de esa manera ahora. Le comprendía perfectamente, pero eso no era una excusa para comportarse así en público.

—Sabías que esto no era un juego cuando decidiste entrar, amigo.

—¡Todo este asunto me está desgastando! ¡Cada noche duermo peor y me cuesta más trabajo concentrarme en las tareas cotidianas! ¡Me está consumiendo por dentro!

—Trata de calmarte, Fabio. Así no conseguirás nada —le dijo poniéndole la mano sobre el hombro.

—¡¿Qué me calme, dices?! —respondió intentando quitársela de encima—. ¡Que me digas precisamente eso tú, tiene gracia! ¡Si hubiera dejado que te pudrieras en aquella maldita cárcel, tal y como querían los demás, ahora no tendría que preocuparme! ¡Tú eres el culpable de todo, Sexto! ¡Tú eras quién tenías que haber solventado esto en Hispania! ¡Así lo prometiste, y te vanagloriaste de ello delante de todos! ¡¿Acaso se te ha olvidado ya?!

Aquellas palabras se le clavaron en el alma como si fueran la hoja de una espada. De otros se lo habría esperado, pero no de Fabio. Le consideraba su amigo… Le agradecía todo lo que había hecho por salvarle. Pero aquello fue peor que una estocada por la espalda a traición. Le partió el alma. Retiró la mano de su hombro y se giró presto a volver con los demás.

—Lo siento… No quería decirlo así. Ruego que me disculpes, Sexto.

—Si lo has dicho es por algo. He comprendido perfectamente lo que has expresado. No hace falta que te disculpes —respondió él dándose la vuelta y mirándole a los ojos.

—No quería ser tan duro en mis palabras. Tan solo quería que te dieras cuenta de que estoy cansado de todo este asunto. En ocasiones pienso que lo mejor para todos sería que Augusto supiera todo lo que está ocurriendo y nos apresara. De esa manera podría descansar de una vez.

—¿Estás tratando de insinuar algo? —le preguntó un poco preocupado por lo que acababa de escuchar.

—Entiende lo que quieras, amigo. Pero no estoy dispuesto a cambiar a un tirano por otro peor, o por dos incluso. Y mucho menos a que la República se vuelva a ver inmersa en una sangrienta guerra fratricida.

—No serás capaz de hacerlo.

—Te aviso por el respeto que te tengo. Pon tierra de por medio y comienza de cero lejos de aquí. Aún estás a tiempo.

—¿Y los ideales que defendías? ¿Y los demás que están metidos en esto? ¿Qué pasa con todo eso? —le preguntó cada vez más inquieto.

—Los ideales cambian, amigo… Solo quiero paz y tranquilidad. ¿Acaso estoy pidiendo algo que no merezca?

—Ahora sí que has perdido el juicio definitivamente. ¿Vas a condenarnos a todos simplemente porque estás cansado de esto y no puedes aguantar la presión? ¿Vas a permitir que todo el trabajo de tantos años se estropeé porque no eres capaz de dormir tranquilo por las noches? ¿Podrás cargar en tu conciencia con la muerte de tantos hombres cuando Augusto los elimine sin piedad?

—Yo no he dicho que vaya a cargar con todo eso.

—¿Entonces qué vas a hacer? —le preguntó dándose cuenta de que la única opción que le quedaba era quitarse la vida.

—Por favor, vete de Roma lo antes posible, amigo. Es el último favor que te voy a hacer.

CAPÍTULO LIX

Estuvieron buscando hasta bien entrada la noche. Cuando la luna empezó a emerger en el cielo, Valerio dio la orden de que todas las partidas regresaran a la *domus* para pasar un informe de las zonas que se había peinado. Al día siguiente, con la luz del alba, retomarían las operaciones. No quería exponer a Augusto y a su sobrino a moverse por la peligrosa noche romana. Era consciente de las amenazas existentes cuando caía la oscuridad, así que optó por regresar a la seguridad que ofrecía la *domus*.

—Será mejor que mañana se quede aquí, comandante. Deberíamos ir regresando a la normalidad cuanto antes. Además, debe acudir a la Curia como es costumbre, así que le asignaré su escolta habitual de doce hombres. Dejaré también un numeroso grupo para que se encarguen de vigilar el perímetro de la casa. El resto, los menos, seguirán conmigo la búsqueda de Petronio —informó Valerio al llegar a los aposentos del *Princeps*.

—Como tú veas, centurión. Lo dejo en tus manos y bajo tú criterio, ya que eres el experto. Coincido contigo en que mis deberes públicos no pueden posponerse y tampoco quiero que nuestros enemigos lo vean como una debilidad, ya que les estaría exponiendo un punto por el cuál poder atacarme. Eso no es lo que deseamos.

—Claro que no, señor. Debemos aparentar normalidad, y sobre todo preparar las exequias de Mario. No quisiera que se demorara el ritual de transición a la otra vida —dijo de nuevo el militar.

—Será lo mejor. Debemos mostrarnos piadosos, centurión, y no enojar a los dioses.

Valerio asintió con un gesto de cabeza, saludó como era debido y se retiró a sus aposentos. El día había sido muy largo y la fatiga hacía mella en él. Cayó rendido en el lecho y se dejó vencer rápidamente por Somnus, que le llevó a un lugar de paz y tranquilidad. Ni siquiera se acordó de hacer el correspondiente ritual para con los dioses de antes de acostarse.

* * * * *

Voces y gritos le despertaron de súbito. Se incorporó rápidamente en el catre y se quedó escuchando por si lo que le había sobresaltado era un sueño. Pronto salió de su estupor al darse cuenta de que era real y no fruto de su ensoñación. Se calzó las *calcei* y se ajustó el *cingulum* antes de salir de su estancia y dirigirse con paso apresurado hacía el

origen del ruido. Salieron a su encuentro dos guardias armados del retén que venían desde la otra punta de la casa. A ellos también les habían alarmado los gritos. Los tres llegaron hasta la puerta principal corriendo. Allí había un grupo de pretorianos más, los encargados de la vigilancia, que rodeaban a un hombre que estaba esgrimiendo una espada de manera amenazadora contra ellos. Pese a lo complejo de la situación, Valerio esbozó una leve sonrisa al darse cuenta de que se trataba de Petronio. Estaba borracho y no dejaba de proferir insultos y amenazas contra sus compañeros que cada vez iban estrechando más el círculo. Ninguno osaba lanzarse contra él para desarmarlo, ya que incluso en aquel estado de embriaguez, era un rival peligroso. Al menos estaba vivo, y eso era lo importante. A juzgar por su aspecto y por su manera de actuar, lo más probable era que al enterarse de la muerte de Mario, se hubiera ido a beber y a desfogar toda esa rabia que acumulaba. Él que pensaba que se quitaría la vida por el peso de la responsabilidad. Había subestimado la entereza y fuerza de aquel legionario. Se abrió paso entre sus hombres y alzando los brazos para demostrarle que iba desarmado, comenzó a hablarle:

—¡Legionario! ¡¿Se puede saber que estás haciendo?!

Petronio al verle aparecer de entre el grupo de soldados se quedó mirándole fijamente, pero sin bajar su espada.

—¡¿Es que no escuchas lo que te estoy preguntando?! ¡¿Qué horas son estas de presentarte en tu puesto?!

Parecía que atendía a las preguntas, aunque no dejaba de observar a los hombres que seguían rodeándole. Valerio hizo un gesto con su mano derecha y obligó a los guardias a que retrocedieran un poco y guardaran sus armas para que Petronio pudiera calmarse un poco.

—¡¿Dónde has estado tanto rato?!

—Llorando a un hermano caído, señor… —acertó a decir entre sollozos.

—Todos le hemos estado llorando —replicó el centurión suavizando el tono de su voz y acercándose un poco más hasta él mientras bajaba los brazos pidiéndole algo de calma—. Ahora haz el favor de entregarme tu espada, legionario.

Petronio agachó la cabeza y cayó de rodillas al suelo clavando la punta de su arma en el suelo. Valerio hizo un gesto a algunos de sus hombres para que mantuvieran la distancia mientras él se iba acercando lentamente hasta su objetivo. Observó cómo se había desmoronado, aunque no era muy prudente fiarse de alguien en su estado. Por eso mantuvo todos sus sentidos alerta mientras se colocaba a escasos cinco pasos del legionario.

—Petronio… Escúchame… Sé que no es fácil sobreponerse a una

situación tan dura como la que estamos viviendo. A mí me ocurrió lo mismo en Hispania cuando perdí a varios de mis compañeros en una situación similar a esta.

Captó la atención del hombre que, con los ojos empapados en lágrimas, se quedó observándole sin variar su posición.

—Te entiendo más que nadie, ya que yo también cargué con la culpa de aquello durante mucho tiempo. Y los que lo hicieron son los mismos que nos han arrebatado ahora a Mario. Ardo en deseos de dar con ellos y hacerles pagar la afrenta.

Petronio asió la espada de nuevo y con un rápido gesto, la cogió por la punta y alargó la empuñadura en dirección a su superior. Valerio la agarró con firmeza y se la entregó a uno de sus hombres que se había situado a su espalda. Justo entonces, se acercó hasta el abatido pretoriano y le abrazó. El valeroso veterano, que había combatido en infinidad de campos de batalla, que había luchado por la gloria de Roma, se dejó ir del todo y rompió a llorar como si fuera un niño, o una mujer. Se aferró a su oficial buscando comprensión y consuelo. Al centurión también se le humedecieron los ojos al ver de esa manera a uno de sus valerosos guardias.

—Desahógate, Petronio… El dolor acabará pasando, amigo. Es solo cuestión de tiempo.

CAPÍTULO LX

Se pasó toda la noche intentando levantarse para hacerse de nuevo con la llave del arcón, pero le fue imposible. Su maestro dormía muy cerca del lugar dónde la escondía, y habría sido una estupidez intentarlo, ya que le habría descubierto. Debería buscar otra manera de llegar hasta los tarros que con tanto recelo guardaba. Eran su tesoro más preciado y lo comprendía, ya que se jugaba mucho con ello. Recordó que aquel hombre de la barba le dijo que el tóxico que le entregaba era raíz de sardonia. Recordó que añadió que no tenía gusto ni olor alguno y en base a lo que sabía él sobre venenos, que le había explicado su maestro, cayó en la cuenta de que podía buscar alguna otra manera de hacer que Augusto lo ingiriese. Al estar ya triturada, se podía mezclar con algún alimento y así le resultaría más sencillo que introducirlo en el tarro de los mejunjes. Esa era una opción a tener en cuenta, y tan solo debía hallar la manera de poder llegar hasta la cocina de la casa del *Princeps* y proceder con la acción. Al menos sabía dónde estaba ubicada en aquella inmensa propiedad, ya que en alguna ocasión había estado junto a su maestro mientras este preparaba las medicinas, o daba las indicaciones a los esclavos para que lo hicieran por él. Incluso los sirvientes de la casa le habían visto ya por allí, así que no sería demasiado complicado ausentarse la próxima vez que fueran a verle y acercarse hasta allí para proceder a ejecutar el acto. Sí, aquella sería la mejor manera de proceder. Así, al menos, evitaría que nadie sospechara de lo que se tomara Augusto. El único riesgo que sopesó fue el de que otras personas de la casa también comieran de ese plato. Aunque eso era lo de menos. Ahí ya poco podía hacer él. Lo importante era que el objetivo cayera y que de esa manera aquellos hombres dieran por buena su colaboración.

* * * * *

Aquello sí que era un dilema en toda regla. Fabio acababa de marcharse a su habitación para estar con su esposa. Al menos eso era lo que le había dicho que deseaba hacer. Y él se quedó en el pasillo sopesando toda aquella información que le había transmitido el senador. ¿De verdad estaba tan cansado que iba a explicarle todo a Augusto? ¿Iba a ser capaz de hundir a toda esa gente por el desánimo que se había apoderado de él? La presión le había superado y todo indicaba que se había dejado derrotar. Pensaba que era un hombre más fuerte de espíritu. Al menos esa era la sensación que le había

dado desde que le conoció muchos años atrás. Lo había sabido mantener oculto hasta ese momento, ya que nadie lo había detectado. Ni él mismo, que siempre estaba atento a todos los pequeños detalles. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Contárselo a los demás y exponer a su amigo? ¿Era más importante la vida de un hombre que la de muchos? ¿Y que el futuro de la misma República? Pensó que lo que había dicho sobre él y su responsabilidad en los fracasos era fruto de la impotencia de no obtener los resultados esperados. No le culpaba por haberse desfogado y en el fondo aceptó que un hombre en su estado pudiera pronunciar frases como esas. Era innegable que había hecho muchas cosas por él, y por unas palabras duras que habían salido de su boca de manera impulsiva, no iba a dejar de valorar acciones buenas previas.

Decidió volver con los invitados antes de que estos sospecharan. Por el momento era mejor no dar demasiada información y buscar una solución a aquel nuevo contratiempo que se presentaba. Sonrió para sus adentros, ya que en realidad pensaba que su amigo tenía razón. Aquello se estaba eternizando y era normal que los menos preparados mentalmente no fueran capaces de resistir tanta presión. Pero a diferencia de Fabio, él disfrutaba con ese tipo de situaciones. Le hacían sentirse vivo. La adrenalina que se apoderaba de su fuero interno cada vez que tenía que enfrentarse a una adversidad, le daba algo que ninguna otra cosa le proporcionaba. Quizá la mayoría de los hombres que formaban parte de la conjura no entenderían jamás esas sensaciones. Esos ricos senadores y caballeros eran pragmáticos y no les gustaban las sorpresas. Los hombres bien posicionados tendían a creer que el mundo giraba a su alrededor, y que los demás estaban para servirlos a ellos. Pero la realidad era muy distinta. El mundo era un lugar cruel y despiadado, y si uno quería sobrevivir debía adaptarse a las necesidades de cada momento.

—¡Vaya, creíamos que ya no ibas a volver! —espetó Murena al verle aparecer.

—¿Qué le ha pasado a Fabio? Estaba un poco nervioso. Nunca le había visto de esa manera. Ha perdido un poco el control a mi parecer —añadió Sestio.

—Está fatigado. Demasiadas emociones fuertes estos últimos días. Ha preferido retirarse a descansar junto a su esposa. Le vendrá bien para reponerse —respondió él.

—Creo que su idea era un poco descabellada —dijo Sergio soltando una carcajada a modo de burla y sin dejar de comer y beber para alimentar aquella gorda panza que tenía.

No le agradó escuchar aquellos comentarios de los senadores en

contra de Fabio. Era bastante descortés hablar a espaldas de alguien que no estaba allí para defenderse, y mucho peor cuando era del anfitrión de la casa, el mismo que les ofrecía todo lo que estaban comiendo y bebiendo.

—Creo que deberíais mostrar un poco más de respeto por Fabio.

—Caballeros… Ya está bien de criticar. Es comprensible que nuestro querido anfitrión esté cansado. Es un hombre al que le gustan los resultados inmediatos, por eso no ve más allá de lo que pueda ocurrir mañana. En cuanto el tirano muera, se dará cuenta de que no todo es tan oscuro cómo cree. Tan solo necesita ver resultados que favorezcan a la causa —expuso Calpurnio que era el más sensato de todos—. Entiendo que esté hastiado de tanta espera. ¿Quién nos iba a decir cuando empezamos todo este asunto, que deberían pasar más de cuatro años para que se resolviera? —continuó diciendo a la vez que todos asintieron levemente dándole la razón—. Creo que deberíamos retirarnos ya. Se ha hecho tarde y no es bueno abusar de la hospitalidad de nuestro amigo. Si él se marcha a descansar, nosotros deberíamos hacer lo propio.

Los demás comenzaron a levantarse y caminaron en dirección a la salida de la *domus*. Calpurnio se quedó un poco rezagado y se acercó hasta Sexto. Le sujetó con suavidad por el codo mientras le apartaba un poco de la mirada de sus compañeros.

—Espero que Fabio no cometa ninguna locura…

—¿Por qué insinúas eso? —preguntó tratando de disimular.

—Estamos muy cerca de conseguirlo y sería una estupidez echarlo todo a perder por un poco de desánimo. ¿No crees?

—Todo está en orden. Opino lo mismo, en cualquier caso.

—Tú más que nadie sabes lo duros que han sido estos años. Has invertido mucho tiempo, esfuerzo, e imagino que algo de salud para llegar a buen puerto —expuso el cónsul que no era estúpido—. Las vidas de muchos hombres y de sus familias están en juego, así que, si detectas algo fuera de lo normal que pueda hacer peligrar el plan, te ruego que actúes de inmediato para evitar males mayores. ¿Me explico?

—Perfectamente, Calpurnio.

—Muy bien, Sexto. El interés de la República está siempre por encima del individual. Recuérdalo —señaló antes de marcharse en dirección a la salida.

Aquel hombre había percibido algo en él. Tal vez había sido incapaz de esconder su preocupación. No podía saberlo, pero sí que tenía claro que, si existía una amenaza, le había instado a neutralizarla de inmediato. Él también estaba fatigado por todo lo

acontecido los últimos días. Los acontecimientos se estaban precipitando, y eso significaba que los dioses también deseaban resolver la situación de una vez por todas. Pensó que lo mejor sería descansar, y ya cuando amaneciera trataría de volver a hablar con Fabio para ver si tan solo se trataba de un arrebato puntual, o si de verdad tenía que preocuparse más.

CAPÍTULO LXI

Aunque no lo había mandado arrestar, sí que ordenó a cuatro de los hombres de la guardia, entre los que estaban Arrio y Furio, que custodiaran la estancia a la que habían trasladado a Petronio tras su acción de insubordinación de la noche pasada. Sabía que el golpe moral que había recibido el veterano había sido duro, pero no podía permitir que su falta quedara impune. A ojos de sus camaradas, aquello podría parecer una muestra de debilidad en el mando, y por mucho que hubiera actuado dejándose llevar por el dolor, no era excusa para haberse comportado de aquella manera tan poco profesional. En la legión su falta habría supuesto un castigo severo, pero al menos allí, la disciplina y la pena que se le podía imponer, podía suavizarse. Se tenían que tener presentes varias circunstancias. Entre ellas la manera en la que había sido asesinado Mario, y también el sentimiento de responsabilidad con el que cargaba el susodicho. Sabía que el comandante entendería su decisión y no la discutiría. El resto de los hombres sabían que Petronio tendría que pagar por su falta, pero entenderían que la pena impuesta fuera menos grave que si hubiera estado en la legión.

—¿Crees que con dos semanas de arresto y una retención de la paga de un mes bastará?

—Opino que sí —respondió Salonio—. Aunque eres tú quién está al frente de esta unidad, así que tienes la última palabra.

Valerio miró de reojo a Aurelio que estaba con ellos. El *optio* asintió con un leve movimiento de cabeza.

—No será necesario ir más allá en esta ocasión.

Salonio asintió dando por buena la pena impuesta.

—Se lo comunicaremos tras el funeral —añadió el centurión.

—Piensa que los hombres te lo agradecerán. Verán en ti que eres un hombre justo y clemente por entender la situación que ha llevado al pretoriano a actuar de esa manera —dijo Salonio para reconfortar un poco a su amigo.

—Eso espero… —expuso Valerio mientras se llevaba los dedos pulgar e índice de su mano izquierda a la parte alta de la nariz—. ¿Has podido averiguar algo sobre ese tal Próculo al que nombró la esclava?

—Todavía no. Lo siento —respondió Aurelio.

—Cuando terminemos con las exequias iré a ver a la muchacha de nuevo para ver si podemos sacarle algo más de información.

Aquella misma tarde se debería celebrar el ritual para entregar el

cuerpo de Mario a las llamas purificadoras que serían las que le ayudarían a hacer la transición a la otra vida. Augusto había ordenado prepararlo todo, e incluso mandó llamar al *Pontifex Maximus*, su viejo socio de gobierno, Marco Emilio Lépido, para que estuviera presente en la ceremonia. No era habitual que eso ocurriera, ya que el sacerdote supremo tenía otras funciones y esa no formaba parte de ellas. Aunque, por influencia del primer hombre de Roma todo era posible, y esa era su manera de contribuir, aportando algún elemento de su amplia red de contactos. Se construyó una gran pira funeraria en la zona donde se levantaba el campo de entrenamiento de los pretorianos, ya que para un soldado era un honor llevar a cabo la transición en un lugar dedicado a la formación para el combate.

Aunque había decidido hablar con la esclava cántabra después de la ceremonia, pensó que no le iría mal ir a verla en ese momento. Aún quedaba un buen rato para que todo comenzara y no tenía ganas de hacer otra cosa que no fuera indagar, tratando de obtener un poco más de información sobre los culpables de aquel crimen. Sabía que detrás de todo estaría él, pero quería reunir pruebas suficientes para poder certificarlo. Además, si encontraba a quién lo había ejecutado, todo estaría más atado, a la vez que conseguiría detener al que había asesinado a su hombre. En aquella ocasión decidió ir él solo.

—¿Puedo hablar con ella? —le preguntó a la interprete que estaba en el exterior de la estancia junto a dos de sus guardias.

—Por supuesto, *dominus* —respondió la muchacha haciendo una reverencia y abriendo la puerta.

Allí estaba la última persona que había visto con vida a Mario. Se acercó hasta ella y le dijo a la antigua esclava de Galerio que le hiciera ver que tan solo quería conversar. Taurennia se incorporó y sonrió al centurión. Valerio le explicó mediante la otra muchacha todo lo acontecido, y cuando se lo tradujo, pudo ver reflejado en el rostro de aquella mujer el dolor. Las lágrimas emergieron de sus ojos y cayeron por sus mejillas. ¿Cómo era posible que una esclava de su condición pudiera llorar por la muerte de uno de sus hombres? Por la muerte de un simple cliente. ¿De verdad había llegado a sentir algo por Mario? Le dio un poco de tiempo para que se recobrara, y cuando la vio un poco más entera, le instó a que recordara cualquier detalle que los ayudara a dar con el asesino de su subordinado. Pero no obtuvo ninguna respuesta clara. Nada que no hubiera sido dicho con anterioridad y que arrojara algo de luz a aquel misterio. Decidió levantarse y marcharse. Fue entonces cuando las dos mujeres comenzaron a hablar. Al cabo de un momento, la esclava de Galerio le dijo:

—*Dominus*… Pide por favor que le dejen asistir al funeral de tu soldado.

Valerio se giró hacia las mujeres y observó con detalle el rostro de aquella salvaje. Pudo ver el deseo de poder estar en las exequias de Mario. Asintió levemente y respondió:

—Está bien. Puede asistir. Que se cubra como es debido y que me siga. Estaré fuera esperándola. Encárgate de vestirla para la ocasión.

Taurennia entendió a la perfección lo que había dicho Valerio y antes de que se marchara, le sujetó por el brazo. El militar se detuvo y la miró. Ella dijo algo que no entendió. Miró a la otra mujer y esta con una sonrisa le tradujo sus palabras:

—Le da las gracias y ruega a Candamo que vele por usted y por los suyos.

—¿Y quién es ese Candamo?

—Es nuestro padre de los dioses. Un equivalente a vuestro Júpiter, *dominus*.

El oficial asintió e hizo un leve gesto con la cabeza. Abrió la puerta y las dejó allí preparándose.

* * * * *

—¡Date prisa o llegaremos tarde!

—¡Ya voy, maestro! —exclamó Próculo desde el interior del habitáculo.

Les habían comunicado que aquella misma tarde, al caer el ocaso, se celebrarían las exequias por uno de los soldados de la guardia pretoriana de Augusto que había sido hallado muerto. Él sabía perfectamente de quien se trataba, aunque se hizo el despistado cuando Musa le dio la noticia. No quiso conocer los detalles del hallazgo, aunque pensó que su asesino no se había asegurado bien de que el cuerpo desapareciera para siempre.

—¿No has cogido los medicamentos para Augusto, maestro? —le preguntó extrañado al ver que el lugar donde estaban guardados seguía cerrado.

—¡No! ¡Esta vez no vamos para tratarle! —vociferó Musa desde la planta baja—. ¡No te entretengas más, que no quiero ser el último en aparecer!

—¡Ya voy! ¡Estoy buscando algo de abrigo por si hace frío!

Aquello sí que era un contratiempo. No iba a disponer de muchas oportunidades para llevar a cabo la misión, así que debía aprovechar aquel viaje a casa del *Princeps* para proceder. Era evidente que no iban a darle su mejunje, así que debía tratar de encontrar alguna otra manera. Cogió el saquito de cuero que contenía el veneno y se lo

guardó en el interior de la túnica. Su única alternativa pasaba por acercarse hasta las cocinas y mezclar el contenido con el alimento, tal y como había estado valorando. Bajó por las escaleras y cuando llegó a la planta inferior se encontró a su maestro inquieto. Este, al verle, le preguntó:

—¿Al final no has cogido una *paenula*?

Próculo se dio cuenta de que no lo había hecho, y trató de excusarse.

—Estaba un poco sucia, y pensé que no sería de educación presentarse así en un funeral.

—Un día de estos vas a salir de casa y te vas a dejar la cabeza dentro… —añadió Musa renegando.

Salieron de la *insula* y tomaron el camino que conducía a casa de Augusto.

* * * * *

Todo estaba dispuesto según el más estricto orden. Todos los miembros de la guardia, incluido el pobre Petronio, estaban vestidos con los uniformes reglamentarios. Portaban sus armaduras relucientes y todas sus armas, incluido el *scutum* hexagonal con el dibujo del escorpión, que se había adoptado como emblema de la guardia personal de Augusto. Se había escogido en honor al *Princeps*, ya que era su signo zodiacal. De esa manera se buscaba también diferenciarlos de los legionarios. Ellos no eran simples *milites*, sino que estaban por encima. Servían y protegían con sus vidas al primer hombre de Roma.

—¿Qué hacen ellas aquí? —preguntó Aurelio cuando vio aparecer a Valerio junto a las dos esclavas cántabras.

—Taurennia me ha pedido permiso para asistir al funeral.

—Es una esclava, Valerio… No debería estar presente en esta ceremonia. Lo sabes, ¿no? —añadió su *optio*.

—Sí, lo sé. Está aquí bajo mi responsabilidad.

—Pero los hombres… ¿Qué pensarán? ¿Y Augusto?

—Que piensen lo que les venga en gana —respondió de manera contundente el centurión.

Justo en ese momento, apareció Salonio, vestido con un uniforme que le habían prestado y que pertenecía a la guardia del pretorio. Se acercó hasta ellos y les dijo en voz baja:

—No me acabo de acostumbrar a llevar esto.

—Es el mismo que vistes en campaña. Solo cambia el emblema del escudo, y no es necesario que lo lleves —indicó Valerio.

—No lo digo por eso… Es que uno se hace a su armadura, y

cuando te dan otra, te sientes extraño portándola.

—No te sienta tan mal —bromeó Aurelio.

—La ocasión lo requiere, y por eso he accedido a ponérmela. Pero cuando la ceremonia concluya, la devolveré a la armería.

Acabó de pronunciar la frase en el momento en el que Augusto, acompañado de Marcelo hizo acto de presencia en el patio. A unos pasos de él, caminaba el *Pontifex Maximus*, Marco Emilio Lépido. El mismo hombre que había compartido el poder con él y Antonio durante algunos años, y que había sido relegado a un cargo residual. El sacerdocio supremo de la República habría sido un honor para muchos, pero no para un hombre como Lépido. Por lo que había podido saber por cotilleos y rumores, tras quitárselo de encima, Augusto le había condenado al exilio en Circeii, donde lo tenía estrechamente vigilado para que no intentara nada contra él. Extraño que el *Princeps* no optara por deshacerse de un posible enemigo y rival. Prefirió humillarle de aquella manera. Pero no contento con eso, le hizo volver a Roma algún tiempo atrás, para hacerle pasar más vergüenza. No le permitió ocupar su silla curul, y le obligó a comportarse acorde con su cargo. Le hizo cumplir a rajatabla todas las obligaciones del sacerdocio mientras él dirigía la República. Ahora, viéndole caminar con la cabeza gacha tras los pasos de su señor, daba la sensación de que aquel pobre desgraciado no era más que la sombra de lo que fue. Un poderoso militar que estuvo bajo las órdenes del mismo César, y que llegó a ejercer de pretor en Roma en ausencia del dictador cuando este fue tras los pasos de Pompeyo y los senadores rebeldes. Lépido siempre había sido leal, y algo debió ocurrir para que Augusto quisiera deshacerse de él. El intento por hacerse con Sicilia por la fuerza tras la derrota de Sexto Pompeyo fue el punto que marcó un antes y un después en sus relaciones con el *Princeps*. Se escapaban a su conocimiento las circunstancias que precipitaron su caída en desgracia. Tampoco es que fuera asunto suyo, así que se limitó a observar desde la distancia como se colocaba en la zona que se había adecuado para los más honorables cargos. Se situaron justo a la derecha de donde estaban los altos cargos de la guardia. Al llegar hasta ellos, Augusto saludó a Valerio y a Salonio:

—Centuriones… *Optio*…

—Señor —saludaron los aludidos.

—¿Quiénes son ellas? —interrogó Marcelo al ver a las dos mujeres.

—Son amigas de la infancia de Mario. Las hemos podido localizar en la ciudad. Conocían a sus padres —dijo Valerio anticipándose.

—Mis condolencias, señoras —dijo el edil.

—Gratitud —respondió Arnua, mientras Taurennia hacía una leve

reverencia con la cabeza.

Augusto hizo lo propio y apretó las manos de la interprete, que se quedó asombrada y sin palabras al ver de quien se trataba.

—Espero que no lo descubra, por tu bien… —dijo en voz baja Aurelio a su superior.

Salonio esbozó una pícara sonrisa y le guiñó un ojo a Valerio. Por suerte, los ricos no prestaban atención a esos detalles sin importancia. De haberse percatado de la condición de ambas mujeres, seguramente habría tenido algún problema. Justo en ese momento apareció una comitiva de seis guardias que portaban a hombros el cuerpo del difunto, estirado sobre una camilla hecha en madera y adornada con flores y plantas de varios tipos. Se acercaron lentamente y en silencio hasta el lugar en el que se levantaba la pira. El trayecto estuvo custodiado por dos filas de guardias que tenían sus espadas alzadas en señal de respeto por su camarada. Fue entonces cuando apareció Antonio Musa, que se situó detrás de Augusto. Al llegar, se acercó un poco hasta Valerio y le dio el pésame por la pérdida.

—Lamento mucho la muerte de tu hombre, centurión —dijo el *medicus*.

—Gratitud. Pero no solo era mi hombre, sino que era también un buen amigo —lamentó el jefe de la guardia.

—¿Y tú discípulo? —le preguntó Aurelio extrañado al no verle allí con él.

—Vendrá en un momento. Ha ido a aliviarse a las letrinas.

El *optio* asintió y prestó atención de nuevo a la ceremonia funeraria que estaba a punto de comenzar.

* * * * *

Mismo lugar, un poco antes

—Enseguida le alcanzo, maestro.

—¿Se puede saber a dónde vas ahora? —le preguntó un poco malhumorado.

—Tengo que aliviarme. No me puedo aguantar más.

—Si no te excedieras tanto con el vino… Ya te daré un remedio cuando volvamos a casa. No te demores mucho.

Próculo asintió mientras desparecía a toda prisa de la vista de Musa. Tenía poco tiempo para llevar a cabo la acción y no podía entretenerse. Se dirigió inicialmente hacia donde estaban ubicadas las letrinas, aunque cuando su maestro se dio la vuelta, cambió de dirección y ocultándose un poco, emprendió el camino que iba hasta

las cocinas. No tardó mucho en llegar a su destino, y por suerte tan solo había un par de esclavas preparando un guiso. Ambas le conocían de las ocasiones en las que había estado allí con el *medicus*. Al verle aparecer, le hicieron una leve reverencia en señal de respeto por su condición y una de ellas, la más anciana, le preguntó:

—Amo Próculo, ¿viene a traer alguna de las medicinas para el *Princeps*?

—Esta vez no, Domitila… Tan solo es que me apetecía algo de comer. No hay quien se resista a los aromas de los platos que elaboras —respondió él tratando de hallar una manera de acercarse hasta la zona donde estaban cocinando.

—Creo que algo podremos darle —dijo apartándose de la enorme olla de barro que estaba sobre el trípode metálico.

Le hizo un gesto a su ayudante y ambas fueron al almacén lateral que hacía las veces de despensa. Fue entonces, cuando aprovechando la ausencia de las mujeres, Próculo se acercó hasta el recipiente que contenía el sabroso guiso y vertió las raíces machacadas. Rápidamente y sin perder ni un momento, se apartó y aguardó que ambas mujeres regresaran.

—Si quiere un pedazo de pan de centeno recién cocido y algo de queso de cabra… —le ofreció Domitila.

Próculo lo cogió sin pensárselo y le hincó el diente. No es que tuviera hambre, pero debía aparentarlo para no levantar sospechas.

—Qué bien huele ese guiso, Domitila. ¿Qué es?

—Perdices con una salsa de cebollas y setas. La preferida del *dominus* Marcelo —respondió ella satisfecha.

«¡Maldición, me he equivocado!», pensó en aquel momento el aprendiz al percatarse de que ese plato no estaba destinado a Augusto.

—¿Solo come el joven Marcelo de esto? —preguntó con interés antes de dar otro bocado al quedo.

—Sí, amo. A su tío no le gustan las setas… Además, sigue comiendo las cosas frías y naturales, tal y como le recomendó su maestro, sobre todo por la noche.

No podía creerlo. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Tocó con los dedos el interior de la bolsita de cuero con disimulo, y se dio cuenta de que estaba vacía. Con las prisas y para asegurarse, había vertido todo el contenido en la olla. Ya no había vuelta atrás. No podía hacer nada para arreglarlo. Pensó que no se podía actuar con prisas, ya que las cosas salían siempre mal cuando uno iba en contra del tiempo. Cayó en la cuenta de que debía regresar a la ceremonia antes de que nadie sospechara de él. Su maestro le había advertido ya de ello y no deseaba dejarle en mal lugar.

—Gratitud por vuestra generosidad. Debo volver con los demás. La ceremonia estará a punto de comenzar.

Las esclavas se despidieron de él y regresaron a sus quehaceres. Próculo abandonó la cocina a toda prisa, y al salir al atrio de la casa arrojó la comida que llevaba en las manos a un rincón. Si antes tenía poca hambre, ahora menos. El estómago se le había cerrado completamente e incluso tuvo que escupir un pedazo de pan que se le había hecho bola y era incapaz de tragar. Se apresuró mientras no dejaba de darle vueltas al error garrafal que había cometido. No podía volver atrás y decirles a las esclavas que aquel guiso estaba envenenado. Habría sido otra equivocación, así que descartó de inmediato aquella posibilidad. Trató de pensar en algo. Necesitaba reaccionar lo antes posible y encontrar una solución. Notó cómo comenzaba a sudar. La túnica se le pegó en la espalda. Se detuvo un instante para tratar de pensar con claridad, pero no le vino nada a la cabeza. Imaginó la cara de aquellos dos hombres cuando se enteraran de lo que había ocurrido. Augusto continuaría vivo, y su maestro y él no tardarían en acompañar al joven Marcelo a la otra vida.

CAPÍTULO LXII

Casa de Fabio, unas pocas horas antes

—¿Estás seguro de eso?

—Muy seguro de las palabras que me dijo, Numerio.

—¿Crees que será capaz de hacerlo? —insistió el asesino un poco preocupado.

—No lo sé, aunque le vi muy desesperado. Sus ojos transmitían eso, y créeme, ya había visto eso mismo en los de otros hombres antes y no presagian nada bueno.

—La presión nos puede a todos en algún momento, y estos hombres tan ricos y bien acostumbrados son más débiles de lo que aparentan —expuso Numerio—. Pero de ahí a que acuda a Augusto y le cuente todo, dándole los nombres de los implicados…

—Me aconsejó que me marchara de Roma.

El asesino se llevó la mano al mentón y se mantuvo callado durante un rato.

—Sugieres que deberíamos tomar medidas.

—Calpurnio se percató de ello y me instó a que, si detectaba algo que pusiera en peligro el plan, actuara sin más —expuso Sexto.

—Has pasado mucho para llegar hasta dónde estamos ahora y sería una pena echarlo a perder por su culpa.

—Lo sé, pero Fabio es mi amigo y dio la cara por mí cuando nadie lo hizo. Por lo menos le quiero conceder el beneficio de la duda.

—Todo esto es superior a una amistad, Sexto —añadió su contertulio con el rostro serio.

—También lo sé.

—¿Entonces?

Sexto había estado dándole vueltas a aquel asunto durante casi toda la noche. Estaba preocupado por su amigo y por el hecho de que no cometiera una estupidez en aquel momento en el que gozaban de una clara ventaja.

—Me he levantado antes que él para evitar que saliera de la casa sin ser visto. Por ahora me conformo con tenerle vigilado y si detecto algo que no me gusta, volveré a hablar con él para convencerle. Si todo sale según lo previsto, el muchacho no debería tardar mucho en actuar. Cuando Augusto se vaya a la otra vida, Fabio recuperará el ánimo y verá las cosas de otra manera muy distinta.

—Espero por el bien de todos que así sea —respondió Numerio.

—Yo también.

* * * * *

Domus de Augusto, unas horas más tarde

Cuando llegó hasta el recinto en el que se estaba llevando a cabo el ritual funerario, se colocó justo detrás de Musa. Le puso la mano en la espalda mientras le decía en un tono de voz muy bajo:

—Ya estoy aquí, maestro…

—¿Por qué has tardado tanto? —le recriminó.

No podía explicárselo, así que tuvo que improvisar.

—Verá, había un par de hombres allí que estaban antes que yo, y decidí esperar hasta que acabaran. Ya sabe que soy un poco pudoroso.

—Tú y tus tonterías. Si fueras tan pudoroso para otras cosas, otro gallo cantaría —respondió el *medicus* justo antes de darse la vuelta.

Pudo ver cómo Augusto, acompañado de un hombre un poco mayor que él, que iba ataviado como si fuera un sacerdote, estaban situados justo al lado del cuerpo del difunto. Desde la distancia no pudo certificar que se tratara del hombre que su acompañante eliminó y arrojo a las fétidas aguas de la Cloaca Máxima, aunque por descarte estaba claro que debía tratarse de él. Fue en ese momento cuando el *Princeps*, tras cubrirse la cabeza con un manto de lino, comenzó a pronunciar unas palabras en voz alta a la vez que alzaba los brazos al cielo con las palmas extendidas hacia arriba:

—¡Oh, dioses de Roma! ¡Yo, Cayo Julio Cesar Augusto, en nombre de todos los mortales, os pido que acojáis el alma del difunto, Quinto Mario Pulo, noble y valeroso soldado de la *legio* IV Macedónica, que formaba parte de mi guardia pretoriana! ¡Con esta libación y con esta ofrenda en forma de grano, os ruego que le permitáis llegar hasta el Eliseo, lugar de descanso de los que dan su vida portando sus armas en defensa de los demás! —exclamó depositando junto al cuerpo del finado los alimentos a los que había hecho mención.

Hizo una leve reverencia mientras cambiaba la dirección de las palmas de sus manos, ahora enfocando hacia abajo.

—¡A vosotros, dioses del inframundo, también os pido que seáis justos a la hora de dar paso y acoger en vuestro seno a Quinto Mario Pulo! ¡Él combatió por la gloria de la República, como muchos otros hijos del divino Quirino! ¡Merece estar junto a todos los que dieron la vida por nuestra amada Roma! ¡Yo, vuestro más humilde servidor, vuelvo a haceros entrega de estas ofrendas para que sirvan de pago! —depositó sendas ofrendas, al otro lado del cuerpo del fallecido.

Dio unos cuantos pasos atrás y le cedió el puesto al hombre que estaba a su lado. Este avanzó y se cubrió de igual manera la cabeza.

—¿Quién es ese hombre, maestro? —preguntó Próculo interesándose.

—Es Marco Emilio Lépido, el *Pontifex Maximus*, el *flamen dialis*.

—Pero, tengo entendido que ese hombre, que es sacro, no puede tener contacto alguno con la muerte, ¿me equivoco?

—No te equivocas… Pero está aquí por voluntad expresa de Augusto, y si él le dice que asista al funeral de ese hombre, no puede negarse —explicó Musa a regañadientes ya que no se sentía cómodo con las constantes preguntas que le formulaba su discípulo.

—Se expone a una impiedad.

—*Iupiter Optimus Maximus* comprenderá, en su infinita sabiduría, la necesidad del momento.

No lo veía igual que su maestro. Comprendía que Augusto era el hombre más influyente de toda Roma, pero ¿acaso estaba por encima de los mismos dioses para obligar a un hombre sacro a cometer una falta como aquella? Entendía ahora que hubiera algunos hombres poderosos que desaprobaran la manera de actuar del *Princeps*. Estaba poniendo en un compromiso al *flamen dialis* obligándole a asistir a aquel ritual, y no era justo. Pese a que no era un experto en política, sí que sabía que había cosas que no se podían alterar sin más. La relación con los dioses era algo sagrado, que estaba por encima de cualquier ambición personal. La figura de aquel hombre representaba la relación entre los mortales y las divinidades, y con aquel gesto de autoridad, Augusto quería demostrar que él estaba por encima de los seres inmortales. No le gustó nada lo que estaba viendo, pero era consciente de que lo poco que podía hacer. Pensó que todo lo que iba a ocurrir a partir de ese momento sería justicia divina. El pago por la afrenta que estaba cometiendo. Los dioses eran seres supremos y no se podía jugar con ellos. Mucho menos tratar de ponerse a su misma altura. Pensó que tal vez habían sido estos los que le habían llevado a equivocarse a la hora de verter el contenido de la raíz tóxica en la olla en la que se estaba cocinando el guiso para Marcelo. Estaba convencido de que ese era el castigo para el *Princeps*. Los dioses no dejaban que las cosas sucedieran al azar. Ellos siempre se encargaban de poner orden en el mundo de los mortales. De ahí la necesidad de mostrarse atento a sus necesidades. Tenerlos satisfechos era lo prioritario en la vida de cualquier romano, ya fuera hombre o mujer, joven o anciano, militar o civil, rico o pobre. Quién no entendiera esa premisa, estaba condenado a sufrir su ira. Se vio como un simple instrumento al servicio de fuerzas superiores que se escapaban a su

control. Respiró aliviado y pensó que, por mucho que la situación se repitiera mil veces, siempre acabaría ocurriendo lo mismo. Su destino estaba escrito desde el día en que nació. Sus padres debían morir, él vagar sin rumbo por las calles de Tarraco y acabar convirtiéndose en discípulo de Musa, para que todo aquello sucediera. Oró en silencio a todo el panteón olímpico, mientras asistía en silencio a la plegaría que estaba haciendo el *flamen dialis*.

* * * * *

Casa de Fabio, a la mañana siguiente

—¿Por qué has hecho todo eso, querido?

—No lo sé… —respondió Fabio que yacía entre los carnosos pechos de su esposa.

—No comprendo cómo has sido capaz de traicionar la confianza de Augusto de esa manera. ¿Es que no nos ha tratado bien hasta ahora? Le preguntó ella sin dejar de acariciarle el pelo.

—No soy el único que lo veía así.

—¿Qué importan los demás, Fabio? Nadie debe decidir por ti. Tú eres el amo de tus decisiones y debes ser capaz de tomarlas con criterio. Al menos eso fue lo que te enseñó tu padre.

Tenía toda la razón. El sentimiento de culpa que le acompañaba desde hacía semanas se había impuesto a la razón, y por ello le había tenido que confesar todo a su amada y querida Vibia. Se pasaron toda la noche en vela. Ella escuchó atentamente todo lo que su esposo le relató, y tan solo le interrumpió dos o tres veces para que le aclarara algún aspecto que era más difícil de entender. En ningún momento le reprochó nada, simplemente esperó hasta el final de la explicación para darle su opinión. Necesitaba escuchar a alguien ajeno a todo aquello. La sinceridad de su esposa era algo que apreciaba e incluso añoraba. Era una mujer, y no entendía de política, pero sí que entendía de sentimientos y emociones. No esperaba que le diera una respuesta clara, o que le indicara cual era el siguiente paso que tenía que dar. Tan solo necesitaba alguien que le escuchara desahogarse. Sacar de su interior todo aquello que le oprimía el pecho y que no le dejaba conciliar el sueño desde hacía demasiado tiempo.

—Siempre me he preguntado qué habría hecho mi padre de estar en mi misma situación —respondió él.

—Seguro que lo más justo, esposo mío.

—¿Quieres decir que me he equivocado al posicionarme? —le preguntó él levantando la cabeza y mirándola a los ojos.

—Yo no entiendo sobre lo que tratáis los hombres en la Curia. No es esa mi función en la vida, querido. Tan solo te digo, como mujer, que debes guiarte por lo que tu corazón te diga. No siempre lo más justo es lo más sencillo. Normalmente suele ocurrir todo lo contrario. Debes decidir por ti mismo de qué manera actuar.

—Debo decidir a quién traiciono, ¿no?

—Si quieres llamarlo de esa manera —respondió ella esbozando una cálida y comprensiva sonrisa—. Yo te apoyaré tomes la decisión que tomes.

Vibia acercó sus labios hasta los de él y le dio un cálido y tierno beso. Él se sintió reconfortado. Tanto amargarse y la respuesta la tenía justo a su lado.

—Me asusta tener a esos dos hombres en casa, querido —dijo refiriéndose a Sexto y Numerio.

—Lamento haberte engañado, Vibia. No era mi intención ponerte en peligro. Eres lo que más quiero en esta vida y tan solo quería protegerte de todo lo que ocurre fuera de estas paredes.

—Lo sé, Fabio.

El senador saltó del lecho y comenzó a vestirse con su toga. Ella se levantó y le ayudó a colocársela mientras le alisaba los pliegues para que estuviera presentable.

—¿Vas a ir a la sesión del Senado? —le preguntó ella.

—Iré, aunque antes quiero ir a ver al *Princeps*.

Vibia sonrió y, dándole un beso en la mejilla, le dijo:

—Sí esa es tu decisión, no te entretengo más.

CAPÍTULO LXIII

Domus de Augusto

—¡Habla maldito hijo de Plutón!

El hombre recibió un duro puñetazo en el rostro. Ya no sabía cuántos le habían propinado. El dolor era insoportable, y pensó que el pretoriano debió haber sentido algo similar justo cuando Flaminino, o como se llamara aquel malnacido, le estaba propinando la paliza.

—¡Tiradle un cubo de agua fría por encima! ¡No quiero que se desmaye y deje de sufrir! —ordenó Valerio que tenía los nudillos de su mano derecha en carne viva después de haberle dado tantos golpes a ese desgraciado.

Se acercó hasta él, y cuando Furio obedeció la orden, le sujetó de los cabellos y le levantó la cabeza. Acercándose más a él, le dio un par de bofetadas para que recuperara el sentido.

—¡Despierta hijo de ramera! ¡Todavía no he terminado contigo!

Le dio otro fuerte golpe en la mejilla izquierda, que casi le tiró al suelo.

—¡Ya basta, centurión! —ordenó Augusto que estaba en la entrada de su estancia, que se había convertido en la sala de interrogatorios improvisada.

Valerio se dio la vuelta. Tenía los ojos encendidos en fuego. Estaba muy enfadado.

—Será mejor que le des algo de tregua si quieres que acabe confesando —insistió su superior.

—Tiene razón —añadió Salonio que estaba allí con ellos, acompañado de Aurelio, Furio, Pompeyo y el mismo *Princeps*.

El centurión, asintió y se apartó de aquel miserable. Dio un largo trago a una jarra con agua fría que habían traído unas esclavas y se secó el sudor con la capa que estaba sobre su lecho. No podía dar crédito a lo que había ocurrido justo después de que acabara el funeral por Mario. Todavía recordaba como al comenzar a marcharse los guardias y los asistentes, la cara de la prostituta cántabra se convirtió en una terrible mueca. Comenzó a gritar y a señalar reiteradamente al ayudante de Musa. El muchacho, sin saber qué hacer, optó por marcharse de allí tan rápido como le fue posible. Por suerte, Aurelio, que estaba cerca, y él, reaccionaron y agarraron con fuerza por el brazo al aprendiz y le retuvieron hasta que pudieron preguntarle a Arnua el significado de las palabras de Taurennia. La interprete estaba calmando a su compatriota como podía, aunque esta no dejaba de

señalar al muchacho y de gritar. Cuando la esclava le dijo que su compañera reconocía a ese hombre como el que estaba junto a Mario en el callejón de detrás del lupanar la noche en la que fue visto por última vez, un escalofrío recorrió la espina dorsal del centurión. Cayó en la cuenta de que aquel muchacho se llamaba Próculo. Lo habían tenido tan cerca y ni siquiera se habían dado cuenta. De no haber sido por la infracción a la norma que había cometido al dejar asistir a la esclava al funeral, nadie se habría dado cuenta de nada. Lo que menos le importó en aquel momento fue que Augusto, que asistía incrédulo a la escena que se estaba produciendo, se diera cuenta de que aquellas mujeres no guardaban ninguna relación de infancia con el desdichado de Mario. La evidencia fue total, pero el primer hombre de Roma, en lugar de recriminarle nada a su subordinado una vez le fue confesada la verdad, dio la orden inmediatamente para que apresaran al aprendiz de su *medicus*. Musa, que estaba también sorprendido por todo aquello, no objetó nada, e incluso prefirió que se llevaran al muchacho para tratar de aclarar lo ocurrido. Todo se había precipitado de una manera insospechada. El prisionero, que ni siquiera se resistió, fue conducido a la cámara del centurión, dónde comenzaron las preguntas. Las esclavas, Musa y Marcelo se quedaron en el exterior, acompañados de un nutrido grupo de pretorianos, que tenían las órdenes de custodiarlos, y evitar que ninguno de ellos entrará en el habitáculo hasta nueva orden.

—¿Vas a hablar, muchacho? —interrogó Salonio tomando el relevo y alzándole la cabeza sujetándola por el mentón—. Si nos dices todo lo que queremos saber, no recibirás ningún otro golpe, te lo garantizo.

Próculo miró fijamente al *primus pilus* y sonrió como pudo.

—¿Acaso te hace gracia esta situación? —le preguntó enojado Salonio.

—No, señor…

—¿Entonces por qué sonríes?

—Simplemente por la situación en sí. Los dioses en ocasiones se mofan de nosotros —respondió el joven.

—Sí, muchas veces ¿y qué?

—Tan solo digo que es imposible evitar ser esclavo de tus propias decisiones.

Aquellas palabras no decían nada concreto. Eran las reflexiones de un hombre que se sentía cazado… Nada más.

—¡Basta ya de decir estupideces! —exclamó Valerio poniéndose en pie y acercándose hasta el joven con el puño alzado.

Salonio le sujetó y trató de calmarle.

—¡Detente! ¡Esa no es la manera, Valerio!

—¿Entonces cuál es? ¡¿Se lo preguntamos a Mario?! —interrogó enfadado y mirando a los ojos a su amigo y superior.

—Tenemos que darle la suficiente confianza para que hable. Tal vez, Musa… —le instó después de apartarlo un poco de Próculo.

Valerio se giró hacía Augusto, y este asintió con un leve gesto de cabeza.

—¡Furio! ¡Que entre el *medicus*!

El *miles* Furio abrió la puerta y llamó a Musa apara que entrara. No pasó demasiado hasta que este entró. Su cara al ver a su discípulo de aquella guisa lo decía todo. Pero el hombre, mostrando entereza se mantuvo en silencio. Fue Augusto el que se acercó un poco a él y le dijo:

—Amigo…, nos conocemos desde hace mucho tiempo, y te debo algo más que mi vida. Me has salvado de las garras de la muerte en varias ocasiones y no hay suficientes riquezas en este mundo para compensarte. Ahora tengo que pedirte otro favor más. Sé que no es fácil para ti, pero necesitamos que tu aprendiz nos diga todo lo que pasó. Es primordial que nos dé detalles por el bien de la República, ya que hay mucho en juego.

Musa asintió y se acercó un poco más hasta su discípulo. Los dos centuriones se apartaron un poco para dejarle espacio. El *medicus* levantó la cabeza del muchacho, que la había agachado en señal de vergüenza ante su maestro. Le miró a los ojos y le dijo:

—Por todos los dioses, Próculo… ¿Qué es lo que has hecho? ¿Cómo has podido llegar hasta esta situación? ¿Es que no me he portado bien contigo todos estos años? Dime…

El joven no articuló palabra alguna. Continuó con la mirada fija en el suelo.

—¿Es que ni siquiera vas a responderme? —hizo una breve pausa mientras observaba los moretones que le habían salido en el pómulo derecho y el labio partido fruto de los golpes que había recibido—. Mírate… ¿Te das cuenta de que se te acusa de algo muy grave? Es una ofensa a mi honor y a la confianza que tenían depositada en mí. Con esto no solo te perjudicas a ti, sino que también manchas mi reputación.

—Yo no fui, maestro. No le hice daño a ese hombre —dijo el muchacho balbuceando entre sollozos.

Musa se giró y miró a Valerio, que asintió.

—Entonces, si no eres culpable, debes decirles quien fue el responsable de ese crimen atroz. ¡Por Júpiter!, ha muerto asesinado un hombre inocente, y tú sabes quién ha sido. Es tu deber colaborar con ellos para poder arrestar al desalmado que lo ha hecho.

—¿Acaso serviría de algo colaborar? ¿Es que no ves lo que me han hecho ya? Estoy condenado antes de ser juzgado —respondió mirando a todos los presentes.

—Eso no es cierto. Si no has sido tú, pero los ayudas, ellos te ofrecerán un juicio justo.

—¿Qué clase de juicio será ese? La justicia hace tiempo que ha abandonado esta ciudad. Además, lo hice por ti, maestro… Para que no te pasara nada —reconoció Próculo sin dejar de sollozar.

Musa se quedó mirándole y le acarició el cabello.

—Ellos dijeron que, si no los ayudaba, me matarían por todo lo que había visto y escuchado… Y que después irían a por ti… No me quedó más remedio que obedecer.

—¿Qué te dijeron que hicieras por ellos? —interrumpió Valerio adelantándose a Musa.

—Eso ya no tiene importancia.

—¡Claro que la tiene! —exclamó el centurión cogiéndole por la pechera—. ¡¿Quién mató a Mario?! ¡Responde de una maldita vez o te arrancaré la piel a tiras, maldita rata!

Musa dio un paso atrás mientras Valerio seguía gritándole al joven Próculo.

—Qué más da, si ya estoy muerto… Si no lo hacéis vosotros, lo harán ellos.

Le propinó otro puñetazo y le saltó un diente. El muchacho escupió la sangre al suelo, mientras el *mediucs* miraba a Augusto. Este, dio un paso al frente y se acercó un poco más. Apoyó la mano sobre el hombro de Valerio y le invitó a apartarse un poco.

—Joven Próculo… Si hablas ahora, por el respeto que le tengo a tu maestro, y por colaborar, me encargaré de que no te pase nada malo.

Próculo soltó una leve carcajada que cogió por sorpresa a todos.

—Imagino que, si el primer hombre de Roma es capaz de obligar al *flamen dialis* a asistir a un funeral y acercarse de esa manera a algo tan impuro como la muerte, puede conseguir también que no me ejecuten.

La osadía que demostraba aquel muchacho había alcanzado un nivel demasiado elevado. Estaba faltando al respeto al hombre más poderoso de Roma, y se lo tomaba como si fuera un juego.

—Además de ser un traidor, eres irrespetuoso con el *Princeps* —añadió Valerio dándole una bofetada con la mano abierta, que más que dolerle físicamente le dañó el orgullo.

—¡Basta, centurión! —recriminó Augusto poniéndose delante del muchacho.

—Puedes pensar lo que quieras al respecto. Ni siquiera conoces el motivo por el que hice venir al *Pontifex Maximus* al funeral de Mario.

Pero no voy a consentir que manches la reputación de tu maestro. Él no merece que le des esta clase de disgustos, y menos después de lo que afirma haber hecho por ti. Todos tenemos derecho a errar en nuestras decisiones, y entiendo que te has visto obligado a actuar de esta manera para protegerle a él —señaló de reojo a Musa que estaba a su lado—. Pero a partir de este momento seremos nosotros los que le protejamos. Deberías haber acudido antes a mí y te habría ayudado por el respeto que le guardo al hombre que me ha salvado la vida. ¿Acaso crees que habría ignorado tu petición?

EL aprendiz escuchó atentamente las palabras que le dijo el hombre más poderoso de Roma. Tal vez aquella habría sido la mejor manera de proceder. Si en lugar de obedecer a los desconocidos que le amenazaron hubiera acudido a su maestro con la verdad por delante, ahora no se encontraría en aquella situación tan complicada. Pero ahora ya estaba todo hecho y no había vuelta atrás. Los hombres eran esclavos de sus decisiones, y él ya había tomado la suya en su día.

—Pero, ¿qué te está ocurriendo, Próculo? Tú no eres así —acertó a decir Musa que no entendía porque su discípulo se comportaba de aquella manera.

—En ocasiones la gente nos sorprende, maestro… No siempre las cosas van a ser como nosotros queremos.

—Si sigues hablando y actuando así, no podré hacer nada por ti —afirmó el *medicus* con los ojos llorosos.

—Ya has hecho todo lo necesario, y más. Has permitido que los dioses me trajeran hasta este momento. Has estado siempre a mi lado y me has ayudado a crecer y a convertirme en lo que soy ahora. Gracias a ti he conseguido mi propósito para con los dioses, así que no puedo pedirte que hagas nada más. Te lo debo todo y con mi acción, espero haberte protegido.

Todos se quedaron sin palabras ante lo que acababa de decir Próculo. Nadie esperaba que mostrara aquella voluntad y entereza en un momento tan complicado para él. En lugar de desmoronarse tras haber recibido aquella paliza, parecía más entero que al principio.

—¡Se me está acabando la paciencia, muchacho! ¡¿En qué has ayudado a esa gente y quién es el asesino de Mario?! ¡No te lo voy a volver a preguntar otra vez! —dijo Valerio llevándose la mano a la empuñadura de su espada y sacando la hoja parcialmente.

Próculo se dio cuenta de que la cosa iba en serio, así que pensó que lo mejor iba a ser darles algo de información. Les diría lo poco que sabía, aunque eso no le sirviera para quedar exculpado. Lo que no les iba a explicar jamás era lo que le habían pedido que hiciera por ellos. Si lo contaba, por mucho que pudieran evitar que ocurriera, él

acabaría siendo el responsable del intento de asesinato de un magistrado y la pena correspondiente por semejante acción, era la muerte. Al menos si contaba algo, podría evitar morir y su maestro quedaría protegido por Augusto. Era su única opción de eludir la muerte, ya que aquellos hombres le acabarían matando de todas maneras cuando se enteraran de que había fracasado en su tarea. Además, Augusto merecía ser castigado por su vanidad y su impiedad. Un hombre que abogaba por la defensa de los valores tradicionales, y que luego hacía lo que le venía en gana de puertas de casa para dentro, no merecía su respeto. Si los dioses habían decidido usarle a él como instrumento de venganza, debía estar dispuesto a asumir las consecuencias. Si la voluntad de los seres supremos era que Marcelo muriera, debía respetarse.

—No sé mucho… —comenzó a decir mirando a los ojos al centurión—. Ni siquiera sé su verdadero nombre. Me dijo que se llamaba Flaminino, pero luego me enteré de que me había mentido en eso y en lo que me dijo de que había sido legionario y ahora comerciante.

—Ese nombre… Es el que nos dio Rutilio en Tarraco, ¿no? —preguntó Aurelio asombrado.

Valerio miró con desconfianza al aprendiz de Musa.

—¿Qué más?

—Estaba tomando un vino con él en ese lupanar. En un momento dado, salió a orinar y al cabo de un rato regresó e insistió en que le acompañara fuera. Fue entonces cuando vi a tu hombre en el suelo con la cara destrozada. Se lo había hecho él, y me pidió que le ayudara a deshacerme del cuerpo.

—Pero Mario seguía con vida aún, ¿no? —preguntó Valerio.

—Claro… Y por ello insistí en que debíamos llevarle a mi maestro para que le atendiera —expuso el muchacho.

Musa asintió levemente con la cabeza y sonrió dando gracias a los dioses.

—Continúa.

Próculo les explicó los detalles de la conversación con aquel hombre, y todo lo que ocurrió a continuación.

—¿Recuerdas dónde estaba la *domus*? —le preguntó Augusto.

El muchacho dio varias referencias que sirvieron para ubicarla perfectamente. Era la misma en la que habían visto a Sexto hablando con algunos de los senadores. Todo encajaba, y no había duda de que había sido él quien había orquestado todo aquello. Tal vez Mario tan solo tuvo la mala suerte de cruzarse con el hombre que no debía. El azar, o los designios divinos le habían llevado hasta ese fatal

momento.

—Debiste haber acudido a tu maestro para explicarle todo esto —dijo Augusto.

—Lo sé, pero estaba asustado —respondió el joven.

—Por favor, mi *Princeps*, ruego que seas clemente y piadoso con mi aprendiz —suplicó Musa—. Es tan solo un muchacho que se ha equivocado a la hora de tomar una decisión. Dime que es lo que puedo hacer para que seas benevolente con él. Te devolveré todo lo que me regalaste en su día con gusto, si le perdonas la vida.

Jamás habría pensado que su maestro se humillaría de aquella manera ante nadie. Estaba dispuesto a renunciar a la recompensa que había obtenido con su esfuerzo y profesionalidad, y lo estaba haciendo por salvarle a él. Eso significaba mucho, así que no pudo evitar que se le escaparan unas pocas lágrimas. No por el dolor físico de las heridas, sino por ver a su referente de aquella manera.

—Estoy convencido de que Próculo no participó en la muerte de Mario —comenzó a decir Augusto—. No es culpable del asesinato, pero sí que lo es de haber encubierto durante todo este tiempo a los responsables. Es también culpable de engañarnos a todos, y a ti el primero, mi querido Musa. No hay nada peor que la traición a un maestro, y eso, aunque no esté recogido en ningún compendio de leyes, sí que consta en algo más importante: el honor. No eres el responsable de sus actos, querido amigo —continuó diciendo después de apoyar su mano en el hombro del *medicus*—. Tú le has instruido lo mejor que has podido, pero ha sido él quien ha elegido el camino equivocado. Tampoco debes renunciar a todo lo que te entregué, porque lo ganaste con tu esfuerzo y dedicación, y no sería justo que lo perdieras a cambio de compensar una falta que no has cometido. Por el respeto y el cariño que te tengo, y por todo lo que te debo, te aseguro que Próculo será juzgado de una manera justa ante un tribunal. Ellos serán los que decidan que castigo se le debe imponer. Es lo máximo que puedo hacer por ti y por él en este momento.

—Gratitud eterna, mi *Princeps* —respondió el *medicus* besándole el anillo y con los ojos humedecidos por la emoción.

—Centurión, encárgate de la custodia del prisionero… Y que no le suceda nada. Se halla bajo tu responsabilidad. ¿Queda claro? —ordenó Augusto antes de salir de la estancia.

—Muy claro, comandante.

CAPÍTULO LXIV

—¿A dónde vas?

—A la reunión de la Curia, cómo cada mañana —respondió Fabio dándose la vuelta al escuchar aquella pregunta y darse cuenta de que era Sexto, acompañado de Numerio.

—Es muy pronto todavía. Normalmente no sales tan temprano de casa.

—Tampoco vemos que te acompañe ninguno de tus esclavos —añadió el asesino.

—Es que quiero pasarme antes por casa de Calpurnio para tratar con él un asunto de la sesión de hoy. Además, todos los siervos están ocupados haciendo otras tareas y no quiero retrasarme. El cónsul me está esperando y ya sabéis que se toma muy en serio el tema de la puntualidad —expuso el senador.

—¿Y cuál es el tema que tienes que tratar con él, si puede saberse?

Estaba tratando con el maestro del engaño. Era muy complicado mentir al maestro de los mentirosos. Pero ya había comenzado y no podía dar marcha atrás sin ser descubierto.

—No creo que te interese demasiado, Sexto. No tiene nada que ver con lo nuestro, simplemente se trata de un asunto de política exterior, una propuesta de tratado de paz que llega desde Oriente. Los partos han ofrecido negociar un acuerdo a Agripa, y este ha hecho llegar una misiva al Senado dónde se enumeran las condiciones que demandan. Queríamos repasarlo antes de la sesión matinal para llevarlo un poco estudiado cuando sea presentado al resto de miembros de la Curia.

—Entiendo…

Sexto miró a Numerio, que sin decir nada se dirigió a la puerta de salida de la casa y se colocó delante. Acto seguido se acercó hasta él y le puso el brazo por encima del hombro, rodeándole el cuello. En un tono suave le susurró al oído:

—Verás, nos conocemos desde hace demasiado tiempo, amigo. Sé cómo eres y conozco todos tus movimientos cuando te pones tenso. No se te da demasiado bien mentir. Acompáñame si eres tan amable… —dijo invitándole a caminar en dirección al jardín trasero de la casa.

No le quedó más remedio que hacerlo. Sabía que el éxito de su misión pasaba por abandonar la *domus* sin ser visto. Se había arriesgado a salir tan pronto precisamente por ese motivo, pero de nuevo Sexto había demostrado estar atento a cualquier contratiempo. Ahora le había interceptado, y a juzgar por sus palabras, y por el posicionamiento de Numerio, estaba claro que no había creído nada

de lo que le había contado. Como excusa no era la mejor, pero le habían interceptado por sorpresa y fue lo primero que le vino a la cabeza. En otras circunstancias tal vez le habría funcionado, pero después de lo acontecido la noche anterior, todo indicaba lo contrario. Le obligó a sentarse en uno de los *triclinia* que estaban bajo la pérgola de madera. Hacía un poco de frío a esas horas de la mañana, y además notó un escalofrío que le recorrió toda la espala, haciendo que se le erizara el vello de los brazos. No sabía si era producto de la baja temperatura o del miedo que comenzó a apoderarse de su persona. Su invitado tomó asiento frente a él, mientras su sicario, se quedaba en pie, vigilando.

—Dime la verdad, Fabio…

—Ya te he dicho que tenía que reunirme con Calpurnio —respondió este un poco más nervioso.

—Es una verdadera pena que estés dispuesto a sacrificarlo todo cuando estamos tan cerca del éxito.

Sexto hizo una pausa y se encogió de hombros soltando un suspiro.

—No sé a qué te refieres.

—¿A dónde ibas con tanta prisa? Y esta vez, dime la verdad.

—El cónsul me está esperando —insistió Fabio con la voz un poco más temblorosa.

—He sacrificado mucho por esta causa. Tú también te has arriesgado más de lo debido. Por todo lo que has hecho por mí, te voy a dar una última oportunidad —le interpeló Sexto.

No había duda de que le había pillado. Después de la conversación que habían tenido la pasada noche, había descubierto que sus intenciones eran confesar. A diferencia de su amigo, que siempre se había mantenido firme y había sido capaz de cometer actos atroces por la causa, él era más débil. Había podido asumir ciertas acciones que no le parecieron adecuadas, y había tenido que aprender a convivir con ellas. La muerte de Licinio en su día y la del propio Emilio y todos sus esclavos. Lo había hecho por la causa y por el fin: derrocar a un tirano. Pero después de lo que había vivido las últimas semanas, por no decir meses, se había dado cuenta de que quizás Augusto no era tan tirano como le habían hecho creer. Se arrepentía de haberse mezclado con aquellos hombres, que no querían otra cosa que velar por sus intereses personales. Quizá la República era lo que menos les interesaba. Había sido testigo de demasiadas cosas extrañas, y se sentía un poco inseguro de lo que fuera a acontecer si al final el *Princeps* moría. Otra cruenta guerra civil era lo que menos deseaba, y ver como aquel atajo de buitres se repartían el pastel antes de que el tirano hubiera muerto, le había removido en su interior. No sabía de

qué serían capaces aquellos hombres con tal de mantener su poder. Sexto le estaba hablando de ideales, cuando estos ya hacía mucho tiempo que habían quedado relegados a un segundo plano.

Le habían asaltado muchas dudas y no acababa de verlo claro. Debería haber sido más cauto a la hora de reaccionar y ahora comprendía que mostrar su inquietud y su estado de ánimo a Sexto había sido un grave error. En aquel momento se dejó llevar por la situación y no fue consciente de que aquel hombre que ahora tenía frente a él estaba dispuesto a llegar hasta el final, costase lo que costase. Jamás había tenido escrúpulos y siempre había actuado de manera firme y consistente. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de lo imprudente que podían sonar sus palabras?

—Me han dado permiso para actuar como crea conveniente si detecto que tu actitud puede suponer un problema para nuestros intereses —siguió diciendo—. Ya sabes que puedo ser el amigo más leal que uno pueda tener, pero si percibo el mínimo indicio de amenaza, puedo convertirme en la peor de las pesadillas.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad. Porque si no, tu silencio te está delatando, Fabio. Y aunque no quiera, me veré obligado a proteger los intereses de los que me pagan. Y si para ello tengo que enviarte a la otra vida, no dudes que lo haré —hizo una breve pausa—. Y Vibia te seguirá en ese viaje…

Aquellas eran las palabras que no quería escuchar. Su mujer no tenía la culpa de nada. Se acababa de enterar de todo hacía muy poco porque él se había derrumbado y se lo había explicado todo. Pero ella no tenía la culpa de las decisiones tomadas. No se merecía aquello…

—Por todos los dioses, Sexto… Mi esposa no sabe nada de todo esto.

—En tus manos está, amigo. De lo que tú hagas, dependerá su futuro —sentenció de forma tajante.

No le quedaba más opción que decirle la verdad, aunque estaba convencido de que ya la sabía.

—Solo si me prometes que Vibia no sufrirá ningún daño.

—Lo prometo por todos los dioses, Fabio. Tienes mi palabra —juró el hombre.

Ya conocía el valor de su palabra, aunque pensó al menos que por la amistad que les había unido, respetaría a su esposa.

—Está bien, te lo contaré todo…

* * * * *

Cuando escuchó que alguien llamaba a la puerta, mandó a su esclava

que dejara de peinarla y se puso en pie. Era ya avanzada la mañana, y desde que Fabio había salido a primera hora, no había sido capaz de dormir. Le había prometido que estaría preparada para lo peor, y que, llegado el momento, si las cosas se torcían, se encargaría de cumplir su última voluntad. Aquella misiva que había escrito él mismo antes de marcharse, debería ser enviada sin demora al mismísimo Augusto. Estaba sellada y marcada con el anillo de su familia, y bajo ningún concepto debía llegar a manos de nadie que no fuera su destinatario. No se había atrevido a preguntarle a su esposo cual era el contenido, pero algo le hacía pensar que se trataba de una confesión en toda regla. Era una alternativa por si él no podía hacerlo en persona. Miró el documento que estaba allí plegado y le dijo a su sierva:

—¿Tienes alguien en quién podamos confiar en la *domus*?

—Depende para qué lo necesite, *domina* —respondió la esclava que se puso un poco nerviosa ante aquella pregunta.

—Piensa, muchacha. Es importante que sea leal y que cumpla con esta tarea —insistió la mujer.

—Bahir, el sirio que se encarga de servir en las cocinas, *domina*.

—Muy bien, Suria —dijo Vibia sonriendo y entregándole la carta —. Guarda esto como si fuera el tesoro más preciado que tuvieras.

La joven esclava guardó el documento entre los pliegues de su vestido mientras sonaba de nuevo la puerta.

—¡Ya va! ¡Un momento! —gritó Vibia a la vez que le sujetaba ambas manos a la esclava—. Si me ocurriera algo, que los dioses no quieran, debes darle esta carta a tu contacto, Bahir, e indicarle que se la debe entregar en mano al mismísimo Augusto.

—¿Al *Princeps, domina*?

—A él, Suria —indicó la mujer.

—Pero, ¿por qué, *domina*? ¿Acaso está usted en peligro?

—Aún no lo sé. Tan solo te pido que cumplas mi voluntad. ¿Lo harás por mí? —preguntó Vibia acariciándole la mejilla.

—Claro, *domina*. Haré lo que me pide.

Sonrió y se dio la vuelta, presta a abrir la puerta de su habitación. Allí estaba él, y su cara lo decía todo.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Salió de casa esta mañana muy pronto y sin la protección de ningún esclavo. Alguien le vio solo y trató de robarle… Ha sido una imprudencia por su parte, querida Vibia —explicó Sexto cogiéndola por las manos.

La mujer se mantuvo firme pese a escuchar aquella dolorosa noticia. No soltó ninguna lágrima. No quería mostrarse débil ante aquel hombre, que seguramente era el responsable de la muerte de su

esposo. Su querido y amado Fabio. Le había acogido en su propia casa y le había ofrecido todo lo que tenía, y aquel ser despreciable no había dudado en arrebatarle la vida sin compasión alguna.

—Será mejor que me acompañes. No es bueno que estés aquí sola.

—¿Y el cadáver de mi esposo? —preguntó ella.

—Lo están lavando y purificando los esclavos —respondió Sexto.

—Quiero verle.

—No es una buena idea, querida —sugirió el hombre.

—No te estoy formulando una pregunta.

Mantuvo su porte firme y serio de *domina* romana. No se iba a amilanar ante aquel hombre. No se iba a mostrar cómo alguien frágil, sino todo lo contrario. No le iba a dar el gusto. Ella era una mujer fuerte y, además, había sido advertida por su esposo de lo que podía ocurrir. Sobre todo, recordaba como él le había dicho que jamás le dijera nada a Sexto de que estaba al corriente de todo lo que pasaba. Le obligó a jurar por todos los dioses que mantendría silencio, ya que mientras no le diera ninguna pista acerca del tema, estaría a salvo. Era su voluntad y se lo había hecho saber. Por mucho que le doliera tener que soportar aquella mentira, era la única manera de no seguirle a la otra vida. Pero quizá lo más honorable para ella habría sido no doblegarse ante alguien que era el responsable de su dolor. Trató de comprender el motivo por el cual Fabio había elegido ser fiel a su corazón y actuar lo mejor que pudiera en sus últimos momentos para tratar de enmendar sus errores. No había sido lo más inteligente, pero había sido su decisión y como su esposa que era, debía respetarla. ¿Quién era ella para juzgarle por haber actuado de aquella manera? Se había expuesto a la muerte a cambio de hacer las cosas bien, y eso le serviría de expiación para poder ser acogido por sus ancestros en la otra vida. ¿Qué iba a ser de ella al quedarse viuda? Todavía era joven, pero no había sido capaz de darle descendencia a su esposo. Eso era una deshonra para una mujer de su clase, y aunque a Fabio no le importaba, a cualquier otro hombre estaba convencida de que sí. Nadie la querría como esposa. El patrimonio de su marido pasaría a alguno de sus parientes varones, lo más seguro a alguno de sus dos hermanos, que, pese a no vivir en Roma, reclamarían la herencia. Ella se quedaría sin nada, y dependería de la buena fe de ellos. Apenas los conocía, ya que no se llevaban demasiado bien. Eran menores que él y habían decidido marcharse de Roma tiempo atrás. Su futuro era poco halagüeño. Lo más seguro es que acabara formando parte de algún colegio sacerdotal, ya que se convertiría en un estorbo para la familia de su esposo. Acabaría sucumbiendo al dolor y a la soledad y, tarde o temprano, acompañaría a su esposo a la otra vida. ¿Era aquel el

destino que deseaba para ella? ¿Era mejor callar y esperar una condena en vida? ¿O por el contrario era mejor abandonar aquel mundo comportándose con dignidad y valentía? Nadie reconocería eso en una mujer. Nadie se acordaría de ella, pero al menos, cuando se reuniera con su esposo, estaría orgulloso de ella. Ese iba a ser su destino, y con el asunto de la carta ya en marcha, no pasaría demasiado hasta que aquel miserable también pagara un alto precio. Al menos esperaba que aquel ser infame que le había arrebatado lo que más quería, sufriera el peor de los tormentos en el Tártaro.

—Has sido tú, ¿verdad? —le preguntó mientras caminaba a su lado hacía el lugar en el que estaba el cuerpo de Fabio.

Sexto, sin pestañear la miró a los ojos y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Te deseo el peor de los destinos posible…

—No me ha dejado otra opción, Vibia —reconoció él.

—Era un buen hombre y no se merecía acabar de esa manera —añadió sin detenerse.

—Yo no he dicho lo contrario. Pero se equivocó al intentar engañarnos.

—Tan solo quiso hacer las cosas bien.

—Hay muchos intereses en todo esto, querida Vibia. Tú no lo entiendes, eres una mujer —dijo Sexto.

No dijo nada más. Arribaron hasta donde estaban los tres esclavos limpiando el cuerpo de su esposo. Allí fue cuando se desplomó del todo. No pudo contener más las lágrimas, y todo el dolor que había tratado de mantener controlado, emergió cual si fuera el caudal de un poderoso río descontrolado.

—¡Marchaos de aquí! —ordenó Sexto a los esclavos, que dejaron la tarea a medio hacer.

La mujer se acercó lentamente hasta el cuerpo de su difunto esposo. Se arrodilló a su lado sin dejar de llorar. Estaba pálido, como si no le quedara ya ni una gota de sangre en su interior. La muerte se había apoderado de él. Observó cómo tenía marcas de dedos en su cuello y llegó a la conclusión de que lo habían estrangulado. Se giró y miro desde la distancia a Sexto, mientras le maldecía por dentro.

—Mi querido, Fabio… —comenzó a decir sollozando y moqueando —. ¿Por qué lo has tenido que hacer así? ¿Por qué no me lo explicaste antes?

No se percató de la llegada de Numerio. Este se colocó a la diestra de Sexto. Le hizo un gesto con la cabeza.

—Todavía no… Deja que se despida de él…

—Cómo quieras.

Sollozó y gimió durante un buen rato, hasta que se puso en pie y con su porte firme miró a los asesinos de su esposo. Escupió al suelo y sacó un cuchillo que llevaba escondido en los pliegues de su *stola*. Por la cara de sorpresa de aquellos dos, estaba claro que no se lo esperaban. Sin más, sabiendo que lo que iba a hacer no era algo racional ni que estuviera bien visto, rogó a los dioses en voz alta:

—¡O, dioses! ¡Perdonadme por el acto que voy a llevar a cabo! ¡Ruego que comprendáis que es un acto de amor hacia mi difunto esposo! ¡A él le han arrebatado la vida de una manera injusta, y yo no concibo una vida sin su compañía! ¡Solicito vuestro perdón y con mi sangre como tributo os imploro que me dejéis estar junto a él en la otra vida!

Acto seguido, ante la atenta mirada de Sexto y Numerio, Vibia se clavó el cuchillo en el estómago. Cayó de rodillas de inmediato, y al momento de lado. Los hombres se acercaron poco a poco hasta ella para comprobar que la vida se le iba escapando lentamente. Sexto se arrodilló y le susurró:

—Qué los dioses cumplan con lo que les has pedido, Vibia…

Suria observó toda la escena desde la distancia. No pudo evitar llevarse las manos a la boca y tapársela al observar como su ama se clavaba un cuchillo en la barriga. Aquella escena fue terrible para ella. No había podido escuchar lo que había hablado con el amo Sexto ya que estaba muy lejos. Palpó con los dedos la carta que había guardado, y se dio cuenta de que aquello era precisamente de lo que le había hablado antes de abrir la puerta. Debía buscar lo antes posible a Bahir y entregarle aquel documento para que se lo hiciera llegar al hombre más poderoso de Roma. Ese era al compromiso que había adquirido con su señora, y tenía que cumplir su última voluntad. Pero los nervios por lo que acababa de presenciar hicieron que al darse la vuelta para marcharse no se percatara de que los dos hombres la habían descubierto. Sexto fue el que le dijo a su socio:

—No la pierdas de vista. Cualquier cosa extraña que veas, házmelo saber.

—¿No sería mejor eliminarla también a ella? —sugirió Numerio empuñando su *pugio*.

—Por el momento no. Ella ha visto como su *domina* se quitaba la vida ante nosotros, así que llegado el momento puede servirnos de coartada. Pero vigílala. No me fío de lo que haya podido explicarle Vibia.

—Como quieras.

El asesino se puso en marcha, mientras él se acercaba hasta donde estaban los dos cadáveres. Puso la mano en la frente de Fabio y

mirando al cielo oró por el que había sido su amigo:

—Oh, dioses… Escuchad mis plegarias. Acoged a este hombre y permitidle el descanso eterno. Haced lo propio con su esposa, que siempre le fue fiel, hasta en el momento de su muerte. Ella ha sacrificado lo más preciado por hacer este viaje junto a él. Que sus almas descansen junto a las de sus ancestros.

Acto seguido besó la frente de Fabio y cubrió su rostro. Se alejó mientras repasaba mentalmente como Numerio le había arrebatado la vida de aquella forma tan cruel. No le había dejado otra opción. De no haberle matado, serían ellos los que sufrirían aquel mísero destino. La vida era un juego complejo y cada movimiento que se hacía tenía consecuencias. Nadie le dijo que todo aquello iba a ser fácil, pero a medida que se acercaban al objetivo, se iban perdiendo más cosas por el camino. Al menos esperaba que la recompensa final mereciera tanto esfuerzo y sacrificio.

CAPÍTULO LXV

Los gritos se podían escuchar por toda la *domus*. Algo terrible tenía que estar sucediendo. Se despertó sobresaltado y se puso el *cingulum*. Salió de la estancia y preguntó a un par de hombres que venían hacía sus aposentos:

—¡Por todos los dioses! ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Señor, se trata del edil… El sobrino del comandante —respondió uno de ellos.

—Ya sé quién es…

—No se encuentra bien, y nadie sabe qué es lo que le sucede —añadió.

—¿Está el *Princeps* con él?

—Sí, ha sido al primero al que hemos despertado.

Valerio se quedó perplejo ante lo que le contaron aquellos pretorianos. Hacía tan solo unas horas, Marcelo había estado con ellos. Mientras interrogaban a Próculo, él se había quedado en el exterior con las dos esclavas cántabras. Pero al finalizar, se encontraba bien. No comprendía lo que estaba ocurriendo, así que aceleró el paso hasta correr. Se plantó en la habitación del sobrino de Augusto justo en el momento en el que aparecía también Aurelio, que había sido avisado.

—¿Qué ocurre, Valerio?

—Todavía no lo sé —respondió.

—Los gritos se oyen desde el otro lado de la casa. Han despertado a todos.

El centurión accedió a la habitación de Marcelo, y observó a Augusto junto al lecho. Había también dos esclavos y tres esclavas que se estaban encargando de ponerle compresas frías en la frente al paciente. Este, estaba sudando mucho, retorciéndose en el catre y gritando de dolor.

—¿Mando llamar a Musa? —preguntó Valerio.

—No te preocupes, ya he enviado a dos de tus hombres para que lo traigan tan rápido como les sea posible —respondió el *Princeps*.

—¿Ha sido de repente, comandante? —interrogó Valerio preocupado.

—Según me ha dicho el esclavo que le ha atendido en primera instancia, sí.

—Podrían ser síntomas compatibles con el brote de fiebres que lleva asolando la ciudad desde hace unas cuantas semanas…

Aquella era una hipótesis plausible, ya que hacía poco que se había

iniciado un nuevo brote epidémico en la ciudad. Las fiebres volvieron a aparecer, como cada año, y segaron la vida de centenares de personas en la capital. Era algo habitual, y los romanos ya estaban acostumbrados a tener que enfrentarse a situaciones de aquella índole. Podría ser que el joven Marcelo hubiera contraído la enfermedad en los últimos días, y ahora esta se manifestara. Lo mejor y más prudente para ellos sería mantenerse alejados de él por si los contagiaba.

—Comandante, creo que sería mejor que nos quedáramos en el exterior por si acaso.

—¡Por todos los dioses, Valerio! ¡Es el hijo de mi hermana! —repuso este un poco exaltado.

—Su estado de salud todavía es delicado, y si se trata de la enfermedad, toda precaución es poca —insistió el centurión.

—Está bien —dijo refunfuñando Augusto, que se alejó del lecho en el cual estaba Marcelo, no sin antes advertir a los esclavos que le estaban atendiendo—. Cualquier cambio que apreciéis, comunicádmelo. Estaré fuera de la estancia.

El primer hombre de Roma salió acompañado de su custodio. Una vez en el exterior, Valerio pudo observar el rostro de preocupación de su superior. No sabía qué decirle en aquel momento tan complicado. Era consciente de que hacía muy poco que él mismo había estado cerca de la muerte y, ahora que tenía que vivir de nuevo una experiencia tan dura como aquella, se le antojaba harto difícil demostrarle su apoyo. Era triste ver como un muchacho tan joven y con tanta energía sufría de aquella manera indecible, pero ninguno de ellos era capaz de ayudarle. Solo los más expertos y que habían lidiado con esas enfermedades conocían los secretos para poder frenar los síntomas, y en muchas ocasiones ni ellos eran capaces de detener el avance de las fiebres. Quería ser optimista, y más teniendo en cuenta que Marcelo era joven y fuerte. Muchos de los que enfermaban, si estaban bien alimentados y cuidados, superaban el trámite con unos cuantos días de abatimiento. Los que menos tenían eran los que acostumbraban a morir, y normalmente la epidemia se cebaba con niños pequeños y con ancianos. Así que al menos pensar de aquella manera era un consuelo.

—Deberíamos hacer un sacrificio a Esculapio y a Salus, comandante —sugirió Valerio.

—Sería lo más adecuado, centurión…

Los dos hombres se dirigieron hacía una estancia cercana en la que se levantaba un *lararium* en el que los habitantes de aquella casa rogaban a las divinidades. Era grande, fastuoso y estaba bien cuidado. Se notaba que Augusto le daba importancia al tema de la relación con

los dioses, ya que nunca faltaban ofrendas en aquel altar. Había representaciones de cada uno de los seres supremos que componían el enorme panteón de la religión romana. Se acercaron hasta el del dios de la medicina y ofrecieron las correspondientes viandas en forma de comida, plantas y vino. Se trataba de contentar al dios para que este mediara en la recuperación de Marcelo. Ambos oraron en silencio tras cubrirse la cabeza con un manto. Valerio se colocó unos pasos por detrás de su superior, dejándole de esa manera más espacio para que llevara a cabo la petición. Estuvieron en silencio durante un buen rato, hasta que el ajetreo y los pasos que venían del pasillo hicieron que se incorporarán. Vieron como los hombres que habían sido enviados a por Musa venían a toda prisa con el *medicus*. Se acercaron rápidamente hasta dónde estaba y se saludaron.

—Ya he sido informado de lo que ocurre, mi señor…

—Será mejor que vayas a verle, amigo —respondió.

—Es posible que sean las fiebres —apuntó Musa—. He tratado bastantes casos estas últimas semanas.

—Ya he rogado a Esculapio y a Salus por su recuperación, pero ahora que estás aquí, me siento más reconfortado —expuso Augusto.

—Ha hecho bien pidiendo la ayuda de los seres supremos. Ellos son los que deciden siempre.

El anfitrión se echó a un lado y le hizo un gesto con la mano invitándole a pasar.

—Es mejor que se quede aquí fuera, por si acaso. Su estado de salud aún es frágil y sigue siendo susceptible de poder contagiarse en el caso de que se trate de la enfermedad —informó el *medicus*—. Tranquilo, yo me encargo de todo.

—Gratitud, Musa…

—Es mi deber —respondió el hombre asintiendo levemente y esbozando una tímida sonrisa.

Acto seguido se dirigió a la estancia de Marcelo mientras Augusto observaba desde la distancia sin cambiar el rictus facial de preocupación. Si alguien podía salvarle la vida al joven, ese era Antonio Musa, el mejor *medicus* de toda Roma y de las provincias que conformaban la República.

CAPÍTULO LXVI

No le quitó el ojo de encima a aquella esclava en todo el día, tal y como le había ordenado Sexto. Habían estado conversando después de lo acontecido aquella mañana, y habían acordado que él se encargaría de explicarles lo sucedido a Calpurnio y a los demás. También le había dicho que mientras tanto, lo más sensato era mantenerse a la espera de noticias. Si todo salía según lo previsto, no faltaría demasiado para que llegaran las buenas noticias. Por prudencia acordaron que en un par de días a lo sumo abandonarían la *domus*, ya que desaparecer durante algún tiempo y no dejarse ver iba a ser una buena opción. Cuando todos se enteraran de la muerte de Fabio y su esposa, lo más normal sería que la casa se llenara de familiares y amigos, y seguramente de los hermanos del difunto, que vendrían a reclamar su parte de la herencia. El senador le había explicado que, al no tener descendencia, cuando abandonara este mundo, legaría sus bienes a sus hermanos. Su relación no había sido fluida durante los últimos años, pero eran los portadores de su sangre y del nombre de la *gens*. A través de ellos, esta se perpetuaría, así que era de buen romano obrar de aquella manera y cederles todos sus bienes a su muerte.

Lo tenían todo bien planeado. Cogerían un buen puñado de las monedas del desaparecido senador y alquilarían alguna modesta casa en la que alojarse hasta que todo hubiera pasado. Sexto le dijo que estaba convencido de que una vez Augusto ya no estuviera, vendrían algunos momentos convulsos, pero que la situación se equilibraría rápidamente. Tras el pulso que librarían Marcelo y Agripa, la calma volvería a reinar en Roma, y entonces sería cuando ellos recibirían una justa y merecida recompensa que les permitiría vivir cómodamente lo que les quedara de vida. Sin duda podía estar satisfecho. Quien le iba a decir en su día que un error podría haberle resultado tan beneficioso. No se arrepentía para nada y ahora veía que había valido la pena todo el esfuerzo de viajar hasta Tarraco y ponerse al servicio de Sexto. La recompensa iba a ser excelente y aunque a él poco le importaba el tema político, si salía todo como estaba previsto, le reportaría riqueza y comodidad. ¿Qué más se podía pedir? Pero para conseguir esa recompensa, debía mantenerse atento hasta el final. No sabían que podía haber hecho Fabio antes de su muerte, así como tampoco su esposa. Por ello era importante tener vigilada a la esclava que estuvo acompañándola en sus últimos momentos.

Mantuvo la distancia durante todo la mañana y parte del mediodía. La tenía controlada, pero a una distancia prudente. La muchacha se

había comportado con normalidad. Una normalidad relativa, teniendo en cuenta lo ocurrido. Se había encerrado en la alcoba de su señora durante un buen rato para salir después y dirigirse al lugar en el que se había arrebatado la vida. Allí se unió al resto de sirvientes, que se estaban haciendo cargo de limpiar la sangre y preparar los cuerpos de los difuntos para el último viaje. Al no haber señores en la casa, Sexto y él, se habían convertido en los únicos ciudadanos libres que habitaban en la propiedad. Por lo tanto, los siervos pasaban a ser responsabilidad suya, al menos hasta que se leyera el testamento y fueran entregados a sus nuevos amos. Para eso aún quedaban unos cuantos días, así que les obedecerían. Controlarlos iba a ser relativamente sencillo. Eran una docena, entre hombres y mujeres, aunque la única a la que debía estar atento era a esa. Los demás no le preocupaban. Sexto se llevó a dos esclavos egipcios armados para que le hicieran de escolta.

Fue a media tarde cuando algo le llamó la atención. La joven esclava se encontró con uno de los sirvientes varones. Era un sirio que se encargaba de ayudar en las cocinas. Ambos se apartaron a un rincón del *peristilum*, justo detrás de varias de las columnas que soportaban el peso del techo. Allí, ella le entregó algo, que él guardó. Conversaron durante un breve instante y, al finalizar, cada uno se marchó hacía una dirección diferente. ¿Qué era lo que le había entregado? No lo había podido ver con claridad, ya que se había tenido que ocultar para no ser visto. Estaba convencido de que podía tratarse de algún documento a juzgar por el tamaño del mismo. Optó por seguirle los pasos al muchacho sirio, ya que era el que podía tener la información. Si hubiera estado Sexto en casa, se lo habría podido explicar y se habrían dividido la vigilancia. Estaba claro que él era el nuevo y provisional *dominus*, pero no creyó que fuera prudente interrogar al esclavo en público. Habría llamado la atención de los otros, e incluso de la esclava de Vibia, así que optó por tenerlo controlado.

El esclavo parecía estar algo nervioso. Sus movimientos eran un poco imprecisos. Procuraba no relacionarse con los otros y no paraba de girarse en todo momento, como si estuviera pendiente de que alguien le vigilara. Equivocado no estaba, aunque no era consciente de quien era el que lo estaba haciendo. Se dirigió hacia el *atrium*, y allí conversó con el atriense, que se encargaba de custodiar la entrada a la casa. Desde la distancia no podía escuchar el intercambio de palabras, pero se percató de que iba a salir. Se colocó una capa y el otro le abrió la puerta. Era muy extraño que saliera de allí sin pedir permiso. Esperó a que se hubiera marchado y abordó al atriense:

—¿A dónde se ha marchado el sirio?

—A hacer un encargo importante, me ha dicho, *dominus* —respondió.

—¿Y no te ha dicho en qué consistía ese encargo?

—Algo relacionado con la compra de unas estatuillas para el ritual funerario del amo Fabio y su esposa —añadió.

—¿Por qué no me has informado antes a mí? —le interrogó enfadado.

—Me ha asegurado que usted estaba al corriente, *dominus*… Es más, me ha dicho que el encargo venía directamente de su persona.

—Pues te ha engañado. Eres un estúpido.

—Mis disculpas, amo —se lamentó el atriense agachando la cabeza.

Numerio alzó la mano como si fuera a golpearle, pero al ver que el esclavo se cubría el rostro con temor, desistió de la acción. Lo primero era no perder de vista al sirio.

—No servís para nada… Cuando los hermanos del senador reclamen la herencia, les diré que te envíen a las minas de sal. Allí al menos sacaran provecho de ti…

—Sí, amo —respondió el atriense.

—Cuando regrese el amo Sexto, infórmale de que he tenido que salir a ocuparme de un asunto. ¿Eso lo sabrás hacer?

—Sí, amo. Se lo haré saber.

Abrió la puerta y salió a la calle, pensando en lo estúpidos que eran aquellos esclavos. No servían para nada. Se habían acomodado a la vida en la *domus* y se habían olvidado de su condición. Sus antiguos amos los trataban mejor de lo que se merecían. Al no haber tenido descendencia, estaba convencido de que en ocasiones eran demasiado laxos con la disciplina aplicada a sus sirvientes. Cuando él cobrara su recompensa, se encargaría de seleccionar personalmente a los esclavos. No se iba a quedar con cualquiera, sino que compraría solo aquellos que reunieran una serie de características. Por suerte para él, y gracias a los dioses, el sirio no había sido demasiado rápido, y le vio torcer la primera esquina a la derecha. Apresuró la marcha para no perderle de vista. Al girar, vio al muchacho a unos cien pasos de su posición. No sabía a donde se dirigía, pero optó por mantener una distancia prudencial. Observó que estaba tenso, ya que se daba la vuelta constantemente para asegurarse de que nadie le estaba siguiendo. El muy iluso no era consciente de que quien lo estaba haciendo no era un simple aficionado. Él era un profesional en aquel campo y no se iba a dejar descubrir tan fácilmente. Sabía que los que estaban nerviosos solían entrar en un efecto túnel. La tensión, a la que

no estaban acostumbrados, les provocaba una reducción parcial de su campo de visión. Eso iba a ser una ventaja para él, que podría irse acercando cada vez más. Se iría mezclando con la gente que había por las calles, que a esa hora de la tarde era bastante. Esperaría el momento y el lugar adecuado para caer sobre él. Todo estaba calculado. Le siguió los pasos cuando descendió por el *clivus patricius*, y se acercó un poco más al tomar el *clivus suburanus*, que accedía directamente al barrio más peligroso de Roma, aquel en el que él se había criado. Por la ruta que estaba tomando, era muy posible que se dirigiera al foro, y con ello a la Curia. Era importante interceptarle lo antes posible si no quería que todo peligrara. Debía actuar para saber qué era lo que transportaba aquel esclavo y que parecía quemarle en las manos.

* * * * *

Aceleró el paso un poco más. Se sentía observado. No sabía por quién, pero sospechaba de todos con los que se cruzaba por las atestadas calles de la ciudad. La petición que le había hecho Suria era algo con lo que no contaba. No se esperaba que le pidiera que hiciera una cosa como esa. Él era un simple esclavo y lo que le había pedido iba más allá de sus posibilidades. La muchacha le había solicitado que le hiciera aquel favor. Más que a ella, se lo rogó en nombre de la difunta *domina*. Entregar aquella misiva había sido su última voluntad antes de quitarse la vida. Se lo debía… Ella se lo había hecho saber así. Le recordó entre lágrimas lo bien que le habían tratado desde el primer día que llegó a aquella casa. Jamás recibió un golpe, ni una palabra más alta que otra. Le enseñaron bien, y le cuidaron. El amo Fabio y su esposa siempre habían sido buenos con todos ellos, y se encargaban de que no les faltara de nada. Siempre comían, no pasaban frío y de vez en cuando les permitían abandonar la casa para hacer sus propias gestiones. Ahora que ellos no estaban, no sabía lo que iba a pasar. Todos se estremecieron al conocer la fatal noticia de la muerte del señor de la casa. Por eso, cuando los invitados les pidieron que se ocuparan de limpiar y prepar el cuerpo del difunto, lo hicieron solícitos. Él fue uno de los encargados de limpiar y perfumar el cuerpo sin vida del hombre que le había hecho de padre desde hacía ya unos cuantos años.

Cuando llegó a aquella casa no era más que un crío asustado. Acababa de ser vendido a un romano por quién sabe qué irrisoria cantidad de monedas. Su vida jamás había sido sencilla y cuando fue capturado y arrebatado a su familia, jamás pensó que le fuera a esperar nada bueno. Pero estaba equivocado, ya que Baal era un dios

justo. Le daba las gracias cada noche en sus rituales por haber permitido que el amo Fabio le comprara en aquel mercado de Roma. Podría haber acabado en cualquier otro lugar, malviviendo, azotado, hambriento o incluso obligado a prostituirse. Pero no había sido así. Su dios había intervenido y le había puesto en el camino de aquel rico senador sin hijos que cuidaba de su servicio como si fueran su propia familia. Por ello, cuando Suria le rogó que cumpliera con aquella última tarea, no pudo negarse. Era casi imposible que la llevara a cabo, ya que nadie en su sano juicio permitiría que un esclavo pudiera entrevistarse con el hombre más poderoso de la República.

Era consciente de que aquel documento que portaba era muy importante, así que lo había guardado junto a pecho. La esclava no le había dicho cuál era el contenido, ya que estaba sellada para que no se dudara de su autenticidad, pero sabía que su *dominus* estaba implicado en un asunto grave. Muchos hombres importantes acudían a su casa día sí, y día también. Entre ellos los dos cónsules. Se reunían en secreto, alejados de cualquier mirada. No se permitía que ningún esclavo o esclava estuviera presente en aquellos encuentros, a los que siempre asistían el amo Sexto y su sobrino. Era como si trataran algún tema que requiriera discreción. Debía tratarse de algo importante para el futuro de Roma. No tenía ninguna duda de que era así. Y ahora, al tener en su posesión aquella carta, dirigida al mismísimo Augusto, sospechó que el contenido debía ser muy delicado. Estuvo tentado en más de una ocasión a detenerse y abrirla para averiguar que decían sus líneas. Pero romper el sello de una misiva como aquella, estaba convencido de que era una falta muy grave. Mucho más si la acción era llevada a cabo por un esclavo. Seguro que la pena era la muerte, así que era mejor para él no hacerlo. Debía centrarse en llegar hasta su destino lo antes posible, y quitarse de encima aquella pesada losa.

Tomó el *clivus Pullius* y anduvo durante un buen rato. De vez en cuando se giraba para comprobar si alguien le seguía. Estaba muy nervioso, y comenzó a sudar. Tenía la boca seca, pero no quería detenerse para beber agua, ya que el asunto era urgente. Recordar la cara de Suria, le daba valor para cumplir con la misión. Pese a que era mayor que él, era una mujer muy guapa. Sabía que ella no sentía lo mismo. Le veía como un niño a su lado. Pero estaba locamente enamorado. La vergüenza le podía más, y jamás le había dicho lo que sentía por ella. Además, dentro de la jerarquía de los esclavos de la casa, ella estaba muy por encima. Servía a la *domina* Vibia desde hacía mucho tiempo, y eso la elevaba hasta una posición de privilegio que la hacía situarse a todo un mundo de distancia. Cada vez que hablaban él notaba como las palabras se le trababan. Le costaba estar atento y

se ponía muy nervioso. Por eso, cuando se acercó para pedirle aquel favor le temblaron las piernas y la misma voz. Fue incapaz de negarse. Tenía que reconocer que se lo debía a la *domina*, pero en el fondo también se decidió a obedecer a Suria por agradarle un poco más.

La esclava le dijo que la *domus* de Augusto estaba en el Palatino. Estaba ya muy cerca, así que para atajar decidió cruzar el *macellum* y tomar la *via Sacra*. Desde aquel punto, arribaría hasta la *via Triumphalis* y subiría la colina hasta dar con su destino. Aceleró el paso mientras se llevaba la mano al interior de su túnica y palpaba el documento para asegurarse de que continuaba estando allí. Tuvo que esquivar a varias personas al acceder al mercado y eso le obligó a reducir la velocidad de la marcha. Estaba atestado de gente a aquella hora, así que optó por desviarse por una de las callejuelas laterales y dar un pequeño rodeo. Salió de la ruta principal para escapar de aquel bullicio. Conocía aquellas calles a la perfección. Había pasado más tiempo en Roma que en su pueblo de nacimiento. Por fin, tranquilidad. Ni una sola alma por aquella pequeña calle de no más de tres pasos de ancho. Respiró aliviado y aceleró el paso, pero justo en aquel momento escuchó un ruido procedente de detrás de él. Se giró justo en el momento en el que una figura se le abalanzaba. No tuvo tiempo de reaccionar y cayó de bruces al suelo bajo el peso de su atacante. Notó como le colocaba su antebrazo sobre el cuello y le apretaba la cara con fuerza contra el suelo. Trató de zafarse de la presa, pero le resultó imposible. El agresor se había colocado sobre su espalda y le tenía inmovilizado. No había forma de escaparse, así que suplicó por su vida:

—¡Por favor! ¡No me haga nada!

—Dependerá de ti, muchacho… Y de lo dispuesto que estés a colaborar —dijo susurrándole al oído.

Notó el aliento de la voz en su oreja.

—¡Haré lo que me pida! ¡Se lo juro por todos los dioses! —sollozó dándose cuenta de que estaba en una posición de desventaja.

Lo siguiente fue la hoja de un cuchillo en su garganta. El agresor le ayudó a incorporarse y le empujó contra la pared. Le colocó con la cara pegada a la superficie, mientras mantenía su arma en el lateral del cuello. Iba encapuchado y con un pañuelo tapándole parte del rostro. Se acercó de nuevo al oído y le susurró:

—Y ahora, si quieres volver a ver otro amanecer, muchacho…, entrégame lo que llevas guardado debajo de la túnica.

¿Cómo podía saber ese matón que llevaba algo guardado? Tal vez llevaba siguiéndole desde hacía un buen rato y había visto cómo se palpaba el interior de sus ropajes. Había sido poco discreto al llevar a

cabo la acción y un iluso al pensar que no había nadie siguiéndole. Las calles de Roma estaban infestadas de oportunistas que se quedaban con todos esos detalles. ¿Qué era lo que tenía que hacer en aquel momento? ¿Entregar el documento? ¿Y si al darse cuenta de que no era nada de valor, aquel hombre decidía matarle? Rogó en silencio a Baal mientras se orinaba encima.

—Contente, chaval… —le advirtió el hombre—. Sí me entregas todo lo que llevas, saldrás de esta.

—No llevo dinero —respondió sollozando.

—No quiero el dinero de un esclavo —afirmó con rotundidad.

¿Entonces sabía lo de la carta que portaba encima? ¿Cómo era eso posible? ¿Quién era ese miserable que le había asaltado de aquella manera?

—El documento —le pidió empujándole un poco más contra la pared.

—Antes júrame que me dejarás marchar si te lo doy.

—El tiempo se te agota, chico —insistió—. Solo hay dos maneras de acabar con esto. En una de ellas, te rebano el cuello, te registro y me llevo lo que busco, dejándote aquí desangrándote hasta que mueras como un animal, mientras que en la otra, me obedeces y te dejo marchar sin más.

La decisión era sencilla. Ni la difunta *domina* ni Suria valían lo suficiente como para arriesgar su bien más preciado.

—Me quedo con la segunda opción —dijo llevándose la mano derecha al interior de la túnica y sacando la misiva.

—Bien, chaval. Eres listo para ser un simple esclavo… —respondió el agresor arrebatándole la carta con la otra mano.

Aflojó la presa y le dejó un poco de espacio para respirar.

—Ahora debes cumplir tu parte del trato.

—Por supuesto —dijo el hombre a la vez que le propinaba un duro golpe con la empuñadura de su arma en la nuca.

No pudo hacer nada por evitarlo, y de repente la luz del día se tornó oscuridad…

CAPÍTULO LXVII

Casa de Augusto, tres días después

Los amplios conocimientos de Antonio Musa no fueron suficientes para paliar el sufrimiento y la agonía del joven Marcelo. El joven magistrado murió al cabo de pocas horas de su llegada fruto de las fiebres que se habían apoderado de él. Cuando el *medicus* se hizo cargo de la situación, la enfermedad ya se había adueñado del cuerpo del sobrino de Augusto y ninguno de los remedios que le dio funcionó. Cuando informó al *Princeps* del fatal desenlace, le explicó que el muchacho presentaba los síntomas propios de la peste que estaba asolando la ciudad. Pero hizo hincapié en el detalle de que la mayoría de los pacientes a los que había tratado aquellas últimas semanas no presentaban un cuadro de dolor abdominal, acompañado de vómitos, como pudo apreciar en él. Era posible que los pacientes a los que había atendido con anterioridad no hubieran llegado a ese extremo todavía, pero le llamó poderosamente la atención el hecho de que aquella misma tarde no hubiera presentado signos de la enfermedad. Todos los síntomas habían aparecido de manera súbita y la muerte se lo llevó en muy poco tiempo.

Augusto no supo cómo reaccionar a aquellas palabras, tan solo se mostró más abatido al conocer aquella información que le facilitó Musa. Había supuesto un duro golpe para él. Tan pronto como el *medicus* abandonó la residencia, se encerró en sus aposentos. Estuvo allí dentro durante dos días enteros, con sus largas noches, y no quiso ver a nadie. No salió ni para comer y aquello preocupó a Valerio, que no dudó en ir a ver a Musa a su casa para hacérselo saber. La esposa y la hija del comandante fueron avisadas de inmediato para que regresaran de su retiro. Valerio envió a uno de sus mejores jinetes para que fuera a la villa en la que se hallaban descansando y les entregará una misiva escrita por el mismo *Princeps*. Debían volver de inmediato a Roma, ya que se debía celebrar un funeral de Estado por Marcelo. De la misma manera, se encargó de enviar otro mensaje a Agripa, que estaba haciéndose cargo de la gestión de las provincias orientales. Augusto también había pedido a su amigo y colaborador que regresara lo antes posible para estar junto a él.

Ante la duda de que la muerte no se debiera a la enfermedad, Valerio había optado por movilizar a la guardia. Se denegaron todos los permisos, y la *domus* quedó sellada a cal y canto. Además, por si acaso, mandó a Aurelio y a cuatro de sus hombres a casa de Musa. No

quería que el *medicus* estuviera desprotegido. Era el único que conocía de la posibilidad de que Marcelo hubiera sido envenenado. Así se lo había hecho saber a él, aunque no lo tenía del todo claro. La posibilidad existía, así que lo más inteligente por su parte era ponerle una escolta por si acaso. Decidió abrir una investigación interna y se dedicó a interrogar a todos los esclavos y personal civil que tenía acceso a las dependencias de la casa. Iba a ser una ardua tarea, pero la posibilidad de que se tratara de un asesinato debía ser tenida en cuenta. Aunque Augusto se hubiera mantenido ajeno a todo aquello, ya que el dolor había podido más que el sentido común y la entereza, él se iba a encargar de indagar en el asunto. No podía ser una casualidad… Alguien tenía que saber algo sobre lo ocurrido, y no iba a descansar hasta averiguarlo.

* * * * *

—Ese no era el plan, maldita sea.

—El muchacho no hizo las cosas bien —comentó Murena que estaba un poco tenso—. Marcelo no debería haber muerto… Era nuestra esperanza para el futuro.

Parecía que se lo estuviera recriminando a él. ¿Cómo iba a saber que aquel desgraciado no sería capaz de verter el veneno en el plato adecuado? Cuando se enteró de la noticia, él fue el primero en lamentar lo ocurrido. Aquello trastocaba todos los planes. En primer lugar, porque el tirano seguía vivo y, después, porque habían perdido a alguien muy valioso para la causa que podía erigirse en un poderoso aliado. Además, nadie podía prever de qué manera reaccionaría Augusto. Demasiados interrogantes para una cuestión que se debería haber resulto de una forma mucho más sencilla. Había confiado de nuevo en una tercera persona para hacer el trabajo sucio, y las cosas habían vuelto a salir mal. Antes de acudir a casa del cónsul, para reunirse de urgencia con todos los implicados en la trama, había pedido explicaciones a Numerio. El asesino estaba tan sorprendido como él, y no supo qué decirle. Acordó que, tras la reunión, se dirigiría a casa de Musa para intentar hablar con su aprendiz. Necesitaba que le explicara qué había ocurrido. No podía culpar a su socio, ya que este había desarrollado un plan perfecto, que además todos los presentes habían aprobado. Si no hubiera sido por su capacidad de anticipación, ahora todos ellos estarían apresados o muertos. Había sido capaz de descubrir lo que tramaban los esclavos de Fabio y había logrado interceptar una misiva que les hubiera puesto en un gran aprieto. Así que, culparle a él no era lo más inteligente. Era cierto que las cosas no estaban yendo demasiado bien,

y a la imprevista, pero necesaria muerte de Fabio y de su mujer, se sumaba ahora la del joven edil. Todas esas señales no eran demasiado propicias, pero ya nada se podía hacer para volver atrás. De nada servía lamentarse ahora, y lo que tocaba a partir de ese momento era pensar en el futuro inmediato para tratar de sobreponerse a la situación.

—Numerio irá a verle de inmediato para aclarar la situación —expuso Sexto.

—No me gustaba nada ese plan —intervino Sestio que había estado en silencio hasta ese momento.

—Pues creo recordar que votaste a favor en su momento —alegó Sexto que comenzaba a sentirse un poco molesto con aquellos comentarios.

—Debimos haber buscado a alguien más profesional para hacer ese trabajo tan complejo —añadió el senador Sergio con un tono de disgusto.

Numerio hizo ademán de levantarse, pero Sexto le sujetó por el hombro y con un gesto le pidió calma.

—No es momento para reproches, caballeros —dijo Calpurnio llamando al orden y a la calma, sabiendo que la situación se podía complicar y no era lo más conveniente en aquellos momentos—. Sexto tiene razón. Ninguno de los presentes objetó nada en su momento. Además, tampoco recuerdo que nadie me dijera nada en privado cuando se os comunicó el plan que íbamos a seguir —añadió haciendo un repaso a todos los senadores y caballeros que formaban parte de la conspiración y que habían sido convocados en su casa nada más saberse la noticia—. Tenemos que agradecerle a este hombre —señaló a Sexto con su dedo índice—, que asumiera el riesgo de actuar por iniciativa propia para eliminar la amenaza que se cernía sobre la causa. Fue él quien se encargó de Fabio. No fue ninguno de vosotros, poderosos senadores… Él se arriesgó por vuestros culos —añadió más enojado por la actitud de todos los presentes—. Mientras vosotros estabais tan tranquilos en vuestras casas y villas, él y Numerio se expusieron a ser descubiertos. Además, ese hombre al que miráis por encima del hombro —señaló entonces al asesino—, demostró una habilidad de la que todos vosotros carecéis. Se dio cuenta de que algo no iba bien y, siguiendo su instinto, pudo interceptar una carta que habría cambiado las cosas. La tengo aquí mismo, y os la voy a leer para que os deis cuenta de lo que les debéis.

Hizo una breve pausa para sacar el documento que le había entregado Sexto el día anterior y comenzó la lectura:

De Cayo Fabio Plauto al gran Cayo Julio César Augusto.

Si esta misiva ha llegado a tus manos es porqué yo ya no estoy en el mundo de los vivos. Mi voluntad es avisarte del peligro que se cierne sobre ti, pero antes de ello, quisiera rogar tu perdón y tu compasión. No para mí, ya que he errado en mi manera de actuar, pero si para mi esposa, que no sabía nada de todo lo que yo había hecho. Ruego que, por todos los dioses, seas piadoso con ella y no la castigues por las faltas que yo haya podido cometer, y que tengas a bien asegurarle un sustento por todos los años que le queden de vida.

Dicho esto, quiero advertirte del peligro que corres. Quiero reconocer mediante esta carta, que yo, Cayo Fabio Plauto, hijo de Quinto Fabio Camilo, participé en la conjura para acabar con tu vida. Ahora que ya no camino entre los vivos, no me cuesta nada reconocer los hechos, y te aseguro que me arrepiento de todas y cada una de las decisiones que tomé en su día. En lugar de actuar como un buen romano, me dejé guiar por otros que no buscaban el bien, ni para mí, ni para la República.

Debí acudir a ti tan pronto como me vi implicado en esta conspiración, pero no reuní el suficiente valor para dar ese paso. Tal vez es que nunca poseí tal virtud, o tal vez me dejé influenciar por aquellos hombres que buscaban perjudicarte. Por unos seres ambiciosos, que, con el paso del tiempo, he podido comprobar que no desean otra cosa que seguir enriqueciéndose a costa de sus conciudadanos. Por eso para ellos eres una amenaza. El pueblo te quiere, el ejército te sigue con fe ciega, porque representas todo lo contrario a ellos. Te temen porque ven peligrar su posición de privilegio. No piensan, ni han pensado jamás en Roma. Siento asco de mí mismo, pero también de todos los que me rodean y participan de este crimen.

Imploro tu piedad, ¡Oh Princeps*! Apelo a tu piedad y a tu buena manera de obrar. Como muestra de mi arrepentimiento, y en virtud a las enseñanzas de mi padre, y quizás también como expiación a todos mis pecados, que me llevaré a la otra vida y por los que tendré que saldar cuentas, te entrego este documento, en el que figuran los nombres de todos los implicados. ¡Guárdate de ellos, pues son hombres ambiciosos y por ende peligrosos!*

En ese momento, Calpurnio dejó de leer. Se fijó en los rostros de todos y cada uno de los presentes. Pudo comprobar como diferentes muecas se dibujaban en ellos. Nadie esperaba aquella confesión por parte de Fabio. Sonrió levemente, mientras comenzó a leer la larga lista de nombres que constaban en el documento. Cada vez que nombraba a uno, le miraba fijamente, y apreciaba el terror en sus ojos.

—Esta carta que iba dirigida al tirano, estuvo a punto de caer en sus manos. De no haber sido por la rápida intervención de este hombre —señaló de nuevo a Numerio—, al que tanto despreciáis, solo

los dioses saben lo que habría ocurrido…

Hizo una pausa y miró al aludido. Este no se inmutó, pero vio como la mayoría de los presentes agachaban la cabeza en señal de vergüenza.

—Así que comportaos como lo que sois, y dad gracias a los dioses, en lugar de recriminar nada a nadie.

Sexto sonrió mientras hacía un leve gesto de asentimiento al cónsul. Se incorporó y se aclaró la garganta. Los tenía a todos donde quería. La intervención de Calpurnio había sido contundente, una verdadera dosis de realidad para aquellos acomodados hombres que se habían percatado de lo cerca que habían estado de la muerte.

—Y ahora, Numerio, se encargará de averiguar el motivo de la muerte de Marcelo. Nosotros nos quedaremos aquí mientras intentamos resolver esta compleja situación en la que nos hallamos. Todavía nos queda mucho por hacer si queremos salir bien parados de esta.

* * * * *

—¿Has podido averiguar algo?

—Nada —respondió encogiéndose de hombros.

Salonio no se había separado de él y había estado ayudándole para organizar todos los turnos de vigilancia. Se sentía muy cómodo con la presencia de su antiguo superior, ya que la experiencia que este poseía le permitía seguir aprendiendo.

—¿Has interrogado a todos los esclavos ya? —preguntó el *primus pilus*.

—Sí.

—¿Y?

—Nada —respondió.

—Quizás sea porque no lo hay.

—Es posible —añadió Valerio.

—Será mejor que te tomes un descanso en este asunto, Valerio.

—Tienes razón. Tal vez no haya nada y esté viendo cosas donde no las hay —respondió con resignación el centurión—. Cambiando de tema, quería darte las gracias por todo lo que estás haciendo por nosotros.

—Es lo de menos, Valerio.

—Pero viniste de permiso, para descansar de la guerra, y voy yo y te meto en todo este lío —se sinceró.

—A ver, ya sabes que no soy mucho de permisos. Si vine a Roma, fue con intención de veros a vosotros, y ya de paso para honrar a mi viejo amigo Galerio. De hecho, fue el legado el que me obligó a

abandonar el campamento bajo amenaza de castigo.

—Me lo creo —rio Valerio.

—¿Cuándo te he mentido yo, muchacho? —le preguntó el veterano oficial.

—Sabes, Salonio… En ocasiones pienso que los dioses deben disfrutar observándonos. Creo que somos sus juguetes y nos mueven a su antojo.

—¿Acaso lo dudabas?

—No lo sé. Con todo lo que ha ocurrido estos últimos días, me doy cuenta de lo expuestos que estamos a todo —expuso Valerio—. Mira al pobre Mario… Se va de permiso a disfrutar de un buen vino y de la compañía de una prostituta, y acaba asesinado y flotando en las aguas del Tíber. ¿Y qué me dices del joven Marcelo? Estaba sano, o parecía que lo estaba, y de repente, unas terribles fiebres se apoderan de él, y se lo llevan. O quién sabe si alguien ha sido el responsable de su viaje a la otra vida. ¿No crees que somos seres frágiles?

—Siempre lo he pensado, Valerio. No somos frágiles tan solo, sino que jugamos constantemente con la muerte. En lo relativo al asunto de la muerte del sobrino del comandante coincido en que es algo muy extraño. La teoría de Musa podría ser viable, aunque no se puede saber a ciencia cierta —respondió.

—Pero no hemos dado con ninguna prueba que lo certifique. Aunque algo en mi interior me dice que han sido ellos. Su intención al no poder acceder hasta Augusto, tal vez sea la de hacerle daño de otra manera.

—Es una posibilidad.

—Debí hacerte caso y no animar al muchacho a que se involucrara en todo esto. Quién sabe si no le he empujado a esta terrible muerte —se lamentó Valerio.

—Ni la muerte de Marcelo es culpa tuya, ni tampoco la de Mario. Deja de compadecerte de ti mismo. Ya te lo dije en su día y te lo vuelvo a repetir de nuevo ahora… Las cosas suceden porque deben suceder. Como bien has dicho, somos juguetes en manos de fuerzas supremas. No somos ni siquiera dueños de nuestro destino. Cuanto antes lo asumas, mejor para aliviar el peso que soportas.

—Como siempre, tus palabras me ayudan, Salonio.

—Como siempre, aquí me tienes, Valerio…

CAPÍTULO LXVIII

Estaba henchido de orgullo. Caminaba por las calles de Roma sin darse cuenta de lo que acontecía a su alrededor, ya que solo podía pensar en el discurso que había pronunciado el cónsul Calpurnio. Les había dado una buena bofetada de realidad a todos aquellos presuntuosos hombres ricos y bien posicionados. Le había dejado como su salvador. Su posición se veía reforzada tras la lectura de la carta que había logrado interceptar. Cuando la leyó y se la entregó a Sexto, este le dijo que aquella acción le reportaría más beneficios que otra cosa, y sin duda, estaba en lo cierto. Incluso le llegó a decir que había obrado con astucia y rapidez, y que le recordaba a él cuando era más joven. Sin duda eso era todo un halago, y mucho más viniendo de ese hombre. Estaba satisfecho, y eso le hacía abordar lo que tenía por delante con mucho más optimismo. Cumpliría de nuevo con su deber para con la causa, por mucho que a él la política le importara más bien poco. Sabía que, si volvía a ayudar a esos tipos, se lo agradecerían generosamente. Se llevaría una buena cantidad de monedas por todos los servicios prestados.

Casi sin darse cuenta se plantó en las cercanías de la *insula* en la que vivía y pasaba consulta Antonio Musa. La cola de gente seguía siendo larga. Daba la vuelta al edificio. No podía ponerse al final de la misma y esperar que le llegara su turno. Tenía prisa. Había mucho en juego, así que se dirigió directamente a la puerta de entrada. Allí había dos hombres armados. A juzgar por su aspecto y por la indumentaria, estaba convencido de que eran hombres de Valerio. Compañeros de aquel al que él había asesinado no hacía demasiado tiempo. Iba a ser complicado acceder hasta el *medicus* y su ayudante estando esos soldados allí. Solo quería ver al muchacho para que le explicara qué era lo que había ocurrido con el veneno. Le quedaba la opción de esperar a que Musa acabara de visitar a todos esos hombres, mujeres, niños y ancianos que aguardaban su turno, y la lógica le decía que cuando eso ocurriera, los guardias regresarían a su acuartelamiento. Por otro lado, viendo la interminable fila de pacientes, lo más probable es que se pasara allí todo el día. Demasiado tiempo. Decidió acercarse hasta los guardias y tratar de convencerlos para que le dejaran subir a ver al *medicus*.

* * * * *

Valerio le había ordenado que se encargara personalmente de la

vigilancia de Musa. Sabía que existía la posibilidad de que Sexto y sus compinches quisieran acceder hasta él, o en todo caso hasta su aprendiz. Estaba convencido de que no sabían que lo habían apresado, y hasta aclarar todo lo ocurrido y su grado de participación iba a ser mejor mantener al *medicus* custodiado. Se había llevado consigo a sus hombres de confianza. Para aquella tarea delicada, había escogido a Pompeyo, Furio, Domicio y Arrio. Eran los legionarios que estaban con ellos desde el principio, así que no se le ocurrió nadie mejor para llevar a cabo la tarea. Además, convenció a su superior de que sería conveniente levantarle el arresto a Petronio y dejarle participar. Era un veterano con sobrada experiencia, y regresar cuanto antes a su rutina, le ayudaría a ir recobrando la confianza. Inicialmente el centurión no lo consideró oportuno, pero al final, tras la intervención de Salonio, que le convenció de que era una buena idea, acabó cediendo. El legionario seguiría teniendo la paga retenida tal y como se había acordado, pero se reincorporaría al servicio y haría las mismas tareas que sus compañeros. Aquello serviría para no perder a otro hombre más. Con la muerte de Mario ya había suficiente. Se trataba de ayudar en lo posible a ese hombre. Sus heridas emocionales debían cicatrizar, al igual que lo hacían las físicas. Había dejado bien claro a sus hombres que debían estar atentos a cualquier cosa extraña que detectaran. Optó por dejar apostados a dos guardias en la puerta del edificio, dos más en la planta inferior, y los otros arriba, en una habitación colindante a la que usaba el *medicus* para atender a los enfermos. De esa manera mantendría bien protegido a Musa.

* * * * *

—¿Quién eres tú y por qué no respetas el turno?

—Mi nombre es Cayo Flaminino y soy amigo de Antonio Musa y de su aprendiz, Próculo —respondió el hombre deteniéndose frente a ellos.

Los dos guardias se miraron y uno de ellos, le respondió:

—¿Y qué es lo que deseas, Cayo Flaminino? Musa está muy ocupado como puedes observar —le volvió a indicar mientras señalaba la larga cola.

—Soy amigo de ambos y necesito hablar con ellos. Es un tema urgente y confidencial —respondió mirando a los que estaban situados al principio de la cola y que estaban comenzando a renegar de él por no haber respetado su turno.

—Flaminino, dices…

—Sí, señor.

—Aguarda aquí un momento. Voy a preguntar a ver si te pueden

atender —afirmó el soldado.

Desapareció y dejó a su compañero en la puerta. Este le miraba muy serio y le indicó:

—Sepárate un poco de la entrada.

Numerio obedeció. Sabía que la jugada era arriesgada, pero no le quedaba otra opción. Al cabo de un rato, apareció por la puerta el guardia que había ido a consultar y le hizo un gesto para que se acercara. Justo en ese momento, salió por la puerta una mujer acompañada de un crío de unos diez años, que había sido atendida por el *medicus*.

—Musa me ha dicho que ahora puede atenderte. ¿Sabes dónde está?

—Sí, por supuesto. He venido a verle otras veces —respondió.

El soldado se apartó y le dejó el paso franco. Numerio dio las gracias con una reverencia y accedió al interior de la vivienda, no sin escuchar como más de uno de los que estaba esperando su turno se quejaba a los guardias por haberle permitido pasar. Subió las escaleras que daban al primer piso, y deteniéndose en la puerta, la golpeó hasta que una voz le indicó que podía acceder. Abrió y encontró a Musa en pie.

—Buenos días, Musa —saludó.

—Buenos días.

—Veo que la cola de pacientes no mengua —dijo para tratar de iniciar la conversación.

—Siempre hay gente enferma a la que atender —respondió el *medicus* con el rictus facial serio—. ¿Qué te trae por aquí? Me ha dicho el guardia que querías hablar conmigo de un tema urgente.

—¿Y Próculo? ¿No está? —preguntó mientras hacía un barrido del a estancia.

—Le he enviado esta mañana a llevar unos preparados a varios pacientes que no pueden desplazarse. Regresará en un rato. ¿Si puedo ayudarte yo mismo? —se ofreció.

—No… Tranquilo. Es un asunto entre él y yo. Ya volveré en otro momento.

Se dio la vuelta para marcharse tras saludar con la mano a Musa. Pero justo en ese momento, se abrió la puerta tras él. Emergieron tres hombres armados. Uno era el guardia que le había atendido en el acceso. Otra puerta lateral también se abrió, y dos soldados más aparecieron. Uno de ellos era el que los había seguido hacía unos días desde la *domus* de Fabio hasta el Foro. Le reconoció. El que estaba vivo de los dos. Sonrió al darse cuenta de que le habían engañado. Había caído en aquella trampa como un estúpido. No había duda de

que le estaban esperando. Cinco guardias era una escolta muy numerosa para unos simples altercados entre gente enferma. Qué imbécil había sido al no darse cuenta de aquello. Tendría que haber actuado con más cautela en lugar de creerse intocable. El discurso de Calpurnio había provocado en él un efecto embriagador que le había hecho confiarse demasiado.

—Cayo Flaminino, o como te llames, ¡quedas detenido por el asesinato de un miembro de la guardia pretoriana! —exclamó uno de los que habían salido de la puerta colindante—. ¡Tira al suelo todas las armas que lleves encima!

No había salida. Aquel era su final.

CAPÍTULO LXIX

—¿Y cómo está Augusto?

Valerio la besó de nuevo.

—Mejor que estos últimos días. La vuelta de su esposa y su hija le han tranquilizado un poco.

—Ha sido un golpe muy duro. Julia lo pasó muy mal cuando recibimos la noticia del mensajero que enviaste. Aunque trató de aparentar entereza, pude ver en sus ojos el dolor. Créeme, sé de lo que hablo, esposo —añadió Servilia con un tono más serio.

—Claro, querida… Pero aún es muy joven y estoy seguro de que se repondrá. Augusto seguro que encuentra a otro hombre que seguro la hará feliz.

—Imagino que sí… Si te hubiera pasado a ti, no sé de qué manera habría reaccionado yo.

El soldado le acarició el pelo de nuevo y se lo olió.

—Tú también eres muy fuerte, Servilia. Todas las mujeres romanas sois muy fuertes, y podríais sobreponeros a cualquier situación de este calibre, o incluso mucho peor.

—La hermana de Augusto sí que estará destrozada. Era el único hijo varón que tenía, ¿no? —interrogó de nuevo a su esposo.

—Sí, de su primer matrimonio. Le quedan cuatro hijas.

—Ningún padre, ni ninguna madre deberían ver morir a un hijo. No es natural que ocurra eso, Valerio —se tocó la barriga rememorando lo que le había sucedido a ella—. Deberían ser los hijos los que enterraran a sus progenitores, y no al revés. Al menos en un mundo justo.

El centurión no pudo evitar sentir una punzada de dolor ante aquella afirmación tan categórica que había hecho su joven mujer. No le faltaba razón, pero existía algo que lo cambiaba todo: en un lugar idílico, eso tal vez fuera posible, pero resultaba ser que el mundo era en realidad injusto. Les había tocado vivir la vida que los dioses les habían otorgado, y por mucho que quisieran que las cosas hubieran pasado de otra manera, había muchas situaciones que escapaban al control de los mortales.

—Y sobre la muerte de Marcelo, ¿crees que ha sido por las fiebres? —le volvió a preguntar Servilia tratando de cambiar de tema para no causarle dolor.

—No lo sé… Podría ser fruto de la epidemia que asola la ciudad desde hace unas semanas. Musa cree que existe esa posibilidad, aunque, por otro lado, hay algunos indicios que no le acaban de

cuadrar demasiado.

—¿Quieres decir que alguien le ha asesinado?

—No estoy seguro. Aunque todo es posible, y más teniendo en cuenta como de revuelta está la situación política —expuso el centurión—. Primero fue lo de la muerte de Mario, y casi seguida, la de Marcelo. No me parece que sea algo casual, sinceramente.

—¿Se lo has comentado a él? Tal vez piense de la misma manera.

—No quiero molestarle en este momento de dolor. Me ocuparé de comunicarle mis inquietudes en el momento en el que vea que se encuentra mejor —dijo Valerio.

—Eres el centurión al mando de su guardia. Imagino que forma parte de tus deberes y obligaciones —sonrió la joven.

—Por suerte los dioses no me han dejado solo frente a esto. Salonio llegó hace unos cuantos días y me está ayudando mucho.

—Vaya, veo que cuentas con un buen apoyo. ¿Y mi hermano? ¿Dónde está?

—En casa de Musa. Se encarga de darle protección.

Valerio, que ya le había explicado por encima todo el asunto de la muerte de Mario, aprovechó para darle algunos detalles más sobre el tema. Aunque fuera una mujer, sabía que le interesaban aquellos asuntos. Además, Servilia siempre se había mostrado preocupada por ello, así que prefirió no ocultarle nada. La muchacha se quedó asombrada al oír el relato, y se acercó a su esposo acariciándole la cabellera.

—Pobre muchacho. Según lo que me has contado, tuvo que sufrir mucho. Debió ser una muerte terrible.

—Lo fue, querida. No le deseo ese sufrimiento ni al peor de mis enemigos —dijo el soldado pensando en ese preciso instante en Sexto —. Eso ha hecho que me vea obligado a reforzar los turnos de guardia, a la vez que he creído oportuno ponerle protección al *medicus*. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Ha sido ese hombre, ¿no?

—No me cabe ninguna duda de que está implicado de alguna manera —sentenció él.

—Se merece todo el mal que le pueda caer encima, Valerio. Debes andarte con ojo ya que es un tipo muy peligroso. Si te pasara algo, no sé lo que sería de mi…

En ese momento brotaron varias lágrimas de los ojos que la muchacha. Él también se estremeció solo de pensar que la podría dejar sola y desamparada.

—No debes preocuparte por nada. Te aseguro que eso no ocurrirá —le dijo mientras la abrazaba con ternura.

—¿Me lo prometes? —le preguntó ella separándose un poco de su pecho y alzando la vista.

—Te lo prometo, Servilia…

* * * * *

—Siento interrumpir —dijo Salonio entrando de súbito y sin preguntar antes.

Valerio y Servilia se separaron sorprendidos por aquella intrusión repentina.

—¡Por todos los dioses, Salonio! ¿Es que no te han enseñado modales en la legión? —le recriminó la muchacha.

—La vida en el campamento es muy dura, querida —dijo alargando los brazos—. Todo el día rodeado de brutos como tu esposo… Son una mala influencia para mí y hacen que los modales se vayan perdiendo poco a poco.

—Ya claro —respondió ella acercándose hasta él y sumiéndose en un cálido y largo abrazo.

—Lamento mucho tu pérdida, Servilia —añadió el centurión con su poderosa voz.

—Qué los dioses la hayan acogido en su seno…

—Ellos son los que rigen nuestro destino —dijo el hombre mientras se separaba un poco de ella.

—Nuestra hija no ha sido la única pérdida de estos aciagos días, por desgracia.

—El infortunio parece merodear por esta casa.

—Valerio me ha puesto al día de todo y lo cierto es que estoy bastante asustada —respondió Servilia.

—Vaya, veo que no hay secretos entre vosotros. Pero no debes temer, tu esposo es un hombre fuerte, y los que le rodean, no son menos —trató de tranquilizarla al darse cuenta de que la mujer estaba realmente alarmada por todo lo que había ocurrido en su ausencia.

—Sé que son asuntos de hombres, pero creo que a mí también me afectan. A mí, y a todas las mujeres que nos hallamos bajo este techo y que tenemos algún tipo de relación o parentesco con los hombres que viven aquí.

—No podría estar más de acuerdo contigo —repuso con una leve sonrisa el *primus pilus*.

—¿Qué era tan urgente que no podía esperar? —le preguntó Valerio.

—Aurelio y sus hombres han regresado precipitadamente…

—¿Y Musa? ¿No le habrán dejado solo?

—Viene con ellos —señaló Salonio—. Y traen un invitado al que te

gustará conocer.

Valerio se acercó un poco hasta Salonio y le agarró por el brazo mientras le decía:

—Sé más concreto, por favor. No es momento para andarse con misterios y acertijos.

—Será mejor que lo veas tú mismo —respondió señalando en dirección a la puerta de la estancia.

Los dos hombres no tardaron en salir, seguidos muy de cerca por la curiosa Servilia, que no entendía nada al igual que su esposo, pero que no quería perderse a ese invitado tan especial que traía su hermano. Cuando salieron al exterior, se dirigieron hacia la zona en la que entrenaban los pretorianos. Había un gran tumulto de hombres. Casi todos los guardias habían ido acudiendo como si se tratara de abejas entrando en un panal para defenderlo de una agresión externa. La curiosidad era tal, que incluso alguno de los esclavos de la casa, dejó de hacer sus tareas para acercarse hasta allí. Salonio gritó entonces:

—¡Paso al centurión y a su esposa!

Los hombres comenzaron a abrir un estrecho pasillo para permitirle el paso a su oficial al mando. Todos iban saludando debidamente, mientras los dos oficiales y la mujer avanzaban hacia el punto concreto donde debía estar lo que tanto llamaba la atención. Cuando Valerio emergió de la multitud, se encontró con su segundo sonriente, Musa a un lado, acompañado de cinco de sus soldados, y en el suelo de rodillas a un hombre, con las manos atadas a la espalda y con la cabeza gacha. Se acercó un poco más y le preguntó:

—¡Por Júpiter! ¿Se puede saber quién es este?

—No te lo vas a creer, Valerio. Hemos capturado a Flaminino.

CAPÍTULO LXX

—¿Dónde está tu hombre?

—No lo sé. Debería haber regresado ya —respondió Sexto preocupado por la ausencia prolongada de Numerio.

Había acudido a media mañana en busca del aprendiz de Musa, pero hacía ya un buen rato que el sol se había puesto, y no había regresado.

—Estará esperando el momento para acceder al domicilio del *medicus* —señaló Calpurnio—. Tal vez no lo haya podido hacer a plena luz del día. No nos preocupemos tanto y démosle un poco de margen.

Los senadores y caballeros se habían quedado a cenar en la opulenta *domus* que tenía el cónsul. Les había ofrecido esa posibilidad y todos aceptaron. Prefirieron quedarse allí hasta tener noticias de lo ocurrido. Eran momentos de tensión y nadie quería cometer el error de marcharse de allí. De haberlo hecho, habría dado la sensación de que no les importaba demasiado el tema de la muerte de Marcelo. Al menos obraron con inteligencia. Toda la que les había faltado hasta ese momento.

—Creo que debería ir a buscarle —expuso Sexto en privado al cónsul.

—No es una buena idea. Asumirías un riesgo muy elevado.

—¿Y si le ha ocurrido algo? —interrogó preocupado.

—Por lo que has dicho sobre él, sabe arreglárselas solito. Además, no es aconsejable exponerse ahora. Lo de Fabio y su esposa también está muy reciente y no queremos llamar la atención más de lo necesario.

—Tienes razón —tuvo que reconocer.

—¿Ya han llegado sus familiares? —se interesó por la situación.

—Llegó su hermano menor, según me dijo uno de los esclavos. Numerio y yo ya nos habíamos marchado de allí. No deseo entrometerme en asuntos de herencias. Ya sabes que son temas complicados.

—¿Y dónde os alojáis?

—En una modesta *domus* que he alquilado en la zona entre la Subura y el Viminal —respondió.

—¿Tienes monedas para pagar? ¿Necesitas que te dé algo?

—Gratitud, pero de momento no las necesito —hizo una leve reverencia.

Obvió el asunto de las monedas que se había llevado de casa de Fabio. No les iba a dejar todo a los buitres que acudían a quedarse con

los despojos que había dejado su amigo.

—Aunque no te lo haya dicho en público, ya sabes que valoro mucho lo que hiciste por la causa.

—No fue placentero, Calpurnio… —hizo una pausa mientras recordaba lo difícil que fue arrebatarle la vida a su amigo—. Era demasiado tozudo para darse cuenta de que se estaba equivocando, pero eso no significa que no fuera un buen hombre. Hizo mucho por mí en su día y tuve dudas hasta el final. Imagino que él también las tuvo y eso fue lo que le condujo a acabar de esa manera.

—En el fondo no le culpo. Puedo llegar a entender que reaccionara de esa manera.

Sexto le miró un poco sorprendido, pero le dejó continuar.

—La presión estas últimas semanas ha sido muy elevada, y ha habido momentos en los que, si te soy franco, todo se veía perdido. Ya sabes a lo que me refiero…

Su contertulio no dijo nada, pero sí que hizo un gesto asintiendo.

—Pensamos que el tirano vendría a por nosotros. Estoy convencido de que más de uno sintió la tentación de acudir a él para explicarle todo y salvar el pellejo.

—¿Te pasó a ti? —preguntó Sexto sin dudar.

—Nunca se me pasó por la cabeza tal cosa. Además, Emilio estaba muy pendiente de todo eso… Ya sabes cómo era.

—Era un tipo muy codicioso…, demasiado para mi gusto, pero sí que es cierto que no se le escapaba nada.

Calpurnio no quiso sacar el tema de su misteriosa muerte, aunque siempre había pensado que Sexto y Fabio habían tenido algo que ver en todo aquel asunto, pese a que jamás se hallaron pruebas de su implicación.

—La cuestión es que pienso que si alguien se ha esforzado para que esto tuviera éxito, ese eres tú.

Vaya, al menos podía estar contento de que se le reconociera el mérito. Se había implicado mucho, hasta llevarse el asunto al terreno personal. Había soportado mucha presión, pero jamás se había derrumbado. Aunque al inicio no se había manchado las manos con la sangre de los demás, había llegado el punto en el que se había visto obligado a hacerlo. Él también había cambiado, y se había tenido que adaptar a cada momento y a cada situación que le había tocado vivir. Pero no se había derrumbado. Su espíritu era fuerte y no se había venido abajo ante las adversidades. Más bien todo lo contrario, se había sobrepuesto, y había aprendido cosas que jamás creyó que sería capaz de aprender. Si su maestro estuviera aún vivo, estaría muy orgulloso de él y de su evolución. Ahora sí que podía afirmar que

había alcanzado la plenitud de su formación. Ya estaba capacitado para dejar de ser alumno, y pasar a ser maestro.

—Gratitud por tus palabras, Calpurnio. No estoy acostumbrado a que me feliciten últimamente, si acaso suele ocurrirme todo lo contrario.

—Esos que ves ahí —dijo señalando a sus invitados que estaban bebiendo y comiendo como si esa fuera su última noche en el mundo de los vivos—, jamás van a reconocer que has hecho un buen trabajo. Su orgullo y su estatus social no se lo permitirían.

—Hoy les has hecho pasar vergüenza —reconoció Sexto recordando todo lo que les había reprochado el cónsul.

—Ha sido sencillo porque estaban asustados. En cuanto todo esto pase, su altanería se impondrá a esa vergüenza que dices que han pasado. Son poderosos y ricos, y ya sabes cómo son ese tipo de hombres.

—Tú también lo eres, pero en cambio no actúas de esa manera.

—Alguien tiene que mantenerse sereno en todo esto —sonrió Calpurnio.

—La nueva República requerirá hombres como tú.

—Deseo que se cumplan tus augurios.

—Confía en los dioses —afirmó Sexto.

—Cuando todo esto termine, ten por seguro que Numerio y tú seréis generosamente recompensados.

Sexto asintió.

—Y ahora, comamos y bebamos algo, antes de que esos glotones nos dejen sin nada.

—¿Ha hablado?

—Hasta el momento no ha dicho ni una sola palabra, comandante —respondió Valerio al ver aparecer a Augusto.

El *princeps* estaba agitado. Tenía los ojos muy abiertos y hacía aspavientos con los brazos. Había acudido presto a la llamada de Valerio. No había querido ocultarle aquello, ya que creyó que sería preferible que lo supiera. Pese a estar muy afectado por la muerte de Marcelo, era muy posible que aquel desgraciado tuviera información, y pudiera arrojar algo de luz a las muertes de Mario y de su sobrino.

—¿Cómo le capturaron?

Valerio se lo explicó todo a su superior, que estuvo muy atento a todos los detalles.

—Fue una suerte que se acercara hasta Musa —dijo Augusto.

—Parece ser que no sabía que teníamos a Próculo.

—Los dioses nos han sido favorables —indicó Salonio, que estaba con ellos.

—Tienes que conseguir que confiese, Valerio. Estoy convencido de que ese traidor sabe algo sobre la muerte de mi sobrino.

—Petronio y Pompeyo están dentro con él. Le harán hablar, comandante. Eran muy amigos de Mario, y se van a tomar esta tarea muy en serio —señaló el centurión.

—Entremos entonces.

Obedecieron sin más. Al acceder al recinto, vieron como el prisionero estaba con los brazos en alto. Sus muñecas atadas a unos grilletes metálicos que pendían del techo mediante sendas cadenas. Estaba despierto, aunque presentaba algunas heridas en la cara y en el labio inferior. Los dos pretorianos se habían quitado la túnica para no pasar tanto calor. Estaban sudando, lo que significaba que se habían empleado a fondo golpeando a aquel miserable. Se cuadraron al ver entrar a sus superiores, y se echaron a un lado dejándoles la vista despejada.

—¿Todavía no ha dicho nada? —preguntó Augusto.

—No, comandante —respondió Pompeyo.

—¿Ni cómo se llama?

—No, señor.

Augusto se acercó un poco más hasta aquel hombre, que le miraba fijamente, cómo si le estuviera retando. Se quedó inmóvil ante él y en silencio durante un buen rato.

—¿Sabes quién soy?

El hombre no dijo nada. Simplemente le miró.

Fue entonces cuando Petronio dio un paso al frente y le propinó un fuerte puñetazo en la mejilla izquierda, justo antes de preguntarle:

—¿Acaso estás sordo, maldito hijo de Plutón?

El hombre se recobró al momento, aunque escupió algo de sangre al suelo. Alzó de nuevo la mirada y sonrió.

—¿Te estás mofando del *Princeps*? —interrogó de nuevo el pretoriano—. Cuando acabe contigo desearás haber hablado.

Acto seguido le dio otro fuerte golpe con el puño en la boca del estómago. El prisionero pareció quedarse sin aire. Trató de inhalar, aunque le costaba, sobre todo por la posición en la que estaba. Pasó un rato hasta que recobró el aliento. Volvió a sonreír. Augusto se apartó un poco, y haciendo un gesto a los dos soldados, los invitó a que continuarán golpeándole.

—No va hablar, señor. Conozco a esta clase de hombres y no se amedrentan ante nada, como ha podido comprobar —dijo Salonio negando con la cabeza.

—Entonces no nos sirve de mucho.

—Debemos encontrar algo que le motive lo suficiente para que nos dé algo de información —sugirió Valerio.

—¿Qué propones? —interrogó Augusto invitándole a compartir sus pensamientos.

—Creo que sabe que va a morir… Él no tuvo compasión por Mario, y mi corazón me pide que simplemente le demos una muerte lenta, comparable a la que sufrió nuestro subordinado. Pero, por otra parte, es el único que puede darnos lo que queremos. Él puede llevarnos hasta Sexto. No tengo ninguna duda de eso.

Valerio hizo una pausa mientras los dos hombres asentían.

—Ya he vivido esto antes —miró entonces a Salonio—. En aquella ocasión te hice caso, y dejé que la cabeza se impusiera al corazón. Nos salió bien, y sirvió para obtener una ventaja que nos ayudó a salvarle la vida al comandante.

Salonio sonrió y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Creo que deberíamos ofrecerle algo a cambio de esa información. Algo que compense su traición. Ya sabemos cómo son estos tipos —añadió haciendo alusión a su viejo enemigo, Flavio—. Serían capaces de vender a su madre a cambio de un buen puñado de monedas y de la garantía de escapar del viaje al inframundo.

—Podríamos intentarlo al menos —sugirió Salonio mirando a Augusto, que era quién tenía la última palabra.

—Está bien…, aunque no me agrada la idea de poder dejar suelto a un elemento tan peligroso como este, que es casi seguro que tenga

algo que ver con lo que le pasó a mi sobrino. Todo sea por obtener algo a cambio.

Valerio se acercó entonces hasta donde estaban sus hombres golpeando al prisionero.

—¡Deteneos! —exclamó.

Los dos pretorianos obedecieron y se apartaron.

—Salid un momento de la estancia —les ordenó de nuevo.

Los hombres se marcharon sin rechistar. Fue entonces cuando levantó a cabeza del preso, agarrándole por los pelos. Tenía la cara destrozada, pero seguía sin quejarse.

—Está bien, Flaminino, o como quieran los dioses que te llames… Admiramos tu voluntad de ser leal a la causa que defiendes. El *Princeps* está dispuesto a ofrecerte una oportunidad de salir vivo de esta, aunque a nuestro parecer no la mereces. Como es un hombre piadoso y benévolo, quiere negociar contigo. ¿Estás dispuesto a escuchar su oferta? ¿O prefieres que mis pretorianos sigan golpeándote hasta que se te escape el último aliento de vida?

El hombre le miró fijamente. Asintió levemente con la cabeza, mientras decía:

—Soy todo oídos.

Valerio se giró y observó a sus dos superiores que sonrieron un poco dándose cuenta de que el plan de Valerio parecía funcionar.

—Solo queremos información. Si nos dices dónde se esconde el miserable de Sexto, te recompensaremos de una manera que jamás has soñado. Ahí tienes al hombre más poderoso de Roma. Está dispuesto a darte todo aquello que desees a cambio de que nos reveles el paradero de ese traidor. Sabemos que tú no eres más que una herramienta para él. Te encargas de hacer el trabajo sucio, pero estoy convencido de que no te valora tanto como te mereces.

—Das muchas cosas por sentadas, Tito Valerio Nerva…

Aquellas palabras no se las esperaba. Sabía su nombre completo, y eso era porque realmente estaba muy cerca de Sexto. No tenía ninguna duda.

—Quizá sea así… Aunque a lo mejor tú también lo estás haciendo en este momento. Mírate…, encadenado como si fueras un animal. Dependes de su clemencia —dijo señalando de nuevo a Augusto, que mantenía el rostro serio—. Dinos dónde podemos encontrarle, y seguirás vivo. Serás rico y no tendremos en cuenta todo lo que has hecho hasta ahora. Sabemos quiénes forman parte de la conspiración. Tenemos sus nombres… Todos. No queda mucho para que demos el último paso, y créeme, va a ser contundente. No quedará nadie que te pueda recompensar por los servicios que les has prestado. Además,

dependes de su voluntad para poder seguir respirando. Así que creo que, si colaboras, puedes salir beneficiado.

Aquellas últimas palabras salieron de su boca sin pensar. Sabían el nombre de algunos de los implicados, aunque no de todos. Marcelo, les había dado los de aquellos que se habían reunido con ellos, aunque sabía que eran bastantes más. Por desgracia, el muchacho había fallecido antes de poder indagar más.

—¿Qué garantías tengo de que cumpliréis con vuestra palabra si colaboro? —interrogó de repente el prisionero sorprendiendo a todos los presentes.

—Es evidente que no tienes ninguna…, aunque en la posición en la que te hallas, no te queda otra opción que confiar en lo que te decimos —respondió Valerio.

—Quiero un millón y medio de sestercios, y un salvoconducto para moverme por donde quiera, además de la garantía por escrito de que no se tomarán represalias contra mí una vez haya cumplido con mi parte del trato.

El centurión miró a Augusto. Este dijo:

—Que así sea.

Se giró de nuevo hacia el prisionero:

—Y ahora, habla…

CAPÍTULO LXXII

—¿Quieres compensar tu error, muchacho?

Próculo observó a los hombres que habían entrado a la estancia en la que llevaba encerrado mucho tiempo. Había perdido la cuenta de los días, si es que alguna vez la había llevado de la manera correcta. Para él había pasado una eternidad, aunque estaba convencido de que cuando uno se hallaba en cautiverio, el tiempo pasaba de otra manera. Estaba seguro de que para los que gozaban de un bien tan preciado como la libertad, transcurría con toda normalidad, incluso más rápido de lo deseado. En cambio, para los que no podían ver la luz del día, ni disfrutar de la brisa y el aire, pasaba con extrema lentitud. Su mente había comenzado a jugar con él. Se había cuestionado la forma en la que había hecho las cosas. Tal vez habría sido mejor haber acudido a su maestro en lugar de obedecer a los que le habían amenazado. Ahora no se hallaría en aquella situación. Además, seguramente Marcelo, que no tenía la culpa de nada, seguiría vivo. Había sido un estúpido al dejarse llevar por el miedo. Desde su cautiverio, veía las cosas de una manera muy distinta, y cada vez estaba más arrepentido de haber obrado mal. Ahora que aquellos hombres estaban de nuevo frente a él, ofreciéndole una oportunidad para emendar los errores cometidos en el pasado, se dio cuenta de que tal vez los dioses eran los que estaban mediando por él. Ya no se consideraba una herramienta cuyo cometido era castigar la soberbia de Augusto. No… Con el paso de los días, esa idea se había ido esfumando de su cabeza.

—Por supuesto… —asintió bajando la cabeza en señal de sumisión.

—Entonces acompáñame. Hay alguien que quiere verte —le informó el centurión Valerio que iba acompañado por su *optio* y por dos de los guardias.

Al salir de la estancia, la luz del sol le molestó. Tuvo que taparse los ojos con las manos e irlos abriendo poco a poco para poder ver bien. Respirar el aire fresco de la mañana le sentó de maravilla. Por fin volvía a sentirse vivo de nuevo. Era una sensación extraña. Siempre había respirado, pero los días que había estado cautivo habían hecho mella. Observó los colores de las flores y las plantas del jardín de la *domus*, como si fuera la primera vez que las veía. Ya casi se había resignado al hecho de que le tocaría vivir lo que le quedara como prisionero. Incluso, en más de una ocasión, se había preguntado cuanto tardarían en averiguar que él había sido el encargado de verter el veneno en la comida de Marcelo. Eso habría supuesto una ejecución inminente. Pero por lo visto, eso no había sucedido. Al menos le

quedaba el consuelo de llevarse ese secreto a la otra vida. No iba a permitir que eso se descubriera. No estaba dispuesto a abandonar el mundo de los vivos tan pronto. Había recobrado la esperanza, y no valía la pena echarlo todo a perder por una confesión.

—¿Te apetece algo de comer o beber? —le preguntó el centurión.

Asintió. Justo entonces, ordenó a sus guardias que fueran a la cocina y trajeran algo mientras esperaban la llegada de los demás. Le invitó a sentarse en un banco de piedra. Él hizo lo propio a su derecha. Al cabo de unos breves instantes comenzó a hablar:

—Verás, Próculo. Todos hemos sido jóvenes y hemos cometido errores. Puedo llegar a comprender que actuaras de esa manera para proteger a tu maestro, e incluso tu propia vida… Pero debes saber que lo que has hecho se considera un acto muy grave.

El muchacho asintió sin decir nada. En el fondo sabía que su contertulio tenía razón. No iba a discutirle, y mucho menos ahora que le habían liberado del cautiverio. Había obrado de la manera más oportuna, a su parecer y, evidentemente, tenía que aceptar las consecuencias de sus acciones. Así se lo había enseñado su maestro.

—En otras circunstancias, no habríamos dudado en mantenerte preso hasta la celebración de un juicio. E incluso, si me apuras, y en base a la acusación que pesa sobre ti, es muy posible que ya te hubiéramos ejecutado. En primer lugar, Augusto no lo ha ordenado por el respeto y agradecimiento que profesa hacia tu maestro. Y en segundo, porque creemos que aún puedes sernos de utilidad —le expuso Valerio.

—Entiendo —respondió Próculo.

—Pero no quiero adelantarme. Prefiero que sean otros los que te expliquen la situación.

—Gratitud, centurión.

—No me des las gracias a mí. Yo soy militar, y para mí la disciplina es algo fundamental. Estoy acostumbrado a obedecer, y a hacer que mis hombres también lo hagan —hizo una pausa—. Los soldados sabemos que, si faltamos al reglamento, seremos castigados. Los civiles en cambio sois más propensos a dejaros llevar por las emociones. Con esto te quiero decir que, si por mi fuera, ya estarías en el reino de Plutón. Eres cómplice en el asesinato de un soldado de Roma. Por mucho que nos ayudes en un futuro, jamás te podrás quitar de encima esa losa.

—Lo sé, y soy consciente, centurión… No pretendo que se olvide mi afrenta, y si le sirve de consuelo, a usted o a sus hombres —miró directamente al *optio* que estaba en pie, frente a él en completo silencio—, tengo que decir que lamento mucho todo lo sucedido. No

pasa un día en el que no me arrepienta de haber estado allí y no haber hecho más por salvarle la vida a ese hombre. Sé que podría haber actuado de otra manera, pero debe comprender que el miedo se apoderó de mí y fui incapaz de reaccionar. Si hubiera intervenido de alguna manera, aquellos hombres no habrían dudado en matarme.

El muchacho agachó la cabeza un momento. La mirada de aquellos hombres era severa. No le perdonarían jamás, y si le habían liberado era por voluntad de alguien con más poder que ellos. Le habían dejado clara cuál era su postura. Respiró profundamente y continuó hablando:

—No soy valiente… Flaminino me lo dejó muy claro, y no tuve otra opción. Lo lamento muchísimo.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Próculo. Valerio miró a su segundo, que apartó la vista y le dio la espalda.

—Ahora ya está hecho y no tiene solución. Tan solo espero que seas listo y no desaproveches esta segunda oportunidad que te brindan.

—No, señor. No la desaprovecharé. Se lo juro por todos los dioses.

* * * * *

Cuando vio acercarse al grupo de hombres estaba acabando de degustar un buen trozo de queso y algo de pan con aceite que le habían traído los guardias. Desde la lejanía pudo observar que eran ocho hombres. Dejó los alimentos en el banco de piedra y se levantó junto al centurión Valerio. Aguardaron la llegada del grupo, pero a medida que se acercaban, el terror se apoderó de él. Reconoció a Augusto, que iba en cabeza, su maestro caminaba unos pasos por detrás, justo a su diestra, y al otro lado, iba el tal Salonio, aquel centurión que había llegado hacía poco desde Hispania, y que era buen amigo de Valerio. Cuando estos se apartaron un poco, pudo ver a sus espaldas, que un grupo de cuatro guardias custodiaba a un hombre que llevaba las manos engrilletadas. «¡Por todos los dioses! ¡No puede ser él!», pensó al verle. Dio un paso atrás, mientras reconocía sin ninguna duda a Flaminino, o como diantre se llamara aquel tipo.

—No te asustes. No te hará daño.

No le preocupaba que le intentara hacer algo, sino lo que pudiera decirles. Ese hombre sabía que había sido él quien había envenenado la comida de Marcelo. Estaba al corriente de todo y eso le convertía en un peligro. Hasta entonces había estado tranquilo, ya que parecía que nadie sabía nada, pero ahora que le veía aparecer, le asaltó la duda de si ya se lo habría confesado a sus captores. Por un momento, notó un cosquilleo en el estómago, pero al poco pensó que, si lo hubieran

sabido, él no estaría allí. La lógica se impuso al impulso inicial de terror, pero de todas maneras no dejaba de estar nervioso, ya que en cualquier momento podría salir aquel tema y ponerle en una situación muy complicada. Cuando el grupo arribó hasta muy poca distancia de su posición, fue Musa el que se acercó en primera instancia hasta él y le abrazó cálidamente, como haría un padre con un hijo al que no ve desde hace mucho tiempo. Era precisamente eso para él.

—Próculo, muchacho… ¿cómo te encuentras? —le preguntó cuándo se apartó.

—Bien, maestro…

—¿Has comido algo?

—Sí, el centurión Valerio ha ordenado que me trajeran algo de las cocinas —dijo señalando los restos que había depositado sobre el banco.

No pudo evitar mirar a Flaminino, que estaba atento a la escena, sin perder detalle. Se mantenía en completo silencio, y eso le incomodaba aún más.

—¿Te ha explicado el centurión algo? —interrogó Augusto adelantándose un poco.

Próculo miró al *Princeps*. Pese a lo que había pensado inicialmente sobre él, estaba convencido de que eran su piedad y su clemencia las que le habían concedido la libertad. Seguramente lo había hecho por necesidad, para sacar algo de provecho de su persona. Pero al menos era algo. Teniendo en cuenta que él era el responsable de la muerte de su sobrino, y que ahora le concedía aquella redención, lo más inteligente sería mostrarse cortés.

—No, mi *Princeps* —respondió haciendo una leve reverencia.

A juzgar por la tranquilidad con la que le hablaba, no sabía nada de su implicación en la muerte de Marcelo.

—Procede, centurión —indicó Augusto a Valerio.

—¿No prefiere explicarlo usted, comandante? —preguntó a su vez el aludido.

—La idea ha sido tuya, así que no veo porqué tendría que atribuirme unos méritos que no me corresponden.

—Como deseé, señor.

El centurión tomó la palabra:

—Como puedes comprobar le hemos capturado —dijo señalando a Flaminino—. Y al igual que tú, está dispuesto a colaborar con nosotros para entregarnos a los que están por encima de él.

Miró de nuevo al prisionero que aquella vez sonrió después de hacerle un gesto de asentimiento.

—Si quieres recuperar tu vida anterior, tan solo tienes que hacer

una cosa, Próculo: ir a casa del cónsul Calpurnio y preguntar por Cayo Sexto Apuleyo.

—¿Quién es ese? —interrogó el muchacho.

—El hombre al que te hice avisar aquella noche —intervino Flaminino.

—Pero, ¿no se llamaba Rutilio?

Valerio se quedó mirando al muchacho, y luego al prisionero, que terminó por hablar.

—Ese no era su verdadero nombre, por supuesto. Pero para que no sospeche nada, será mejor que le sigas llamando así. De lo contrario se dará cuenta de que algo extraño ocurre —respondió mientras miraba al centurión.

—Pregunta por Rutilio y dile que Flaminino ha sido atacado y necesita verle.

—¿Y dónde le digo que está?

—En casa de Musa. Dile que le está atendiendo de las heridas que ha recibido —expuso Valerio.

—¿Y si me pregunta quién le ha atacado? ¿Qué debo decirle?

—Que no lo sabes, y que simplemente estás obedeciendo sus instrucciones —respondió de nuevo el militar.

—Es un hombre cauto… No acudirá tan fácilmente —aclaró el prisionero que parecía mostrarse colaborador con aquellos a los que hasta hacía muy poco, había perjudicado.

Le pareció raro que aquel asesino, porque era eso, estuviera ayudando a sus enemigos. Flaminino no era un estúpido, e imaginó que sus motivos tendría para hacerlo. Se hallaba en una posición de desventaja, y era normal que tratara de sobrevivir, incluso delatando a su propio tío, que ya había quedado claro que tampoco lo era. Comprendió por qué no le había delatado. Se había aprovechado de su ingenuidad en el pasado, pero ahora al menos se estaba comportando dignamente. Tal vez quisiera compensarle de alguna manera por todo el daño que le había ocasionado. No le quedaba más opción que aceptar. Lo que le estaban pidiendo que hiciera no era demasiado arriesgado, o al menos *a priori* no se lo parecía, aunque a juzgar por la advertencia que había lanzado aquel hombre, ese tal Sexto, podía ser alguien peligroso.

—¿Qué propones que hagamos, entonces? —inquirió Augusto al prisionero.

—No quiero faltarle al respeto, pero solo hay que ver al chaval. Está muy verde aún para hacer lo que le estáis pidiendo. Sexto se dará cuenta enseguida de que algo no encaja, y entonces no dudará en actuar. Le pondréis en peligro a él también.

Augusto miró a Valerio. El asesino no confiaba en sus capacidades. Lo había dejado bien claro. Pero no era estúpido, y si había sido capaz de introducir el veneno hasta la misma cocina de la *domus* del hombre más poderoso de Roma, y de ocultarles a todos que él era el responsable de aquella trágica muerte, ¿cómo no iba a ser capaz de atraer a aquel hombre hasta casa de su maestro?

—Lo haré… —dijo de súbito Próculo.

Todos le miraron.

—Soy capaz de eso, y de más. Es la única manera de corregir mis errores del pasado, y si debo morir en el transcurso de la treta, lo asumiré como algo impuesto por los dioses.

El asesino sonrió. Los demás le miraron y fue Augusto, quién tras la aceptación de Valerio, sentenció:

—Pues entonces que así sea.

CAPÍTULO LXXIII

—Hay un muchacho en la puerta que pregunta por un tal Rutilio, *dominus*.

Calpurnio miró a Sexto, que estaba comiendo tranquilamente una pieza de fruta en el jardín de la *domus*. Sabía que ese era al nombre que había utilizado en alguna ocasión cuando no quería dar el suyo.

—Ya le he dicho que aquí no hay nadie que se llame así, pero se ha puesto muy pesado diciendo que se trataba de un asunto muy urgente —expuso el esclavo a su señor.

—Hazle pasar, Diodoro —indicó el cónsul.

Sexto dejó lo que estaba comiendo encima de la bandeja y dio un largo trago a su copa de vino.

—¿Quién puede ser? —preguntó Calpurnio.

—No lo sé, aunque solo una persona sabe en Roma que ese es uno de mis nombres.

Observaron cómo detrás del esclavo griego venía otra persona. Cuando ambos llegaron hasta ellos, el esclavo hizo una reverencia y se retiró. Sexto le dijo al joven si quería beber o comer algo, aunque el muchacho rechazó la oferta.

—Este es Próculo, el aprendiz de Antonio Musa —dijo Sexto.

—Bienvenido a mi casa, joven aprendiz.

—Gratitud, señor —respondió con un leve gesto de cabeza.

—Dime, muchacho. ¿Qué es eso tan urgente que tenías que comunicarme?

Próculo miró al propietario de la casa y esperó que Sexto le diera autorización para hablar.

—No te preocupes. Es de total confianza.

—Se trata de Flaminino…

—¿Qué sucede? ¿Sabes dónde está? —interrogó entonces al joven.

—Está en casa de mi maestro…, malherido, y él le atiende.

Sexto miró a Calpurnio mientras engullía de un solo trago todo el contenido de su copa.

—¿Qué es lo que le ha pasado?

—No lo sé, señor. Llegó en ese estado a casa de mi maestro y apenas podía hablar. Está inconsciente pero su vida no corre peligro.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? —le preguntó entonces.

Aquella pregunta sí que no la esperaba. Había preparado infinidad de posibles escenarios, con decenas de preguntas posibles, pero en ninguno de ellos había surgido aquella. Tenía que improvisar algo.

—Antes de desmayarse por las curas que le estaba haciendo Musa,

me indicó a dónde acudir. Me dijo que tú eras el único en el que confiaba…

Sexto le miró fijamente. Hacía ya demasiado que Numerio se había marchado de casa del cónsul y en todo aquel tiempo no había tenido noticias de él. Era extraño que no hubiera regresado, y la posibilidad de que le hubieran atacado, había cobrado peso en su mente.

—¿Te dijo quién fue? —preguntó de súbito.

—No, señor. No dijo nada más.

—¿Entiendo que tu maestro no sabe nada sobre nuestro acuerdo?

—Seguí sus instrucciones al pie de la letra —indicó Próculo.

—Entonces, ¿cómo es que Augusto sigue vivo? —insistió en preguntarle ante la mirada de su anfitrión.

Aquella sí que se la esperaba. La había preparado bien, ya que Flaminino le había advertido justo antes de marcharse, sin que los demás se percataran, de que Sexto seguramente querría saber algo más acerca de la muerte de Marcelo en lugar de la del objetivo. Por suerte para él, el asesino se había mostrado discreto en ese asunto y había mantenido la boca cerrada en todo momento sin sacar a colación el tema. Se notaba que era inteligente, y sabía que no le convenía dar detalles sobre aquel tema. Después de todo, era consciente de que los dos se hallaban en una situación complicada y dependían de que todo saliera bien para sus captores. Si quedaban satisfechos con el resultado de la operación, ellos obtendrían la libertad, y sus afrentas del pasado, quedarían olvidadas.

—Parece ser que aquella noche, Augusto se encontró algo indispuesto y se retiró a su estancia sin cenar nada. Tan solo se sirvió a Marcelo. De no haber sido por eso, los dos estarían ahora muertos.

—Ya… Pero no te pedimos que el joven muriera —añadió Sexto.

—La tarea no era sencilla, tal como imaginarás. La *domus* del primer hombre de Roma no es un lugar por el que alguien se pueda pasear sin más.

—Verter el tóxico en la comida era quizás la manera más arriesgada, muchacho —dijo Calpurnio interviniendo.

También contaba con que le salieran con esa, así que no tardó mucho en reaccionar. Respondió con agilidad, intentando que no pareciera algo preparado.

—Tal vez lo fuera. Pero era la única opción que tenía —respondió dirigiéndose al cónsul—. Por desgracia, mi maestro me dijo que el *Princeps* ya había concluido su tratamiento a base de preparados. Eso dificultaba mucho más la tarea, y hacía inviable cualquier otro método para poder suministrarle el veneno que me distéis.

La respuesta pareció convincente. Los dos hombres se miraron,

pero fue él quien volvió a hablar, apremiándolos un poco para que le acompañaran.

—Siento ser insistente, pero deberíamos darnos prisa.

—Tan solo quería asegurarme de que todo estaba bien. Has cumplido bien con la tarea que te encargamos —dijo Sexto sonriendo —, y no solo eso, sino que ahora nos has traído noticias sobre Flaminino. Llevábamos horas aguardando su regreso, y nos temíamos lo peor. Espérame fuera, enseguida salgo.

Próculo asintió e hizo una leve reverencia para despedirse de Calpurnio. Los dos hombres se quedaron en silencio un instante hasta que el muchacho despareció.

—¿Y bien? ¿Le crees? —preguntó el cónsul.

—¿Y tú?

—Sus argumentos me han parecido coherentes. Además, es posible lo que nos cuenta sobre el ataque a Numerio, haya sucedido. Pero, ¿quién puede haberlo hecho? —volvió a preguntar.

—No lo sé, aunque puede tratarse de los hombres de Valerio.

Calpurnio asintió.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario. Primero quiero ver como se encuentra Numerio. Si puede moverse, lo traeré hasta tu casa, si no te importa —le dijo Sexto.

—Por supuesto. Cuenta con ello. Le diré a Diodoro que prepare una estancia y haré llamar a un *medicus* de confianza.

—No llames a nadie. Esperemos a ver cómo está antes de traer a nadie más a tu casa. Debemos ser discretos, y mi hombre es fuerte. Ha pasado por situaciones peores que esta.

—Como quieras, Sexto. Llévate a un par de mis esclavos para que te acompañen al menos hasta casa de Musa.

—De acuerdo. No me molestarán.

—Ahora les digo que se preparen… Y, por lo que más quieras, ándate con ojo —le advirtió Calpurnio.

—Lo haré, amigo. Descuida.

CAPÍTULO LXXIV

Los dos esclavos númidas que los acompañaban se encargaban de ir abriéndoles paso entre el gentío que se agolpaba por las calles a aquella hora. Era casi mediodía, y el bullicio era atronador. Los vendedores gritaban a pleno pulmón intentando vender el género que tenían y anunciaban el precio para atraer a los clientes, a la vez que estos, cuando escuchaban una buena oferta se arremolinaban en torno al puesto en cuestión. Había de todo y olía a todo. Había gente de todas partes y de todas las condiciones deambulando por Roma. El paso se hacía complicado en ocasiones, y los dos forzudos siervos se habían tenido que emplear a fondo en alguna ocasión para abrir paso entre el gentío. La *insula* en la que atendía el *medicus* estaba ubicada en el barrio más populoso de la ciudad, que a la postre era el más humilde. Sin duda, el hecho de que Musa hubiera elegido aquel lugar era precisamente por ese motivo. Le gustaba atender a todo el mundo, y era consciente de que los menos favorecidos estaban en aquella zona. Los ricos tenían a su disposición a muchos otros *medicus* que los trataban de sus enfermedades a cambio de una generosa recompensa. Pero aquella gente que apenas tenía para subsistir, no podía permitirse el acceso a alguien que los curara en caso de sentirse indispuestos o aquejados de alguna dolencia. Roma nunca había estado a salvo de las epidemias. Como toda gran urbe que se preciara y que tuviera un río cerca, en las épocas de más calor, o de más frío, las enfermedades aparecían. Normalmente en forma de fiebres, y azotaban con dureza a los menos favorecidos. Los ricos siempre tenían acceso a una buena alimentación, y según había escuchado decir a algún sabio, tiempo atrás, un estómago lleno, sirve para enfrentarse a las fiebres con muchas garantías.

En el fondo admiraba la labor que hacía aquel hombre, y más teniendo en cuenta que era rico. Quizá no de nacimiento, pero después de sanar a Augusto, y arrebatárselo de las manos a la mismísima muerte, había sido muy bien recompensado. Todo el mundo en Roma sabía quién era Antonio Musa, y todo el mundo en Roma que estaba enfermo o aquejado de algo, quería ser atendido por ese hombre. Por mucho que Próculo no hubiera cumplido con su cometido, habría sido una ofensa a los dioses eliminar a su maestro. Ese hombre merecía mucho más que una estatua y monedas en su casa. Había hecho mucho por los habitantes de la *Vrbs*, y lo seguiría haciendo durante todo lo que le quedara de vida. Sonrió para sus adentros mientras pensaba que al menos la amenaza había

funcionado, y había espoleado al muchacho para que tuviera el valor suficiente de actuar. Las cosas no habían salido tan bien como hubieran querido, pero al menos le habían asestado un duro golpe al tirano. El error era comprensible. Cualquiera que hubiera estado en su situación se podría haber equivocado, y más teniendo en cuenta la dificultad de la misión. La casualidad había querido que aquella noche Augusto se encontrara indispuesto. Eso no dependía del aprendiz. No se le podía achacar nada. Se había comportado con valentía, y se había arriesgado mucho llegando hasta las cocinas de la casa mejor vigilada de toda Roma. Lo importante ahora era salvar a Numerio. Saber quién o quiénes, le habían atacado, y reaccionar de la mejor manera posible. No era estúpido y sabía que, si se trataba de los hombres de Valerio, que ya los vigilaban desde hacía tiempo, significaba que no les quedaba demasiado tiempo. En cualquier momento podrían caer sobre ellos para erradicar la conjura de raíz. Al tirano le gustaba hacer las cosas de aquella manera, y si hasta ese momento no había actuado, era porque tal vez el duro golpe recibido le había dejado más tocado de lo que esperaban. Decidió no pensar más en el futuro y centrarse en el presente. Ya estaban cerca, le dijo el aprendiz. Ordenó que se detuvieran y les dijo a los dos númidas que ya podían regresar a casa de su amo. A partir de allí, continuarían ellos solos, ya que no había tanta gente y se podía caminar sin problema.

—Está a un par de manzanas de aquí, señor.

—Muy bien —dijo oteando los alrededores por si detectaba algún movimiento extraño.

Cuando lo vio claro le hizo un gesto al muchacho para continuar. Todo parecía normal, aunque uno no se podía fiar de las apariencias. Si había llegado hasta ese punto era porque siempre se había mostrado cauto y precavido. Aquella vez no iba a ser una excepción. Caminaron un poco más, hasta que llegaron a la calle en la que estaba la *insula*. Próculo le indicó el lugar, aunque se extrañó que no hubiera nadie en el exterior esperando a ser atendido.

—Me han dicho que siempre hay largas colas alrededor del edificio, ¿no? —preguntó extrañado.

—Normalmente sí… Pero hoy hemos dado aviso a los que han acudido a primera hora de qué Musa no estaría disponible. Mi maestro se está dedicando en exclusiva a cuidar de Flaminino. Incluso me ha ordenado redactar una nota para colgar en la puerta del edificio.

—No todos los de esta ciudad saben leer —apreció Sexto.

—Alguno ha intentado que le atendiéramos, cierto. Pero he salido yo para informarles de que el maestro se encontraba fuera de Roma,

atendiendo a varios enfermos que estaban en algunas villas y propiedades rurales cercanas.

—Veo que tenéis vuestros recursos —sonrió el hombre.

—Musa es un buen hombre y no deja a nadie sin atención. Pero al tratarse de Flaminino, y al estar en esas condiciones, ha optado por ayudarle —expuso el muchacho.

—Es de agradecer. Podrías haberle explicado a tu maestro lo que te obligamos a hacer y entonces seguro que no le hubiera asistido.

—Cierto…, podría habérselo dicho. Pero no lo he hecho.

—Eso dice mucho de ti, muchacho —le alabó Sexto.

—Soy consciente de que lo que pretendéis hacer es por el bien de la República, y si te soy sincero, no me gusta que un solo hombre acapare todo el poder. Los romanos no somos mucho de reyes…

—Veo que estás bien instruido.

—Mi maestro se ha encargado de mi educación. No solo le ayudo a curar y atender a enfermos —apuntó el muchacho.

—Espero que no nos guardes rencor, entonces.

—No, señor. Soy consciente de que en ocasiones nos vemos obligados a hacer cosas que no nos gustan, pero que nos convienen. Y aquí no prima el interés individual, sino el colectivo.

—Yo no lo podría haber dicho más claro. Y ahora, vayamos a ver a Flaminino —le indicó Sexto.

—No se llama Flaminino, ¿no? —le preguntó mientras se acercaban a la *insula*.

—Claro que no —dijo sonriendo—. Al igual que yo tampoco me llamo Rutilio.

—¿Y cómo se llama usted entonces?

—Cuando todo esto termine, te lo diré —le respondió.

* * * * *

El aprendiz abrió la puerta, mientras Sexto leía el pergamino que había colgado en la misma:

A todos los que acudan a la consulta.

En la jornada de hoy no se podrá atender a ningún enfermo ya que la necesidad me ha obligado a tener que acudir a la zona rural que rodea la Vrbs *para atender a otros enfermos*.

Si los dioses son propicios, a partir de mañana, podréis acudir para ser atendidos.

Antonio Musa

La información era escueta, pero muy clara. Entendía ahora el

motivo por el que no había nadie aguardando en los aledaños del edificio. Al acceder al interior, observó que la *insula* tenía una planta baja, en la que apenas había ningún mueble, y unas escaleras que conducían a la planta superior. Próculo le hizo un gesto con la mano para que le siguiera, justo antes de comenzar a subir los peldaños. A escasa distancia del muchacho, y pisando con cautela aquellos escalones de madera que crujían con cada paso que daba, llegaron a la planta de arriba.

—Flaminino está dentro con Musa.

El aprendiz golpeó un par de veces a la puerta. Al cabo de unos instantes, se escuchó una voz desde dentro.

—Adelante. Está abierto.

Los dos recién llegados entraron a la estancia. Observaron a dos personas en el interior. Uno de ellos era el *medicus*, que estaba de pie, al lado de un camastro en el cuál yacía una figura.

—Ya estamos aquí, maestro. Traigo a Rutilio, tal y como solicitó Flaminino.

—Muy bien, Próculo. Haz el favor de traerme algo de agua caliente y unos paños. Están en aquel arcón —dijo señalando la ubicación el *medicus*.

El joven asintió y se dirigió hacia donde le había indicado su maestro. Sexto, aún en pie, cerca de la puerta, le preguntó al hombre:

—¿Cómo está?

—Ha estado toda la noche y gran parte de la mañana inconsciente. Las heridas son feas, pero su vida no corre peligro. Le he podido atender a tiempo.

—Gratitud —respondió haciendo una leve reverencia.

—Mi cometido es ayudar a todo aquel que lo necesite.

—Que los dioses te protejan, Antonio Musa, y que te permitan hacerlo durante mucho tiempo más. Los hombres como tú escasean.

—No te voy a decir que no, amigo —dijo sonriendo el *medicus*.

—¿Puedo? —preguntó mientras hacía un gesto señalando al camastro.

—Sí, claro. Yo iré a comprobar si mi aprendiz ha cumplido con lo que le he mandado.

El hombre se dirigió a la estancia de al lado mientras él se acercaba al camastro en el que estaba Numerio. El hombre tenía varios golpes en la cara y algunos vendajes. Parecía estar muerto, aunque percibió como respiraba. Era todo un alivio que estuviera vivo. Con el tiempo, y después de haber vivido tantas cosas con él, había llegado a apreciarle. Quién iba a decirle que aquel despojo de la sociedad, que casi muere a causa de una herida fatal, podría

convertirse en alguien tan importante para él. Le colocó la mano en la frente, justo en el momento en el que este abrió los ojos. Sexto sonrió mientras decía:

—Hola, amigo… Vaya susto me has dado.

El asesino le miró a los ojos y respondió:

—Lo siento, Sexto.

—No hay nada que lamentar.

—Créeme cuando te digo que querría que las cosas hubieran sucedido de otra manera. Pero no me ha quedado otra opción —expuso el hombre.

—¿Qué quieres decir con eso? —interrogó un poco contrariado, pensando que aquellas palabras podían ser fruto del delirio de alguien que había sufrido un ataque.

Escuchó como la puerta situada a sus espaldas, la misma por la que se habían marchado el *medicus* y su aprendiz, se abría. Se giró de manera instintiva y no pudo dar crédito a lo que vio. Aquello sí que no se lo esperaba. Imposible que fuera él. Se quedó paralizado de terror al ver emerger a Tito Valerio Nerva por la puerta. Sin darle tiempo a reaccionar, la puerta por la que él había entrado hacía un momento, aparecieron cinco hombres más. A dos de ellos también los conocía muy bien. Uno era el antiguo centurión de Valerio, aquel hombre tenía una cicatriz que le recorría desde el cuello a la mejilla: Salonio. El otro, Aurelio. Sonrió al darse cuenta de que había caído en una trampa. Miró a Numerio, que se incorporó en el camastro y agachó la cabeza:

—No me dejaron otra salida… Lo siento mucho…

—Entiendo. Espero que al menos haya merecido la pena —respondió justo antes de ponerse en pie y encararse a Valerio.

Los dos hombres se miraron durante un breve instante sin articular palabra alguna. Fue el militar el primero en hablar:

—No podías esconderte eternamente, Sexto.

—Por supuesto que no…

Los hombres que estaban a su espalda, fueron colocándose a su alrededor formando un círculo y dejándole sin opciones. Dos de ellos cogieron a Numerio y lo apartaron unos pasos.

—Imagino que estarás satisfecho —le preguntó a Valerio.

—Me ha costado mucho, pero al fin te he cazado.

—Entonces no me queda más que darte la enhorabuena.

Resignarse era lo único que podía hacer. Pese a que había dudado cuando el muchacho se había presentado en casa de Calpurnio, no se había dado cuenta de que le habían conducido directamente a una trampa. Próculo lo había hecho muy bien. Había mantenido la calma

en todo momento, y le había hecho creer que comprendía que le hubieran utilizado para sus fines. Siempre había sido él quien había organizado ese tipo de celadas, y ahora, había caído en una de ellas sin darse cuenta. El destino era cruel. En ocasiones te permitía triunfar, mientras que, en otras, te condenaba al mayor de los fracasos. El problema era que en según qué situaciones, la salida no existía. Aquella era una de esas. De nuevo las personas en las que confiaba volvían a traicionarle. Primero había sido aquel ser despreciable de Flavio y ahora le había tocado el turno a Numerio. De él sí que no se lo esperaba. Observó al asesino durante un momento. No podía ni mantenerle la mirada fija. La desviaba, y eso era un indicio de que se sentía culpable. Estaba convencido de que lo había hecho para salvar la vida. No sabía en qué circunstancias le habían atrapado, aunque seguramente le habrían ofrecido algún tipo de trato. Sonrió de nuevo y negó con la cabeza. Se centró de nuevo en Valerio. Era admirable la perseverancia de aquel legionario.

—Todavía recuerdo aquella noche que entraste a mi tienda preguntando por Marco…

—Cómo olvidarlo —respondió el soldado dando un paso adelante.

—Debí haberte matado allí mismo, cuando tuve la oportunidad. Me habría ahorrado muchos problemas.

—Coincido. Debiste hacerlo entonces —añadió Valerio.

No había salida posible. Se resignó. Le habían atrapado, pero no estaba dispuesto a pasar por otro largo cautiverio. Le vinieron a la cabeza las torturas que le infligieron años atrás, y notó una punzada en el alma. No iba a pasar de nuevo por aquel tormento. Estaba convencido de que al final moriría, pero no lo haría de una manera rápida. Había causado mucho dolor y sus captores se lo iban a hacer pagar muy caro. Mucho se había perdido por el camino, pero ahora ya daba igual. Nunca había fracasado completamente en ninguno de sus trabajos, y aquel sabor amargo que le dejó aquella situación no era agradable. Ahora podía comprender a aquellos que no lograban sus objetivos, y su estado de abatimiento. Aunque él había cometido errores, algunos de gran magnitud, siempre había conseguido sobreponerse. Aquella vez eso no iba a ocurrir. Si habían conseguido atraparle a él, los demás no tardarían en caer. Los conspiradores estaban dando sus últimos coletazos, y agradeció no tener que ser testigo de aquel desastre. Sacó su *pugio* de dentro de la túnica y lo esgrimió amenazante contra Valerio. Se dio cuenta de que varios de los pretorianos dieron un par de pasos adelante sacando sus espadas.

—¡Quietos! —ordenó el centurión a sus hombres—. ¡Que nadie haga nada si no lo indico!

Los soldados se detuvieron, pero no guardaron sus armas. Valerio movió sus brazos lentamente, arriba y abajo, pidiéndole calma a Sexto.

—No tienes escapatoria. Será mejor que dejes el arma en el suelo y no te resistas.

—¿Y concederte ese placer? Estás loco, muchacho —dijo sonriendo.

—Todo ha terminado.

—Claro que ha terminado, no me tomes por estúpido, Valerio.

Alzó un poco más el arma.

—¿Acaso quieres morir de esta manera tan tonta? —le preguntó el centurión.

—Todos tenemos que morir algún día, y es mejor poder elegir la manera de hacerlo, ¿no crees? —sonrió de nuevo.

—Te prometo que no sufrirás ningún daño. Se te respetará al igual que a los demás… Por mucho mal que hayas causado.

—Vamos, Valerio…, que ya nos conocemos. ¿Crees que voy a confiar en ti, o en el tirano que al que rindes pleitesía?

—Yo no rindo pleitesía a nadie. No te equivoques —respondió enojado el militar.

—Te creía más inteligente. Roma entera, y la República, lo hacen. Tu amo no es más que un tirano avaricioso.

—Ya…, y tus amigos y tú, queríais ser los salvadores —repuso Valerio.

—Algo así, aunque ahora ya da igual. Nunca lo veremos… Ni tú, ni yo… Lo que ahora te parece un éxito, quizá se convierta en una pesadilla en un futuro. Quién sabe si algún día no te arrepientas de la elección que tomaste.

Tras pronunciar lo que parecía una profecía, se llevó el puñal al vientre y sin dudarlo ni un solo instante, lo introdujo en su cuerpo. Emitió un leve quejido mientras el arma perforaba sus entrañas. Cayó de rodillas con el arma clavada. Valerio se acercó rápidamente hasta él. Le dijo:

—No creas que esta acción te va a salvar de rendir cuentas, Sexto.

—Lo sé… Ya puedo ver la larga cola de almas que están esperando mi llegada al reino de Plutón —dijo haciendo una mueca de dolor por la punzada que notaba en su cuerpo.

—Espero que al menos los dioses se encarguen de infligirte un castigo eterno, y que tu alma jamás halle el descanso.

Acto seguido, dejó la cabeza con suavidad en el suelo. El cuerpo quedó de costado. Se apartó de él y observó a Salonio. Este asintió con un leve movimiento de cabeza. Se acercó hasta él y le dijo:

—Ya está, Valerio. Se ha terminado.

—Aún quedan cosas por hacer —respondió este sin apartar la mirada del cuerpo de Sexto, al que se le iba escapando la vida lentamente.

—Siempre quedan cosas que hacer, amigo. Siempre…

EPÍLOGO

Roma, varios días más tarde

Los rumores sobre el posible envenenamiento del joven Marcelo no tardaron en circular por toda Roma. Fueron muchas las teorías que se escucharon, incluso una de ellas afirmaba que había sido la esposa de Augusto, Livia, la que había orquestado la eliminación del muchacho, ya que podía convertirse en heredero de su esposo, en detrimento de sus propios hijos. Nunca se pudo demostrar ninguna de esas hipótesis, y la versión oficial que dio el *Princeps* al Senado y al pueblo romano, fue la de que su sobrino no había podido superar las fiebres causadas por la epidemia que se vivió en la *Vrbs*. Con eso quiso transmitir que nadie estaba a salvo de la enfermedad, y que los ricos también estaban a disposición de la fortuna y de los caprichos de los dioses. Él, en cambio, dio muestras de tener una salud de hierro, lo que le dio incluso más magnificencia y le hizo situarse en una posición mejor y más firme que la que ya tenía antes.

Roma entera rindió luto al joven Marcelo. Después del funeral de Estado que se le dio, sus cenizas se llevaron al mausoleo que el mismo Augusto había ordenado construir en la ciudad. Este, situado a las afueras del Campo de Marte, todavía no se había terminado, pero fue el lugar escogido para el descanso eterno del edil. La madre del muchacho, no escatimó en gastos y financió la construcción de una gran biblioteca pública en su honor. Su hermano, que no quería ser menos que ella, honró la memoria del joven desaparecido dándole su nombre a un teatro que se había comenzado a levantar en tiempos del gran César. Autores conocidos como el poeta Propercio, también quisieron honrar a Marcelo dedicándole un poema. En esa especie de panegírico se recordaban algunas de las cosas que había hecho el joven en su etapa como edil de Roma.

El dolor se sobrellevó como se pudo. Había sido un duro golpe para la familia del *Princeps*. Siempre había sentido admiración por su sobrino, al que trató con mucho cariño. Se podría decir que se había encargado de irle perfilando como un posible sucesor, cuando él ya no estuviera. Pero el capricho de los dioses estaba por encima de la voluntad de los mortales, por mucho que uno se llamara Augusto. La situación poco a poco fue volviendo a la normalidad. Todo había concluido de la mejor manera posible.

—De nuevo has vuelto a salvarme, centurión Valerio —dijo Augusto, que le había ordenado que se reuniera con él y con Agripa, el

cual había llegado hacía poco a Roma.

También estaban presentes Salonio y Aurelio en aquel encuentro.

—Es mi obligación, comandante.

—Por supuesto —respondió este con una sonrisa—. Estoy en deuda contigo, una cosa no quita la otra. ¿Qué es lo que deseas?

Valerio observó a los dos hombres que tenía en frente. Había estado pensando largo y tendido, y ahora que la amenaza más inmediata había sido neutralizada, su presencia en Roma ya no iba a ser necesaria. Lo había consultado con Servilia detenidamente, y se había dado cuenta de que los últimos años habían sido muy duros para él. Le habían desgastado mucho y había olvidado un poco cuál era su cometido. Necesitaba alejarse de la política y de todo lo malo que la rodeaba. Volver a la vida que tenía antes era su mayor anhelo. Echaba en falta todo aquello y Roma se le antojaba demasiado grande. La *Vrbs* no estaba hecha para él. La ciudad más opulenta del orbe era una devoradora de almas. El peligro siempre acechaba y nunca sabías por donde podía venir. Prefería ser soldado y cumplir con su deber para con ella en alguna de sus lejanas fronteras. Allí se vivía de otra manera.

—Si le soy sincero, señor. Tan solo quiero volver a tener la vida que tenía antes.

—Ojalá yo pudiera tenerla también, centurión —dijo Augusto.

—Soy un simple soldado. Todo esto me viene grande, y ahora que la amenaza ha sido neutralizada, quisiera pedirle que me dejara regresar a mi antigua legión.

Salonio y Aurelio se quedaron sorprendidos al escuchar aquellas palabras. No estaban al corriente de la decisión que había tomado su compañero. Valerio no les había explicado nada sobre sus planes de futuro.

—Si es lo que deseas, te lo concedo, centurión. Aunque si te soy sincero, es una lástima perderte. Te habías convertido en una pieza fundamental para mí y te auguraba un futuro prometedor en Roma.

—Gratitud, comandante. Si algo he aprendido estos años estando a su servicio, es que la política no está hecha para un hombre como yo —dijo Valerio sincerándose.

—Es complicada. En eso estoy de acuerdo contigo.

Augusto se levantó y se acercó hasta él. Le dio un cálido abrazo y le dijo:

—Todavía quedan algunas cosas por hacer aquí antes de que nos abandones.

—Lo sé, señor. Me quedaré hasta que todos los conspiradores sean arrestados.

—Eso era lo que esperaba escuchar. ¿Y a quién debo nombrar centurión de la guaria cuando tú regreses a Hispania? —le preguntó separándose un poco de él.

—El mejor candidato que se me ocurre es el legionario Petronio, señor. Es un hombre con experiencia y leal. Le servirá con honor.

—¿Y qué hay de tu *optio*? —preguntó Agripa—. ¿No deseas que sea él quien reciba ese cargo?

—General, con todos mis respetos —comenzó a decir el aludido—, si mi centurión ha decidido regresar a Hispania, yo también desearía hacerlo. Al igual que el resto de legionarios que forman parte de la primera centuria de la segunda cohorte de la *legio* IV Macedónica.

Agripa sonrió y miró a Augusto, que no tardó mucho en decir:

—Admiro la lealtad en los soldados. Que así sea entonces.

Pensaba que el *Princeps* se resistiría más, pero estaba equivocado. Fue un alivio para él, y también para sus compañeros. Habían servido con honor y lealtad, ganándose el derecho a poder volver con sus antiguos compañeros. Con el deber cumplido, respiró aliviado. Una vez salieron de la estancia, fue Salonio el primero en hablar.

—Has tomado la mejor decisión posible, Valerio.

—Eso espero —respondió.

—Eres un gran militar, y te puedo asegurar que tu lugar no estaba en Roma. Aún te quedan muchas cosas que hacer por la República. Te auguro un futuro prometedor, tal como ha dicho el comandante… Pero lejos de aquí… Lejos de aquí.

NOTA DEL AUTOR

Gratitud por haber llegado hasta el final de esta obra. Ha sido un verdadero placer para mí. Llegados a este punto, no quisiera cerrarla sin exponerte algunos detalles históricos que ocurrieron a partir de este momento, y que me han servido de inspiración para montar todo este relato. Evidentemente, como personaje influyente y poderoso de la República que fue, Augusto estuvo siempre rodeado de peligros. La conjura que yo he orquestado a lo largo de esta saga, es totalmente inventada, aunque tiene unas bases en la que sería conocida como la conspiración de Murena, que tuvo lugar durante los primeros meses del año 22 a. C.

Me he apoyado en esos hechos para encajar de alguna manera lo que os he ido relatando a lo largo de tantas y tantas páginas. Ahora, si os parece, os explicaré brevemente lo que ocurrió en dicha conjura para que entendáis el trabajo de investigación que he llevado a cabo para intentar ajustarme a la realidad, o al menos, a lo que recogen las fuentes clásicas. Fue a inicios de ese mismo año cuando se celebró un juicio contra Marco Primo, procónsul de Macedonia. Este, había regresado a Roma tras su período de gobierno en dicha provincia. Su mandato habría sido normal de no ser por unas acusaciones que se vertieron sobre su persona por haber usado la legión acuartelada en la provincia para iniciar una campaña destinada a obtener gloria y riquezas para él. Se le acusó mediante la llamada *lex maiestas*, que velaba por la reputación de las acciones emprendidas en el nombre de Roma. Y es que, Primo, no contó con la aprobación del Senado para iniciar esa guerra que sobrepasaba las fronteras de su provincia. Uno de los ataques se dirigió contra la tribu tracia de los odrisios, que eran aliados del pueblo romano.

Ante esa acusación formal, y como era habitual, Primo fue defendido por un senador llamado Murena. Sí, ese es el mismo Murena que yo he usado en la trama de mi novela, y ahora entenderéis el motivo. La hermana de este hombre, llamada Terencia, era la esposa de Mecenas, el gran amigo y colaborador de Augusto. La

cuestión fue que el abogado defensor, sobre el que nadie tenía noticias que fuera hostil a la persona del *Princeps*, alegó en el juicio que la acción se llevó a cabo como represalia por algún ataque por parte de los odrisios hacía los intereses romanos. Lo peor de todo fue cuando el acusado, Primo, fue aún más lejos y alegó que alguien le había dado permiso para emprender la guerra contra los tracios. Llegó a decir que las órdenes habían sido dadas por el propio Augusto, aunque luego afirmó que estas vinieron de su sobrino Marcelo. No queda claro, aunque podría tratarse de una orden dada por Marcelo, pero procedente de su tío. La cuestión fue que el asunto se convirtió en un escándalo y bien grande. ¿Podía un joven como Marcelo haberle dado una orden como esa a un procónsul? Lo peor de todo era que se habían empleado las palabras de un muerto, que no podía testificar en aquel juicio. A Augusto no lo llamaron a declarar por ser quien era, y de esa manera quisieron eludir la acusación.

Pero el primer hombre de Roma se presentó voluntario ante el tribunal para declarar. Preguntado por el pretor si había dado esa orden a Primo, lo negó rotundamente. Murena se desesperó porque no contaba con que el padre de la patria acudiera al tribunal, y cuando le preguntó el motivo que le hizo ir, este alegó que lo hacía por el bien común. La cuestión fue que Primo fue declarado culpable y la sombra de la duda siempre planeó sobre Augusto. Nadie pudo saber jamás si había dado esa orden o no. Aunque en mi humilde opinión, parece poco probable que lo hiciera. Un hombre como él, no necesitaba acudir a esas tretas para organizar una guerra. Todo quedó ahí, aunque poco después, el abogado y senador Murena estaba entre los acusados de una conspiración para asesinar a Augusto. El líder de dicha conjura fue un tal Fanio Cepión, hombre al que se le otorga una dudosa reputación.

Pocos datos hay en las fuentes sobre los objetivos y los nombres de esos que osaron tramar contra la vida del *Princeps*. Existe la posibilidad de que lo quisieran hacer para restaurar el antiguo orden republicano, de la misma manera que los Libertadores lo hicieron al asesinar a Cayo Julio César en los famosos *idus* de marzo del 44 a. C. Sea como fuere, la conjura fue descubierta a tiempo gracias al buen trabajo de los pretorianos de Augusto, y a una formidable red de espías e informantes que trabajaban para él. Se presentaron cargos formales contra todos los acusados, que lograron huir de Roma. Su ausencia no impidió la celebración de los juicios y quedaron retratados al marcharse. Huir era similar a admitir la culpa. Augusto envió a sus soldados tras ellos y apresaron a la mayoría de ellos, entre los que se encontraban Cepión, Murena y otros senadores importantes.

Sin que nadie lo rebatiera, fueron declarados culpables y posteriormente ejecutados.

Narrados los hechos reales, se da por entendido en mi relato, que he usado esa conjura como base para que fuera la misma que narro. Me he permitido la licencia de ir un poco más atrás en el tiempo y situar a algunos personajes reales y a otros de ficción, formando parte de esta oscura trama. Espero haber conseguido mi propósito inicial, que era el de enganchar al lector y hacerle partícipe de esta compleja conspiración trenzada por algunos elementos hostiles a Augusto dentro del Senado. Sobre el destino de los implicados como Calpurnio o Sestio, que salen en la obra, podría bien haber sido el mismo que sufrieron los anteriormente nombrados. Esa parte la dejo al gusto del consumidor, que puede decidir cuál es la mejor manera de que termine esta trama.

Espero que os haya gustado la saga de novelas que componen *Las crónicas de Tito Valerio Nerva*, y que este paseo por los últimos años de la convulsa República romana os haya servido para saber un poco más sobre uno de los períodos más interesantes de la historia de Roma. Ese es sin duda mi mayor anhelo, y si lo he conseguido, me doy por satisfecho.

¡Por Augusto y por la República!

Soy un enamorado de la historia en general, aunque lo que de verdad me apasiona es el mundo antiguo, concretamente todo lo que concierne a las civilizaciones griega y romana. Esta pasión es la que me llevó a licenciarme en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona y a ejercer como docente de secundaria durante algún tiempo. El destino hizo que finalmente mi trayectoria profesional me llevase por otros caminos, aunque ello no me ha separado del interés por el mundo antiguo.

Como gran aficionado a la lectura que soy, siempre había deseado escribir un libro, ya que tenía ganas de compartir historias intrépidas ambientadas en algún momento histórico. Así que en abril de 2015 publiqué mi primera novela, titulada *Las Crónicas de Tito Valerio: Misiva de sangre*. Ese libro no fue más que el principio, y la saga no ha parado de crecer, hasta convertirse en una trilogía. Tras el éxito de la primera parte, llegó la segunda, titulada *El enemigo interior*, publicada en marzo del 2016. En abril de 2017, vio la luz la última entrega (quien sabe si por el momento) de la saga titulada *La sombra de la conjura*, dando fin a este ciclo de tres novelas ambientadas en las guerras cántabras.

Siguiendo con la faceta de escritor, a finales de ese mismo 2017 publiqué una nueva obra, en este caso el que acabas de leer, un

pequeño ensayo titulado *¿Sabías que? Curiosidades del mundo antiguo*. Se trata de un breve anecdotario sobre cosas curiosas, personajes y episodios del mundo antiguo. Y por si eso no fuera suficiente, en junio del año 2018 también vio la luz la novela histórica, *Herederos de Roma*, ambientada en los tiempos del emperador Justiniano y del gran general Flavio Belisario, en el Imperio romano de Oriente. Además, estás de suerte, porque desde las Navidades de 2019 tienes ya disponible otra obra de la colección de *¿Sabías que?*, y que lleva por título: *¿Sabías que? Un paseo por la antigua Roma*. Recientemente ha salido a la venta la segunda entrega de *Herederos de Roma*, como parte de la saga que he titulado *Renovatio Imperii*, que lleva por título *Águilas en África*.

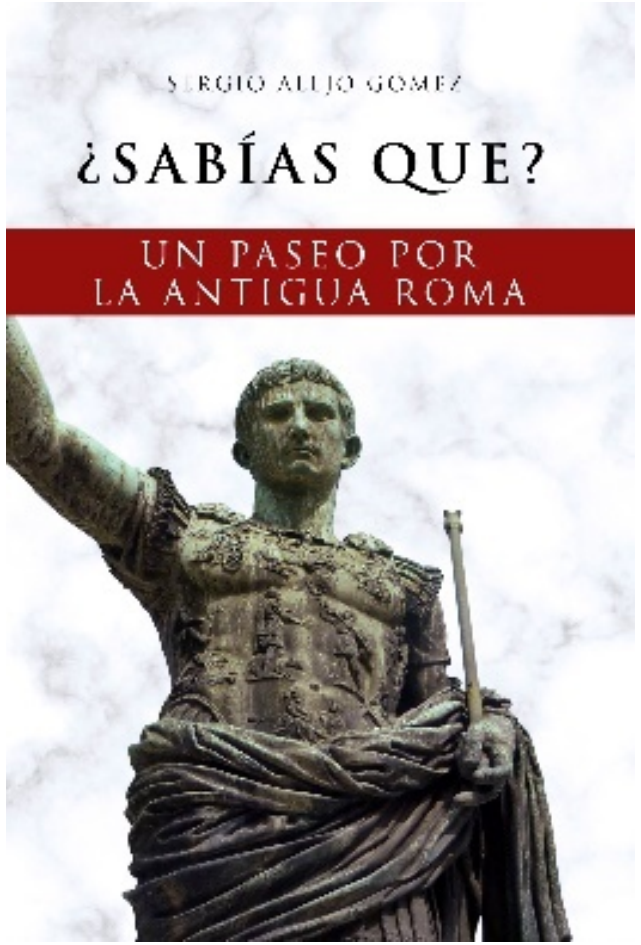
En diciembre del año 2020 tuve el honor de publicar la tercera entrega de la colección *¿Sabías que?,* titulada *Un paseo por la antigua Grecia*, sumándose de esa manera a las dos anteriores para cerrar este círculo de pequeños ensayos históricos dedicados a personajes, capítulos y curiosidades del mundo antiguo.

Además de mi faceta literaria, me podréis seguir en el programa La Biblioteca Perdida y en el La Biblioteca de la Historia en formato podcast. Y si todavía os quedan tiempo y ganas, en mi página de Facebook suelo hacer directos dos domingos al mes en compañía de Ángel Portillo Lucas. Así que como veis soy un hombre ocupado y con muchos frentes abiertos. Aunque ahora estamos en dique seco por culpa del virus, también tengo otra faceta muy interesante, y es que formo parte del grupo de recreación histórica Barcino Oriens. No hay tregua ni descanso y siempre estoy dispuesto a aventurarme en todo tipo de proyectos.

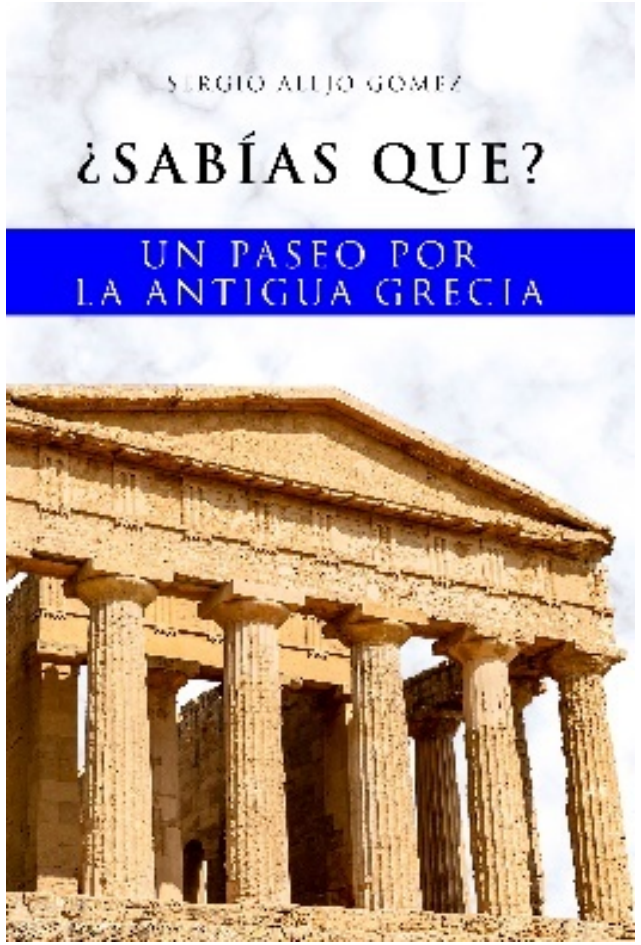
DESCUBRE MÁS SOBRE EL MUNDO ANTIGUO

COLECCIÓN ¿SABÍAS QUE?

Mundo Antiguo



Especial Antigua Roma



Un paseo por la Antigua Grecia

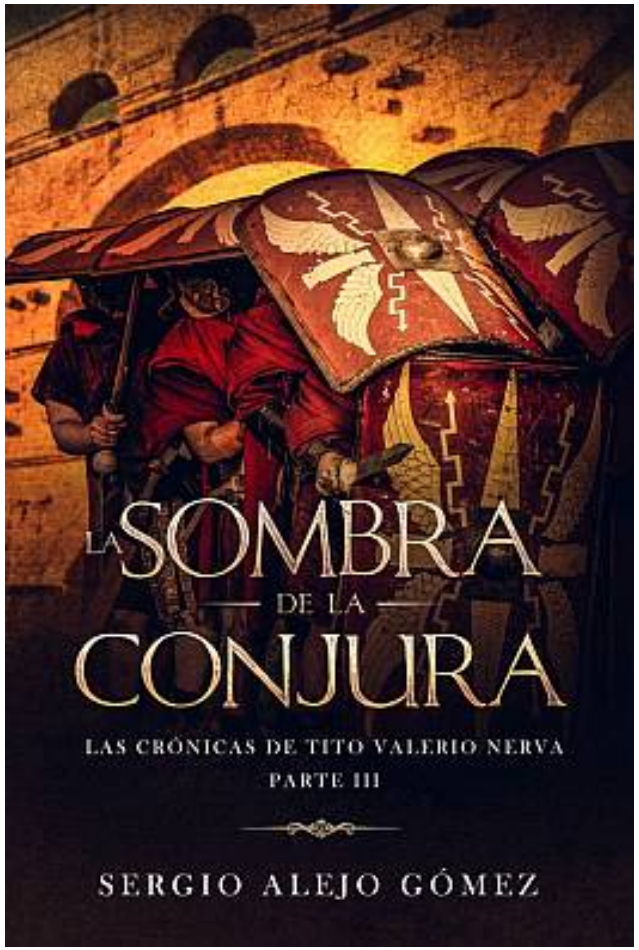
PASA UN BUEN RATO CON MIS NOVELAS

LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA

Parte I

EL ENEMIGO INTERIOR
LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA
PARTE II
SERGIO ALEJO GÓMEZ

Parte II

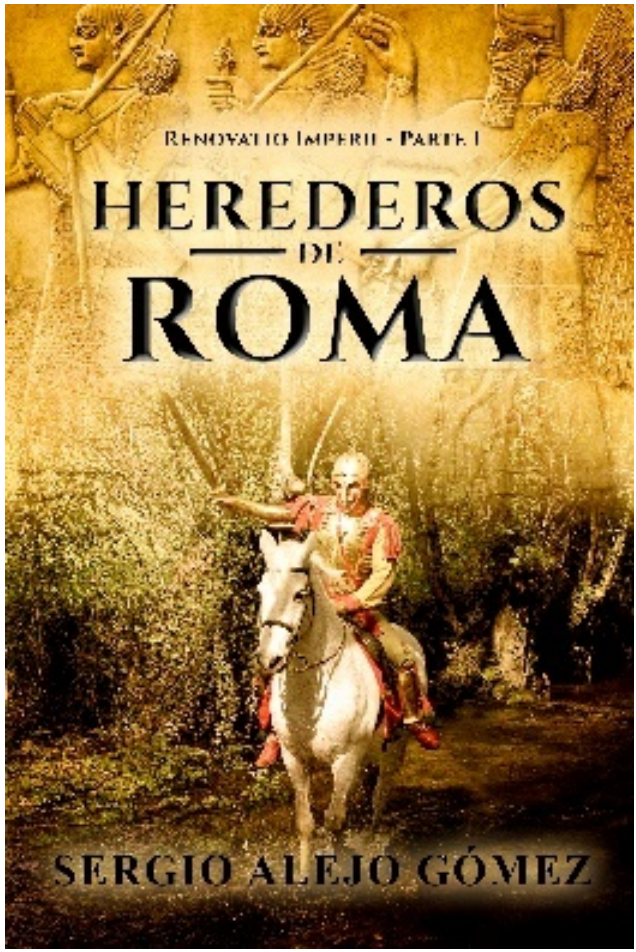

LA SOMBRA
DE LA
CONJURA
LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA
PARTE III
SERGIO ALEJO GÓMEZ

Parte III

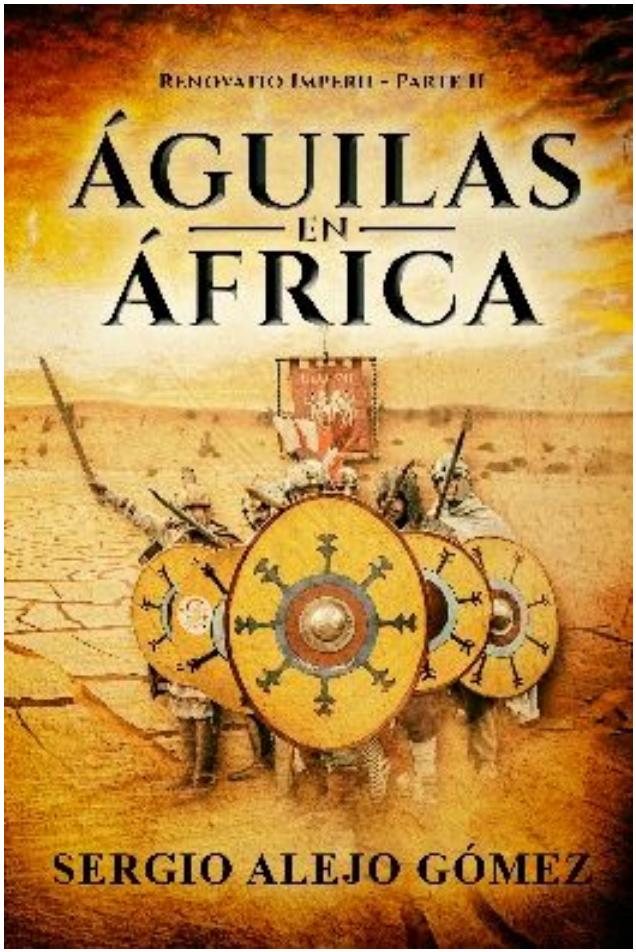
EL ESCUDO DEL CÓNSUL
LAS CRÓNICAS DE TITO VALERIO NERVA
PARTE IV
SERGIO ALEJO GÓMEZ

Parte IV

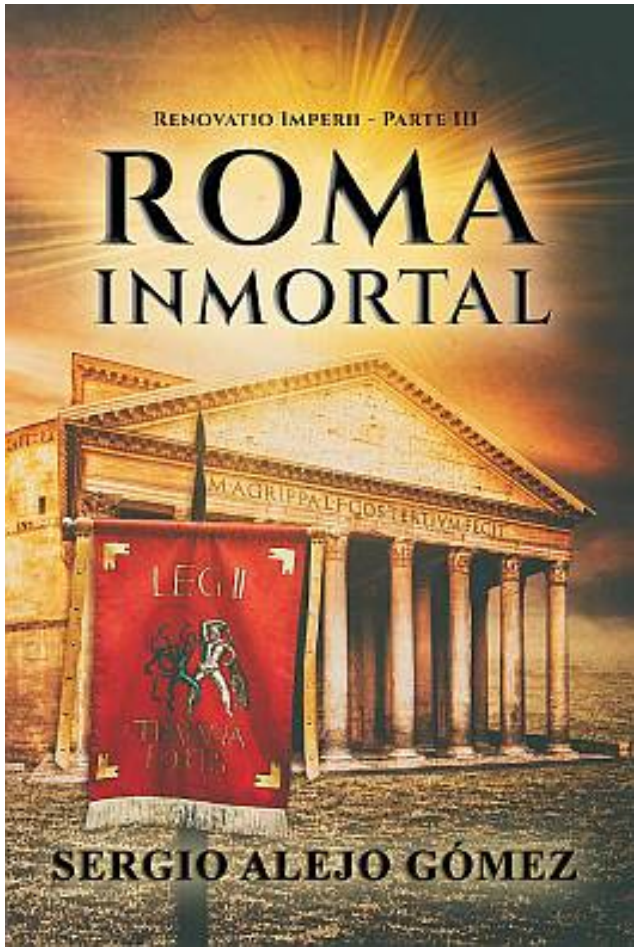
RENOVATIO IMPERII



Parte I

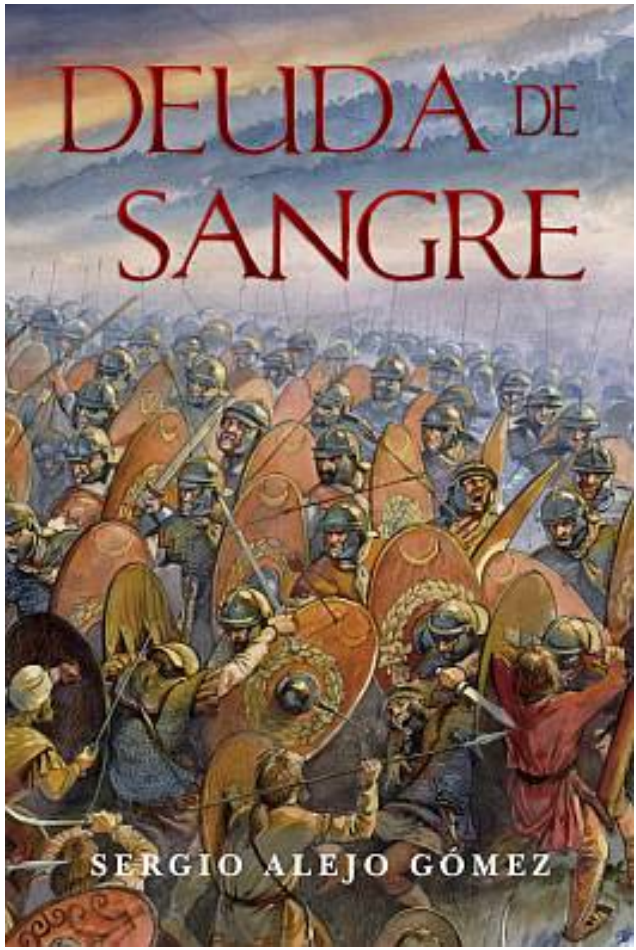

RENOVATIO IMPERII - PARTE II
ÁGUILAS
EN
ÁFRICA
SERGIO ALEJO GÓMEZ

Parte II


RENOVATIO IMPERII - PARTE III
ROMA
INMORTAL
SERGIO ALEJO GÓMEZ

Parte III

OTRAS NOVELAS



Deuda de sangre